

3

CRONOHISTORIA

INSTITUTO HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA



CRONOHISTORIA

INSTITUTO HIJAS DE MARIA AUXILIADORA



CRONOHISTORIA

Desde Nizza Monferrato
nueva expansión
con la Madre Mazzarello

A cargo de
Sor G. CAPETTI



EDICIONES DON BOSCO
BARCELONA

Con aprobación eclesiástica

ISBN 84-236-1419-0 (Obra completa)

ISBN 84-236-1468-9 (Tomo 3)

Depósito Legal. B. 16119-80

Printed in Spain

Escuela Gráfica Salesiana / Barcelona-Sarriá

Preámbulo

En este III volumen de la *Cronohistoria* están recogidas las memorias del Instituto que se centran en la Casa Madre, trasladada a Nizza Monferrato, coincidiendo con los últimos años de vida de la Madre Mazzarello (febrero 1879-mayo 1881).

Años ricos en enseñanzas de la santa Madre y, en su escuela, de un continuado fervor, de un florecer de vocaciones y de un progresivo desarrollo con la apertura de otras doce casas.

No faltan las pruebas, incluso en las frecuentes muertes de Hermanas jóvenes, aunque aureoladas de tales virtudes que testifican la sobrenatural riqueza del espíritu primitivo.

Como en el volumen precedente, la narración se desarrolla año por año, entretrejida de breves alusiones a los distintos acontecimientos que —como ya se ha dicho— corresponden a las notas marginales del original mecanografiado.

También esta parte de la *Cronohistoria* ha sido reelaborada varias veces en su redacción, con añadidos y retoques agregados después, según las noticias o aclaraciones que han ido apareciendo. Todo ello con la intención de conseguir la mayor exactitud posible en la narración de los hechos y de no dejar escapar los detalles que, aunque de poco valor en sí mismos, merecían ser recogidos, por las implícitas referencias a Don Bosco o a la Madre Mazzarello, o para dar a conocer mejor el espíritu que se vivía en aquellos años.

Se ha creído conveniente aligerar también en este volumen la parte de los *Anexos*, reduciéndolos a los documentos indispensables, o estimados convenientes para ilustrar algunos puntos del texto, y proporcionando las indicaciones precisas de otros que se publicaron después en las *Memorias Biográficas*, o que habían sido ya publicados en el *Boletín Salesiano*, o incluso conservados en el Archivo, pero de un valor secundario para los fines del trabajo.

En la revisión para la imprenta, se ha seguido el mismo criterio que para los volúmenes precedentes, recurriendo solamente a los

debidos retoques de forma y algún cambio de expresión requeridos por la exigencia de mayor claridad, pero siempre con el deseo de conservar la debida fidelidad al texto original.

Es el volumen que presenta a la Madre Mazzarello en la plenitud de su santidad. Con su vida se cierra también el importante período histórico de los orígenes, donde se encuentran las notas inconfundibles del espíritu primitivo del Instituto.

Parce, por lo tanto, que puede constituir una rica fuente de información para el presente y para el futuro.

Sor GISELDA CAPETTI

Roma, 8 de diciembre de 1976
Fiesta de la Inmaculada

Traslado de la casa generalicia

El mes de febrero de 1879 señala una fecha memorable para el Instituto: el traslado de la sede generalicia de Mornese a Nizza Monferrato. Algo más fácil de acatar que de llevar a cabo.

Cuando unos veinte días antes le comunicaron la última palabra de Don Bosco al respecto, la misma Madre no había podido impedir que alguna lágrima revelara la pena de su corazón.

En Mornese había aprendido a amar y servir al Señor. La iglesia y el confesonario habían alimentado su continuo trabajo espiritual; el modesto cementerio cercano a la iglesia encerraba los restos de Don Pestarino, de Don José Cagliero¹ y de sus queridas Hermanas difuntas, cuyos gestos y palabras recordaba perfectamente. En Mornese tendría que dejar a tres Hermanas gravemente enfermas, a algunas *hijitas* que mantenían allí gratuitamente, alguna postulante, falta de entradas y muchas necesidades que cubrir. ¡Cuánto dolor! Pero, antes que ella, otras lo habían experimentado...

El día 4, después de decir adiós a las personas y a los lugares queridos, la Madre parte para Nizza, donde Hermanas y niñas la reciben con alegría y con una academia sencilla y breve, pero llena de cariño. En su rostro se reflejan las huellas del sufrimiento, pero en el fulgor de sus ojos brilla una sonrisa y, en sus labios, la palabra siempre materna.

En Nizza, en su condición de Superiora General, la Madre asume en seguida la responsabilidad de la casa, coadyuvada eficazmente por su Consejo, que queda constituido de este modo: Vicaria general y local, la Madre Petronila; Ecónoma general y local, la Madre Juana

¹ De la *Crónica* de la casa Maria Ausiliatrice —Mornese— resulta que los cadáveres de Don Pestarino y de Don José Cagliero fueron trasladados el 16 de septiembre de 1908 al cementerio nuevo de Mornese, donde se conservan todavía.

Ferretino; primera Asistente, la Madre Emilia Mosca; segunda Asistente, la Madre Enriqueta Sorbone; Directora del internado, Sor Elisa Roncallo.

Breve retorno a Mornese

El 11 de febrero, la Madre Petronila parte para Mornese acompañada por Sor Josefina Pacotto a quien, al ser nombrada Maestra de novicias, había sustituido en Alassio Sor Margarita Rasino.

La estancia será breve, pero será un consuelo para las pocas que han quedado allí, en espera de la última hora de aquella amadísima casa. Va también Don Chicco, que no había estado nunca en Mornese y que por un par de días hará compañía a Don Lemoyne, que se ha quedado para compartir con las Hermanas aquella soledad de frío y de penuria.

De Gavi a Mornese hace de guía la Madre Petronila, pisando nieve y soplando fuertemente sobre las puntas de los dedos aterridos. Llegados a la meta, Don Lemoyne, con exquisita caridad, les ofrece un buen vaso de vino generoso, caliente y bien azucarado, para impedir un peligroso constipado después de semejante viaje.

En la pequeña comunidad mornesina se produce un auténtico retorno a la serenidad.

Primer aniversario de la muerte de Pío IX

Para el primer aniversario de la muerte de Pío IX, el *Bollettino Salesiano*² sugiere a todos los cooperadores algunos actos conmemorativos. La Madre, la primera entre los primeros cooperadores de Don Bosco, dispone que la comunidad participe también en los mismos el 7 de febrero. Sus cálidas palabras de exhortación a la lectura del opúsculo³, hecho publicar por Don Bosco en las *Lecturas Católicas* el año anterior, mueven los ánimos a la confianza, más que a los sufragios; y los actos de piedad ofrecidos por el Pontífice de la Inmaculada infunden la seguridad de obtener, por su mediación, especiales favores del cielo.

² *Bollettino Salesiano*, febrero de 1879, año III, n.º 2, pág. 3.

³ *Ultimi giorni e ore di Pio IX*, con prólogo de Don Bonetti, en *Lecture cattoliche* (Torino 1878), Tipografía y librería Salesiana San Pier d'Arena —Niza Marítima— Buenos Aires).

La segunda postulante de Nizza

El día 12 de febrero entra como postulante Felicina Ravazza, sobrina del Vicario foráneo de Nizza, Don Bisio. Es una joven muy diestra en el manejo de la aguja, especialmente en piezas de lencería y bordado; llena de celo por las almas, no desea otra cosa que consagrarse a Dios.

Dudando a qué familia religiosa dar la preferencia y disuadida de dirigirse a las Hijas de María Auxiliadora a causa de la extrema pobreza del Instituto, tiene un día la suerte de hablar con la Madre, y desde entonces se siente conquistada por el apostolado de las Hijas de María Auxiliadora.

A quien le pregunta cómo le nació la vocación de ser religiosa de Don Bosco, Felicina responde con toda sencillez: «Yo estaba en Nizza con mi tío, el Vicario de San Juan; él me condujo al *Convento*. Tenía intención de hacerme religiosa, más aún, ya había sido admitida entre las Hijas de San Vicente de Paúl, pero no sé por qué no me decidía nunca a entrar allí.

Presentada a la Madre Mazzarello, me hizo inmediatamente unas cuantas preguntas... Ella no desaprobó mi proyecto, pero me habló tan bien del espíritu de Don Bosco, que desde aquel momento se desvaneció en mí la idea de hacerme Hija de la Caridad. Al volver a casa no había modo de quitarme de la cabeza las palabras que me había dicho: "¿Está atenta, ¿sabes?! El corazón es nuestro primer enemigo y la mayoría de las veces nos hace ser ciegos. Reza a María Auxiliadora y piensa bien antes de ir a donde quieres ir".

Eran palabras muy sencillas; entonces, ¿por qué me tenían que hacer tanta impresión? Por otra parte, la Madre no tenía nada de especial para conquistarme tan pronto, pero yo la encontraba tan buena, tan afable y persuasiva en su modo de hablar, que me parecía que la conocía ya de tiempo y notaba que la quería de verdad.

Volví a verla por segunda y por tercera vez, hasta que me dijo:

—¿Continúas indecisa?

—Madre, tengo la carta de admisión entre mis monjas.

—Está bien, pero con el Señor hay que ser generosos. ¡Animo!, no lo pienses tanto y da el paso de una vez: ¡María Auxiliadora te quiere aquí!

A estas palabras, dichas con tanta firmeza, no pude por menos de responder: "Sí, Madre, mañana mismo vendré". Y vine.

Al cabo de unos días, la Madre me pregunta:

—¿Sigues pensando en tus monjas?

—Sí, Madre, les he hecho una mala pasada y temo haberme equivocado.

—Anda, vete en seguida a exponerle a Jesús tu preocupación y tus temores; dile que lo arregle El, si es que te has equivocado, y no pienses más en ello.

—Así lo hice y se acabaron mis dudas».

Intolerancia de Satanás por el Oratorio de Chieri

Por alguna noticia recibida de Chieri y de Turín, la Madre llega a intuir las maniobras de Satanás contra el Director espiritual del Oratorio *Santa Teresa* de Chieri. No revela nada a la comunidad, pero sufre no poco y exhorta a las más generosas a ofrecer oraciones y sacrificios por Don Bosco y por las necesidades siempre crecientes de la Congregación.

Una visita a Lu

El 17 de febrero la Madre va con Sor Enriqueta a hacer una visita a las Hermanas de Lu y vuelven con la postulante María de Martini. No hay más que motivos de alegría por el floreciente taller, frecuentado por sesenta muchachas, aunque tampoco falten aquí oposiciones y obstáculos por parte de los enemigos del bien ⁴.

Primer aniversario de la elección de León XIII

El día 20, según el deseo expresado por Don Bosco a través del *Bollettino Salesiano*, está dedicado a la acción de gracias: misa, comunión, rosario, visita al Santísimo Sacramento, sacrificios, e incluso la lectura espiritual, están orientados a la celebración del primer aniversario de la elección de León XIII al Pontificado romano. Don Bosco quiere que sea fiesta en todas sus casas y la Madre hace que todas la vivan, para que «la flor más bella de la Iglesia» ⁵, como el Superior y Padre definió a León XIII, sea motivo de gratitud para todos los corazones.

⁴ Cfr MB XIV 260.

⁵ *Il più bel fiore del Collegio apostolico* por el sacerdote Juan Bosco, en *Letture cattoliche* (Turín, Tipografía y librería salesiana 1878).

El pensamiento de la Madre acerca de la educación en las labores de aguja

Durante la breve ausencia de la Madre Enriqueta, la novicia Sor Olimpia Martini había desempeñado admirablemente el oficio de maestra en labores. Esto sugirió a alguna el proponer a la Madre que la dejara en este cargo, para que, además de aliviar a la Madre Enriqueta, pudiera adiestrar también a las educandas en labores de adorno, para las cuales parecía particularmente inclinada. Pero la Madre responde con acento enérgico: «Nuestras niñas, por ahora, no tienen necesidad de filigranas, deben aprender las labores que son de utilidad a una familia modesta: zurcir, remendar, hacer media y coser y reparar prendas sencillas. El bordado es una añadidura y lo aprenderán después, si tienen tiempo. Este es el deseo de Don Bosco, y no pensamos en novedades».

Piedad y alegría salesiana

Los días 23, 24 y 25 —últimos de carnaval— son días intensos de piedad, alimentada por la habitual y apreciada función reparadora, llamada comúnmente de las *Cuarenta Horas*.

Esto no impide los alegres pasatiempos, especialmente de las más jóvenes y de las educandas, que en estos días podrían sentir la tentación de añorar las serenas expansiones de Mornese y de la familia. A falta de un auténtico teatrillo y de otros medios, de los que ya se disponía en la primera casa del Instituto, la Madre pone en juego sus ocurrencias para levantar los ánimos y hacer comprender que la piedad, útil para todo, lo es también en cuestión de buen humor.

En un momento oportuno, por ejemplo, la Madre llama a la de inteligencia más despierta y educación más refinada, a la Madre Asistente, a quien todas prestan ya cordial y afectuosa adhesión, y con la mayor seriedad le dice: «Escucha, esta tarde llegará una gran señora. Avisa a la Madre Enriqueta para que tenga preparadas a las niñas con el vestido de fiesta y tú procura que también las Hermanas estén bien arregladas, con el hábito nuevo».

La obediente Hermana vuela a repetir la orden de la Madre. En casa todo es movimiento para preparar y arreglarse, con objeto de que a la hora de la llegada todo esté a punto, y Hermanas y niñas se encuentren en el lugar asignado para el *recibimiento*.

La Madre, con la sonrisa en los ojos, va, viene, observa, se hace acompañar por la Ecónoma, seguida de la pacífica Sor Asunción Gaiño,

más elegante de lo acostumbrado, mientras las que permanecen en espera sonríen al ver que la buena Sor Asunción, ha salido por fin de su predilecto apartamento rural.

Finalmente, un fuerte repique de campana.

Calladas, serias, con paso ligero, desfilan todas hacia la entrada de los carros y coches para colocarse en actitud de recibimiento.

Y he aquí que aparece la gran *señora*: ¡una hermosa vaca, adornada con flores rojas de papel y guiada por Sor Asunción!

La Madre Emilia mira a la Madre, entiende la broma y, filialmente ocurrente, hace a la recién llegada una profunda reverencia.

Es como una señal mágica: Hermanas y niñas hacen instintivamente lo mismo; conscientes de haber sido engañadas, en vez de ofenderse, rodean al animal, aplauden y saltan y le dan la más alegre *bienvenida*. En medio de todos estos homenajes, la acompañan cantando a su estancia, donde la humilde Sor Asunción Gaino, continúa haciendo los honores de la casa.

Este recibimiento es, para las de la primera época de Mornese, un alegre retorno a aquel otro jubiloso de la *dulce colina natal*, cuando sólo la obediencia a los deseos de Don Bosco proveyó de café con leche para el desayuno común con la compra de la primera vaca del colegio; para las nuevas es una grata muestra de la jovialidad de la Madre, que había hecho suyo, por naturaleza y gracia, el lema de los dos apóstoles de la juventud: San Felipe Neri y Don Bosco: «Tristeza y melancolía fuera de la casa mía».

Primeras noticias de Buenos Aires

De América llegan las primeras noticias de Sor Magdalena Martini. Hecha una breve alusión al viaje realizado, se detiene a exponer la alegría del abrazo a las Hermanas de Montevideo y el nuevo dolor de corazón al tener que separarse tan pronto.

Habían abierto la casa de Buenos Aires el 26 de enero, encontrando en ella mucho de Mornese: reinado de la pobreza, necesidad de gran valor no sólo para hacerse entender en una lengua que todavía no se domina, sino para hacer también frente al trabajo, asumido por deber fraterno y filial hacia los buenos Salesianos, con objeto de aliviarles del peso de la manutención de las Hermanas. Son días llenos, que no dejan tiempo para enumerar las victorias de todo género contra las asechanzas del amor propio y de la pobre naturaleza humana. Pero el Director Don Costamagna es siempre el mismo:

todo celo por el bien moral y material y toda caridad para enseñar el poco español necesario para salir del paso.

No hay, de momento, indios que instruir, bautizar y conducir a Dios. Vendrán después. Las Hermanas, todas alegres; y si alguna lágrima intenta escaparse, siempre hay quien, con una ocurrente salida, la hace desaparecer. Los Superiores, los hermanos y los niños de los salesianos las recibieron bendiciéndolas y ya las consideran como hermanas y madres.

Sor Martini no termina el folio sin antes escribir: «Nuestra casita es una mansión de paz y de caridad. Los Superiores salesianos han dado incontables pasos para prepararnos una mejor. No lo han conseguido, pero están intentándolo y no se darán por satisfechos hasta que no nos acomoden según la largueza de su corazón realmente fraterno. Con mucha frecuencia nos encontramos con la Madre y las Hermanas de Italia; las saludamos a todas con gran afecto, nos encomendamos a sus oraciones y nos consideramos las felices misioneras de Don Bosco y de María Auxiliadora»⁶.

Noticias bastante más detalladas nos las suministra una memoria de Sor Emilia Borgna⁷: «Cuando desembarcamos en Buenos Aires fuimos recibidas por Don Fagnano, mandado por el Inspector Don Bodrato y por el Director Don Costamagna, que precisamente entonces estaban predicando y confesando en la iglesia llamada *de los italianos*. El, con su grande y generoso corazón, no podía hacer más.

Dos cochies nos llevaron hasta el colegio San Carlos, de Almagro. Allí nos esperaba el señor Inspector, que estuvo media hora con nosotras en uno de los pequeños locutorios, para hacernos tomar algo y recibir las primeras noticias nuestras y de Italia. Después nos llevaron a la casita preparada para nosotras. Atravesado el gran patio del colegio, en la pared divisoria entre este y la casita, vimos una pequeña apertura, por la que sólo podía pasar una persona detrás de otra.

Pasamos realmente de una en una, y nos encontramos en el pequeño patio de nuestra casa. El señor Inspector nos dijo en seguida que aquella era la parte del colegio ocupada, hasta entonces, por los novicios; que por comodidad habían hecho provisionalmente aquella comunicación, pero que al día siguiente mandaría al albañil a cerrarla. Y que, como sólo después del telegrama de Don Lasagna, que anunciaba nuestra llegada, habían desocupado la casa, no había habido

⁶ Carta del 17 de febrero de 1879 a Don Lemoyne (orig. en Arch. Centr. Sales.).

⁷ Carta a Sor Josefina Vergniaud —compañera suya de viaje— escrita desde Araras (Brasil) el 9 de abril de 1927 (copia en Arch. Gen. FMA, Roma).

tiempo suficiente para hacer que la encontráramos limpia; que perdonásemos... y que, poco a poco, se proveería a lo que faltaba.

La casita no era rica, en verdad, pero hemos encontrado una cama para cada una, con colchón y almohada, una palangana también para cada una, algunas sillas, dos o tres cuadros de María Auxiliadora, una mesa y dos largos bancos.

En la cocina, ¡un fogón muy viejo y nada más! Durante una quincena, nuestros buenos Salesianos, aunque eran muy pobres, nos lo enviaban todo preparado de su cocina. Pero nosotras no tomábamos casi nada, porque aún no teníamos acostumbrado el gusto y sentíamos todavía mucha nostalgia de Italia...

Nos levantábamos a las 4,30 para ir a la iglesia de los Salesianos a hacer con ellos las prácticas de piedad, pero por poco tiempo, porque el Inspector nos proveyó de capillita en casa, con todo lo necesario para la celebración de la misa y la reserva de la Eucaristía. ¡Qué alegría entonces!

Por falta de local no era posible tener alumnas en seguida, aunque esta era la intención por la que habíamos dejado a nuestra amadísima Madre Superiora y cuanto de más querido teníamos en el *viejo mundo*.

Nuestra óptima Madre Inspectora creyó oportuno que iniciáramos en seguida el trabajo de *Mamá Margarita* y de las virtuosas señoras que cooperaban en Turín a la obra de Don Bosco, encargándose de coser y mantener en orden las humildes prendas de los Salesianos y de sus jóvenes; henos, pues, aquí a todas de lavanderas y roperas, dando gloria a Dios y deseando que la Providencia salga a nuestro paso, para poder también trabajar en provecho de las niñas pobres.

Entretanto no nos faltaba nunca la buena palabra de Don Costamagna, que nos animaba a confiar en el futuro.

Muy pronto nos mandó el Señor dos postulantes, hoy Sor Margarita Bertolini y Sor Rita Barilatti; más tarde Sor Mercedes Stabler y Sor Emilia Mathis, las cuales nos fueron de gran ayuda».

Además de la comunidad, también las educandas se enteran de estas ansiadas y queridas noticias, y el vínculo familiar se hace cada día más grato y estrecho.

Noticias de Alassio

Otras interesantes noticias han llegado de Alassio: el venerado Padre y Fundador, de paso para Francia, quiso recibir a las hijas que

trabajaban en aquel colegio salesiano. Interrogada primeramente la Directora, le hizo hacer en presencia de todas las Hermanas una especie de *rendiconto* sobre la marcha material de la comunidad y sobre el estado general de la salud: cómo se encontraban en cuanto a la comida, si estaban suficientemente provistas respecto al vestido y otras necesidades, si tenían el necesario descanso...

Después las escuchó de una en una y les dirigió a todas oportunos avisos sobre las prácticas de piedad establecidas por la santa Regla, concluyendo: «Si os empeñáis en cumplirlas bien, os aseguro que os haréis pronto santas, y grandes santas. En cuanto al trabajo, trabajad, sí, pero haced lo posible para que sea por mucho tiempo, es decir, procurad no acortar vuestra vida con privaciones y ocupaciones excesivas, con melancolías, etc...».

Después las bendijo como un padre y como un santo.

De regreso de Francia, el 5 de febrero, Don Bosco se detuvo nuevamente, porque aquel año las reuniones de San Francisco de Sales se iban a celebrar precisamente en Alassio ⁸.

Las Hermanas habían gozado de su presencia, hasta el punto de no sentir siquiera el cansancio producido por el aumento de trabajo en la cocina y en la ropería. El buen Padre había pasado varias veces por la cocina, haciendo a las Hermanas diversas preguntas relativas a su salud: si tenían comodidad para hacer el recreo, para pasear libremente a hora oportuna por el jardín ⁹, si su comida era igual que la de los Superiores... Aquí, recordando la cuestión de *los dos platos* presentada ya por sus hijas de Borgo San Martino, añadió con benevolencia: «Sí, juntadlo todo en un solo plato, si queréis, pero que también las Hermanas tengan los dos platos. Tienen derecho y necesidad».

A Sor María Succetti, que estaba limpiando el comedor de los Superiores, le dijo al pasar con un párroco: «Aquí está Marta. ¡Ay Marta, Marta!», acompañando las palabras con tal expresión de la voz y la mirada, que a la buena Hermana le vino a la mente en un instante la conferencia de días atrás, e hizo en seguida actos de unión con Dios.

⁸ Cfr. MB XIV 39 y ss.

⁹ El tema fue tomado en consideración incluso durante las «reuniones anuales», como resulta de la correspondiente alusión en MB XIV 49-50.

Don Bosco les había hablado también de las Hermanas de La Navarre, de Bordighera y de Niza Marítima, y antes de despedirse les había dicho: «Os recomiendo, además del cuidado y miramiento por vuestra salud, que hagáis otra obra buena de caridad: escribid de vez en cuando a vuestras Hermanas de América, para consolarlas y animarlas. ¡Si supierais! Cuando yo escribo a los nuestros de allá, aunque sólo sean unas líneas, me responden que, al ver aquellas líneas y aquellos rasgos, no pueden contener las lágrimas y lloran y besan una y otra vez aquel sencillito escrito. Por lo tanto, procurad escribir también vosotras con frecuencia. Aunque lejos, debéis estar siempre unidas entre vosotras. Ya lo estáis, pero procurad estarlo cada vez más».

Finalmente las bendijo, animándolas con nuevo fervor y santa alegría.

Visita de la Madre a Mornese

Hacia finales de febrero se entra en cuaresma y se inicia el mes de San José con la bendición eucarística cada noche. La Madre va a Mornese a visitar a aquellas pobres Hermanas enfermas, especialmente a Sor Lucrecia Becchio, la más grave, que parece que quiera ir a celebrar la fiesta de San José en el cielo.

En su previsora caridad dispone que se llegue también el Director Don Chicco, en caso de que la enferma mostrase deseo de otro confesor.

A la llegada de la Madre acuden todas las antiguas conocidas, contentas de volverla a ver, pero apenadas al saber que se irá pronto, y más aún al oír confirmarse el probable cierre del colegio.

«Mira, María —le dicen llorando las antiguas compañeras Hijas de la Inmaculada—, muerto Don Pestarino y fuera tú de aquí con algunas de las nuestras, nosotras ya no somos de nadie. La *Compañía* no se renueva; vivirá mientras estemos nosotras, pero ¿y después? Si fuera verdad lo que se dice por ahí, ¡adiós también el oratorio, adiós todo...!»

La Madre se conmueve, pero su porte y sus palabras dicen: «Si Dios lo quiere así..., y si Don Bosco lo dispone así... Dejemos hacer a Dios y a Don Bosco, ciertamente sabrán sacar un bien mayor».

A pesar de todo, no se puede ocultar la mala impresión general de los mornesinos ante la previsión de los hechos, que se dejan sentir

tanto más cuanto más próximos se ven; y en casa no se puede dejar de sentir el fin inminente de Sor Lucrecia, que se dispone a él con una serenidad envidiable.

Después de saludar a sus padres y hermanos y de presentar sus respetos al párroco, visitada afectuosamente la iglesia de sus primeros fervores, de sus votos y de su consagración al Señor, prodiga maternales consuelos a la enferma y a las Hermanas del colegio. En la cercana estación ferroviaria se encuentra con la Madre Asistente y con Sor Dominga Telinelli, que ha sido llamada telegráficamente de Borgo San Martino para ir a Francia.

Con ellas prosigue el itinerario, acercándose a ver las casas de la Liguria.

A Alassio y a Bordighera

Una parada muy breve en Alassio y se dirige después a Bordighera, donde la Directora Sor Adela David, nueva en el cargo, la espera con ansiedad para decirle y que le diga muchas cosas.

La Madre escucha con ánimo tranquilo la historia de las vejaciones, calumnias y vulgaridades de los vecinos protestantes, contra los Salesianos y las Hermanas, por el gran bien que realizan en aquella barriada, pequeño reino ya de la secta valdense ¹⁰.

Les recomienda un celo cada vez más industrioso, si bien no desligado de la prudente caridad de San Francisco de Sales y de Don Bosco. Habla también individualmente a las Hermanas y corrige maternalmente a Sor Cassulo, que encuentra alguna dificultad con la Directora: «Si tienes algo con tu Directora, no se lo digas con excesiva brusquedad, y reza antes de hablar; si luego la Directora no toma a bien lo que le dices con buenos modos, y se indispone contigo, aconséjate con los Superiores cuando vienen. Sé prudente, pero no dejes de exponer a los Superiores tus penas y reza mucho por tu Directora, más aún, hazte un deber el rezar mucho por todas las directoras, que necesitan siempre luces particulares. Y nosotras tenemos necesidad de buenas directoras» ¹¹.

¹⁰ De ello trataba ampliamente el *Bollettino Salesiano* de julio de 1879, año III n.º 7, en el artículo *I Valdesi o Evangelici di Vallecrosia e la casa di Maria Ausiliatrice* (págs. 1-4).

¹¹ Relación de Sor María Cassulo y de Sor Dominga Telinelli.

La muerte de Sor Becchio

Llega la noticia de la muerte de la querida Sor Lucrecia Becchio, ocurrida el día 11, con este canto en los labios: «... *chi muor per Maria... contento sarà...*»*.

La Madre saca argumento de esto para exhortar al fervor, al amor de Dios y del prójimo y al deseo de la propia perfección.

El recuerdo de las Hermanas de La Navarre

Casi a las puertas de Francia, el corazón parece invitar a la Madre a llevar un confortador saludo a las Hermanas de Niza, de La Navarre sobre todo, tan probadas por una extrema pobreza y tan abatidas por la enfermedad gravísima de Sor Gariglio. La visita de Don Bosco las ha animado, ciertamente; no obstante, algunas expresiones de aquellas hijas en sus distanciadas cartas y las discretas alusiones de Don Cerruti, que hace de Inspector para Francia, la confirman en su presentimiento de que aquellas hijas deben estar sufriendo mucho y de que la enferma se estará consumiendo en el deseo de ir a morir en la patria, junto a sus Superiores.

¿Y si hubiera que satisfacer su deseo...? Escribiré, se lo consultará al Padre; por ahora lo deja en manos de la Virgen, que es su verdadera Madre y puede todo lo que quiere.

Con Sor Dominga Telinelli, que dentro de unos días deberá cruzar la frontera para La Navarre, es pródiga en consejos y exhortaciones; y después de recomendarle encarecidamente la observancia exacta de la santa Regla, la anima a renunciar de buen grado a volver a la patria para los Ejercicios Espirituales de este año.

Retenida en Alassio

De regreso a Alassio es recibida con más alegría que nunca, porque el Director, Don Cerruti, ha prometido retenerla hasta la fiesta de San José, para que reciba la profesión de las tres novicias de aquella casa.

Verdaderamente ninguna de ellas ha cumplido el tiempo regular de noviciado, pero el Director ya ha obtenido de Don Bosco la delegación para recibir sus votos. Por eso, aunque la Madre se muestra

* «... quien muera por María... dichoso será...»

más inclinada a retrasar la fecha, en vez de anticiparla, especialmente por alguna perplejidad respecto a Sor Catalina Lucca, la cosa queda decidida.

Carta de la Madre a Don Lemoyne

Desde Alassio escribe a Mornese, al Director Don Lemoyne, sirviéndose de la pluma de la Madre Asistente.

Alassio, 17 de marzo de 1879

¡Viva Jesús!

Reverendo señor Director:

Estoy de nuevo en Alassio; me hizo quedar el reverendo Don Cerruti para la profesión que las tres novicias harán esta misma mañana. El me entregó estas cartas de Don Costamagna, que trajo un señor que vino de América, el cual no las ha entregado hasta ahora; más vale tarde que nunca, ¿verdad?

Mañana por la mañana saldré para Nizza y después de pasar allí unos días pienso ir a Biella. Si V. S. pudiera venir también, me daría una alegría. Le esperaré en Nizza e iremos juntos; venga de verdad. ¿Y la casa de la maestra Maccagno, la ha vendido? ¡Si pudiese traerme dinero, sería una verdadera obra de misericordia!

Estas novicias, al hacer su profesión, rezarán mucho por usted, ¿está contento? También las demás rezan y me encargan que le diga muchas cosas y que pida para ellas su bendición.

Haga el favor de decirle a Sor Santina que anote la profesión que han hecho estas Hermanas hoy.

Salude a la Madre Vicaria, a la Madre Maestra y a todas las Hermanas, postulantes y niñas.

El señor Director le saluda, Sor Emilia se encomienda a sus oraciones y yo le suplico de nuevo que venga a acompañarme a Biella. Le pido su bendición y me profeso su

humildísima hija
SOR MARÍA MAZZARELLO

Si viene a Nizza no diga a Don Chicco que he invitado a V. S. a ir a Biella ¹².

¹² Original en Arch. Centr. Sales.

La apostilla es una expresión de filial confianza en el antiguo padre de su alma, y de delicadeza hacia el nuevo.

Fiesta de San José y profesiones en Alassio

A la función de las profesiones le faltan los cantos de Mornese, pero no resulta menos grata y devota. Después de pronunciar las tres novicias la fórmula de los santos votos, el Director les dirige unas palabras de ocasión apropiadas, claras y llenas de caridad.

Las nuevas profesas —Sor Dominga Barbero, Sor Luisa Vallese y Sor Catalina Lucca— no pestañean, tienen el rostro encendido de un nuevo fervor; la comunidad está gozosamente sorprendida: nunca les ha hablado así aquel Director de aspecto tan severo... La Directora, Sor Margarita Rasino, a quien desde que está al frente de la casa le parece llevar sobre su corazón y sobre sus hombros un fardo enorme, está iluminada por una sonrisa profundamente serena; la Madre experimenta una gran alegría al constatar que aquellas hijas suyas, aunque con un trabajo excesivo, gozan también la superabundancia de los bienes espirituales, gracias a los ejemplares hijos de Don Bosco.

Conferencia de la Madre

La Madre recibe la relación y las sugerencias de los Superiores de la casa; escucha paciente y amorosamente a cada una de las Hermanas, se interesa por todo y, antes de volver a Nizza, da una breve conferencia a la comunidad.

Repite sus exhortaciones sobre la sinceridad en la confesión, sobre la sencillez y la recta intención en el obrar, sobre la observancia de la santa Regla y sobre el espíritu de la pobreza religiosa, y concluye: «No quiero decir con esto que debéis mortificaros hasta el punto de privaros de lo necesario, no, no es eso. Antes bien, que la Directora tenga particulares atenciones con las Hermanas, especialmente con las más débiles y las más jóvenes; recordemos todas que, en muchos casos, es mejor mortificar el amor propio, pidiendo lo que se necesita, antes que sacrificarse en la comida o en otras cosas necesarias para la vida. Sólo quiero decir que el espíritu de la pobreza religiosa no admite lamentos y que nos hace recibirlo todo de las manos de Dios. Vosotras, aquí, no trabajáis menos, quizá, que nuestras Hermanas de La Navarre, pero vosotras no sufrís ni la tercera parte de las incomodidades y privaciones que tienen que soportar continuamente aquellas pobres. Alegrémonos, sí, de pertenecer a una Congregación de Hermanas tan generosas y hagámonos santas también nosotras en esta

Congregación que tiene por Fundador y Padre a un santo como Don Bosco».

La voz de la Madre encierra toda la conmoción de su corazón y más de una se enjuga las lágrimas de los ojos.

En efecto, todas tienen presente el relato de la magnífica acogida tributada a Don Bosco en Francia, especialmente en Marsella. De ello se ha hecho eco la prensa extranjera y por todas partes se habla con entusiasmo de la curación instantánea obtenida por Don Bosco en Niza, con una de sus bendiciones, a la condesa de Villeneuve la cual, afectada de peritonitis aguda y de gravísimas complicaciones desde hacía tiempo, había sido declarada incurable ¹³.

La Madre en Biella y en Turín

Desde Alassio la Madre se dirige a Nizza, donde han festejado solemnemente a San José, el dulce Patrono del Instituto. Mientras la Madre Asistente se detiene en casa, la Madre, después de algunos días, toma el camino de Biella, en compañía de Sor Teresa Maritano, que padece de melancolía y escrúpulos: quizá —piensa— un viaje-cito hará bien a la salud de la Hermana.

Desde Biella, más de una vez, le habían escrito a la Madre: «Desde que se fue Sor Magdalena Martini, Biella ya no es la misma»; y la Madre va a cerciorarse de que realmente es así; sobre todo va para confortar y amonestar a quien lo necesite.

Tras el primer encuentro afectuoso con las Hermanas, la Madre se dirige al santuario de Oropa, llevándose consigo a Sor Maritano, para que ella misma le pida a la Virgen que la libre finalmente de tantas tristezas inútiles. Se detiene allí dos días.

En casa se hallan preocupadas por una ausencia tan fuera de lo corriente, y algunas Hermanas toman el camino de Oropa por si les ha ocurrido algo.

Llegadas casi a la mitad del camino, divisan a la Madre, que avanza muy despacio hablando con su compañera y recogiendo apresuradamente el suave musgo de aquellos montes.

—¡Ay, Madre, cuánto tiempo esperándola!

—Estaba con la Virgen, ¿por qué temer?

¹³ Hablaba también de ello el *Bollettino Salesiano* de septiembre de 1879, año III n.º 9, págs. 5-6.

—Pero... ¿Y ahora, cansándose al agacharse y levantarse por ese musgo?! ¿Para qué va a servir?

—Se lo he prometido a Sor Preda, nuestra florista. Esto, en sus manos, es un tesoro.

Las Hermanas intentan llevarle al menos el bolso de viaje y el chal, pero ella se opone. «¡No, no, esto lo llevo yo!»

Se observan en su rostro las señales de un gran cansancio, pero en la mirada, la convicción de quien se considera igual a sus hijas.

También esta vez el obispo, monseñor Leto, viene a devolverle la visita y se entretiene largo rato con ella. Lo mismo que enrojece de confusión cada vez que se siente llamar *Madre Superiora* por el prelado, experimenta una gran alegría cuando le oye repetir: «Todos los del seminario recuerdan con veneración a Sor Magdalena Martini; realmente es un alma que camina a pasos agigantados por el camino de la perfección».

El obispo, antes de despedirse, repite a las Hermanas: «Recordadlo bien, ¡vuestra Madre es una santa!». La Madre dice después con un profundo suspiro: «¡Pase que me llamaran Vicaria, hasta casi me gustaba, pero sentirme llamar Madre Superiora...!».

A la buena Sor María Maccagno, sucesora de Sor Martini en el gobierno de la casa, la anima mucho; exhorta vivamente a las Hermanas a que se amen como verdaderas hermanas, tratándose mutuamente con afecto y con respeto al mismo tiempo, y se prodiga en atenciones con Sor Josefina Quarello, nada fácil de contentar.

Habiendo oído que Don Bosco está a punto de volver a Turín, piensa ir también ella en seguida, para rendirle su filial tributo de homenaje, darle noticias de las visitas realizadas y llegarse, a ser posible, hasta Chieri, donde sospecha que las luchas externas se encuentran cada vez más.

Noticias de muertes y noticias alegres

Pero debe renunciar a sus planes a causa de la gravedad de Sor Cappelletti. En Turín le ruegan que no espere a Don Bosco, sino que acuda en seguida a Nizza, si quiere llegar a tiempo para dar un consuelo a la enferma.

Por eso la Madre le entrega a Don Cagliero la cantidad recogida entre las educandas de Nizza (90 liras, que el mismo Director General

redondea hasta 100), para la compra de una estatua de la Inmaculada, que constituye la ilusión de toda la casa. Después vuelve a Nizza, donde le espera la noticia de la muerte de Sor Gariglio —ocurrida el 1.º de este mes de abril en La Navarre—, y las cartas de las queridas Hermanas de América.

Sor Josefina Vergniaud está entre las que se quedaron en Villa Colón, provisionalmente quizá, pero tan impresionada aún por los efectos del viaje, por la separación y las novedades de todo género, que se limita a escribir: «¡Oh Madre, oh Madre! ¡Oh Hermanas, oh Hermanas! ¡Venid a ver qué grande es el Señor en sus mares y en sus firmamentos, y cuánto más grande aún el servirlo y amarlo en la tierra de Colón!

Sor Martini os lo escribirá todo; Sor Magone tiene ya un pliego lleno de noticias. En esta casa, entre las primeras misioneras y las segundas, está todo Mornese, está Nizza, está toda Italia; no tardaré, no tardaremos, en escribir una carta larga. Por hoy basta, para no provocar un diluvio antes de hora. Soy y somos felices».

Sor Virginia Magone, efectivamente, aprovechando el domingo —fiesta de la Purificación—, escribió de un tirón todo cuanto su alma infantil sentía.

Reverendísima Madre Superiora ¹⁴:

¿Estoy realmente en América? Sí, lo estoy realmente. ¿No es un sueño? No, no es un sueño, sino una realidad. Estoy en la República del Uruguay, en Villa Colón, con las Hermanas que partieron el año pasado de Mornese. Me parece mentira estar tan lejos de mi querida Madre Superiora. ¡Cuánto tiempo hace que no la veo! ¿Cuándo la volveré a ver? ¿Cuándo vendrá a vernos? Acuérdesse de poner en práctica aquel punto de las Reglas que dice: «La Superiora, al menos una vez al año, visitará a sus hijas en todas las casas». ¡Oh Madre, yo no creía que la quería tanto! Sólo ahora me doy cuenta, ahora que no puedo demostrárselo. Su persona se me presenta a cada momento, y siento que me dice: «Sé buena, Sor Virginia, sé obediente, humilde, sincera». Yo le prometo que sí, y usted continúa diciéndome: «Siempre lo estás prometiendo, pero no lo cumples nunca». «Madre, tiene razón al decirme estas cosas, pero de ahora en adelante me

¹⁴ La carta fue publicada después de la muerte de Sor Virginia, en un perfil biográfico publicado en el *Bollettino Salesiano* de marzo de 1881, año V n.º 3, págs. 7-8.

propongo cumplirlo y verá cómo con la ayuda de Dios seré mejor.»

Otra vez me vienen a la mente los muchos disgustos que le he dado. Le doy gracias de todo corazón por el bien que me ha hecho, y le ruego que perdone mi ingratitud.

¿Qué le voy a contar ahora? Del viaje no le diré nada, porque creo que la Madre Sor Magdalena se lo habrá contado todo. El viaje fue buenísimo. El mismo señor Capitán decía que, de sus muchos viajes, el mejor había sido este. Decía también que no había experimentado tantas satisfacciones en los años que llevaba de navegación. Después de los años que llevaba sin oír la santa misa no solamente venía a oírla con nosotras, sino que hasta hacía de sacristán; preparaba la capilla en cubierta, encendía las velas y, a su hora, las apagaba.

Al anochecer era también el primero en invitarnos a cantar en honor de la Virgen. Todos los pasajeros de primera clase aprendieron la que comienza así: «*Io voglio amar Maria*», y el señor Comisario del barco la tocaba al armonio tan bien, que no nos parecía estar en el mar, sino en nuestra casa.

Otra cosa más. Estén bien atentas todas las Hermanas; abran bien los ojos, abran y alarguen las orejas, y usted, Madre Asistente, lea en alta voz y que la oigan bien todas. Sepa que el día que pasamos la línea del Ecuador hicimos una gran fiesta. Primeramente se dispararon 101 cañonazos; después, todos los pasajeros de primera y segunda clase oyeron la santa misa y todas nosotras, después de cantar: «*Anima mia, che fai?*», recibimos la santa comunión. Después de esto, desayuno y recreo hasta las 11. A continuación..., ¡atentas, haced silencio todas, que lo bueno viene ahora...!, después se preparó una mesa bajo cubierta y todos los pasajeros, y hasta los mismos oficiales, depositaron en ella algún objeto, para hacer una subasta a beneficio del hospital de Buenos Aires. Por eso, también nosotras, como los demás pasajeros, tuvimos que poner alguna cosa; unas pusieron medallas, rosarios, estampas, y la Madre puso una crucecita de papel bristol. Seguidamente comenzó la subasta, que duró cerca de cuatro horas. No me detengo a contar todo tal como sucedió, porque me haría muy larga. Sólo le digo que después de hacer pasar todos los objetos, se llegó a la crucecita. ¿Adivina alguna de vosotras a cuánto se pujó desde el principio...? ¿Ninguna responde...? Lo diré yo: Uno dijo 5 francos; el otro, 10; un tercero, 15; un cuarto, 20. Al final se llegó a 45 francos, por una crucecita que, por veinte céntimos, hubiera estado más que pagada. ¡Afortunados los enfermos del hospital de Buenos Aires, los cuales deberán dar las gracias a la cruz de Sor Magdalena Martini!

Tendría aún muchas cosas que deciros, pero me doy cuenta de que se me está acabando el papel y por esto me conviene abreviar. Después de un viaje de 24 días, se oyó un cañonazo. «¿Qué ocurre?» «Estamos en Montevideo.» A las nueve de la mañana vimos acercarse una barquita, en la que venían el señor Don Agustín Mazzarello y un seglar. Bajamos a la barca, entramos en la ciudad y subimos a una carroza, ansiosas de ver cuanto antes a nuestras Hermanas. A las doce, los caballos se detienen: «¿Dónde estamos?» «Estamos en la casa de las Hermanas», nos dicen. Efectivamente, descubrimos una casita en medio de un bosquecito, y después a las Hermanas, que salían a nuestro encuentro corriendo. Nos hicieron todos los cumplimientos posibles, al estilo italiano y americano, y siguieron dos días de fiesta. Y de esto basta. No sé si sabrá que la Madre Magdalena Martini no se ha quedado aquí, sino que el mismo día se fue a Buenos Aires.

Aquí estamos Sor Filomena, Sor Josefina, Sor Victoria y yo. Madre, me queda todavía un montón de cosas que contarle, pero ya no me queda papel. ¡Paciencia! Le escribiré otro día. Entretanto me encomiendo a sus fervorosas oraciones y, saludándola atentamente, me profeso en el Corazón de Jesús

Agradecidísima y humildísima hija
SOR VIRGINIA

2 de febrero de 1879

Otra carta de la Madre a Don Lemoyne

Mientras llega Don Bosco de Roma a Turín, la Madre, con una de sus cartas, se pone en contacto con Don Lemoyne, que continúa en Mornese, cada vez más solo.

¡Viva Jesús!

Reverendo señor Director:

Le agradezco mucho las cartas de América que tuvo la bondad de mandarme. ¡Cuánto más me hubiera gustado verle a usted que recibir una carta! ¡Paciencia! Más vale esto que nada. Pero espero poder hablar pronto con usted; entretanto siga rezando por mí, porque me hace mucha falta.

Me alegro de que su madre esté mejor; confío que el Señor es-

cuchará nuestras oraciones y le devolverá pronto una salud fuerte y duradera.

Las Hermanas de todas las casas se unen a mí para desearle unas buenas fiestas de Pascua, así como las más selectas bendiciones que brotan del Corazón de Jesús resucitado.

Dígnese, reverendo señor Director, felicitar también a Don José y al señor maestro y encomendarme a sus oraciones. Don Cagliero está en Turín y espero que pronto vendrá o aquí, o a Mornese.

Sor María va aproximándose cada vez más al Paraíso; el médico ha dicho que no pasará la semana; la encomiendo mucho a sus oraciones.

Las demás, gracias a Dios, están todas bien de salud; en el aspecto espiritual siempre hay alguna cabecita que preocupa un poco, pero no son cosas graves. El resto se lo diré de palabra.

Aquí tenemos una Semana Santa muy pobre, sin funciones, sin nada. A las Hermanas, de vez en cuando, se les escapa: «¡Ay Mornese, Mornese!».

El Señor acepta el corazón, ¿no es verdad? De modo que nos consolaremos pensando en esto.

De nuevo le deseo buenas fiestas y, al pedirle su paternal bendición, me profeso de usted

humildísima hija en Jesús
Sor MARÍA MAZZARELLO ¹⁵

Nizza, 9 de abril de 1879

Mi buen Padre, ánimo, esté alegre; yo me acuerdo siempre de usted... (la postdata es de puño y letra de la Madre).

Semana Santa. El jubileo

Este año, el primero de la fundación de Nizza, no se celebran en el *Convento* las funciones de Semana Santa.

No obstante, las Hermanas y las educandas no dejan de acudir a la iglesia parroquial para asistir a las funciones, hacer las visitas al monumento, adorar la santa Cruz y cumplir las prácticas establecidas para ganar el jubileo, proclamado por el Papa León XIII en el primer aniversario de su elección a la Cátedra de Pedro.

¹⁵ Original en el Arch. Gen. FMA.

Impresiones de los ciudadanos

El porte recogido de las religiosas y de las niñas, muy numerosas ya unas y otras, es imitado por los fieles durante la participación a las sagradas funciones.

También el uniforme de las niñas llama la atención: el vestido de lana de color azul oscuro es el mismo de Mornese, al que se ha añadido la esclavina negra, propuesta por la Directora de Turín, Sor Elisa Roncallo, siguiendo el uso de los colegios de aquella ciudad.

Dicha esclavina está cortada de modo que se cruza por delante y se ata por detrás con una lazada. El sencillo sombrero negro, de ala redonda y corta, le da mayor gracia. Así que, mientras las jóvenes pasan, la gente dice: «¡Qué bien están! ¡Qué bien se comportan...! ¡Hacen honor a la *Madonna*, a toda Nizza...! ¡No tardaremos en ver aquí centenares de niñas como estas!».

Frutos consoladores

Las previsiones de los conciudadanos son un estímulo para las Hermanas y para las educandas, que se proponen merecer cada vez más las alabanzas que se les tributan.

Todas comprenden que Nizza no es Mornese, por lo que las Hermanas no dejan de dar frecuentes lecciones acerca del porte sencillo, pero educado, más en conformidad con las exigencias de las familias y del ambiente de donde provienen el mayor número de alumnas. Las niñas, por su parte, se disponen a cumplir de buen grado las normas que, a la par que las mejoran externamente, facilitan la virtud y les permite mejorar también su condición social.

Sor Cappelletti deja este destierro

En la segunda fiesta de Pascua —14 de abril— muere en Nizza, a los veinticinco años apenas cumplidos, Sor María Cappelletti, tan serena a la hora de la muerte, como ejemplar y activa durante su vida, aunque de poca salud. ¡Cuántos recuerdos de alegre obediencia y de perfecta observancia!

Es la primera tumba que se abre en Nizza Monferrato, y la gente observa entre atónita y crítica a estas Hermanas que acompañan llorando el sencillo féretro: no conocen, ciertamente, el perfume de este lirio todavía en capullo.

La Madre visita al Fundador

Después de Pascua, la Madre vuelve a Turín: da su relación a Don Bosco y recibe de él información de las Hermanas, especialmente de las de Francia.

El buen Padre habla de los proyectos sobre la casa de Saint Cyr, para dedicarla exclusivamente a orfanato femenino y repite todo cuanto dijo de aquella casa: «Será un semillero de vocaciones, que un día poblarán las colinas vecinas».

Al hacer algunas propuestas de fundaciones en el Piamonte, añade: «De momento conviene que aceptemos los parvularios que nos proponen, pero siempre con la condición de poder abrir el oratorio festivo y un taller de costura para las hijas del pueblo».

Según las directrices recibidas, la Madre se acerca a Chieri, para dar ánimos, y regresa luego a Turín: la llama su corazón de madre y de superiora.

Entretanto llegan los pormenores de los últimos momentos de Sor Gariglio; la lima que la querida Hermana había encontrado en La Navarre para su espíritu, su corazón y su salud delicada, se había convertido en una triple palma del martirio, ofrecido a Dios con amor agradecido.

La Madre se presenta de nuevo ante Don Bosco y le habla de ello con el alma reconfortada, asegurándole también que las Hermanas de Chieri viven, sin duda, con gran pena a causa de lo que tiene que sufrir el pobre Don Bonetti, pero que, como todas —empezando por la Directora— están sobrecargadas de trabajo con tanta juventud que acude al oratorio, no se dan cuenta del *temporal* inminente...; y la Madre las ha dejado discretamente serenas ¹⁶.

El Fundador escucha, y con su mirada parece decir: «¡Alabado sea el Señor por esto!». Por lo demás, estamos sufriendo también nosotros, y mucho... pero estamos en las manos de Dios, que es nuestro Padre». Después, dirige su pensamiento a América: «¿Tenéis noticias de Buenos Aires? Tomad esta carta de Sor Martini y leedla también a la comunidad; después me la devolvéis. ¿Os quedaréis un par de días con nosotros?!».

Con la bendición del Fundador, la Madre vuelve entre sus Hermanas, descosas de poderle decir algo de ellas mismas y de la actividad siempre creciente.

¹⁶ Anexo n.º 1 a).

Sor Magdalena Martini escribe a Don Bosco

La carta de Buenos Aires constituye tema de lectura en común y ofrece asimismo una interesante panorámica misionera.

La transcribimos por entero.

Reverendísimo Padre en Jesucristo:

Somos realmente afortunadas de poderle llamar con el dulce nombre de padre y de recibir de su bondadoso corazón las más sinceras muestras de paternal afecto.

Cuando pensamos (y no podemos por menos de recordarlo con frecuencia) en el último adiós y en la santa bendición que nos dio con tanto amor el día que partimos de Génova para América, nuestro corazón no puede por menos de reconocer el gran amor de un padre que no piensa más que en aliviar las penas de sus hijas en Jesucristo. ¡Que Dios escuche nuestras oraciones y nos lo conserve aún muchos años!

Tal como usted nos dijo la misma mañana antes de partir, nuestro viaje, gracias a Dios y a María Auxiliadora, nuestra poderosa Madre, fue feliz, aunque no libre de los inconvenientes a los que está sujeta toda persona en estos largos y fatigosos viajes por mar. Pero ahora ya ha pasado todo; llegamos a orillas del Plata y tuvimos el consuelo de ver a nuestras buenas y queridas Hermanas, que nos precedieron hace un año a Villa Colón, cerca de Montevideo. Las encontramos a todas alegres y contentas, llenas de santa alegría al volvernos a ver. Cuatro de nuestro grupo se han quedado en la República del Uruguay, por estar destinadas a una nueva casa que en estos días se abrirá en Las Piedras. Nosotras seguimos nuestro viaje hasta Buenos Aires, y ahora ya estamos en la casita preparada para nosotras, junto al colegio e iglesia de San Carlos.

¡Pero qué diferencia entre la iglesia de San Carlos y el templo de María Auxiliadora de Turín! ¡Cuánto se gozaba a los pies de la Santísima Virgen en ese querido santuario, que consideramos siempre como cosa nuestra! Pero también aquí Jesús se digna habitar entre nosotras y para nosotras en una pequeña capilla que tenemos en casa, donde cada mañana se celebra la santa misa.

Gracias a Dios gozamos todas de buena salud y estamos también contentas y alegres, más aún, debo decirle que estamos contentísimas de haber sido destinadas a estas Misiones, tanto más que tenemos la suerte, como en Italia, de estar dirigidas por nuestros reverendos Su-

periores Salesianos, los cuales son realmente todo cuidados y solicitud por nosotras.

Nuestras Hermanas y compañeras de misión en la cercana República tienen mucho trabajo con las niñas. En cuanto a nosotras, nuestra ocupación principal, por ahora, es atender a la ropería del colegio, pero se está trabajando para abrir pronto una escuela para niñas en esta populosa barriada, y lo desean vivamente sus padres argentinos, españoles e italianos.

Ahora no nos queda más que corresponder a esta gracia inmensa que hemos recibido de Dios de ser elegidas entre muchas otras que lo deseaban, y ser enviadas a estas lejanas tierras, a salvar a muchas pobres jóvenes de las garras de los lobos rapaces. Por esto nos encomendamos calurosamente a la eficacia de sus oraciones. ¡Qué consolador es para mí y para mis Hermanas pensar que nuestro buen Padre Don Bosco, aunque esté lejos, nos acompaña siempre con sus oraciones y nos considera siempre como hijas suyas!

¿Mantendremos la esperanza de volverlo a ver? Lo deseamos y lo esperamos, aunque a nuestra esperanza se una algún temor, por su delicada salud. No obstante, confío tener aún la suerte de volverlo a ver en este valle de lágrimas.

Le saludo, junto con mis queridas Hermanas, e implorando humildemente su paternal bendición, me profeso con todo respeto

su humildísima y afectísima hija
Sor MARÍA MAGDALENA MARTINI
Hija de María Stma. Auxiliadora ¹⁷

Buenos Aires, 4 de marzo de 1879

Las Hermanas de Turín a la Madre

También de la reciente visita a Chieri la Madre saca motivo para preguntar a la Directora, Sor Catalina Daghero, y a las Hermanas, si se han dejado ganar en fervor por las de Chieri en la novena y fiesta de la Inmaculada, de Navidad y en las primeras fiestas del año. De todas recibe la misma respuesta: fuego en el oratorio de *Santa Teresa*, pero también en el de *Santa Angela Merici*. Si allí Don Bonetti prendió fuego en las almas, aquí, el Director Don Cagliero, con sus en-

¹⁷ La carta está tomada del *Bollettino Salesiano* de junio de 1879, año III, n.º 6, pág. 8.

tusiastas coadjutores, ha hecho arder un número no menor de corazones. Las oratorianas aumentan de continuo, y las *Hijas del Sagrado Corazón* son una verdadera ayuda para las Hermanas y serán ciertamente muy agradables al Señor. Asisten a sus compañeras en el patio y en la capilla; con frecuencia consiguen apartar de los bailes públicos y conducir al oratorio a muchas jóvenes, y trabajan con celo para impedir las malas conversaciones, las lecturas peligrosas y las malas compañías. Creemos que algunas de ellas serán un día excelentes Hijas de María Auxiliadora.

—¿Le contáis estas cosas a Don Bosco? —pregunta la Madre.

—¡Vaya si se las contamos! Y él... disfruta... se le nota en los ojos. Una vez que nuestras niñas le vieron pasar, acompañado por Don Bonetti, salieron a su encuentro contentas, rodeándole como hijas cariñosas y buenas; el amado Padre, deteniéndose unos segundos junto a la puerta, les dijo: «Hijas mías, la Virgen os quiere mucho. Estad seguras de que vendrán aquí muchas jóvenes a jugar con vosotras y a algo más».

Don Bosco nos quiere mucho, y también a nuestra Directora, ¿sabe, Madre? Figúrese, para la fiesta de Santa Catalina, *la de las castañas*, íbamos todas como locas con los preparativos para la fiesta, quedándonos incluso de noche, con el consiguiente miedo de ser descubiertas. Llegó a oídos de Don Cagliero, el cual fue a decirle a Don Bosco que parecíamos locas..., y que nos prohibiera hacer la fiesta, añadiendo: «¡Hay mucho trabajo en casa y muy poca salud!».

¿Sabe lo que le respondió Don Bosco?: «¡Pobres hijas... déjalas hacer!».

Y el día de Santa Catalina Don Bosco mandó también su regalo y su felicitación a nuestra Directora.

A estas buenas noticias se añaden otros motivos de consuelo para la Madre: la unión de las Hermanas entre sí y con la Directora, el general empeño de progresar en la perfección religiosa y de aprender del Fundador y de sus hijos el arte de conducir las almas por el camino del bien; además de la confirmación de las noticias sobre las solemnes acogidas a Don Bosco en Francia, en Luca y en Roma y sobre la participación de las humildes Hijas de María Auxiliadora en los éxitos de los Salesianos, que han obtenido recientemente el nombramiento de un cardenal protector.

La Madre en Lanzo, Turín y Nizza

La fuerza de la caridad impulsa a la Madre hasta Lanzo, llevando por compañera a la buena Sor María Cagliero, que se encuentra poco bien de salud.

Como en todas las casas de este tipo, también en Lanzo las pocas Hermanas y la Directora están ocupadas toda la mañana en la cocina. Y la Madre se está con ellas, ayudándolas todo lo que puede; después se va al taller, a coser la ropa de las Hermanas. Y con qué gusto cose, pensando en aliviar a aquellas pobres hijas suyas tan ocupadas.

Por la tarde habla con las Hermanas, a medida que van quedando libres; en la conferencia recomienda la práctica de la caridad, la sencillez, la unión de corazones, la comprensión recíproca.

Insiste sobre la observancia de la pobreza, puesto que las ve bien provistas de todo, y a la cocinera, Sor Catalina Saettone, le recomienda que no añada queso a la comida de la comunidad, por amor a la mortificación y a la pobreza religiosa.

Los tres días asignados a Lanzo pasan demasiado rápidos para las Hermanas y para la Madre: dichosas aquéllas por la bondad y los ejemplos de santa laboriosidad de la Madre, sintiendo ésta el no poder llegar a todo y a todas las que esperaban de ella ayuda y consuelo.

Pasando nuevamente por Turín, se apresura a salir en seguida para Nizza, y allí termina la carta, comenzada desde el día 9, para las Hermanas de Villa Colón.

Noticias para las Hermanas de Villa Colón

¡Viva Jesús!

Queridísima Sor Angelina (Vallesc):

Me imagino el consuelo y la alegría que habréis tenido al ver a las Hermanas que el Señor os ha mandado; habrá sido grande, ciertamente, y os habrá hecho pensar en la gran fiesta que haremos cuando estemos todas juntas en el cielo. Es verdad que la distancia que nos separa es muy grande, pero consolémonos: ¡esta vida es muy breve! Pronto llegará el día en que nos volveremos a ver en la eternidad, si hemos observado con exactitud nuestra santa Regla. Aunque nos separe el mar inmenso, podemos vernos y encontrarnos en el Corazón de Jesús, podemos pedir siempre las unas por las otras y de este modo nuestros corazones estarán siempre unidos.

Tendría muchas noticias que daros, pero para no ser demasiado larga os diré sólo que nuestra pobre Sor Lucrecia murió el día 11 del corriente mes de marzo, a las ocho de la mañana. Yo había estado en Mornese unos días antes y os aseguro que quedé edificada de su paciencia y resignación. Me escribieron de Mornese que tuvo una muerte envidiable. Pero debo deciros que fue paciente y resignada siempre: por esto tuvo una muerte semejante. Si queremos que nuestra muerte sea dulce, preparémonos desde ahora.

Algunas de vosotras conocieron al zapatero de Mornese (Carlos Merlo); pues bien, también él ha muerto el 20 del corriente. Ahora tenemos aquí en Nizza a Sor María Cappelletti, se puede decir que agonizante; lo mismo digo de Sor María Gariglio, que está en La Navarre, en Francia. Cuando recibáis la presente es casi seguro que las dos habrán ido a encontrarse con Sor Lucrecia y las demás Hermanas que las esperan en el Paraíso. Rezaráis por todas, ¿verdad?

Sabréis por las Hermanas que no estoy en Mornese, sino aquí en Nizza. Es preciso hacer sacrificios mientras estamos en este mundo; hagámoslos de buena gana y alegremente; el Señor los tendrá en cuenta y a su tiempo nos dará un buen premio.

He estado en Alassio y he visto a tu hermana, que está muy bien de salud y es también muy buena; me encargó que te saludara y te escribiera muchas cosas de su parte. Ahora quisiera decir una palabra a cada Hermana, pero no sé si comenzar por las últimas o por las primeras en llegar, ¿qué decís vosotras? Empezaré por las últimas.

Esta carta la empecé en Nizza y ahora la termino en Turín. Aquí he encontrado bien a todas las Hermanas, que me encargan os salude cariñosamente. Sor Mariuccia Mazzarello no está muy bien. En Chieri encontré a Sor Carmela un poco... *apolillada*; las demás están bien de salud y alegres, así como las de Lanzo y de Biella. Todas me encargan que os diga muchas cosas de su parte. Sor Rosina saluda de modo particular a su hermana.

He vuelto a Nizza y aquí termino la carta. A Sor Virginia no le escribo nada, porque contesto aparte a la suya.

Empiezo por Sor Filomena. ¿Estás alegre? Procura estarlo siempre. Vive estrechamente unida a Jesús, trabaja por agradarle a El sólo, esfuerzate por hacerte cada día más santa y estarás siempre alegre. ¡Viva Jesús! No te olvides de rezar por mí.

Sor Victoria, me han escrito que estás siempre de buen humor y estoy contentísima; trabaja para ganarte el cielo; no te desanimes nunca, ni pongas ningún pero. Eres profesa, pero acuérdate de que debes ser también novicia. Debes unir al fervor de las novicias la vir-

tud sólida de las profesas. Reza por mí y ten la seguridad de que yo no te olvido en mis pobres oraciones.

¿Y tú, Sor Josefina, recuerdas todavía las promesas que hiciste el día de la Inmaculada? No las olvides nunca; comienza cada día a ser verdaderamente humilde, a rezar de corazón y a trabajar con recta intención. Habla poco, muy poco con las criaturas, pero habla mucho con el Señor; El te hará verdaderamente sabia. Reza por mí.

¿Y Sor Angela Cassulo, sigues siendo cocinera? A fuerza de estar junto al fuego, a estas horas estarás encendida en amor de Dios, ¿no es verdad? ¿Observas la pobreza? Tu hermana es muy buena. Está de cocinera en Torrión y reza siempre en su cocina. Espero que este año hará la santa profesión. Reza por ella y por mí.

Sor De Negri, ¿ya sabes bien el francés? Al estudiar las lenguas de este mundo, estudia también el lenguaje del alma con Dios. El te enseñará la ciencia de hacerte santa, que es la única verdadera ciencia. Tu familia está bien; me dieron un salchichón para mandároslo, pero como estáis tan lejos, he pensado quedárnoslo para nosotras. Tú les darás las gracias, ¿de acuerdo? Escríbeles pronto. Que seas una buena Hija de María Auxiliadora y reza por mí, por tus hermanas, por tus padres y por todos tus parientes.

Sor Tercsina Mazzarello, ¿ya eres santa? Espero que por lo menos estarás a mitad de camino. Trabaja para agradar sólo a Jesús, piensa en el cielo y da siempre buen ejemplo. Ya te he dicho que tu hermana te saluda y que está bien.

Sor Gedda, ¿cómo estás? Espero que seguirás bien, para trabajar y hacerte santa. Ten alegres a todas las Hermanas y reza por mí.

Sor Juana, ¿estudias mucho, no es verdad? Creo que estudiarás también la manera de hacerte santa. Recuerda que para ser santa y sabia hay que hablar poco y reflexionar mucho. Hablar poco con las criaturas, poquísimo de las criaturas y nada de nosotras mismas. Hay que conservar el recogimiento del corazón, si queremos oír la voz de Jesús. De modo que procura vivir recogida y humilde y te harás una gran santa. No me olvides en tus oraciones.

Queda todavía mi querida Sor Laura. ¿Qué le diré? Le diré que, siendo la primera Hija de María Auxiliadora americana, debe conseguir con sus oraciones que el Señor obtenga a muchas otras americanas la misma gracia que le ha concedido a ella. Si no podemos vernos en este mundo, nos veremos en el cielo. Entretanto vivamos unidas en el Corazón de Jesús y recemos siempre la una por la otra.

¿Cuántas alumnas tenéis? Saludadlas a todas de mi parte; decidles que aunque no las conozca las quiero y rezo para que sean buenas,

dóciles, obedientes, etc., etc., en fin, que sean el consuelo del Corazón de Jesús, de sus padres y de sus maestras.

A mi regreso de Turín tuve la noticia de que la pobre Sor Gariglio había muerto el 1 de abril. También ella murió resignada.

Todas las Hermanas quisieran que os dijese algo de su parte, pero como me haría demasiado larga dejo que los Angeles de la guarda os lleven sus encargos, y vosotras les devolvéis con ellos la respuesta.

Estad siempre alegres, amaos en el Señor, rezad siempre por todas vuestras Hermanas. Siento no haberos escrito por mi propia mano, pero esta vez no me ha sido posible. He escrito a Sor Virginia; otra vez os escribiré a las demás. Pero vosotras escribidme alguna vez. Cuando me escriba la Directora unid a su carta algún escrito vuestro. *(Hasta aquí la escritura es de la Madre Emilia Mosca.)*

Animo, mis buenas Hermanas, Jesús debe ser toda vuestra fuerza. Con Jesús la carga se hace ligera, las fatigas suaves, las espinas se convierten en dulzuras... Pero debéis venceros a vosotras mismas, si no, todo se hace insoportable y las malas tendencias, como pústulas, resurgirán en vuestro corazón. Reza por mí, que en el Corazón de Jesús me profeso vuestra

Afma. en Jesús la Madre
Sor MARÍA ¹⁸

Nizza Monferrato, 9 de abril de 1879

Los últimos sufrimientos de Sor Ricci

El presentimiento de la Madre se convierte en realidad: en Mornese se está muriendo Sor Margarita Ricci. La Madre acude para volverla a ver antes del viaje sin retorno.

El 21 de abril se lleva a la querida Hermana, joven también, de veintisiete años apenas cumplidos y seis de profesión; un alma de oración, de silencio y de humildad.

¡Cuánto dolor y cuánta preocupación en las Superiores por estas muertes tan frecuentes!

Apenadas, pero no atemorizadas, las Hermanas repiten con serenidad: «¡Si Dios así lo ha querido, bien hecho estará!».

Pero he aquí una serena carta de Sor Josefina Vergniaud para dar un tono más azul al cielo de las Hermanas en el querido Mornese.

¹⁸ Original en Arch. Gen. FMA.

Sor Vergniaud, desde Buenos Aires

Mi queridísima Madre Superiora:

No estoy ya en Villa Colón, sino en Buenos Aires; esto es, en los buenos aires del Mar del Plata, en una casa que, por lo que me dicen, nadie ha descrito hasta ahora.

A mí, pues, se me confían las noticias más amenas, a mí, que, para alejar las tristezas inútiles, me he propuesto ser la nota alegre de la comunidad.

A nuestra casa la llaman aquí *ranchito*, aunque nosotras la hemos bautizado con el nombre de *cabaña de Belén*, donde la lluvia no entra cuando afuera no llueve. La habitación contigua a la cocina nos sirve de comedor, de taller, de sala de recreo, de lavadero, etc. y, a ciertas horas, también de clase.

¿Os cuento una de las buenas?

El señor Director Don Costamagna (¡si oyeráis lo bien que habla de Mornese, ahora que está lejos! ¡Todas santas, todo santo en Mornese!)... el señor Director, cuando viene a enseñarnos el español —ya sabe que no tenemos tiempo para esto— se pone en seguida a explicar, aunque nosotras sigamos en nuestro trabajo, sea el que sea. ¿Nos encuentra delante del barreño de lavar? Toma una silla, se pone un poco de lado y, con toda seriedad, empieza a soltar verbos y palabras en castellano y a corregir nuestras expresiones de preguntas y respuestas. Y también nosotras, inclinadas sobre el barreño, o arrodilladas en la banquilla que nos sirve de piedra, con toda seriedad, a frotar, a aclarar y a retorcer la ropa. ¡Qué paciencia la de nuestro santo profesor, y qué cabeza más dura la nuestra! Ciertamente que para nosotras sería más fácil nuestro italiano, lo mismo que para lavar nos vendría mejor el fresco riachuelo de Mornese que la escasa y nada límpida agua del barreño.

¡Ah y no hablemos del agua! Incluso la que sirve para beber sale del pozo tan turbia y con tantos bichitos, vivos y muertos, que nos hace vacilar si beberla o no, pero cuando no hay otra cosa...

A veces, después de algunas horas lavando, nos entra nostalgia de las almas, y entonces decimos: «¡Sábana, ven aquí, déjate lavar, que con lo pesada y vieja que estás, vas a regalarnos un pecador de primera categoría». «Venid acá, calcetines sin cuento, camisas y chaquetas destrozadas, pañuelos sin color y sin medida...; venid a transformaros, que, por vosotros, esta tarde vamos a llevar otras tantas almas al Señor...!» ¿Verdad que es una buena industria...?, tan hermosa que se nos va la nostalgia de las almas.

Durante el recreo, si el tiempo es bueno, salimos fuera, a nuestro patinillo, pero para no asarnos bajo los rayos del sol cuando cae de plano sobre nuestra cabeza, nos refugiamos en la estrecha sombra de la pared, donde el espacio es tan reducido que no cabemos más que en fila, una detrás de otra, dándonos la cara o la espalda, como mejor nos viene, y así nos hablamos, reímos, hacemos punto de media, y recordamos también a las niñas con el célebre canto, lanzado al mundo expresamente para nosotras: *La bella lavanderina — che lava i fazzoletti — per i poveretti — dà un salto — ne fa un altro — guarda in sù — guarda in giù — fa la smorfia che vuoi tù* *. Esto en los días laborables, pues los días de fiesta tenemos, por suerte, una veintena de niñas con las cuales hacemos prácticas de lengua, de oído y de misión salesiana. Los Superiores de aquí comprenden estos momentos de enfermedad misionera... llamada... melancolía (!?) y nos consuelan repitiendo lo que nuestro Padre Don Bosco nos dijo ya en Mornese, es decir, que tendremos tantas niñas que no sabremos dónde meterlas.

Pero la noticia mejor se deja para el final, ya que se ha de terminar con lo dulce. Vino a vernos nuestro Arzobispo, monseñor Aneyros, mostrándose tan contento que no cesaba de repetir: «Don Bosco me ha hecho realmente un regalo mandándome a las Hermanas; la Virgen ha querido completar de este modo la obra de los Salesianos, que es obra suya. Yo os bendigo, queridas hijas, con las dos manos; estoy contento de veros aquí y de saber que algunas jovencitas vienen ya a pasar alguna media horita con vosotras los domingos. De ahora en adelante cantaré también yo: "*Sancta Dei Genitrix, Sancta Virgo Virginum*" a la italiana, como lo cantáis vosotras!».

Nos explicaron después por qué el señor Arzobispo dijo estas últimas palabras: no se había querido adaptar nunca a la pronunciación italiana del latín, aferrado a su pronunciación española.

(Siguen los saludos y afectuosos recuerdos...)

9 de marzo de 1879

La Madre a las Hermanas de la nueva casa de Las Piedras

Las noticias americanas dan a la Madre la oportunidad de aprovechar la tranquilidad de la colina natal para hacerse presente a las Hermanas de la nueva casa, que da ya por abierta en el Uruguay.

* La bella lavanderita — que lava los pañuelitos — para los pobrecitos — da un salto — da otro salto — mira al cielo — mira al suelo — hace la mueca que quieras tú.

¡Viva Jesús, María y San José!

Mis queridas Hermanas:

¿Estáis vosotras solas en Las Piedras, verdad? ¿Cómo estáis? ¿Estáis alegres? ¿Tenéis muchas niñas? ¿Amáis al Señor? ¿Pero lo amáis de corazón? ¿Trabajáis sólo por El? Espero que todas me responderéis con un sí. Continuad, pues, alegres, amando al Señor. Pisotead el amor propio, achicharradlo bien, procurad ejercitaros en la humildad y en la paciencia. Tened gran caridad y amaros las unas a las otras.

Tened mucha confianza en la Virgen, Ella os ayudará en todas vuestras cosas. Observad la santa Regla aun en las cosas más pequeñas, porque es el camino que conduce al cielo. Conservad cuanto podáis el espíritu de unión con Dios, vivid continuamente en su presencia. Tú, Sor Juana, que eres la Vicaria, está muy atenta a dar buen ejemplo y a obrar con mucha prudencia y con el único fin de agradar a Dios; así estaremos contentas un día.

¿Y Sor Filomena, estás siempre alegre como aquí? ¿Amas mucho al Señor? ¿Te impacientas cuando no se enciende el fuego? Ten paciencia y procura encenderte de amor divino; está alegre y reza por mí.

¿Y tú, Sor Victoria, ya sabes el español? ¿Te preocupas porque te cuesta aprenderlo? Animo, que poco a poco todo se hará. Procura aprender a amar al Señor y a vencerte a ti misma; todo lo demás se aprende fácilmente. Sé humilde, está alegre y reza por mí.

Animo, mis buenas Hermanas, estad alegres y haceros pronto santas y llenas de méritos, porque la muerte es como un ladrón. En poco tiempo han muerto cuatro Hermanas: Sor Lucrecia y Sor María Gariglio, Sor María Cappelletti y Sor Margarita Ricci. Estarán ya en el cielo, pero recemos por si no estuvieran aún.

Acordaros de mí y de vuestras Hermanas, y especialmente de las que para María Auxiliadora harán la vestición, que serán diez o doce. Yo no me olvido nunca de vosotras, sed buenas. Sor Juana, tu hermana está bien y te saluda, reza por ella. Recibid los saludos de todas, especialmente de vuestra

Afma.

LA MADRE MAZZARELLO ¹⁹

Mornese, 30 de abril de 1879

¹⁹ Original autógrafo en Arch. Gen. FMA.

El primer mes de mayo en la «Madonna»

El mes de mayo comienza con un poco de pena para la casa de Nizza: el Director Don Chicco no está bien y, por tanto, se debe limitar a dos pláticas por semana. En cambio, se deseaba ardientemente comenzar este año a hacer el mes de María Auxiliadora del 23 de abril al 24 de mayo, según la indicación del *Bollettino Salesiano*. Pero, ¡paciencia! ¡Estará Don Cagliero!

Las Hermanas echaban de menos el mes de mayo de Mornese, con la predicación diaria de Don Lemoyne, pero ¿qué se va a hacer? Procuran acrecentar en sí mismas, con todos los medios, el amor a la Virgen.

La Madre Enriqueta, desde que llegó a Nizza, presintió que el proyectado cuadro de María Auxiliadora que había de colocarse sobre el enorme altar central de aquella gran iglesia del ex-convento daría impresión de lejanía a las niñas, habituadas desde Mornese a rivalizar en bondad para poder ser elegidas para adornar el altarcito de la Virgen y mantener encendida la lámpara en los días consagrados a ella.

Por eso, de acuerdo con la Madre, empezó a recaudar algunos céntimos, sirviéndose de sus mismas asistidas, para comprar una imagencita de la Inmaculada, mientras se preparaba en la misma iglesia un altarcito ex profeso para colocarla dignamente.

La cantidad aumentaba de día en día, pero cuando el Director General, que se había ofrecido a comprar dicha imagen en Francia, se encontró allí a mediados de enero, aún faltaba para llegar a las cien liras.

—¡No temáis, hijitas! Vosotras haced todo lo posible, que si falta algo para completar la cantidad, Don Cagliero le dirá a la Virgen: «¡Bueno, ahora te las arreglarás tú!».

Así concluyó el buen Director, y la Virgen le mandó doce liras y veinte céntimos para hacer números redondos; de este modo la imagencita de la Inmaculada llegó a Nizza y estuvo oculta hasta la hora de poder ser recibida con mayor solemnidad.

Con el mes de mayo, la estatuita brilla ahora entre luces, flores y corazones ardientes; así parece que continúan de algún modo los grandes fervores mornesinos, que se temía que se hubieran quedado en aquella bendita colina.

De este modo el amor a María se reaviva en las alumnas y en las Hermanas: se espera obtener la conversión de una joven hebrea de la ciudad.

La Madre regresa de Mornese. El Cardenal Protector para la Congregación Salesiana

Con las Hermanas, postulantes y niñas que salen de Mornese en grupos de dos y de tres, el 6 de mayo vuelve también la Madre; tiene el corazón enternecido al tener que dejar allí a sus queridas enfermas, un grupito de postulantes y las Hermanas imprescindibles para atender a las enfermas y a la casa.

El afecto de quien las acoge en Nizza atenúa la pena del desprendimiento, y la lectura en el *Bollettino Salesiano* de la noticia de que también participan del privilegio del Cardenal Protector es un consuelo para toda la comunidad.

—Releamos, Hermanas, esta gracia singular —dice la Madre—. Y la Hermana vuelve a leer en el comedor el artículo: «El Cardenal Protector de la Congregación Salesiana» ²⁰.

Siguen las noticias que, de día en día, aumentan en fervor por el bien; y si las páginas del *Bollettino Salesiano* se leen poco a poco es sólo por un sentido de mortificación también en los gozos espirituales, y para prolongar los argumentos preferidos: «Nuevo intento de entrar en la Pampa patagónica — Don Bosco tratado con honores de príncipe en la ciudad de Luca» ²¹.

Novena a María Auxiliadora. Anita Bedarida

La fiesta de María Auxiliadora queda establecida para el 1 de junio, solemnidad de Pentecostés y fiesta de Nuestra Señora de las Gracias; la novena preparatoria señala un creciente fervor en los corazones.

El 21 se presenta a la Madre la señorita Anita Bedarida, conocida y amiga de María Terzano y de Felicina Ravazza.

La suya es una de las familias israelitas más conocidas en la ciudad por su laboriosidad, pero también por su intransigencia con la religión católica: natural, pues, que no fuera bien vista su simpatía por el catolicismo y sus frecuentes visitas a la *Madonna*. Esta vez la señorita está resuelta a no volver a su casa, porque quiere hacerse cristiana y los suyos no le dan permiso.

²⁰ *Bollettino Salesiano*, mayo 1879, año III, n.º 5, pág. 3.

El artículo está reproducido en el Anexo n.º 2.

²¹ Anexo n.º 3. Cfr MB XIV 61.

—Es meterse en un avispero —se dice la Madre—; para evitar lo peor y secundar la idea de la señorita, la acompaña ella misma con otra Hermana a Turín, donde podrá conseguir más libremente, y con seguridad, la meta prefijada.

Al día siguiente, hete aquí que se presentan en la *Madonna* el hermano y un primo de la muchacha; quicren a toda costa que salga Anita; revuelven el recibidor, alborotan, amenazan.

A la mañana siguiente se presentan los agentes de la policía a registrar la casa, persuadidos de que la joven estará escondida en algún lugar secreto; pero no la encuentran y sólo consiguen amedrentar a las Hermanas, temerosas por la Madre que, después de confiar a la intrépida jovencita a las Hermanas de Turín, regresa en seguida a Nizza para tranquilizar a la comunidad.

¿Por qué temer? La joven tiene veintidós años, es libre de hacer lo que crea conveniente, y los buenos tienen obligación de ayudarla.

Pero en la ciudad no se habla más que de las Hermanas, a favor y en contra, y más en contra que a favor, naturalmente, por la vieja costumbre de atribuir a los religiosos los más innobles hechos.

El día 23, comienzo de la novena a la Virgen, reúne a todas para una oración impetratoria, y el día 24 la Madre Enriqueta Sorbone y la postulante Felicina Ravazza son citadas por el Jefe local de policía para declarar sobre Ana Bedarida; una, porque, siendo maestra del taller, tuvo ocasión de tratar a la señorita fugitiva, y la otra, por un escrito en el que le aconsejaba que abriera los ojos y el corazón a la verdadera ley del Mesías.

Al saber que la joven está en Turín, el padre se dirige allá a tentarla, pero el Director General comunica que Anita no ha cedido. ¡Qué primer día de la novena pasan en Nizza! La tormenta no es sino un motivo más para intensificar la oración y superar todo temor con cantos de confianza en la gran Madre de Dios y del Instituto.

La Madre consuela a Sor Pacotto

En medio de todas estas angustias, no se olvida a Sor Josefina Pacotto, que sufre en Mornese por innumerables motivos.

La amada Superiora General procura proporcionarle algún alivio escribiéndole.

Mi querida Sor Josefina:

Empiezo diciéndote que he recibido todos tus escritos, etc., pero perdóname si he estado tanto tiempo sin contestarte unas líneas. No tengo un momento libre: tengo mucho trabajo; ten paciencia también ahora si te escribo poco, otra vez seré más extensa.

Dime si las postulantes son buenas, si aumenta cada vez más su deseo de hacerse santas, y si desean consagrar toda su vida a Jesús. Recomiéndales que piensen en el fin por el que se han hecho, o mejor dicho, han venido a la vida religiosa; diles que no piensen sólo en vestir un hábito negro, sino en la necesidad de revestirse del hábito de todas las virtudes necesarias a una religiosa que quiere llamarse esposa de Jesús. Que adquieran el espíritu de mortificación, de sacrificio, de obediencia, de humildad y de desprendimiento de todo lo que no es Dios. En fin, anímalas a todas de mi parte y diles que recen siempre por mí y por todas.

Y tú, Sor Josefina, da gracias que estoy lejos, si no te tiraría de las orejas. ¿No sabes que la melancolía es causa de muchos males?

Para estar alegre hay que ir adelante con sencillez, sin buscar satisfacciones ni en las criaturas, ni en las cosas de este mundo. Piensa sólo en cumplir bien con tu deber por amor a Jesús y no te preocupes de nada más. Si eres humilde confiarás en él y él hará lo demás. Así es que nada de mojarme la estufa del despacho, piensa que ya no es hora de hacer niñerías; debes tener juicio y dar buen ejemplo. En cuanto a la Madre Vicaria, ten por seguro que sabe comprenderte, tenle mucha confianza; díselo todo, y si alguna vez te parece que no te cree, no importa; acepta esta humillación sin ofenderte; será un bien para tu alma. Así es que, alegre y con buen ánimo; ayuda a la Madre Vicaria y entre las dos infundid en las postulantes el buen espíritu y ayudadlas a todas a hacerse santas. Saluda a todas las Hermanas, postulantes y niñas; rezad mucho por mí y estad siempre alegres. Un viva Jesús a todas, mil bendiciones de Jesús y creedme vuestra

Afina. la MADRE MAZZARELLO ²²

(mayo) 1879

²² Original autógrafo en Arch. Gen. FMA.

La inundación del Belbo

Mientras los periódicos de todo tipo dan la noticia del rapto de Ana Bedarida, llevado a cabo por las religiosas de Don Bosco y por motivos de religión; mientras se amenaza con quemar el *convento* si la fugitiva no vuelve a su casa y abandona la idea de hacerse cristiana, el río Belbo aumenta su caudal a causa de las copiosas lluvias, sale de madre e inunda sus márgenes alcanzando hasta dos metros de altura. La gente se ve obligada a abandonar sus viviendas a toda prisa y muchas familias, hombres, mujeres y niños llaman al colegio pidiendo socorro.

La Madre dispone que sean acogidos en seguida con exquisita caridad y ordena que se les prepare a todos una modesta cena con lo poco que hay en casa. No bastando la sopa, recurre a la polenta e incluso a los pedacitos de pan que la mortificación de esta y aquella Hermana ha dejado en el cajón de la mesa.

Su atención más solícita es para las mujeres y para los niños, para que sean los primeros en tener las prendas indispensables y algún jerigón para dormir. Afortunadamente el clima benigno de la estación permite a los hombres pasar la noche fuera, envueltos en alguna manta sobre una ligera capa de paja; pero las mujeres y los niños están todos alojados en el recibidor, donde la Madre acoge y consuela, y manda a las Hermanas a que se aseguren de que ninguna sufre a causa del frío, o por un natural sentimiento de temor.

Las primeras socorridas son, quizá, las mismas mujeres que, noches atrás, gritaban furiosas delante de las ventanas: «¡Pobres muchachas! ¡Habéis venido a morir aquí dentro? ¡Volved a vuestra casa! ¡Mueran las monjas...!».

Pero, ¿qué importa? Por el contrario, precisamente a ellas se han de ofrecer los bienes mejores de la caridad cristiana, para aliviar su dolor y ayudarles a aceptar la prueba como un mensaje divino.

Cuando la riada del 26 y 27 se retira al cabo de dos días, los muchos hombres acogidos y socorridos y las cuarenta y tantas mujeres que en la *Madonna* pasaron también la noche, conocen mejor a las Hermanas y a la Madre, de quien se hacen lenguas, mientras ella repite con gratitud: «¡Realmente todo redundará en provecho de quien teme al Señor!».

Segunda borrasca

A primeras horas del día 31, Don Cagliero llega a Nizza. La Virgen lo conduce a tiempo, porque vuelven a aparecer las nubes amenazadoras de temporal.

Se ha sabido en la ciudad que pronto, en la *Madonna*, tendrá lugar la vestición religiosa de Felicina Ravazza, de María Terzano y de alguna compañera suya; entonces se empieza a decir maliciosamente que, especialmente la primera, era víctima de insinuaciones por parte de las monjas. Esto ha bastado para reavivar el fuego sectario.

El sub-prefecto de Acqui, el fiscal y otras dos autoridades civiles municipales se creen en el deber de intervenir personalmente, y se presentan en la *Madonna* para proceder a un interrogatorio, en toda forma, de las jóvenes que se preparan para la vestición religiosa. Antes de interrogar a María Terzano, se somete a un minucioso interrogatorio a su padre, quien no tiene reparos en declarar lo absurdo de tal proceder, desde el momento que él no fue capaz de disuadir a su hija del propósito de hacerse religiosa, y religiosa de Don Bosco, por el único motivo de querer ser religiosa de aquellas a toda costa.

Introducida ante aquel grupo de señores tan serios, la hija no se asusta ni se conmueve. Ya le había dicho a la Madre: «Esté tranquila respecto a mí, yo no tengo ningún miedo de decir la verdad».

Y dijo toda la verdad, en pocas palabras y en un tono que no admite réplica. Después de ella pasan las otras cinco candidatas a la vestición del día siguiente; y cada una de ellas, con igual franqueza y libertad, dice claramente lo que siente.

A los interrogatorios sigue una visita minuciosa a toda la casa; hace de guía el mismo Don Cagliero, que no puede por menos de decir, con su estilo propio:

—Como ven, no hay opresiones ni engaños aquí dentro, y ustedes se pueden ir de aquí más tranquilos que cuando vinieron.

—Sí, sí, pero mañana la función se hará a puerta cerrada; y para evitar cualquier posible molestia a las Hermanas se mandará algún guardia para la oportuna vigilancia.

—Como quieran, pero teniendo en cuenta que cada uno, en su casa, hace lo que le parece y lo que más le agrada.

La delegación se va menos altanera que antes, mejor dispuesta hacia el Instituto y contenta de la invitación a presenciar la función del día siguiente.

Primera vestición religiosa en la «Madonna»

En cuanto se van los señores, el Director General dispone que se mande invitación a las familias de las neo-novicias, a los bienhechores de la casa y a las personas más respetables de la ciudad.

Esta es la primera clausura del mes de la Virgen que celebran en Nizza las Hijas de María Auxiliadora, en la iglesia de la *Virgen de las Gracias*, después de la expulsión de los pobres frailes; es la primera vestición religiosa que se realiza en ella, en la que entran dos vocaciones de Nizza, por las cuales Don Bosco secundó el desecho del benemérito Don Bisio y del señor Terzano, de celebrar la función en Nizza, en vez de en Mornese.

Es, además, una ceremonia que debe confirmar la santa libertad de los hijos de Dios, aunque la borrasca vaya dirigida a atemorizar a los pusilánimes solamente; por consiguiente... puertas cerradas para quien no viene, o viene a molestar; puertas, no de par en par, pero sí abiertas a todos los de buena voluntad. Y después... ¡buen ojo, mejor criterio, trato cortés y conveniente, según los casos, y confianza en la Virgen!

Llegada la mañana del 2 de junio —segunda fiesta de Pentecostés—, bastante antes de la hora indicada, la iglesia está abarrotada de fieles; devoción general durante el canto ejecutado por Hermanas, educandas y postulantes en la misa.

Inmediatamente después se presentan ante el altar las postulantes: Ana Brunetti, Ernesta Farina, María Stardero, Matilde Villata y las ya conocidas Felicina Ravazza y María Terzano. A ellas se dirigen las preguntas rituales que preceden a la entrega del santo hábito. Don Cagliero preside toda la función, como delegado de Don Bosco, hace la plática de ocasión y, refiriéndose con franqueza a lo acaecido en un pasado muy próximo, explica el fin del Instituto, el valor moral y cívico de la religiosa, la libertad que cada uno debe gozar en su propia casa, y, finalmente, se pregunta y se responde él mismo: ¿Qué hacen aquí dentro las Hijas de María Auxiliadora? Hacen lo que quieren: hacen *maniobras*²³.

Un sermón, con un estilo tan fuera de lo corriente, agrada a las personas sensatas y las enfervoriza; de modo que, por la noche, en las vísperas cantadas, la afluencia de fieles es mayor aún que por la mañana, con el único inconveniente de la falta de espacio.

²³ La expresión, sacada del lenguaje militar, está usada de forma deliberadamente impropia, para indicar un adiestramiento serio para una misión en favor del prójimo.

Los días que siguen son de una tranquilidad tan serena para la comunidad, que pueden gozar todas juntas las noticias de América que ha traído el Director General, y la carta afectuosísima de Sor Virginia Magone en respuesta a un escrito de la Madre ²⁴.

La segunda carta de Sor Magone

Después de escribir como muestra sus primeras palabras en español, Sor Virginia se expresa así:

¡Vivan Jesús y María!

Mi muy querida Madre Superiora:

Recibí su muy apreciada carta. ¡Qué alegría tan grande experimenté cuando me dijo la Directora: «La querida Madre Superiora te ha escrito!». Yo me estremecí y se me saltaron las lágrimas de consuelo. ¡Qué Madre tan buena! No se olvida de sus hijas, ni de las más malas. Sí, me consuela mucho el pensar que además de una madre en el cielo tengo también una madre en la tierra que piensa en mí, reza por mí, y se preocupa por mí hasta el punto de contarme tantas cosas y darme tan buenos consejos.

Me siento obligada a darle las gracias por todo el bien que me hizo llevándome con usted desde pequeña y enseñándome tantas cosas buenas. Si no fuera por su gran bondad, ¡quién sabe dónde estaría yo...!, quizá perdida para toda la eternidad. En cambio, su gran caridad me apartó de los peligros y me enseñó el camino del cielo.

Ahora me toca a mí caminar por esa senda. Desgraciadamente he de confesar que hasta ahora he adelantado poco, pero no me desanimo. El Señor es muy bueno y espero que me hará buena también a mí, que tanto lo deseo. ¿No es verdad, Madre? Tomo ahora esta resolución y con la ayuda del Señor espero hacer un poco de bien.

Mientras tanto le suplico, Reverendísima Madre, que me perdone por todos los disgustos que le he dado, que ciertamente son muchos y grandes. Sí, me doy cuenta ahora, que no puedo remediarlo... Espero que su gran bondad habrá echado sobre ellos el velo del olvido y no los recordará más. ¿Quiere creer, Madre, que aún me viene a la mente el primer disgusto que le di cuando estábamos en

²⁴ No se conserva el texto de la carta que la Madre incluía para Sor Virginia (véase págs. 33 y 35) en la del 9 de abril dirigida a Sor Angela Vallese para la comunidad.

la parroquia de Mornese? Y luego todos los que le di a continuación, de vez en cuando se me ponen delante. Perdónemelos, para que pueda olvidarlos también yo y pueda vivir tranquila.

Mi Reverendísima Madre, ¿tendré la suerte de volverla a ver? Escúcheme: una noche soñé que usted había venido a América. ¡Imagínese la alegría que sentí! Yo estaba tan contenta que no encontraba palabras para expresar la alegría de mi pobre corazón. Pero, en lo mejor del sueño, el toque de la campana me despertó y me quedé tan mortificada como un perro apaleado.

Con todo esto no crea que estoy descontenta en América, todo lo contrario. Estoy contentísima, y aún más, esta suerte se la desearía a la Reverendísima Madre Superiora y a todas las Hijas de María Auxiliadora, y se la desco especialmente a las que van a venir pronto.

Madre Asistente, anímese, acompañe a la Madre Superiora y venganse pronto las dos. No tengan miedo al mar. Es verdad que alguna vez te hace hacer un mal papel, pero no importa; terminado esto, se está muy bien. Es encantador ver montañas de agua caer por una parte y levantarse por otra. Esto recrea mucho y, al mismo tiempo, hace ver la grandeza de Dios. No se ve más que cielo y agua y parece a cada momento que el barco se vaya a romper y vernos todas en medio de las olas, pero no, porque Dios es el dueño del mar, y lo gobierna, y nos permite llegar felizmente a puerto. Así lo hizo con nosotras, y del mismo modo lo hará con ustedes. Vengan y lo comprobarán.

Madre Ecónoma, ¿cómo está? Si viniera a América no tendría quebraderos de cabeza para comprar la carne. Aquí hay mucha, y es tan corriente, que se la echan incluso a los perros. Madre Ecónoma, ya que le he dado tantos disgustos, le ruego que no me olvide en sus oraciones.

Hermanas todas que me conocéis, ¿os acordáis todavía de Sor Virginia? Sí, queridas Hermanas, acordaos de mí en vuestras oraciones, que yo me acordaré también de vosotras ante el Señor. Rogad a Jesús, a fin de que me dé la virtud necesaria para atraer las almas a El, y yo le rezaré para que os conceda a todas vosotras la gracia de venir a América. ¿Estáis contentas? Sí, es para mí, y lo sería también para vosotras, una hermosa gracia, la mayor que Dios puede hacer a las Hijas de María Auxiliadora.

Queridísima Madre Superiora, de nuevo me dirijo a usted y le pido que me perdone la libertad que me he tomado de decir alguna cosita a las Hermanas sin pedirle permiso. Con todo esto no entiendo exluirla a usted, ni mucho menos, esto no lo haré nunca. Ahora, si

me lo permite, le contaré algunas maravillas de América. Primeramente le diré que aquí sopla un viento tan fuerte, que nuestra casa hace casi como el barco en el mar, ora se inclina a la derecha, ora a la izquierda, pareciendo que vaya a derrumbarse a cada momento. Pero hasta el presente una mano invisible la sostiene, pareciéndonos casi un milagro.

Si no fuera porque tenemos el Santísimo Sacramento en casa, a esta hora quién sabe cómo estaría. Nos consuela el pensamiento de que si se cae la casa, nosotras quedamos debajo con Jesús, y con Jesús estaremos muy bien e iremos al cielo. Hace unos días fuimos a dar un paseo por el campo. Encontramos muchas casas hechas de barro, que aquí se llaman *ranchos*, habitadas por gentes que, desgraciadamente, viven como los animales. Quisiera contarles alguna cosa más, pero se me ponen los pelos de punta, y sólo les digo que sentimos una gran compasión. Las tres morasitas juntas, con permiso de la Madre Directora, hemos mandado una carta a nuestro buen párroco, dándole noticias de nuestro viaje y de cómo nos encontramos en América. Sor De Negri y Sor Teresa han escrito también a sus padres. También yo le he escrito una vez a mi querida madre, pero no he recibido respuesta.

Mi Reverenda y querida Madre Superiora, termino, pero antes quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho por mí y también por su apreciada carta. Con la ayuda del Señor haré lo posible para poner en práctica todos sus consejos. No me olvide en sus oraciones, y encomiéndeme también a las de la Madre Economa, Madre Asistente, Madre Enriqueta y todas las Hermanas. Reciba miles de saludos de todas estas buenas Hermanas, las cuales me encargan que le diga muchas cosas, que la falta de tiempo y de papel no me permite escribir hoy. Cuando escriba a Borgo San Martino, tenga la bondad de unir a la suya esta carta mía para su hermana Sor Felicina. En el Corazón adorable de Jesús soy

Su humildísima y agradecidísima hija
SOR VIRGINIA MAGONE

Mayo de 1879

Comentario de la Madre

Las palabras de comentario de la Madre subrayan la candorosa ternura de la hija:

«¿Habéis oído, mis queridas Hermanas? ¡Cuánta humildad! ¡Qué

grandes disgustos creéis que me ha dado esta pobre hija? Cosas sin importancia las llamamos nosotras; cosas sin importancia que, apenas ocurridas, han sido reparadas con muchas lágrimas y con promesas realmente eficaces.

Pero se comprende que, cuanto más se adelanta en el camino de la virtud, más luz se hace en el alma; y, donde hay más luz, mejor se ven los defectos de nuestra pobre naturaleza. Por esto los santos se consideraban grandes pecadores. Por caridad, Hermanas, estemos atentas a los pequeños defectos; a la hora de la muerte, vistos a la luz de Dios, qué disgusto nos causarán. Estemos también atentas a las pequeñas virtudes; nos ayudarán a hacernos santas, pronto y de verdad».

La Madre en Mornese y en Turín

El 5 se termina en Mornese el mes de la Virgen. El Director General, la Madre y Sor Elisa Roncallo se trasladan allá, llevando un rayo de sol a todos los corazones.

Pero Don Cagliero es el primero en regresar, porque urge un rápido acuerdo con Turín, por el caso de Ana Bedarida, que sigue siendo objeto de preocupación. Se sabe que la joven se sostiene bastante bien en la lucha promovida contra ella por los suyos, pidiendo el bautismo a pesar de que la familia persiste en su negativa, pero no parece llegado el momento de secundarla.

Don Cagliero, nada más llegar a casa, comunica a la Madre la conveniencia de su presencia en Turín, donde sus hijas la solicitan insistentemente: algún agente de policía ha reiterado los ataques a la futura neófita y no faltan las visitas de los familiares y de su mismo padre.

En un principio, Anita empleó términos claros y precisos, pero luego dejó escapar alguna lagrimita y algunas expresiones tiernas que no despertaban tanta confianza. Quizá un desahogo con la Madre, con quien la joven tiene tanta confianza y amor, podría favorecer a todos...

La Madre regresa, pues, de Mornese el día 18, con algunas postulantes, continuando después el viaje de Nizza a Turín con la oración en los labios y en el corazón.

Escucha y reanima, pero, antes de dar un paso definitivo, cree conveniente esperar el consentimiento del padre de Anita, el más dispuesto a contentar a su hija. También Don Cagliero estima nece-

sario prolongar la prueba de espera y la instrucción religiosa de la catecúmena. Don Bosco da su aprobación.

En Turín se combinan también las próximas tandas de Ejercicios Espirituales, y después de recibir las esperadas respuestas del Fundador acerca de la fundación de Cascinette, la Madre regresa a Nizza serena, a pesar del aumento de preocupaciones, de trabajo y de gastos, confiando cada vez más en la Providencia y hallando plena correspondencia en el espíritu de sacrificio de sus hijas.

Anima a las maestras y a las alumnas a prepararse para los próximos exámenes, mientras ella va y viene de Nizza a Mornese y viceversa acompañando cada vez a alguna que deja la casa amada, mientras se prepara para el desprendimiento definitivo.

Todo este movimiento de personas y de cosas, cuanto más sentido, tanto más vibra como promesa de resurgimiento y de vida para la incipiente Congregación, y responde a los ideales sorprendentes de su Fundador.

Las maestras, a Génova

Entretanto, una reciente legislación escolar, que exige a las maestras con título elemental someterse a un examen para la enseñanza de la Gimnasia en las escuelas del Reino, públicas y privadas, trae consigo una nueva movilización de las Hermanas. Sampierdarena se presta para esto: la bondad paterna del Director, Don Pablo Albera, ofrece a las candidatas a los exámenes una oportuna hospitalidad entre las buenas mujeres encargadas de la ropería de los Salesianos. Por eso, hacia últimos de junio, todas las candidatas a las pruebas de examen parten para Génova: Sor Magdalena Morano, Sor Adela David, Sor Rosa Daghero y Sor Carolina Sorbone.

Nuevo entusiasmo misionero

Siguen, en Nizza, días de relativa calma, que permiten detener el pensamiento y el corazón en las palabras pronunciadas por el misionero apostólico, monseñor Antonio Belasio, en la iglesia de María Auxiliadora, reproducidas en el *Bollettino Salesiano* ²⁵.

En la iglesia de María Auxiliadora, abarrotada de fieles — par-

²⁵ *Bollettino Salesiano*, junio de 1879, año III, n.º 6, págs. 2-5.

tiendo de la invitación divina: «Id por todo el mundo a predicar el Evangelio a todas las criaturas...»— describía el trabajo apostólico realizado por la Iglesia a lo largo de los siglos, y se detenía en el apostolado de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora con centenares de miles de jóvenes de ambos sexos. Y concluía: «Salesianos, contemplad el vasto campo que tenéis delante; amarillean las mieses, se inclinan ya a tierra las espigas maduras y granadas... ¡Ea, esparcidos por el universo mundo y segad. Aunque seáis los últimos en llegar, no será menor vuestra cosecha, con nuevas conquistas enriqueceréis a la Iglesia y el cielo celebrará una nueva fiesta! *¡Id a predicar el Evangelio a todas las criaturas!*».

Son expresiones que encienden en los ánimos un nuevo deseo de abrazar el mundo entero y de llegar al máximo grado de potencialidad apostólica.

Todo el ex-convento de la *Madonna* se siente animado, en un crescendo de celo y de generosa abnegación.

Fiesta onomástica de la Madre.

Voces diversas

En este clima se celebra, el 16 de julio, la fiesta onomástica de la Madre, espontánea manifestación de afecto filial por parte de toda la comunidad, que ama sincera y ardientemente a su Superiora y Madre. Un reflejo de ello son las distintas voces que hablan de ella.

La postulante Carmelinda Dianda, que lleva en Nizza un mes escaso, cuenta un buen día: «Yo oí hablar de la Madre a dos señoras de Luca, muy relacionadas con Don Bosco; él mismo les había dicho que la Superiora de las Hijas de María Auxiliadora era una santa. Yo vine a Nizza con esta convicción, y mi convicción no se ha visto defraudada hasta ahora, todo lo contrario...

Durante la primera semana pasada en Nizza, si la Madre me encontraba todavía triste por la separación, se apresuraba a decirme: "Estáte tranquila, piensa que eres la primera postulante de la Toscana; serás, por consiguiente, el primer grano de mostaza que abrirá el camino a muchas otras; se abrirán muchas casas en tu tierra y después, entre las muchas Hermanas que irán allá, te mandaremos también a ti..."

El día que me llegó la primera carta de mis padres, al recibirla, me puse a llorar. La Madre me miró seria, me dijo también dos palabritas... un poco enérgicas y... se fue. Pero después me mandó llamar

y, humilde y afectuosamente materna, me pidió perdón por la forma con que me había tratado; me consoló de tal manera que no sólo me hizo olvidar la corrección, sino que me hizo sentir feliz y dichosa de tener una madre tan santa. Porque, a mi parecer, estas son cosas de santos».

Después de leer y de comentar en comunidad el discurso de monseñor Belasio, también la vivaracha Sor María Terzano sintió encenderse en ella el desco de las misiones. Pero... la prontitud de su carácter... y la soltura de su lengua..., ¿no serían un obstáculo para la consecución de la meta? La buena religiosa se anima a hacer la petición a la Madre, la cual le responde: «De acuerdo, te mandaré a América, si durante un mes eres capaz de moderar la lengua». Pero no valió toda la buena voluntad de Sor Terzano para conseguirlo, y la Hermana sufría incluso físicamente. La Madre no tardó en acercársele para decirle: «Por ahora me basta con esto: si hace falta, te mandaré a América lo mismo». ¿Cómo no amar y no apreciar cada vez más a una Superiora como esta?

También Felicina Ravazza, una de la última vestición, tiene sus buenas anécdotas:

«La Madre sabe que me cuesta mucho estar quieta y callada; uno de estos días, al sorprenderme hablando en tiempo de silencio, me dijo: "Bueno, puesto que eres tan habladora, en penitencia darás, durante ocho días seguidos, dos vueltas a la viña corriendo".

Comprendí inmediatamente que aquello no era un castigo, sino una atención, y noto que la quiero cada vez más. Lo mismo que cuando me llama para ayudarla en cosas insignificantes, o me pregunta: "Felicina, ¿sigues contenta de estar aquí con nosotras?"; y para repetirme en un tono cada vez más amable: "¿Ves qué bien se está en la casa del Señor? ¡Sé lista y manda fuera al diablo cada vez que te quiera meter en la cabeza sus historias!". Un día la Madre nos hizo una visita en el taller, echó una mirada a lo que teníamos entre manos y después salió. A los pocos minutos me manda salir fuera y, con materna bondad, me pregunta:

—Felicina, me parece que no estás de buen humor, ¿te encuentras mal?

—¡No, Madre!

—Entonces, ¿tienes hambre...? espérame aquí.

Se va y vuelve, pobre Madre, y llevándome a parte, saca de la manga ancha un pedazo de pan y un pedazo de queso y me dice:

”¡Toma, *tugnaca* ²⁶, cómete esto y está alegre!”. Después, durante varios días seguidos, quiso que fuera a merendar. ¡Yo no sé dónde se encontrará una madre más santa que la nuestra! Y no lo digo por las atenciones que tiene conmigo, sabiendo que con las demás hace otro tanto, especialmente con las postulantes nuevas, a las cuales manda la parte mejor de la comida, el pan más tierno y, si le es posible, también más abundante, con delicadeza y premuras de verdadera madre».

Noticias interesantes

El *Bollettino Salesiano* de julio lleva noticias de la furia de los protestantes contra la obra salesiana masculina y femenina de Bordighera-Vallecrosia, sobre la participación de las Hijas de María Auxiliadora en la fiesta onomástica del Padre y Fundador, y narra las gestas de Don Santiago Costamagna y sus compañeros de misión en la Argentina Patagónica. Todo esto es motivo, para la Madre y para sus hijas, de reconocida humildad hacia Dios, María Auxiliadora y Don Bosco, y de un celo más vivo por los intereses de las almas.

La Madre escribe a Sor Vallese acerca de la casa de Las Piedras

Llegan noticias también del Uruguay: la Directora Sor Angela Vallese, mientras comunica la fundación de Las Piedras efectuada el pasado 13 de abril, manifiesta algún temor por aquella casa, donde el personal no es —según ella— como se precisa. Sor Vallese se expresa así; pero las noticias que llegan de otras fuentes son satisfactorias, y la Madre responde.

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi querida Sor Angelina:

No tengas miedo de que tus cartas me aburran; todo lo contrario, me gusta que me des noticias de ti y de las Hermanas. Escríbeme largo y a menudo...; tus cartas me dan siempre mucha alegría.

Siento que la nueva casa de Las Piedras no vaya muy bien. Sor Juana

²⁶ *Tugnaca*: voz dialectal mornesina, con significado afectuoso y bonachón (= ton-tuela).

es demasiado joven y aún le falta madurez para hacer de Superiora. Pero no os asustéis, convencerlos de que defectos los habrá siempre; se ha de corregir y remediar lo que se pueda, pero con calma, y dejar el resto en manos de Dios. Además, no hay que hacer demasiado caso de bagatelas; a veces, por hacer tanto caso de las pequeñeces, se dejan pasar las cosas grandes. Con esto no quiero que creáis que no hay que hacer caso de las faltas pequeñas, no es esto lo que quiero decir: Corregid, advertid siempre, pero excusad de corazón y usad caridad con todas. Mirad, hay que estudiar la manera de ser de cada una y saberlas llevar para conseguir algo; hay que inspirar confianza.

Con Sor Victoria debes tener paciencia e inculcarle poco a poco el espíritu de nuestra Congregación. No puede haberlo asimilado aún, porque ha estado muy poco tiempo en Mornese. Creo que si sabes tomarla por el lado bueno dará buen resultado. Y lo mismo las demás, cada una tiene sus defectos: hay que corregirlas con caridad, pero sin pretender que no tengan defectos, o que se corrijan de ellos de repente, ¿esto no! Con la oración, la paciencia, la vigilancia y la perseverancia, poco a poco, se consigue todo. Confía en Jesús, pon en El todas tus preocupaciones y déjale hacer, que El lo arreglará todo. Está siempre alegre, siempre de buen humor.

Cuando no sepas cómo hacer, dirígete a Sor Magdalena [Martini], haz lo que ella te diga y estáte tranquila. Además, tienes un buen Director y no debes preocuparte. Procura obedecerle siempre, ¿de acuerdo, Sor Angelina?

Me dices que tienes mucho trabajo y yo me alegro, porque el trabajo es el padre de todas las virtudes. Con el trabajo desaparecen los grillos y se está siempre alegre. A la par que te recomiendo el trabajo, te recomiendo también que cuides de la salud, y os recomiendo a todas que trabajéis sin ambición, sólo para agradar a Jesús. Quisiera que infundieras en el corazón de esas queridas Hermanas el amor al sacrificio, el desprecio de sí y un desprendimiento absoluto de la propia voluntad. Nos hemos hecho religiosas para asegurarnos el cielo, pero para ganarlo hacen falta muchos sacrificios; llevemos la cruz con valor y un día estaremos contentas.

Quisiera escribir unas letras a cada una de las Hermanas, pero esta vez no tengo tiempo; otro día les escribiré ¡Si vierais! Tenemos toda la casa empantanada, preparándola para los Ejercicios, que comenzarán el 6 de agosto. Inmediatamente después habrá los Ejercicios para las seglares y el traslado de la casa de Mornese aquí, a Nizza... Ya os podéis imaginar el trabajo que tenemos. Tened paciencia por esta vez; os escribiré más largo después de los Ejercicios.

Diles una palabrita de mi parte a esas queridas Hermanas; ánimo-melas mucho a todas y diles que se amen como buenas hermanas, teniendo mucha caridad unas con otras, mostrándoles el Paraíso, donde un día nos encontraremos todas reunidas.

Presenta mis respetos a nuestro buen Director y al de Las Piedras, que creo que es Don Beauvoir. Saluda a las Hermanas, una por una, de modo especial a las nuevas. A ti te recomiendo de nuevo que estés siempre alegre, y lo mismo a Sor Virginia, a Sor Juana, a Sor Victoria, a la vivaracha Sor Filomena, a Sor Teresina, Sor Honorina, Sor Cassulo, etc.

No olvidéis en vuestras oraciones a vuestras Hermanas de Italia y de Francia. Ninguna de nosotras os olvida, podéis estar seguras de ello. Todas os mandan millones de saludos, de la primera a la última.

Vuestros padres y familiares están bien y también nosotras, excepto Sor María Mazzarello, que está mal. Que Dios os bendiga a todas junto con vuestra

Afma. en Jesús
la Madre Sor MARÍA MAZZARELLO ²⁷

Nizza, 22 de julio de 1879

Sor María Mazzarello, de Turín al cielo

El día 4 de agosto, Sor María Mazzarello —también ella de Mor-nese—, emite en la casa de Turín los votos perpetuos como preparación para ir al cielo. Se ofreció al Señor antes de cumplir los dieciocho años y difundió siempre en derredor suyo los ejemplos de la más delicada humildad y obediencia.

Recuperada de su crisis mortal, hace esperar algunos días más de vida, pero cuando entra en casa la Madre, que ha anticipado expresamente su viaje a Turín con Sor Elisa Roncallo, no encuentra más que su cadáver.

Había expirado el día 6 —fiesta de la Transfiguración del Señor— sin un gemido, sin sombra de tristeza, reclinando suavemente la cabeza en brazos de la Directora, Sor Catalina Daghero.

—¡Me voy al cielo! —dijo pocos instantes antes— ¡y rezaré por usted!

²⁷ Original autógrafo en Arch. Gen. FMA.

La Madre llora: su homónima, su paisana, su alumna desde niña, era para ella una hija muy querida por muchos motivos.

Ejercicios en Turín

El 8 por la mañana parte alguna Hermana más de Nizza para unirse a las Hermanas que se examinarán en Génova. El mismo día, por la tarde empiezan en Turín los Ejercicios Espirituales predicados por el Director General y por monseñor Belasio. Aún no se va a hacerlos a Nizza, donde no es suficiente el local que dejan libre las alumnas, mientras que en Turín tienen el Oratorio en frente, de donde pueden recibir prestado lo indispensable con una gran caridad paterna y fraterna.

La Madre habla a todas las Hermanas, pero con Sor María Succetti se comporta de forma especial. Esta viene de Alassio; se había encontrado algo a disgusto con la Directora, buena, piadosa, pero demasiado exigente y brusca en el trato, quizá por ser muy tímida.

Sor María había dejado escapar a veces alguna palabra de descontento, y la Madre, que lo sabía, en la visita a aquella casa, le había advertido que no recayera, que pensara que los votos perpetuos estaban cerca, para esforzarse a hacer algo más y mejor para merecerlos.

Al llegar a Turín para los santos Ejercicios, Sor Succetti intenta acercarse varias veces a la Madre, pero esta la despacha diciéndole: «Sí, sí, te llamaré después. ¡Ya sé lo que quieres decirme!».

Llega la víspera por la tarde y ¡nada de nuevo para la pobrecilla! Sor María se dirige, desconsolada, a la Directora de la casa, Sor Catalina Daghero, pensando que las Superiores estarán descontentas de ella; hasta que oye su nombre entre los de las admitidas a los votos perpetuos. Desaparecen todas las nubes, y Sor María se encuentra entre las criaturas más felices de esta tierra.

El día de la Asunción de la Virgen al cielo se clausuran los Ejercicios con la hermosa función de trece primeras profesiones religiosas, dos renovaciones temporales y nueve profesiones perpetuas; recibe los santos votos y predica el sermón de los *recuerdos* el venerado Fundador, siempre padre, siempre pronto a multiplicarse por la alegría de sus hijas.

«Vida de oración, trabajo, humildad, retiro y sacrificio sólo por Dios y por las almas, a imitación de la Madre del cielo en la tierra, para poder participar más abundantemente de su gloria en el cielo»;

estas son las palabras lapidarias del venerado Padre, que deja en todas sus hijas un ansia mayor de perfección y de apostolado.

Hermanas y Directoras vuelven prontamente a sus casas; la Madre, después de consolar y confortar en sus santos propósitos a la buena Anita Bedarida, a quien sus padres desde hace un tiempo dejan en relativa calma, regresa a Nizza, donde el día 18 darán comienzo los Ejercicios para las señoras.

Anuncio en el Bollettino Salesiano

El *Bollettino Salesiano* de agosto ha comunicado ya los Ejercicios Espirituales con este anuncio:

«Para secundar el deseo de muchas señoritas y maestras, además de otras piadosas señoras a las cuales les gustaría pasar algunos días de retiro espiritual para provecho de su alma, tendrán lugar los Ejercicios Espirituales en el Instituto de la Virgen de las Gracias, dirigido por nuestras Hijas de María Auxiliadora, en Nizza Monferrato.

Comenzarán el 18 del próximo mes de agosto por la tarde y terminarán el 27 por la mañana. La pensión se ha fijado en veinte liras (se hace una excepción a las maestras, cuya cuota será de quince liras).

El clima saludable del campo y el lugar ameno y solitario son al mismo tiempo un descanso para el espíritu fatigado y necesitado de descanso.

Por lo tanto, a aquellas de nuestras Cooperadoras que quieran tomar parte en ellos, se les ruega que hagan la petición, no más tarde del 14 de agosto, a la Superiora del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora de Nizza Monferrato, o a Don Bosco, Vía Cottolengo, 32. Turín.»

N. B. Nizza Monferrato es estación de la línea Alessandria-Cavallermaggiore.

Para el onomástico de León XIII

La Madre entra de nuevo en la casa *Madonna delle Grazie* y lleva el eco de las pañabras de Don Bosco y de su amor al Papa, recordando en seguida que en Turín, para la fiesta de San Joaquín —día 16—, todos están invitados a rezar según las intenciones del Santo Padre, para obtenerle las gracias que desea. «Esta noche —dice la Ma-

dre— volveremos a leer en la mesa el *Bollettino Salesiano* de este mes; y todo el día de mañana, incluso en el trabajo de preparación para los Ejercicios de las señoras, será un continuo: "¡Viva el Papa!, ¡Viva León XIII!". ¿No dice Don Bosco en su *Bollettino* que, especialmente en nuestras casas, debemos prepararnos a celebrar este onomástico cual hijos afectuosos?»

Para los Ejercicios de las señoras

Las señoras han acudido en buen número: son cerca de noventa.

Entre ellas se encuentran algunas maestras y en todas está claro el deseo de progresar en el bien, pero también el de conocer el espíritu de las Hermanas. ¡Hay que verlas cómo penden de los labios de los predicadores, Don Juan Cagliero y monseñor Belasio!

Para proveer a alojar a tanta gente de forma satisfactoria, teniendo aún a las alumnas en casa, ha sido preciso el sacrificio de toda la comunidad.

A ejemplo de la Madre, cada una ha cedido lo mejor de su uso. Quién duerme sobre un saco en el desván, quién va a acostarse, después de todas las demás, en este o aquel rincón de la casa por donde no hay que pasar. Platos, vasos, cubiertos... todo está al servicio de las señoras.

A Don Cagliero, que hacía notar que la casa no estaba todavía en condiciones de hospedar a tantas personas, Don Bosco le respondió tranquilizándole: «Estáte tranquilo, ya verás cómo la Madre lo arregla todo. ¡Es Mazzarello: y tiene a su disposición no sólo los *mezzi* (medios), sino también los *mezzarelli* (recursos, pequeños medios), en tales circunstancias!»²⁸.

La Madre, a sus Hermanas, les ha dicho simplemente:

«Por unos días nadie se morirá por esto; la falta de lo necesario, aguza el ingenio y, entretanto..., ¡quién sabe qué buenos frutos se darán entre las ejercitantes... y qué buenas vocaciones saldrán de ahí!».

Sabía que podía hablar así. En Mornese, cuando no había camas para todas, ¿no se turnaban para dormir en el pajar, metiéndose dentro de un saco para repararse mejor? ¿Y no era siempre ella la primera entre las más generosas? Ahora aparece la maravillosa cosecha de lo que sembraron sus sacrificios, allí, en aquel primer campo nativo.

²⁸ De las declaraciones del cardenal Juan Cagliero (Roma, mayo de 1918), en Arch. Gen. FMA.

Fundación de Cascinette

Debiéndose abrir para el día 20 la casa de Cascinette cerca de Ivrea ²⁹, la Madre, que se ha puesto a total disposición de las señoras, se da asimismo con todo su corazón de madre y de superiora a las que parten.

Es pródiga en consejos y en amorosa premura con Sor Ana Oberti, que será la Directora, y con las dos Hermanas que formarán la pequeña comunidad.

Don Bosco, en Nizza

El día 21 es fiesta en Nizza por la llegada de Don Bosco, esperado por las señoras que lo asedian de continuo, sin que él muestre la más mínima señal de cansancio.

Se ocupa en primer lugar de las ejercitantes, escuchándolas en privado y recibe después a las Superiores, Hermanas y a algunas educandas.

Se le presenta también Teresa Pentore, de doce años, que, con la persuasión de encontrarse delante de un santo, le habla de vocación religiosa. El buen Padre la mira sonriendo, le pregunta cuántos años tiene, y le responde: «Eres todavía muy joven. Cuando seas mayor, te lo dirá Don Cagliero».

Don Bosco reserva también alguna visita a los bienhechores de Nizza y, por la noche, después de la oración en común, desde el presbiterio, dirige a todas su palabra de consuelo y de exhortación: dos minutos, ¡pero qué tesoro de amor de Dios y de celo por las almas!

Exhortaciones de santo; exhortaciones de padre

En una de estas pláticas les dice: «Hay personas ricas, de muy buen corazón y de una gran piedad, las cuales dejan por testamento una parte de sus bienes para obras de beneficencia. Buena y santa cosa esta, pero se ha de tener presente que en el Evangelio no está escrito: "Dejad a la hora de la muerte lo superfluo a los pobres", sino "dad lo superfluo a los pobres". Como veís, la cosa es muy distinta...».

²⁹ Los relativos convenios se conservan en el Arch. Gen. FMA.

Siempre paternalmente preocupado por la falta de salud de las Hermanas dice, entre otras cosas, a las Superiores: «Terreno no os falta; molestias de vecinos no tenéis aquí; ejercitad a las Hermanas jóvenes, necesitadas de movimiento, en cavar y cuidar la viña y el jardín. Este es un ejercicio muy provechoso para la salud».

Hablando a la comunidad de Hermanas en particular, hace también otra recomendación de padre: «Escribid a vuestros padres, no los hagáis sufrir con vuestro prolongado silencio. Esto os hace mal a vosotras y a ellos, y puede ser causa de impedimento a muchas vocaciones. En cambio, si vuestras familias tienen noticias más frecuentes de vosotras, se sentirán contentas de haberos dado al Señor, recibirán beneficios de vuestras palabras, harán leer también las cartas a los amigos y conocidos, y estos permitirán más fácilmente a sus hijas hacerse religiosas».

Santas efusiones de la Madre

Uno de estos días estaba la Madre delante de Don Bosco cuando, con la ingenuidad de una niña, le toma el brazo, se lo estrecha fuertemente contra su corazón y le dice: «¡Cuánto le queremos Padre!».

Don Bosco, extrañado de este acto insólito de la Madre, se la queda mirando, con una complacencia tan paterna que deja entrever el encuentro de dos almas santas.

Sor Josefina Quarello, que entraba en ese preciso momento, le dice después a la Madre: «¿Qué ha hecho, Madre?», como diciendo: «¿Qué valor ha tenido...!». Y la Madre, sencilla y buena, le responde: «¿He hecho mal?».

Mientras Don Bosco está en Nizza, llega también monseñor Scian-dra. Administra primeramente la confirmación en la iglesia de San Juan, y después, acompañado por el clero de la ciudad, se dirige a la *Madonna* para entrevistarse con Don Bosco y congratularse por la iglesia que, según dicen, ha quedado muy bien restaurada y está ya abierta al culto.

Acogido con alegría por las Hermanas, entra en la iglesia y se conmueve hasta las lágrimas al dirigir a todas, ejercitantes y Hermanas, palabras de suma complacencia, de pastoral exhortación y de congratulación vivísima con Don Bosco.

Prosiguen los Ejercicios de las señoras, que han hablado todas con Don Bosco y se han confesado reiteradamente: han gozado también

de la presencia de la Madre, que ha estado siempre entre ellas en estos días, junto con la Madre Enriqueta y la Madre Emilia.

El día 26 participan devotamente en la misa solemne y en la comunión general de clausura de sus Ejercicios, con las cálidas palabras de monseñor Belasio y de Don Cagliero.

Por la tarde tiene lugar la velada y la distribución de premios a las educandas, en presencia de las buenas señoras, que, lo mismo que en Mornese, prometen mandar nuevas alumnas y volver otro año en mayor número.

Salidas y llegadas

Don Bosco se va con monseñor Belasio y, unas tras otras, el 27 por la tarde desfilan también las señoras y las alumnas. Pero el 28 comenzarán los Ejercicios de las Hermanas, y otra vez se repite la cesión de los dormitorios.

Para la nueva tanda de Ejercicios llega de Mornese el Director Don Lemoyne, en sustitución de Don Bonetti, retenido en Turín por graves asuntos³⁰. En Mornese, para las pocas que han quedado, estará por ahora Don José Campi; a todo lo que falte suplirá la Madre del cielo.

Relatos de familia

Las Hermanas reunidas en Nizza para los Ejercicios Espirituales son un centenar y es maravilloso encontrarse tantas juntas con la Madre amadísima, con Don Cagliero, con el Director Don Lemoyne y las últimas noticias de Don Costamagna. Estar en Nizza y vivir juntas las de Turín, Mornese y América: ¿se podría desear alegría mayor?

Entre las presentes hay alguna de Bordighera: parece mentira poder interesarse con ellas sobre los motivos que suscitaron las reacciones de los protestantes, como se ha sabido por el reciente *Bollettino Salesiano*³¹. ¿Qué hacen las Hermanas y los Salesianos? Clase, catequesis, obras benéficas de gran alcance, sin contar ni medir trabajos ni sacrificios.

Además, en cuanto llegó el buen tiempo, empezaron también las

³⁰ Anexo n.º 1 b).

³¹ *Bollettino Salesiano*, julio 1879, año III, n.º 7, pág. 1 y ss.

Hermanas, con las niñas, a reunir los materiales destinados a la construcción de la nueva iglesia, varias horas durante los días festivos. Los protestantes las insultaban y les decían con ironía: «Trabajad, trabajad. ¡Vaya iglesia vais a levantar con vuestros solos sudores!». Pero ellas, sin chistar, seguían adelante; y detrás de ellas iban hombres, carros y jumentos. Y ahora está a punto todo el material para construir la nueva iglesia.

¿Qué hacen? Trabajan todo el día y parte de la noche, con muy poco de todo, menos de apetito. Nosotras añadiremos: «y de fervor». Y con su Virgen en los labios y Jesús en el corazón, se convierten en instrumentos de bien para las niñas y, por medio de ellas, para sus sensatos padres.

¿Qué hacen los Salesianos? No tienen tiempo de verlo ni de saberlo; sólo ven y saben que su campo de apostolado se extiende continuamente: señal de que no se duermen.

Durante el recreo, el interés de todas se dirige a las últimas que han llegado de Génova, donde han superado los exámenes.

«*Deo gratias et Mariae* —exclama Sor Carolina Sorbone—; estaba tan contenta de pensar que todo me había ido bien, que, yendo a casa después de esta buena noticia, escribí con letras grandes en el paquete que tenía en la mano: "¡Gracias, Jesús mío!". En el tranvía, un señor que tenía enfrente, mirando el paquete se puso a leer fuerte: "Gracias, Jesús mío".

Ya podéis imaginaros: carcajada general, pero yo seguía cantando para mis adentros: "¡Sí, gracias, Jesús mío! Ya no iré más al destierro de Mornese...!". Porque habéis de saber que nuestra queridísima Madre, al mandarnos a estos exámenes, nos despidió diciéndonos: "¡Aquella de vosotras que no apruebe, irá desterrada a Mornese!".

Las demás lo tomaron a broma, pero yo no..., sino que lo guardé en la mente y el corazón. Pero ahora..., gracias a Jesús y a María, mi pobre calabaza ha salido de esta como ha podido.»

De otra cosa interesante hablan las Hermanas: de la estatuita blanca, la Inmaculada de Lourdes, que está en el altarcito a la izquierda de quien entra en la iglesia.

—¿Cuándo llegó?

—¡Oh, qué llegada aquella...! Estábamos todas sobresaltadas por las primeras hazañas de Anita Bedarida; lo que se hizo, se hizo como se pudo, pero en fin, la Virgen blanca está; Hermanas y educandas van a rezarle con gran gozo espiritual ya que, especialmente en este

año jubilar del dogma de la Inmaculada Concepción, debe estar todavía más dispuesta a conceder gracias singulares. Y, además, la Inmaculada ha sido la primera devoción de Don Bosco, de las primeras Hermanas de Mornese y de casi todas las Hijas de María Auxiliadora, que recuerdan cómo se han visto envueltas, desde niñas, por su blanco manto, y con este recuerdo rejuvenecen en los ardores de su piedad.

Después de meses y meses de trabajo intenso en las diferentes casas son dulce reposo estas horas de unión fraterna; siempre agradables estas noticias de carácter familiar. La Madre goza y participa de todo ello como de eficazísimo medio para sentirse en familia y saborear todo su encanto religioso-salesiano.

Empiezan los Ejercicios

El 28 de agosto, a la señal establecida, las Hermanas se reúnen para escuchar las palabras de apertura a esta semana de retiro espiritual.

«Nuestro buen Padre Don Cagliero hará las instrucciones —dice la Madre—, confesará, hablará en privado, se ocupará de todos nuestros intereses para comunicarnos su vigor apostólico-salesiano. El Director Don Lemoyne predicará las meditaciones: así nos parecerá que estamos todavía en Mornese. Pero ahora Mornese está aquí, y nosotras debemos ser más santas y más fervorosas aquí que en Mornese, porque tenemos un año más y, por consiguiente, muchas gracias más de que dar cuenta. Dispongámonos con seriedad a acoger las nuevas luces que recibiremos en estos santos días, tan deseados y tan preciosos.»

Durante la tanda de Ejercicios también la Madre se multiplica: recibe a las Hermanas, prepara a las que deberán hacer los votos trienales y perpetuos, sin faltar a su ayuda habitual en el taller, para el lavado, y en la cocina, donde, si ve entrar a alguna Hermana de las más instruidas, dice bromeando: «¡Sí, sí, venid vosotras también!, pero vosotras, ¡con toda vuestra ciencia, no sabréis nunca limpiar coles y pelar patatas con tanta rapidez como yo, que siempre he hecho estas labores propias de una campesina!».

Los predicadores insisten sobre las relaciones de la Hija de María Auxiliadora con Dios, con la Santísima Virgen, con los Superiores, con las Hermanas y con el prójimo, no sólo el más próximo, sino también el que está más alejado.

Y si alguna no se atreve a emprender caminos más elevados, ex-

clama Don Cagliero: «¡Animo, ánimo, menos pausas y suspiros! No hay tiempo que perder; hay mucho que hacer por nosotros y por los demás; ¡Don Bosco nos quiere gente viva, no medio muerta! ¿Amáis a la Virgen, queridas hijas? ¿Amáis a Jesús? ¡Animo, y adelante! El Paraíso es para los que trabajan los talentos recibidos, como exige la razón, la religión y el amor de Dios! ¡Adelante!».

Más noticias sobre el caso Bedarida

De Turín llegan noticias muy poco halagüeñas de Anita Bedarida. Su hermano, creyéndola sola en la lucha, también por la ausencia de Don Cagliero, el día 25 de agosto fue a verla, entreteniéndose largo rato con ella, llorando y suplicando. Ana, debilitada y casi vencida, se dejó llevar hasta el punto de escribir, al dictado de su hermano, unas líneas, a través de las cuales pedía que la sacaran de la casa donde estaba.

¿Las consecuencias? En seguida se dieron a conocer... Pero dándose cuenta a tiempo del error cometido, suplicó que la ayudaran a poner remedio.

Después de hablar con Don Bosco, la condesa Corsi se la llevó a su casa, dispuesta a hacerle de madre y a salvarla.

¿Cómo acabará?

Don Cagliero presenta las primeras Reglas impresas

En la última parte de las instrucciones del miércoles, día 3 —víspera de la clausura de los santos Ejercicios—, Don Cagliero quiere dar sumo relieve al acto que tendrá lugar al día siguiente, por primera vez en el Instituto: la distribución en el altar —esta vez sólo a las profesas— de las santas Reglas o Constituciones. Se introduce en el tema con un poco de historia: La Regla primitiva dada por Don Bosco a las primeras Hermanas del Instituto; la Regla con los sucesivos y convenientes retoques de Don Bosco, deseados por las primeras Hermanas y Superiores, en base al experimento de las mismas y a las circunstancias; la Regla aprobada después por los distintos Obispos de las diócesis donde se han abierto casas del Instituto, especialmente después del precioso trabajo de revisión hecho por Don Bosco en Ovada, en agosto de 1875. Hasta ahora han sido Reglas manuscritas, de las cuales sólo se tiene una copia por casa: Reglas deseadas por

todas las Hermanas, para tenerlas para uso propio y para mayor provecho espiritual.

Finalmente, «¡he aquí —exclama— el hermoso libro impreso de vuestras Constituciones! ¿Sabéis cuántos quebraderos y preocupaciones, cuántas oraciones y suspiros ha costado a Don Bosco este libro de oro? ¡Sólo en el Paraíso lo sabréis, hijas!». Y sacando fuerza cada vez mayor de su corazón de apóstol, continúa: «¿Qué es este libro, hijas? ¡Es el Evangelio de las religiosas, vuestro Evangelio, sobre el cual seréis juzgadas en punto de muerte y en el juicio universal, delante de todo el mundo!

¿Qué son las Reglas, las Constituciones de un Instituto, de vuestro Instituto...? ¡Son la expresión de la voluntad de Dios! La observancia de las Constituciones es el cumplimiento de la voluntad de Dios. Vivir de la voluntad de Dios es vivir de comunión con Dios. Si es verdad que la vida religiosa debería ser una continua comunión, debería ser también una continua vida de voluntad de Dios. Así como Dios está en el tabernáculo, donde se conservan las sagradas especies, así está en las Constituciones. Si un ejemplar de las Constituciones fuera conservado en el tabernáculo, comprenderíais mejor que Jesús vive en las Constituciones, como en la Hostia consagrada. El libro de las Constituciones debería besarse como se besaría una partícula sagrada, y cuando se descuidan las Reglas se debería hacer un acto de reparación como hace el sacerdote cuando, por desgracia, le cae al suelo algún fragmento de Hostia consagrada. Una religiosa no debería encontrarse nunca sin sus Reglas, lo mismo que una casa religiosa debe hacer lo posible por no quedarse sin el Santísimo Sacramento.

¡Dichosa la religiosa que vive de sus Reglas como vive de la santa comunión!

Por consiguiente, cada una de vosotras, Hijas de María Auxiliadora y de nuestro Padre común Don Bosco, haga de modo que al terminarse el día pueda repetir besando el libro de las Reglas: "¡Alaba, alma mía, al Señor hasta la muerte!". Son palabras que encontraréis en la cubierta de vuestro libro de oro». Son el augurio del venerado Padre Don Bosco para sus buenas religiosas, las Hijas de María Auxiliadora ³².

Al atardecer, grandes preparativos para la vestición y profesión del día siguiente. A hora oportuna, la Madre se reúne con las candidatas, para darles una breve conferencia, en la cual recomienda que

³² De la relación de la Madre Enriqueta Sorbone. Para el texto de las Reglas, véase Anexo n.º 4.

piensen bien en el paso que van a dar y den gracias a Dios por el hábito religioso que van a recibir, y concluye: «En la comunión de mañana pedid:

1. El don de la salud, para poder trabajar mucho y hacer el bien a la juventud.

2. La gracia del remordimiento por la más mínima imperfección.

3. La gracia de ser sinceras en las confesiones y de hacerlas siempre bien».

Las ejercitantes, en el recreo

Cuando en los recreos falta la Madre (no siempre consigue quedar libre de sus ocupaciones), las conversaciones de las Hermanas consisten en contar lo que se ha hecho, se hace o se quiere hacer por la propia santificación y por el bien de las almas. Ofrecen tema para ello las exhortaciones generales y particulares, el deseo de aprovechar cuanto ha sido sugerido por Don Bosco o por la Madre, y, además, la alegría de volverse a encontrar unidas bajo el mismo techo y de revivir los dichosos días de Mornese... Se descubren verdaderas perlas de virtud y de santa emulación.

También en Nizza, como en Mornese, la expresión más evidente del espíritu de humildad y mortificación sigue siendo la Madre.

—¿Habéis visto? Su habitación es la última de las pequeñas dependencias del primer piso; para no concederse el privilegio de dormir sola y no queriendo dar pie a comentarios, se ha elegido por compañera a una de las Hermanas más toscas y sencillas, añadiendo al momento que la cambiará a menudo. No permite que ninguna le sirva, y ha logrado quedarse sin colchón, cediéndoselo a su compañera de dormitorio. Sigue pasando el día en el taller común, haciendo punto de media y escuchando, entretanto, a las Hermanas, novicias y postulantes que desean hablar con ella.

—La Madre ha expresado lo que ella misma vive, cuando nos ha dicho que, si obramos con sencillez y con espíritu de abandono en la divina Providencia, el Señor hace incluso milagros para librar-nos de las tristes consecuencias de nuestras faltas. Me ha recordado, en efecto, una especie de imprudencia que ella misma cometió en Mornese, en 1876, y que hubiera podido ser dolorosa si a su tiempo oportuno no hubiera intervenido la Providencia para remediarlo todo.

Dos hermanas mías, postulantes³³, atacadas de una enfermedad infecciosa en la piel, debían volver a casa, y allá fueron enviadas sin más y sin pensar en las consecuencias.

Llegadas a Gavi, sobre las seis de la tarde, en noviembre, el jefe de la estación no las quería dejar partir, diciendo que en Milán, a media noche, no sabrían dónde refugiarse.

En aquel momento se les presenta un viejecito «igual que San José» —explicaban después mis hermanas—, que les dice: «Seguid tranquilas, que la Providencia proveerá».

Dos estaciones más allá subieron en el mismo departamento dos carabineros, que no sólo fueron para ellas una compañía confortante durante todo el viaje, sino que en Milán las acompañaron a casa de una buena familia y volvieron a la mañana siguiente a recogerlas para acompañarlas al tren que debía llevarlas a su destino.

Mi padre iba a protestar ante la Madre por no haberle avisado de aquel viaje, pero al oír cómo las dos hijas habían sido protegidas, terminó dando gracias a Dios y confirmando la recomendación de ayer tarde: Cuando se obra con sencillez y con confianza en la divina Providencia, todo termina bien.

—Pero seguro que nuestra Madre no dejaría de confiarlas al Angel de la guarda y a San José: ¿Acaso hace algo sin contar con ellos?

Sí, con ellos, por lo que se ve, está haciendo milagros también sobre su protestona sobrina. No parece la misma aquí, en Nizza; se ve que este clima le hace bien al alma y al cuerpo. Cuántas veces se encogía de hombros y reponía insolentemente, incluso a la misma Madre, en Nizza, cuando le mandaba hacer algún recado al pueblo: «¡Siempre a mí! ¡No estoy yo sola en este mundo! ¡Mande también a otras, que yo estoy cansada!».

—¿Cómo? ¿Se atrevía a responder así a la Madre?

—¡Vaya si se atrevía! Y la Madre, con toda paciencia, le insistía: «¡Anda, vete y harás muchos méritos!, de lo contrario, desobedeces, ¿sabes?». Pero la otra, de forma insolente, replicaba: «¿Y quién me pone en la situación de desobedecer? ¡No me mande salir y verá como también yo seré buena!».

—Si me hubiera contestado a mí así...

—En cambio, la Madre, siempre dulce y paciente, volvía a insistir: «Mira, si vas, te haré un regalo, y tú te ganarás el cielo». La niña se calmaba y, poco después, iba a por lo que hacía falta.

³³ Relación de Sor Dominga Telinelli.

—Pero no se vaya a creer que la Madre trata siempre a su sobrina con guantes. A veces, también sabe decirle algunas palabritas... y aplicarle algunos castigos...

—¡Es natural! Si la Madre es madre, también es superiora y maestra cuando hace falta, especialmente con su sobrina, recogida por caridad y necesitada más que ninguna otra de formarse bien en todo; hasta por el buen ejemplo de las compañeras, las cuales no tardarían en imitarla en los caprichos y en las insolencias si, por ser la sobrina de la Madre, se la tratara siempre con demasiados miramientos.

—No existe tal peligro, seguro. ¿Iba a caer precisamente la Madre en el nepotismo? Si con todas las niñas, educandas o no, tiene atenciones y pasa por encima de los defectos propios de la edad y se muestra incluso indulgente —siempre que no se trate de subterfugios y mentiras—, estad seguras de que el único privilegio, para su sobrina, es el de formarla sin ninguna blandura. Todas sabemos lo que sucedió cuando la niña, aunque vestida de simple rayadillo, se puso a pavonearse en medio de las compañeras por ser sobrina de la Superiora y por tener, además, una cara bonita.

—¡Vaya si lo recordamos! En cuanto lo supo, la Madre se la llevó a la cocina, le tiznó la cara con el hollín del puchero y, llevándola donde estaban sus compañeras, dijo en tono serio y burlón: ¡Aquí está la que se cree tan guapa!

—¿Y cuando le puso aquel gorro grande en la cabeza y el vestido del revés? También esto, no hace falta decirlo, lo hace para ayudarla a vencer la ambición y la vanidad.

—Esto está muy bien, pero quizá su sobrina le pierda el cariño...

—No, no; la quiere lo mismo; sabe muy bien que lo hace porque la quiere. ¡Sólo que tiene un carácter, pobrecilla...!

—Pero entretanto ha mejorado, y la Madre debe estar satisfecha, realmente, después de todo lo que ha sufrido por esta criatura ³⁴.

—Lo que mucho cuesta, mucho vale —nos dicen siempre—; por consiguiente...

—Las niñas de Nizza, ¿quieren a la Madre tanto como las de Mornese?

—¡Ya lo creo que la quieren! Querrían tenerla siempre con ellas

³⁴ Relación de Sor Elisa Marocchino.

Entrada como postulante en Nizza en enero de 1881 (véase pág. 263), Sor Elisa recordará después de algunos años, muchos testimonios y narraciones recogidos de Hermanas que en estos años vivían con la Madre Mazzarello.

en los recrcos, y ¡qué fiesta cuando se la encuentran por los corredores!

—La Madre, por lo demás, sigue siendo la misma. Las ha recibido en Nizza, lo mismo que en Mornese, aunque no todas pueden pagar la pensión y los gastos que se satisfacen por ellas; se interesa por cada una y recomienda que todas, sin parcialidad de ninguna clase, sean bien tratadas. Vigila siempre para que sean instruidas y educadas según su condición, y para que sean después buenas cristianas y estén en condiciones de ganarse el pan de la vida. En cuanto a las Hermanas que destina como asistentes, quiere que, a toda costa, se comporten como verdaderos ángeles de la guarda. Las niñas son distraídas, es cierto, pero se dan cuenta en seguida de quién las quiere más o menos, y saben corresponder con afecto cordial y sincero.

Alguna quiere saber si los jueves, también en Nizza, como en Mornese, van todas las Hermanas al taller a coser su propia ropa.

—¡Naturalmente! La Madre es buena, pero firme. Cuando ha establecido una cosa para el buen orden y el buen espíritu de la casa, no transige. La Madre Asistente hubiera deseado alguna excepción para las más necesitadas de estudio, pero la Madre ha cortado por lo sano: «¡No, no! Es necesario que todas las Hermanas aprendan a hacer un poco de todo y se den cuenta de que no están en la Congregación para hacerse servir». Y repite con frecuencia a la Hermana responsable del taller: «Procura que todas, sin excepción, se ejerciten en zurcir, remendar y coser, porque es conveniente».

—Parece que ha causado impresión una de sus últimas buenas noches.

Una postulante, que trabaja en el telar, sintiendo remordimiento por haber retenido algún ovillo de algodón o retal de tela de encargo, se acusó en el *rendiconto*. La Madre la alabó, pero a las Hermanas les dijo sin rodeos: «Esto va contra la rectitud y la justicia; no está permitido, ni siquiera con el pretexto de que somos pobres. ¿Y el mal ejemplo...? Tendría que decirlo por una o dos, pero lo digo a todas, a fin de que esto no se repita, por ignorancia, en ninguna de nuestras casas».

Había dado en el clavo, puesto que las mismas que, por no encontrar mal en ello, habían caído en la trampa, no tienen más conclusión que esta: «Nuestra Madre nos forma realmente en la rectitud y en la claridad. ¡Benditas sean sus enérgicas palabras!».

Parece que alguna otra palabra más bien fuerte ha debido herir a alguna.

—Sí, conviene pedir al Señor que nos haga sentir la voz de la conciencia en las cosas pequeñas, pero, aquel «para que», tal como lo ha expresado la Madre... «para que no suceda que nos sirvamos de la misma comunión como de una tapadera de nuestros defectos...!».

Un coro espontáneo de las presentes interviene: «¡Sí, tiene razón! Si no hay delicadeza de conciencia, como recomienda la Madre, vamos por mal camino, incluso comulgando cada mañana»³⁵.

Clausura de los Ejercicios

El día 4 de septiembre, a las 8,30 de la mañana, a pesar de que es jueves, toda la casa está en movimiento. Hasta en la estación de ferrocarril, a lo largo del paseo que conduce de la ciudad a la *Madonna*, y en los patios interiores, hay una cantidad insólita de gente que acude a la anunciada función, bella y emotiva, con las quince vesticiones, catorce profesiones, una renovación y cuatro profesiones perpetuas; a excepción de las novicias, a todas se les entrega el libro de la santa Regla.

Preside y da los *recuerdos* el mismo Don Cagliero, que saca tema de las próximas fiestas: el Patrocinio y la Natividad de María Santísima. El amor a la Santísima Virgen es el tema favorito del Director General; por tanto: «Hijas, ¡ningún temor, en absoluto! Si el nombre de María pone en fuga a todos los demonios en un abrir y cerrar de ojos, la confianza en el Patrocinio de María es la torre firme contra todas las insidias del enemigo infernal. ¿No es María la *torre de David*? Y David fue un rey guerrero y triunfador.

Así, pues, si vosotras, Hijas de María Auxiliadora, sois otras tantas luchadoras por la causa de Jesucristo y de las almas, refugiaos en la torre inexpugnable e invencible de vuestra Madre, clamando "¡María!", y la Santísima Virgen será al instante vuestra Auxiliadora y vuestra victoria. Y para que no decaigan vuestras fuerzas, sed vigilantes y constantes en conservar el arma de la oración y alimentaros cada día del Pan Eucarístico».

El canto del *tedéum* y la bendición solemne clausuran estas horas de verdadero gozo y dejan los corazones llenos de admiración por el don otorgado por Dios a las familias de las jóvenes llamadas.

³⁵ Relación de Sor Rosa Cordara, Sor Paulina Orlandi, Sor Josefina Pacotto, Sor Inés Ricci, Sor Elisa Marocchino y otras.

A la salida de la iglesia, algunas Hermanas de las más reflexivas e inquietas, se preguntan cómo es posible que sus Reglas hayan costado tanta preocupación, oraciones y ansiedad al amado Padre, como decía en la instrucción de ayer el Director General.

—Don Bosco —se dicen— ¿no ha sido guiado siempre por la Virgen...? Y si lo es... ¿También de Don Bosco encuentran qué decir?

—Las contradicciones están a la orden del día para los santos, y Don Bosco es un gran santo.

—Sí, verdaderamente Don Bosco está pasando por un período de grandes pruebas: pruebas para él, jefe y fundador de dos familias religiosas; pruebas para su querido Don Bonetti, que sigue siendo el nudo de una cuestión que ha llegado hasta el tribunal supremo de Roma ³⁶, y pruebas para el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, que no se querría reconocer como dependiente de su Fundador ³⁷.

La Madre quizá sabe algo de esto, pero se calla; Don Bosco continúa confiando en su poderosa Auxiliadora.

A mediodía, con versos y chanzas de ocasión, la mesa tiene un carácter de fiesta sencilla y familiar. Por la tarde, la Madre invita a todas las Hermanas —ejercitantes y comunidad— a ir a la viña, para probar juntas la primera recolección de las ricas hileras de cepas; y ella misma distribuye a cada una el panecillo para la merienda, acompañándolo con una maternal palabra y procurando que todas prueben las uvas. La merienda, ya se sabe, no está en uso entre las Hermanas, a excepción de las más delicadas de salud; y poder servirse a voluntad, como recreo, y casi de premio, no es de despreciar.

³⁶ Anexo n.º 1 c).

³⁷ En marzo de este mismo año —1879— Don Bosco, presentando a la Santa Sede la primera relación trienal sobre el estado moral y material de la Congregación Salesiana, incluyó también la referente a las Hijas de María Auxiliadora, como parte integrante de la misma obra fundada en pro de la juventud. Las Reglas —o Constituciones— del Instituto impresas el año anterior designaban, en efecto, a las Hijas de María Auxiliadora como *agregadas a la Sociedad Salesiana*.

El cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, entre otras observaciones hechas sobre tal relación, pidió en abril algunas aclaraciones sobre la dependencia de las Hijas de María Auxiliadora del Superior General de la Sociedad Salesiana.

Don Bosco respondió el 3 de agosto de 1879.

Véase MB XIV 762. 222-223. 226-227.

Unas «buenas noches» inolvidables

La hora de expansión acaba pronto; después se vuelve al silencio y al trabajo, hasta la noche. En las *buenas noches* hay un diálogo familiar y formativo.

—Y bien, queridas Hermanas, ¿os habéis divertido hoy?

—Sí, Madre, ¡gracias, muchas gracias!

—Espero que cada una de vosotras habrá sabido hacer alguna mortificación, pensando en la ofrenda que hemos de presentar a Jesús en la santa comunión de mañana, porque ir a la comunión con las manos vacías no es propio de una buena religiosa.

Silencio general. De pronto, una se pone de pic y hace su humilde acusación:

—Entonces, Madre, yo, que no he sabido imponerme ninguna mortificación, ¿no podré hacer la santa comunión mañana?

—Yo no quiero decir eso. Puedes hacerla tranquilamente. Lo que quiero decir es que hay que pensarlo, especialmente cuando el Señor nos da alguna satisfacción; debemos darle gracias y corresponderle con un acto de renuncia, aunque sea pequeño. Si no tuviéramos ocasión, deberíamos acordarnos entonces de poner mayor empeño espiritual en el trabajo que estamos haciendo. Decimos que tenemos mucho trabajo, pero —como dice nuestro amado Padre Don Bosco— las Hijas de María Auxiliadora no deben ser nunca religiosas del montón —es decir, como gente pagada por horas, la cual hace lo justo para no dar motivo de queja—, sino Hermanas de verdadera actividad. Actividad espiritual en corregir los propios defectos y en santificar el trabajo mediante la recta intención; y actividad material en no perder ni siquiera un minuto de tiempo, con el fin de ganarse realmente la vida y enseñar a las niñas a ganársela, imitando a Don Bosco, que por amor a Dios y a las almas no descansa nunca. Conviene señalarles también a ellas la tarea de cada día en el taller.

Acabo de ver —prosigue la Madre— la última página del *Bollettino Salesiano* de este mes ³⁸, y me he detenido en el título: *La vida cotidiana del Papa*. Leedla también vosotras; mirad cómo el Papa no descansa nunca; si trabaja tanto él, ¿por qué hemos de trabajar menos nosotras? A falta de otra cosa, pues, hagamos el trabajo de cada día, tal como se debe, para que nos sirva de ofrenda en la comunión del día siguiente.

³⁸ *Bollettino Salesiano*, septiembre de 1879, año III, n.º 9, pág. 8.

Don Lemoyne se queda en Nizza

Las Hermanas regresan a sus respectivas casas los días 5 y 6 para atender al oratorio del domingo. No se van la Madre Petronila ni Sor Pacotto, que se queda de Maestra de novicias. El Director Don Lemoyne se queda definitivamente en Nizza, mientras Don Chicco, que fue a Lanzo para los Ejercicios, ha sido trasladado a Cremona.

Anita Bedarida publica su historia

El día 7 la *Unità cattolica* publica una carta de Anita Bedarida, reproducida también en el *Bollettino Salesiano* ³⁹.

Muy apreciado Sr. Director:

Lamento que el periodismo se haya apoderado de un hecho que me atañe. A fin de que no circulen noticias falsas o inexactas sobre mí, acudo a la gentileza de V. S. para que se digne publicar en su acreditado periódico la siguiente narración.

Soy una israelita de Nizza Monferrato. El mes de mayo del corriente año abandoné mi casa paterna con la intención de hacerme cristiana. Esta intención la tenía ya desde hace tres años, pero no sabía cómo llevarla a efecto. Manifestarlo a mis padres hubiera sido inútil, o imprudente; a escaparme de casa no me atravía, por no saber dónde refugiarme. Cuando he aquí que llegaron a Nizza, mi ciudad natal, las Religiosas de María Auxiliadora de Don Bosco y yo, después de pensar y reflexionar sobre ello, me puse en sus manos.

Después, con el fin de gozar de verdadera libertad y prepararme dignamente a recibir el bautismo, deseé ir a Turín con las mismas Religiosas, las cuales me dieron caritativa hospitalidad. Mis padres, al saber mi fuga, creyendo tratarse de un acto de violencia, denunciaron el caso al poder judicial. Por eso, a los pocos días de encontrarme en este lugar, se me presentó el Inspector de policía para interrogarme; yo le declaré sin ambages que, libre y espontáneamente, había buscado refugio en las religiosas de Don Bosco, y quería permanecer aquí para hacerme cristiana. Después de esto, durante tres meses, me dejaron bastante tranquila; recibí la visita de algunos parientes míos, especialmente de mi padre, al cual le aseguré que podía contar con todo mi afecto y con mis oraciones.

³⁹ *Bollettino Salesiano*, noviembre de 1879, año III, n.º 11, págs. 6-8.

Después de algún tiempo de instrucción en la vida cristiana, creí que podría recibir ya el bautismo, y lo pedí primero para el 24 de junio y después para el 15 de agosto, pero el señor doctor en teología Don Cagliero, que con mucha caridad me instruía, me aconsejó retrasarlo un poco más, a fin de prepararme mejor al gran acto.

En este intervalo (el 25 de agosto) vino a verme mi hermano, y los Superiores de la casa, que no me hicieron nunca la más mínima presión, ni física ni moral, me dejaron sola con él varias horas. Fue en aquellos momentos cuando yo cometí una debilidad. Viendo a mi hermano llorar e insistir en que yo volviera a casa, me sentí conmovida, y mi corazón, por un instante, me traicionó. Mi hermano, al darse cuenta, aprovechó la ocasión y me hizo escribir en un folio algunas líneas que él mismo me dictó, con objeto de entregarlas a la autoridad, a fin de que me hiciese salir de aquella casa, como si yo estuviera allí por fuerza. No obstante, yo no dejé de decirle que él me hacía hacer una cosa que no estaba bien, pero él seguía insistiendo, y yo, con mano temblorosa, escribí aquellas pocas líneas y las dejé en sus manos, sin pensar en las consecuencias; antes bien, para contentarlo, hasta le prometí marcharme con él. Tanta era mi turbación y confusión, que ya casi no sabía lo que me hacía. Pero el Dios de mis padres me ayudó.

A los pocos minutos de quedar libre, entré dentro de mí misma; comprendí que había hecho mal y, delante de mi mismo hermano y de dos testigos, mandados llamar expresamente por el profesor Don Bonetti, retracté lo que había hecho, declarando que, antes de salir, quería tener un poco de tiempo para reflexionar seriamente. Entonces mi hermano se marchó disgustado y, con mi escrito en la mano, acudió a la policía, para inducir la a hacerme salir de mi refugio. Pero a la mañana siguiente, 26 de agosto, para prevenir el golpe y evitar nuevas molestias y disgustos a las pobres Hermanas, salí de su casa y me dirigí a casa de una buena señora que me hace de madre.

Aquel mismo día, mi hermano, un primo, un compañero suyo y el jefe de policía, se presentaron en la casa de las Hermanas y, al no encontrarme, se fueron, no sin antes ocasionarles grandes molestias y disgustos. Al día siguiente, 27, después de ser advertido, se personó en el Oratorio de San Francisco de Sales el Fiscal del Rey, presentada al cual declaré mi resuelta y libre voluntad de permanecer donde me encontraba, y a él me encomendaba para que tutelase mi tranquilidad. Se extendió acta de mi interrogatorio y yo misma la firmé. Hecho esto, el Procurador se fue, convencido de que yo no sufría presión alguna.

Yo creía que todo había concluido, pero estaba en un error. El 3 del corriente mes de septiembre, de buena mañana, las fuerzas de seguridad, unos de uniforme y otros de paisano, rodearon la casa donde me hospedaba, y en un determinado momento sentí forzar la puerta como si quisieran derribarla. No la abrieron, pero dejó a la imaginación ajena la impresión que sentí. Baste decir, que al despertarme como aterrorizada, me sobrevinieron tales temblores que me costó trabajo recobrar la calma. Entretanto, la vista de los guardias allí apostados, los comentarios de la gente, bien o mal informada, atrajeron a centenares de personas y parecía que quisiera asaltar mi domicilio. Nunca hubiera imaginado que, para hacerme católica, tenía que ver semejantes cosas y sentir tal agobio de corazón. Pero, repito, Dios me ayudó y me dio un valor que por mí misma no hubiera tenido.

Pero aún no acaba aquí. Eran cerca de las nueve de la mañana cuando, de improviso, se me presentaron dos señores, que se anunciaron uno de parte del Prefecto de Turín, el otro de parte del Fiscal General, y me expusieron el fin de su venida. Quisieron hablar a solas conmigo. Reunidas lo más posible mis fuerzas, e invocando en mi corazón la ayuda del cielo, no pude dejar de exponer a los dos representantes de la autoridad pública que había sufrido ya dos interrogatorios por la misma razón, uno de ellos, hacía pocos días, ante el Fiscal del Rey y que, por lo mismo, no comprendía la necesidad de proceder a un tercero.

Los dos señores, después de conocer mi voluntad, y de saber que yo había sido siempre libre y continuaba siéndolo, y que el escrito de días atrás me lo había arrancado mi hermano sin que yo pudiera medir sus consecuencias, hicieron comparecer en mi presencia a mi familia, es decir, a mi padre, a mi hermano y a mi hermana.

Sería muy largo referir aquí todo lo que se dijo de una y otra parte. Lo que me sorprendió mucho fue el oír de labios del señor Prefecto de Turín el deseo que manifestó a mi familia de que yo volviera a su seno para calmar su dolor. En aquel momento se me ocurrió pensar si sería también él un israelita. Pero debo testificar que aquellos dos señores me trataron con mucha delicadeza, sobre todo el Fiscal general, el cual, con prudente y sosegado razonamiento advirtió a mis padres que yo, siendo mayor, gozaba por ley del derecho de libre elección de religión.

No obstante, parecía que le doliera, especialmente al señor Prefecto, el no poderme sacar de esta casa, y, aunque yo había protestado

que no había sufrido ni sufría violencia de ninguna clase, no obstante, él me sugirió y trató de persuadirme de que convenía que saliera de allí y fuera a hospedarme en cualquier otro Instituto.

—Yo no conozco otros —le respondí—, fuera de los de Don Bosco.

—Me encargaré yo mismo de buscarle uno de su agrado, por ejemplo, el de las Hijas de los Militares —me replicó el señor Prefecto.

—¿Pero qué necesidad hay de cambiar de domicilio? Yo aquí no estoy con las monjas, y no hay ningún motivo para sospechar que me quiera hacer cristiana por consejo de ellas.

—Pero usted se encuentra aquí con personas que tienen relación con el Instituto de Don Bosco y, además, la vida que usted ha de llevar aquí no es la que corresponde a su condición. Yo le buscaré una residencia que le ofrezca todas las comodidades. También sus padres están conformes. ¿No es verdad?, preguntó después, dirigiéndose a ellos.

—Sí, respondió mi padre, y hasta estoy dispuesto a pagarle la pensión.

Finalmente quedó determinado que el señor Prefecto buscaría el sitio y que después me lo comunicaría. Ahora estoy esperando en qué quedará.

Pero, antes de terminar esta narración, quisiera preguntar: Bajo nuestro Gobierno, una joven mayor de edad, que quiera cambiar de religión y haya declarado repetidamente ante la autoridad pública que no sufre violencia alguna en su deliberación y que se encuentra libremente en la casa de un ciudadano libre, con objeto de hacerse instruir, esta joven —repito—, ¿tiene o no tiene derecho a que la dejen libre y tranquila? En caso afirmativo, ¿por qué de unos días a esta parte no hacen más que torturarme con interrogatorios, uno detrás de otro, como si quisieran encontrarme en mentira? ¿Por qué quieren inducirme a cambiar de domicilio con tanta insistencia, como si en este yo no fuera libre, cuando he protestado que soy libérrima? ¿Por qué rodear la casa de policías como si quisieran asediarme? Algunos dicen que los ponen para tutelar mi libertad, pero otros aseguran que están esperando que yo salga para raptarme; mientras tanto, por temor, no me atrevo ni siquiera a salir de paseo, como hacía antes. Quieren hacer creer que yo soy una víctima de los curas y de las monjas, pero bajo apariencia de libertad, yo soy ahora víctima de otra gente. ¡Paciencia! Será esta una buena preparación para mi bautismo.

Optimo señor, perdóneme por esta molestia; entretanto, en la confianza de una benigna compasión, me profeso con toda estima y gratitud, de V. S.

Segura servidora
ANITA BEDARIDA

Turín, 4 de septiembre de 1879

Se sabe de fuente segura que, impuesto a la señorita Bedarida el cambio de domicilio con el engañoso pretexto de no perjudicar a Don Bosco y a sus instituciones, se le negó la elección del domicilio y la acompañaron a casa de la señora Ferraris, hebrea, Directora de una escuela de magisterio.

La red ha sido echada con arte y el pececito ha caído en ella. ¿Conseguirá escapar?

Otra merienda en la viña. La Madre escribe a las misioneras

Cada vez que se leen en el refectorio las noticias sobre las misiones publicadas en el *Bollettino Salesiano*, o recibidas por carta de las Hermanas de ultramar, o de Don Costamagna, la Madre escribe a su vez a las hijas lejanas.

Un día, al entrar en el taller, dijo: «Dejad un poco el trabajo, id a la Ecónoma, decidle que os dé un panecillo y luego... ¡a buscar todas el racimo de uva que más os guste y a coméroslo en santa paz!».

Inmediatamente cumplido: pero a la Madre y a Sor Rosalía, que le hace de secretaria, ¿quién las ha visto?

En cuanto llegan a las hilceras de las vides, las Hermanas se ponen mutuamente en guardia contra la tentación del momento, teniendo bien en cuenta la lección sobre el acto de renuncia voluntaria para la comunión del día siguiente: ¡pero aún hay más! La Madre ha dicho: «...a buscar el racimo de uva que más os guste...». Por consiguiente..., un racimo sólo... y, quien tomaría muy a gusto el segundo, ¿tendrá que pedir permiso? La Madre no ha prohibido servirse en abundancia, pero lo tiene por método: o se mortifica la gula, o se mortifica el amor propio.

Precisamente ese día, el 11 de septiembre, escribe a Sor Angela Vallese y a las misioneras del Uruguay:

Mis queridísimas Hermanas:

Angelina, mi deseo sería el de escribiros a cada una en particular, consolaros y animaros, pero tened paciencia por esta vez, porque realmente no puedo. Contentaros con que os diga dos palabras de todo corazón.

Nosotras hemos hecho los santos Ejercicios y damos gracias a Dios, porque nos han dejado a todas con una firme voluntad de hacernos santas. ¡Pobrecitas! Cuántas veces os hemos recordado y hemos rezado para que también vosotras tengáis esta voluntad, como yo espero, y así un día podamos encontrarnos todas juntas en el cielo. ¡Ánimo, pues, mis queridas Hermanas, ánimo! Cada día nos acercamos más a la eternidad. Todo pasa..., pero los méritos no pasarán jamás.

Mis buenas Hermanas, amaos mucho. ¡Cuánto me consuela recibir noticias de las casas y saber que en ellas reina la caridad, que se obedece de buen grado, que se cumplen las santas Reglas...! Entonces lloro de emoción y pido bendiciones para todas vosotras, para que podáis revestiros del Espíritu del Señor y hacer un gran bien a vosotras mismas y a vuestro prójimo, tan necesitado de ayuda. Sí, pero ¿cómo era el Espíritu del Señor...? (Yo os digo lo que de todo corazón nos repetía el padre Cagliero) un espíritu *humilde, paciente* y lleno de *caridad*, pero de aquella caridad propia de Jesús, que nunca se saciaba de sufrir por nosotros y que quiso sufrir ¿hasta cuándo...? ¡Ánimo, pues! Imitemos a Nuestro amadísimo Jesús en todo, especialmente en la humildad y en la caridad, ¡pero de verdad...! Reza también por mí, para que pueda cumplir lo que os aconsejo. Está alegre..., siempre alegre; no te ofendas nunca, por el contrario, en cuanto te des cuenta de que alguna necesita un consuelo, dáselo, y consolaos y ayudaos mutuamente.

Sor Filomena, que estés alegre, ¿de acuerdo? Tanto tú como Sor De Negri me escribisteis una carta y ahora esperaréis respuesta, ¿no es verdad...? Os contestaré otra vez. Entretanto procurad ser buenas, dar buen ejemplo y llegará un día en que no sólo estaréis contentas de ello, sino que recibiréis el premio merecido por las pequeñas cosas hechas por nuestro amado Jesús. Por lo tanto, empenémonos de veras en hacernos santas; recemos las unas por las otras para que todas perseveremos en el servicio de nuestro Esposo Jesús y de nuestra amada Madre María.

Muchos saludos a vuestro buen Director y encomendadme mucho a sus oraciones. Todas las Hermanas os saludan cariñosamente y es-

peran el momento de veros y de abrazaros allá arriba en el cielo. Animo, pues, mis queridas Hermanas en Jesús, pensemos siempre que todo pasa; por consiguiente, que nada nos turbe, ya que todo nos sirve para conseguir la verdadera felicidad. Estad seguras de que no os olvidamos nunca, y yo seré siempre en Jesús y María vuestra

Afma. Madre
SOR MARÍA MAZZARELLO

Nizza, 11 de septiembre de 1879

N. B. Mandad la carta que os incluyo a las Hermanas de Las Piedras. Acordaos de la pobre Sor Rosalía ⁴⁰. ¿Queréis saber una noticia que os alegrará...? En los Ejercicios de las señoras, ¿adivináis cuántas eran...? Más de noventa. Era algo verdaderamente consolador. En los Ejercicios de las Hermanas éramos aún más y, de vez en cuando, íbamos en espíritu hasta ahí, así que ya veis que no sois del número de las olvidadas, sino todo lo contrario. Estad siempre alegres, ¿de acuerdo?, siempre.

Virginia, ¡ánimo! Hazte santa de veras, pero de esas santas humildes, alegres con todos y llenas de caridad consigo mismas y con el prójimo. ¿Rezarás por mí? Mira, aquí tenemos una hermosa estatua de la Inmaculada y con frecuencia voy a pedirle gracias para todas vosotras, especialmente para las que se acuerdan de mí.

Está siempre alegre. ¡Viva María!

El señor Director, Don Lemoyne, que ahora se encuentra aquí, en Nizza, como Director, os saluda a todas y se encomienda a vuestras oraciones. El no os olvida nunca en las suyas, podéis estar seguras, así como todas nosotras ⁴¹.

La Madre asiste a su padre moribundo

El día 22 la Madre parte rápidamente para Mornese, donde su padre está muy grave. El dolor de este anuncio le afecta terriblemente, pero no sale de ella más que un acto de resignación: «Señor, hágase ahora y siempre tu santa voluntad».

Junto al lecho del querido enfermo no podría mostrarse más hija ni más religiosa; prepara al moribundo a recibir los santos sacramentos,

⁴⁰ La misma que escribe al dictado de la Madre.

⁴¹ Original en el Arch. Gen. FMA.

lo dispone para el paso extremo leyéndole las oraciones de los agonizantes; y cuando se da cuenta de que su alma ya ha volado a Dios dice: «Arrodillémonos y recemos: este es el momento del juicio».

Después, amortaja ella misma el cadáver de su amado padre, recordando a los presentes cómo él se había preocupado por el bien de todos.

Contiene las lágrimas, pero su oración no es más que una lágrima de impetración por el alma que ha dejado el exilio; por los seres queridos que, sollozando, piden consuelo y fortaleza.

A las pocas hijas y Hermanas del colegio, a las antiguas compañeras de la *Inmaculada*, a todos los mornesinos que la rodean de afectuosas atenciones, les recomienda que pidan por el querido difunto, para que las oraciones y las buenas obras aceleren su entrada en la gloria de los santos.

En Nizza, cuando llega el día 26, pide a todas la misma caridad; recuerda especialmente la indulgencia plenaria cotidiana, que, como pertenecientes a la Familia de María Auxiliadora, se puede ganar rezando el rosario delante del Santísimo Sacramento, así como otras preciosas indulgencias que se leen cada mes en el *Bollettino Salesiano*: por ejemplo, la jaculatoria «bendita sea la santa e inmaculada Concepción, etc.», enriquecida este mes, precisamente, con nuevas indulgencias.

Del dolor al aprovechamiento espiritual

El dolor vivísimo que alimenta el fervor de la Madre no le impide hacer sonreír a quien está a su alrededor; devotísima de Jesús crucificado y de las santas llagas del Señor, así como de los dolores de la Virgen, recurre frecuentemente a ellos para recibir consuelo, alivio y valor. Siempre la primera en entrar en la iglesia y la última en salir, atrae a la comunidad a la casa del Padre, para gustar en ella, en la fusión de los espíritus, las dulzuras de una familia, que compensa infinitamente la que se ha dejado por seguir la propia vocación.

Siempre en la presencia de Dios, no sólo durante la meditación y la oración, sino también durante las ocupaciones ordinarias, a las que atiende con serenidad y actividad edificantes, es un ejemplo vivo para quien está a su lado.

Toda fe al acercarse a los santos sacramentos, sin darse cuenta,

comunica también a las niñas su hambre y su sed de Dios y de la divina gracia.

Su corazón, lleno de caridad, tiene tesoros para todos, aunque sean desconocidos o poco practicantes.

Muerte de monseñor Galletti

El 5 de octubre, fiesta de la Virgen del Rosario, vuela al Señor el alma generosa de monseñor Eugenio Galletti, obispo de Alba. Durante la grave enfermedad de Don Bosco en Varazze, en 1871, fue de los primeros en ofrecerse víctima por él: víctima, evidentemente, agradable y acepta, desde el momento que Don Bosco empezaba a mejorar y monseñor Galletti contraía una enfermedad incurable.

La Madre, que se sirve de cualquier circunstancia para animar a la comunidad a la gratitud, dice con filial emoción: «¡Qué afligido estará nuestro buen Padre y cuánto debemos nosotras, Hijas de María Auxiliadora, a este buen obispo! Recemos, Hermanas, por su alma. Recemos para que Don Bosco pueda tener muchos amigos y protectores de sus obras como lo fue él: es un deber de gratitud y de justicia».

«No perdamos el tiempo: hagámonos santas»

Don Bosco no es menos pródigo en paternales atenciones con la Madre; y si llegan del extranjero buenas y consoladoras noticias de las Hermanas, no deja de transmitir las a Nizza en la primera ocasión. Así sucede con la carta de Don Costamagna, de fecha 19 de agosto, que dice entre otras cosas:

«Nunca me hubiera imaginado que nuestras Hermanas pudieran ayudarnos tanto en una misión. No se hubiera hecho realmente tanto bien a las mujeres y a las niñas sin la intervención de las Hermanas. A su catecismo acudían, además de las niñas, muchas mujeres, que pendían de sus labios como de los de un predicador. Mientras los sacerdotes confesábamos, las cuatro Hermanas preparaban a los penitentes y nos los mandaban tan bien preparados, que muchos derramaban gruesos lagrimones.

Nuestra comida y nuestra cena la preparaban las Hermanas, como se comprende. Todo esto lo digo para repetir la antifona: "¡Mán-

denos! ¡Mándenos...! ¿Qué cosa...? ¿Dinero? ¡No!, porque Don Bosco es pobre y nosotros no somos despilfarradores. ¡Mándenos sacerdotes, catequistas y Hermanas!"» 42.

—¡Oh, queridas Hermanas, qué cosas —comenta la Madre—, qué cosas! Nosotras, tan mezquinas... Basta, no perdamos tiempo y hagámonos pronto santas y valientes como nos quiere Don Bosco, para estar prontas al trabajo que nos prepara la Providencia en la patria y en las misiones.

La Madre, a las hijas del Uruguay

También de Villa Colón y de Las Piedras han llegado noticias, y la Madre responde a Sor Angela Vallese y a Sor Juana Borgna; no olvida a su querido padre difunto, pero lo deja —ciertamente por mortificación del corazón— como último pensamiento.

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi buena Sor Angelina y Hermanas todas:

Las noticias que me habéis dado en vuestras cartas del mes de septiembre me han proporcionado un verdadero consuelo. Estoy contenta, sobre todo, de que hayáis hecho los santos Ejercicios. Pero recordaos de que no basta hacerlos; hay que poner en práctica, con valor y perseverancia, los buenos propósitos que el Señor se dignó inspirarnos. Estoy muy contenta de que Don Costamagna, nuestro antiguo y buen Director, vaya a haceros alguna visita. Pobres hijas, os parecerá que veis a alguien de Mornese, ¿verdad?

Mi buena Sor Angelina, ánimo, está alegre y procura que lo estén también todas mis queridas Hermanas. El Señor te desea todo bien, pero hace falta que tú lo quieras, ¿no es verdad?

Ahora paso a hablarte de nosotras. Gracias a Dios estamos todas bien, excepto Sor Justina y Sor Albina, que se puede decir que están en la agonía. Sor Albina está aquí, en Nizza; Sor Justina (Calcagno), en Mornesc. Las demás están todas contentas y con buena voluntad de hacer mucho bien, envidiando vuestra suerte. Tenemos treinta y dos postulantes, cincuenta Hermanas y treinta educandas. La casa de

⁴² *Bollettino Salesiano*, noviembre de 1879, año III, n.º 11, págs. 3-4.

Mornese está ahora aquí, en Nizza. En Mornese no quedan más que cinco Hermanas y Don José, pero esperamos que pronto las tendremos a todas aquí con nosotras, porque aquella casa la venden. Estamos muy contentas de este cambio de Mornese a Nizza. Así es que, mis buenas Hermanas, cuando queráis venir a hacerme una visita, no vayáis a Mornese, sino aquí, a Nizza. Pobres hijas, estamos muy lejos para hacer esto. Es mejor que vayamos al Corazón de Jesús, allí podremos decírnoslo todo.

Os aseguro que todas las mañanas hablo con vosotras en este adorable Corazón, y le hablo en la sagrada Comunión y le digo muchas cosas para cada una de vosotras. ¿Os gusta que nos visitemos de este modo? Hacedlo también vosotras así, ¿de acuerdo? Estoy contenta de la buena voluntad de todas las Hermanas; que procuren ser siempre perseverantes. Os recomiendo a todas una gran confianza con el confesor y con la Directora. Si existe esta confianza, las cosas irán bien.

Nos acercamos a la fiesta de la Inmaculada. Nuestra santa Regla pide que la celebremos con gran solemnidad. Pero, además, debe ser una de las fiestas más hermosas para nosotras, que somos Hijas de María.

Debemos plantar hermosas flores en nuestro corazón, para hacer después un bonito ramo y presentárselo a nuestra queridísima Madre María Santísima. En estos días que aún nos quedan, debemos ejercitarnos en todas las virtudes, especialmente en la obediencia y en la mortificación. No dejemos pasar ninguna ocasión de mortificarnos en algo; sobre todo, mortifiquemos nuestra voluntad y seamos exactas en la observancia de nuestra santa Regla. Comulguemos cada mañana con fervor.

Durante los Ejercicios encendimos el fuego en nuestro corazón, pero si de vez en cuando no quitamos las cenizas y no añadimos leña, el fuego se apagará. Para las fiestas de la Inmaculada y de Navidad debemos enfervorizarnos tanto que nos mantengamos así hasta la muerte. Pongámonos todas con ánimo y buena voluntad; puede ser que para alguna de nosotras sea la última vez que celebremos esta fiesta.

Además, el tiempo pasa para todas y en punto de muerte estaremos muy contentas de haberla celebrado bien y con fervor. Entonces nos acordaremos de las pequeñas mortificaciones hechas, ¡y cuánto consuelo experimentaremos! Debemos pisotear y aplastar el amor propio, y nuestro corazón estará tranquilo sobre ese punto.

¿Queréis que nos pongamos todas con empeño y con verdadera voluntad? ¡Respondedme todas que «sí»! Sor Virginia, Sor Angela

Cassulo, Sor Gedda, Sor De Negri, Sor Teresita Mazzarello y Sor Laura, novicia. ¿Está Sor Victoria, que no me escribe nunca? ¿Y la vivaracha Sor Filomena, sigue tan alegre? ¿Y Sor Juana? ¿Están todas en Las Piedras? ¡Atentas todas!, lo que más os recomiendo es la exactitud en el cumplimiento de la santa Regla; ya sabéis que esto basta para hacernos santas. Jesús no nos pide otra cosa. Si de veras lo amamos, démosle este gusto y agradecemos a este corazón que tanto nos ama.

Decidme, ¿os queréis todas? ¿Tenéis caridad unas con otras? Espero que sí, pero también en esto hay que perfeccionarse. Así es que, para agradar a nuestra querida Madre María Santísima, os tendréis gran caridad unas con otras, os avisaréis con dulzura y recibiréis de buen grado los avisos, vengan de quien vengan. Animo, mis queridas hijas, esta vida pasa pronto y a la hora de la muerte no nos quedarán más que nuestras obras, y lo importante es que estén bien hechas. Los caprichos, la soberbia y la vanidad de querer saber y de no quererse someter a quien no tiene talento, en el momento de la muerte será motivo de gran confusión.

¡Pobres Hermanas! Os habré aburrido mucho. Una cosa más; os pido de nuevo confianza con la Directora y buen ejemplo a vosotras y a las niñas; gran paciencia y dulzura sin medida. Os recomiendo también que estéis siempre alegres, fuera la tristeza, que es la madre de la tibieza.

Ahora os pido una caridad, y es que recéis por el eterno descanso del alma de mi querido padre, que pasó de esta vida a la otra el día 23 de septiembre a las siete y media de la mañana. Tuve la suerte, casi por milagro, de poder asistirlo. Espero que estará ya en el ciclo; no obstante, rezad un poco por él.

Sor Angelina, Sor Teresita y Sor Cassulo: tengo noticias de vuestras familias, que están todos bien. También los de Sor Virginia y Sor De Negri. Espero que también lo estén los de Sor Victoria y Sor Filomena.

Ahora, mi querida Sor Angelina, sólo me queda decirte que te animes y que no vivas con el corazón encogido, sino abierto, grande y sin tantos temores, ¿entendido? Saluda a todas esas queridas Hermanas. Estad todas alegres. Presenta mis respetos al señor Director y encomiéndame a sus oraciones. Os dejo en compañía de Jesús y de María. Vuestra

Afma. en Jesús y María
SOR MARÍA MAZZARELLO

Nizza, 20 de octubre de 1879

P. S. Queréis que vaya a veros, pero si los Superiores no me mandan yo no puedo ir: os toca a vosotras haceros obedecer de los Superiores ⁴³.

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi queridísima Sor Juana:

He recibido con agrado tu carta y estoy contenta de las buenas noticias que me das. Me he enterado de que habéis hecho los santos Ejercicios; alabado sea Dios que os ha concedido una gracia tan grande. Me consuela saber que muchas niñas se han confesado y comulgado. ¡Muy bien! No te desanimes cuando sepas que el mundo habla mal de ti, o de nuestras maestras o escuelas, o de las monjas, o de los curas, o qué sé yo... Si el mundo habla así es señal de que estamos al lado de Dios; el demonio está rabioso con nosotras, y nosotras nos tenemos que animar aún más.

No me detengo a darte noticias de esta casa; te las dará la Directora, Sor Angelina, a quien he escrito una larga carta. Dile que te la lea, o te la deje. Me olvidé de decirle una cosa, que se la dirás tú. Le dirás que debéis estar atentas a la salud de todas, pues si ésta falta no podemos hacer nada, ni para nosotras ni para los demás.

Dime, mi querida Sor Juana, ¿estás siempre alegre? ¿Eres humilde? ¿Cómo tratas a las Hermanas? ¿Con dulzura y caridad?

Te recomiendo mucho que des buen ejemplo a tus Hermanas: debes ser un modelo de virtud en todo, principalmente en la exacta observancia de la santa Regla, si quieres que la barca vaya adelante y las Hermanas te tengan respeto y confianza.

No te digo esto como reproche, pues sé que haces todo lo que puedes para que las cosas vayan bien. Te lo recomiendo, porque lo siento de veras. Animo, Sor Juana, mi querida hija, hagamos el bien mientras tengamos tiempo. Esta vida pasa pronto, y en punto de muerte estaremos contentas de las mortificaciones y de la lucha contra nosotras mismas y contra el amor propio. Te recomiendo que no te desanimes nunca, aunque te veas llena de miserias; pongamos toda nuestra buena voluntad, pero que sea verdadera y decidida, y Jesús hará lo demás. Nuestros defectos, si los combatimos con buena vo-

⁴³ Original autógrafo en el Arch. Gen. FMA.

luntad, son los que deben ayudarnos a adelantar en la perfección, con tal de que tengamos verdadera humildad. ¿Tenéis muchas niñas? Acuérdate de darles buen ejemplo con la delicadeza. Diles un ¡viva Jesús! de mi parte y que recen por mí un avemaría. Yo las encomiendo todas las mañanas en la santa comunión.

Diles también a las Hermanas que recen mucho por mí, por nuestra Congregación y por los Superiores, que tanto se sacrifican por nosotras.

Tu hermana está bien, es alegre y parece que quiera hacerse religiosa. Te envía saludos y se encomienda a tus oraciones. Estáte tranquila, que la cuido bien.

Está alegre, anima a las demás, ten cuidado de tu salud y sé humilde. Presenta mis respetos a vuestro buen Director, encomiéndame a sus fervorosas oraciones y escíbeme cuando tengas ocasión. Que Dios te bendiga y te haga toda suya; en su Corazón Sacratísimo créeme siempre

Afina.

La pobre Sor MARÍA MAZZARELLO ⁴⁴

Nizza, 20 de octubre de 1879

En Asti, en vez de compras, méritos

Para Sor Albina Frascarolo parece perfilarse una mejoría: la Madre aprovecha para llevarse consigo a Asti a Sor Felicina Ravazza a hacer provisiones de seda para un trabajo, y también con el fin de ofrecerle alguna distracción, después de lo sucedido a su pobre amiga Ana Bedarida.

Cuenta la misma Sor Felicina: «Había estado ya inútilmente en Alessandria: y la Madre, viéndome todavía preocupada, me dijo: "Ven, vayamos juntas a Asti". Durante el viaje rezamos continuamente y cuando aparecía a distancia alguna iglesia, me decía: "Con los ojos del alma intentemos ver a Jesús en el santo tabernáculo y saludémosle, pues está allí prisionero por nuestro amor".

Parecía como si quisiera desplegar el vuelo, y se le escapaban profundos suspiros. Antes de bajar del tren me entregó su reloj:

—Toma, Felicina, tú sabes llevarlo mejor que yo.

—¿Pero qué dice, Madre?, respondí llena de confusión.

—¡Calla! ¡Qué poco sencilla eres! Mira, si fueras sencilla, obedec-

⁴⁴ Original autógrafo en el Arch. Gen. FMA.

cerías sin decir nada. Al Señor y a María Auxiliadora, dice Don Bosco, le agradan las religiosas sencillas, pero tú todavía no lo eres.

Recorremos Asti a lo largo y a lo ancho durante tres horas seguidas, pero no encontramos nada de lo que necesitamos y, de vez en cuando, la Madre me dice: "No podemos hacer nada. Paciencia. Ofrezcamos al Señor nuestro disgusto y así nos aprovechará para el cielo. Que cada paso y cada palabra sea un acto de amor de Dios, con la intención de salvar un alma".

Faltaban pocos minutos para la salida y nosotras, que no habíamos pensado en mirar la hora, nos encontrábamos muy lejos de la estación. Empezamos a caminar a prisa, pero a pesar de nuestra buena voluntad, el tren se nos había escapado.

La Madre no se inquietó siquiera; estuvo unos instantes en silencio y dijo a continuación: "El Señor ya lo veía y lo sabía; y ve también cuánto siento no poder estar en casa esta noche. Paciencia, proveerá El, que así lo ha permitido. Vamos, Dios guiará nuestros pasos: vamos en compañía de la Santísima Virgen y de San José, cuando iban en busca de un albergue. Adelante en el nombre del Señor".

Al pasar delante de un panadero, la Madre compra un poco de pan; un poco más adelante, algunas manzanas; yo la miraba, admirada de verla tan serena, mientras se hacía de noche y no sabíamos dónde pasarla. Después de haber caminado sin rumbo, la Madre me dice: "Oye, aquí en Asti viven tres jóvenes de las nuestras, que no pudieron continuar por falta de salud. Vamos a buscarlas. Deben encontrarse en casa de un tal señor Cerrato, que quiere comenzar una obra en beneficio de los pobres abandonados: una especie de hospital".

Pregunta por aquí, busca por allá, una viejecita nos acompaña al señor Cerrato, en la calle Alfieri.

¡Qué alegría la de aquellas tres al verse delante a la Madre! No podían ni hablar, y se contentaban con mirarla, como si temieran verla desaparecer. Después de la primera emoción, la Madre les dice sonriendo: "¿Podríais darnos alojamiento por esta noche? Llamad al señor Cerrato y pedidle permiso". ¿Permiso...? El señor Cerrato viene a darle las gracias por haber pensado en su casita; y quiere que les enseñen todo, para que la Madre pueda decir una palabra a los enfermos, dar una conferencia a las seis postulantes, darle consejos a él, y a las tres jóvenes valor para proseguir.

¡Qué tugurio! Los acogidos eran ocho: tres viejos crónicos, dos niños, dos mujeres en avanzado estado de consunción y una con un cáncer que le iba royendo la cara desde hacía cinco meses, con un hedor insoportable. La Madre se sentó junto a aquella pobre mujer,

le habló largo rato de los padecimientos de Jesús en la cruz, del purgatorio, del premio eterno, y le hizo llorar de resignación y de consuelo. En su conmoción levantaba las manos al cielo y bendecía a Dios, que le mandaba tanto consuelo. Antes de dejarla, la Madre se le acercó y le dijo: "Cuando estés en el cielo reza por mí. Dile al Señor que salve mi alma y encomiéndale las personas que me son queridas".

Bajamos sin decir una palabra, y nos traen una sopa hirviendo. ¿Pero quién tenía ganas de comer después de todo lo visto, y visto hacer alrededor de aquellas pobres enfermas? ¿Y la sopa...? fideos cocidos y recocidos, parecía una pelota. ¡Qué repugnancia! No obstante, la Madre se lo tragaba: ¡no tenía más remedio que imitarla! Pero, en un momento que quedamos solas, la Madre, rápida como un relámpago, vacía mi plato en el suyo y me da uno de los panecillos que habíamos comprado: "¿Ves?, tiene la misma forma que el que está en la mesa, no se darán cuenta: lista, come y calla". Yo, con la boca abierta, admirada de tanta rapidéz, y de que me hubiera entendido sin decir una palabra, debía parecer una tonta... Cuando me rehíce, intenté hacer lo mismo y cambiarle al menos el pan, pero inútilmente.

Cuando terminamos, aparece nuevamente el señor Cerrato; después, una detrás de otra, las tres jóvenes, que se entretienen un poco. La última se llama Jacinta: ¡imposible explicar su alegría cuando la Madre le dijo que volviera a Nizza, que aceptaba una segunda prueba! Más contenta que ellas estaba la Madre, que podía derramar, sobre aquellas almas atribuladas, la abundancia de su caridad.

A las 11 nos dejan finalmente solas para descansar un poco y yo me preparo a pasar el resto de la noche sentada en una silla, porque no había más que una cama y pensaba reservársela a la Madre. Pero ella arregló la cama con la sábana de modo que parecían dos, me dijo dónde tenía que ponerme y yo no tuve más remedio que obedecer, venciendo todo reparo.

La Madre no se despojó, y rezó toda la noche. Yo estaba despierta, pero con los ojos cerrados, y notaba que de vez en cuando me tapaba (la estación empezaba a refrescar de noche), sin preocuparse de sí misma, y repetía muy bajito el *agimus*. "Sí, Señor, ¡gracias!"

A la mañana siguiente, después de recibir la comunión y de despedirnos de aquellas pobres jóvenes, salimos. Siguió rezando en el tren y por las pocas palabras que dijo comprendí que la Madre estaba contenta. "Hemos perdido el viaje y no hemos podido resolver nuestros asuntos, pero el Señor nos tenía reservada otra cosa. *Deo gratias!*" Había cumplido realmente una misión».

Sor Albina Frascarolo vuela al cielo

El 28 de octubre Sor Albina Frascarolo deja esta tierra por el cielo, su única aspiración.

Al acercarse el último momento, fijando la mirada en un determinado punto, dijo inconsolable: «¡Jesús, para mí esa cruz, para mí, que he pecado; no para vos, que sois inocente!».

Se esforzaba por lanzarse hacia aquel punto, como queriendo cargarla sobre sus hombros, y no se tranquilizó hasta que no pusieron en sus manos el crucifijo que pendía de la pared. Entonces se lo puso en el hombro derecho, como si se le hubiera dado finalmente la cruz tan deseada, y diciendo: «¡Ahora, Jesús!», dejó la tierra.

¡Pobre Bedarida!

El mes de noviembre se abre con un gran disgusto.

Anita Bedarida, presionada por su nueva consejera, cedió y volvió con su familia la cual, feliz, la condujo a hacer un largo viaje para distraerla y compensarla de las pasadas angustias.

La Madre está inconsolable y se atribuye la culpa de esta debilidad. Pero, ¿qué más podía haber hecho? ¿Y qué más podían hacer los Salesianos? Don Bonetti había desafiado todos los peligros; Don Cagliero estaba dispuesto a ir a la cárcel. Cuenta Don Juan Francesia: «Estábamos en Lanzo para los Ejercicios Espirituales, y Don Bosco estaba con nosotros. Cuando se enteró de cómo estaban las cosas, dijo a Don Cagliero:

—¿Has oído lo que se está tramando en Turín?

—Sí, querido Don Bosco.

—¿Serías capaz de ir al Oratorio y administrar esta misma noche, en la iglesia de María Auxiliadora, con los ritos de rigor y delante de testigos, el bautismo a Anita Bedarida?

—Si usted lo cree conveniente, voy en seguida. Pero mañana vaya a verme a la cárcel nueva.

Y diciendo esto, el futuro apóstol de la Patagonia se ponía de pie para ejecutar lo dispuesto por Don Bosco.

Yo estaba presente a la orden y a la obediencia, y me quedé consternado por las posibles y graves consecuencias.

(...) Aún se recuerda cómo los hebreos de Bolonia se irritaron contra el Papa, por haber acogido al joven Edgardo Mortara, bautizado por la criada cuando se encontraba en peligro de muerte.

Mientras Don Cagliero partía con la bendición de Don Bosco, yo subía a mi celda donde, no me avergüenzo de decirlo, rezaba para que el Señor impidiera lo que yo temía como una gran calamidad.

Por entonces Don Cagliero, aunque pasaba de los cuarenta años, se mantenía ligero como un gamo; acababa de llegar yo a mi habitación cuando lo divisé ya en la plaza del pueblo, después sobre el puente del Gesso, y en la puerta de la estación; veía ya el humo de la locomotora; después oí el silbido... El tren partió sin él y tuvo que volver atrás. Yo respiré de satisfacción, pero quizá nunca como aquella noche sintió él haber llegado con retraso.

De regreso a Lanzo, al presentarse a Don Bosco, éste le dijo: «¡Con estos hombres se ganan muchas batallas! El Señor no ha querido de nosotros más que la buena voluntad»⁴⁵.

La Madre reza, sufre y se preocupa; Superiores y Hermanas están más fervorosas y mortificadas que nunca. Pero los hebreos no desisten de sus propósitos.

También Sor Adelaida Carena se va al cielo

Entretanto Sor Adelaida Carena, todo un coloso aparentemente, es víctima de una grave enfermedad que, a pesar de todo, no le quita el buen humor, ni le impide las graciosas ocurrencias. La buena Hermana ofrece sus sufrimientos por las intenciones de la Madre y con sus premurosas atenciones y las del confesor supera también los momentos horribles de temor de la justicia eterna.

La gracia de los santos votos perpetuos, emitidos el día 16, le devuelve la calma.

El día 19, con el dulce nombre de María Auxiliadora en los labios, Sor Carena va a reunirse a las Hermanas que están ya en la mansión de los justos.

Recomendaciones de la Madre

De los temores que asaltaron y torturaron en punto de muerte a Sor Adelaida, la Madre saca tema para hacer sus recomendaciones sobre la pobreza: «Hagamos todo lo posible por economizar: somos

⁴⁵ J. B. FRANCESIA, *Sr. Maria Mazzarello e i primi due lustri delle Figlie di Maria Ausiliatrice* (S. Benigno Canavese, Libreria Salesiana editrice 1906) 315-316.

pobres, hemos hecho voto de pobreza, no desperdiciemos nada. Si veis en el suelo una hebra de hilo que todavía puede servir, un botón, una aguja o un alfiler, recogedlo; cuando bajéis las escaleras, recogeos el hábito, para que no se roce. Incluso las migas de pan, procuremos no tirarlas al suelo: el pan es un don de Dios y no debe ser malgastado o dejado, si queremos la ayuda de la Divina Providencia. Acostumbrad también a esto a las niñas».

A la Madre Asistente, que de acuerdo con su fina educación había enseñado a las educandas a pasar la hoja del cuchillo usado por un pedacito de pan y dejarlo después en el plato, y a no apurar hasta la última gota el vino mezclado con agua del vaso, le dijo con toda sencillez la Madre: «No, esto no es para nuestras niñas; no tenemos ninguna de elevada condición. Va bien que lo sepan, para algún caso especial de la vida; pero en la práctica... nuestras niñas necesitan formarse más a la buena; educadas, sí, pero sin perder de vista la economía».

Sobre el tema de la obediencia insiste también con calor: «Por caridad, estemos atentas a obedecer con espíritu de fe; pongamos tanta fe en nuestra obediencia, que lleguemos casi a la imposibilidad de tener pensamientos distintos de los de las Superiores».

Durante una de sus últimas conferencias, según costumbre, interrogó a unas y a otras para que le dijeran lo que pensaban acerca de la marcha de la casa. Una se excusó bonitamente de responder, pero la Madre le advirtió: «¿Entonces, tú no tienes interés por el bien general? Esto es un mal para una Hija de María Auxiliadora».

Nuestro buen Padre Don Bosco suele decir: "Al final de la vida se recoge el fruto de las buenas obras". Nosotras lo vemos en nuestras queridas Hermanas, que tan a menudo nos dejan para ir a la eternidad. Pues bien, reflexionemos cada una si vivimos una vida de satisfacciones o de mortificación y démonos a nosotras mismas la respuesta».

Mortificación y pobreza para sí y para sus hijas

¡Precisamente la Madre tiene que examinarse sobre el espíritu de mortificación! La Madre Petronila asegura que, desde jovencita, María solía decir: «Sólo con la mortificación se puede conservar la castidad»; por consiguiente, no concedía nada superfluo a su cuerpo, antes por

el contrario, hubiera deseado hacer penitencias, ¡si se lo hubieran permitido!

Sor Clara Preda añade: «Ese mismo principio lo insinuó siempre a sus hijas. En efecto, dispuso que a dos Hermanas que padecían de inflamación se les diera un poco de leche fresca, pero para que no se resintiera el espíritu de mortificación aconsejó añadir a la leche unas gotas de vinagre; y yo que lo servía, lo cumplía con la máxima fidelidad.

Pero no por esto descuida las necesarias atenciones maternas, especialmente con las más jóvenes, a las cuales prohíbe privarse de la ya escasa comida y les repite: "¿Tenéis amor propio? Mortificadlo pidiendo lo que necesitáis"».

Ultima carta de Sor Virginia Magone

Una carta de Sor Virginia Magone a la Madre hace suponer otras del Uruguay con destino Turín. La carta está escrita en otoño; no obstante, habla ya de Navidad. Y —desgraciadamente— se empieza también en América a hablar de enfermedades.

¡Viva el Niño Jesús!

Reverendísima Madre Superiora:

Todas las Hermanas de Italia y de Francia ⁴⁶ han tenido la suerte de verla este año una o dos veces, ¿no es verdad? Y las pobrecitas de América fueron olvidadas. ¿Cómo puede resistir usted sin hacerles una visita? Tenga compasión de sus hijas lejanas; deje las noventa y nueve ovejas y venga en busca de las que hace mucho tiempo se alejaron del amado redil... Estoy segura, mi Reverendísima Madre, de que si usted viera lo mucho que se alegran nuestros corazones cuando hablamos y la recordamos a usted..., ciertamente no dejaría de darnos un consuelo con su visita. Usted dirá, me parece oírlo: «Iría muy a gusto, pero ¿cómo voy a dejar a tantas por tan pocas?». Reverenda Madre, no le digo que venga para estar siempre aquí, no; esto sería imposible, pero hacernos una visita es cosa fácil y razonable.

⁴⁶ Las de Francia habían venido para hacer los Ejercicios: la Madre no estuvo en Francia durante el año 1879.

¿Pues qué? ¿Acaso no tiene ganas de vernos y de ver dónde estamos, el lugar, la casa y tantas otras cosas? ¡Venga, pues! ¡Venga a consolar a sus hijas americanas!

El año pasado, por Navidad, me dio los confites, diciéndome que los conservara hasta que usted viniera aquí. Hasta ahora los he conservado, pero si no viene pronto se *pondrán malos*. Y además, ¿quiere que le diga una cosa? Se me ha metido en la cabeza que moriré pronto, porque tengo una tos que me atormenta y no quiere dejarme. Por consiguiente, si usted no viene pronto, me temo que no la veré más. Si me voy al cielo antes de que usted venga a verme a América, iré después yo a verla a Nizza, ¿de acuerdo? Pero no es hora todavía de morirme... He cometido muchos pecados y antes tengo que hacer penitencia de ellos.

Mi Reverenda Madre, tenga la bondad de rezar por mí, para que me convierta de una vez. He venido a América para salvar mi alma y las de los demás y no hago nada de bien. Las demás Hermanas son humildes, obedientes, llenas de caridad y dulzura, y yo soy todo lo contrario. Si viera a Sor T. M.⁴⁷ qué buena y exacta es en la observancia de la santa Regla; da gusto verla, me da verdadera envidia. También todas las demás son muy buenas. Sólo yo sigo siendo mala, ingrata a los beneficios que me ha hecho el Señor. Mi Reverenda Madre, dígnese decir a Jesús que cambie mi corazón. Nos acercamos a la santa Navidad; le pediría, pues, que me hiciera un regalo: que le diera un beso al Niño Jesús por mí y, al mismo tiempo, que le diga una palabrita en secreto; lo que debe decirle, lo dejo a su consideración.

Perdóneme, mi Reverenda Madre, si me atrevo a mandarle un folio tan mal escrito. ¡¿Qué voy a hacer?! Hoy tengo fiebre y por eso, al no poder escribir levantada, una de dos, o dejar de escribir o escribir como mejor se puede en la cama. Siento no poder decirle todo lo que querría, pero no importa. Lo que no puedo decirle ahora, si el Señor quiere, se lo diré en otra ocasión.

Por si no puedo escribirle más adelante, aprovecho ahora para augurarle unas buenas fiestas y un buen fin y principio de año a usted y a todas las Madres, a todas las Hermanas, a todas las Hijas de María Auxiliadora y, en particular, a las que tienen deseos de venir a América, principalmente a las mornesinas, comenzando por la Madre Superiora, la Madre Vicaria, la Madre Ecónoma, la Madre Felicina de Borgo San Martino, la Madre Rosalía, Sor Rosina de Biella, Sor Carlota

⁴⁷ Sor Teresina Mazzarello.

Pestarino, Sor Bodrato, Sor Teresina Mazzarello, Sor Arecco y todas las que ahora no recuerdo. De la Reverenda Madre Asistente, aunque no sea de Mornese, me acuerdo mucho, y también del pacto que hicimos juntas el día de San Pedro por la noche. ¿Se acuerda ella también? Tenga la bondad de decir a Jesús una palabra por esta pobrecita.

Mi Reverenda Madre Superiora, le pido que tenga la bondad de encomendarme a las fervorosas oraciones de todas las Hermanas, y especialmente de la M. E.⁴⁸. Ahora es preciso terminar, porque la Directora quiere escribir por el otro lado. Así, pues, Madre, perdone y dígnese bendecirme.

Su pobre hija
Sor VIRGINIA

Viaje de la Madre a Turín

El sábado día 23, la Madre y Sor Enriqueta van a Turín, para regresar a los dos días. ¿Novedades? No se dice nada, pero se supone.

Pasar un 24..., un domingo en Turín, habiendo empezado ya el curso regular de clases y del oratorio, ¡significa mucho para la Madre! Significa pasarse sus buenos ratos con María Auxiliadora en su iglesia, asistiendo a las funciones con la participación fervorosa de los centenares de jóvenes de Don Bosco; quiere decir poder estar con las Hermanas más tranquilamente que en los días ordinarios; quiere decir comprobar la afluencia de jóvenes a los patios, a las catequesis, a la capilla de casa. Quiere decir, en resumidas cuentas, conocer y darse a conocer más en las distintas actividades del apostolado festivo. En efecto, la Madre y Sor Enriqueta vuelven a Nizza con muchas noticias buenas y muy gratas.

Noticias agradables y útiles

Cuentan las Hermanas que también este año, según costumbre, Don Bosco les ha mandado, bien arreglados en un precioso cestito, los primeros racimos de uva *larije* recogidos personalmente de la parral que trepa hasta la ventana de su habitación: es la uva reservada exclusivamente para los bienhechores del Oratorio.

Nos han dicho que las clases están cada vez más concurridas, parte de pago y parte gratis, impartidas especialmente por la Directora,

⁴⁸ La Madre Enriqueta Sorbone.

por Sor Maritano y Sor Brusasco, las cuales deben aprender de Don Bonetti —que se presta a ello con caridad— lo que deben enseñar día por día. Por la tarde está el taller. Sor Catalina —la Directora— añade que el año pasado tuvo la visita del Inspector de enseñanza, acompañado por Don Durando, Consejero escolar salesiano. Ella, por el aturdimiento, no sabía decir una palabra, pero Don Durando le hizo hacer igualmente un buen papel. ¡Qué suerte tener unos padres y hermanos tan buenos y tan a mano!

La Madre Enriqueta ha hecho suyas todas las normas que —según dice— ha podido conseguir de Sor Catalina, la cual, a su vez, las ha recibido de la caridad de los Superiores, para dirección y norma didáctica educativa: horario para la distribución de la enseñanza en las clases de la escuela nocturna; trozos de autores, formativos e inspirados en los principios de la fe, para el dictado y los ejercicios de memoria de las niñas más adelantadas; máximas fundamentales de asistencia y formación cristiana, en perfecta armonía con la idea de Don Bosco.

La Madre Asistente sacará provecho de ellas para sus neo-maestras y asistentes ⁴⁹.

Las «Hijas del Sagrado Corazón» se hacen conocer y apreciar

La Madre y Sor Enriqueta traen también nuevas noticias sobre la asociación de las *Hijas del Sagrado Corazón* del oratorio de Turín.

Además del pequeño reglamento de la asociación, se ha introducido el «librito de los Nueve Oficios» con la «Coronilla del Sagrado Corazón», lo cual constituye un tesoro para las asociadas.

Del número de los «oficios» —el 9— ha derivado también una práctica nueva: cada inscrita no sólo ayudará en la asistencia al oratorio, en la iglesia y fuera de ella, sino que se encargará también de un grupito de compañeras —nueve para cada una—, con objeto de hacerles el mayor bien posible.

Las conferencias para las asociadas son quincenales: se turnan el Director Don Cagliero, Don Bonetti y la Directora. Los varios sacerdotes —Don Leveratto, Don Marchisio, además de Don Cagliero y Don Bonetti— encargados del sagrado ministerio con las oratorianas, se prestan para las confesiones, incluso hasta las diez de la noche.

⁴⁹ Anexo n.º 5.

Las novenas en preparación a las fiestas principales del año son de comunión diaria para las *Hijas del Sagrado Corazón*, aunque la misa sea muy temprano; las fiestas mayores se coronan siempre con la comunión general de todas las oratorianas.

Se ofrece después a todas, sin excepción, un desayuno a base de pan, embutido y, cuando es posible, también los ricos *buñuelos*, debidos a la generosidad de los bienhechores y bienhechoras, conocidos o desconocidos.

Don Cagliero no recibe en privado a las jóvenes, pero cuando lo rodean en el patio se entretiene a gusto con ellas, contándoles cosas de Don Bosco y de la Virgen o tocando otros temas interesantes. También Don Bosco acude de vez en cuando a contemplar a aquella juventud allí reunida, que acoge siempre sus palabras como un precioso regalo espiritual. Lo mismo sucedió también con la Madre cuando apareció el domingo entre ellas, para saludarlas, animarlas y exhortarlas al bien.

Otras dos cartas de América

Don Bosco ha recibido dos cartas de Sor Vallese y de Sor Juana Borgna, y con mucho gusto se las deja por algunos días a la Madre, para que las lea a la comunidad, con el fin de animar el interés de todas por las obras del Instituto. Transcribiremos el texto:

Muy reverendo y amadísimo Padre Don Bosco:

Perdóneme si le distraigo con esta mía. Después de tanto tiempo sin verle, me siento como llevada por una mano invisible a tomar la pluma para darle alguna noticia mía y de esta nuestra casa de Villa Colón.

Sepa, en primer lugar, que todas gozamos de buena salud. Estamos también contentas y alegres, pero tenemos unas ansias muy grandes de ver a nuestro querido Padre en esta tierra extranjera. Es verdad que no somos merecedoras de una gracia tan grande, pero esperamos que su buen corazón no podrá resistir a las ardientes súplicas de sus hijos e hijas de América.

Para las prácticas de piedad aquí estamos muy bien atendidas. Tenemos cada mañana la misa en nuestra capilla; podemos confesarnos cada semana y recibir la santa comunión todos los días. Quiera el Señor que no nos hagamos indignas de una gracia tan grande.

Todos los meses hacemos el día de retiro prescrito por las Reglas, y entonces se unen también a nosotras las tres Hermanas de Las Piedras. Nuestro buen Director, Don Lasagna, nos da la conferencia y nos anima al bien.

Los días de fiesta nuestra capilla, por falta de iglesia en estos con-
tornos, está llena: todos quedan extasiados ante nuestro hermoso
cuadro de María Auxiliadora, y alaban a nuestra queridísima Madre.

Nuestras clases, hasta ahora, no están tan concurridas como las
de Las Piedras, pero esperamos que lo estarán con el tiempo. Además
de la instrucción de las niñas atendemos a otros trabajos y a la ropería
del colegio de Villa Colón, que está siempre lleno de jovencitos.

Aquí son rarísimas las vocaciones al estado religioso. No obstante,
tenemos ya una novicia y una postulante. Esta ya ha rebasado los vein-
ticinco años prescritos por el reglamento, por lo cual no hubiéramos
debido aceptarla, pero hemos creído conveniente hacer una excep-
ción en atención a sus virtudes y a la escasez de vocaciones. Tenemos
fundada esperanza de que será un día una verdadera Hija de María
Auxiliadora.

Además, mi buen Padre, yo no sé cómo arreglármelas. Imagí-
nese que tengo que dirigir dos casas, la de Villa Colón y la de Las Piedras,
cuando no soy capaz de gobernar una sola. Le ruego que se digne
rezar mucho por mí. Le pido también que haga el favor de mandar-
nos Hermanas sanas y santas y, entre ellas, una que lleve mi cruz,
para que, en vez de mandar, no tenga más que obedecer, porque me
parece que es más fácil ir al cielo por el camino de la obediencia que
no por el del gobierno. Pero hágase en todo la santa voluntad de Dios
y de mis Superiores.

Entretanto, amadísimo Padre nuestro, dígnese recibir las felicita-
ciones y augurios de las fiestas natalicias, así como de un buen fin y
principio de año. Pida también al Niño Jesús que venga a nacer en
nuestro corazón y a traernos el fuego de su divino amor, abrasando
todo lo que no le agrada. Nosotras rezamos y rezaremos también
mucho por usted.

Finalmente, en el Corazón divino de Jesús, me profeso de V. S.
Ilma. y Rvdma.

Humildísima hija
SOR ANGELA VALLESE ⁵⁰

Villa Colón, 20 de octubre de 1879

⁵⁰ Copia en el Arch. Gen. FMA. La carta fue reproducida por el *Bollettino Sale-
siano* de enero de 1880, año IV, n.º 1, págs. 7-9.

Reverendísimo y amadísimo Padre en Jesucristo:

Le ruego que me perdone, amadísimo Padre, por haber tardado tanto en darle noticias de nuestra casa de Las Piedras. Esto se debe, en parte, a mi negligencia y, en parte también, al mucho trabajo que llevamos entre manos. Ahora le escribo a ratos, más de noche que de día.

Empiezo diciéndole que me han nombrado Vicaria de esta casa, no ya por mis méritos, sino para que hiciese ejercitar la paciencia a las dos buenas Hermanas que viven conmigo. Nuestra óptima Directora, Sor Angela Vallese, siendo también Directora de la casa de Villa Colón, está allí la mayor parte del tiempo. Viene a hacernos una visita cada ocho días, y está con nosotras todo lo que puede, dándonos sugerencias y consejos. Si los pusiéramos en práctica bastaría, pero yo sigo siendo Sor Juana... Que el Señor me perdone y no permita que haga ninguna de las mías.

Cuando el Ilmo. monseñor Don Jacinto Vera, obispo de Montevideo, y Don Costamagna vinieron a predicar la misión en esta parroquia, hicimos también nosotras los Ejercicios Espirituales, pero no con tanta tranquilidad como los hacíamos en Mornese. Nos tocaba ir cada día a la parroquia a dar el catecismo a las niñas y, a otras horas, teníamos que preparar para la confesión y la comunión a las mayorcitas. Esperamos que el Señor habrá contado estas horas de caridad, y que nuestros Ejercicios no le habrán desagradado.

Don Costamagna, que predicaba en la parroquia y nos daba a nosotras alguna conferencia aparte, dejó también muy buen recuerdo en las alumnas de nuestra escuela, y les enseñó varios cantos compuestos por él mismo durante su largo viaje a la Patagonia. Se fue dejándonos a todas animadas. Efectivamente, ahora tenemos muchas ganas de hacernos santas, pero no basta comenzar bien, hay que perseverar. Confiamos mucho en la protección de María Auxiliadora, nuestra ternísima Madre, y en las oraciones de nuestro buen Padre Don Bosco.

El Señor bendice cada vez más nuestros pobres trabajos, y nos manda muchas niñas. Es este uno de los mayores consuelos que experimenta mi corazón y el de mis Hermanas. Le aseguro que las niñas forman nuestra delicia, aunque algunas nos hacen gustar bocados amargos.

A pesar de todo, nos quieren mucho en general, y, terminada la clase o el trabajo, en vez de irse a casa, se quedan todavía con nosotras. Temo incurrir en desobediencia, porque no las despido a la hora es-

tablecida. ¿Qué quiere que haga? Piden que les dejemos quedarse y yo no soy capaz de contradecirlas, ¡y así se pasan las horas!

Usted me preguntará: ¿En qué emplean el tiempo estas niñas, que tienen tan pocas ganas de irse a su casa? Le explicaré: A pesar de que aquí, en América, las jovencitas son poco amantes del trabajo, las nuestras trabajan todas, unas cosiendo, otras haciendo punto o ganchillo, otras en el telar y así sucesivamente. Mientras trabajan rezan también el santo Rosario, que dirigen, por turno, las mayorcitas. Después cantan los cánticos que les hemos enseñado en español y en italiano, tales como éste:

«Sei pura, sei pia
sei bella o Maria
ogni alma lo sa
che Madre più dolce
il mondo non ha!»*.

Ahora que se acerca el mes de María (en América se celebra en noviembre, porque estamos en primavera), les estamos enseñando a cantar las letanías, el *Ave maris stella*, etc. Otras veces les contamos algunos ejemplos o bien les exhortamos a ser buenas y obedientes a sus superiores: con frecuencia les recomendamos que se aparten de las malas compañías y que no escuchen a los impíos en cuestión de religión; en fin, les decimos todo lo bueno que sabemos. Tienen, además, muy buen corazón, y al escuchar los ejemplos que les contamos se quedan emocionadas y, a veces, hasta lloran de alegría.

A los santos Sacramentos se acercan todos los meses. En esta ocasión, nuestro Rvdo. Director Don Luis Lasagna, del Colegio de Villa Colón, viene a confesarlas y a darles una explicación adecuada. A esta devota función acuden no sólo las niñas de nuestra escuela, sino también las de las escuelas municipales, aunque tengan que superar no pocas dificultades. ¡Pobrecitas! Hay algunas que no pueden esperar al domingo y de tanto en tanto están aquí entre nosotras. ¡Que el Señor las bendiga y las haga todas suyas!

Estamos en un país muy bueno, pero a pesar de esto no nos faltan las tribulaciones. Una de ellas nos ha venido del Inspector provincial de las escuelas, el cual, en contra de la libertad que se goza en esta Re-

* «Oh Virgen, sois pura, — de amor y dulzura — sois rico panal; — cual Vos otra Madre — no ha habido jamás.»

pública, quería ingerirse en nuestras escuelas privadas y mandar en ellas como en las escuelas públicas. Sabido esto, nuestro Director acudió en persona al Presidente de la República, el cual, después de escucharle, le preguntó:

—La casa donde se imparte la enseñanza, ¿de quién es?

—Es mía, señor Presidente.

—Pues bien, vaya tranquilo, nadie tiene derecho a entrometerse allí.

De modo que el Inspector tuvo que desistir de sus pretensiones. Pero como nosotras no queremos más que hacer el bien a la juventud, esperamos que el Señor tomará nuestra defensa, y estamos tranquilas en este sentido.

Todos los domingos vamos a la parroquia a dar el catecismo a las niñas y es muy consolador para nosotras poderle decir que vienen también mujeres de edad avanzada a escucharnos.

Además de estas ocupaciones, tenemos también la cocina de nuestros hermanos que trabajan en la parroquia, lavar y arreglar la ropa de la iglesia.

Para todos estos trabajos estamos sólo tres Hermanas y le aseguro que, con la mejor buena voluntad, a veces no llegamos a todo. Hemos pedido una Hermana que nos ayude, pero los Superiores no saben de dónde sacarla, porque en Villa Colón hay poco personal y en Buenos Aires las Hermanas van a abrir otra casa en la misma parroquia llamada La Boca. Mándenlos usted, Rvdmo. Padre, alguna Hermana de Turín o de Nizza, y le estaremos muy agradecidas. ¡Si muchas jóvenes que están en el mundo supieran el gran bien que podrían hacer en estos países a tantas pobres niñas, estoy segura de que harían todo lo posible por consagrarse al Señor y volar en nuestra ayuda! Que el buen Dios les inspire y les conceda esta vocación.

Entretanto, en la inseguridad de poderle escribir antes de Navidad, aprovecho esta ocasión para desearle unas buenas fiestas y un buen fin y principio de año en nombre también de mis buenas Hermanas, que son Sor Virginia Cantú y Sor Laura Rodríguez, nuestra primera Hermana americana.

Que el Señor le conceda muchos años de vida feliz en medio de sus hijos. Y a nosotras la gracia de ver a V. S. en estas tierras. Le esperamos para el próximo año 1880 junto con la Madre General, según prometió a las Hermanas que vinieron últimamente. Tenga la bondad de dar nuestros saludos a nuestras Hermanas turinesas y decirles que rezamos siempre por ellas y que nos correspondan también ellas con sus fervorosas oraciones.

Termino ya, para no abusar más de su paternal bondad; las tres le pedimos que nos alcance la gracia de hacernos santas. Perdona la mala escritura y créame en los Sagrados Corazones de Jesús y de María

su pobre hija
SOR JUANA BORGNA ⁵¹

Las Piedras, 15 de octubre de 1879

Corazón de Madre para las Hermanas lejanas

De las respuestas y de las palabras de aliento de la Madre a las Hermanas lejanas no se tienen más que dos escritos, sin fecha, que pertenecen indudablemente a estos días. El uno está dirigido a Buenos Aires, donde, como ya escribió Don Costamagna, se preparan para ir a La Boca, si es que no están ya; el otro va dirigido al Uruguay.

Del primero falta, desgraciadamente, la primera parte.

A las Hermanas de América:

...

Ánimo, mis queridas hijas, esta vida pasa pronto y en punto de muerte estaremos contentas de las mortificaciones que hayamos hecho. No os desaniméis si os veis llenas de defectos; pongamos de nuestra parte la buena voluntad, pero una buena voluntad verdadera y decidida, y Jesús hará lo demás. Tened todas gran confianza con el confesor y con vuestra Superiora.

Dad buen ejemplo a las postulantes y a las niñas que el Señor os manda. Trabajad sólo por Dios, si queréis obtener buen resultado y alcanzar el premio. ¿Estáis aún todas juntas? Cuando os separéis, estad atentas a que no se separe el espíritu, estad siempre unidas con el corazón. Lo que se hace en una casa, que se haga también en la otra, si queréis conservar el espíritu de nuestra Congregación. Sobre todo os recomiendo que recéis mucho y de corazón; rezad por mí, por los Superiores y por todas vuestras Hermanas. Pido que ofrezcan a menudo la comunión por vosotras y 'o hacen con mucho gusto. Y vosotras, ¿lo hacéis también por nosotras? ¡Cuántas cosas os diría, pero se me acaba el papel! Id al Corazón de Jesús y allí sentiréis todo lo que quiero deciros.

⁵¹ También esta carta fue publicada en el *Bollettino Salesiano* de enero de 1880, tomo IV, n.º 1, págs. 7-8.

¿Deseáis mi retrato, verdad? Os lo mandaría con mucho gusto, pero no tengo ninguno. Ferrero me dijo que no los había hecho nunca, porque ningún superior le había mandado hacerlo. Si me hace alguno os lo mandaré con las primeras Hermanas que vayan ahí.

Que el Señor os bendiga, mis queridas hijas, y os haga a todas santas como yo desco. Rezad por mí.

¡Viva Jesús y María!

¿A mi buena Sor Victoria (Cantù) no le voy a decir nada? Sí, quiero recomendarle la alegría, la obediencia, trabajar sin *gena**, y una gran confianza con la Directora y con el confesor. Y jamás la tristeza, que es la madre de la tibieza. Animo en todo y procura que las Hermanas estén siempre alegres. Ten mucho cuidado de la salud y trabaja siempre para agradar a Jesús. Con este pensamiento en la mente todo será fácil y ligero, ¿no te parece, mi buena Sor Victoria? Me encomiendo a tus oraciones, reza también por todas, ¿de acuerdo?

Que Jesús te haga toda suya, junto con tu

Afma. en Jesús, la Madre
Sor MARÍA MAZZARELLO ⁵²

De paseo a la «Madonnina»

Los últimos días templados del «veranillo de San Martín» permiten una salida recreativa y... útil. Falta dinero y provisiones en casa; queriendo ahorrar un sufrimiento a las Hermanas y hacer, en lo posible, menos sensible la penuria del momento, la Madre se pone confidencialmente de acuerdo con algunas para buscar una solución. Toman una porción de castañas, la suficiente para disimular la penosa situación, y van todas, Hermanas y niñas, a un santuario, ni muy cerca ni muy lejos de casa —probablemente el de la Virgen de las Nieves—, en la cima de una risueña colina, en medio de viñedos y bosquecillos.

Llegadas a la cumbre, la Madre las manda a todas a buscar leña, con el pretexto de no sufrir el cambio de temperatura, más fría que abajo y bastante fuerte; y ella, recurriendo a la bondad de los co-

* Sin *gena*, es decir, sin turbación, sin miedo.

⁵² Original en el Arch. Gen. FMA.

lonos de allí cerca, se pone a encender el fuego para cocer las castañas.

A su debido tiempo ella misma hace con alegría la distribución, invita a beber del agua fresca y cristalina del arroyo cercano y, después de alguna fervorosa avemaría en el pequeño santuario y el canto de alguna letrilla a la Virgen, todas vuelven a casa, cansadas, pero contentas y más dispuestas a ir a dormir que a cenar. ¡Era lo que se pretendía!

«Queridas hijas, rezad a la Providencia»

No obstante, para acrecentar el número de los que saben sostenerse en la prueba y en la fe, antes de ir a descansar, la Madre se rodea de la comunidad y dice: «Queridas hijas, pedid a la Providencia que venga en nuestra ayuda, porque no sé cómo podremos proveer mañana a nuestra pobre comida».

Todas se ponen a consolarla, asegurándole que por un día de ayuno no pasaría nada y que, están todas contentas de hacer un poco de penitencia.

Al día siguiente, al entrar en el refectorio, no encuentran más que un poco de sopa; y la buena Madre dice a sus hijas: «Hoy, queridas hijas, debemos estar contentas de sentir que realmente somos pobres; y procuraremos no hacer notar que hemos tenido ocasión de mortificarnos».

Pobre y querida Madre, buen trabajo tiene para sacar adelante a la cada vez más numerosa familia; sin embargo, pone todo su empeño en no hacer sufrir, especialmente a las menos avezadas en la vida de sacrificio, franciscana por la pobreza y salesiana por la serena alegría.

«¿Y luego dices que quieres ir a América?»

La novicia Sor Ernesta Farina, debido a un incidente, rompe la lámpara más bonita de la casa. Consternada se pone a llorar, temiendo una severa reprimenda. La Madre, en cambio, le dice: «¡Qué valiente!, ¿llorar por esto? ¡¿Y luego dices que quieres ir a América?! ¡Anda allá...!». El consuelo materno enjuga en seguida las lágrimas.

Una novena como un jubileo

El 29 comienza la novena de preparación a la fiesta de la Inmaculada. Este año se celebra el primer jubileo de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, y es la primera novena que hace la comunidad de Nizza ante la imagen de la Inmaculada de Lourdes. Por primera vez se prepara la recepción de Hijas de María, entre las educandas mejores, y será la primera solemnidad mariana celebrada por Don Lemoyne en la nueva casa-madre y en la iglesia del ex-convento *Madonna delle Grazie*.

Todo concurre a intensificar el fervor de las Hermanas y de las educandas.

En la plática de ocasión, el Director hace una introducción evocando la solemnísima ceremonia celebrada en la basílica de San Pedro, en Roma, el 8 de diciembre de 1854 con motivo de la proclamación del nuevo dogma mariano ⁵³.

Después describe a grandes rasgos el culto a la Inmaculada, sobre todo en estos últimos veinticinco años, en Lourdes y en todo el orbe católico: hace un rápido comentario del himno *Tota pulchra* y sugiere finalmente las aplicaciones del más intenso amor filial a la Inmaculada Madre de Jesús y Madre nuestra.

El Director consigue de este modo un doble fin: el de disponer a la comunidad a una fiesta jubilar y el de enfervorizar a las educandas elegidas para ser las primeras *Hijas de la Inmaculada* de la casa de Nizza.

La Madre, a las Hermanas de Borgo San Martino

Al abrirse el mes de diciembre, la Madre escribe a las Hermanas de Borgo San Martino.

¡Viva María Inmaculada!

Nos acercamos a la hermosa fiesta de nuestra Madre, María Inmaculada. Sé que deseáis una carta mía y estoy pronta a obedeceros, animándoos a hacer bien la novena, con todo el fervor posible y con la observancia de la santa Regla.

Tenemos que empeñarnos todas, especialmente en estos hermosos días, en la práctica sincera de la verdadera humildad, en aplastar

⁵³ Anexo n.º 6. Véase *Bollettino Salesiano*, diciembre de 1879, año III, n.º 12, páginas 1-2; cfr. también *La Madonna di Pio IX*, en *Galantuomo* 1879, págs. 35-36.

nuestro amor propio y en soportarnos mutuamente y con caridad los defectos. Debemos hacer con fervor nuestras prácticas de piedad, especialmente la santa comunión, procurando observar con exactitud nuestra santa Regla y practicando mejor nuestros santos votos de pobreza, castidad y obediencia. Si lo hacemos así, la Virgen estará contenta de nosotras y nos obtendrá del Señor todas las gracias que necesitamos para hacernos santas.

En estos días acordémonos de renovar los buenos propósitos hechos en los santos Ejercicios y recemos mucho por nuestros queridos Superiores y por las necesidades de nuestra amada Congregación, sin olvidar a nuestras Hermanas difuntas.

Animo, pues, trabajad con entusiasmo por Jesús y estad seguras de que todo cuanto hagáis y sufráis será recompensado en el cielo.

Estad siempre alegres en el Señor. Vuestra

Afma. Madre

Sor MARÍA MAZZARELLO ⁵⁴

Frío intenso y casos de viruela

En aquellos mismos días Sor Elisa Roncallo comunica a su madre: «En Nizza, con el frío intenso, serpentea también la viruela; nos hemos hecho vacunar todas. ¡Si el frío cura, yo me pondré sana como un pez!».

¡Frío y temor de la viruela! ¿Qué le dirá la Madre a la Virgen y qué hará para sostener el valor de sus hijas...? Sólo lo que hace es conocido por todas. Continúa encontrándose, quizá con mayor frecuencia de lo habitual, donde el trabajo es más pesado y fatigoso, lavando también ella, a ciertas horas a cielo raso, aterida de frío ante el barreño de ropa; también ella procura encontrar la forma de cubrir, en la cama y fuera de ella, a las que carecen casi de lo necesario; y es siempre la primera en decir y repetir, en tono de amoroso aliento:

«¡Adelante, hijas! el buen Dios embellecerá vuestra alma y premiará todos vuestros sacrificios...».

A todo esto se añaden los preparativos para las nuevas vesticiones y profesiones. La Madre Ecónoma piensa en ello; la Madre trabaja, reza y sonríe.

⁵⁴ Original en el Arch. Gen. FMA.

Llegada de Don Cagliero

El día 5 de diciembre llega el Director General para realizar las funciones del día de la Inmaculada, dedicándose antes a confesar, escuchar y alegrar a Hermanas y niñas.

La Madre se muestra satisfecha, con una alegría nueva en su semblante. Sin duda recuerda las gracias que siguieron al día dichoso en que también ella recibió la sagrada medalla de la Inmaculada y después el hábito de Hija de María Auxiliadora, con la profesión religiosa; sin duda implora para estas *hijitas* suyas y para las Hermanas las mismas gracias del cielo.

Fiesta jubilar de la Inmaculada

El día 8 se canta la «Misa de San Luis»; se cantan también las Vísperas y el *Tantum ergo*. Las primeras adscritas a la Pía Unión de las Hijas de María son veintidós y las novicias quince. Las nuevas profesas son ocho y cuatro las que hacen la profesión perpetua.

Entre las nuevas profesas se encuentra Emma Ferrero, completamente transformada.

Entre las admitidas a recibir el hábito religioso está la condesita Amalia de Meana, que durante el postulante edificó por sus encantadores actos de humildad. Nacida en Turín, es nicesa de elección por su finca a media hora de distancia de la *Madonna*; junto con la educación recibida en la familia, lleva consigo la lozanía de la sencillez y robustez física adquiridas en el ambiente agrícola y por el aire libre del campo donde ha transcurrido la mayor parte de su juventud.

Con la Madre se entendió en seguida: las dos de espíritu fuerte, almas gemelas en el esfuerzo de caminar hacia Dios. La Madre no le ha ahorrado observaciones en privado ni correcciones en público, incluso por deficiencias insignificantes en el orden de la casa, tan comprensibles en ella. La joven, acostumbrada a sobresalir y a mandar, no retrocede ante la prueba, sino que se confía aún más a quien la plasma según el divino designio.

El Director General da los *recuerdos*; y la velada de la tarde quiere ser una digna conclusión de la fiesta de la Inmaculada, cuyo fervor perdura también los días siguientes gracias a la presencia y a las palabras de Don Cagliero.

Anita Bedarida viene a llorar su desventura

Apenas pasada la fiesta de la Inmaculada, la pobre Anita Bedarida, de regreso de su viaje de... placer, viene a confesar su debilidad y a llorar su desventura. ¡Qué intrincada es ahora su red, y cuánto sufre también la Madre!

Noticias y florecillas para Navidad

Para la próxima novena de Navidad, Don Bosco, por medio de Don Cagliero, manda a Nizza una copia de las *floreccillas* dictadas por él para los sacerdotes y los alumnos de sus casas; y el buen Director General, en nombre propio, añade a las mismas un extracto de la última carta de Don Costamagna a Don Bosco:

«Antes de ayer, nuestras Hermanas se dirigieron animosas a la nueva casa de La Boca. No han encontrado por ahora ninguna oposición, porque, por Providencia divina, las cuatro o cinco sociedades masónicas allá existentes están en discordia entre ellas, y como *omne regnum in seipsum divisum desolabitur*, se encuentran como leones sin garras y no tienen fuerza, por ahora, para atacarnos. ¡*Deo gratias!*»⁵⁵»

¡*Deo gratias*, realmente! —dice con transporte de alegría la Madre, y besa aquellos escritos de verdaderos santos y apóstoles, leyendo lentamente:

NOVENA DE NAVIDAD

(*Floreccillas*) para los Religiosos y alumnos de las Casas Salesianas
dictadas por Don Bosco: 13 de diciembre de 1879

La fiesta de Navidad debe suscitar en nosotros los siguientes efectos y resoluciones:

1. Amor al Niño Jesús, mediante la observancia de su santa ley.
2. Soportar los defectos ajenos por amor al Niño Jesús.
3. Confianza en la infinita misericordia de Dios y firme propósito de huir del pecado.
4. Reparar el escándalo con el buen ejemplo, en obsequio al Niño Jesús.
5. Por amor al Niño Jesús huir de la inmodestia hasta en las cosas más pequeñas.

⁵⁵ Carta de Don Costamagna del 6 de noviembre de 1879 (orig. en Arch. Centr. Sales.). La publicaba el *Bollettino Salesiano* de enero de 1880, año IV, n.º 1, págs. 9-11.

6. En obsequio al Niño Jesús examinarnos si en las confesiones pasadas hubo dolor con sus cualidades.

7. Si hemos mantenido los propósitos hechos en las confesiones pasadas.

8. Revisión de las confesiones de la vida pasada, como hará Jesucristo en el tribunal divino.

9. Resolución de amar a Jesús y a María hasta la muerte.

10. *Fiesta de Navidad*. Comunión y frecuencia de la misma en lo porvenir.

Con el deseo de las bendiciones del cielo por parte de vuestro amigo

JUAN BOSCO, Pbro.⁵⁶

Filiales felicitaciones

En preparación a las fiestas navideñas, la comunidad de Nizza envía sus felicitaciones a Don Bosco:

¡Viva el Niño Jesús!

Reverendo y amadísimo Padre:

Nada más grato para nosotras que el poder manifestarle la gran veneración y amor que le profesamos, ni ocasión más propicia que la santa Navidad para darle testimonio de ello.

Reverendísimo Padre, permita que sus humildes hijas le ofrezcamos, con los mejores deseos de felicidad, los sentimientos de nuestro corazón. Quisiéramos sabérselos demostrar más con hechos que con palabras, pero hemos de confesar que somos incapaces.

No obstante, nos consuela saber que usted, nuestro buen Padre, nos conoce y sabrá compadecernos.

Los deseos de prosperidad que le presentamos en las próximas fiestas de Navidad son un débil signo de nuestra gratitud hacia usted. Nuestro mayor deseo es el de proporcionar consuelos a su paternal corazón en compensación de tantas tribulaciones como ha de soportar del mundo maligno, *especialmente en este año*; por esto, amado Padre, procuraremos, con nuestra buena conducta y con la ayuda de Dios, ser como usted desea, es decir, hacernos santas y, de este modo,

⁵⁶ Cfr. MB XIV 382-383.

ser las delicias de Jesús y al mismo tiempo el consuelo de quien tanto se sacrifica por nuestro bien. Es verdad que con nuestras solas fuerzas no somos nada, pero el Divino Infante nos ayudará. Elevaremos nuestras súplicas para que vea coronadas todas sus caritativas y santas empresas y pueda ver esparcido por todo el mundo el buen olor de Cristo.

Esperamos que el Niño Jesús no tendrá en cuenta nuestros deméritos y nos escuchará.

Acepte, reverendísimo Padre, nuestra pobre pero sincera felicitación, mientras, implorando su comprensión benigna y postradas a sus plantas, besamos reverentes su mano con la que rogamos bendiga a las que nos sentimos dichosas de podernos profesar sus

humildísimas hijas en Jesucristo
Las HERMANAS PROFESAS ⁵⁷

Nizza, 22 de diciembre de 1879

La carta está apostillada por Don Lemoyne:

Queridísimo Padre:

Mil gracias porque Don Bosco se acuerda siempre de nosotros; por consiguiente, hemos puesto en práctica las florecillas que nos mandó, para que celebráramos santamente la novena de Navidad. He leído también en público la circular sobre las oraciones que han de elevarse al Señor, con el fin de que tenga un buen principio la Misión de la Patagonia. Esté seguro que desde Nizza Monferrato se elevará al cielo el humo de un incienso muy agradable a la Virgen Santísima.

La Asociación de María Inmaculada quedó solemnemente instituida entre las educandas y esta será también una fuente de fervorosas oraciones.

Con esta ocasión le presento mis felicitaciones, que brotan de un corazón que espero no será el último en el amor a Don Bosco y con la ayuda de Dios espera no darle ningún disgusto, sino hacer agradable, todo lo que sus débiles fuerzas le permitan, los días del más amante y amado de los padres.

Créame en Jesucristo

su Afmo. hijo
JUAN BAUTISTA LEMOYNE, Pbro.

⁵⁷ Original en el Arch. Centr. Sales.

A la señora Pastore

No queda olvidada la señora Pastore, siempre benévola y bienhechora; la Madre le escribe también a ella:

¡Viva el Niño Jesús!

Amadísima señora:

¡Qué hermosos son estos días! Llenan nuestro corazón de una insólita alegría porque el Niño Jesús viene a nosotros con las manos llenas de gracias; El es todo amor y todo bondad para animarnos a acercarnos a El.

¡Cuántas gracias le pediré para usted, mi querida señora! Para usted, que tanto se preocupa por el bien de nuestra humilde Congregación. Rezaré y haré rezar a Jesús, que prometió no dejar sin recompensa un vaso de agua dado por su amor, para que le dé también en esta vida el céntuplo de su caridad, bendiga todas sus obras, la aparte de todo mal y la conserve aún muchos años en perfecta salud.

Rece usted también por mi alma; recemos mutuamente a los pies de Jesús para que nos mantenga siempre unidas en su Corazón aquí en la tierra y se digne reunirnos en el cielo por toda la eternidad.

Todas las Hermanas, especialmente las que usted conoce, me encargan que la felicite con todo cariño a usted y a todas las señoras que vinieron a hacer los Ejercicios el verano pasado.

Yo le deseo las más selectas bendiciones y en el Corazón de Jesús seré siempre

Afma. Hermana
Sor MARÍA MAZZARELLO ⁵⁸

Delicadeza de corazón materno

Un hermoso cesto de fruta ha llegado de la Liguria para la postulante Luisa Desirello. «Es el Niño Jesús quien nos la manda! —exclama la Madre—; El sabe muy bien cómo lo pasamos aquí. ¡Ven, Luisa, mira qué rico perfume sale de este cesto! ¡Abrelo tú, tómalas con libertad...!, ¡sírvele bien de dulces y de fruta para ti y para tus compañeras! Sí, haced fiesta al Niño Jesús, y estadme alegres...»

La postulante, emocionada, corre a donde están sus compañeras y les cuenta la impresión que aún perdura en ella a su entrada en la

⁵⁸ Original en el Arch. Gen. FMA.

casa de Nizza, cuando la Madre salió personalmente a recibirla al locutorio, teniendo después con ella atenciones sin cuento; y recuerda su cuidado para ponerle el chal y repararla del enorme frío, jamás sentido con tanta intensidad en Liguria; y, en fin, su insistencia para que fuera también a la cocina a tomar algo caliente, antes de meterse en la cama, para poder dormir de noche y no sufrir en su salud.

Es una la que cuenta todo esto, pero las que la escuchan pueden decir otro tanto de sí mismas.

La Natividad de Jesús, alegría de los corazones

La medianoche de Navidad tiene su misa cantada, la primera comunión de cuatro educandas y el homenaje de toda la comunidad presente y partícipe del banquete eucarístico.

El Director celebra otras dos misas el 25 por la mañana.

La tarde está reservada para la velada de ocasión, honrada con la asistencia de las personas más beneméritas de la ciudad y por algún pariente próximo de Hermanas y alumnas.

No le basta al Niño Jesús con hacerse recordar y conmemorar en esta Navidad suya. Quiere ser también festejado con la noticia de que el día 15, anticipándose a lo previsto, ocho misioneros y cuatro Hermanas han salido de sus residencias del Uruguay y de la Argentina para la Patagonia. Son incontables los *vivas* de gozoso entusiasmo ⁵⁹.

A las Hermanas de Bordighera

El día de San Juan Evangelista la Madre piensa en Bordighera y responde a sus queridas hijas:

¡Viva el Niño Jesús!

Mis buenas y queridas Hermanas: Sor Adela David, Sor María Cassulo, Sor Carlota Negri (profesas) y Sor Josefina Armelonghi (novicia):

He recibido vuestra carta y os doy las gracias por las felicitaciones y oraciones que habéis hecho por mí. Que Jesús os las recambie con

⁵⁹ *Bollettino Salesiano*, enero de 1880, año VI n.º 1, pág. 4.

tantos dardos de amor; yo, a cambio, he pedido a este tierno Niño Jesús por vosotras. ¿Estáis contentas? Os he nombrado una por una: Sor David, Sor Carlota, Sor Josefina y Sor Marieta; le he pedido que os dé su santidad, su humildad, el desprendimiento de vosotras mismas, el amor al sufrimiento y esa obediencia pronta, ciega y sumisa que El tenía a su eterno Padre, a San José y a María, que practicó hasta la muerte de cruz. Le he dicho que os dé caridad y un desprendimiento total de todo lo que no es Dios, la paciencia y una perfecta resignación a la voluntad de Dios.

Mis queridas Hermanas, ¡cuántos ejemplos de hermosas virtudes podemos aprender delante de Jesús en el pesebre! Meditadlo y veréis cuán grande será el fruto si reflexionáis con humildad.

Os deseo un año nuevo lleno de todas las gracias y bendiciones del cielo. Mis queridas Hermanas, comenzad bien el año, pensad que para alguna puede ser el último que comenzamos y ¡quién sabe si llegaremos al fin! Debemos estar siempre preparadas, con las cuentas en regla, así la muerte no nos dará miedo.

Animo, a hacer la guerra al amor propio; derrotemos a este horrible enemigo, que es el que nos hace perder el fruto de las buenas obras.

Ayudaos unas a otras; estad siempre alegres, sanas de alma y cuerpo. Rezad con fervor también por mí y por nuestras Hermanas; no os olvidéis de las que pasaron a la eternidad y también de las que están en América.

Sor Carlota, te agradezco el escrito que me mandaste; estoy contenta de que estés alegre y serena; que Dios te bendiga, y tú continúa siendo buena y dando buen ejemplo a las Hermanas.

Tu hermana está contenta, está bien y te manda saludos. Reza por ella y por mí; ánimo, pronto iré a verte. ¿Y tú, Sor Josefina, sigues tan vivaracha? Me agrada mucho saber que estás siempre alegre; continúa siendo siempre obediente y humilde, si quieres hacer pronto la profesión; te doy el encargo de procurar que esté siempre alegre Sor Marieta. Reza por mí y por todas.

Sor Marieta, ¿estarás de mal humor porque te he dejado la última, verdad? Pero está alegre, porque sabes que te quiero y no te olvido nunca; y tú, ¿rezas por mí?, ¿obedeces a tu Directora? Así lo espero. Tu hermana Angelina está bien.

Me ha escrito Sor Magdalena Martini y me dice que la mandan a la Patagonia. Reza por ella y por todas. Que Dios te haga toda suya.

Animo a todas, y especialmente a ti, Sor Adela; ten cuidado de la salud. Saluda a vuestro Director de mi parte y encomiéndame a

sus fervorosas oraciones. Muchas cosas a las niñas y a la señora Leticia; que se anime, que rezo y haré rezar por ella.

Aquí estamos todas bien, excepto Sor Angelina Delodi y Sor María Stardero, que tienen la viruela. Rezad por ellas y por mí, que lo necesito mucho.

Renuevo mi agradecimiento y creedme a los pies del Niño Jesús vuestra

Afma. Madre
la pobre Sor MARÍA MAZZARELLO ⁶⁰

Nizza, 27 de diciembre de 1879

Ultimo día del año

Con la función del 31 de diciembre se cierra un año rico de trabajo, de sacrificios, de gracias y de consuelos, en su mayor parte conocidos sólo de Dios; y el canto solemne del *Te Deum*, después de las fervientes palabras del Director, dispone mejor a recibir la bendición del Santísimo, como promesa de año nuevo, totalmente gastado por Dios y por las almas.

Después de la cena se reúne la familia para las felicitaciones al Director y a la Madre: Hermanas y niñas se alternan para leer composiciones y poesías de ocasión; todas sienten que están en la casa de la Virgen pregustando las alegrías del cielo; y todas bendicen a Don Bosco que las ha acogido con su paternal corazón para formar parte de su misma familia, para compartir su programa: *da mihi animas cetera tolle*.

⁶⁰ De esta carta no se posee (en el Arch. Gen. FMA) más que una copia. El original, llegado no se sabe cómo a la Argentina, no se ha podido encontrar.

El año se abre rico de promesas, porque la casa cuenta con cuarenta y tres postulantes, todas animadas de muy buen espíritu.

El primer día de Año por la mañana se invocan las bendiciones de Dios con la misa cantada; por la tarde el Director hace una plática muy fervorosa, seguida de la renovación de las promesas bautismales y de la bendición con el Santísimo.

Sor Ferrettino, en Biella

El 3 de enero —primer sábado del año— Biella se alegra con la visita de la Ecónoma Sor Ferrettino y de algunas Hermanas, que van a sustituir a las otras que trabajaban ya en aquella casa con laudable abnegación y con el afecto y el pensamiento dirigidos siempre a la querida comunidad de Nizza Monferrato.

La Madre hace suyas las recomendaciones de Don Bosco

Entretanto el venerado Fundador se prepara para ir a Francia: y puesto que, por la bondad de los Superiores, ciertos deseos y necesidades suyas no son un secreto para la Madre, esta los hace propios y los recomienda vivamente a las oraciones de sus hijas.

«Nuestro Padre Don Bosco quiere que las *Lecturas católicas* entren en todas las familias cristianas; hagámonos también nosotras sus apóstoles, según las ocasiones que nos ofrezca el Señor.

Don Bosco dice a sus Cooperadores que necesita hermanos coadjutores para el gran trabajo apostólico, no tan indicado para los sa-

cerdotes; recemos, y si podemos decir alguna palabra para obtenerlos, no nos reservemos.

Don Bosco sugiere a sus bienhechores que se unan a las oraciones que se hacen en sus casas, para obtenerle muchas gracias y mucha ayuda de la Providencia. Con este fin aconseja rezar un *Pater, Ave y Gloria*, con las jaculatorias: *Cor Iesu sacratissimum, miserere nobis; Maria Auxilium Christianorum, ora pro nobis*; y hacer alguna comunión y alguna obra de caridad.

No nos quedemos atrás, no hagamos menos que los seglares por nuestro buen Padre; que cada una encuentre la manera y el medio de satisfacer este deseo de Don Bosco, que para nosotras es un deseo de Dios y de la Virgen.»

Las hijas no se lo hacen repetir; y mientras se reaviva su veneración y agradecimiento hacia Don Bosco, aumenta el fervor de la piedad y la generosidad en el sacrificio.

Nuevas preocupaciones

Las Hermanas no lo saben, pero la Madre está al corriente de algunas graves preocupaciones de Don Bosco por ciertas preguntas de Roma acerca de las relaciones entre las dos familias salesianas. La situación es todavía difícil: sólo la intervención divina puede ayudar a superar todo obstáculo¹.

Don Bosco, a Niza pasando por la Liguria

Entre el 12 y el 14 de este mes Don Bosco deja Turín para dirigirse a La Liguria; se detiene unas pocas horas en Alassio y llega a Niza. Las Hermanas del litoral podrán apenas besarle la mano a su rápido paso, pero el saber que está allí, ¡de cuántos sacrificios las puede recompensar!

La Madre, a Quargnento

Casi al mismo tiempo la Madre va a Quargnento, donde se detiene casi dos días sin tener en gran cuenta el frío, que el día anterior

¹ Anexo n.º 7 a) y b). Véase nota 37 en pág. 71.

había hecho escribir a Sor Elisa Roncallo: «Querida mamá, ¡este año el frío es terrible! Suerte que tenemos las estufas que calientan un poco las salas donde se trabaja y se da clase!».

La Madre, junto a la postulante atacada de viruela

La Madre vuelve a Nizza a tiempo, diríamos, para impedir a la muerte que se lleve a la postulante Teresa Facelli; pocos días antes, la joven había sido disuadida maternalmente de cometer el error de volver a su casa, al cabo de dos semanas únicamente de su entrada en Nizza.

Atacada de viruela, se había agravado en seguida de tal forma, que se le debieron administrar los últimos sacramentos. Al llegar la Madre, la enfermera, que está junto a la moribunda, suspira profundamente y le dice: «¡Ay, Madre, esta mañana estaba aquí sola cuando estaba a punto de morir!». La Madre, con gran seguridad, responde: «¡No, esta hija no morirá, estáte tranquila!». Después se pone a su lado como sólo ella sabe hacerlo; manda escribir a Don Bosco para que le dé una bendición especial, y la postulante se recupera, mejora y está fuera de peligro. La fe de la Madre en María Auxiliadora y en Don Bosco canta victoria.

Y el internado *Madonna delle Grazie* ha arrancado a la viruela una víctima que hubiera sido la primera de una serie...

Sor Agustina Calcagno, a la eternidad

Pero... la señora muerte, burlada por una parte, se venga por la otra, llevándose de Mornese a la buena Sor Agustina Calcagno, que se va serenamente como había vivido en los cuatro años de vida religiosa. Deja la tierra el 28 de enero —miércoles—; sus ejemplos de mortificación, de obediencia, de pobreza, de suave martirio entre los dolores de estos últimos meses, son y serán su preciosa herencia para las Hermanas que la lloran y la invocan con confianza.

La Madre conoció a esta hija suya todavía niña, la siguió en su pura juventud, la acogió entre sus hijas en la flor de sus veinte años y ya se ha ido. ¡Cuánto lo siente!

Pero consigue todavía animar a las demás; y si su salud, cada vez más delicada, sufre quebranto, ella no se preocupa. Es siempre la primera en la iglesia, la primera en el trabajo, en el recreo.

La Madre, al lavadero

En Nizza la colada se hace en casa, pero no hay un lavadero cubierto ni tampoco al descubierto. Los frailes no lo necesitaban y la casa no está aún en condiciones de hacer gastos de este género, de modo que se toman grandes barreños y se lava en el patio junto a la bomba. La Madre precede a todas, lava más que todas, aunque el frío intenso le hiele el agua en las manos y, cuando es la hora del desayuno, si se la invita a entrar en casa aduciendo alguna razón, responde enseguida: «Espera un momento que me gane el desayuno; después iré». Toma su plato, como todas las presentes, recibe su porción de castañas cocidas y se las toma allí mismo de pie, observando bien si las más jóvenes y las más robustas tienen suficiente pan y si las más delicadas de salud van al refectorio para tomar algo más apropiado para su estómago.

Durante el fatigoso trabajo todas guardan silencio, interrumpido sólo por alguna jaculatoria que sale más del corazón que de los labios. Lo mismo que en el taller, durante el lavado, este silencio es sólo interrumpido la media hora reglamentaria después de las diez de la mañana. Si en este tiempo alguna inadvertidamente pierde el ritmo del trabajo, la Madre interviene prontamente: «Hermanas, hablar, sí, con la boca, pero no con las manos! Esta media hora es más para descanso del espíritu que del cuerpo! Hoy para nosotras es día de vendimia! El paraíso es hermoso, ¿jugamos a quién sabe hacerse más méritos?».

Algúnas van a lavar sólo durante una hora o dos, teniendo que ocuparse después en otras cosas. Si la Madre está presente, al primer toque de reloj o de la campana en seguida lo hace notar: «¡Iros, iros; ¡que estoy yo aquí para hacer vuestra parte!». Naturalmente, con tales ejemplos, el trabajo, con ella, se hace deseado y meritorio ².

Cosas hermosas en Lu

Las queridas Hermanas de Lu hacen cantar al corazón con las hermosas noticias del 2 de febrero, día de la Purificación de la Santísima Virgen y de la Presentación de Jesús en el templo. Ha sido bendecida su capillita, consagrada a la Sagrada Familia, y han tenido en ella la misa, celebrada en honor de San Francisco de Sales. En su casa se ha tenido la conferencia anual a los Cooperadores Salesianos, con

² De algunas relaciones de Sor Felicina Ravazza, Sor Luisa Boccalatte, Sor María Genta, Sor Delfina Guido y otras contemporáneas.

una asistencia jamás soñada de sacerdotes y personas del pueblo y de los contornos³; y numerosas comuniones, canto de Vísperas, bendición con el Santísimo..., y muchas alabanzas a Don Bosco, a sus obras, a las Hermanas: éstas no caben en sí de gozo. ¡Imposible no hacer partícipes de ello a las Hermanas de Nizza! Y en Nizza se goza con ellas, en fraterna comunión, con acentos de viva gratitud a María Auxiliadora y a Don Bosco.

Solemne erección del «via crucis»

El 17 de febrero trae a la *Madonna delle Grazie* otro acontecimiento. A pesar de la gran devoción que todas profesan a la Pasión del Señor, se han tenido que resignar hasta hoy a renunciar al ejercicio del *via crucis*, con la inevitable nostalgia por el inolvidable Mornese. Pero el Director Don Lemoyne no se ha adaptado a aquella pobreza y se ha ingeniado, especialmente entre los miembros del Comité Católico de la ciudad, para poder cubrir el gasto necesario; ¡y he aquí los hermosos cuadros, vivos y parlantes!

El obispo diocesano monseñor Sciandra concede la facultad de hacer la erección canónica; el misionero apostólico Don Ricci es el delegado para realizar la función ritual y muchos niceses participan en ella. ¡Cuántos recuerdos queridos reviven al enlazar este presente con el pasado del ex-convento *Madonna delle Grazie* ⁴!

La sagrada función tiene lugar por la tarde, a las 14,30, en presencia de casi todos los sacerdotes de la ciudad, al frente de los cuales está Don Bisio, monseñor Verri, vicario de Incisa, los salesianos Don Sala y Don Belmonte, Director éste de Borgo San Martino; y luego tanta gente, que abarrota la iglesia.

El delegado Don Ricci hace un breve discurso explicando el origen del *via crucis* y las indulgencias anexas a este piadoso ejercicio; después se inicia la procesión. Una educanda lleva la cruz, acompañada por otras con lámparas y velas; siguen las Hermanas llevando los cuadros de las *estaciones*, después los diez sacerdotes con el palio, debajo del cual el misionero lleva la reliquia de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

A cada estación sigue el canto de un versículo del *Stabat mater*, y se concluye con el *Te Deum*, acompañado con el armonio por Don

³ Cfr. *Bollettino Salesiano*, marzo de 1880, año IV, págs. 2-5.

⁴ Anexo n.º 8.

Cagliero y cantado por las Hermanas y las educandas. Al final, la bendición solemne con el Santísimo y el beso a la reliquia de la santa Cruz.

Protección de San José

Con esta hermosa función queda abierto el mes de San José, ya invocado como «ecónomo» del Instituto, y este año también como enfermero y médico, porque en Nizza, como en todo el Piamonte, continúa amenazando la viruela.

Son ya más de trescientas las víctimas en la ciudad; entre nosotras sólo se ha dado el caso de alguna Hermana y educanda, atacada de simple varicela, de modo que los externos no saben cómo la *Madonna* haya quedado ilesa, y hasta alguno piensa lo increíble: ¡que también entre nosotras se han dado muertes por la epidemia, y se ha dado sepultura en casa a las víctimas!

¡No saben qué protector tenemos en San José, al cual nos hemos encomendado!

Hacia Sicilia

La mañana siguiente, 18 de febrero, señala la partida para la primera fundación en Sicilia. Las destinadas son Sor Ursula Camisassa como Directora, Sor Rita Cevennini y Sor Virginia Piccono.

La duquesa de Càrcaci les confiará la dirección del orfanato femenino, que ya mantiene allí desde hace tiempo ⁵.

Sicilia es Italia, pero el pedacito de mar que la separa la hace parecer estar al fin del mundo y tanto las que parten como las que se quedan tienen la impresión de que se trata de ir a América.

La Madre ha estado y está con ellas cariñosísima. Las ha hecho venir de las casas donde se encontraban, para tenerlas algunos días

⁵ La llegada de las Hermanas para el orfanato de Catania, solicitada hacía tiempo por la duquesa de Càrcaci, quedaba definitivamente fijada para principios de 1880 con una carta a Don Bonetti (28 de diciembre de 1879), en la que la duquesa fijaba las siguientes condiciones:

— reembolso de los gastos del primer viaje desde el Piamonte hasta Sicilia para las tres Hermanas;

— asignación anual de 1.000 liras para las tres Hermanas, si se adaptan a la comida de las huérfanas; de 1.500 liras si se mantienen a sus espensas;

— queda comprendido el derecho de hacer uso del mobiliario, ropa no personal, alumbrado, agua y combustible a uso del orfanato; y de tener asegurado el servicio religioso (original en el Arch. Gen. FMA).

a su lado; con reuniones especiales y conferencias privadas, les ha predispuesto santamente a la misión de madres y de hermanas con las huérfanas que allí encontrarán, y a la humilde sumisión a la Duquesa en todo lo que no es contrario a la Regla y al espíritu del Instituto. Les ha prodigado atenciones, recomendándoles tener cuidado de la salud, y amarse y sostenerse como verdaderas hermanas; ha querido asegurarse de que no les falte lo necesario de ropa personal y de vestido; las ha provisto también de un poco de material para los primeros trabajos de costura y demás. Finalmente les ha exhortado a hacer generosamente el desprendimiento de todo y de todos, por amor de Dios que les recompensará con un aumento de virtudes en este mundo y del premio en el otro. Al despedirlas, llora con ellas y como ellas. La comunidad entera las sigue en espíritu, acompañándolas con religioso afecto y ferviente oración. En la estación son confiadas a Don Sala, que las acompañará hasta Roma; desde Roma el Procurador General de los salesianos, Don Dalmazzo, se encargará de conducir las a su destino.

Como Salesianas de Don Bosco, gozan también ellas de la reducción ferroviaria para el tren y para el barco de Nápoles a Mesina; la Virgen ciertamente les precede y les prepara el terreno y las almas que deberán ser campo y fruto de su misión ⁶.

Para el segundo aniversario de León XIII

La noche del 19 el Director Don Lemoyne prepara a la comunidad para la celebración del segundo aniversario de la elección de S. S. León XIII al solio pontificio comentando la invitación de Don Bosco a todos los suyos, como ha sido relatado en el *Bollettino Salesiano* ⁷.

La jornada se ofrece toda por el Papa y según sus santas intenciones: misa, comunión y una expresa oración por el Santo Padre a la mañana; canto del *Te Deum* y solemne bendición con el Santísimo Sacramento por la noche. Son siempre hermosas y provechosas para el espíritu estas reiteradas expresiones de amor y de devoción al «dulce Cristo en la tierra».

⁶ De la relación de Sor Ursula Camisassa y Sor Carolina Sorbone.

⁷ *Bollettino Salesiano*, febrero de 1880, año IV, n.º 2, pág. 6.

Don Bosco en Francia

Del venerado Padre Don Bosco en Francia se tienen pocas pero consoladoras noticias: el 6 de febrero estuvo en Saint Cyr, a donde pronto llegarán las Hijas de María Auxiliadora; el 7, en La Navarre, donde debe haber encontrado una gran pobreza, según se deduce de las palabras escritas por las Hermanas: «La visita de Don Bosco y de Don Cagliero nos ha hecho un gran bien, no sólo espiritualmente, sino también materialmente. Nosotras y ellos estábamos muy conmovidos. Antes de dejarnos, dijo algunas afectuosas palabras de aliento a perseverar en la vocación y en el fervor».

Toda Francia habla de él: «Don Bosco pasa haciendo el bien». El 24 lo recibe Niza, donde nuestras Hermanas tienen esperanza de un filial encuentro, aunque sólo sea durante algún minuto.

Primeras noticias de la Patagonia

Mientras Sor Ferretino va a Mornese para algún otro traslado de aquella bendita cuna abandonada, llegan noticias de América que ensanchan el corazón y encienden de nuevo los ardores misioneros: Salesianos y Hermanas están en la Patagonia desde el 20 de enero. Sor Angela Vallese, Sor Juana Borgna, Sor Angela Cassulo, Sor Catalina Fino son las primeras Hijas de María Auxiliadora y las primeras religiosas llegadas a las tierras de los *sueños misteriosos*, entre los indios y las tribus que conquistar para el Reino de Dios ⁸.

—Sí, nosotras gozamos con sus triunfos —hace notar la Madre—, ¿pero pensamos en sus grandes sacrificios para llegar hasta allá? Nosotras nos entusiasmos por seguir las, pero entretanto, ¿qué hacemos por ayudarlas a mantenerse en medio de tantos peligros entre los cuales se verán rodeadas? Las almas no se salvan sólo con palabras y con suspiros, sino con la mortificación, la negación de sí misma y las virtudes sólidas, queridas mías! ¿Quién quiere participar en esta porfía? ¿Quién quiere prepararse para las misiones con los medios que el Señor nos manda aquí en la patria?

A quien responde «Yo, yo», la Madre le propone: «Entonces,

⁸ El periódico de Buenos Aires, *América del Sur*, del 13 de enero anunciaba así la expedición: «... será la primera vez desde que el mundo existe, que se verán religiosas en aquellas remotas tierras australes...».

⁹ Expresión proverbial piamentesa, empleada como exhortación y desafío a probar con los hechos la propia capacidad.

brichett à la pröva!»⁹. Empecemos sometiendo a una rigurosa cuaresma al amor propio y dando una buena tunda a nuestros defectos más visibles y más contrarios al deber de la edificación. Yo os ayudaré a vosotras y vosotras me ayudaréis a mí: ¿todas dispuestas?».

—¡Todas, Madre amadísima!

Ejercicio práctico y común de humildad

Helas, pues, a todas en pleno ejercicio. Sor Luisa Arecco, como es sabido, además de tener éxito en todo, canta maravillosamente. Un día está recibiendo elogios por haber sacado de apuros a otra muy insegura acompañando un bonito *Tantum ergo* en la iglesia; la Madre tiene que se ensoberbezca por ello y le dice en presencia de la comunidad: «¿Qué te crees? ¡si nosotras hubiéramos estudiado como tú, cantaríamos y tocaríamos quizá mejor que tú!». La joven profesa se pone roja, pero da las gracias sonriendo, sin decir una palabra, ni entonces ni después.

Sor Marieta Rossi, hábil bordadora, se muestra un poco reacia a ir a lavar platos y fregar cacharros; la Madre la observa y le dice: «¡Ah, sí! Para alcanzar buen resultado en el bordado de vuestra perfección, iréis quince días más». La misma Hermana no disimula una cierta complacencia por sus bordados tan perfectos; y la Madre: «Será mejor que vayáis al taller de la comunidad a remendar la ropa de la casa»; y allí la deja un tiempo, es decir, hasta que la Hermana, arrepentida, va a prometerle rectificar sus intenciones y buscar en todo únicamente agradar a Dios, después de lo cual, la devuelve a su querido bastidor.

Si alguna demuestra no gustarle mucho la compañía de una Hermana, poco simpática o enfermiza, «Bien —dice la Madre—, durante quince días estaréis juntas en el oficio y en el recreo. Yo os seguiré aunque sólo sea con la mirada, para ayudaros a alcanzar la victoria».

A la Madre no le pasa inadvertido si alguna está excesivamente inclinada a presumir en el vestido, y la llama:

—Dime: ¿te gusta tu hábito, verdad?

—Sí, mucho.

—Entonces hagamos así; te lo cambias por éste —y le presenta

otro, reducido casi a la mínima expresión. La Hermana se queda con pena.

—¿Cómo? —añade la Madre— ¿no piensas que Jesús llevó un vestido muy distinto de éste?

Llena de benignidad y de compasión hacia quien se acusa para enmendarse o por ejercicio de humildad, la Madre no sabe soportar los rodeos del amor propio y la tendencia a hacer recaer sobre los demás las consecuencias desagradables. En estos casos adopta el tono de la severidad: «Estas son como los escribas y fariseos. O se enmiendan, o que sepan que no están bien en la casa del Señor, y tomen otro camino, si es preciso».

En comunidad se conocen tales frases tajantes de la Madre, y cada cual se guarda de merecérselas, aunque sólo sea en privado ¹⁰.

Si alguna llega tarde a la capilla, cuando ya ha comenzado la oración en común, sin hacérselo decir, se arrodilla en medio de la iglesia y se queda allí hasta el final, porque la Madre no se cansa de repetir que las postulantes y las novicias deben aprender de las profesas a considerar la puntualidad como un deber religioso; la amonestación cesará cuando todas hayan entendido bien que la excepción sólo se admite por exigencias de oficio o por motivo de salud.

Una novicia, al dirigirse a la iglesia para las oraciones de la noche, cree ver algo negro sobre el pavimento y grita fuerte: *Ahi! bargnif!* (¡Ay, el diablo!), suscitando la hilaridad y un poco de desconcierto entre las compañeras. ¿Violar de este modo el silencio riguroso? A la Madre no le va; y con una señal de la mano y un particular movimiento de los ojos, la invita a besar el suelo, como ya había dicho alguna noche atrás a dos novicias que se habían intercambiado alguna palabra, cuando la comunidad estaba entrando en la iglesia para el último saludo del día a Jesús Sacramentado.

La semana pasada, a otras dos novicias que seguían hablando al ir a la visita del mediodía —la campana ya había dado la señal, y no era aquella la primera vez que las dos amiguitas eran advertidas por el mismo motivo—, la buena Madre creyó oportuno detenerlas tácitamente, invitándolas después a arrodillarse en medio mismo del corredor y besar el suelo, al paso de la comunidad que, sin maravillarse por esto, continuaba desfilando hacia la iglesia ¹¹.

¹⁰ De la relación de Sor Elisa Marocchino.

¹¹ Relación de la misma Sor Elisa y de otras.

Esto de besar el suelo y arrodillarse para humildes penitencias estaba en uso en Mornese, bajo la dirección del joven Director Don Costamagna, que quería formar una comunidad perfecta en sumo grado; por eso también la Madre, aunque más moderadamente, se servía de ello para sus fines formativos.

Se podría pensar que tal modo de corregir y de hacer practicar la negación de sí mismo no sea acepto a todas y que, antes bien, algún corazón pueda cerrarse a la Madre, o sentirse tentado de acudir a ella un poco menos. En cambio todas están persuadidas de que no busca sino su perfección, y ninguna se va a dormir con penosas impresiones, siendo siempre ella la que busca la ocasión de hacer desaparecer toda nube. Por otra parte, cada una ve con sus propios ojos cómo la Superiora General se impone primero a sí misma cuanto propone a sus hijas.

Una tarde la Madre había dirigido una expresión un poco viva a una Hermana, en el preciso momento en que tocaba la campana para el silencio *riguroso*. Cuando todas se fueron a la cama, ella se acercó despacito a la de la Hermana y, al oírla llorar quedamente, le dijo al oído: «¡Está alegre, que te quiero y lo hago por tu bien!». La Hermana se tranquilizó con aquellas palabras, mientras la Madre desaparecía, quizá a dar gracias a Jesús, que le había sugerido preferir la caridad al silencio ¹².

Otro día le vino espontáneo hacer una corrección «de pronóstico» delante de una novicia. Poco después, encontrándose con ella, le dice serenamente: «¿He hecho mal en decir lo que he dicho y como lo he dicho? ¿Te parece que podré hacer la comunión mañana? Mira, yo quiero mucho a esta hija, que puede llegar a ser una verdadera santa, y lo que he hecho con ella en presencia tuya, lo he hecho sólo por deber y para obtenerle un bien mayor. Reza por mí» ¹³.

La Madre ha entrado en la cocina en el momento mismo en que están haciendo la polenta. Tomando del palo de removerla una porción insignificante, la prueba, mas siente acto seguido un gran remordimiento y se dispone a repararlo. Espera a que la comunidad esté reunida en el refectorio y, antes de comenzar la bendición de la mesa, muestra el palo diciendo: «¿Queréis saber lo mortificada que soy...?!

¹² Relación de la Madre Enriqueta Sorbone.

¹³ Relación de Sor Enriqueta Gamba.

No he sabido esperar este momento y en la cocina mismo la he probado. ¡Por favor, rezad por mí, queridas Hermanas!»¹⁴.

No hace mucho, la Madre sufría agudos dolores a causa de un diente.

—¡Oh! —dijo— ¿qué necesidad hay de dentista?

Toma las tenazas e intenta arreglarse por su cuenta, repitiéndose a sí misma: «¡Todo es poco, todo es nada por el Señor!».

Al no conseguir arrancarlo, llama a una de las Hermanas más valientes, pidiéndole el favor de hacer de *sacamuélas*. Aquélla rehúsa, le razona como una hija a su propia madre, pero en vano: «¡Todo es poco, todo es nada por el Señor, querida mía!».

Fallando también el segundo intento, recurre a un tercero: se aplica al diente enfermo un cordoncito, asegura la extremidad a una silla, hace sentar en ella a la Hermana, mientras ella da un estirón y canta victoria. ¿Qué importa si el dolor se vuelve atroz y la sangre mana sin cesar? «¡Qué hermoso sería derramar toda la sangre por Jesús!»¹⁵.

En estos días Sor Felicina Ravazza quería quitarle la escoba de las manos, para no verla en aquel trabajo. «¡Pero déjame hacer, sé buena! ¡A una pobre ignorante como yo, es lo único que le va bien! ¡Las maestras, en cambio, y las estudiantes, tienen otras cosas importantes que hacer!»¹⁶.

Están los pozos negros que hay que limpiar, y en el grupo que se ocupa de ello sobresale la Madre, de las primeras horas de la noche a las primeras de la mañana; la viruela —dice ella— ataca más a las jóvenes que a las mayores... y ella está ya tan *guregna*¹⁷, que ni siquiera las enfermedades la persiguen.

Son rasgos que suscitan la estinia y la imitación de las almas sencillas y rectas. A ellos se añade la exquisitez de corazón, toda propia de la Madre, hacia cada una de las hijas, sean postulantes, novicias o profesas, o incluso de sus *hijitas* del internado, del oratorio, del taller. Actos y palabras de bondad, que le ganan también los temperamentos menos fáciles y le dan entrada libre también en los corazones y en las voluntades más resistentes.

A quien va a acusarse por haber cedido a la tentación de tomarse

¹⁴ Relación de Sor Jacinta Morzoni.

¹⁵ Relación de la Madre Catalina Daghero.

¹⁶ Relación de Sor Felicina Ravazza.

¹⁷ *Guregna*: Expresión dialectal piamentesa, para decir «dura, seca».

un panecillo, para aplacar el hambre, se apresura a decirle: «Está alegre, no has hecho ningún mal», y enjugando las lágrimas, cuando éstas se dan, de la confusión y de la pena, le asegura que se lo dirá a la Madre Economa para que ponga algo más en la mesa, y termina siempre así: «¡Cuando sientas hambre, ven a mí, que algo encontraremos!»¹⁸.

¿Se acusa alguien de alguna travesura?

—No pienses ya más en ello: todo tu disgusto me lo tomo yo, y ¡todo arreglado!¹⁹.

¿Se da cuenta de que una está mojada y tiritando después de una jornada de lavado al aire libre? Ella no está en mejores condiciones, pero a sus hijas las manda a la cama con algo caliente, mientras para sí ni sueña con semejantes atenciones²⁰.

Si ve alguna llorosa y triste por faltas que no sabe o no se atreve a decir: «Mira, no te desanimes. También yo soy así... y caigo en esto y aquello, pero con un poco de ánimo y la gracia de Dios, vayamos adelante y llegaremos a hacernos santas, ya verás»²¹.

A quien cae fácilmente en los defectos de una exagerada timidez, hace unos meses la Madre le hubiera dicho su «¡Anda, que cres un *tugnac!*», pero desde que se enteró de que algunas sufrían por esto, no emplea ya ese término, y se nota la atención que pone para no repetir la broma no siempre grata²².

También en Nizza sucede con cierta frecuencia que se sienten los estímulos de un poco más de apetito. Una Hermana (todo un carácter) se presenta un día a la Madre:

—¡No puedo más de hambre!

—¡Tú canta, que canto también yo!

Pero, entretanto, la Madre da una vueltecita, busca y rebusca y vuelve con alguna cosita para satisfacer a la Hermana que, inútilmente, intentaba distraerse con el canto para sostener su pobre humanidad desfallecida²³.

¹⁸ Relación de Sor Delfina Guido.

¹⁹ Relación de Sor María Genta.

²⁰ Relación de Sor Delfina Guido.

²¹ Relación de Sor Hermelinda Rossi.

²² Relación de la Madre Enriqueta Sorbone.

²³ Relación de Sor Elisa Marocchino.

Una visita de Don Cagliero

Mientras se vive la cuaresma en este común ejercicio del espíritu, hacia finales de mes llega a Nizza el Director General, Don Cagliero, festejado como siempre.

Viene con las noticias de Francia; con la perspectiva de la próxima fundación en Saint Cyr, y con el elenco general del Instituto para el corriente año, que le ha sido entregado por los de Sampierdarena. Aparecen por primera vez los datos biográficos de las Hermanas difuntas durante el año anterior: cinco profesas y dos novicias; estas últimas fallecidas en su casa e Hijas de María Auxiliadora de deseo.

Primeros datos biográficos de las Hermanas difuntas

Tales datos biográficos eran esperados ya con impaciencia, desde el momento en que Don Bosco habló de ello, calificándolos de convenientes y de justicia. Si a las hijas no les había mandado directamente los módulos para recoger las noticias de sus queridas difuntas, como había hecho con los Salesianos²⁴, esto no quería decir sino que Don Cagliero y Don Lemoyne pensarían en ello.

Y pensaron, en efecto. Naturalmente Don Cagliero en Nizza no deja escapar la ocasión para comentar el pensamiento del Padre; de modo que todas, profesas, novicias y postulantes saben que tales noticias sobre las difuntas del Instituto no son una novedad salesiana, sino una santa costumbre de casi todas las familias religiosas, porque el recuerdo de los difuntos es una lección elocuente de cómo se debe vivir para bien morir, cómo se debe hacer uso de los medios comunes para la adquisición de la perfección personal, cómo Dios es pródigo de gracias con quien negocia bien sus dones en el tiempo útil. Ellos nos siguen diciendo qué dulce y suave es el tránsito de la tierra al cielo para los que viven siempre de acuerdo con los deberes del propio estado y cómo a la hora de la muerte todo cuanto es transitorio se convierte en nada y todas las imperfecciones adquieren un tono distinto del que tienen generalmente cuando no se miran de cara a la santidad de Dios. Del ejemplo de los difuntos nos viene también nueva luz sobre las características de toda ejemplar santidad, sobre la observancia de la Regla, sobre la conveniencia de estar preparadas a la gran llamada. Es necesario, por tanto, leer atentamente los datos biográficos

²⁴ MB XIV 390-391.

y sacar provecho de ellos. Quien venga después de nosotras dirá: «Lo mismo que ellas, también nosotras, y si ellas, ¿por qué no nosotras?».

Últimos ardores eucarísticos de Sor Emma Ferrero

El primer día de marzo se lleva de Nizza Monferrato a la querida Sor Emma Ferrero.

No ha sido una enfermedad larga, pero sí de mucho sufrimiento, con horas y horas de desvarío, en las cuales manifestaba aquello que siempre llenó su pensamiento: «¡Sea alabado y reverenciado en todo momento el santísimo y divinísimo Sacramento!», repetía sin cesar, y se le dijera o preguntara lo que fuera, no se obtenía más que una profunda inclinación de cabeza y su consciente respuesta con la misma jaculatoria.

En estos últimos días, al pedirle en un momento de lucidez si prefería vivir o morir, respondió: «Es lo mismo: si vivo, vivo para Jesús; si muero, muero por él». Por la mañana había recibido el santo viático: había quedado privada de los sentidos hasta aquel momento, pero en cuanto Jesús tocó su lengua, volvió en sí, se recogió e hizo su acción de gracias con fervor.

Al anochecer la turbó el recuerdo de sus pasadas imprudencias juveniles, y la tentación la indujo incluso a dolerse de haber hecho el *acto heroico de caridad* por las almas del purgatorio²⁵. Pero a las palabras de Don Cagliero que le sugería abandonarse toda y únicamente en la misericordia divina, renovó su acto heroico generosamente. Sufría mucho. Don Cagliero le preguntó si quería ir al cielo para unirse a Jesús para siempre. La respuesta fue un afectuoso «¡Sí, padre!». Se quedó mirando al crucifijo que él le mostraba, inclinó la cabeza y expiró.

Ahora habrá recibido ya el premio de todos los buenos ejemplos que dio a la comunidad, desde su conversión en adelante, y sobre todo del gran amor a Jesús Sacramentado que supo cultivar en ella.

²⁵ El *acto heroico de caridad* consiste en la voluntad, expresada con cualquier fórmula, de ofrecer por las almas del purgatorio todas las obras satisfactorias realizadas por nosotros durante la vida, y las de otros aplicadas a nosotros en vida y después de la muerte.

Doble caridad de la Madre

Después de todo el trabajo de la asistencia más que materna prestada durante tantos días a Sor Emma, y no obstante la pena oculta en su corazón, la Madre ha pasado la noche entera en una silla, porque por la noche, pensando que a Sor Paulina Orlandi, enferma, le haría impresión quedarse en la enfermería misma donde había expirado Sor Emma, la había hecho ir a su habitación, haciéndola acostar en su cama, y estando a su lado para hacerle compañía.

Don Bosco, en Bordighera para la colocación de la primera piedra de la iglesia de María Auxiliadora

De Bordighera llega la grata noticia de que el día 7 de marzo tuvo lugar la bendición de la piedra angular de la iglesia *María Auxiliadora*, estando presentes monseñor Felipe Allegra, obispo de Albenga y monseñor Baragini, obispo de Ventimiglia. Don Bosco dirigió conmovedoras palabras de agradecimiento, sin desdeñarse de colocarse al final, a la puerta, con su saquito en la mano, para recibir la limosna de otras necesarias ayudas. Las ofertas llovían, grandes y pequeñas, por las palabras corteses con las que el buen Padre agradecía e invocaba celestiales bendiciones, incluso por una sola moneda recibida.

La Madre, a Turín, Chieri, Cascinette y Biella

La Madre supo que a Don Rúa, que acaba de llegar de Sampierdarena, le hubiera gustado verla en Turín, para ponerse de acuerdo sobre algunas cosas que no admitían espera. Se pone, por tanto, en viaje y se dirige en tren a Valdocco. Después hace una breve visita a Chieri, se acerca a Cascinette, donde no faltan las dificultades, y da una escapadita a Biella, matando, como se suele decir, varios pájaros de un tiro.

Durante el viaje, sintiéndose con una gran debilidad, resuelve acercarse a un puesto para comprar un poco de pan y fruta. Sor Pacotto, que la acompaña, le hace ver que, quizá, como religiosas... Y ella: «¡Qué tiene que ver! Sólo hacer el mal no está bien». Hace su compra, sirviéndose después tranquilamente de la modesta provisión, después de haber pasado la mayor parte a su compañera.

Sor Pacotto narra un detalle más.

A la llegada de la Madre, las Hermanas de Cascinette estaban de paseo, y ella prosigue hasta la parroquia, para hacer la visita de rigor al párroco.

La hermana del señor cura, apenas la ve llegar, echa a correr en busca de las Hermanas y, encontrándose primeramente con Sor Cordara, dice a voz en grito: «Rosa, Rosa, ¿está la Madre!».

Sor Rosa, encargada de las compras, viste de coadjutora y figura ante los seglares como si fuera la sirvienta de la comunidad, de ahí que de pocos de ellos recibe el título de Sor, y sufre no poco por esto.

También esta vez ese modo de llamarla le produce dolor de corazón, pero con la alegre e inesperada noticia casi ni se fija en ello: en un instante se encuentra en la casa del párroco, a los pies de la Madre y le besa las manos.

La Madre, que ciertamente hubiera preferido una entrada y un saludo más religioso, la mira afectuosamente y le dice: «¡Oh, Sor Rosa! ¡Hija mía, qué cansada estás!».

El rector había observado con admiración y había dicho después a nuestras Hermanas que le parecía imposible que la Madre, tan austera, supiera ser también tan amable y tierna, añadiendo: «Vuestra Madre es una Santa Teresa, una verdadera Santa Teresa!».

¡El rector encuentra que la Madre es austera! Sí, porque él quisiera que las Hermanas, en las grandes ocasiones, fueran a la parroquia a preparar las comidas de gala, y alguna vez también a comer, etc. Pero la Madre no cede: ya ha respondido que no conviene, porque nuestras Hermanas no están para estas cosas. Y resultan vanas las nuevas insistencias del rector.

De él, la Madre ha hablado con las Hermanas y con otros, como de persona muy estimable, de sacerdote modelo en la piedad, en el fervor y en el porte. Por eso Sor Pacotto le había preguntado: «Si usted tanto le estima, ¿por qué no le ha contentado en nada?», y había recibido esta respuesta: «Porque sus peticiones pueden dar lugar a abusos, ¡y los abusos son difíciles de quitar después! Tú procura estar muy atenta a no dejar entrar ni uno solo por tu culpa».

Por su parte, el reverendo, después de este último encuentro con la Madre, hablando de Sor Cordara, o dirigiéndose a ella, ha dicho siempre muy claro: «Sor Rosa» y ésta goza tanto como anteriormente ha sufrido.

En estos mismos días Sor Rosa le ha oído decir a la Madre: «Tú eres siempre la primera en ser recordada por la mañana en mis oraciones, porque estás en mayores peligros que las demás, y te tengo tan

presente cada noche que me pregunto: "¿Cómo habrá pasado el día mi querida Sor Rosa?".

¿Qué más se necesita para bendecir una visita semejante?

La Madre no admite excepciones

Para el 19, fiesta de San José, seguida inmediatamente de la de la Dolorosa, la Madre está en Nizza.

Se la ve más bien falta de salud, por eso en la mesa se le ofrece algo mejor y medio vaso de vino puro, como ella misma aconseja hacer con otras en el mismo caso, pero no lo acepta, antes lo rechaza todo con palabras encendidas: «Estamos frescas si nosotras, las Supteriores, damos estos ejemplos, ¡y en Semana Santa! Puedo prescindir de ello. ¡Gracias!».

La Madre, a Sor Piccono

El miércoles santo escribe a Sor Virginia Piccono:

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi buena Sor Virginia:

¿Estás alegre? ¿Estás bien? Pobrecita, ¿has sufrido mucho en el viaje...? Espero que a estas horas ya te habrás restablecido. Animo, está siempre alegre y alegre a la Madre²⁶ y a Sor Rita.

¿Qué haces? ¿Enseñas a trabajar o das clase? Sea cual fuere tu oficio, no erraré nunca si te digo que seas humilde, paciente, caritativa, obediente y exactísima en la observancia de nuestra santa Regla.

He estado en Ivrea y he visto a tu buena maestra²⁷, es decir, a la Madre Vicaria, quien me preguntó por ti y me encargó que te dijera muchas cosas, y me enseñó el sitio donde te enseñaba a trabajar. Había también algunas amigas tuyas que me pidieron noticias de ti, encomendándose a tus oraciones.

Me dices que has visto muchas cosas bonitas en Roma. Mi buena

²⁶ Este título de «madre», desde que Don Cagliero volvió de América, se da también a las Directoras.

²⁷ Sor Piccono había sido alumna de otras religiosas.

Sor Virginia, en el cielo veremos cosas más hermosas aún. Animo, esta vida es breve, procuremos adquirir ahora tesoros para el cielo. No te desanimes ante ningún contratiempo que te pueda suceder. Confía siempre en Jesús, tu esposo, y en María nuestra queridísima Madre, y no tengamos miedo. A las niñas diles muchas cosas de mi parte, que recen alguna oración por mis intenciones.

Las Hermanas de Chieri te saludan; allá hemos mandado a Sor Rosa Daghero. Acuérdate de rezar siempre por tus Hermanas y especialmente por mí. No te olvido nunca en mis pobres oraciones. Animo y está siempre alegre.

Que Dios te bendiga junto con tu

Afma. en Jesús
la Madre

SOR MARÍA MAZZARELLO ²⁸

Nizza, 24 de marzo de 1880

Escríbeme pronto.

Sor Catalina Daghero será Directora en Saint Cyr

En Turín, Sor Catalina Daghero, desde la última visita de la Madre, conoce su nuevo destino y, según la orden recibida, se prepara en silencio para la próxima partida para Francia.

De Saint Cyr sabe algún detalle: es decir, que tiene que ponerse al frente de una obra que se sostiene desde hace tiempo entre la miseria y el desorden, y que ha sido ofrecida a Don Bosco por el mismo sacerdote Don Santiago Vincent, al cual se debe también la fundación de La Navarre; sabe que tendrá que trabajar con las *terciarias* que hasta ahora han tenido una dirección interna y administrativa, capaz de desanimar hasta las almas más heroicas. Ni el mismo Director General ha sabido ocultarle ciertas situaciones penosas de la colonia de La Navarre, pero no es esto lo que le asusta de momento, sino el tener que hacer uso del francés.

Desde hace algunos meses, hojea con alguna otra de la casa, las páginas de una gramática elemental, ¡pero... una cosa es entender alguna expresión y otra mantener una conversación! Por eso, de cuando en cuando, se aparta de su comunidad para dedicarse al estudio y

²⁸ Original autógrafo en el Arch. Gen. FMA.

para preparar al mismo tiempo su pobre equipaje. Las lágrimas que le caen en estos momentos suerte que sólo las ve el Señor.

Pero no obstante su silencio con todos, la noticia corre igualmente, y las Hermanas... ¡Perder a su Directora, que tanto las quiere y las ha seguido como hermana y como madre! La reacción es tal, que ponen en movimiento incluso a algunas señoras entre las más influyentes en el ánimo de los Superiores y del mismo Don Bosco, al cual se le ha escrito ya: «¡Si hace falta dinero para evitar que Sor Catalina se mueva de aquí, estamos dispuestas a aportarlo».

Sor Daghero, de Turín a Nizza

Hacia últimos de mes, Sor Catalina Daghero, eludiendo la afectuosa atención de las Hermanas y de las oratorianas, deja Turín y ya está en Nizza, para los últimos acuerdos con la Madre.

Esta, al vérsela, siente ensanchársele el corazón y, para evitar una conmoción inoportuna para ambas, se limita a decirle:

—¡Oh, ¿tú aquí?!

—Sí, Madre. Me ha mandado Don Cagliero en nombre de Don Bosco.

—Bien. Por ahora ve a la ropera, para que te dé algún trabajito. Si no la encuentras en seguida, ponte a hacer alguna cosa en casa; nos veremos después.

Sor Catalina obedece a la letra, y durante dos o tres días, nada de nuevo, ni nadie la llama, de modo que ella permanece en activo recogimiento, pensando en sus cosas y en la voluntad de Dios.

La Madre, a Sor Marassi

Entretanto la Madre escribe a Sor Pierina Marassi, que ha quedado en el puesto de Sor Daghero:

¡Viva Jesús!

Mi queridísima Sor Pierina y Hermanas todas:

¿Estáis alegres? Estoy segura de que la despedida de vuestra Directora os habrá dado pena, pero ánimo, sabéis que la vida no está hecha para estar siempre juntas, esto lo tendremos en el cielo.

Ahora, Sor Pierina, te toca a ti dar buen ejemplo y estar atenta para que las Hermanas observen la Regla, que se amen y no entren

amistades particulares que nos apartan del Señor y del espíritu religioso. Procura que no haya envidias. Debes dar buen ejemplo a todas para que ninguna pueda decir: a aquella la quiere más... le habla más la compadece más..., etc. Tú habla con todas, ámalas a todas, da toda la confianza posible, pero atenta siempre a que el corazón no se apeque más que al Señor.

Aconséjate con nuestros Superiores, no dejes nunca de hacer el bien por respeto humano, avisa siempre y compadece los defectos de las Hermanas, haz con libertad todo lo que requiera la caridad.

Te recomiendo otra cosa, que no tomes en cuenta si los Superiores a veces tienen necesidad de una más que de otra, como podría ser de Sor Maritano o de Sor Laurentoni... No juzgues sus mandatos diciendo que la Directora eres tú y que deberían depender de ti. Los Superiores son siempre superiores a nosotras y lo que hacen está bien hecho. Por lo tanto, si te encontraras en uno de estos casos, déjales actuar y recordemos que el cielo no se consigue con la satisfacción o siendo preferidas, sino con la virtud y el sufrimiento.

Mi buena Sor Pierina, no hacía falta que te dijera esto; sé que tienes suficiente conocimiento, pero sólo quería darte un consejo.

Animo y dame pronto tus noticias y las de la casa, está alegre y tan alegres a las Hermanas.

¿Y tú, Sor Teresa, estás alegre? Me gustaría ver..., pero con el buen ejemplo procura que estén alegres también las demás. Animo, y, como buena hermana, ayuda a las demás a trabajar por el Señor; amaos mutuamente y procuraos el bien material y espiritual. Rezad por mí y estad seguras de que no os olvido en el Señor.

Quisiera deciros algo a cada una en particular, pero paciencia, porque ahora no puedo; otra vez será, ¿conforme?, o si no, me voy a veros.

Que estéis todas alegres y también Sor Adela, que haga (la) buena. Id a porfía a ver quién se hace santa más pronto, especialmente en la humildad y en la caridad. Cuando vaya a veros ya me diréis quién se ha hecho más santa. Sor Pierina, manda el equipo de la nueva postulante que viene con Sor Catalina.

Adiós, mis queridas Hermanas, recemos y amémonos todas en el Señor y creedme siempre vuestra

Afma. Madre en el Señor
la pobre Sor MARÍA MAZZARELLO ²⁹

Nizza, 31 de marzo de 1880

²⁹ Original autógrafo en el Arch. Gen. FMA.

Sor Catalina Daghero, de Nizza a Saint Cyr

El primer día de abril, en el día llamado del «pez de abril», la Madre dice a Sor Catalina:

—¿Sigues aquí?

—Madre, espero sus órdenes.

—¡Ah...! prepárate, pues, para ir a Francia. Don Cagliero ya te lo habrá dicho todo, ¿no es verdad? En Alassio encontrarás quien vaya a buscarte a la estación; después el Director de Alassio pensará en darte las compañeras para la nueva casa. Yo aquí no sabría realmente en quién poner el dedo. Cuando esté curada irá Sor Sampietro, pero ahora está muy resfriada.

Y Sor Catalina parte, sola, el 2 de abril.

Van a esperarla a la estación la novicia Sor Alessandrina Hugues que sabe que tiene que ir con ella a Francia, y Sor Telesio. Esta, que esperaba encontrarse con Sor Sampietro, pide aclaración sobre su ausencia. «Está muy resfriada —responde Sor Catalina—; la Madre me dijo que en su lugar tomaré una Hermana de Alassio». Y bromeando añade: «¿No será, quizá, alguna de las que han venido a buscarme?».

En Alassio, el Director, cediendo sólo ante la necesidad y los dos gruesos lagrimones de la última en llegar, además de la novicia Sor Alessandrina, que sabe el francés, cede también a Sor Enriqueta Telesio, que lo aprenderá.

El, ya elegido Inspector de la Liguria y de Francia, parte con ellas: ellas, con sencillez, le ruegan que suba en su mismo coche «reservado para señoras».

El conductor hace ver que el sacerdote no puede quedarse donde sólo debe haber señoras: es preciso renunciar a la compañía o al vagón reservado. Naturalmente las Hermanas renuncian a éste y hacen todo el viaje juntos.

Don Cerruti no se detiene en Saint Cyr, donde llegan el día 4; pasará al regreso.

Baúl abastecido

Después de irse Sor Catalina, llega a Nizza el baúl bien abastecido de todo bien de Dios en cuestión de tela para la ropa de iglesia.

Como en Turín se sabía que Sor Catalina se encontraría en Saint Cyr en extrema pobreza, una de las Hermanas que más la querían fue al Procurador del Oratorio y le pidió que le diera algo para la

iglesia de Saint Cyr. A la respuesta del buen Hermano: «Yo no puedo hacer esto sin que el superior lo sepa», aquella se quedó un poco preocupada, y luego le dijo: «Pues vaya usted a pedir el permiso».

Don Rúa, primer responsable en ausencia de Don Bosco, escucha paternalmente, después extendiendo los brazos, exclama: «¡Querido hijo!, en este caso Don Bosco te diría que entre nosotros, Salesianos y Hermanas, no hay todavía nada dividido. Lo que es nuestro es de ellas, lo que es de ellas es nuestro. Sí, sí, pon en un baúl todo lo que encuentres de utilidad para aquellas buenas Hermanas y obra libremente».

De este modo el baúl se llena, pero la dirección no es exacta y la mercancía va a parar a Nizza Monferrato. La Madre Mazzarello, que no podía desear nada mejor, se la queda alegremente, considerándola como una providencia llovida del cielo.

¿Profecía?

Cuando, después de vaciar el baúl, se descubre el equívoco y se hace observar que la paupérrima Directora de Saint Cyr, por este incidente se quedaría en su pobreza, la Madre responde: «Pero estemos tranquilas, ¡Sor Catalina no terminará un año en aquella casa!».

¿Querían ser un consuelo para ella y para las demás Hermanas de Turín estas palabras?

De Turín han llegado ya algunas noticias, no ciertamente salidas de labios de Sor Catalina.

Las Hermanas parecían inconsolables, tanto que, antes de su partida, Don Cagliero había ido a dar una conferencia *sui generis*, comenzando así: «Vengo en nombre de Don Bosco, al cual he escrito que vosotras estáis desanimadas; y él me responde: "Yo lo siento como ellas; si hubiera otra de quien echar mano en este caso, se cambiaría de decisión, pero ve a darles una conferencia y repíteles que Sor Catalina estará poco en Francia"».

Por consiguiente, yo y vosotras estamos aquí para hacer todos la voluntad de Don Bosco, que es la de Dios: ¡acabemos ya con tantas lamentaciones!».

Las niñas mayores del oratorio han hecho ronda alrededor de la casa, incluso de noche, para sorprenderla en el momento de la salida y ¡qué alboroto en la estación! Suerte que se encontraba allí Don Cagliero para impedir que dieran algún espectáculo o se echaran al suelo para impedirle el paso.

La Madre va a cerrar la casa de Mornese

Como continuación del sacrificio impuesto a su corazón, la Madre parte para Mornese: va ella misma a cerrar la casa, la más querida entre todas y que querría conservar a cualquier precio. Pero... «¡Así lo quiere Don Bosco y así sea!», se repite a sí misma y a las Hermanas.

Va, sobre todo, porque está allí la pobre Sor Hortensia Negrini, que está en cama desde hace cuatro años y que tendrá que ser trasladada en un coche.

La Madre no deja Mornese sin despedirse de las dos Arecco: la una, como desorientada, se mueve por la mugrienta habitación; la otra trabaja algo, atormentada por el remordimiento que la punza, sin permitirle volver a entrar en sí misma. Si no fuera por la benévola ayuda del párroco y de Angela Maccagno, se morirían de hambre.

La Madre sale de allí con un nudo en la garganta y diciendo seriamente: «¡Qué grande es la vocación! ¡Qué cuenta se ha de dar al Señor!».

El día 12 vuelve a Nizza. Llega desfigurada, habiendo querido llevar siempre ella en el coche a Sor Hortensia, ora reclinada en sus rodillas, ora en sus brazos; y Sor Hortensia, en cambio, que se temía que no pudiera soportar el viaje, aparece bastante aliviada.

El llanto del corazón

El triste momento sugiere a la Madre Emilia Mosca, intérprete de todas, dejarnos esta «página del corazón».

«Trasladada la Casa-madre a Nizza Monferrato, habían quedado en Mornese algunas Hermanas enfermas: entre otras, Sor Hortensia Negrini, la cual desde hacía cuatro años estaba clavada en la cama, sin poder hacer el más pequeño movimiento a causa de un asma muy fuerte.

Siendo muy incómodo y costoso proveer de lo necesario a aquellas pobres Hermanas, y, por otra parte, necesitando dinero para la restauración de Nizza Monferrato, se tuvo que aceptar la propuesta de vender aquel querido colegio al Municipio, si lo quiere para alguna obra en provecho del pueblo, o a particulares, si el Ayuntamiento diera una negativa.

Después de hacer en comunidad una novena a María Auxiliadora para obtener la gracia de poder trasladar a las enfermas, la Madre

General fue a traerse a las Hermanas que quedaron. Sor Negrini fue colocada con infinitas precauciones en un coche, y después de un día entero de viaje llegó a Nizza sin sufrir daño. La Madre, aquella misma noche, exhortó a la comunidad a dar gracias a María Auxiliadora que tan admirablemente quiso acompañar a las queridas enfermas.»

El abandono de aquel querido colegio —cuentan las últimas que llegaron— causa mucha impresión en el pueblo. El Municipio no se pronuncia todavía, los más exasperados callan o dicen despropósitos; los demás, moviendo la cabeza, se limitan a decir: «¡Veremos cómo acabará...!».

Continúa la Madre Emilia: «Para nosotras, las Hermanas, es una gran pena tenernos que privar de esta casa, en la que ha nacido el Instituto, donde ha pasado los primeros años en sencillez, caridad y fervor de espíritu digno de los antiguos anacoretas. ¡Qué dulces y gratos recuerdos se dejan allí! Pero Dios lo ha dispuesto así; el sacrificio ha sido consumado, y Mornese ya se ha abandonado».

Tampoco Sor Rosalía Pestarino, natural de Mornese y de entre las primeras Hijas de María Auxiliadora, deja de confiar al papel sus pensamientos:

«12 de abril de 1880! Día de triste recuerdo, porque en él se cerró —y quizá para siempre— la muy querida casa de Mornese: casa que sigue grabada en nuestra alma por haber sido la cuna del Instituto y la primera en fervor y en perfume de virtudes religiosas. ¡Cuántos milagros de la Divina Providencia no hemos visto, en el orden espiritual y en el material! En aquella dulce capilla, ¡cuántas gracias y cuántos recuerdos! Las tomas de hábito de las primeras Hermanas, las profesiones, los votos perpetuos, los propósitos, las santas promesas...!

¡Y ahora está desierta aquella casa, que fue morada de casi doscientas esposas de Jesús...! ¡desierta aquella capilla, en la que tan bien resonaban las alabanzas del Señor!

¡Todo abandonado..., todo triste como la miseria! ¡Pobre Mornese!, ¡pobre corazón nuestro que tiene que dejar un lugar tan querido y apropiado, por su soledad, para conciliar los santos pensamientos, el desprecio del mundo y las ascensiones a la perfección!

Pero en este mismo día San José, al que nos habíamos encomendado tanto, nos ha dado una prueba más de su poderosa intercesión ante Dios, obteniéndonos la señalada gracia, imposible humanamente hablando, de poder trasladar de Mornese a Nizza a una querida Hermana enferma de varios años.

Ayer, por el estado de extrema debilidad de la enferma, el médico y el párroco habían negado absolutamente el permiso de sacarla de su lecho; tanto que la pobre Madre Superiora estaba con gran preocupación, cuando esta mañana (¡oh poder de la confianza en Dios y de la oración!) se ve a Sor Hortensia aliviada de tal manera que, sin dudas, se la mete en el coche y se inicia el viaje.

El asma fortísima, que la atacaba al menor movimiento, hoy se ha calmado bastante, y al entrar la enferma en la Casa de la *Madonna*, en Nizza, podemos decir: ¡Es una gracia, una gracia singular!

¡Sea, pues, siempre alabado, amado y reverenciado nuestro querido San José, y después de Jesús y María, sea él nuestro apoyo y nuestro amor en la vida y en la muerte!.

Confianza en San José.

Trabajos de ampliación en el colegio de Nizza

También en Nizza San José ha sido elegido *ecónomo* de la casa, y a él se ha confiado la salud de las Hermanas y de las niñas, y la tarea de quitar de en medio el pecado y los elementos no convenientes, si los hubiera. Se le había dado el encargo de resolver los asuntos externos desventajosos para la comunidad, y de cuidarse de las vocaciones dudosas y vacilantes.

En Nizza, como antes en Mornese, eran depositadas en el altarcito de San José cartitas secretas de Hermanas y no Hermanas, para interesarlo en lo que se confía y para expresarle el propio amor.

Y el santo muestra complacerse en ello, obteniendo gracias superiores a las esperadas, y el aumento del fervor, de la regularidad y de la santa alegría en casa.

Este año, además, con el nuevo brazo de edificio iniciado en primavera, ¿cómo no encender más la confianza en el santo de la Providencia? Si el número de bocas crece, también las preocupaciones de las Superiores se hacen mayores; por eso es continua la invitación: «¡Recemos a San José! ¡Digámoselo a San José!». Es general el recurso al cabeza de la Sagrada Familia, especialmente en preparación a la próxima fiesta de su Patrocinio.

Primeras noticias de Saint Cyr

Llegan de Saint Cyr las primeras impresiones.

En la estación las Hermanas habían sido recibidas por dos terciarias del Padre Vincent con las cuales, en la calea, guiada por ellas mismas, hicieron una hora de trayecto, al anochecer y por una calle bastante solitaria.

Acogidas con alegría por el Director Salesiano Don Ghivarello, por el Padre Vincent, por las tres huerfanitas y por los empleados en la colonia agrícola, habían sido introducidas en la capilla de la casa, pobre pero limpia. De la capilla, al patio, y después a la pequeña habitación y despacho de la Directora, después a una salita que sirve de recibidor y al mismo tiempo de refectorio para los dos sacerdotes. Finalmente, en el refectorio de la comunidad les sirvieron un poco de caldo, algunas accitunas con un panecillo y poco más; por último habían sido acompañadas al dormitorio, desde el cual se podía ver el mar.

Sus pobres baúles habían sido llevados ya a la habitación de la Directora, nombrada también ropera.

La vida de comunidad discurre allí regularmente, comenzando por la hora de levantarse, meditación leída por el Director, que sube después al altar para celebrar la santa misa; oraciones en francés (¡Dios mío, qué francés!); cocinera, una cierta Sor Josefina, terciaria, que las ejercita bien en la mortificación, condimentándolo todo «a la francesa» —dice ella.

Interrogando al Director sobre lo que han de hacer, generalmente se obtiene esta respuesta: «Como queráis, como queráis vosotras». Se comprende que él no entiende estorbar y quiere ver primero las costumbres de las Hijas de María Auxiliadora.

Finalmente llega Don Cerruti, que tiene para las Hermanas palabras de consejo y de verdadero consuelo y recomienda a Don Ghivarello que no repita más: «Como queráis», sino que se dirija a las Hermanas como padre y hermano, para hacer menos penosa su difícil situación.

El sacrificio más arduo para la Directora es el de tenerse que adaptar a pedir, como es costumbre por la situación del orfanato, pobre por no decir paupérrimo. Ya les ha ocurrido llegar a las 11 sin tener nada que poner para la comida, ni siquiera un poco de verdura; el pan se compra una vez a la semana, pidiéndolo prestado a los vecinos cuando se ha acabado antes del tiempo señalado.

Uno de estos últimos días, por gracia de Dios, habiéndoles rega-

lado una buena mujer una hermosa cesta de habas tiernas, se han permitido también una buena ensalada, capaz de estimular aún más el apetito. A pesar de todo, la alegría no falta; y por la noche es muy hermoso reunirse a intercambiar pensamientos y aventuras de la jornada.

La Madre, en Turín: noticias agradables

En Turín está Sor Massola que, casi moribunda, expresa el deseo de ver a la Madre; y ésta parte para una breve visita, que le permite también serenar a las Hermanas privadas de su Directora.

De Turín lleva a Nizza las noticias del amado Padre Don Bosco, que el 5 de abril fue recibido en audiencia privada por el Santo Padre, bendecido por todos sus hijos e hijas, y muy consolado después del incendio doloso y el hurto ocurrido el 31 de marzo en Roma, en la habitación ocupada por él en Vía Tor de'Specchi, mientras él se encontraba en Nápoles.

Lleva también noticias sumarias de la entrada de nuestros misioneros en la Patagonia, por el Río Negro.

Son comunicaciones de Don Fagnano (jefe de la expedición) a Don Bodrato, del último mes de enero; hay motivos para celebrar la protección divina sobre los misioneros, que son la admiración de todos por su piedad, su valor, y el ejercicio de su celo. Desembarcaron el día 20 por la tarde, se encuentran ya en casa propia, aunque toda revuelta, y ya han empezado a catequizar a niños, jóvenes y adultos.

Muerte de Sor Massola

El 21 vucla a Dios el alma pura e ingenua de Sor María Massola. Era una de las más robustas, de la vestición de Mornese, y era la edificación de la comunidad por su continuo recogimiento; se dice que su salud se resintió por el excesivo temor de ofender a Dios. La Madre no puede por menos de sacar tema de instrucción para la comunidad; y mientras exhorta a la confianza en la bondad divina, añade: «Seamos también sencillas en todo. Mirad, os lo digo, porque me ha rogado que os lo diga: Sor Massola no podía morir tranquila si no hubiera podido acusarse también conmigo, de haber tosido alguna vez para ser compadecida por mí. La sencillez, Hermanas; ¡la sencillez en todo y siempre!».

La Madre, en Liguria

En Alassio se sigue esperando a una Hermana que llene el vacío dejado por Sor Enriqueta Telesio; queda decidido, por tanto, que vaya Sor Sampietro, empezando así a desprenderse de Nizza y de la Madre, para proseguir después hacia Saint Cyr, para donde había sido destinada.

La acompaña la Madre misma el día 22.

En Cantalupo, durante una parada para cambiar de tren, la Madre aprovecha para confortar a Sor Sampietro, desolada por la separación de Nizza. Le da algunas advertencias prácticas, la exhorta a la fortaleza de espíritu y le regala una estampa, que saca de su libro de devoción, para escribirle su materno recuerdo: «Si eres fiel a Jesús, serás feliz en la vida y en la muerte».

El secreto de Sor Elisa Roncallo

Sor Elisa Roncallo aprovecha este viaje para mandar una de sus cartas a su madre, pero tiene un pequeño secreto, que quiere poner sólo más tarde en manos de la Madre y escribe y envía aparte:

Queridísima mamá:

La Madre Superiora le dará una carta mía cuando, dentro de poco, al volver de Alassio, pase por Sampierdarena. Quisiéramos hacer un altar a San José; y si pudiera recoger algo... y, si le es posible, mandarme lo recogido antes de que la Madre Superiora pase por Sampierdarena...

Me falta papel, mire si...

Nizza, 22 de abril de 1880

Se trata, pues, de una agradable y devota sorpresa; y Sor Elisa es magnífica en saber pedir a su madre para esto y aquello.

Retorno a Nizza. Carta a Sor Sampietro

Cumplida su misión en Alassio, donde se entretiene cuatro días, la Madre va a ver a las Hermanas de Bordighera, que no acaban de

contar las fiestas y las gracias del pasado 7 de marzo; después pasa de nuevo a Alassio, deja allí a Sor Sampietro, y vuelve a Nizza.

Al fual del mes escribe a aquella hija que se quedó hecha un mar de lágrimas:

¡Viva Jesús y María!

Mi querida Sor Sampietro:

¿Estás alegre...? ¿Ya no lloras...? No, todo lo contrario, estoy alegre y tengo un gran desco de hacerme santa. Muy bien, que sigas así, procura continuar y ser humilde.

Pronto serán los Ejercicios y nos volverás a ver a todas. Procura estar alegre y animada, reza por mí y por la Madre Ecónoma, tenemos miedo de que el Señor se la lleve. ¡Cuánto lo sentiría! ¡Paciencia!

Me falta tiempo y te dejo. Animo, y reza de corazón. Que Jesús te bendiga y te haga toda suya junto con tu

Afma. la MADRE ³⁰

Nizza, 30 de abril de 1880

Mes de la Virgen.

Carta a las Hermanas de la Patagonia

Mayo, ya se sabe, es el mes de la Virgen; por consiguiente, tiempo de nuevos fervores, tanto en las Hermanas como en las educandas, siempre numerosas y buenas.

El día 4 la Madre escribe a las Hermanas de Carmen de Patagones:

¡Viva Jesús, María y San José!

Queridísimas Hermanas Angelina Cassulo, Juana y Catalina:

¡Qué lejos me parece teneros, pobres hijas!, pero ánimo, que estamos muy cerca con el corazón.

Sí, os aseguro que os tengo siempre presentes y que sois siempre las primeras en mis oraciones. Veo que estáis muy contentas de estar ahí y que tenéis ya una interna y doce niñas que van con vosotras, y que los días de fiesta tenéis mucho trabajo con las niñas que van al

³⁰ Original autógrafo en el Arch. Gen. FMA.

catecismo. Me alegra que podáis trabajar mucho por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Que sepáis corresponder a la gracia inmensa que el Señor os ha hecho; procurad, mediante el buen ejemplo y la actividad, atraer muchas almas al Señor.

Mis amadas hijas, os recomiendo que os améis y os tratéis siempre con caridad; soportaos mutuamente los defectos y avisaos unas a otras, pero siempre con caridad y dulzura. Tened también cuidado de la salud, pensemos que la vida no es nuestra, porque se la hemos dado a la comunidad; así es que cuidemos de ella para la gloria de Dios.

Sor Angela Cassulo, ¿estás alegre? Tu hermana está bien y te manda saludos. Es muy buena. Reza por ella y por mí. Animo.

¿Y tú, Sor Juana ³¹, ya eres santa? ¿Haces algún milagro? ¿Rezas por mí? Está alegre, ¿de acuerdo? Tu hermana empieza a hacerse buena y está bien. Animo, y que seas humilde; ten confianza con tu Directora y ayúdala en todo.

¿Y tú, Sor Catalina ³²?, ¿eres alegre, humilde, obediente? Ten confianza con tu Directora y está siempre alegre. Nada de *grillos*, ¿de acuerdo, Sor Catalina?

Sor Angelina V. ³³, guárdame un poco de uva, porque iré pronto a comerla. ¿Me prepararás sólo un poco de uva...? Prepara también algún melocotón. Tu hermana Sor Luisa irá pronto a América, saldrá en la primera ocasión que haya.

¿Queréis saber las noticias generales de nuestra Congregación, no es verdad? Pues bien, yo os las doy con mucho gusto.

La casa de Mornese ya está cerrada definitivamente: no queda allí más que Don José, que está al tanto para venderla. ¡Pobre casa! No podemos pensar en ella sin sentir dolor de corazón... Ahora estamos todas aquí, en Nizza Monferrato. Somos muchas: entre educandas, postulantes y Hermanas somos ciento cincuenta. No me detengo a describiros la casa, porque sería demasiado largo. Tenemos una hermosa capilla grande, devota y bien arreglada. Ahora están levantando un pabellón para las educandas y esperamos que pronto estará disponible.

Nuestras casas aquí, en Europa, van en aumento. Hace pocos meses partieron tres Hermanas para la isla de Sicilia. Después otras cuatro fueron a abrir otra casa en Francia, una en Ivrea. Las tres últimas que han salido han ido para dar clase y tener un asilo infantil.

³¹ Sor Juana Borgna.

³² Sor Catalina Fino.

³³ Sor Angela Vallese.

Todas van contentas y trabajan con entusiasmo por la gloria de Dios y el bien de las almas.

Agradecemos al Señor que nos concede tantas gracias y se sirve de nosotras, pobrecillas, para hacer el bien.

Animo, mis buenas y queridas Hermanas, hagamos el bien mientras tengamos tiempo. No os desaniméis nunca ante las dificultades que podáis encontrar. Decid siempre: «Jesús ha de ser nuestra fortaleza», y con Jesús la carga se hace ligera, las fatigas suaves y las espinas se convierten en dulzuras. Pero, ¡atentas...! a venceros a vosotras mismas, si no, todo se hace pesado, insostenible, y el mal resurgirá, como las pústulas en nuestro corazón.

Decidme: ¿rezáis por mí y por todas vuestras Hermanas? Aquí no os olvidamos nunca; haced vosotras lo mismo.

De salud, gracias a Dios, estamos todas bien.

Decid muchas cosas de mi parte a las niñas: que sean buenas.

Todas las Hermanas, las postulantes y las internas me encargan millones de cosas; también el señor Director os saluda. Estad alegres, rezad por mí y escribidme pronto.

Que Dios os bendiga y os haga todas suyas, junto con vuestra

Afma. en Jesús, la Madre
Sor MARÍA MAZZARELLO. ¡Viva Jesús y María ³⁴!

Nizza, 4 de mayo de 1880

Florece de vocaciones en Nizza

En toda esta carta se siente a la Madre, una Madre que da las noticias propias de la familia y en particular se interesa por cada una de sus hijas lejanas. Verdaderamente las preocupaciones de su corazón son el rápido desarrollo del Instituto y el incremento de las obras, el consolador número de nuevas vocaciones, la consolidación del espíritu religioso; habla con gusto de ello a corazones llenos de los mismos ideales y movidos por sus mismas aspiraciones.

Desde el primero de enero de este año han entrado quince postulantes, llenas de buena voluntad y germen de hermosas esperanzas. La última en llegar ³⁵, por ejemplo, no hace más que repetir: «¡Qué Madre tan buena hay aquí!».

³⁴ Original autógrafo en el Arch. Gen. FMA.

³⁵ María Genta, que llegó a Nizza el 4 de mayo.

La han acompañado sus padres, pero en el momento de dejarla, la mamá ha experimentado una convulsión tan fuerte, que la Madre Mazzarello se ha creído en el deber de decirle a la joven: «En conciencia yo no puedo tenerte aquí, por ahora: temo que tu madre, por la pena, enferme de verdad. Vuelve a casa con ella, aunque sólo sea por quince días; ¡después vuelves!».

Así se ha decidido; y siendo ya casi el mediodía, antes de partir, entran en una fonda junto a la estación para comer. Madre e hija lloraban sin cesar. El padre las miraba triste, tanto que el fondista se permitió preguntar qué desgracia les había ocurrido. Al saber el motivo, el buen señor se extraña de ello, porque —dice— tiene también él en la *Madonna* una sobrina suya... que está tan a gusto con las religiosas de Don Bosco, y no hace más que hablar del gran bien de aquellas Hermanas. Y esta —se puede decir— es la opinión general en la ciudad.

A estas palabras se acrecentó el arrepentimiento de la querida mamá por haber cedido a la debilidad de no dejar allí a su hija, y vuelve a llorar con más fuerza aún. Entonces el padre se decide a volver a la *Madonna*, a preguntar si no se podrían quedar madre e hija aquella noche.

—¡No por una sola noche, sino hasta por ocho, si quiere!, respondió cordialmente la Madre. Por eso rehicieron el camino los tres, llorando, pero la madre ya es otra, y no piensa en llevarse a su María, después de comprobar que aquí hay otra madre, y la hija no desea nada mejor en este mundo, desde el momento que su padre se manifiesta contentísimo de todo y de todas, pero especialmente de la Madre.

Encuentro de la Madre con Don Bosco en Turín

La casa de Valdocco recibe con gran fiesta a Don Bosco que, cansadísimo pero muy contento, vuelve entre sus hijos el 7 de mayo, poco después de las doce.

Esta vez la ausencia fue más bien prolongada, pero ciertamente confortada con buenos frutos.

El día 10, la Madre Mazzarello, acompañada por Sor Olimpia Martini, parte para Turín, deseosa de volver a ver al venerado Padre; siente necesidad de ello, y también de saber qué piensa de las Hermanas que ha visto en Francia y en la Liguria; y además... sus santas palabras ¿no son para ella luz, calor y consuelo?

La acogida es como siempre la de un buen padre; no muchas noticias de las Hermanas, porque él piensa que Don Cagliero ya habrá dicho mucho, si no todo; pero sí, las Hijas de María Auxiliadora trabajan, están contentas de ellas y se hacen santas, y se ve que la Virgen las provee también materialmente, porque la generosa señora Jacques, de Marsella, ha dado una buena oferta también para ellas. Esto es un alivio para ambos, porque en aquellas pobrecillas de La Navarre y de Saint Cyr..., aun sin querer, se piensa incluso de noche.

Don Bosco no escasea de noticias americanas y, aunque serán publicadas todas en el *Bollettino Salesiano*, se complace en decir que, en una correspondencia argentina, de nuestras misioneras que fueron a Carmen de Patagones, se dice que son consideradas como «la gloria de su sexo y de la Religión»; ya han abierto un colegio para las niñas indias, y tienen el tormento de los mosquitos, de día y de noche.

Don Lasagna, entre otras y muy hermosas cosas, escribe de Sor Virginia Magone de modo consolador... La Hermana está gravemente enferma, pero su suerte es envidiable.

Noticias de Sor Magone y de las casas del Uruguay

La Madre sale del despacho de Don Bosco muy consolada y alegre porque, gracias al buen abogado Don Cagliero, podrá hacer leer también a las Hermanas los trozos de carta que les atañen más de cerca: hay que sacar fruto de todo lo que puede ayudar al bien.

Es el buen Director Don Lasagna quien escribe:

...

Ante todo, para corresponder a la paternal ternura con que nos ama, le diré que todos sus queridos hijos y todas sus buenas hijas, que ha enviado a las lejanas costas del Uruguay para extender el reino de Nuestro Señor Jesucristo, gozan de buena salud, menos la pobre Sor Virginia Magone, que desde hace cinco meses va consumiéndose lentamente, y se acerca a grandes pasos al término de sus dolores.

Yo no he visto nunca en mi vida un alma que mire de frente a la muerte con tanta serenidad y con tanta alegría. He visto con mis ojos que no es una exageración, hija del entusiasmo religioso, la del profeta que exclamaba: *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus.*

Esta hermosa alma está siempre alegre, siempre tranquila, habla a todos, sonriendo de su segurísima muerte; pide y se presta a hacer

para todos encargos a San José, a María Auxiliadora, a Jesús en el cielo. Cada vez que me acompañan a aquella bendita habitación salgo asombrado. Un día, viendo que con sus manos descarnadas confeccionaba blanquísimos lirios, le pregunté: ¿Qué haces, hija mía? Mire —me respondió—, veo que el mal se hace cada vez más amenazador y quiero hacer algunas flores que usted tendrá la bondad de poner en mi féretro cuando me vayan a enterrar.

Yo tuve que volverme hacia otro lado para ocultar las lágrimas y no escandalizar a aquella hermosa alma que, aunque sonriendo y bromeando, me lo decía, con la expansión de una novia, que preparaba con sus manos la corona nupcial. Me detengo un poco sobre estas circunstancias, porque el saberlas hará bien a muchos indecisos, como ahora me lo hace a mí (...).

¿Quién no envidiaría la suerte de Sor Virginia? Yo la envidio y la espero. También yo soy hijo de María Auxiliadora y de Don Bosco, y cuando llegue mi hora, también yo tengo derecho de esperar una muerte tranquila en los brazos de Jesús y de María (...).

Así también el colegio femenino de Las Piedras, dirigido por nuestras religiosas de María Auxiliadora aumenta y florece. Se erigió la capilla interna, donde se adora a Jesús Sacramentado, y se ha tenido que pensar en nuevas obras para poder satisfacer al creciente número de alumnas. Contigua a la parroquia hay una antigua capilla que había pasado ya a manos del fisco, y pude conseguirla del gobierno para cambiar el edificio en escuelas parroquiales, reclamadas por muchas familias y por una indecible necesidad.

También las Hermanas de Villa Colón, encontrándose incómodas en la primera casa de alquiler, se trasladaron hace poco a una hermosa casita, en medio de un espacioso terreno comprado para ellas. Pero ahora hace falta edificar allí las escuelas y la capilla, para recibir alumnas y hacer allí mayor bien; ¡y también aquí nuevas construcciones y nuevos gastos!

Su afmo. hijo
Don LUIS LASAGNA ³⁶

³⁶ Carta de Villa Colón, 3 de abril de 1880. Publicada en el *Bollettino Salesiano* de julio de 1880, año IV, n.º 7, págs. 4-6.

La Madre de regreso a Nizza. Muerte de Sor Negrini

Sería una gran alegría para la Madre pasar la fiesta de María Auxiliadora en Turín, pero debe contentarse con participar en el santuario de alguna función de Pentecostés y de los primeros días de la novena, porque Sor Negrini no quiere esperar más para irse a la eternidad. Urgen, además, los preparativos para las nuevas vesticiones religiosas y para la fiesta de María Auxiliadora en Nizza, el 30 de este mes, y conviene que ella se encuentre allí para disponerlo todo.

La Madre, por consiguiente, toma de nuevo el tren el día 20 con una novedad agradable: lleva consigo las 10.000 liras entregadas como dote por Sor Olimpia, que servirán estupendamente para los urgentes y notables gastos de construcción en Nizza.

Apenas en casa, la Madre se dirige al lecho de Sor Negrini, que tiene el rostro iluminado por una sonrisa suave, le enjuga las últimas lágrimas de agradecimiento y amor, y con su ardiente oración la acompaña hasta el último momento.

Es el día 21, comienzo de la novena de María Auxiliadora en la casa de Nizza.

Sor Hortensia había sufrido ya tanto, que no se le podía desear que siguiera viviendo; en cambio, ¡qué sentida es por todas su desaparición! Preguntada en los últimos momentos si prefería ir al Paraíso o seguir entre nosotras, respondió: «Si es para sufrir, sí, deseo vivir, pero... como quiera el Señor». Su heroica paciencia fue una oración continua, y el Instituto puede gloriarse de un miembro tan precioso a los ojos de Dios.

Novena de María Auxiliadora

El Director General Don Cagliero había prometido a la Madre pasar en Nizza toda la novena en preparación a la gran fiesta del día 30, pero no llegó a tiempo para la apertura y el Director Don Lemoyne, que se encuentra para la función de la tarde, hace releer a las Hermanas y a las alumnas lo que está escrito en el *Bollettino Salesiano* del mes ³⁷, para la preparación a la fiesta de María Auxiliadora. Sus palabras desde

³⁷ *Bollettino Salesiano*, mayo de 1880, año IV, n.º 5, págs. 5-6.

el altar, antes de la bendición con el Santísimo, se basan casi todas en dos puntos:

1. Tenemos necesidad de que María Auxiliadora extienda su manto sobre nosotros y sobre nuestras familias y nos proteja en el alma y en el cuerpo: mostrándonos hacia ella confiados, afectuosos, devotos.

2. Naturalcza y corazón van a porfía para honrar a la Santísima Virgen en su mes; preparemos también nosotros místicas guirnaldas de oraciones y de buenas obras para colocar en la cabeza de la Santísima Virgen, Madre de Dios y Madre nuestra, y nuestras afectuosísimas oraciones, puestas a los pies de la augusta Reina, se conviertan para nosotros en lluvia de gracias y de bendiciones.

Don Cagliero refiere en Nizza la conferencia de Don Bosco sobre las Hijas de María Auxiliadora

Los ánimos están tan enfervorizados, que a la llegada de Don Cagliero —el 23— su primer saludo es una demostración de su alegría paternal al encontrarse en medio de tanto ardor mariano.

Con Don Cagliero en casa, la música, los cantos, las declamaciones, las candidatas a la vestición religiosa... todo concurre a hacer presagiar una fiesta excepcional.

En una de sus charlas a toda la comunidad, Don Cagliero desea para sí el don de Don Bosco, la eficacia de la palabra, para referir cuanto el buen Padre expresó en la conferencia de ayer a las trescientas Cooperadoras Salesianas de Turín, a propósito de las Hijas de María Auxiliadora ³⁸.

Su fin es doble: aumentar el fervor de la comunidad y hacer conscientes del don de la vocación religiosa-salesiana a las alumnas que la hubieran recibido del cielo.

Después de la conferencia, todas quieren confesarse con Don Cagliero, para saber si están en el camino de la propia perfección: también las alumnas, deseosas de saber si un día podrán llamarse Hermanas.

³⁸ La relación de la conferencia está publicada en el *Bollettino Salesiano* de julio de 1880, año IV, n.º 7, págs. 9-10. Cfr. MB XIV 500-501.

La joven africana

Entretanto María Auxiliadora regala una joven africana: una de aquellas que el obispo misionero monseñor Daniel Comboni sustrajo a la trata de los negros, para una regeneración en Cristo. De tanto en tanto él acompaña a algún grupito a Europa, para confiarlas a familias católicas y a Institutos religiosos, para que las reciban por caridad y se cuiden totalmente de su porvenir temporal y eterno.

La confiada a la Madre Mazzarello aparenta unos veinte años. Es una muchacha robusta, de bonitas facciones, pero lleva en las mejillas las cicatrices de cinco cortes, que son la contraseña de los distintos dueños a los cuales ha sido vendida sucesivamente. Probablemente ha estado ya en algún otro Instituto, donde ha aprendido los primeros rudimentos de la lengua italiana, que entiendo y habla un poco —a su manera— con todos los verbos en infinitivo.

Autes de ser conducida a Nizza había estado un poco en Turín, donde las oratorianas se entretenían a gusto con ella, y a veces le regalaban, para que se portara bien, cigarrillos que ella fumaba con mucho gusto.

La Madre la presenta ahora a la comunidad diciendo: «Nos la confía monseñor Comboni, para que la ayudemos a ser buena».

Después, retirada la joven —que pronto será llamada corrientemente *la mora*—, recomienda que no se le hagan preguntas importunas, sino tener con ella un trato delicado conforme a la caridad, rezando para que el Señor le conceda la gracia de hacerse cristiana.

Fiesta de María Auxiliadora en Nizza

El día 24 ¿quién no está espiritualmente en Turín, participando de las glorias de la familia, a los pies de la dulce Madre y Reina en Valdocco?

Llegado el día 30 —domingo— toda Nizza está en fiesta. ¡A la *Madonna*! ¡A la *Madonna*!, se dicen vuos a otros en la ciudad, y en la *Madonna* todo está preparado con solemnidad: iglesia, patios, pórticos, corredores. Por la mañana, misas rezadas con interpretación de motetes sagrados, comunión general y, a las 9, la misa cantada de *María Auxiliadora*, que se estrena en este día. Sigue, en presencia de nueve sacerdotes, la función de la vestición religiosa de dieciséis novicias.

Por la tarde tiene lugar el canto solemne de Vísperas y, al ano-

chequer, academia en el salón teatro con himnos, poesías, prosa. Todos delante del altar erigido expresamente para la circunstancia, en el cual campea la hermosa Auxiliadora.

Don Cagliero, entusiasta de Nizza

También el Director General está conmovido y repite que no ha asistido nunca a una fiesta tan devota, tan fervorosa, tan sentida y tan sencilla al mismo tiempo!

Con las Superiores dice algo más; es decir, que esta jornada de expansión general, entre los parientes y las amigas invitadas a la fiesta, pone en evidencia el espíritu del Instituto y de sus miembros, y adquiere ventajosas simpatías y vocaciones a la obra de la Virgen y de Don Bosco. Dice que ha notado que la asistencia, como la quiere Don Bosco, no había decaído nunca, y que en los varios grupos no se había hecho otra cosa que esparcir la buena semilla de Jesucristo. «¡Alegres, pues, —concluye— que la Virgen está con nosotros!».

Cómo hablan las novicias

Al día siguiente, los comentarios que se escuchan por una y otra parte de la casa le dan la razón. Se oyen expresiones significativas de las conversaciones con los padres y las amigas.

—¿De modo que estáis realmente contentas aquí dentro? ¿No te ha venido nunca la gana de escaparte y venir a casa? Dicen que carecéis de lo necesario, que pasáis hambre... ¿cómo haces, pues, para mostrarte tan contenta? Para *probaros* ¿no os tratan nunca con aspereza? ¿No os humillan en público? ¿Es verdad que tenéis una superiora que parece muy severa, pero que luego es tan buena...? etc., etc.

—Mira, mamá, los primeros días que pasé aquí, sentía, es verdad, un poco de tristeza, que no me permitía hacer el recreo como las demás, y me estaba aparte, más bien mortificada, pero cuando pasaba la Madre, con una de aquellas miradas suyas que calan hasta el fondo del alma para dejar allí una sonrisa del Señor, créeme, toda la tristeza me desaparecía.

Hace pocos días rompí una taza y pensé acusarme a la Madre Economa, mientras estaba con la Madre. Esta me dirigió en seguida una palabra tan sencilla y materna, que hasta casi me alegré de la pequeña desgracia.

Otro día la Madre había hecho exponer a la puerta de nuestra capilla la *floreilla* para practicar y en el recreo preguntó a algunas a propósito. Cosa rara: ninguna supo responder, y la Madre sufría por la poca importancia que se daba, según ella, a las cosas pequeñas. No reprochó a ninguna, pero para el día siguiente nos puso esta otra *floreilla*: Examinémonos bien si nuestra vida es realmente una vida de mortificación o no ³⁹.

—Hablándose de próximas tomas de hábito, me presenté a la Madre para saber si podía esperar ser admitida, y ella me contestó: «Tendría que mandarte a casa porque estás siempre ronca y haces pensar si acabarás como Sor Negrini, pero he mandado escribir a tu maestra y al vicario de tu parroquia, y los dos han respondido que tus padres están sanísimos y que tú también lo estás, aunque un poco delicada. Prepárate, pues, para la vestición; después harás pronto también la profesión». Mi felicidad presente se la debo, por tanto, a ella, toda bondad para conmigo ⁴⁰.

—Naturalmente, antes de hablar de vesticiones, las Superiores nos hacen sentir toda la importancia de este paso, y en estos casos, también la Madre Mazzarello hace su parte. En una de sus exhortaciones, nos dijo muy seria: «Os recomiendo que estéis muy atentas a no formaros en la vida religiosa un pequeño mundo: procurad más bien adquirir el espíritu religioso que forma a los santos, y si no os sentís capaces de practicar la virtud según el espíritu del Instituto, no penséis siquiera en vestir el hábito».

Yo, que estaba luchando entre quedarme o irme, me aproveché de esto para decirme a mí misma: «¡A casa, a casa en seguida, aunque sea a pie!». Hablé con la Madre y, después de escucharme con mucha paciencia, me dijo sonriendo: «Escucha, para irte ahora es demasiado tarde, y no tendría siquiera a nadie para que te acompañara; espera unos días más..., después no sólo te permitiré que te vayas, sino que te acompañaré yo misma, ¿estás contenta?».

Por fortuna esperé; de lo contrario hoy no me contaría entre las afortunadas de la vestición, y quién sabe, en cambio, cuántas lágrimas me hubiera costado ⁴¹.

³⁹ Relación de Sor María Genta.

⁴⁰ Relación de Sor Ursula Marocco.

⁴¹ Relación de Sor Delfina Guido.

Confidencias fraternas

A las impresiones de carácter general se añaden los detalles de ciertos encuentros abiertamente fraternos.

Al acercarse la toma de hábito, me volvieron ciertas aprensiones de espíritu que ya había tenido con anterioridad: me presenté a la Madre diciéndole: «No estoy bastante instruida para la vestición. No sé realmente nada de nada».

«Mira —me respondió—, esto no importa. Tampoco yo sé escribir, y le pido a Madre Emilia que me escriba las cartas. No es preciso que seamos todas maestras: se necesitan también cocineras, lavanderas, y quienes barran y cosan. Lo importante es hacerlo todo por Jesús.»

Su respuesta hizo posible que yo haya podido vestir hoy el hábito.

Estaba casi al final de mi postulando sin haber dicho una palabra a mi casa. La buena Madre me dice:

—¿No escribes nunca a los tuyos? ¿Ya les has dado la hermosa noticia?

—¡Ay, Madre, no sé explicarme en el papel!

—Escucha, ponte y escribe como sepas.

Yo escribí como supe, y los de casa me entendisteis, por lo que se ve, porque estáis aquí. Pero dad las gracias a la Madre, que sabe hacer milagros hasta a las *zoquetes* como yo...

Esta mañana me han mandado al huerto a regar las coles; ha pasado la Madre y al verme con el hábito nuevo de ayer me ha sonreído y me ha preguntado:

—¿No tienes otro más viejo para este oficio?

—No, Madre.

—Pues bien, vete al dormitorio y el primer hábito viejo que veas, te lo pones.

Lo hice así y es el que llevo y que ya ha hecho reír varias veces. Pero, en fin, es la Madre quien me lo ha proporcionado y yo trabajo con él sin la preocupación de estropearlo; así me encuentro a mi gusto ⁴².

Estoy en Nizza desde hace dos meses, pero no sabría contar la de veces que he experimentado la bondad de la Madre. Se ve que ella

⁴² Relación de Sor Rosina Bertone.

comprende cuándo me iría bien un panecillo, porque si me ve un poco pálida me dice: «¿Tienes hambre, verdad? ¡Espera, voy a buscarte un poco de pan!». Vuelve y me lo da, diciendo: «Vete a la cantina, a comértelo tranquila, sin que nadie te vea».

Pero se da cuenta también cuando no he estado muy atenta en la meditación, porque si no sé responder en seguida a sus preguntas, cambia de tema y me pregunta qué hora es, para hacerme repetir: «¡Es la hora de amar al Señor!».

Y entonces ella añade en seguida: «Amémoslo con todo el corazón».

La bondad de la Madre no se puede explicar: enjuga todas las lágrimas. Más de una vez, al encontrarme un poco triste, me ha preguntado: «¿Qué piensas? ¿En quién piensas? ¿Tienes alguna pena?». Y si alguna vez he tenido que responder: «Madre, no he sido buena con alguna compañera», en seguida me ha animado a hacer un acto de humildad, añadiendo: «Así te quedas más contenta y vas más tranquila a hacer tu comunión»⁴³.

Anteayer fui a buscar mis zapatos nuevos para ponérmelos el día de la vestición, pero no los encontré. Casi llorando se lo dije a la Madre, quien me respondió en seguida:

—Vete a la habitación donde está la cama de mi uso; junto a ella encontrarás un par de zapatos todavía en buen estado; creo que te irán bien. Voy y me encuentro un par de zapatillas. Me entraron ganas de reír, pero pensando que eran de la Madre las tomé y me fueron muy bien, más al corazón que a los pies⁴⁴.

A mí me hizo una gorda la Madre. Al decirme que estaba admitida a la vestición, se puso de rodillas a mis pies. Incluso ahora, sólo de pensarlo, me lleno de confusión y no sé explicar lo que me pasa por dentro⁴⁵.

⁴³ Relación de Sor Luisa Boccalatte.

⁴⁴ Relación de Sor Luisa Desirello.

⁴⁵ Relación de Sor Teresa Facelli.

La voz de las educandas

A este florilegio recogido entre las postulantes y las novicias, se añaden las conversaciones de las educandas entre sí y con sus familiares que han venido a la fiesta.

—Lo que nos hace estar tan contentas aquí dentro, no lo sabemos explicar ni siquiera nosotras mismas, pero lo cierto es que, después de Dios y de la Virgen, es la Madre la que llena la casa; ella hace salir el sol incluso los días de lluvia, hasta tal punto nos quiere y nos lo demuestra de todas las maneras.

—Yo pienso que la Madre nos ve por dentro, porque lo que dice se cumple generalmente. Si le preguntamos: «¿Quién de nosotras se hará monja?», sin pensarlo mucho, sabe dar respuestas que... ¿Quién no recuerda a Angelina Piani cuando, con su sombrerito, vino a decirle a la Madre que quería hacerse religiosa? La Madre le respondió en seguida: «¡No, no, no lo serás...! jese sombrerito...!». Angelina consiguió entrar, pero tuvo que salir después por enfermedad de su madre, y ¡aún está por volver! ⁴⁶.

—No sé cómo es. La Madre parece severa y después se la encuentra tan afable. Al verla, se dice en seguida que debe ser muy observante y mortificada, y en cambio, no se acerca uno a ella sin sentirse consolado por su mirada, por su sonrisa y por su palabra. Con nosotras, las niñas, es realmente una madre ⁴⁷.

—¡A mí me hace muy buena impresión ver a la Madre con un hábito tan pobre y tan aseado! Parece que tenga siempre delante de los ojos la imagen de la verdadera esposa de Jesús, y no tenga más desecho que imitarla ⁴⁸.

—Nuestras maestras y asistentes se diría que son la flor y nata, porque la Madre nos da todas las Hermanas que saben tratarnos bien, instruirnos de verdad para la vida y asistirnos amablemente a todas las horas del día y de la noche. Pero no permite zalamerías y caricias, ni que se nos dé gusto en todo, porque dice que tenemos que formarnos un corazón fuerte y hemos de saber negarnos un poco cada día

⁴⁶ Relación de Sor Angelina Sorbone.

⁴⁷ Relación de Sor Rosina Gilardi.

⁴⁸ Relación de Sor Angelina Cairo.

para ser luego personas que saben hacer honor al carácter cristiano, tanto si debemos formar luego una familia, como si «caemos en las redes de Jesús», para hacernos religiosas.

—Sin quererlo, yo oí una vez que decía a una Hermana: «Te lo repito; las niñas más pobres, incluso del oratorio, y las educandas de pensión reducida —o gratis— especialmente si son huérfanas, deben no ser acariciadas, sino tratadas con más caridad que las otras. Las otras tienen generalmente a sus padres que las rodean de cuidados y afecto, mientras las más pobrecillas y las que no tienen padres, no oyen otras palabras que las de la propia tristeza y humillación.

Don Bosco nos quiere especialmente para las niñas pobres».

Me gustó tanto oírla hablar así, que hubiera corrido a abrazarla ⁴⁹.

Con tales panegíricos sencillos, espontáneos y escultóreos es cierto que el Instituto sale ganando; así como es cierto que los parientes y conocidos presentes en la fiesta de ayer harán de buenas *gacetas* para el internado y las religiosas de la *Madonna* y de Don Bosco.

También Don Cagliero puede volver a Turín satisfecho y consolar al venerado Padre Don Bosco con las hermosas impresiones recibidas en Nizza entre las hijas de la Virgen.

Un programa para el mes de junio

El Director Don Lemoyne recuerda a la comunidad: «Mañana se abre el mes de junio con la fiesta de la *Virgen de las Gracias* ⁵⁰; nosotros, que estamos en la casa de la Virgen de las Gracias, aunque no hagamos fiesta externa, la haremos en la capillita de nuestro corazón.

¿Quién de nosotros no puede decir, como San Alfonso María de Ligorio: "Yo soy todo entero una gracia de María"? Este mes de junio es, además, otro hermoso mes de gracias del cielo. El viernes: la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en todo el mundo; el domingo, día 6, es el aniversario del milagro del Santísimo Sacramento y el día 20, la *Consolata*, fiestas muy solemnes para Turín, porque allí está nuestro Padre Don Bosco y la dulce Madre María Auxiliadora.

El día 21 se celebra la fiesta de San Luis Gonzaga, protector de nuestras falanges juveniles, y el 24, la fiesta de San Juan Bautista —gran protector de la diócesis de Turín— onomástico de nuestro "papá

⁴⁹ Relación de Sor Julia Gilardi.

⁵⁰ Según el calendario del tiempo, esta fiesta estaba al principio del mes de junio.

Don Bosco", y... también un poco mío, ¿no es verdad? El 29, fiesta de los Santos Pedro y Pablo, del Papado, por consiguiente, y de quien está con el Papa. ¿Quién de nosotros no querrá vivir un mes de buena voluntad y, por tanto, de gracias singulares? ¡Animo! y adelante en el fervor y en la alegría, comenzando en seguida por el triduo de preparación a la fiesta del Sagrado Corazón».

La palabra del Director no cae en terreno baldío; la Madre, en las *buenas noches*, va a lo concreto: «Durante este mes, digamos aún más a menudo "¡Viva Jesús!", pero no lo digamos por decir, sino de corazón, porque somos y queremos ser todas ardientes esposas de Jesús!»⁵¹.

Pasada con gran fervor la fiesta del Sagrado Corazón —el día 4—, la Madre propone una práctica muy indicada:

—El Corazón de Jesús va muy de acuerdo con las almas humildes: ¿Quién de nosotras no querrá encontrarse entre ellas? Así, pues, de acuerdo: este será el mes de los actos de humildad más frecuentes que de costumbre.

Algunos salen a flote y quedan impresos en el papel.

Porfía de humildad

La Madre da unas vueltas, como siempre, por el dormitorio, para verificar sobre todo el orden, que tiene muy a pecho. Hallando algo que no aprueba, se sirve de ello para una oportuna instrucción. Tiene en la mano una lista con nombres y anotaciones; están reunidas las profesas, novicias y postulantes. Dice que no se propone dar una conferencia, sino decir únicamente que el orden en una casa religiosa es el espejo del espíritu que reina en ella. Ahora bien, habiendo encontrado aquí y allá cosas que remediar, cree un deber leer los nombres de las que... El primero es el de una novicia de familia ilustre, una de las más elevadas en la estima general de la comunidad. La interpelada se pone de pie, y la Madre le dice:

—Tú tienes el jergón descosido. ¿Cómo es esto? ¿No eres capaz de darle dos puntos?

—Tiene razón, Madre —responde humildemente la novicia—, lo haré lo antes posible. ¡Gracias!

Siguen algunas otras y todas, arrastradas por semejante ejemplo,

⁵¹ Sor Rosina Bertone.

muestran tal reverencia al recibir la advertencia, que despiertan la admiración de la comunidad.

Es el momento de turnarse para la lectura en el refectorio. Se levanta la Madre, para que todas hagan la florecilla de escuchar su lectura trabajosa y sepan a dónde llega su saber.

Otro día la misma Madre escribe una de sus cartas a una persona de cierta consideración: manda llamar a la Madre Asistente y le pide que la revise.

—Madre, aquí haría falta la consonante doble.

—Mira, es lo mismo: sin la consonante doble termino antes y, con el tiempo, ahorro papel y tinta.

—Pero Madre... ¡cambia el sentido!

—¡Ah, para mí es lo mismo, y quien lee, siendo persona inteligente, entiende igualmente lo que quiero decir, y más pronto se convencerá de que soy una ignorante! ⁵².

La Madre comenta la lectura del «Bollettino Salesiano»

El *Bollettino Salesiano* de junio, leído en comunidad en Nizza, enciende en los ánimos el deseo de participar en la fiesta de Turín el año próximo, como han hecho este año las niñas y las Hermanas de Chieri.

Es evidente que, si Don Bosco es tan favorecido por la Providencia, es porque busca sólo la gloria de Dios en la salvación de las almas. La Madre pone de relieve que si Don Bosco recomienda a los Cooperadores Salesianos que salven almas y se hagan santos, tanto más entiendo recomendarlo a sus hijas, primeras entre las primeras Cooperadoras Salesianas; si Don Bosco en sus conferencias da a conocer a las Hijas de María Auxiliadora y sus obras, es porque las considera como parte de la familia.

Por eso todo cuanto dice y pide el *Bollettino* en nombre de Don Bosco, toda Hija de María Auxiliadora debe considerarlo como dirigido a ella misma y cada una debe hacerse reconocer, más con las obras que con las palabras, como una verdadera religiosa salesiana. Si luego, como religiosas, no se tiene dinero para dar a Don Bosco, se le deben dar oraciones, virtudes y sacrificios, como enseña él a los Cooperadores pobres de dinero y ricos de buena voluntad. Tales son, en efecto, las

⁵² De las memorias de Sor Elisa Marocchino.

Hijas de María Auxiliadora. ¡Sólo así podrán llamarse hijas de tal padre ⁵³!

Primeras noticias de la primera guerra civil en Buenos Aires

Ya en la primera quincena del mes el Director Don Lemoyne había dicho a la Madre que rezara e hiciera rezar por las intenciones particulares de Don Bosco, porque se sabía por los periódicos que en Buenos Aires se atravesaba un momento difícil, por las extraordinarias sublevaciones políticas, y esto despertaba preocupaciones también por los misioneros.

La Madre lleva una pena punzante en el corazón, y en la proximidad de la fiesta de Don Bosco es la primera en decir a Don Lemoyne: «Vaya también usted a Turín; lleve nuestro humilde regalo al Padre, nuestros deseos y nuestras oraciones; pase la fiesta con los demás, ¡y quién sabe si, a su regreso, no podrá contarnos alguna cosa también de nuestras pobrecitas misioneras!».

Don Lemoyne no espera que se lo repita y va.

La Madre, a las Hermanas de Catania

La Madre entretanto, con el espíritu en Turín, escribe a Sor Ursula Camisassa.

¡Viva Jesús y María!

Mi buena Sor Ursula y queridas Hermanas:

He recibido vuestras cartas y agradezco vuestras felicitaciones. Gracias, especialmente por las oraciones que habéis hecho por mí; que el Señor os lo pague y os colme de sus más selectas bendiciones.

Sí, mis buenas y queridas hijas, ¡si supieseis cuánto me acuerdo de vosotras! No pasa un momento que mi mente no esté a vuestro lado, y muchas veces siento pena de no teneros cerca. Pero paciencia. Ya llegará el día en que estemos siempre unidas en el cuerpo y en el espíritu. Por ahora contentémonos con encontrarnos sólo en espíritu y dialoguemos en el Corazón de Jesús: decid muchas cosas por mí cuando os encontréis unidas en este adorable Corazón, especialmente cuando vayáis a recibirle en la santa comunión.

Os aseguro que rezo siempre por vosotras en particular, especial-

⁵³ De declaraciones verbales y escritas de Sor Elisa Roncallo y Sor Catalina Daghero.

mente cuando lo recibo en mi corazón. Le pido que os dé esas virtudes tan necesarias, como la humildad, la caridad, la paciencia... Sí, mis queridas hijas en Jesús, tened ánimo: Jesús os quiere mucho. Es verdad que alguna vez tendréis que sufrir penas y sinsabores, pero el Señor quiere que llevemos alguna cruz en este mundo. El ha sido el primero en darnos ejemplo de sufrimiento; por lo tanto debemos seguirle, sufriendo con valor y resignación. Estad seguras de que aquellas a las que Jesús regala mayor sufrimiento son las que están más cerca de él, pero debemos hacerlo todo con pureza de intención, para agradecerle a El sólo, si queremos recibir el premio.

Siento que no estés muy bien de salud. Ten cuidado y provee todo lo que haga falta. Me han dicho que por ahí hace mucho calor, resguardaos todo lo que podáis. Siento que la señora Duquesa se haya enfadado con vosotras, pobres hijas, pero no sufráis, las rosas florecen a su tiempo; primero echan las espinas, y así os ha sucedido a vosotras, ¿no os parece? Estad alegres, que las cosas de este mundo pasan.

Me olvidaba de daros las gracias por las cien liras que me habéis mandado; me habéis dado una alegría. Me hacen mucha falta, pues hay muchos gastos con los albañiles; muchas gracias.

Ahora os daré noticias de todas nosotras que, gracias a Dios, estamos bien, excepto la pobre Madre Economa. Hace unos veinte días que está muy mal y el médico ha dicho que tiene una enfermedad difícil de curar. Pobre Madre Economa, rezad un poco por ella. ¡Cuánto sentiría que el Señor se la llevase!, pero ¡paciencia!

Sor Ursula, escríbeme un poco más a menudo. Os saludo a todas, recomendándoos la alegría y el valor. Muchas cosas de mi parte a las niñas; decídes que recen un avemaría por mis intenciones.

Todas las Hermanas, postulantes y educandas os saludan con un ¡Viva Jesús!, respondedles.

No acabaría de escribiros, pero he llegado al final del papel, así es que por esta vez lo dejo aquí. No sé si entenderéis esta carta; la he escrito sin pasarla a limpio, pero vosotras ya sabéis que no sé escribir y por eso tendréis que estudiar para entenderla. Que Dios os bendiga y os consuele a todas. Creedme siempre vuestra

Afma. en Jesús, la Madre,
la pobre Sor M. MAZZARELLO ⁵⁴

Nizza, 24 de junio de 1880

Muchos saludos a la señora Duquesa de mi parte.

⁵⁴ Original autógrafo en el Arch. Gen. FMA.

Don Lemoyne trae noticias de Valdocco

A su regreso a Nizza, Don Lemoyne viene empapado de Valdocco.

Da las noticias hermosas y grandes de la fiesta onomástica del venerado Padre, que a todos ha dirigido palabras que habrá que virirlas y hacerlas revivir *in aeternum*. Ciertamente vendrán reproducidas en el *Bollettino*, y entonces podrán ser transmitidas como sagrado recuerdo del Padre amadísimo.

«Entretanto, nosotros —dice el Director— comuniquemos a las personas más próximas lo que recibimos en las casas de Don Bosco, porque, mientras otros van a las misiones de América en busca de almas que salvar, nosotros debemos ser la luz y la sal de Dios en la patria, donde tampoco faltan los enemigos de todo bien. Así nos quiere Don Bosco, que no tiene otro deseo que el de poblar el cielo de santos y dejar desierto el infierno.

Todos los hijos de Don Bosco deben ayudarlo en la regeneración de la juventud, todos cooperar para tener familias y pueblos verdaderamente cristianos; todos deben mostrarse formados en la escuela de la dulzura, de la mansedumbre de San Francisco de Sales, y sembrar todos la buena semilla en el propio campo, para que produzca flores y frutos de santidad ⁵⁵»

En voz baja, le dijo el Director a la Madre que la Virgen ha salvado a Don Bosco de un nuevo atentado contra su vida. Desgraciadamente se trata de un ex-alumno del Oratorio, comprado por la masonería, pero tan adicto a Don Bosco que no ha tenido el valor de ejecutar lo que se le ha mandado. Presa del remordimiento se echó en el Po, pero lo han salvado, y ahora Don Bosco está daudo los pasos prudentes y oportunos para ponerlo a salvo, fuera de Italia. Una vez más se manifiesta el corazón de Don Bosco y la continua protección de la Virgen sobre él.

«En cuanto a la revolución de Buenos Aires —sigue diciendo en voz baja Don Lemoyne—, continuemos rezando. Desórdenes y peligros, muchos, pero la Virgen también está allí: confiemos en ella.»

Carta de Sor Magdalena Martini a Don Bosco

Don Lemoyne presenta también la carta de Sor Magdalena Martini a Don Bosco, recibida en préstamo a condición de devolvérsela

⁵⁵ Relación de Sor Elisa Roncallo.

en seguida, para ser publicada eventualmente en el *Bollettino* ⁵⁶.

Es una carta de felicitación y de noticias resumidas: la Madre se la hace copiar, para releerla y hacer de ella tema de exhortaciones a las Hermanas.

Reverendísimo y amadísimo Padre en Jesucristo:

Estamos en 1880. Nosotras, pobres hijas de América, esperábamos tener la hermosa suerte de tenerlo en este año, para celebrar en su presencia su fiesta onomástica. Pero es inútil esperar esta gracia, y tenemos que hacer este sacrificio y tener paciencia. A pesar de esto, no podemos por menos de desear a V. S. muchas felicidades espirituales y materiales; muchos años de vida para nuestro bien y el de muchas otras almas. Estas cordialísimas felicitaciones se las presentamos también en nombre de miles de jóvenes americanas, que frecuentan nuestras casas, que lo aman también como a su padre, apenadas de no conocerlo más que por referencias.

Nosotras le hemos dado las gracias y se las damos de nuevo por el favor que nos ha hecho mandándonos a estas tierras. ¡Cuánto bien haríamos, si fuéramos capaces y cuántas pobres niñas podríamos salvar! ¡Cuántas gemas hermosas para engarzar en nuestra corona!

Rece, amado Padre, para que podamos corresponder a las gracias recibidas, y no nos desanimemos nunca.

Si no temiéramos ser indiscretas, querríamos suplicarle que, al no poder venir a vernos, nos enviara al menos por escrito algunas palabras suyas, siempre aptas para infundir en nuestros corazones estímulos al bien y deseos de virtud. Ya sabemos que V. S. está asediado por continuas ocupaciones, pero no podemos ocultarle este nuestro deseo, que esperamos será satisfecho por su paternal bondad.

No le disgustarán algunas noticias nuestras.

Tenemos buenas noticias de la Patagonia. Nuestras Hermanas de allí nos escriben que están muy contentas de su situación, de poder dar clase e instruir a un buen número de aquellas pobres niñas y prepararlas para recibir los santos Sacramentos.

Las Hermanas de La Boca tienen ya centenares de niñas en la clase, y el progreso que hacen en la virtud hace creer que sus trabajos son bendecidos por el Señor. Un buen número de ellas, más bien mayores, fueron admitidas a la primera Comunión. ¡Qué dulces consuelos

⁵⁶ Relación de Sor Luisa Boccalatte. La carta está publicada en el *Bollettino Salesiano* de agosto de 1880, año IV, n.º 8, pág. 6.

para ellas y para nosotras! Son alegrías que el mundo no puede dar y que nosotras mismas somos incapaces de expresar, pero tan grandes que nos compensan abundantemente de los sacrificios hechos por amor de Dios y por el bien de las almas. Las jóvenes del mundo, que gocen si quieren de sus placeres mundanos; nosotras no cambiaremos nunca el más mínimo de los nuestros por el mayor de los suyos.

En Las Piedras se da también clase, pero el número de niñas no es todavía conforme a nuestros deseos, aunque es superior al del año pasado. En Villa Colón, por la escasez de Hermanas, se va adelante como mejor se puede.

También en San Carlos escaseamos de personal, y no podemos atender a todo el trabajo. Hace unos dos meses entraron dos postulantes, las cuales dan buenas esperanzas, pero es poco para nuestras necesidades presentes. Estas tierras son estériles de vocaciones religiosas, y por eso le pedimos, reverendísimo Padre, que apresure la expedición de otras Hermanas en nuestra ayuda. ¡Qué regalo nos haría si mandase a acompañarlas a nuestra reverendísima y amadísima Madre General!

Estoy al final del papel, y debo terminar. Encomiendo a sus oraciones a mis familiares. Imploro para mí y para todas las Hermanas americanas su paternal bendición, y con todo respeto me profeso de usted, reverendísimo Padre

Obligadísima hija en Jesucristo
SOR MARÍA MAGDALENA MARTINI

Almagro, 5 de mayo de 1880

Sor Elisa Roncallo, en Alassio para reponer su salud

Sor Elisa Roncallo había escrito ya para la fiesta de Pentecostés a su madre que estaba un poco molesta a causa de una glándula, necesitada, quizá, de una cura marina, y el 18 siguiente escribía de nuevo: «... Muchas gracias por el papel que me ha mandado; puede ser que dentro de unos días o quizá a fin de mes vaya a Alassio, por mi glándula, que no quiere curarse: ¿podrías entre todos pagarme el viaje...? ¡Esta ida a Alassio me cuesta tanto...!».

Ahora, al terminar el mes de junio, durante el trabajo más fuerte del año escolar, debe dejar realmente Nizza para ir a la Liguria. La acompaña la debilucha Sor Teresina Mazzarello con una educanda.

Desde Alassio Sor Elisa se dirige otra vez a su buena madre: «Estoy en Alassio. Este año la fiesta de la Madre Superiora no se celebrará en Nizza el 6 de julio, como de costumbre, sino el 15. ¡Cuánto siento

no poder estar! ¿Le mandará para aquel día un cesto de ciruelas?».

Se entiende que la divina lección de «pedid y recibiréis» ha sido bien entendida por Sor Elisa, y verdaderamente los oportunos y frecuentes actos suyos de humildad le producen otros tantos medios de caridad, fin único al que ella mira, según los ejemplos del venerado Padre Don Bosco.

Bendita ella, que sabe encontrar Cooperadores y Cooperadoras, para aliviar de las preocupaciones materiales a sus Superiores, aumentar el número de jovencitas beneficiadas en la casa y ayudar a las vocaciones pobres; en fin, para atraer a las oratorianas a la frecuencia de la catequesis y enjugar muchas lágrimas entre personas de cualquier condición a las que se acerca para elevarlas a Dios.

Este modo suyo de actuar no es más que una parte del programa de Don Bosco, que lo expuso también en la conferencia dada por él en San Benigno el 4 del pasado mes de junio ⁵⁷.

Durante la ausencia de Sor Elisa Roncallo, las educandas de Nizza están bajo una más directa dirección de la Madre Emilia, coadyuvada para la disciplina general y el taller por la Madre Enriqueta, y para la enseñanza, por Sor Magdalena Morano.

Borgo San Martino celebra el tercer centenario de la primera comunión de San Luis Gonzaga

Las niñas estudian con verdadero provecho, dando pruebas consoladoras de sólida piedad, y sobre algunas de ellas parece que descansa la mirada de Dios para llamarlas a seguir a la Reina de las vírgenes. A ello han contribuido las cálidas alusiones, hechas por los Superiores y por las Superiores y maestras, a la figura de San Luis Gonzaga, propuesto este año a la juventud católica de todo el mundo para la celebración del tercer centenario de su primera comunión.

Borgo San Martino ha celebrado solemnemente el 1 de julio, con intervención extraordinaria de Cooperadores y Cooperadoras monferratinos. Estaba presente el obispo diocesano monseñor Ferré, y también Don Bosco. Lo escriben las Hermanas que, entre líneas, explican toda la solemnidad, todo el gozo del espíritu al haber podido ver —aunque sólo sea por poco tiempo— a Don Bosco; y dejan entrever también el trabajo derivado de ello. ¡Queridas Hermanas!, son verda-

⁵⁷ Una relación resumida de la conferencia está publicada en el *Bollettino Salesiano* de julio de 1880, año IV, n.º 7, págs. 12-13, y en *MB XIV* 540-542.

deramente generosas e infatigables en el sacrificio escondido, en estas circunstancias especialmente; y el querido Padre lo debe comprender, porque no las deja nunca sin una buena palabra y una misa en su capillita.

Rasgos de comprensión materna

En estos días de calor, quien siente mayormente la postración física es Sor Pacotto a la cual, aun dándole siempre un poco más en la comida ordinaria, se le concede también la excepción de la merienda. A pesar de todo se siente desfallecida, hasta el punto de que, desvelándose entre las once y las doce de la noche, sufre hasta la mañana siguiente, sin poder conciliar el sueño.

Manifestando su penosa indisposición a la Madre, pregunta: «¿No será una tentación del demonio?». La Madre la mira con bondad y le dice: «No importa, esta noche cuando te despiertes, ve a la cocina, encontrarás lo que necesitas y tómallo en santa paz».

—¿Pero, y la comunión?

—Esto déjame a mí.

A las once de la noche, con una suave llamada a la puerta del dormitorio, se ve entrar a la novicia Sor Lucía Garino, que es la ayudante de la enfermera, con una linterna, una taza de leche y una rebanada de pan, diciendo: «¡La Madre Superiora desea que lo tome todo!».

Tal caridad materna perdura hasta que desaparece la fastidiosa postración de la querida Sor Josefina.

Para otras que, especialmente en los días de vigilia y de ayuno, hacia las diez piden salir del taller a tomar un poco de fresco, la Madre tiene una idea distinta: «¡Pobrecita, tienes necesidad de comer, no de tomar aire fresco! Vete a la cocina a que te den alguna cosa; después vete también a pasearte un poco, si sientes aún la necesidad!».

A las Hermanas del Uruguay

También por las cartas siguientes resalta el corazón materno, que responde a las hijas y Hermanas del Uruguay ⁵⁸.

⁵⁸ Las cinco cartas siguientes, todas de fecha 9 de julio de 1880, son autógrafas y se conservan en el Arch. Gen. FMA.

Mis buenas y siempre amadas hijas en Jesús, de Villa Colón y de Las Piedras:

Me da alegría recibir carta de las Hermanas de las diversas casas, pero las que recibo de América me hacen sentir algo que no sé explicar; parece como si el tiempo y la distancia en vez de disminuir aumentaran el afecto que siento por cada una de vosotras.

Imaginaos, pues, la alegría que me han dado vuestras felicitaciones. Sí, espero que el Señor escuchará vuestras oraciones y me concederá todas las virtudes que necesito para cumplir bien con mi deber. Me decís que de ahora en adelante no queréis ser religiosas de nombre, sino de hecho: ¡Muy bien! Seguid adelante de este modo; pensad que el tiempo pasa lo mismo en América que en Italia y pronto llegará la hora que decidirá nuestra suerte. Dichosas nosotras si hemos sido verdaderas religiosas; Jesús nos recibirá como un esposo recibe a su esposa. Pero para ser verdaderas religiosas es preciso ser humildes en todas nuestras obras, no sólo de palabras sino de hecho; hemos de ser exactas en la observancia de nuestra santa Regla, hemos de amar a todas las Hermanas con verdadera caridad, respetar a la superiora que Dios nos dé, sea la que sea...

¿Pero, qué estoy haciendo? Sin darme cuenta os estaba echando un sermón en vez de daros las gracias por vuestras felicitaciones. En agradecimiento he pedido a toda la comunidad que ofrezca por vosotras la santa Comunión, ¿estáis contentas?

Deseáis saber cuándo iré a haceros una visita. Yo quisiera ir en seguida, pero hasta que no me manden no puedo ir. Don Bosco y Don Cagliero me han prometido que me dejarán ir, pero no sé cuándo será... Pedídselo vosotras a los Superiores: a Don Cagliero o a Don Bosco. Después, estad seguras de que, si es voluntad de Dios, seguro que iré. Pero si el Señor no permite que nos veamos en esta vida, nos volveremos a ver en el cielo, ¿no es cierto? Cuando recibáis esta carta tal vez estemos empezando los santos Ejercicios: rezad para que todas los podamos hacer bien. Si queréis venir os iremos a buscar a Génova. Reza también por un buen número de jóvenes que en estos días harán la santa vestición. Reza mucho por la Madre Economa, ya sabréis que está enferma: pues bien, hasta ahora no ha mejorado nada, sólo la Virgen puede curarla, pedídselo de corazón. Las demás, gracias a Dios, estamos todas bien, excepto ella; también en las demás casas están bien, en general.

No me detengo a contaros la hermosa fiesta que hicimos a María

Auxiliadora; os diré sólo que la hemos celebrado con la mayor solemnidad. Hubo dieciséis vesticiones, con misa cantada y vísperas con música. Parecía una de aquellas fiestas que se hacían cuando estábamos en Mornese; alguna de vosotras se acordará todavía. Termino, porque quiero contestar a las Hermanas; os recomiendo que os queráis, que tengáis confianza con la Directora o con quien hace sus veces, y procurad hacer todas las cosas con el único fin de agradecer a Dios.

Mis saludos al reverendo Director y encomendadme a sus fervorosas oraciones. Todas las Hermanas os mandan un millón de saludos y se encomiendan a vuestras oraciones. Rezan siempre por vosotras. Os deseo las bendiciones del cielo y me profeso vuestra

Afma. Madre en Jesús
la pobre Sor MARÍA MAZZARELLO

Nizza, 9 de julio de 1880

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi querida Sor Teresina (Mazzarello):

¿Estás alegre? ¿Estás contenta de haber ido a América? ¿Aún tienes las fiebres...? Mándalas lejos, que tú no puedes estar enferma, tienes mucho que hacer, ¿no te parece? ¿Ya has hecho los Ejercicios? Debes estar muy fervorosa, serás un modelo de obediencia, de caridad y de exactitud en todo, ¿no es cierto? Está atenta a no dejar apagar el fuego que el Señor ha encendido en tu corazón en estos santos días; recuerda que no basta hacer buenos propósitos, sino que hay que ponerlos en práctica si queremos que el Señor nos prepare una hermosa corona en el cielo. Animo, pues, mi buena Sor Teresina: procura ser siempre humilde y sincera; reza mucho, pero de corazón; sé respetuosa con tus Superiores y con todos; haz tus obras como si fuesen las últimas de la vida y así estarás siempre contenta.

Tus padres están bien, te saludan y se encomiendan a tus oraciones, lo mismo que tu hermana Rosina, que sigue en Biella. Pide también mucho por mí, que yo no te olvido nunca. *Felicitación*, es decir, la Directora de Borgo San Martino, me encarga que te diga muchas cosas. Está alegre y procura que lo estén todas las Hermanas, de modo especial la nueva Novicia.

Te dejo en el Corazón de Jesús, que te bendiga a ti y a tu

Afma. Madre
la pobre Sor MARÍA MAZZARELLO

Nizza, 9 de julio de 1880

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi querida Sor Victoria (Cantù):

Es la segunda vez que me escribes y es preciso que te conteste. No creas que me he olvidado, no; estás siempre presente en mi corazón y te quiero lo mismo que cuando estabas conmigo en Mornese. ¡Qué a gusto iría a haceros una visita! Aunque estemos lejos podemos encontrarnos cada día en el Corazón de Jesús y allí dentro pedir una por otra, ¿no te parece, Sor Victoria?

Me dices que estás contenta y yo me alegro. Estás en un sitio donde puedes hacerte muchos méritos, si eres la primera en la observancia de la santa Regla, si tienes una gran caridad con las Hermanas y si eres humilde. Animo, es verdad que no somos capaces de nada, pero con la humildad y la oración el Señor estará cerca de nosotras, y cuando el Señor está cerca de nosotras todo va bien. No te canses nunca de practicar la virtud; dentro de poco estaremos en el cielo todas juntas. ¡Qué hermosa fiesta haremos entonces! Animo, pues, procura estar alegre y que lo estén también las Hermanas y las niñas.

¿Estáis todas bien? Tened cuidado de la salud. ¿Y Sor Gedda, está alegre? Dile que cuando os escriba otra vez le mandaré un escrito a ella. Entretanto que se anime y sea obediente; que rece por mí y que me escriba también ella.

Sor Victoria, acuérdate de decir que recen a menudo por nuestras Hermanas difuntas y no olvidéis las necesidades de nuestra amada Congregación.

Muchos saludos de todas, de modo especial de la Madre Vicaria y de la Madre Asistente. Rezad por mí, que en el Corazón de Jesús me confirmo vuestra

Afma. en el Señor
SOR MARÍA MAZZARELLO

Nizza, 9 de julio de 1880

¡Viva Jesús!

Mi buena Sor Laura Rodríguez:

Gracias por el escrito que me has mandado. No te conozco personalmente, y tal vez en este valle de lágrimas no tengamos el consuelo de conocernos, pero tengo la firme esperanza de que nos conoceremos en el cielo. Allí haremos una gran fiesta cuando nos veamos.

Has hecho la santa profesión: espero que la habrás hecho, ¿no?

Me alegro contigo de la hermosa gracia recibida de Jesús. Mi buena Sor Laura, procura corresponder a una gracia tan grande. Procura mantenerte firme en los santos propósitos que habrás hecho en el día de tu profesión. Te recomiendo que seas humilde, que tengas gran confianza con tus Superiores y no pierdas nunca la alegría que desea el Señor; estudia la manera de agradar a Jesús. Reza por mí que, aunque no te conozca, te quiero muchísimo. Te mando una estampa para que tengas un recuerdo mío. Animo, que estés alegre y te hagas pronto santa.

Que Dios te bendiga y te haga toda suya. Créeme siempre tu

Afma. en el Señor
la Madre Sor **MARÍA MAZZARELLO**

Nizza, 9 de julio de 1880

¡Viva Jesús y María!

Mis buenas y queridas niñas (de Las Piedras):

¡Cuánto me ha gustado vuestra hermosa carta y qué buenas sois al acordaros de mí y augurarme tantas cosas buenas! También yo, aunque no os conozca, os quiero mucho y rezo por vosotras para que el Señor os conceda todas las gracias y bendiciones que deseáis para mí. Rezad siempre por mí, que también yo rezo por vosotras, para que el Señor os haga crecer buenas, piadosas y obedientes.

Acudid con confianza a las Hermanas; decidles que os enseñen a amar al Señor y a aprender bien vuestros deberes de buenas cristianas. Huid siempre de las malas compañías y no vayáis más que con las buenas.

Sed muy devotas de la Santísima Virgen, nuestra ternísima Madre; imitad sus virtudes, especialmente la humildad, la pureza y el recogimiento; si lo hacéis así estaréis contentas en la vida y en la muerte. Tengo muchos deseos de ir a haceros una visita; rezad y si es voluntad de Dios iré, si no, nos veremos en el cielo y será mucho mejor. Sed buenas todas, para que todas podáis ir al cielo. Escribidme alguna vez; me dan mucha alegría vuestras cartas. Quered a vuestras maestras y a vuestras asistentes, pero sobre todo amad a Jesús y a María.

Como agradecimiento por vuestras felicitaciones quisiera mandaros una bonita estampa a cada una, pero ¿cómo hacer? Sois muchas y la carta pesaría demasiado; por esta vez se la mando a la que ha escrito la carta, ¿estáis contentas? Cuando vaya a haceros una visita, os la

llevaré a todas. Mientras tanto sed buenas y rezad por mí; os saludo a todas y en el Corazón de Jesús creedme vuestra

afma. Sor MARÍA MAZZARELLO

Nizza, 9 de julio de 1880

Noticias de la Argentina

Desde Buenos Aires comunican que, precisamente en la fiesta de María Auxiliadora, tuvieron lugar acontecimientos bastante notables: la profesión religiosa de la primera novicia americana Sor Laura Rodríguez; las dos primeras vesticiones religiosas argentinas de Sor Emilia Mathis y Sor Mercedes Stabler, que eran primas; la primera distribución de las Reglas impresas, llegadas finalmente allá con los últimos hermanos misioneros.

Por los escritos se traslucce la santa alegría experimentada aquel día al besar el querido librito, y los nuevos propósitos de perfecta observancia.

No hay noticias, en cambio, sobre la tormenta de la guerra civil, porque cuando las cartas partían, todavía no había llegado el funesto junio...

Ahora hay noticias de paz.

La Madre querría hacer gran fiesta, sabiendo que aquellas hijas suyas se han encontrado entre dos fuegos, pero... «mejor no alegrarse aún demasiado, para no correr el peligro de alegrarse demasiado pronto. Sigamos rezando, que no irá mal, ni a los vivos ni a los muertos durante la sublevación».

Y toda la comunidad reza de veras.

El día de la gratitud

El 15 de julio es el día de la gratitud. En vez de celebrarlo el día 6, onomástico de la Madre, se ha trasladado por motivos escolares, y también para celebrar juntos el onomástico de la Madre Enriqueta (15 de julio) y el de la Madre Emilia, cuyo día (en agosto) las educandas no estarán ya en casa.

La Madre Mazzarello se alegra de ello y dice: «¡Mucho mejor así! No soy yo sola la que trabajo con estas *hijitas*, y es justo que todas las Hermanas y Superiores vean reconocido su propio sacrificio: además, esto educa a las jóvenes a la gratitud».

Carta de la Madre a la novicia Sor Octavia Bussolino

La novicia Sor Octavia Bussolino, en Turín, se prepara desde hace tiempo y con gran fervor a ser misionera; por su excepcional piedad, por el celo y la robusta virtud, casi se le ha dado esperanzas, además de las misiones, del singular favor de la profesión perpetua sin más período de prueba. Ahora, al aproximarse el gran día, escribe a la Madre las aprensiones de su humildad, y la Madre responde solícitamente.

¡Viva Jesús!

Mi buena Sor Octavia:

Tu cartita me ha alegrado mucho, estoy muy contenta de que estés bien y de que trabajes y estudies, pero me gustaría también que estuvieses siempre alegre. No hay que preocuparse por el futuro; ahora piensa sólo en perfeccionarte en las virtudes, en el trabajo, en los estudios, y después, cuando llegue el momento de hacer el sacrificio, estáte tranquila, que el Señor te dará la fuerza necesaria para cumplir su santa voluntad. Aunque estés en Turín no te olvido y rezo siempre por ti. Además, vive serena, que por mi parte estoy contenta de que hagas los santos votos y creo que también lo estarán las demás. Prepárate, pues, a hacerlos bien y a convertirte en una verdadera esposa de Jesús Crucificado. Animo, está siempre alegre y reza también mucho por la Ecónoma. Saluda a todas las Hermanas y a tu Directora de mi parte. Haz una comunión por tu

Afma. en Jesús
la MADRE

(Nizza, julio de 1880)

Muchos saludos de todas las Hermanas, y en especial de la Madre Macstra y de la Madre Asistente ⁵⁹.

Clausura del año escolar

El 29, pasada la preocupación de los exámenes finales, se procede al solemne reparto de premios. Presiden Don Cagliero, que hace el discurso de ocasión, y Don Celestino Durando; ambos quedan muy

⁵⁹ Original autógrafo en el Arch. Gen. FMA.

satisfechos del aprovechamiento y de la seriedad de las alumnas. Las principales autoridades de la ciudad, eclesiásticas y civiles, los padres y conocidos que han acudido para la circunstancia, vuelven a sus casas encomiando la *Madonna*, donde hay Hermanas tan bien preparadas y totalmente entregadas al verdadero bien moral y cultural de sus hijas.

El día 30 el internado de Nizza está casi vacío de alumnas, porque todo debe estar a disposición de las señoras ejercitantes, a las cuales ya se les hizo la invitación en el *Bollettino Salesiano* ⁶⁰.

Llegada de las ejercitantes a Turín

Gran movimiento, por tanto, en la casa de Nizza, pero no menos en la de Turín, para los próximos Ejercicios de las Hermanas.

Mientras la Madre se pone en viaje para Turín, Sor Zoc Bianchi y Sor Angelina Sorbone se dirigen hacia Alassio para prepararse mejor a los próximos exámenes de magisterio superior, que tendrán lugar entre septiembre y octubre.

Las condiciones de la Madre no le consentirían darse como se da en seguida y enteramente a las Hermanas ejercitantes reunidas en Valdocco, pero las hijas de Nizza piensan: «Al menos allí estará bien cuidada y no le permitirán las facnas más pesadas de la casa; jestarà Don Bosco para obligarla a tener algún cuidado de su salud!». Porque ha pasado poco bien este último mes, sin permitirse ninguna excepción, firme en su principio: mientras se pueda, es mejor atenerse a la vida común.

El último día de julio —sábado— es el señalado para la llegada de las Hermanas ejercitantes; el domingo siguiente es precioso para pasarlo en oración delante de María Auxiliadora y también para dar inicio a las visitas de la *Porciúncula*, mientras no faltan los alegres saludos entre las que llegan y la Madre y las de la casa.

Según el pensamiento de Don Bosco la Madre concede un poco de esparcimiento, permitiendo a sus queridas hijas intercambiarse expansiones y noticias, si bien en voz moderada para no distraer a quien reza en la capilla, y con tal de que se esté bien atentas a no faltar a la caridad, sino que todo sea para común edificación.

La novicia Sor Rosa Cordara —la vivaracha Sor Rosa— ¡qué no hace y no dice al volver a ver a «su» Madre!

⁶⁰ *Bollettino Salesiano*, julio de 1880, año IV, n.º 7, pág. 3.

Le había pasado una de las gordas; debía y quería contárselo en seguida, y desde la puerta de entrada a la casa y la de la habitación de la Madre, no ve más que un paso y entra sin considerar ni el momento ni la conveniencia.

Saliendo de allí, se explaya en el patio: «¡Qué buena es la Madre! ¡Cada día es más buena! Creía que me iba a dar una riña y en cambio... Como había un obispo en la parroquia, la hermana del rector quería tenernos también a su lado para la limpieza de la iglesia y el servicio de la casa. Esto no es deber nuestro; para algún detalle, quizá hubiéramos podido ofrecernos, pero si no hemos pensado en ello..., ¿qué hacer? ¡Bueno! La señorita se quejó a la Directora que, toda mortificada, lo sintió tanto que hasta se puso mala y a la mañana siguiente quiso que fuera a pedirle perdón al Párroco, y él, buenísimo, preguntó: «¿Cómo está la Directora?». «¡Está enferma —respondí yo con sequedad— por la reprimenda de ayer! ¿Sabe que su hermana le llamó la atención porque no fuimos a ayudarla?».

El Párroco se mostró apenado por ello, y yo, arrepentida de haber hablado.

Al volver a casa, naturalmente, se lo conté todo a la Directora, que se mostró disgustadísima; y entonces... también yo me dolí de la imprudencia, quedándome con una gran espina en el corazón. Bueno. Yo no hacía más que suspirar por Turín y por la Madre, y cuando la he visto la he abrazado llorando, contándole con pelos y señales mi historia. ¿Sabéis lo que me ha dicho con su calma admirable después de haberme escuchado? «Hija mía, tú has tenido delante la santa Regla; no has hecho ningún mal. Podías haber sido más prudente, sí. ¡Oh la Regla, la santa Regla sobre todo!».

Los recreos con la Madre

El recreo después de la comida tiene casi el carácter de una información familiar sobre los continuos progresos de los dos oratorios de Chieri y de Turín y de sus asociaciones: el *Jardincito de María* en el primero y el de las *Hijas del Sagrado Corazón* en el segundo. Llevan a ello las mismas funciones desarrolladas por la mañana en la capilla de casa: cuánto fervor, cuántas comuniones durante el *ejercicio de la buena muerte* y para ganar las indulgencias de la *Porciúncula*. Esto prueba el celo que despliegan las Hermanas, bajo la guía de los Superiores. La misma Madre procura hacer preguntas en público, a fin de que todas estemos al corriente de las cosas de familia y unas aprendan

de otras el modo de santificarse y de hacer el bien a las almas.

Por esto durante los días de los santos Ejercicios se estrechan mayormente los vínculos de la caridad fraterna y de la afectuosa estima hacia los Superiores.

—¡Esta mañana ensanchaba el corazón la masa juvenil reunida en nuestra capilla!

—¡Sí, realmente! ¿Ninguna de vosotras se ha trasladado en espíritu a Chieri? ¿Quién ha leído el *Bollettino Salesiano* de junio, y especialmente el de julio sobre el oratorio de Chieri?

—Sí, sí. ¡Nos acordamos! Pero, ¿por qué, Madre, aquella relación terminaba hablando de «guerra»? ⁶¹.

Quien sabe algo hace como que no oye; la Madre interviene prontamente: «¿Y dónde no hay guerra? ¿Quién no la tiene en su propia casa?» ⁶².

El «Jardincito de María» en Chieri

—El *Jardincito de María* ¿continúa adelante en Chieri?

—Nosotras tenemos aún el *Jardincito de María*, introducido por la Directora Sor Rosalía Pestarino y dirigido por Don Bonetti. Cada grupo de doce tiene su *reina*; se intercambian las florecillas cada mes, y para nuestras *masné* va de maravilla; quizá otra asociación no daría tan buen resultado ⁶³.

Las «Hijas del Sagrado Corazón» en Turín

—Aquí en Turín, en cambio —interviene otra—, está en pleno vigor la asociación del Sagrado Corazón.

—Lo hemos visto esta mañana, pero explicad a las Hermanas cómo funciona.

—Este año, por el número de niñas, siempre en aumento, se han hecho dos divisiones: aspirantes, las de cinta verde, menores de quince

⁶¹ El *Bollettino Salesiano* de julio de 1880, en las págs. 10-11, en el artículo «Funciones edificantes en el oratorio de Santa Teresa», presentaba una amplia relación del mes mariano celebrado en Chieri y terminaba con este breve comentario: «... En cuanto a nosotros estamos en que el oratorio de Santa Teresa tendrá una suerte semejante a la del oratorio de San Francisco de Sales. Ya que habiendo tenido, y teniendo todavía la misma guerra, ¿por qué no tendrán también la misma victoria?».

⁶² Anexo n.º 1 d).

⁶³ El texto del reglamento para la asociación se conserva en el Arch. Gen. FMA.

años, e *Hijas* propiamente dichas con la cinta roja. Todas tienen el *reglamento* de la asociación, en el que tienen como un extracto de piedad sincera y generosa y todas las normas principales para una actividad llena de celo e industriosa, para hacer el bien no sólo en el oratorio, sino también en la familia y en la esfera de sus conocidos.

Para la admisión entre las *Hijas* se hace casi como para nuestras profesiones: canto del *Veni Creator*, formulario de preguntas y respuestas, imposición del distintivo y la presentación del reglamento, plática de ocasión, bendición con el Santísimo y canto final de un motete.

Después de las Vísperas de los días festivos casi todas las *Hijas* se quedan espontáneamente en la iglesia, para rezar juntas el acto de consagración ante la estatua del Sagrado Corazón, iluminada por las velas, compradas con el fruto de sus pequeñas renunciaciones.

Este año el Padre Cagliero ha introducido una bonita innovación: ha elegido doce de entre las *Hijas* más ejemplares, dándoles el título de apóstoles, para que hagan en el campo femenino lo que la *Compañía de la Inmaculada*, de la que fue primer presidente Domingo Savio, hace en el campo masculino, especialmente en el Oratorio de Valdocco. Las apóstoles se conocen entre ellas, pero no deben darse a conocer de las demás; por esto incluso las conferencias especiales para ellas no tienen ni lugar, ni día, ni hora fijados.

Dicen que con este medio se conseguirán vocaciones estupendas.

Las «Hijas de María» en Bordighera y en Nizza

—Madre, en Bordighera y en Nizza ¿cómo hacen con las Hijas de María?

—En Bordighera, Sor Adela David intenta organizar las Hijas de María con un reglamento que ha esbozado ella y que el Director de allí y el de Turín le han dicho que lo ponga a prueba ⁶⁴.

En Nizza tienen ya la *Pía Unión de las Hijas de María* como la de Roma: entretanto se hace la prueba. Los Superiores ya han dicho que, con el tiempo, se probará tener una asociación única para todas.

Entretanto, mis queridas Hermanas —concluye la Madre—, hagamos tesoro de todo; no sé si las que vendrán después de nosotras tendrán las ayudas que nosotras tenemos ahora. Después de la visita, la que quiera, que vaya un par de horas a ver qué se hace y cómo se hace con estas niñas.

⁶⁴ El correspondiente reglamento se conserva en el Arch. Gen. FMA.

Los Ejercicios Espirituales. Recomendaciones de la Madre

El momento de la reunión para el retiro anual —tarde del 2 de agosto— ya ha llegado. Los predicadores de los Ejercicios son el Director General Don Cagliero y el salesiano Don Ascanio Savio, los cuales van a porfía en instruir a las almas sencillas y buenas que les escuchan, y en los respectivos confesionarios están siempre a disposición de las ejercitantes. Don Cagliero, en nombre de Don Bosco, recibe también en coloquio privado.

A la clausura se celebran siete primeras profesiones, una renovación y veintiuna profesiones perpetuas.

Muchas de las participantes a esta tanda de Ejercicios Espirituales han dejado por escrito sus memorias:

Nuestra Madre, aunque muy delicada de salud, no falta a ningún recreo. En las breves *buenas noches* nos hace recomendaciones prácticas y sentidas.

Nos dijo, por ejemplo: «Por amor a la Virgen de las Nieves, en cuyo día tuvo comienzo nuestro Instituto, tengamos en gran estima la castidad. Por eso, suma reserva en las miradas, al despojarnos y al vestirnos, no digamos una sola palabra que no se diría entre los ángeles; en la cama estemos acostadas y cubiertas como quisiéramos que nos encontraran en punto de muerte; atentas especialmente cuando se está enferma. En la mesa evitemos la saciedad, si queremos tener frenadas las pasiones. Atentas a no permitir que se nos acerque demasiado, ni siquiera los niños y niñas; evitemos los besos, los abrazos y el tomarlos de la mano o del brazo. En fin, seamos verdaderas imágenes de la Virgen, como nos quiere Don Bosco».

Mientras la Madre habla, muchas de nosotras se dicen en voz baja: «está haciendo su retrato».

Don Cagliero dice que el corazón trata siempre de sustraerse a toda norma, no quiere bridas. Y la Madre, en las *buenas noches*, remacha: «Cuando el corazón encuentra la verdadera caridad en casa, entre Hermanas y Superiores, no busca nada más, pero si no existe esta caridad, se vuelve un caballo loco. Caridad, pues, caridad, y que sea esta la flor que presentemos a Jesús en cada comunión, y la gracia que le pidamos cada vez que lo vamos a visitar.

Algunas de vosotras se entristecen porque no sienten el fervor del alma. Este no puede darse, si falta el espíritu de mortificación y

de sacrificio. En la comunión de mañana preguntemos a Jesús cuál es el motivo de nuestras frialdades en la piedad; escuchemos bien y pongamos remedio».

—La Madre —se comenta— nos ha descubierto su secreto para ser siempre fervorosas.

—Nuestra Madre debe tener un corazón de niña con los Superiores y con el confesor, porque no deja de recomendar la sinceridad en las confesiones y la confianza con los Superiores.

Informaciones sobre la vida en Saint Cyr

Se había sugerido a las Hermanas de Turín que evitaran preguntar respecto a la casa de Saint Cyr hasta el final de los Ejercicios. Pero ahora la Madre pide a la novicia Sor Alejandrina Hugues que cuente algo para animarnos a todas al espíritu de pobreza y de sacrificio. Y Sor Hugues, con su lengua, medio francesa medio italiana, narra: «Cuando llegamos a Saint Cyr, había sólo tres huérfanitas y cinco Hermanas terciarias, incluida la que hasta entonces había hecho de Superiora y que hace todavía todos los servicios al Padre Vincent, el Fundador del orfanato. Fuimos muy bien recibidas, especialmente por madame... ¡pobreza! La comida, había que ir a buscarla, pero no para comprarla, sino para recibirla por caridad.

Así lo habían hecho siempre las otras Hermanas, y así teníamos que hacerlo también nosotras. La pobre Directora aún no sabía hablar francés y apenas lo entendía, por eso la primera semana la acompañó a la ciudad más cercana una de las Hermanas terciarias de la casa, ya conocida por todos y muy buena con nosotras. Para tomar el tren hacía falta dinero, y dinero no lo había. Entonces llevaron a vender un poco de verdura a los colonos vecinos con lo cual pudieron conseguir el billete. Subieron muchas escaleras, pero con poca suerte: apenas lo necesario para volver a casa.

Una señora, al darles unas monedas, les había augurado buen provecho, pero ¿dónde? ¿con qué...? A la pobre Directora se le saltaba el corazón y la señora le preguntó:

—¿Se siente mal?

—No, respondió la compañera, pero no hemos desayunado y no sabemos cómo arreglarnos.

Entonces recibieron algo y continuaron pidiendo hasta la noche. Pudieron comprarse el pan para la semana, alguna otra cosita más necesaria, y pagarse el billete del tren.

La carne en Saint Cyr apenas se ve los domingos, matando un conejo; al carnicero sólo fuimos para la fiesta de María Auxiliadora. Nuestra mesa puede contar únicamente con unas pocas judías, patatas y bacalao. Si se sirve un huevo a la Directora, cuando se la ve más cansada, ella se lo pasa a las otras. Nunca se queja de nuestra pobreza, y es siempre la primera en el trabajo. Para poder tener alguna entrada más, ha puesto gusanos de seda y los cuida ella sola. Según la estación, se recogen violetas moradas y siemprevivas, que crecen en abundancia en las colinas; se vanean olivos y almendros, y se lleva todo a vender para proveer de lo necesario para vivir.

Ya se sabe que durante el tiempo de las castañas una de las terciarias, con su cabriolé tirado por el borriquillo, va por las familias del vecindario a que le den algunas. Estas son luego la providencia para el invierno. Y lo mismo con el maíz, el trigo y la fruta del tiempo.

La encargada de la cocina es Sor Enriqueta Telesio; ella es la que más tiene que sufrir, creo yo, cuando no tiene lo necesario. Un día se sintió mal y entonces fue la Directora a snplirla, pero ¡pobrecita!, debió encontrarse en verdaderos apuros, porque no sé cuántas veces subiría las escaleras para consultarle a Sor Enriqueta y conseguir llevarle una buena sopa.

Una vez vino a vernos el prefecto de la casa salesiana de La Navarre. ¡Qué apuros pasamos pensando si se quedaría a comer! Y ¡qué fiesta cuando le vimos irse! No había nada para darle...

La Directora no es que esté bien, siente la humedad y después de lavar tiene fuertes dolores en los brazos; las muclas le dan un poco que sufrir y también sus frecuentes dolores de cabeza, pero los trabajos más pesados de la casa —como la limpieza de los suelos— los hace ella.

Es muy querida por las huerfanitas, que son ahora en mayor número, y ha sabido ganarse también a las terciarias, que están a punto de pedir ser religiosas como nosotras. El Director la mortifica con frecuencia, incluso delante de nosotras, por cosas insignificantes, pero cuando ella no está nos dice a nosotras: "Queredla, porque es un alma santa. Yo la pruebo así, porque me parece que el Señor la prepara para algo grande; imitadla lo más que podáis y consoladla con vuestra obediencia". Nosotras estamos muy a gusto con ella, y no sé lo que haríamos para que estuviera contenta».

No eran pocas las Hermanas de Turín que, mientras Sor Alejandra hablaba, dejaron escapar alguna lágrima. La Madre gozaba al oír este elogio de su hija lejana, y antes de terminar el recreo dijo: «He querido que os contaran estas cosas, para que sepáis que la vir-

tud no está en ser buenas sólo cuando todo nos va bien, sino sobre todo cuando las cosas nos faltan o nos salen mal, y que el afecto a las Superiores no se manifiesta con palabras, sino con hechos, como hace Sor Catalina, que sufre y reza, sufre y calla, sufre y sonríe.

Ahora, si dejase contar también cosas de La Navarre, Sor Rosa Ferrari podría entretenernos quién sabe cuánto, pero por hoy basta: preparémonos todas a sufrir mucho por Nuestro Señor Jesucristo, porque quien más sufre más ama y más santo se hace»⁶⁵.

Nueva vocación asegurada por Don Bosco

Un día se presentó a la Madre una tal Ursulina Rinaldi, enviada por Don Bosco. La Madre repite a las Hermanas la relación hecha por la joven. No sabía decidirse a hacer la petición para ser Hija de María Auxiliadora, aunque sentía fuerte la llamada del Señor. Viendo cómo las Hermanas tomaban parte activa en los juegos y en el recreo de las oratorianas, dudó de poder resistir entre nosotras, a causa de un dolor y de una hinchazón que le sobreviene en el pie derecho después de un paseo o de cualquier trabajo que requiera estar de pie, hasta el punto de tener que guardar cama un día entero. Aconsejada por la buena Directora Sor Pierina Marassi, antes de ayer por la mañana se presentó a Don Bosco en la sacristía, donde estaba confesando a los jóvenes, y le expuso su caso. Don Bosco la miró de un modo especial... y después le dijo que necesitaba más fuerza de voluntad, que su mal no era nada, que él necesita Hermanas buenas, para mandarlas muy lejos. La mandó arrodillar para rezar con él el *avemaría* y le dio una bendición, añadiendo: «Preséntate a la Madre Mazzarello, que se encuentra en estos días en Turín, dile que Don Bosco te manda, para que te admita entre las Hijas de María Auxiliadora».

—Don Bosco —comenta la Madre— ya me había hablado sobre el particular, de ahí que la admití para este otoño. Mirad cómo Don Bosco nos manda más Hermanas y para mandárnoslas obliga a la Virgen a hacer gracias especiales.

—Ahora —añade—, veamos si las que han recibido la visita de Don Bosco recuerdan las palabras de nuestro Padre.

—En Alassio, Madre, nos dijo que fuéramos santas de veras, mediante la práctica de las Constituciones y especialmente mediante el es-

⁶⁵ De diversas relaciones de Sor María Maccagno, Sor María Gastaldi, Sor Luisa Boccalatte, Sor Delfina Guido, Sor Sofía Miotti y otras contemporáneas.

píritu de piedad. Le pedimos que bendijera a una de nosotras que estaba en cama y que no llegábamos a hacer su parte; la bendijo y se curó en seguida. Antes de despedirse bendijo a toda la comunidad y nos dejó este pensamiento: «¡Animo, hijas; descansaremos en el cielo, pero ahora es preciso trabajar, trabajar mucho!».

—En Niza Marítima Don Bosco pasó y volvió a pasar, pero no sé si alguien de nosotras pudo acercarse a él o hablarle. Todos los Superiores nos decían: «¡Tiene tanto que hacer!». Yo, en cambio, tenía muchas ganas de verlo de cerca; lo había visto una sola vez de lejos y le pedí al Director de la casa que nos lo trajera. Lo prometió, pero al día siguiente vino a decirnos: «He cumplido vuestro encargo, y Don Bosco, suspirando, me ha dicho: "Dí a las Hermanas que no estamos hechos para vernos, ni para hablarnos en este mundo, sino para estar siempre juntos en el cielo"».

Todas se sonríen, incluida la Madre, que concluye: «¡Pobre Don Bosco!, también él hace lo que puede».

Muerte de Don Bodrato

La Madre debe haber llorado, porque tiene los ojos muy enrojecidos al comunicarnos la noticia telegráfica de la muerte del Inspector de América, Don Bodrato. Y añade: «Me lo decía el corazón, que no debía alegrarme demasiado con la noticia de que la guerra civil de Buenos Aires había terminado. Aquellas pobres hijas, Don Costamagna y los demás, quién sabe cuántas cosas habrán visto y pasado en aquellos días y cuánto sufrirán aún. ¡Recemos por los vivos y por los difuntos!».

Don Bodrato era también él de Mornese, y, además, era algo así como el Don Bosco de Buenos Aires. Por ahora no se tienen noticias detalladas de esta inesperada muerte. Se habrán de esperar noticias más precisas de Don Costamagna ⁶⁶.

Los «recuerdos» de Don Cagliero

La mañana del día 10, después de la plática de los *Recuerdos* de Don Cagliero, cada una de las ejercitantes regresa a su propia casa y

⁶⁶ El *Bollettino Salesiano* de octubre de 1880, año IV, n.º 10, publicará noticias detalladas, la carta de pésame del obispo de Buenos Aires, y una relación de Don Costamagna (págs. 1-4).

propio oficio con el alma rebosante de santos propósitos: «Así como la reina Ester salvó a su pueblo con las súplicas dirigidas al rey Asuero, así cada Hija de María Auxiliadora debe salvar a muchos pecadores y conducir al cielo a muchas almas con sus oraciones, su amor a Jesús y sus sacrificios».

El primer sacrificio es, entretanto, el de tener que marchar todas sin haber visto ni un solo momento al venerado Don Bosco, que dicen que está sobrecargado de trabajo, de preocupaciones y de sufrimientos. En el círculo más estrecho de las mayores, se dice incluso que le han sido promovidas acusaciones ante la suprema autoridad eclesiástica ⁶⁷, y que la guerra contra las comunidades religiosas en Francia no dejará ilesos a los Salesianos ⁶⁸.

Muere la novicia Sor Ana Mora

Entre el 10 y el 11 las Hermanas se van casi todas.

La Madre vuelve a Nizza, con el tiempo justo para recibir los santos votos de la novicia Sor Ana Mora, ya en la agonía. La existencia de esta criatura fue toda dolor; quizá los años más serenos fueron los tres que pasó, pobre y huérfana, en la casa de la Virgen en Nizza Monferrato. Después de muchas insistencias logró ser admitida como postulante; con gran fuerza de voluntad se mantuvo en pie a pesar de su escasa salud, en una actividad y observancia sumamente edificantes, y ahora, en medio de una dulce sonrisa, su alma abandona este destierro.

Preparativos para los Ejercicios de las señoras

Cumplido su acto materno junto a la moribunda, la Madre va a asegurarse sobre los preparativos para hospedar a las cien señoras ejercitantes.

Las Hermanas se han *arreglado* realmente: teniendo que ceder las camas y las habitaciones, se han llevado un poco de paja al desván; entre las mayores hay quien se ha provisto de un saco con dos aberturas a los lados para sacar los brazos, disponiéndose a dormir así, en el suelo

⁶⁷ Se alude a la cuestión suscitada por la Curia de Turín por la publicación del opúsculo sobre las «gracias prodigiosas y milagros» obrados por intercesión de María Auxiliadora. Cfr. MB XIV 522. 797-798.

⁶⁸ Cfr. MB XIV 593 y ss.

limpio y fresco. Para las que no encuentran sitio en la *Madonna*, está la llamada *Bruna*, sobre la colinita de enfrente, propiedad de la novicia Sor María Terzano.

A la Madre no se le permite en absoluto semejante *cucaña*; entonces, para dar también ella su contribución de caridad, da orden de que en su habitación, se alojen también la Madre Emilia y Sor Sampietro, que debe estar preparada para ir a Francia; ésta, en el primer momento, presenta alguna oposición, por vergüenza, pero la Madre la amonesta benévola y la persuade.

«Una cosa muy hermosa»

Durante la noche Sor María no debe haber dormido mucho, al pensamiento de encontrarse entre dos superiores, y a la mañana siguiente cuenta a las amigas: «Esta noche la Madre ha hablado algunas veces, y hacia el amanecer se ha puesto a gritar de alegría. Después le ha dicho a la Madre Asistente: "¿He molestado mucho? He soñado una cosa muy hermosa. He visto a Santa Inés con una legión de vírgenes que la seguían cantando"».

Yo —concluye Sor Sampietro— me dije: "Madre querida. Eres tú nuestra Santa Inés y nosotras el coro numeroso de tus vírgenes"».

Noticias de Quargento

De Quargento llegan las más hermosas noticias: una visita de Don Bosco con Don Cagliero, entre últimos de julio y el primer domingo de agosto. Los acogieron festivamente el arcipreste y el alcalde del pueblo. Conducidos en seguida a la casa parroquial, fueron acompañados poco después, con gran séquito, al asilo arreglado para la demostración de los niños. Además de los miembros de la Colegiata y del municipio, estaban también un general y un comandante de la milicia, siete religiosas de la Caridad, señores y señoras en gran número.

Todo resultó de maravilla, para gloria de Dios. A El van ofrecidos, por las Hermanas, los elogios, los aplausos, los vivos interminables; a El todas las satisfacciones y las bendiciones de los creyentes.

Después de la demostración, Don Bosco dirigió a todos los presentes tales palabras sobre la devoción a la Virgen, que ninguno las podrá olvidar.

El mismo día, muchos quisieron dar su nombre para que los ins-

cribieran como devotos de María Auxiliadora, y las principales familias, con las autoridades y la marquesa Cuttica di Cassine, también como Cooperadores Salesianos.

Invitado por esta última a honrar a su familia con una visita aunque breve, Don Bosco aceptó, y mientras se entretenía agradablemente con sus ilustres huéspedes, oyendo tocar a fiesta las nuevas campanas de la parroquia, prestó atención y dijo: «¡Qué armonioso es este tañido de campana! Don Cagliero, infórmate dónde han sido compradas; querría unas iguales para nuestra Iglesia de San Juan Evangelista».

La marquesa, un tanto maravillada, le preguntó:

—Don Bosco, dice usted que no tiene dinero y está pensando en otros gastos, ¿cómo se las arregla?

—¡Ah, señora marquesa! —respondía Don Bosco—, ¿usted no sabe que Don Bosco va siempre adelante haciendo *puf puf puf*?⁶⁹.

Imposible expresar la impresión de alegría que Don Bosco dejó en Quargnento con esta visita suya. ¿Y cómo expresar la íntima alegría que dejó en sus hijas? Sólo los Santos pueden hacer tanto bien, aun con sólo su paso.

Señoritas y señoras ejercitantes en casa

El día 13, de mañanita, tiene lugar el entierro de la querida Sor Mora; por la tarde la casa está llena de ejercitantes que han acogido la invitación del *Bollettino Salesiano* de julio: unas noventa en total.

Los predicadores de los Ejercicios son el infatigable Don Cagliero y monseñor Belasio, ambos profundos conocedores de las almas y ardientes apóstoles de la virginidad.

«Jesús, abridme los oídos»

Las ejercitantes hacen lo posible para acudir a la Madre, pero ésta, desde hace algunas semanas, además del continuo dolor de cabeza, tiene la molestia de una sordera cada vez más acentuada, y se da cuenta de que su impedimento para escuchar a todas no es de fácil solución. Por esto deja salir de sus labios, antes aún de pensar en ello: «Jesús, precisamente ahora que debo recibir a esas señoras y no entiendo lo que me dicen. ¡Si queréis que satisfaga sus descos, abridme los oídos!».

⁶⁹ Expresión dialectal piamontesa para indicar las deudas.

Inmediatamente cesa la molestia, y ella se siente feliz de poderse dedicar a quien la necesita. Pero, no obstante, siente remordimientos como de un acto de poca resignación, de estima quizá de sí misma, como si se creyese necesaria, hasta el punto de obligar al Señor a adaptarse a su poca virtud, y recapacita perpleja. El Director Don Lemoyne pasa casualmente junto a la Madre la cual inmediatamente, en presencia de otras Hermanas, se acusa de ello. El la escucha con benevolencia y con una sola palabra le devuelve a la perfecta calma. Ahí tenemos a la Madre: sumisa como una niña a la voz de quien la dirige en nombre de Dios, y no obstante, de conciencia delicada, como una santa que busca sólo la mayor perfección en todas las cosas. De aquí su pregunta frecuente: «¿Será pecado esto, será una falta?», y su continuo repetir: «Tengo mucho miedo del purgatorio, porque nos mantiene lejos del cielo y de Dios».

Fiesta por la llegada de Don Bosco

La fiesta de la Asunción transcurre, no tanto en un silencio severo de ejercicios, cuanto en la alegría de santo amor, porque es precisamente la fiesta de la antigua Virgen de las Gracias del ex-convento. Al día siguiente la casa se alegra de nuevo con la llegada de Don Bosco que, mientras contentará a las ejercitantes deseosas de verlo, hace esperar que se quede también para las Hermanas y para la próxima elección de la Superiora General y de su Capítulo.

Entra en casa hacia el mediodía y en seguida es introducido en un saloncito improvisado donde, entre las señoras que no pueden contenerse en su semirrecogimiento, es aclamado por la comunidad con un himno, poesías y prosas dictadas por el corazón filial y afectuoso. La Madre lo ha dispuesto así, porque el momento central de los Ejercicios comenzará después, con Don Bosco en casa, y quiere que las señoras vean cómo las hijas saben recibir al Padre; además —piensa—, conviene ponerse al seguro, ya que no es raro que Don Bosco tenga que cambiar su itinerario para adaptarse a las circunstancias, casi siempre apremiantes e imprevistas.

El Padre, entre las Hijas

El venerado Padre se muestra agradecido por todo y al final dice: «Vuestros cantos me han trasladado con el pensamiento a América,

donde precisamente con el canto se están salvando muchas almas». Después, dirigiendo la palabra a las ejercitantes, añade: «Tomemos la costumbre de hacer el examen preventivo, a fin de que los imprevistos no nos lleven fuera de camino».

—¿Por qué dirá esto ahora? —se preguntan algunas—.

La Madre Mazzarello fija su mirada en la esclavina verdosa que cubre los hombros ya inclinados del venerado Fundador. Y éste..., sintiendo quizá aquella mirada, como para distraerlo y responder al pensamiento que adivina en muchas de las presentes, se inclina un poco hacia la Madre, diciéndole sencillamente: «Si hubiera tenido un poco de polenta, hubiera quedado satisfecho: he tomado una taza de café esta mañana a las 4, y me siento como en ayunas».

Y Madre Mazzarello: «¡Pobres de nosotras, tan tontas, sin pensar que tendría más necesidad de comer que de fiestas!».

Las que, por estar más cerca, lo han entendido se explican entonces: «¡Naturalmente! Si Don Bosco no hubiera hecho el examen preventivo, en este momento quién sabe adónde nos hubiera mandado con nuestras fiestas».

¡Cuatro de vosotras irán al cielo!

Entretanto bajan del pequeño palco las que han cantado, para besar la mano del Padre que sonríe y, extendiendo sobre el grupito una de sus miradas, dice: «Preparaos a cantar mejor en la gloria. Cuatro de vosotras, dentro de un año, irán al cielo» y fija significativamente la mirada en unas y otras, que van sucediéndose para besarle la mano ⁷⁰.

Las palabras del Padre no dejan de impresionar y hacer pensar...

También para las señoras Don Bosco reserva alguna advertencia sobre el particular, en las *buenas noches*: «También cuatro de vosotras —dice desde el presbiterio—, deberán presentarse pronto al tribunal de Dios».

Al salir de la iglesia, algunas no se sienten con ánimos de ir a acostarse por la preocupación que tienen, pero la Madre y las demás superiores tienen trabajo para asegurarles que la Virgen no permitiría ninguna desgracia en su casa, antes de verlas a todas en paz con Dios.

⁷⁰ Las cuatro Hermanas murieron realmente durante el año siguiente: Sor Luisa Arecco (24 de enero de 1881); Sor Clotilde Turco (15 agosto de 1881); Sor Tersila Ginpro (2 octubre de 1881) y Sor Lucía Bertolo (26 octubre de 1881).

A la mañana siguiente la Madre Emilia se anima y se presenta a Don Bosco:

—Por favor, Padre, no diga más estas cosas, porque no conseguimos calmar a ciertas personas que son muy impresionables.

Y Don Bosco, con sencillez, aclara:

—Yo debo cumplir la voluntad de Dios. Si el Señor me manda esta inspiración, yo debo hablar ⁷¹.

Los Ejercicios toman su curso regular, pero la puerta de la habitación de Don Bosco está siempre asediada, porque cada una quiere oír una palabra del *santo* y exponerle una preocupación de su corazón. Cada noche se presenta en el presbiterio, después de las oraciones, acogido siempre con nuevo deseo y creciente veneración, por aquel modo de hablar que va derecho al alma e induce a propósitos de salvación eterna.

La fiesta del Papa

La clausura de los Ejercicios coincide con la fiesta del Papa, el día 22, para reavivar en las señoras la devoción al romano Pontífice. El *Bollettino Salesiano* ha preparado ya a la gran familia salesiana para esta fecha, y es propio de Don Bosco aprovechar la ocasión para lograr mayor bien, especialmente en la *casa de la Virgen*, en días de gracias especiales y de los más fervorosos propósitos de vida cristiana.

También Don Rúa, en Nizza

Todos esperan que sea Don Bosco quien presida la función de los recuerdos y del Tedéum. En cambio, no sucede así.

Se dice que debe ocuparse de cartas importantes y que quizá llegue Don Rúa de Turín. ¿Alguna cosa grave?

La aparición de Don Rúa en Nizza ese mismo día, confirma el temor de la Madre, de modo que, nada más partir las señoras, encarga a su Vicaria, la Madre Petronila, a que invite a Don Bosco a hacer el recreo con las Hermanas. ¡Obtenido!

⁷¹ Declaración de Sor Luisa Boccalatte.

Un recreo con Don Bosco

El buen Padre se ve rodeado enseguida por sus hijas. En primera fila aparece una Hermana, notoriamente de mediocre observancia.

—¡Ah...! ¿Cómo vas?, ¿cómo estás...? —pregunta Don Bosco—.

—De salud, discretamente; de alma, ni siquiera lo sé.

—Pues mira, la salud del cuerpo generalmente no depende de nosotros, sino de Dios; en cambio, la del alma, depende sólo de nuestra voluntad, pues Dios está siempre dispuesto a darnosla esplendorosa, si nosotros la queremos ⁷².

Entretanto, la Madre hace de modo que los pasos del grupo se dirijan hacia la obra de la nueva ala de edificio, para dar ocasión a Don Bosco de verla y bendecirla.

El venerado Padre observa con satisfacción y exclama: «He aquí los milagros de la Providencia y de la caridad cristiana».

Dirige después algunas otras palabras a la Madre, que no consigue captar bien la conversación y, contenta, dice a Don Bosco:

—¿Lo ve, Padre?, además de todo lo que le he dicho, para que me quite de Superiora General, tengo también la novedad de haberme quedado casi sorda.

—¿Sí?! —responde el Padre—, mejor todavía; ¡así no oiréis palabras inútiles!

—Esta vez la Madre ha entendido bien, y no vuelve a tocar el tema con el venerado Superior, el cual volviéndose al grupo de las Hermanas, les dice de forma clara: «Con vuestra obediencia haced que vuestra Madre sienta cada vez más ligero el peso de su autoridad» ⁷³.

La bendición de Don Bosco a Sor Laureri

La novicia Sor Jacinta Laureri puede dar gracias de haberse acercado a Don Bosco en estos días. Hacía algunas semanas que sufría tanto dolor de ojos, que estaba casi persuadida de que la santa profesión no sería para ella y que, en cambio, con la vuelta a su familia, tendría que resignarse también a quedar ciega. Las compañeras le repetían: «Quédate en un lugar oscuro, vete al rincón más oscuro

⁷² La Hermana interesada era Sor Filomena Bologna.

⁷³ Declaración de Sor Luisa Boccalatte.

de la cantina, al menos no tendrás luz que aumente aún más tu martirio». Y la Madre le recomendaba: «Pide de corazón a la Virgen que te cure, y después vive tranquila, harás la profesión». Pero sus peticiones parece que obtengan el efecto contrario, y sentía una gran pena.

Desanimada, decide, como último recurso, hacer una novena a Pío IX, después, a las almas del purgatorio, aunque sólo sea para obtener la resignación de volver a su casa, casi ciega, o ciega del todo. Durante la segunda novena, comenzada el día de la Virgen de los Angeles, la Madre la llama: «Escucha, Jacinta, he pensado mandarte a Don Bosco para que te dé una bendición».

La novicia se presenta al amado Padre, quien le pregunta al momento: «¿Qué quieres?».

Sor Jacinta cuenta su dolorosa historia y Don Bosco, como quien no sigue la conversación, le hace otra pregunta:

—¿Cuando la Virgen te llame al cielo, no querrás ir?

—¡Ay, Padre, ya lo creo que quiero ir al Paraíso! Pero mi pena en este momento es tener que salir de aquí para volver al mundo, ciega y desgraciada para toda la vida.

—No, estáte tranquila. La Virgen te ha llamado aquí y quiere que hagas mucho bien aquí. ¿Eres profesa o novicia?

—Novicia, Padre.

—Pues bien, vete en seguida a pedirle a la Madre que te admita a la profesión. ¡Pide, pide siempre! Ahora toma esta medallita de la Virgen y reza. Yo entretanto te daré la bendición de María Auxiliadora, y mañana por la mañana te recordaré en la santa misa ⁷⁴.

Sor Jacinta se va llena de fe, y de hecho recupera gradualmente la vista.

También Sor Bonora se va al Paraíso

Llega a Nizza el anuncio de la muerte, en el seno de su familia, de Sor Manuela Bonora, y ya se pueden leer los detalles de los últimos días. Por gran favor le había sido concedida la gracia de la profesión religiosa el día 14 de agosto; su buen párroco, que la asistió como a una hija, escribe admiradísimo de sus virtudes, y termina la carta ponderando el recuerdo especial que la joven Hermana tiene de Don Bosco, de las Superiores y de todas las Hermanas.

⁷⁴ Declaración de la misma Sor Jacinta Laureti, que murió en 1935, después de haber sido por muchos años Directora en varias casas.

—En medio de la pena, un consuelo para Don Bosco —dice la Madre— y se presenta a él para darle los buenos días y pasarle la carta de una Hermana tan feliz. Pero se entera de que el Padre no podrá quedarse más, ni siquiera para la apertura de los Ejercicios de las Hermanas.

¿Volverá para la elección de las Superiores?

Muy difícilmente, si se tiene en cuenta la confidencial alusión de Don Rúa a las Superiores sobre la inesperada inspección de estos días al Oratorio Salesiano de Valdocco: un hecho tan doloroso como injustificable ⁷⁵.

Calma y caridad de Don Bosco

La mañana del 25, último día de permanencia de Don Bosco en Nizza, está señalada por otro particular. Nos lo cuenta la misma postulante interesada: Jacinta Morzoni.

«Me habían dicho que una compañera mía tenía que volver a casa por su salud y nos habían dicho varias veces que para vestir el hábito y profesar era indispensable la salud. Tenía, por consiguiente, un gran temor: Si enfermo, es seguro que también yo tendré que marcharme de aquí ¡con lo bien que estoy! Con el temor, nace en mí un gran deseo de presentarme también yo a Don Bosco, ¿pero cuándo y cómo, si a su puerta aumenta cada vez más la fila de las que esperan para entrar?

Mientras me decido a vencer a toda costa la timidez, se me acerca la Asistente, Sor Josefina Pacotto, para decirme que vaya con las demás a la *Bruna* a limpiar un poco la casa, ya que se espera allí una visita extraordinaria. ¡Qué pena! Pero voy, me doy prisa y consigo volver a la *Madonna* a una hora discreta. Sin pensar en permisos, vuelvo junto a la puerta de Don Bosco, siempre asediada de Hermanas. "Ah, querida postulante —me dice una de éstas—, ya te puedes ir, porque ya ha tocado la campanilla de la llegada del tren en el que tiene que irse Don Bosco, no nos puede recibir ni siquiera a nosotras, que estamos aquí tanto tiempo esperando".

Yo ni respondo ni me muevo de allí. Y he aquí a Don Bosco, acompañando hasta la puerta a la última Hermana que ha recibido. Está a punto de irse.

Todas se agolpan a manifestarle su pena y yo, la última del grupo,

⁷⁵ MB XIV 529-530.

me pongo de puntillas y digo en alta voz: "Padre, yo tengo una cosita que decirle". El, bueno y condescendiente, hace señal de que me dejen pasar, me introduce, me levanta paternalmente —porque yo me había arrodillado— me manda sentar y me escucha como si no tuviera que partir, respondiendo con calma a mi última pregunta: "Sí, el Señor te dará salud y santidad".

No quería más: le beso la mano y salgo de allí feliz, en medio de las miradas de aquellas Hermanas, que envidian mi suerte.»

Gran desilusión para las ejercitantes que llegan, las cuales sueñan con poder tener entre ellas al amado Padre durante estos días.

Sor Inés Ricci, procedente de Biella, al bajar del tren lo ve que parte para Turín. No duda en saludarlo y exponerle su pena por no poder hablar con él. Don Bosco entonces, se excusa ante los sacerdotes y señores que lo rodean y se dispone a escucharla. El tren silba, y Don Bosco permanece calmo. Sólo cuando le avisan los sacerdotes: «Don Bosco, que pierde el tren», despide a la Hermana, levantando la mano en señal de bendición, dejándola serena y satisfecha.

La Madre en Lu con las cuatro educandas

Después de irse Don Bosco, la Madre, para liberarse de las protestas de sus hijas —que no quieren verla cansándose en los preparativos para los Ejercicios que empezarán ese mismo día—, piensa acompañar a las pequeñas educandas, las hermanas Tavella y Grici a Lu Monferrato para pasar unos días de vacaciones con los señores Rota, que se han ofrecido a tenerlas como hijas.

De este modo podrá hacer una visita a aquella casa, que no ha visto aún este año, antes de que expire —como ella dice— su cargo de Superiora. En poco más de veinticuatro horas podrá estar de regreso, para recibir a las ejercitantes.

Parte, por consiguiente, con las cuatro niñas, envidiadas y felices por tanta suerte.

Cuando los grupos más numerosos de Hermanas ejercitantes que llegan se presentan en la *Madonna*, la Madre está ya de vuelta, serena y pronta a responder a su saludo alegre y filial.

Ejercicios Espirituales para las Hermanas

Para las 6 de la tarde del mismo día 25, llega a Nizza Don Francisco Dalmazzo, Procurador de los Salesianos ante la Santa Sede, para predicar las meditaciones, dado que monseñor Belasio ha partido ya para Turín; para las instrucciones se queda Don Cagliero. Dan comienzo así los Ejercicios que se terminarán con las elecciones del Capítulo Superior.

«Haz como yo te digo»

La Madre, desde el primer día, hablando a todas las ejercitantes reunidas, con las lágrimas en los ojos hace una calurosa recomendación de rezar... porque, como ya ha dicho y repetido, no se siente con fuerzas para ser Superiora General. Los motivos son varios: ante todo, se encuentra impotente para sostener floreciente el espíritu religioso como en los primeros años; además, hay Hermanas más instruidas, más virtuosas, más capaces que ella para gobernar el Instituto; finalmente, la salud no le permite ya trabajar lo necesario para gobernar la Congregación.

A Sor Josefina Pacotto le había dicho ya en privado: «Vosotras pensáis elegirme de nuevo Superiora General, pero creedme, es un trabajo inútil, porque el año que viene tendréis que elegir otra; me he ofrecido víctima por Ana Bedarida, porque —ya lo sabéis—, es culpa mía que no haya recibido el Bautismo; me he ofrecido por ella y por otras cosas».

La señorita, en efecto, hubiera querido ser bautizada con toda solemnidad y públicamente, pero la Madre, dadas las graves circunstancias del momento, encontró más prudente hacerle recibir el bautismo en privado, en la Capilla de Turín-Valdocco; esto no fue aceptado por Ana Bedarida, la cual quedó, por consiguiente, sin bautismo.

Sor Josefina había aprovechado la presencia de Don Bosco en Nizza para exponer al Padre este secreto de la Madre, añadiendo: «¿No se podría cambiar la víctima y en vez de la Madre ofrecerme yo?». A lo que Don Bosco añadió: «Es demasiado tarde: la víctima ya ha sido aceptada».

Ahora la Madre vuelve a Sor Pacotto: «Escucha, podrías dar el voto para Superiora a Sor Magdalena Martini, pero temo que Don

Cagliero presente dificultades, dado que se encuentra en América y es también de poca salud. Podrías dar el voto entonces a Sor Catalina Daghero. Las dos Hermanas tienen mucha caridad, que es la principal virtud necesaria en una Superiora. Y además... mira, la Congregación necesita también ahora Superiores instruidas, porque entran jóvenes educadas, de buena instrucción, por tanto menos susceptibles de ser conocidas en cuestión de virtud. Las jóvenes del campo se dan a conocer enseguida como son. Para dirigir a las primeras es necesaria, por consiguiente, una virtud más iluminada por la instrucción, y las dos que te he nombrado la tienen.

Para evitar jaleos el año que viene, ¿no es mejor hacer bien las cosas ahora?».

Sor Pacotto insiste con razones y más razones. La Madre insiste: «Haz como te digo: da el voto a Sor Catalina Daghero, y después de morirme yo no tendréis líos».

Verdaderamente la Madre va perdiendo a ojos vistas y —cosa extraordinaria—, deja también, en algunos recesos, a las ejercitantes con la Madre Emilia, la Madre Enriqueta y la Madre Daghero, llegada de Saint Cyr. El centro unitivo no falta, y quizá la Madre piensa que de este modo las otras superiores pueden ser mejor conocidas y apreciadas por las Hermanas.

Rayos de luz sobre Borgo San Martino

Precisamente en una de estas ocasiones la candorosa novicia Sor Josefina Bolzoni hace la ingenua relación de su tirocinio en Borgo San Martino.

—Hacía pocos días que me encontraba en Borgo, cuando me dijeron que la Madre estaba entre nosotras, pero sólo por poco tiempo. Yo acudí a ella llorando, para pedirle que me llevara de nuevo a Nizza, porque aquella casa me parecía un hotel. Ella me dejó desahogarme y después me dijo: «¿Sabes lo que quiere de ti el Señor? Que trabajes mucho, pensando en la Virgen que, en el colegio apostólico, estaba tan a gusto y se ocupaba en tus mismos trabajos. Está alegre, sé humilde, obediente, prepárate bien y después, cuando vayas a Nizza para los Ejercicios, harás tu profesión. Pero no te hagas la ilusión de quedarte en la Casa Madre, donde estarás sólo de paso, a menos que te pongas mala de alma o de cuerpo».

Entonces en Borgo éramos siete u ocho novicias; habló con cada

una en particular, recomendó a todas la exacta observancia de la Regla, especialmente en aquellos puntos que mejor preparan para los votos: «ya antes de emitirlos hay que practicarlos». Recomendó también tener el corazón abierto a los Superiores, al confesor, ser sinceras y no ocultar nada. Después se marchó casi enseguida con la Madre Enriqueta.

Quien no ha estado en Borgo San Martino no puede imaginarse el trabajo de allí. Este invierno muchas veces a media noche estábamos aún en el fregadero, distante y aislado de la casa, lava que lavarás platos del colegio, en pilas interminables. Durante este trabajo, había que echar de vez en cuando agua hirviendo al lado de nuestros zuecos, para que no se apegaran por el hielo al pavimento.

Una noche de frío extraordinario, me iba yo a descansar con una pena insólita, creyendo no haber ganado el pan que comía y haber traicionado a la Comunidad (y aquel día había sido un día lleno de sacrificios), cuando oigo que me llama la Directora, Madre Felicina, que me pide por favor ir a llenar la balsa de agua. Esto suponía bombear hasta las once de la noche. Enseguida me dije: «ahí tienes una obediencia que puede llenar el vacío de hoy», y me alegré.

No hice, con esto, un acto de virtud singular: toda la comunidad de Borgo, llegada la hora del descanso, cree no merecérselo, y se considera pereza y poca virtud el sentirse cansadas. ¡Ya lo creo!, con una Directora como la nuestra. Don Cagliero ya nos ha dicho de ella: «Ha sufrido tanto en el alma y en el cuerpo que cuando esté muerta se la podrá llamar "Santa Felicina, virgen y mártir"».

¡Es realmente heroica esta criatura...! Verdadera hermana de su hermana. Incluso cuando viene la Madre, como la llaman las mayores de la casa, ¿no se pone también entonces a ayudar en todo, a fin de que la comunidad pueda reunirse algunos minutos alrededor de la Madre?

En la última estación invernal y hacia la primavera, sufrió mucho la pobre Madre Felicina, y nos daba realmente pena. Le debía dar pena también al Director Don Belmonte, porque vino un día con una botellita de agua de la gruta de Lourdes, diciéndonos que se la hiciéramos probar a nuestra Directora y hacer con fervor el mes de María Auxiliadora prometiendo, si se curaba, una Misa cantada en agradecimiento e ir en peregrinación a la Virgen de Crea.

La dolorosa enfermedad que padecía desde hacía diez años desapareció, en efecto, y nosotras cumplimos la promesa, y después, rebosantes de alegría, le escribimos a la Madre. Su respuesta me la sé de memoria, por la impresión que nos dejó: «¡No os alegréis dema-

siado! Debéis saber que la Virgen no nos concede las gracias para satisfacción de nosotras mismas; sedle agradecidas, pero preparaos también a lo que el Señor disponga. No os ensoberbeczáis pensando que con vuestras oraciones habéis obtenido la gracia de la deseada curación; nosotras somos unas pobres hijas, buenas para nada. La Virgen es la Superiora principal, la verdadera Superiora de la Congregación. Ella sabe lo que nos hace falta; a nosotras nos toca sólo ser dóciles instrumentos en sus manos».

Sor Catalina Daghero podría añadir sus aventuras en Francia, pero se contenta con sonreír y callar.

Elección de la Superiora General y de su Consejo

Ya se ha cumplido el tiempo de los cargos superiores; se debe proveer a la votación para las admisiones a las próximas vesticiones, profesiones, renovaciones y votos perpetuos. Ya no se tiene esperanza en la presencia de Don Bosco para las elecciones; por otra parte, no se puede retardar más allá del final de los Ejercicios la despedida de los dos predicadores. De acuerdo con Don Bosco se establece el día 29 de agosto, dedicado al Sagrado Corazón de María, para la elección del nuevo Capítulo.

La víspera por la tarde, la Madre, saliendo del refectorio y mirando hacia un grupo de Hermanas, le dice a una de las Superiores más próximas: «Debo aprovechar estos últimos momentos que me quedan para dar el último consejo a alguna; mañana, terminado mi cargo, no tendré ya derecho a ingerirme en este asunto». Y se va decidida a cumplir su deber.

El 29, antes de la instrucción de la tarde, las Superiores y las Directoras —dieciocho en total— se reúnen en la iglesia. El Director General preside por delegación de Don Bosco, y es acompañado por Don Dalmazzo y por el Director local Don Lemoyne.

Algo más atrás de las electoras, son admitidas a presenciar el acto algunas Hermanas de la comunidad. Algunas educandas, que aún no se han ido de vacaciones, o han vuelto a la *Madonna* por el interés del acto, miran por las ventanas de la cúpula o por las puertas del coro. El silencio es absoluto, puesto que ninguna quiere ser retirada de allí por alborotadora.

Al canto del *Veni Creator* y de las oraciones propias del caso sigue el discurso del Director General, y la votación de las dos destinadas al escrutinio de las papeletas; se procede después, en medio de un

gran silencio —y con alguna perplejidad de ánimo— a la elección de la Superiora General. Por unanimidad resulta elegida la Madre Mazzarello, con gran alegría de todas las presentes, excluida ella, que aparece más bien triste, en acto de piadosa resignación a la voluntad de Dios.

Por las elecciones siguientes resultan: Sor Catalina Daghero Vicaria, Sor Juana Ferrettino Ecónoma, Sor Emilia Mosca primera Asistente, Sor Enriqueta Sorbone segunda Asistente.

El lugar sagrado no consiente una expansión de alegría y el Director General, después de unas palabras de congratulación, manda que se dé lectura al acta correspondiente, que es enviada a Don Bosco para su debida aprobación ⁷⁶.

Mientras se encienden las velas del altar y sintonizan las notas del armonio con las de las almas en fiesta, al lado del presbiterio se eleva el humo del pequeño brasero donde se queman las papeletas. Al empezar el canto solemne del *Tedéum* delante del Santísimo Sacramento expuesto, no hay más que una efusión de devota gratitud y de entusiasmo; y cuando al final de la sagrada función se sale al antiguo corredor y al patio, estallan los vivas en torno a las reelegidas y a la neo-elegida. En medio de todas, la Madre Petronila aparece como la alegría personificada por la reelección de la Madre y porque está convencida de que Sor Catalina Daghero puede ser una ayuda más valiosa para todo y para todas: a ella le basta el puestecito más modesto en la casa del Señor.

Las niñas les hacen corro y las Hermanas le dirigen expresiones de afectuosa simpatía y de aprecio de su serena humildad.

Tema preferido de Don Cagliero

Después de dar libre expansión a la alegría común, reemprenden los Ejercicios su curso regular en un silencio perfecto y en una santa concentración del espíritu.

Durante las instrucciones el Director General desarrolla uno de sus temas preferidos: la necesidad de vigilar sobre el propio corazón. «Atentas al corazón, hijas, porque es ciego y engaña no sólo a los jóvenes, sino también a los viejos. En un convento, una Hermana de más de sesenta años me decía: "Padre, no sé cómo liberarme de un afecto sensible hacia una niña. Rece siempre por mí..."».

Atentas, hijas, que el mundo no se os meta en casa por medio

⁷⁶ Anexo n.º 9.

de las noticias de fuera. Atentas a no ser curiosas en querer saber las cosas del mundo: esto hace perder el espíritu religioso. Y con los seglares, e incluso con los sacerdotes —no digo que seáis descorteses, no—, sed breves, porque el mucho hablar disminuye el fervor del espíritu, lo mismo que se enfría un horno que se deja abierto. No os fiéis tan siquiera de la edad avanzada vuestra y ajena, sino rezad y vigilad, porque el corazón tiende a escapar de casa e irse por los tejados ⁷⁷.

La Madre remacha la misma idea

La Madre insiste sobre el tema en las *buenas noches* y aporta al mismo un apéndice más detallado. El pensamiento es más o menos este: «Estemos atentas, Hermanas, a los peligros de los onomásticos y de las fiestas. Con la excusa del regalo que se ha de presentar, de las labores que se han de hacer, se puede llegar a lo que jamás se ha imaginado. Para planear y dar gusto, se prolongan las charlas, se recurre a pequeños subterfugios, incluso en cuestión de pobreza, se está levantadas de noche, fuera de hora, se reciben y se visitan personas externas —hasta el párroco u otro sacerdote— dando motivo a palabras poco caritativas, a pequeños celos, a desconfianzas, que conducen después a malos humores, frialdades y líos de conciencia que quitan la paz y la alegría a las comunidades y a las almas.

Incluso ciertas palabras y expresiones empleadas entre los seglares... te beso, te abrazo, te estrecho sobre mi corazón... no las emplemos ni siquiera escribiendo a nuestros padres, porque a una buena religiosa no le faltan otras formas de manifestar su propio afecto. En una palabra, evitemos todo lo que en nuestra conducta externa haya de seglar más que de persona consagrada a Dios; y esto para conservar más fácilmente la santidad del corazón y ser de verdad hijas de la Virgen y todas y sólo de Jesús».

Clausura de los Ejercicios. Vesticiones y profesiones

El 2 de septiembre se clausuran los Ejercicios Espirituales. La víspera por la tarde se leen los nombres de las admitidas a la vestición, a la primera profesión, a las renovaciones y a los votos perpetuos.

⁷⁷ Relación de Sor Luisa Boccalatte y Sor María Genta.

Hay aplausos alegres, y se muestra contenta también la Madre, que no tarda en moderar el entusiasmo con su materno aviso: «¡Bien, bien! Pero cada una de las nombradas que siga pensándose; la que no se sienta dispuesta a observar de verdad la santa Regla, está a tiempo todavía de volverse atrás.

Mucho mejor ser una buena seglar, que una religiosa poco ejemplar».

A la mañana siguiente, catorce vesticiones religiosas, veintidós primeras profesiones, una renovación y veintisiete profesiones perpetuas coronan la fiesta de clausura.

Después de presidir toda la función da también los *recuerdos* el Director General, quien continúa magistralmente su tema: «Os habéis consagrado a Dios y a la Virgen; vuestros padres y conocidos sabían y saben que, al entrar en la vida religiosa, dejabais de pertenecer al mundo y a ellos para ser sólo de Dios: sois, por consiguiente, todas de Dios; si no lo sois, ni vuestra conciencia, ni vuestras familias, y mucho menos el mundo, os alabarán.

Dios, al llamaros a su servicio, os ha pedido el corazón; vosotras se lo habéis dado y se lo volvéis a dar cada día, por medio de la Virgen, repitiendo: "¡Os doy el corazón y el alma mía, Madre de mi Jesús, Virgen María!". Recordadlo bien y procurad conservar en vosotras un corazón angelical, ya que estáis llamadas a ser los ángeles de la tierra».

Aprobación paterna

Siguen los cantos, la bendición eucarística, la salida de la iglesia, un intervalo de alegre expansión y luego, un toque de campaua llama a la comunidad para recibir una noticia importante.

Intervienen también todos los sacerdotes de la casa, y Don Cagliero lee con alegría la confirmación enviada por Don Bosco del acta de las elecciones del Capítulo Superior:

«Visto, apruebo cuanto está contenido en esta acta y confirmo la elección de la Madre Superiora y de las Hermanas que componen el Capítulo Superior del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, y ruego a Dios que infunda en todas el espíritu de caridad y de fervor, a fin de que esta nuestra humilde Congregación crezca en número, se extienda hasta los más remotos países de la tierra, en donde las Hijas

de María Auxiliadora, atrayendo muchas almas a Dios, se salven a sí mismas y puedan un día, junto con las almas salvadas por ellas, encontrarse en el reino de los Cielos, para alabar y bendecir a Dios eternamente.»

JUAN BOSCO, Pbro. Rector

Turín, 1.º de septiembre de 1880

Siguen los vivas estruendosos: ¡Viva Don Bosco! ¡Viva María Auxiliadora! ¡Viva la Madre! ¡Vivan nuestras Superiores...! y hay quien hace eco: ¡Vivan las electoras!

Traslados y nuevas fundaciones

Ahora quedan por determinar los oportunos cambios de personal, también para sustituir a Sor Catalina Daghero en Saint Cyr, y estar ya decididas nuevas fundaciones en Borgomasino para el 4 del corriente mes y en Melazzo d'Acqui, en Penango, en Este y en Bronte de Sicilia, para mediados de octubre.

La Madre endulza lo más posible las horas de desprendimiento de la propia casa, de la Directora y de las Hermanas.

A su amiga de infancia, la Madre Petronila, le dice palabras tan noblemente tiernas y tiene con ella un trato tan exquisito que no le hace sentir lo más mínimo el cambio de oficio y la disminución de autoridad; por el contrario, le presenta tan sugestiva una estancia provisional en Alassio, para facilitar a Sor Catalina el comienzo de su nueva misión como Vicaria, que la Madre Petronila se dispone espontáneamente a ir incluso en seguida, encontrándolo justo y oportuno para todas, y especialmente para sí.

La novicia Rosina Bertone, enviada a Borgo San Martino casi en seguida de la vestición, se ha quedado allí solamente unos meses.

—Escucha —le dice la Madre—, ¿es verdad que en Borgo San Martino estabas poco bien de salud?

—Es verdad, Madre.

—Entonces no volverás allá, te mandaré a Alassio de cocinera.

—Pero... Madre, aquí no tengo más que lo que llevo puesto; lo he dejado todo allá, donde estaba.

—No importa. En Alassio te darán lo que te haga falta. Vas a una casa que puedes decir que es tuya, ¿qué más quieres?

—Sor Petronila Brusasco había notado días pasados, con admiración, que la Madre Asistente llevaba un hábito tan gastado que necesitaba remendarlo casi cada veinticuatro horas; acudió a la Madre para pedirle que le permitiera cambiárselo con el suyo, nuevo y flamante. La Madre, emocionada por aquel acto filial, fue al taller para que se proveyera lo antes posible a la necesidad de la Madre Emilia.

Sor Petronila lloró de consuelo, y la Madre le propuso:

—Sor Petronila, si la Madre te pidiese que te quedaras en Nizza, ¿le dirías sí o no?

—Oh, Madre, ¿le iba a decir yo que no... después de su condescendencia de estos días?

La Madre Felicina, hermana de la Madre, debería ir a Sicilia para la apertura de la casa-colegio de Bronte; las Hermanas de Borgo ruegan y suplican que se la manden, aunque sólo sea provisionalmente, no siendo inminente su salida para la isla. La Madre Felicina, como es de suponer, sería del mismo parecer; la Madre reflexiona, se aconseja, reza y, aunque el corazón se halle entre opuestos pensamientos de prudencia y de caridad, termina cediendo, recordando el precioso adagio del Piamonte: «Vale más un gusto que cien disgustos».

El 4 de septiembre —primer sábado del mes— ha sido elegido para la fundación de Borgomasino, con jardín de infancia, escuela comunal y oratorio festivo ⁷⁸. Componen el personal la Directora Sor Ana Oberti, sustituida en Cascinette por Sor Felipina Canale, Sor Ursula Macocco y Sor Paquita Moffa, neo-novicia.

Las acompaña el Director General, que no deja de advertir a las Hermanas que la nueva casa ha sido ya bendecida por Don Bosco, el cual, como verdadero Padre, al visitarla antes de ser asignada a ellas, había aconsejado cambiar la vieja e incómoda escalera de madera que conducía del patio al dormitorio, a fin de que no sucediera que sus hijas, al bajar o al subir, algún mal día se rompieran la cabeza.

Sor Gusmaroli y Sor Cagliero, a la eternidad

Mientras en Nizza hierva la vida en un ir y venir, de Turín parten para la eternidad Sor Rosa Gusmaroli y Sor María Cagliero; la primera el día 6, víspera del Patrocinio de la Santísima Virgen, y la segun-

⁷⁸ Los relativos convenios se conservan en el Arch. Gen. FMA.

da el 8, día de la Natividad de la que es invocada como *janua Coeli*.

Sor Gusmaroli, joven de una virtud no común, no había pensado más que en la negación de sí misma y hasta en los últimos días de su vida le pedía a Jesús que aumentara sus sufrimientos para hacerla más semejante a El. En el vivo presentimiento de su hora suprema, fijó su mirada sonriente en algo celestial, y así abandonaba esta tierra.

Sor María Cagliero, con veinte años apenas, era tan tímida que tenía que hacerse violencia al dar lección a las niñas de Turín y de Nizza, las cuales estaban contentas de ella, su hermana y amiga. Por su amor a la vida retirada, más de una vez lloró por tener que ir de paseo fuera de casa; y cuando los últimos días de su dolorosa y lenta enfermedad se le preguntaba si sufría mucho, respondía: «¡Oh, nada!, ¡estoy tan bien así!».

Sor Elisa Roncallo, siempre industriosa

Sor Elisa Roncallo, que desde el 1.º de mes ha regresado de la Liguria a Nizza, entretiene a las Hermanas con sus gratas anécdotas y con las noticias de su *mamá*, cada vez más madre de las Hermanas. Son momentos de recreo, de expansión al aire libre, entre Superiores y Hermanas; libre de las preocupaciones del internado, ella sabe hacer servir muy bien a su fin las lecciones prácticas del apostolado salesiano, en todas partes y con todos.

«Escribí a mi madre que ya me encontraba bien; pero no dejé de añadir que nuestra querida Madre, en cambio, podría estar mejor; y así mi viejecita reza, y así nosotras tendremos a nuestra Madre Superiora más *en forma*. Le he mandado un buen número de boletos de nuestra lotería, para que me los venda, devolviéndomelos si no lo consigue, pero esto no ocurrirá, lo más seguro, porque conozco a mi madre y sé cuánto desea cooperar de todas las maneras a sostener las obras de Don Bosco y de María Auxiliadora. También vosotras, Hermanas, haced trabajar un poco a vuestros familiares y conocidos en pro de nuestras cosas.

A mi madre le he dicho que querríamos comprar una custodia para nuestra iglesia y que no tenemos con qué. Mi viejecita no tiene dinero, pero no le falta corazón y lengua y sabe sacar de sus amigas algunas moneditas. Hubiera querido mandarles el *Bollettino Salesiano*, pero ya había sido prestado a otros; le he prometido, en cambio, y se las he mandado ya, las estampas que deseaba: las de María Auxiliadora, tan venerada y enseñada a venerar por ella.

Cuanto más pasa el tiempo, más cuenta me doy de que, hasta tomando los baños de mar para mis glándulas, puedo hacer algún bien a los que se me acercan y a los que debo escribir: lo he aprendido de Don Bosco en Turín y estoy contenta de contaros estas cosas a vosotras para que os aprovechéis de ellas.

No he dejado de comunicar a mi madre —que goza enormemente con ello— y a los de Alasio y de Sampierdarena, que nuestra Madre Superiora ha sido reelegida por unanimidad de votos. Nadie lo dudaba, pero todos debían alegrarse conmigo. Si comunicamos nuestras penas, aun cuando sería mejor callarlas, ¿por qué no contar nuestras alegrías cuando es un bien que todos las sepan, para bendecir con nosotras al Señor...? Yo experimento un gran espíritu de familia en este comunicar las cosas buenas y hermosas.»

Las proezas de María «la mora»

Al volver la casa a su habitual regularidad, también la Madre vuelve a ponerse a disposición de la comunidad.

Debe ocuparse ante todo de María *la mora*, la joven africana que se halla en casa desde hace algunos meses. Tiene su triste historia para contar a las educandas, que a veces se entretienen con ella con una mezcla de curiosidad y de miedo: dice que la robaron a los cuatro años de su hermosa casa, que fue vendida sucesivamente a varios dueños, los cuales, después de haberle hecho un corte en la mejilla como señal, se lo cicatrizaban vertiendo sobre el mismo vinagre y sal.

En estos últimos tiempos, eludiendo con frecuencia la asistencia entre el movimiento y el mucho trabajo que había en casa, su conducta se ha vuelto bastante difícil.

Instintiva e incontrolada, se vuelve peligrosa cuando se le contradice, o cuando sus celos se sienten contrariados. Entonces hasta llega a blandir cuchillos de cocina y no es empresa pequeña hacerle entrar en razón, así como no se puede evitar que se emborrache en cuanto puede entrar en la cantina...

En los momentos en los que pierde por completo el control —y no son raros—, se necesita toda la paciencia y la bondad de la Madre para calmarla ⁷⁹.

⁷⁹ De amplias relaciones de Sor Marieta Rossi, Sor Luisa Desirello y Sor Marieta Sorbone.

Con las postulantes en la vida cotidiana

Uno de los primeros pensamientos de la Madre son las postulantes. Manda temporalmente a la familia a la buena Lucía Vescovi, a fin de que la cura de la uva le ayude a recuperar un poco de salud y le asegura que volverá para la vestición de fin de año.

Otra, que está entre las postulantes de mejores esperanzas, se acerca a la Madre para quitarse el remordimiento de haber aplacado el hambre con un racimo de uva recogido de la vid sin permiso: «Hija, eso no es robar; ¡lo que es mío es tuyo! Pero para dejarte el mérito de la obediencia te permito servirte no sólo de la uva, sino también del resto de fruta que hay en la viña, cuando sientas la fuerza del hambre, o aunque sólo sea de un poco de apetito».

No hace falta decir que la pobrecita se va llena de consuelo y de agradecimiento, sin abusar, ciertamente, del permiso obtenido ⁸⁰.

Enriqueta Gamba ve a las compañeras que pasan de una en una a hablar con la Madre para decirle sus cositas; también ella, tímida por demás, entra, pero las palabras no le vienen, o si le vienen son sólo de acusación contra sí misma. La Madre, a todo lo que ella dice, le responde: «También yo, ¿sabes?, también yo, igual que tú».

Animada, la postulante continúa sus pequeñas acusaciones, pensando tener que hacer una confesión externa; y la Madre: «Miserias, hija, miserias que tienes tú y que tengo yo». Enriqueta sale de allí convencida de que la Madre es una santa.

Otro día la Madre pregunta a la misma postulante:

—¿Por qué no sales a leer en el comedor?

—Porque durante la lectura las compañeras de mesa se comen mi panecillo.

—¡Pobrecilla! Tú vete lo mismo, y al volver pasa por mi lado, que te guardaré tu panecillo.

Se comprende que la Madre se refiere al panecillo reservado para ella ⁸¹...

—¿Verdad que sufres de estar tanto tiempo en el taller? —pregunta la Madre a la pequeña y avispada postulante Vicenta Bessone—.

⁸⁰ Relación de Sor Elisa Marocchino.

⁸¹ Relación de la misma Sor Enriqueta Gamba.

—Sí, Madre.

—Pues vete a dar una vuelta por la viña; después vas al huerto a que te dejen regar las lechugas, después vuelves y te pones tranquila a trabajar.

La misma postulante recordará más tarde un detalle de particular sabiduría de la Madre.

«Una mañana la Madre se presenta en el taller a decirnos: "Queridas hijitas, vengo a despedirme porque a las once me voy a Turín. Si tenéis encargos para darme, os los haré".

Y todas: "Salude a María Auxiliadora, a Don Bosco, a Don Cagliero y a las Hermanas de nuestra parte...!". Yo, turinesa, no me había orientado aún en Nizza, y sufría mucho; salgo a su paso a la escalera y le digo llorando:

—Madre, lléveme con usted a Turín.

—Pero ¿por qué, Vicentita? —me responde la Madre.

—Porque quiero ir a otra Congregación.

—¿Ah, sí?! Está bien, vete entonces a hacer tu maletín —dice la Madre sin añadir una palabra.

Y yo corro a la ropera con una gran lucha en el alma, porque quizá mi ángel de la guarda seguía sugiriéndome: en cuanto estés en Turín te arrepentirás... Si el Señor te ha conducido aquí, aquí debes permanecer. Mientras otra voz me hacía responder: no puedo, no me siento con fuerzas, no me gusta... me voy de aquí...

Entretanto, me cambio, preparo la maleta, y después vuelvo al taller, esperando que vengan a llamarme para partir.

A las once viene la Madre Maestra Sor Pacotto y me lleva a comer con la Madre.

A causa del apuro no conseguí probar ni una cucharada de sopa. Ninguna de las Superiores que acompañaban a la Madre me animó a comer —quizá prevenidas a obrar así por la misma Madre—, y yo no hice más que llorar, por la lucha interior.

Terminada la comida, la Madre se levanta y con una caricia materna me dice: "Vicentita querida, lo siento, no has comido y yo no puedo llevarte a Turín. Sé buena y ya verás...".

Exploté a llorar. Entonces Sor Pacotto, que había asistido a toda la escena, me tomó de la mano y me condujo a la iglesia. Rezamos juntas delante del Santísimo Sacramento y de María Auxiliadora; después con alguna buena palabra me serenó, y la tentación de marcharme desapareció para siempre.

Sin la caridad y la firmeza de la Madre no tendría hoy la alegría de haber perseverado en la vocación.»

Consejos formativos de la Madre

Con Sor Pacotto, encargada de las postulantes, la Madre es pródiga en normas y advertencias, para hacerla más iluminada en la obra de la formación religiosa y en el conocimiento de los sujetos.

«Recuerda que la dispensa del silencio, entre las diez y las diez y media, en los talleres es una concesión de la Regla, que se ha de respetar como cualquier otro punto de la misma. Y además... en esta media hora, cuántas veces se conoce a una postulante mejor que en otra parte, porque es un tiempo que no da la impresión de estar bajo la vigilancia de la asistente, y nosotras debemos aprovecharlo. Si ves a alguna taciturna, pregúntale cómo es el campanario de su pueblo, cuál es el santo protector de su parroquia, qué procesiones y fiestas se celebran, etc. Verás cómo se ponen en seguida más serenas, y al mismo tiempo conocerás si son de las que frecuentaban asiduamente la iglesia y los sacramentos. No es malo que hablen de su pueblo, si hay entre ellas quien sepa servirse de ello para bien.

No te fíes demasiado de las que están continuamente a tu lado, son las más propensas a la debilidad del corazón, y a otras cosas. Está atenta a las curiosas, a las presumidas, a las ambiciosillas: son las faltas en las que más fácilmente caen las jóvenes, y son luego verdaderos desastres en la comunidad. Haz entender bien a las postulantes que los caramelos de la religiosa son las piadosas jaculatorias ⁸²».

Una postulante tiene a su cargo arreglar y asear la habitación de una de las Superiores; y la Madre, que teme siempre el mal ejemplo, se apresura a prevenirla: «Mira, esta Madre tiene el colchón de lana porque está siempre delicada, pero nosotras lo tenemos como el tuyo» (para la comunidad se usa el saco lleno de hojas de maíz) ⁸³.

Sor Felicina Ravazza se acerca a la Madre para hablarle. «Sentémonos aquí —le dice ésta invitándola a sentarse en las escaleras de acceso al taller—; de este modo hablamos de nuestras cosas sin alejarnos de la comunidad. Si queremos que Dios esté siempre con nosotras, no nos separemos nunca de la comunidad, cuando no sea necesario. Una religiosa tiene ciertamente buen espíritu, si ama la vida común; y va bien que las postulantes lo comprendan en seguida y lo vean en la práctica.»

⁸² Relación de la misma Sor Pacotto.

⁸³ Relación de Sor Elisa Marocchino.

Un día, después de comer, la Madre pasa al refectorio y encuentra pedacitos de pan: «Mira, Sor Pacotto, conviene tener mucha discreción. Es preciso que quien está al frente se esfuerce en comer, aunque no tenga mucha gana, porque hay quien tiene vergüenza de tomar un poco más, según su necesidad, cuando ve que la Superiora hace diversamente».

Lección de sencillez

Una mañana toda la comunidad está invitada a ir a desayunar a la viña, sirviéndose de la buena uva que pende de los sarmientos. También la Madre va y en la alegre comitiva se recuerda todavía el caso de Emma Ferrero. Era de las más mortificadas; la Madre lo sabía bien y no la perdía de vista. Caminando entre las hileras, como las demás, muy disimuladamente se abstuvo de probar ni un solo grano de uva. La Madre, para no hacerle en seguida una reprimenda que le hubiera dado motivo, quién sabe, de vana complacencia, esperó al final de la lectura de la comida para preguntar:

—¿Habéis comido todas la rica uva de esta mañana?

—¡Claro, Madre! ¿Quién no iba a aprovechar la ocasión?

—En cambio yo sé que una ni la ha probado siquiera. ¡Silencio general! Entonces la Madre, de pie, con tono severo, dice:

—¡Veamos dónde está la desobediente! ¡La que no haya comido, que levante la mano!

¡Oh, aquel brazo levantado y aquella cara roja como las brasas de la pobre Sor Emma confusa y medio temblorosa! Entonces la Madre, enternecida, le dice: «Ven aquí, toma este precioso racimo, tan bueno, más bueno que tú y que yo; lo he elegido entre mil, cómetelo, que te hará bien; pero otra vez toma lo que la Providencia te ofrece y no hagas singularidades»⁸⁴.

Muerte de Sor Allara

Sor Angela Allara ha fallecido en Tonco, en el seno de su familia, el día 7 de octubre.

Fueron inútiles todos los cuidados que se le tuvieron en Turín y en Nizza; inútil también la obediencia a sus padres, que la quisieron en casa, confiados en la eficacia de los aires nativos.

⁸⁴ Relación de Sor Jacinta Morzoni y de la Madre Enriqueta Sorbone.

La Madre sufre: todas estas jóvenes que se van así, cuando, formadas en el espíritu salesiano, se disponen con entusiasmo a un verdadero apostolado... dan qué pensar. ¿Serán las privaciones? Ciertamente estas no faltan, ¡pero cuántas más se imponen estas buenas Hermanas tan fervorosas, tan ávidas de sufrimiento!

Y se atribuye la culpa, pobre Madre, mientras la causa verdadera está toda y sólo en su sed de santidad.

El gran fervor que reina en la comunidad es cada vez más intenso; las vidas de los santos y los tormentos de los mártires, leídos en común y privadamente, hacen parecer demasiado cómoda su vida, les hacen desear el martirio de amor, si no de sangre. De aquí ese continuo robarse unas a otras ocasiones de sacrificios y de privaciones, y el constante proponerse seguir fielmente, a toda costa, las huellas de este y de aquel santo. Es una vida espiritual tan intensa, que el cuerpo no siempre puede sostenerla.

Vesticiones y nuevas fundaciones

Pero la fecundidad del sacrificio es evidente; por una Hermana que deja esta tierra, dos, tres, y diez vienen a engrosar las filas, y el trabajo se multiplica: señal de la complacencia de Dios.

El día 15, fiesta de Santa Teresa, por la mañana reciben el hábito religioso Sor Bautistina Camera y Sor Jacinta Morzoni; por la tarde otras parten para las fundaciones de Melazzo, Penango y Bronte.

El Director General Don Cagliero da respuestas enérgicas y alentadoras a quien se pregunta temerosa: «¿Tendré que abandonar Nizza? ¿Cómo haré yo para ponerme al frente de la nueva casa?».

Entre el impulso apostólico de él y la magnánima fortaleza de la Madre, cada grupo se pone en marcha confiado en el propio camino.

Sor Josefina Torta, elegida Directora, Sor Felicina Bezzato, Sor Matilde Villata y una postulante, son acompañadas por Sor Ferrettino a Melazzo, donde dirigirán un jardín de infancia e iniciarán el oratorio festivo. Los relativos contratos se basan en los de Cascinette.

Sor Margarita Rasino, como Directora, y con ella Sor Colomba Cei, Sor María Fiorito y Sor Ana Torresan, van a Penango para la cocina, la ropería de los Salesianos y el oratorio.

Para Bronte parten la Madre Felicina Mazzarello, Sor Angela Buzzetti, Sor Zoe Bianchi, Sor Carolina Sorbone y las dos neo-novicias Sor Bautistina Camera y Sor Jacinta Morzoni ⁸⁵.

⁸⁵ Los relativos convenios se conservan en el Arch. Gen. FMA.

Da pena ver también a las neo-novicias destinadas tan lejos; pero están confiadas a una Directora de inteligencia y corazón, y serán acompañadas hasta su destino por el Director General. Van a abrir un colegio para niñas, con escuelas elementales y taller de costura y, naturalmente, un oratorio festivo y a encargarse también de un pequeño hospital.

El 19 parten también las destinadas para la nueva casa de Este: Sor Teresa Guglielminotti, Sor María Dell'Acqua, Sor Margarita Rogantino, Sor Teresa Veglia, Sor María Cassulo y la novicia Sor Angela Fantoni; todas para ocuparse de la ropería y cocina en el colegio *Manfredini*, dirigido por los Salesianos.

La Vicaria, a Saint Cyr

En Saint Cyr se ha sentido extraordinariamente el cambio de la Directora; las Hermanas y las mismas huerfanitas no saben adaptarse en seguida a la nueva, por consiguiente... ¡cartas y más cartas! La Madre decide mandar allí, por algunos días, a su Vicaria: ¿quién más indicada que ella para llegar a los corazones e inclinar las voluntades al deber del momento? Entretanto, se procura organizar el nuevo año según el programa recientemente establecido para el orfanato ⁸⁶.

La Madre, a Don Bosco

De los últimos acontecimientos la Madre escribe al Fundador en una carta de fin de mes.

¡Viva J. M. J.!

Reverendo Padre Superior Mayor:

Le escribo unas líneas para informarle de nuestras cosas y pedirle también consejo respecto a Sor Maritano.

Como usted bien sabe, esta pobrecita estuvo atribulada mucho tiempo con pruebas de espíritu. Ahora, después de una bendición de Don Cerruti, me dice que se ha quedado completamente tranquila. Pero entonces se le manifestó un mal físico, una enfermedad que la

⁸⁶ El correspondiente texto se conserva en el Arch. Gen. FMA.

retiene en cama con fiebre, con una sed ardentísima, dolor de garganta, trastornos orgánicos, etc., etc.

Pero lo peor de todo es que duerme continuamente, tiene una casi continua sordera y está como inconsciente, como si estuviese boba. El médico viene cada día, le receta alguna cosa, pero al ver que sigue igual, después de veinte días de curas, no sabe qué pensar. El mal físico existe, estoy convencida, pero me temo que sea consecuencia de los sufrimientos morales pasados u otra variante de aquellos.

Ahora bien, tal vez sería prudente, y muchas ya me lo han dicho, llamar a otro médico para oír su parecer. Pero, ¿y si no fuese una verdadera enfermedad y le recetaran algún remedio que dañara realmente su salud? Como de estas cosas no se puede hablar me dirijo a usted, que conoce los antecedentes, para rogarle que me diga si debo consultar o no a otro doctor, porque entonces estaré más tranquila.

Le pido también que le mande una bendición suya, en la que confío mucho. Tenemos también a Sor Tersilla que me preocupa, pero espero que la Virgen me la curará.

Las demás están bien, alegres y llenas de buena voluntad. Las novicias y postulantes son muchas, pero todas muy necesitadas de instrucción y de que se las siga, porque muchas de ellas han traído del mundo muchas pasioncillas que si no se corrigen impiden después la perfección y contagian a las demás.

La Vicaria, Sor Catalina, ha ido a hacer una visita a Saint Cyr, donde parece que hay algo que arreglar, pero son cosas de poca importancia. Quisiera que la dejaran venir pronto, porque necesito que me ayude en lo que se refiere a las jóvenes y a las clases.

De las demás casas tengo buenas noticias: en estos días se han abierto dos nuevos jardines infantiles: Melazzo y Borgomasino y el martes partirán las Hermanas para Este.

Nuestras educandas llegan ya a sesenta y si siguen aumentando tendré que mandar Hermanas a otras casas para tener locales, ya que el otro está todavía húmedo. Pero ¿cómo hacer? Aún necesitan formarse en el espíritu y en el trabajo, así que habrá que tener paciencia.

Hemos tenido la grata visita de la condesa Corsi, que me trajo quinientas liras y me dijo que después le ayudaría a usted con más largueza, y yo la animé a que le ayudara, pensando que con usted haría todavía más.

Termino presentándole mis obsequios y los de la comunidad, y encomendándome con mis Hermanas a sus fervorosas oraciones. Si

me contesta, me hará un gran favor; si no, queda entendido que para Sor Maritano no debo llamar a ningún doctor fuera del ordinario. Bendígame y créame con toda estima, de V. S. R.

Humildísima hija
SOR MARÍA MAZZARELLO ⁸⁷

Nizza, 30 de octubre de 1880

La Madre, a las hijas de la Patagonia

La Madre escribe otra vez, y personalmente, a las Hermanas de la Patagonia, muy contenta de encontrarse espiritualmente entre ellas y de participar en sus méritos, animándolas a una perfección siempre mayor.

¡Viva Jesús, María y San José!

Queridísima Sor Angelina (Vallese) y Hermanas todas:

Os aseguro que vuestra carta me ha dado un gran consuelo... Demos gracias a Dios que os conserva la salud y la buena voluntad de seguir adelante en el camino de la perfección. Mis buenas Hermanas, ¿cómo es que no habéis recibido más que una carta siendo así que os he escrito dos? Lo siento, mis buenas hijas, porque quisiera que os persuadierais de que no pasa un solo día sin que me acuerde de todas vosotras delante de Jesús.

Estoy contenta de que tengáis un Director que se preocupa tanto de vuestras almas y por esto doy gracias al Señor, porque es una gracia muy grande para nosotras, pobrecillas.

Ahora voy a daros noticias nuestras. La Madre Economa sigue *arruinada*, pero se levanta y hace lo que puede en su despacho. Las demás están todas bien, sólo que de cuando en cuando el Señor se lleva a alguna al cielo. En estos últimos meses, por ejemplo, en la casa de Turín, se fueron al cielo Sor Cagliero, Sor Ana Mora y Sor Gusmaroli. Todas tuvieron una santa muerte y espero que serán ya nuestras protectoras en el Paraíso. No obstante, os recomiendo que no las olvidéis en vuestras oraciones.

⁸⁷ La carta está escrita por Sor Emilia Mosca, al dictado de la Madre. Original en el Arch. Gen. FMA.

Nuestra amada Congregación sigue adelante; gracias a Dios tenemos muchas postulantes y muchas peticiones para abrir casas, escuelas y jardines de infancia, pero tenemos falta de personal formado y no hay tiempo suficiente para capacitarlo al desempeño de los propios oficios. Este año se han abierto cuatro casas: dos en Sicilia y dos en el Piamonte (jardines de infancia y escuelas) y dos en los colegios de Don Bosco. El día de Santa Teresa partió mi hermana para Sicilia con cuatro Hermanas: Buzzetti, Carolina Sorbone y otras que no conocéis. Dad gracias también vosotras a Jesús por los favores que nos concede y pedidle siempre que nos asista con su santa gracia.

Y tú, mi querida Sor Angelina, ánimo, y reza mucho. De la oración recibirás la ayuda necesaria para cumplir bien tus deberes. Da siempre buen ejemplo a tus Hermanas con la observancia de la santa Regla. Está siempre alegre: que tu alegría sea mayor que tus aficciones.

¿Y tú, mi buena Sor Juana, estás alegre?, ¿eres humilde y observante de la santa Regla? Si quieres hacerte santa, date prisa, que no hay tiempo que perder. Procura atraer muchas almas a Jesús con las obras y con la vigilancia y el interés, pero sobre todo con el buen ejemplo. Inculca a las niñas la devoción a la Virgen. Está siempre alegre y cuando tengas penas, mételas todas en el Corazón de Jesús.

Sor Angela Cassulo, ¿eres buena?, ¿amas mucho a Jesús? Procura hacerte pronto santa y dar muerte al amor propio y a la propia voluntad. Está alegre. Tu hermana se encuentra bien, está aquí conmigo y te saluda. Sor Catalina, ¿estás alegre?, así lo espero, porque ¡pobres de nosotras si nos dejamos llevar de la tristeza! Es una peste que hace mucho daño a las almas religiosas, porque es hija del amor propio y acaba por llevarnos a la tibieza en el servicio de Dios. Así es que está siempre alegre. Si caemos alguna vez, humillémonos delante de Dios y de nuestros Superiores y después sigamos adelante con corazón grande y generoso.

Te recomiendo la confianza con la Directora y con el confesor como un gran medio para hacerte santa. Tu hermana no me ha escrito aún y por eso no puedo decirte nada de ella, pues no sé dónde está. Reza por mí y procura estar alegre y con buen ánimo. Animo a todas, mis buenas Hermanas, y rezad mucho por mí y por todas y haceos santas. Saludad a las niñas de mi parte con un «Viva Jesús» a todas.

La Madre Macstra, Madre Asistente, Madre Ecónoma, Sor Elisa, Sor Enriqueta y todas me encargan que os diga muchas cosas de su parte. Os saludan todas y también el señor Director os manda sus saludos.

Que Dios os bendiga a vosotras y a todas las niñas y rezad siempre por la que suscribe

afma. en el Señor
Sor MARÍA MAZZARELLO
La Madre que tanto os ama

Nizza, 21 de octubre de 1880

P. S. He entregado vuestro escrito a la buena Madre Vicaria que se encuentra en Alassio, porque en su lugar ha sido elegida Sor Catalina Daghero. Pero rezad por ella y escribidle y escribidme pronto también a mí ⁸⁸.

Conferencia materna sobre la «recta intención»

El domingo día 24 —que une el pensamiento de María Auxiliadora con el de San Rafael Arcángel— regala una conferencia de la Madre a toda la comunidad.

«Mis queridas Hermanas, en este momento estamos todas aquí en el mismo taller, llevamos el mismo hábito y la misma ropa; nos llamamos hermanas y parecemos de verdad hermanas, pero en el ciclo una estará allá arriba y otra junto a la puerta, e incluso fuera de la puerta. ¿Por qué? Porque lo que nos distinguirá allá arriba será el espíritu de fe que hemos tenido aquí abajo.

Sí, es el espíritu de fe el que nos hace más o menos grandes a los ojos de Dios. Aquí vivimos en comunidad; por consiguiente... tazas iguales en el refectorio, prácticas de piedad iguales para reforzarnos el espíritu, descanso a la misma hora y expansión de recreo en común, para reponer nuestras fuerzas, ¿pero en el cielo seremos iguales unas a otras? ¡No! Y esto, porque no todas trabajamos con el mismo empeño por la propia perfección y no todas damos la misma importancia a trabajar por Dios sólo, por el bien de las almas y para hacernos verdaderamente santas.

Estemos atentas a lo que hacemos y cómo lo hacemos, y preguntémonos de vez en cuando por quién lo hacemos.

No debemos compararnos con las demás, preguntándonos si ellas trabajan más o menos que nosotras, si hacen trabajos más o menos bonitos que los nuestros; cada cual tiene su talento o sus talentos, y debe dar cuenta de lo que ha recibido, no de lo que no ha recibido.

⁸⁸ Original autógrafo en el Arch. Gen. FMA.

Una podrá dar diez puntos, mientras otra sólo da cinco, o sólo uno: ¡no importa! Pero si quien puede dar diez da sólo nueve, sí señora; deberá dar cuenta de aquel uno que no ha dado por negligencia; y si una, que sólo puede dar uno, se está allí lamentándose porque otra da más que ella, deberá dar cuenta de su tristeza, que procede únicamente del amor propio.

La que hace labores finas no debe preferirse a las que se ocupan en trabajos pesados y rudos; quizá estas merezcan incluso más, porque en los trabajos ordinarios entra menos el amor propio, y resulta más fácil la recta intención.

Cuando nos alaban porque hemos trabajado bien y mucho, debemos decirnos a nosotras mismas: ¡Ah, querida mía, otra cosa muy distinta hace falta para presentarse contentas al tribunal de Dios y entrar en el cielo! Estemos atentas a la *intención* al cumplir nuestro deber: y esto por cristianas y por religiosas. Dios ve mucho más adentro de lo que ven los demás; ve nuestros pensamientos, cuenta nuestras palabras, examina nuestras obras, y en su infinita santidad nos pedirá cuenta severísima de todo.

Por favor, que cada una se ponga en la presencia de Dios, viva en la presencia de Dios y lo haga todo y sólo para hacer la voluntad de Dios y agradarle ⁸⁹.»

La Vicaria, reclamada de Saint Cyr a Nizza

En Saint Cyr todas están felices de que Sor Catalina esté en el Capítulo Superior, pero el solo pensamiento de verla partir de allí es una explosión de llanto.

Por su parte también Sor Catalina experimenta la tristeza de la separación de aquella casa donde ha experimentado también el trabajo de habituarse a las costumbres y a la cocina francesa, la penuria y la escasez de todo, con un apetito vigoroso y con la humillación cada vez más sentida de las cuestaciones obligadas, para dar lo necesario a las huérfanas y a la comunidad. Para más, había encontrado un Director que, queriendo hacerla una Directora santa, la reprochaba continuamente, incluso delante de las Hermanas, de las niñas y de los obreros. Ella, suficientemente humilde para recibirlo todo en silencio en la persuasión de merecerlo, no era tan sorda como para no sentirlo.

⁸⁹ Las declaraciones de Sor Lucía Vescovi, Sor Elisa Marocchino y otras.

Con todo esto se dispone a hacer la voluntad de Dios, cuándo y como él diga, y dispone también a ello a las Hermanas, a las terciarias y a las alumnas.

La Madre entretanto siente la necesidad de tener junto a sí a su Vicaria, porque a su progresivo decaimiento físico, no faltan preocupaciones por algunas dificultades. De Borgo San Martino, por ejemplo, llegan noticias de algún descontento. La Madre querría correr a poner remedio, repitiendo a todas: «¡Hijitas!, estáis revueltas porque os habéis olvidado de que vuestra Directora es la Virgen y no la pobre Sor Felicina que os ha dejado».

Escribe entretanto a Saint Cyr:

¡Viva Jesús, María y San José!

Queridísimas Hermanas e hijas:

Necesitaría que me hicierais un favor y es que dejéis venir a mi Vicaria Sor Catalina. Espero que ya habréis tomado todas confianza con vuestra Directora Sor Santina; es muy buena, pobrecita, ¿por qué no tenerle confianza?

Mirad, a veces nuestra imaginación nos hace ver las cosas muy negras, mientras que son totalmente blancas; estas nos van enfriando con nuestras Superiores y poco a poco se pierde la confianza que teníamos con ellas. ¿Entonces, qué pasa? Que vivimos mal nosotras y hacemos vivir mal a la pobre Directora. Con un poco de humildad todo se arregla. Mis queridas hijas, dadme pronto este consuelo: amaos entre vosotras con verdadera caridad; amad a vuestra Directora, consideradla como si fuera la Virgen y tratadla con todo respeto.

Yo sé que ella os quiere en el Señor, decidle todo lo que me diríais a mí si estuviese ahí; este es el mayor consuelo que me podéis dar. Mis buenas Hermanas, pensad que donde reina la caridad allí está el Paraíso. Jesús se complace mucho de estar en medio de las hijas que son humildes, obedientes y caritativas; haced de modo que Jesús pueda estar contento en medio de vosotras.

Así es que Sor Sampietro, Sor Alejandrina [Hugues], Sor Catalina [Pestarino], Sor Lorenzale, debéis daros buen ejemplo unas a otras, corregiros con caridad si alguna falta a estos deberes. Pero no sólo debéis ser las primeras en tener confianza con la Directora, sino hacer de modo que la tengan también las niñas; recordad que estáis obligadas a daros buen ejemplo. Sed exactas en la observancia de la santa

Regla y estudiad bien lo que ella ordena. Estad atentas, mis queridas hijas, a la obediencia pronta, al desprendimiento de vosotras mismas, de vuestras satisfacciones y de todas las cosas. Recordad los tres votos que hicisteis con tanto deseo y pensad a menudo cómo los observáis.

El tiempo pasa pronto y si no queremos encontrarnos con las manos vacías a la hora de la muerte, tenemos que darnos prisa para afianzarnos en la verdadera y sólida virtud; las palabras no nos llevarán al Paraíso, sino los hechos. Pongamos manos a la obra con valor, practiquemos las virtudes sólo por amor a Jesús, sin ningún otro fin; que a fin de cuentas son todo historias que nos metemos en la cabeza. La que ama verdaderamente a Jesús va de acuerdo con todas.

Por consiguiente, de acuerdo ¿entendido? Si me dais este consuelo iré pronto a haceros una visita y me quedaré unos días, ¿estáis contentas?

Mandadme pronto vuestras noticias; recordad que quiero que estéis alegres; pobres de vosotras si hacéis *almanaques*.

Muchos saludos a las postulantes y a las niñas; las quiero mucho, pero deseo que sean buenas y estén alegres: que salten, rían, canten, etc., y cuando vaya a hacerles una visita les llevaré una cosa a todas.

Que Jesús os bendiga y os haga santas. Rezad por mí y estad seguras de que yo rezo siempre por vosotras.

Creedme vuestra

Afma. Madre
SOR MARÍA MAZZARELLO ⁹⁰

Nizza, octubre de 1880

A Sor Lorenzale, una de las últimas que llegaron a Saint Cyr, le escribe en particular.

¡Viva Jesús!

Mi buena Sor Mariana Lorenzale:

¿Tienes bien arreglado tu jardín? ¿Da esperanzas de buena cosecha? Mira, debes comparar con el jardín tu corazón. Si lo cultivamos bien, dará buenos frutos, pero si no vigilamos y lo cuidamos un poco cada día, se llena de malas hierbas, ¿no es así? Animo, pues, miremos

⁹⁰ Original autógrafo en el Arch. Gen. FMA.

todos los días si hay algo que estorba, algún sentimiento, y si se encuentra, se echa en santa paz.

¿Entenderás este escrito, Sor Mariana? Escribo, pero ni yo misma sé lo que escribo, pues tengo muchas cosas que hacer; reza por mí, está alegre y procura que lo estén también las demás. Te saludo y te dejo en el Corazón de Jesús. ¿Estás contenta de que te deje en tan hermoso lugar? Si no estás contenta me lo escribes. Que Dios te bendiga junto con tu

Afma. en el Señor la Madre
Sor MARÍA MAZZARELLO ⁹¹

Los avisos de la Madre a la Comunidad

En ausencia de su Vicaria, la Madre da personalmente a la comunidad ciertos avisos que, según Don Bosco, habrían de confiarse a ella; pero no pierde por ello, ni mucho menos.

Las postulantes los acogen con una reverencia que conmueve; varias novicias los imprimen en su mente imponiéndoselos como programa de vida, y no pocas profesas se comprometen a repetirlos a las ausentes, especialmente si se trata de *buenas noches*.

Tenemos, efectivamente, a la postulante Lucía Vescovi que refiere con calor y vivacidad: «¡Si hubieras oído ayer noche cómo nos hablaba la Madre Superiora!».

«Aprovechemos el tiempo, por favor. No empleemos una hora en lo que puede hacerse en media. ¡Trabajemos todo lo que podamos, si queremos las bendiciones de Dios sobre la casa!

Tengamos cuidado también de la ropa de uso personal y de los vestidos, y si hay necesidad de dar un punto hoy, no esperemos a mañana, a fin de que el agujero o el roto no se haga mayor y nos obligue a dar diez puntadas en vez de una. Objeto olvidado, objeto estropeado; ¿y la pobreza religiosa...?!

Por cuanto de nosotras dependa tengamos también cuidado de la salud. El comer con avidez estropea el estómago y los dientes y obliga a gastar en medicinas. Sólo lo necesario para no dañar el alma ni el cuerpo. No se empiece un panecillo con un solo bocado dejándolo después empezado. Un bocado menos en este caso, ¿qué perjuicio puede causar a la salud...?!»

⁹¹ Original autógrafo en el Arch. Gen. FMA.

También la novicia Sor Luisa Boccalatte, santamente impresionada por lo que le han referido y por lo que ella misma ha oído de la misma Madre, dice: «Sor Jacinta Morzoni asegura que la Madre Felicina, hermana de la Madre, dijo que ésta no se levanta nunca de la mesa sin sentir todavía necesidad de satisfacer el apetito, y que desde niña pasaba meses sin probar la leche —que le gustaba muchísimo— y sin la fruta del tiempo, por ejemplo, la uva, incluso mientras vendimiaba! He oído yo a una Hermana que me decía: "La Madre tosía y yo le sugerí que tomara un caramelo; ¿sabéis lo que me respondió? Los caramelos de una buena religiosa son las jaculatorias y los actos de amor de Dios!"».

—¡Y lo que nos está recomendando en estos días...?! «Mis queridas Hermanas, novicias y postulantes, pidamos cada día, en la santa comunión, la gracia de la salud y de la perseverancia en la vocación. ¡No os maravilléis si alguna cae en alguna falta, aunque desgraciadamente fuera un pecado...!, porque si el Señor no tuviera su mano sobre nuestra cabeza, seríamos capaces de hacer algo peor.

Si, yendo por los corredores y por las escaleras, veis a alguna cargada, prestaos en seguida a ayudarla, y aquélla ceda de buen grado, como Jesús cedió su cruz al Cirineo, y ¡no seáis nunca de esa gente que piensa sólo en sí misma y deja que los demás se las arreglen!»

Conferencia de la Madre sobre la pobreza

La profesora Sor Petronila Brusasco, que después de los Ejercicios de agosto ha obtenido pasar algún tiempo en Nizza, escribe los apuntes de la conferencia que la Madre dio a las Hermanas, en aquel período otoñal.

«La buena Madre Superiora —dicen las notas—, aún más tierna y afectuosa de lo acostumbrado, aparece entre sus hijas, reunidas para escuchar su conferencia. Se lee en su mirada el ansia de una madre que ama y que teme, y comienza diciendo que un pensamiento triste la ha tenido agitada durante la noche; un pensamiento que no puede por menos de exponer a sus hijas, para su bien.

Hasta ahora nos hemos mantenido pobres —dice— y hemos experimentado muchas veces las consecuencias de la pobreza, el pan mismo todavía escasea, pero no hemos sido por esto menos dispuestas para el trabajo; por el contrario, cada una hemos cumplido con mayor

ardor la parte que nos ha sido confiada. El espíritu de nuestro venerado Padre y Fundador Don Bosco ha sido hasta ahora el nuestro; en todas nosotras se mantiene vivo y generoso el espíritu de pobreza de Jesús. Pero ahora nuestra obra se extiende y tomará cada vez más vastas proporciones, se trabajará incluso más con las niñas.

Todo esto conducirá, poco a poco, a grandes cambios en la vida de las Hijas de María Auxiliadora. Yo entonces ya no estaré, pero vosotras veréis introducirse mejoras: llevaréis hábitos menos usados y menos remendados, vuestra comida será más abundante y menos pobre, tendréis carne en la mesa cada día, tendréis pan en abundancia, vino, café con leche a la merienda, y también café después de comer, si es necesario. En fin, tendréis todo lo que se tiene en una familia acomodada. También los locales, las clases, el taller estarán en mejores condiciones que ahora, y tendréis mayores comodidades para cumplir vuestra labor particular entre las niñas; tendréis no sólo lo necesario, sino incluso lo conveniente.

Pero, por favor, hijas mías —y aquí la Madre volvía a tomar el aspecto triste de antes—, ¡por favor! Que Dios no quiera que todo esto nos haga perder el buen espíritu, el espíritu de Don Bosco, el espíritu de Jesús. Por favor, hijas mías, incluso en medio de las comodidades que os ofrezca la Congregación, sed pobres, pobres de espíritu, sirviéndoos de cuanto se os concede sin ningún apego a las cosas de las que os sirváis; usadlas, dispuestas a dejarlas si así lo pide la obediencia; usadlas con el espíritu dispuesto a sufrir también las consecuencias de su falta o insuficiencia. Por favor, incluso en medio de mayores comodidades continuad amando real y prácticamente la pobreza de la que nos fue gran maestro nuestro divino Redentor, cuyo espíritu se refleja tan bien en nuestro buen Padre Don Bosco.

Me dirijo a todas, pero especialmente a las que deberán ir lejos y a las distintas casas filiales, incluso en Italia, porque no siempre tendréis quien os llame en seguida al orden, y sin daros cuenta os podríais encontrar pronto fuera de camino.»

Lectura del «Bollettino Salesiano»

Uno de los medios de que se sirve la Madre para alimentar en la comunidad el verdadero espíritu apostólico de Don Bosco es la lectura del *Bollettino Salesiano*.

El de noviembre de 1880 contiene, además de las normas para la catequesis promovida por el Papa León XIII, interesantes relaciones

sobre la labor misionera salesiana en la Patagonia, con la historia de aquellas tierras.

En comunidad se puede decir que cada Hermana saca de allí nuevos impulsos de actividad para el bien de la juventud, y nuevos modos de desarrollar el celo, según los deseos del Papa y de Don Bosco, tanto en la Patria como en las misiones patagónicas a donde el corazón va siempre como a una meta soñada.

Sor Virginia Magone: la primera en ir de América al cielo

La noticia de la santa muerte de Sor Virginia Magone, comunicada desde Turín a Nizza, sirve para fijar mayormente el pensamiento en América.

Desde mayo último, no había llegado ningún detalle más sobre la querida Hermana; se sabía que continuaba tejiendo lentamente su corona para la eternidad, por eso salía espontánea y frecuente la pregunta: ¿Vivirá todavía? La relación del Director Don Luis Lasagna y de Sor Magdalena Martini, leída en la conferencia, viene a dar a toda la comunidad las esperadas respuestas.

Veneradísimo Padre:

Le escribo a prisa estas pocas líneas desde Las Piedras, donde he venido a visitar la Parroquia y a consolar a las pobres Hermanas, desoladas por la pérdida de su Hermana Sor Virginia Magone, que expiró santamente el sábado, 25 del corriente, a las 4 de la tarde, después de recibir los consuelos de nuestra santa religión. Si toda su vida fue una continua edificación, su última enfermedad, y sobre todo su muerte, fue de grandísima admiración para todos.

El viernes por la noche, antes de dejarla, le había casi asegurado que al día siguiente, día consagrado a la Santísima Virgen, vería cumplidos finalmente sus ardientes deseos de volar al cielo.

—¿Lo dice de veras? —exclamó ella con el rostro encendido.

—El corazón me dice que sí —continué yo—, tanto más que el morir en sábado es un privilegio que la Virgen concede a sus devotos, para librarlos en seguida del purgatorio. Me parece, pues, que María Auxiliadora os quiere conceder esta gracia.

A estas palabras, que tenían la impronta de una certeza, la buena Hermana no pudo contener por más tiempo la alegría de su corazón

y dirigiéndose a las Hermanas que la rodeaban: «¿Oís, oís? —repetía con un aire y un acento inexplicable— ¿oís?, ¡mañana estaré delante de Jesús, junto con la Virgen!». Y terminó en una explosión incontenible de llanto de emocionada alegría.

Llegó la medianoche, amaneció el sábado y Sor Virginia, en vez de empeorar, pareció mejorar, de modo que se lamentaba dulcemente con las Hermanas, como si yo la hubiese engañado.

Por la tarde volví a visitarla; la encontré cansada, pero —hubiera dicho— lejos aún de los extremos. ¿Pero qué digo? Acababa de salir de la habitación cuando la enfermera me mandó llamar: volví a entrar, y me di cuenta que su vida estaba apagándose. Sin agonía, sin convulsiones, mientras, llorando, recitábamos nosotros las oraciones de los moribundos, Sor Virginia entregaba su hermosa alma a Jesús.

Muerte más tranquila, muerte más dulce yo no la he visto nunca. Para tener una muerte semejante valdría la pena pasar cien años en medio de los más crueles dolores. Y esta muerte envidiable María se la obtuvo a una hija suya, que apenas había cumplido los veintidós años, recompensándole de este modo el sacrificio que había hecho al dejar la patria para venir a hacer conocer y amar a Jesús en estas apartadas tierras. También yo soy hijo de María, y cuando llegue mi hora, tengo derecho a esperar una muerte semejante. Sí, *moriatur anima mea morte iustorum, et fiant nivissima mea horum similia*: que muera también yo la muerte de los justos, y que mi fin sea como el suyo...

Su afmo. hijo
Don LUIS LASAGNA

Villa Colón, 27 de septiembre de 1880

¡Viva Jesús!

Nuestro reverendo y amadísimo Padre en Jesucristo:

Llegó el día bienaventurado que dio cumplimiento a los deseos de nuestra buena Sor Virginia Magone, y que la admitió a la posesión de aquellos verdaderos bienes que tanto anhelaba. ¡Qué vida y qué muerte tan preciosa! Sor Virginia se ha consumado verdaderamente por Dios, como el pábilo de la lámpara que arde y se consume delante de Jesús Sacramentado.

Su vida y su santa muerte nos inducen a esperar que ha volado directamente a Dios y que ya gozará de su largo y paciente sufrir. Pero con todo esto hemos estado y estamos apenadísimas.

Confesamos nuestra debilidad: aunque esta pérdida no fuera inesperada, no obstante, siendo la primera vez que vemos morir en nuestros brazos a una querida Hermana, en estas lejanas tierras, nos sentimos oprimidas por el dolor y derramamos un mar de lágrimas.

Encomiendo humildemente a sus oraciones a esta hija suya difunta, y a todas nosotras, que tanta necesidad tenemos de ayuda, para seguir fieles el camino de la perfección religiosa.

Gracias a Dios estamos todas bien de salud, y esperamos también hacernos santas si usted, nuestro buen Padre, nos sigue acompañando con sus oraciones.

Dígnese hacer partícipe de esta noticia a nuestra reverendísima Madre General, y de bendecir a sus pobres hijas en el Señor, mientras con todo respeto me profeso de usted, reverendísimo Padre

Humildísima y obligadísima hija
SOR MAGDALENA MARTINI

Villa Colón, 27 de septiembre de 1880

La Madre está enternecida como ninguna. Aquella querida Hermana la había visto crecer en el taller de Mornese como una flor en capullo; a los dieciséis años la había oído emitir los votos religiosos, sencilla, fervorosa en su amor a la Virgen y al Santísimo Sacramento; había partido, no hacía siquiera dos años, con las primeras misioneras —se puede decir— y, la primera de todas, había ganado allí la palma, a los veintidós años, cantando su suerte. Una suerte verdaderamente envidiable.

La Vicaria regresa de Saint Cyr. La Madre, nuevamente de viaje

Apenas pasada la fiesta de San Carlos, onomástico del buen Director de Saint Cyr, la Vicaria Sor Catalina Daghero se marcha por segunda vez de aquella bendita casa y, después de una breve visita de despedida a los bienhechores principales de Toulon, prosigue hasta Nizza Monferrato ⁹².

La Madre no esperaba otra cosa para ponerse en viaje y, sin echar cuenta del frío que arrecia, va a las casas en las que hay mayor necesidad de su presencia.

⁹² De las relaciones de Sor Enriqueta Telesio y de Sor Antonia Tenoux.

A una hora inesperada llega a Borgo San Martino. A las primeras que encuentra, o que manda llamar, les presenta a Sor Catalina Ricca, para que esté al frente de la comunidad hasta su regreso: volverá aproximadamente dentro de una semana «si son buenas» —dice ella—.

Cuando todas corren a saludarla y darle la bienvenida, la Madre ha reemprendido el camino. Debe llegar hasta Quargnento, para una visita a las dos novicias Sor Mayorina Poggi y Sor Teresa Vallino, que están admiradas de su espíritu de sacrificio y mortificación.

«Me ha consolado mucho —dice la primera— y me ha animado mucho a la observancia de la Regla y de la humildad, si quiero hacerme santa.»

Y la segunda: «La Directora necesitaba una esclavina más decente. La Madre, apenas lo supo, se quitó la que llevaba ella para ponérsela a la Directora, que, confusa, quería rehusarla diciendo: "Usted, Madre, tiene que viajar; no puede prescindir de ella".

Pero la queridísima Superiora, cubriéndose con el chal, bromeando, añadió: "¿Quién se va a dar cuenta de que no la llevo?"»⁹³.

De Quargnento prosigue para Biella; aquí le queda el temor de demasiadas comodidades para sus hijas. Pero ahora se le ofrece la ocasión de hablar con monseñor Leto, testigo de las últimas novedades de Borgo San Martino.

Prudencia y bondad de Madre

Hacia mediados de mes la Madre regresa a Borgo San Martino. ¡Se la han hecho buena aquellas hijas!

Cuando las participantes a los últimos Ejercicios supieron que su Directora, la Madre Felicina, estaba destinada a Sicilia, pero que la partida no era inmediata, adictas como le eran, tanto suplicaron para tenerla de nuevo hasta casi la hora de la partida, que la Madre creyó oportuno darles gusto, esperando que tal condescendencia les ayudase después a hacer mejor el sacrificio.

En cambio, el día que la Madre Felicina dejó definitivamente la casa de Borgo, y en su lugar se quedó Sor Margarita Rasino, las Hermanas, como atontadas, empezaron a ir trasañadas de una habitación a otra: ninguna se preocupó de la cocina y, llegada la hora de la comida, el fuego estaba todavía apagado. ¡Con un colegio que esperaba...!

⁹³ De las relaciones de Sor Colomba Cei, Sor Teresa Vallino y Sor Mayorina Poggi.

La nueva Directora, buena y tímida, recurrió en vano a todos los medios de persuasión, pero en vista de que no conseguía más que nuevos llantos, llorando también ella pensó abandonarlas a sí mismas y se fue a Nizza.

El Director Don Belmonte, haciéndose cargo de la situación, trató de arreglarlo y llegó incluso a pedir a monseñor Leto, que se encontraba de paso, que dijera dos palabras a las pobres Hermanas, que habían quedado sin guía.

Monseñor Leto, que quiere tanto al Instituto, las consoló, las exhortó a la conformidad a la voluntad de Dios y a la obediencia, aceptando de buen grado a la nueva Directora. De nada sirvió. Los ánimos estaban abatidos y la razón había cedido al sentimiento.

El Director, quizá para hacerles reaccionar con el humor, les dijo un día con su tono bromista: «Así no podéis seguir adelante. ¿Queréis elegiros entre vosotras la Directora?».

Su indicación fue tomada en serio: se reunieron, encendieron dos velas delante del Crucifijo y eligieron con votos secretos a la que debía hacer de Superiora.

Entretanto, ni una palabra de Nizza en respuesta a los lamentos de quien daba señal de tan poca obediencia religiosa: la Madre quizá pretendía que su silencio diese lugar a la reflexión y que el consiguiente malestar arreglase por sí los corazones y las mentes.

Así era interpretado por las más juiciosas, y todas sufrían por ello.

Oportunamente, pues, la Madre les lleva a la nueva Directora nombrada regularmente, y la deja, como se suele decir, a prueba.

A su regreso puede constatar los efectos.

No hace mención a la comunidad de lo acacido; no se muestra seria, ni herida; al presentar oficialmente a la Directora, Sor Catalina Ricca, dice que es elegida por Dios, y continúa como siempre su visita, escuchando con su habitual bondad a cada una de las Hermanas.

A la que ha aguantado su mesecito de directorado ficticio y que ingenuamente refiere la tontería de la votación, le dice bonachonamente: «¡Niñerías, niñerías! No lo harás más; lo hecho, hecho está».

La buena Sor Josefina Bolzoni, profesa de hace pocos meses, demuestra no entender nada del asunto, porque no ha tenido siquiera tiempo de entrometerse en el fregado común; con ella la Madre corta por lo sano: «Has hecho muy bien en no mezclarle en el asunto; está atenta a no pensar mal de ninguna: son cosas hechas sin reflexión».

En la conferencia a la comunidad no toca puntos candentes y, habiendo notado que alguna Hermana llevaba todavía el hábito de algodón para la cocina y los trabajos de casa, hace presente el deseo

del venerado Padre y Superior Don Bosco, que el hábito sea igual para todas y para todas de *scot* negro ⁹⁴.

De nuevo en Nizza

De vuelta a Nizza, la Madre se alegra de las buenas noticias de la comunidad, entusiasmada con la Vicaria que, sin imponerse, lo sigue todo y a todas; da clase a las postulantes, novicias y profesas con particular interés, no se le escapa nunca una palabra de referencia a la Francia que acaba de dejar, y sostiene a las más debiluchas en la virtud con una bondad y una paciencia que se dirían superiores a sus veinticuatro años de edad.

Esto lo constatan especialmente sus alumnas que, durante la hora de religión, están delante de ella sin respirar para oírle hablar del amor, de la grandeza y de la bondad de Dios, incluso en el comentario de páginas literarias: por ejemplo las poesías del *Galantuomo* ⁹⁵.

La Madre se ocupa de las educandas, que buscan todas las ocasiones para verla y escuchar alguna palabra suya, pero cuando piensa ponerse a disposición de las postulantes y novicias, le llega —la mañana del día 20— un telegrama de Chieri: «Sor Inocencia moribunda».

La Madre en Chieri por la muerte de Sor Gamba

No hay, pues, tiempo que perder, de lo contrario el tren se escapa. Avisa a la Vicaria; para adelantar, pide prestado a la portera el delantal negro, mejor que el suyo, y se va ⁹⁶.

Llega a tiempo para ver a Sor Inocencia Gamba que, presa de congestión pulmonar, ya ha recibido los últimos sacramentos y se prepara a morir, mientras que por la mañana aún había bromcado con su Directora que le llevaba el desayuno.

La enferma reconoce a la Madre, le da las gracias por haber ido a verla, por haberla admitido en el Instituto y le dice: «Yo sabía que tenía que morir pronto. Por tres veces, Madre, oí una voz que me

⁹⁴ Relación de Sor Josefina Bolzoni.

⁹⁵ Relación de Sor Felicina Ravazza y Sor Luisa Boccalatte.

La referencia alude en particular a la poesía de Domenico Roddolo *Il Creatore* («Galantuomo» 1880, pág. 41).

⁹⁶ Relación de Sor Josefina Malvino.

decía: "Inocencia, piensa en darte del todo a Dios, que tu vida será muy breve". ¡Dichosa de mí que muero religiosa!.

Aunque se esté en el corazón de la noche, están presentes los Salesianos Don Notario y Don Branda —que han acudido también ellos de Turín al recibir un telegrama de la Directora— y todas las Hermanas de la casa.

Sor Inocencia susurra: «Entonemos un motete a María Auxiliadora!» y expira con el débil canto en los labios y una luz en los ojos.

Hacia pocos días que había cumplido los veinte años de edad, y su vocación había sido el premio a su ardiente fervor.

De natural feliz, afectuosa, ingenua, había sembrado el bien incluso sólo con su paso; ahora se presentaba a la casa del Padre el día en que la Iglesia celebraba la Presentación de la Virgen María en el templo de Jerusalén ⁹⁷.

La Madre, a causa del cansancio, las impresiones de la jornada y el dolor de la comunidad, pasa el resto de la noche como puede, en la misma habitación en la que se decía que Don Bosco sufrió las horribles molestias de Satanás.

Desde Turín ha venido con ella a Chieri Sor Angelina Sorbone; las dos se encogen para ocupar el único lecho de muelles sin molestar demasiado, pero las horas son largas... y el *benedicamus Domino* de la mañana es un verdadero alivio.

Carta de la Madre a Sor Josefina Torta

Mientras las Hermanas, después de las habituales prácticas de piedad, se preocupan de la preparación del funeral, la Madre escribe a Sor Josefina Torta, natural de Chieri:

¡Viva Jesús y María!

Mi buena Sor Josefina:

Te escribo dos líneas desde Chieri, a donde he venido para ver a la pobre Sor Inocencia, a la que he encontrado moribunda. Pero aún me ha conocido, pobrecita. Llegué aquí el sábado, a la una, y Sor Inocencia volaba al cielo a las dos menos cuarto de la madrugada, con una muerte envidiable. No dejéis de rezar por ella, por si aún estuviera en la antesala del Paraíso.

⁹⁷ Anexo n.º 1 c).

Mis buenas hijas, ¿estáis alegres las cuatro? ¿Estáis bien de salud? ¿Os queréis mucho? ¿Y las niñas, van creciendo?, ¿son buenas? Saludadlas y decidles muchas cosas de mi parte. Sor Villata, ¿estás alegre de verdad? ¿Rezas por mí? Animo, y procura tener alegre a tu Directora, a Sor Felisa Bezzato y a la buena Rosina.

Mi buena Sor Josefina, ¿es verdad que ha estado ahí tu madre? Aquí, en Chieri, todos dicen que tu madre ha ido a verte, pero tú no me lo has escrito. Escríbeme pronto y dame noticias de tu madre y de las clases.

El próximo jueves estaré de nuevo en Nizza y espero recibir tu escrito, que me dará mucha alegría. Sor Rosalía te saluda, junto con todas las Hermanas que se encomiendan a vuestras oraciones. A las de Nizza las dejé a todas bien.

Las de Bronte han escrito que el viaje fue muy bueno, pero pobres, necesitan que recemos mucho por ellas, están tan lejos que dan compasión.

Os escribo tan de prisa que no lo entenderéis, pero tened paciencia, tengo poco tiempo; antes de la Inmaculada os escribiré de nuevo.

Entretanto ten ánimo y no te apures si te toca hacer algún sacrificio, o mejor dicho alguna flor a causa de las personas que vienen a visitar la casa. Te recomiendo que seas humilde y llena de caridad y de paciencia; procura observar la santa Regla y hacerla observar a todas. Reza siempre de corazón: recuerda que la oración es la llave que abre los tesoros del Paraíso.

Animo, pues, a combatir el amor propio; demos muerte a esta maligna alimaña. Renueva a menudo los votos y los propósitos hechos en los santos Ejercicios. Estad alegres, mis buenas hijas en Jesús; esta vida es pasajera, «*buona sera, buona sera*». ¿De acuerdo? En Navidad, ¿vendréis a Nizza a celebrar la fiesta con nosotras? Veremos. Que Dios os bendiga junto con vuestra

Afma. en el Señor, la Madre
Sor MARÍA MAZZARELLO

Chieri, 21 de noviembre de 1880

Muchos saludos al señor Arcipreste, al Marqués y al Vicario. Viva Jesús en nombre de todas las Hermanas ⁹⁸.

⁹⁸ Original autógrafo en el Arch. Gen. FMA.

Temor y consuelo

De paso para Turín, la Madre recibe de Don Bosco la carta de Sor Vallese con las últimas noticias de la Patagonia, pero a la angustiada invitación de mandar Hermanas en ayuda se dice con temor: «¡Con tal de que tampoco las que están allí, por el demasiado trabajo y los excesivos sacrificios, se vayan tan pronto al otro mundo!».

Verdaderamente las muertes de sus hijas son hasta ahora pruebas ciertas de su santidad; y esto es un gran consuelo, de modo que si la tierna Madre no puede ocultar su dolor por tantas pérdidas, tampoco puede ocultar el dulce presentimiento de tener ya una hermosa corona de pequeñas santas en el cielo.

También Don Bosco debe sentirlo, porque después de las noticias de la última fallecida en Chicri, haciendo todavía mención de Sor Virginia Magone, ha dicho ya a la Madre que tratándose de la primera Hija de María Auxiliadora fallecida en misiones y de una Hermana tan edificante en su vida y en su muerte, parece oportuno darla a conocer por medio del *Bollettino Salesiano*. Que se recojan, por tanto, todas sus memorias y escritos, si los hay; estos, publicados, harán un gran bien y proporcionarán también generosas vocaciones al Instituto.

La Madre vuelve a Nizza, a tiempo para expresar sus felicitaciones a la Vicaria en el día de Santa Catalina, y lleva consigo la copia de la carta de Sor Vallese, para leerla a la comunidad de Nizza, como ya ha hecho con la de Turín.

Es hermoso reproducirla por entero, como recuerdo de familia.

Reverendísimo Padre en Jesucristo:

Aprovecho la presente oportunidad para enviarle estas pocas líneas.

Las noticias que puedo darle por ahora son, gracias a Dios, bastante buenas, y esperamos que continuarán así.

Estamos preparando vestiditos y otros indumentos para nuestras pobres indiecitas, y creemos que el Señor nos está preparando mucho trabajo. Nosotras lo descamos ardentemente, para salvar muchas pobres almas que yacen sepultadas en las tinieblas de la ignorancia. ¡Ah, reverendo Padre, si viera cuántas indias tenemos, y qué miserables en el cuerpo y en el alma! Nos dan verdadera compasión y sentimos enormemente no poderles ayudar a todas, porque somos muy pocas y muy pobres.

Esta escuela nuestra de Carmen cuenta ahora con treinta niñas,

dos educandas y una joven mora, que nos ayuda también en los trabajos de casa. Si tuviéramos con qué mantenerlas, podríamos recibir muchas, instruir las y salvarlas.

Todos los domingos vamos a la parroquia a dar el catecismo a las niñas cristianas que desgraciadamente son, en este país, muy ignorantes. Una vez al mes las invitamos a confesarse, después de lo cual, un buen número de ellas se acerca a recibir la santa Comunión, con un porte muy devoto.

Esta práctica hace mucho bien, no sólo a las jovencitas, sino también a las adultas y sirve para despertar la fe en los indios, hacerlos reflexionar y enamorarlos de nuestra santa religión.

Antes de terminar esta hoja me atrevería a pedir a V. S. un favor, mejor dicho, dos. Encomiéndenos de un modo especial a María Auxiliadora, nuestra dulcísima Madre, a fin de que, habiendo venido a estas lejanas tierras a dar a conocer a nuestro celestial Esposo Jesús, le permanezcamos fieles hasta la muerte. Las cuatro deseamos hacernos santas, y esperamos conseguirlo, si usted reza por nosotras.

El otro favor es que nos mande más Hermanas a ayudarnos, para que podamos conducir por los caminos de la salvación a mayor número de estas pobres indias. Nos dijeron que nos las mandarían pronto. ¡Cuánto tarda en llegar ese día!

Permítame otra petición: al enviarnos ayudas a nosotras, no se olvide de nuestros Hermanos Salesianos. ¡Si viera cuánto trabajo tienen y cómo trabajan! Sobre todo el reverendo Don Fagnano nos parece un mártir del trabajo y tememos que se agote.

Que Dios conserve a V. S. todavía por muchos años. Dígnese aceptar nuestros respetuosos saludos, y créame en el Sacratísimo Corazón de Jesús. De V. S. Rvdma.

Devotísima Hija
Sor ANGELA VALLESE

Carmen de Patagones, 6 de octubre de 1880

Se podría añadir a este punto que el Director de la misión de la Patagonia —Don José Fagnano— el 5 de septiembre había escrito a Don Bosco: «Las Hermanas le escribirán también ellas. Tengo que decirle que trabajan con ardor varonil, y son muy queridas por el pueblo».

La Madre descansa consolando a las hijas

Obligada por las hijas a dejar un poco los trabajos de casa —¡lo necesita de veras!— la Madre aprovecha para responder a Sor Josefina Torta, que no se ha hecho repetir la invitación a mandarle noticias más detalladas de su casa.

¡Viva Jesús y María Inmaculada!

Mis queridas Sor Josefina, y M. y F. y R.:⁹⁹

Os doy las gracias por vuestras noticias; queréis que vaya a haceros una visita: os la haría en seguida y de muy buena gana, pero de momento no me es posible contentaros. ¿Vendréis todas por Navidad y traeréis un pollo, verdad? Pero yo iré antes, si encuentro un día un poco libre; en cuanto a la vestición de Rosa, ya veremos cómo se hará.

Aproximándose la fiesta de nuestra amada Madre María Inmaculada, he pensado deciros dos palabras para hacer bien la novena: con todo el fervor posible, como nos exhortan nuestras santas Reglas.

Pongamos todas empeño en ejercitarnos en la verdadera humildad y caridad, soportando mutuamente nuestros defectos, esmerándonos más en nuestras prácticas de piedad, haciendo con entusiasmo y fervor nuestras comuniones y oraciones, y practicando nuestros votos de pobreza, castidad y obediencia. Tened por seguro, mis buenas hijas, que si lo hacemos así, la Virgen estará contenta de nosotras y nos obtendrá de Jesús todas las gracias que necesitamos para hacernos santas. En estos días renovemos también los propósitos que hicimos en los Ejercicios Espirituales y, finalmente, recemos por nuestros Superiores, por la Congregación, por nuestras Hermanas difuntas y por todas las Hermanas cercanas y lejanas.

Esto es lo que quería deciros, mis buenas Hermanas. Animo, tened cuidado de la salud y hacéos santas vosotras y a todas esas buenas niñas, a las que saludaréis de mi parte. Dile a Sor Felicina que sea buena y que la santa profesión, si no la hace ahora, la hará cuando la hagan las otras; entretanto que esté alegre.

Recibid muchos saludos de las Hermanas y del señor Director, y un millón de cosas de mi parte, que siempre os tengo junto a mi

⁹⁹ Las iniciales se refieren a las otras tres de la comunidad de Melazzo: Sor Matilde Villata, Sor Felicina Bezzato y la postulante Rosa Noli.

corazón y estoy siempre dispuesta a lo que sea por vuestro bien. Que Jesús os bendiga y que María Santísima os colme de las gracias más selectas, junto con vuestra

Afma. en el Señor
la Madre Sor MARÍA MAZZARELLO ¹⁰⁰

Nizza, 30 de noviembre de 1880

Preparación para la Inmaculada y Navidad

La Madre ya arde en el desco de una fervorosa novena y fiesta de la Inmaculada, y en el refectorio no pestañea durante la lectura del *Bollettino Salesiano* de diciembre. Lleva la carta de Sor Angela Vallese a Don Bosco y hace alusión a la santa muerte de Sor Magone y se proponen reflexiones y propósitos de fervor mariano. Es bellissimo el final de las primeras páginas: «¡Con tu Hijo, reina también tú, oh María, sobre nosotros! Prometámosle que, si es preciso, no sólo los pensamientos y afectos, la lengua y las manos consagraremos a su servicio (...), sino que daremos la sangre y la vida exclamando: "¡Muramos por María, nuestra Reina!"».

A continuación de la Inmaculada, Navidad. «Aprovechemos, pnes, —continúa el artículo— la hermosa ocasión para mostrar el ardor de nuestro afecto por el Hijo y por la Madre (...). Y cuando tengamos a Jesús en nuestro corazón, recibido como de manos de María, prometámosle fidelidad con las palabras de un gran santo: "Ni el hambre, ni la sed, ni la pobreza, ni la riqueza, ni la tribulación, ni la angustia, ni la persecución, ni la espada, ni la altura, ni la profundidad, ni la vida, ni la muerte, ni cosa alguna creada podrá separarme de tu amor, ¡oh adorabilísimo Jesús!" ¹⁰¹»

En los libres comentarios a la carta de Sor Vallese el ardor de la Madre se expresa aún más espontáneo: «Queridas Hermanas, progrescemos en el sacrificio y en la santidad; ¡hay tanto bien que hacer! Dichosas las que lo pueden hacer y han sido elegidas para sacrificarse más, para dar más almas al Señor. En Mornese nos robábamos los sacrificios unas a otras; ¡continuemos así, cada vez más, siempre más!» ¹⁰².

¹⁰⁰ Original autógrafo en el Arch. Gen. FMA.

¹⁰¹ *Bollettino Salesiano*, diciembre de 1880, año IV, n.º 12, págs. 2-3.

¹⁰² Declaración de Sor Rosa Mazzarello y de la Madre Petronila Mazzarello.

Otra Hermana, a la eternidad

Las Hermanas de Lu se preparan a una gran fiesta para la Inmaculada ¹⁰³, y la Madre dispone los corazones para la solemne jornada del 12 en Nizza; pero no falta el dolor por otra muerte: Sor Carmela Arata, en Turín. También ella había estado en Chieri como maestra de labor y, al ir a Turín por enfermedad, dejó entre las niñas y las Hermanas ejemplos de edificación por su unión con Dios, además de la precisión y paciencia al enseñar. La fiesta de la Virgen de Loreto —10 de diciembre— le abrió el Paraíso, después de cinco años únicamente de vida religiosa.

Encuentros personales con la Madre

El dolor de esta nueva pérdida no retiene a la Madre del trabajo que se ha impuesto particularmente después del reciente regreso de Turín: recibir en coloquio privado a cada una de las postulantes, para una elección más acertada en proximidad a la vestición.

Vicenta Bessone es la más baja de estatura: le había dicho Don Bosco en Turín, mientras ponía suavemente la mano sobre su cabeza: «¡Cabellos de oro, corazón de oro! Aquí tenemos a una misionerita: ¡démosle una buena bendición!». Fue ella la primera en presentarse a la Madre: y quiere volver a expresarle su felicidad después de la palabra decisiva sobre la admisión a vestir el hábito religioso: «¡Cómo sabe penetrar en el alma, y decirme los defectos con materna sinceridad, y animarme a la enmienda y a la práctica de la virtud! Es realmente una santa, como me la imaginé desde el primer momento que la conocí!».

María Viotti añade: «Las Hermanas mayores siempre nos han dicho que en la Madre tenemos una santa en casa; yo ya lo creía así, pero al hablar de tú a tú como esta vez, se siente de verdad que tiene algo que no es como todas! ¡Cuánta caridad! ¡Qué celo para formarnos en el espíritu de la Congregación y para que seamos como nos quiere Don Bosco!».

Enriqueta Gamba no deja de exponer en público su ingenua admiración: «Al manifestarle mis debilidades, de todas se acusaba tam-

¹⁰³ *Bollettino Salesiano*, enero de 1881, año V, n.º 1, pág. 7.

bién ella, ciertamente para animarme a hablar...; me pregunto a mí misma si he de creer que ella, tan santa, tenga mis mismos defectos!».

Carolina Curino hubiera querido ponerse a saltar, porque ha recibido el deseado sí para la vestición, y cuenta: «Habéis de saber, que si no hubiera sido por la Madre que proveyó a tiempo, yo hubiera tenido que irme a mi casa... ¡por hambre!».

Era postulante desde hacía tres meses, cuando un día me preguntó:—¿Cómo estás?

—Bien, Madre.

—¿Estás contenta?

—Sí, Madre.

—Pero yo temo que sufras; estás habituada al campo; tendrás necesidad de merendar: vete a merendar y procura estar bien.

Yo, por temor de que me mandaran a casa, y también para no darle un disgusto confesándole mi necesidad de comer un poco más, le respondí en seguida:

—No hay necesidad, Madre.

Ella entonces, pobrecilla, me animó y me dijo: "Sé buena y ten ánimo, no tardarás en hacer la vestición". Y me dan el santo hábito con las demás. ¡Qué alegría! ¡Que el Señor la bendiga!».

«Las verdaderas visiones son sólo para los humildes»

Casi todas las postulantes tienen algo que decir en elogio de la Superiora amadísima, pero si la alegría es general, no faltan excepciones y lágrimas.

Cuenta Sor Josefina Pacotto, que sigue todavía con las postulantes: «Cierta señorita llegada de Roma para ser Hija de María Auxiliadora, después de tres días de caprichos y de abstinencias, durante la misa (aunque no había comulgado), da señal de un especial coloquio con Jesús. Al salir de la iglesia, dice que ha tenido una visión. La Madre la corrige y ella, ofendida, va y viene de una a otra Hermana, diciendo: "Ya se conoce que la Madre Superiora no es instruida, porque de la forma como me ha hablado, se ve que habla sin saber lo que dice!"».

Esto llega a oídos de la Madre que, sonriendo, exclama: "¡Es cierto, ciertísimo!". Pero Sor Magdalena Morano no deja pasar la cosa, y al primer encuentro con la singular postulante, le dice sin preámbulos:

—¿Sabes?, a nosotras nos encanta nuestra Madre y la apreciamos muchísimo. Si usted opina de otro modo, señorita, más le conviene

retirarse. Si quiere, voy yo misma a acompañarla a la estación, pagándole incluso el viaje.

—Ya —responde la interpelada con una chispa de ironía— ya, ¿no soy acaso la maestra del colegio?

Y Sor Morano, de rebote:

—Si usted no tiene con qué... nosotras le pagamos la mitad del viaje, ¡y la otra mitad el Gobierno!

La cuestión parecía zanjada. Pero no: y precisamente Sor Morano, de acuerdo con las demás Superiores, hacia las seis de la tarde la acompaña a la estación pagándole el billete de primera clase (para que viaje más decorosamente, hasta su Roma) y augurándole un buen viaje sin retorno.

La Madre no alabó a Sor Morano por aquel trato expedito y sin tapujos, pero tampoco la recriminó; no obstante, dio a entender que el librarse de las visionarias es una caridad hacia el Instituto y un mal menor para las inismas pobres ilusas, llenas únicamente de arrogancia y orgullo.

Ya en Mornese, nuestra Madre no aceptó nunca dar oídos a cierta gente. Recuerdo que una, en proximidad a las fiestas de Navidad, me dijo: "El Niño Jesús quiere que yo le explique el *Paternoster*". La Madre, al principio, no me prohibió tratar con ella durante el recreo, incluso para saber hasta dónde llegaba, pero después no me permitió tratar ese argumento, y como la amiga no estaba dispuesta a corregirse, rápidamente la mandó a su casa. A mí, después, me dijo varias veces: "Líbrate bien de aquéllas que en su modo de hablar y en su obrar tratan de atraerse la atención ajena. No obran con recta intención y terminan siempre por ser un peso para sí y para los demás, cuando no algo peor".

Una segunda —también en Mornese— empezó a decir que había visto a Don Pestarino en la gloria, y que ella había sido elegida por el Señor para las misiones de América. La Madre me sugirió: "Puesto que dice muchas veces que es un poco sorda, presta atención si realmente es así. Mañana, a las diez, yo vendré al taller, y tú entonces haces la prueba de decirme, a media voz, algo que a ella le sea poco agradable, y veremos cómo va la cosa".

¡Cómo se puso! Se molestó tanto, que la Madre tuvo que decirle: "¡Ah!, ¿por tan poca cosa, enfadarse tanto? Quizá no tengas carácter para la vida de comunidad; será mejor que determines el día para marcharte". ¡La pobrecilla quería tirarse de veras al pozo...!

La Madre intervino afectuosamente para calmarla, pero no tardó en despedirla, diciéndome después a mí: "¿Ves cómo terminan ciertas visiones? Las verdaderas visiones son sólo para los humildes, y no para ciertas pobrecitas que... y no digo más..."».

La Madre se fía del «buen paño»

Sigue afirmando Sor Pacotto: «Entre las postulantes admitidas a la vestición, hay alguna que yo presentaría con los ojos cerrados, pero la Madre ya me ha dicho: "No creas que son abiertas las que hablan tanto de sí (realmente de sí no dicen apenas nada), y más aún de los demás. Encontrarás, en cambio, algunas que verdaderamente hablan poco, pero en eso poco lo dicen todo; con estas podemos contar mucho más, porque generalmente son de *buen paño*"».

Dos o tres están tristes: sólo por su salud no son admitidas a esta vestición. Las mayores de la casa —lo saben ya por experiencia propia— las animan diciendo: «Si la Madre os ha dicho que esperéis para más tarde, aunque debáis volver a casa, estad tranquilas; pronto o tarde seréis buenas Hijas de María Auxiliadora!».

De este modo, el dolor se vuelve más sereno y la esperanza deja todavía el cielo azul en las almas y en toda la casa.

Veintidós vesticiones y bautismo de María «la mora»

Llegado de Turín el Director General, parece que en la *Madonna* brille el sol de una alegría realmente nueva; no sólo se celebrarán vesticiones sino también el bautismo de la joven africana, que la paciencia y la caridad han cuidado de tal modo que la han capacitado para recibir este sacramento de vida.

Don Cagliero, asistido por el Director de la casa, Don Lemoyne, realiza las dos funciones, dando el hábito a veintidós postulantes y la estola de la primera inocencia a *la mora* que, a pesar de su temperamento impetuoso, recibe el hermoso nombre de María.

Recuerdo espiritual y palabras de buenas-noches

En los *recuerdos* de este día, el Director habla del «gran don de la gracia de la fe», don de excelencia única en la Inmaculada, don-

raíz del que germina toda virtud para el premio eterno en la gloria de Dios. De aquí la necesidad de conservarlo y acrecentarlo con la frecuencia de los sacramentos y con una gran apertura de corazón hacia el propio confesor, los Superiores y las Superiores del Instituto ¹⁰⁴.

En las *buenas-noches* la Madre no dice más que una palabra: «Conservemos el fervor de este día; seamos buenas, hagámonos santas» ¹⁰⁵.

Una palabra más para la elección de las neo-misioneras

El Director General no se va sin antes poner algún puntito... sobre las íes a las elegidas para la nueva expedición misionera. Algún nombre queda en suspenso, pero antes de que acabe el año se dirá la última palabra; entonces los preparativos darán nuevo entusiasmo a cuantas deberán atravesar el océano.

Las novicias y la Madre

Después de irse Don Cagliero, la Madre dedica su tiempo a recibir a las novicias, con las que desde hace algunos meses no ha podido hablar; no deja de seguir también a algunas educandas, especialmente a las que tienen germen de vocación, y de dirigir a las profesas por el camino de la santidad.

La novicia Sor María Genta, transparente como el agua cristalina, no tiene reparo en decir a las compañeras: «Siempre me he sentido feliz de hablar con la Madre, pero con la preocupación de no saber qué decirle. Esta vez se lo he dicho y ella me ha contestado: "¡Estáte tranquila! Yo te conozco y te auguro que tengas siempre la preocupación de no tener preocupaciones"».

Sor Delfina Guido, novicia igualmente sencilla, confía: «La Madre me ha dicho que, si soy fiel a mis deberes, experimentaré cada día más la felicidad de haber sido llamada a la religión, de dar gracias al Señor por el beneficio tan grande, ya que no terminaríamos nunca,

¹⁰⁴ Relación de Sor Vicenta Bessone.

¹⁰⁵ Relación de Sor Carolina Curino.

ni siquiera en el cielo, de darle gracias como se merece. Nuestra Madre habla con tanto fervor...! ¡Qué fervor el suyo!».

Hay otras dos novicias que durante el postulanteo estaban a punto de abandonar la vocación por motivos de salud.

La Madre les había dicho: «¡No temáis!, hagamos juntas una novena a María Auxiliadora y curaréis».

Se curaron verdaderamente, y ahora están contentas de repetir que en estos días han entrado felices a hablar con la Madre, quien les ha dicho: «Antes de la profesión me prometisteis haceros santas si la Virgen os hacía desaparecer los achaques. ¿Dónde están los milagros de virtud? ¡Animo, que se vean, porque lo prometido es deuda!».

Dicen que por la fuerza y la dulzura de sus palabras sienten que se les refuerza el alma y el cuerpo ¹⁰⁶.

La Madre habla de Sor Magone

Para la novena de Navidad la Madre se encuentra en condiciones de salud poco buenas, por lo que se ve obligada a un poco de descanso en el trabajo no indiferente de los coloquios privados. Le queda así alguna hora a disposición para escribir y dictar algunas cartas que más tiene a pecho.

El 17 complace a Don Bonetti, Director del *Bollettino Salesiano*, respecto a Sor Magone, y manda escribir algunos de sus pensamientos.

Muy reverendo señor:

Con mucho gusto he recibido su apreciada carta, a la que contesto en seguida.

Le incluyo algunas cartas de Sor Virginia. Siento haber extraviado la última que me escribió desde el lecho, en la que me decía que estaba preparando los lirios para hacer su última aparición... sobre el catafalco.

Me parece que puede escribir sin temor que Sor Virginia fue siempre una buena religiosa, obediente, respetuosa, piadosa. Entró en nuestra casa en 1871, con la intención de vivir con nosotras retirada del mundo.

¹⁰⁶ De las relaciones de Sor Elisa Marocchino.

Aunque en una carta me hable de un disgusto que me dio, se trata de una cosa sin importancia: una mentira que me dijo y que, al ser descubierta, sirvió para que se enmendara para siempre.

Vistió el hábito religioso en 1873; el 14 de junio de 1874 hacía los votos trienales y el 28 de agosto del año siguiente emitía sus votos perpetuos.

No me detengo a hablarle de sus virtudes, porque usted la conoció suficientemente en la casa de Borgo San Martino, pero puedo asegurarle que tuvo un gran celo por el bien de las niñas.

Mostraba singular aptitud para enseñar el catecismo e instruir a las jovencitas, las cuales, en cuanto la conocían, la querían como a una hermana. Era, además, muy delicada de conciencia y muy abierta con la Superiora, como una hija con su madre.

La petición para ir a América la hizo en Borgo San Martino y fue atendida después de un tiempo, cuando ya no se lo esperaba. Cuando tuvo que partir sufrió mucho al tener que abandonar a los suyos, pero hizo generosamente el sacrificio por amor a Jesús. Lo que hizo en América y los sentimientos que demostró allí, podrá deducirlo de sus cartas.

Termino descándole todo bien en las próximas fiestas navideñas, así como un buen fin y principio de año. Que el Niño Jesús le consuele y proteja, como lo desea su pobre y humildísima servidora

Sor MARÍA MAZZARELLO ¹⁰⁷

17 de diciembre de 1880

Carta a la señora Viarengo

El 19 dirige el pensamiento a la señora Emilia Viarengo, de Agliano d'Asti, la cual cree ser llamada al Instituto.

¡Viva Jesús!

Muy estimada señora:

Siento que no haya venido a tomar parte en nuestra fiesta. También hubiera sentido que viniera pensando encontrar aquí a Don Bosco. Fue el señor Director, Don Cagliero, quien vino a dar el hábito re-

¹⁰⁷ Original en el Arch. Centr. Sales.

ligioso a las nuevas Hermanas. Don Bosco no viene más que durante los Ejercicios. Si tiene necesidad de consejo puede escribirle a Turín.

Doy gracias al Señor de que siga alimentando el deseo de consagrarse a El; manténgase fiel, rece y confíe.

Si el Señor la llama entre las Hijas de María Auxiliadora, esté tranquila, que El la conducirá, con tal de que usted corresponda a sus gracias. Pero es necesario que haga también de su parte: venza los temores haciéndose fuerte.

Animo, mi querida hermana, encomiéndose al Niño de Belén. También yo haré rezar por usted; abandónese enteramente a El y esté segura de que El hará lo que más convenga a su alma. Le auguro de corazón unas buenas fiestas navideñas y un año lleno de gracias del Señor.

Rece por mí, que en el Corazón de Jesús soy su

Afma. hermana
La SUPERIORA ¹⁰⁸

Nizza, 19 de diciembre de 1880

La Madre, a las hijas de la Patagonia y de Las Piedras

Otra cartita, del día 20, va dirigida a un grupo de sus hijas de América:

¡Viva el Niño Jesús!

Queridísimas Sor Angelina, Sor Juana, Sor Cassulo y Sor C. (Catalina Fino):

He recibido vuestra carta y paso en seguida a contestaros, pobres hijas que estáis tan lejos. ¡Cuánto deseo veros! Pero debemos hacer juntas este sacrificio renunciando a esta satisfacción, porque creo que no me darán nunca este permiso. Pero ¡ánimo!, aunque no nos veamos personalmente, estamos muy unidas en espíritu; por mi parte os aseguro que no pasa día que no me acuerde de todas vosotras, mis buenas hijas.

Siento que Sor Juana y Sor Catalina no hayan estado bien de sa-

¹⁰⁸ La carta está escrita por Sor Emilia Mosca. Una copia se conserva en el Arch. Gen. FMA.

lud. ¡Pobrecitas!, animadlas de mi parte. Decid a Sor Catalina que sea buena, porque este será el medio para hacer mayor bien, y a Sor Juana que esté alegre. No hay tiempo para estar enfermas, porque tenemos mucho trabajo; animadlas.

Aquí, en general, estamos bien, excepto Sor Luisa Arecco y Sor Tersilla. Parece que la muerte se acerca para hacerles una caricia, pero pobrecitas, no quieren saber nada de esto. En cambio, es preciso que se resignen, especialmente Sor Luisa, que no la tiene muy lejos. Rezad mucho por estas dos Hermanas, que lo necesitan mucho.

Rezad también por el alma de Sor Carmela y de Sor Inocencia Gamba, que han entregado su alma a Dios. En el mes de noviembre murió Sor Inocencia en la casa de las Hermanas de Chieri y Sor Carmela murió el día 10 de diciembre en la casa de las Hermanas de Turín.

Mis queridas hijas, como veis, de vez en cuando viene la señora Muerte a hacernos una visita. Recemos mucho y estemos preparadas.

El día de la Inmaculada, es decir, el domingo siguiente, vino Don Cagliero y dio el hábito a veinte Hermanas y dos coadjutoras. Vosotras diréis: visten tantas Hermanas y no nos mandan ninguna. Sí, esta vez os las mandamos de verdad; partirán el 22 ó 26 de enero, si no cambian de nuevo; creo que esta vez irán de veras; rezad para que ganen buen viaje.

Agradezco de corazón vuestras felicitaciones de Navidad; pediré al Niño Jesús que os las devuelva con sus más selectas bendiciones: que os dé la verdadera humildad, la caridad, la obediencia y el verdadero amor a El. Le pido y le pediré siempre que os dé el espíritu de mortificación y de sacrificio de la propia voluntad; que os conserve el fervor y el celo y os dé a todas una salud robusta. ¿Estáis contentas de que Jesús os dé todas estas cosas? Yo se lo pido para vosotras de corazón, y se lo pediré mientras me dé vida, asistida por su gracia. Y vosotras, mis amadas hijas, haced otro tanto por mí, que lo necesito más que nadie. Animo, estad alegres, amaos y compadeceos unas a otras; consolemos a nuestro amado Jesús y hagamos todas nuestras obras de modo que pueda decirnos: Hijas mías, estoy contento de vuestra actuación. ¡Qué alegría poder oír estas palabras de Jesús!

Y tú, mi buena Sor Angelina, está tranquila: he leído tu *rendiconto*. Piensa que tus defectos son hierbas de tu huerto y hay que humillarse y combatirlos con valor. Somos miserables y no podemos ser perfectos; por lo tanto, humildad, confianza y alegría.

Rezad por mí y presentad mis saludos a vuestro reverendo señor Director; encomendadme a sus fervorosas oraciones y dadle las gracias de mi parte por el bien que os hace a todas vosotras. Recibid mil

saludos de las Hermanas y míos de modo particular, que tanto os amo en el Señor y haría cualquier cosa por vuestro bien.

Creedme en el Corazón de Jesús vuestra

Afma. Madre
Sor MARÍA MAZZARELLO

Nizza, 20 de diciembre de 1880

Viva Jesús, de parte de la Madre Maestra.

Mi buena Sor Angelina Cassulo, tu hermana está bien y se encuentra en la casa de Este. Está muy contenta y hace de cocinera de nuestros Salesianos ¹⁰⁹.

El día 21 la Madre satisface los deseos de las Hermanas de Las Piedras.

¡Viva el Niño Jesús!

Queridísimas Sor Victoria (Cantù) y Hermanas todas:

He recibido vuestras cartas; me alegro ante todo de saber que gozáis de buena salud, gracias a Dios. Veo también que tenéis mucho trabajo con tantas niñas y estoy contenta de ello; procurad formarlas bien, primero con el buen ejemplo y después con las palabras.

Siento que tengáis que sufrir al ser tan pocas para el trabajo. Pero ánimo, que ya os mandaremos ayuda; el 20 ó el 26 de enero partirán las Hermanas destinadas ahí. Vosotras preparaos para tenerlas alegres. Os agradezco de corazón vuestras felicitaciones, y más aún las oraciones que me prometéis; continuad rezando por mí.

Yo pido y pediré al Niño Jesús que os otorgue en pago sus más selectas bendiciones: primero una buena salud espiritual y también robustez física. Que os dé la verdadera humildad, una gran caridad, obediencia y paciencia, especialmente con vosotras mismas. Sí, y que Jesús os dé también un verdadero espíritu de pobreza, de mortificación de la propia voluntad y os mantenga siempre fervorosas en el servicio de Dios. Sí, mis queridas Hermanas, os desco de corazón todas estas hermosas virtudes. Que Jesús os colme de todas estas cosas, y vosotras dadle gracias y corresponded.

¹⁰⁹ Original autógrafo en el Arch. Gen. FMA.

Queridísimas Hermanas, hagamos el bien mientras tenemos tiempo y ocasión de hacerlo. Mirad, este año el Señor ha llamado consigo a muchas Hermanas: Sor Carmela (Arata) murió el día 10 de este mes en Turín y Sor Inocencia, en Chieri, el 21 de noviembre. Como veis, la muerte viene de vez en cuando a hacernos una visita. Y más pronto o más tarde vendrá también para nosotras, y dichosas de nosotras si tenemos un bagaje de virtudes.

Animo, amaos y compadeceos unas a otras y avisaos recíprocamente, siempre con caridad, ¿de acuerdo, mi buena Sor Victoria? Está alegre y lee también a las Hermanas estas cosas que te escribo. Anima siempre a las Hermanas; haz todo lo que puedas para ganarte su confianza y cuando tengas ésta podrás advertirles más fácilmente.

Animo y reza mucho por mí; yo te aseguro que no te olvido nunca en mis pobres oraciones.

Recibid muchos saludos de las Hermanas, que tanto os quieren y envidian vuestra suerte; también ellas se encomiendan a vuestras oraciones.

Presentad mis saludos a vuestro reverendo Director y encomendadme a sus fervorosas oraciones. Que Dios te bendiga a ti y a todas las Hermanas. En el Corazón del Niño Jesús, creedme vuestra

Afma. en el Señor la Madre
Sor MARÍA MAZZARELLO ¹¹⁰

Nizza, 21 de diciembre de 1880

Viva Jesús, queridísima Sor Victoria. Hace dos años, por la Inmaculada, estábamos en Mornese, ¿te acuerdas? Ese día pensé en ti, recordé tu vestición, y después el último saludo en el barco... ¿Cuándo volveremos a vernos? ¡En el Paraíso! Animo, unos pocos sacrificios más, algunos trabajos y después estaremos todas juntas en el Paraíso. Entretanto vivamos unidas en el Corazón de Jesús, trabajemos y recemos.

En tus comuniones, acuérdate alguna vez de mí, yo no te olvido. Un saludo a todas las Hermanas; les escribiré cuando se vayan las Hermanas. Saluda a Jesús de parte de tu Hermana Sor Emilia. Sor Morano te saluda.

¹¹⁰ Original autógrafo en el Arch. Gen. FMA. La apostilla es de Sor Emilia Mosca.

Navidad y primera comunión de la neófita María

La Navidad de este año, además de las habituales alegrías de la inocencia, de los afectos generosos y delicados hacia el Niño Jesús, trae la primera comunión de María, la neófita africana que, eu medio de las educandas, sus compañeras, resplandece de alegría nueva y nunca imaginada.

También Sor Torta y las Hermanas de Melazzo están presentes en la hermosa función. ¿Cómo podían dejar de aceptar la invitación que les ha hecho la Madre con la carta del 30 de noviembre?

Después de la alegría de este inesperado encuentro vuelven más solícitas a su pequeño campo de trabajo, donde tienen ocasión de profundizar en la práctica de la recomendación de la Madre: «Continuad en el buen entendimiento entre vosotras; haced todo el bien posible a los niños y a vuestras ochenta niñas del taller; rezad bien y estad atentas a trabajar sólo por el Señor».

«¡Hasta que nos veamos pronto en Turín!»

También Don Cagliero deja Nizza, con un paterno: «¡Hasta que nos volvamos a ver pronto en Turín!» a la Madre, y a las futuras misioneras, que ya se preparan para partir. Entretanto rezan para obtener, como les sugirió el Director, el don de la «fortaleza sin pesar», de la «ciencia infusa» y del «pronto manejo de la lengua castellana»: dones celestiales, dones necesarios para quien va a la conquista de las almas en tierras extranjeras y lejanas.

Los milagros de la obediencia

—¡Sí, sí, con la santidad y la salud también la ciencia, queridas Hermanas! —repite en alta voz alguna recordando el trozo de una carta de la siempre jovial Sor Josefina Vergniaud. «Sin preparación alguna —escribía ésta a la Madre— hemos abierto nuestras escuelas en La Boca! De noche estudiamos lo que tenemos que enseñar de día; y aquí sí que nos viene de perillas el consejo del buen Director Don Lemoyne: "Todo lo que se os diga que hagáis, hacedlo; aunque os digan que deis clase de griego, decid sencillamente: ¡No lo sé!, y si os mandan igualmente que lo enseñéis, id; Dios os ayudará!"

Y realmente Dios nos ayuda. Las equivocaciones que nos salen

hablando o escribiendo, nos las corrigen bondadosamente nuestras mismas alumnas, o nosotras mismas nos las corregimos poco a poco. Y así seguimos adelante a velas desplegadas.»

¡Qué eficaces resultan, en estos momentos, estas confirmaciones sobre los milagros de la obediencia!

La Madre «descansa»

La Madre, obedeciendo a las prescripciones médicas y sobre todo a las exigencias de sus achaques, se ha resignado de verdad, en esta última quincena del mes, a modificar el ritmo de sus jornadas: tendría que tomarse un poco de descanso. Es, en casa, la «presencia visible de Dios y la mano sensible de la Virgen». Las mismas educandas, además de las Hermanas, lo dicen, en voz baja y en alta voz: «¡Qué clase de descanso es este! Ya se la ve en el huerto, o por la viña a tender la ropa, a dar alguna azadonada; a recoger verdura..., ya se la encuentra en el lavadero, enjabonando y frotando. Ahora se pone a barrer la casa y los patios y a ordenar los lugares más humildes y, no mucho después, se pone en un rincón de la cocina a pelar patatas y a repasar la verdura, las castañas o la fruta.

Aquí maneja el hacha y la sierra para preparar la leña cortada, allá frigie la vajilla y los pucheros. En el taller cose y remienda para los artesanitos de Don Bosco y para sus Hermanas, o se sienta en medio de las postulantes, y, mientras maneja la aguja, les hace alguna advertencia en voz baja, o aviva el fervor con sus frecuentes jaculatorias a Jesús y a María.

La Madre Asistente, sí, realiza bien su oficio de seguir a la Madre para evitar que se canse, pero la Madre va de acá para allá y aparece donde menos se espera, y entretanto alegra a todas, y a todas anima con su presencia y con sus buenas palabras¹¹¹.

Pero no es este solamente su *reposo*. Sus frecuentes visitas a la iglesia explican de dónde le viene el aceite de su lámpara, cada día más viva. Con razón Sor Vergniaud pudo escribir desde América: «¿Nuestra Madre sigue siendo tan santa? ¡Quién sabe, aunque ciertamente... cada vez más santa!

¡Me parece todavía verla en el momento de la oración y de la meditación! Yo la he visto rezar. ¡Qué bien rezaba nuestra Madre!

¹¹¹ Relación de Sor Teresa Pentore, Sor Francisca Gamba, Sor Angelina Cairo, Sor Delfina Guido, Sor Francisca Milano, Sor Margarita Pistone y Sor Luisa Bardina.

Recuerdo que un día, en el recreo, reunidas en torno a ella, se hablaba de las estrecheces de la inolvidable casa de Mornese, y una Hermana se tomó la filial libertad de preguntarle:

—Madre, ¿cómo hace usted cuando está en la iglesia, con el pensamiento de su casa y de todas las necesidades, que parece que se vuelvan cada vez más graves?

—¿Yo? —respondió ella con toda sencillez—, por gracia de Dios, en la iglesia, no tengo semejantes pensamientos.

¡Oh, amadísima Madre, si pudiéramos imitarla!».

La Madre entre las educandas

En este *reposo* de la Madre, las que quizá más se alegran son las educandas, que al quedarse a hacer el recreo dentro de casa a causa del frío, pueden invitarla: «¡Madre, venga con nosotras!».

Su aparición es una fiesta: se anima el juego para demostrarle la propia habilidad y se hace un corro para tenerla dentro, o se la rodea, para oír mejor las palabras buenas, las noticias misioneras o las ocurrencias alegres. Ella, con cordial bondad, se complace, se muestra contenta de dar gusto a sus hijitas, impide los empujones de las que pretenden ponerse delante de todas y enseña ocasionalmente el arte de las pequeñas renunciaciones para prepararse a la próxima comunión, ofreciendo pequeños sacrificios ocultos para la salvación de las almas ¹¹².

Conferencia de fin de año de la Madre

En preparación al último día de año, la Madre piensa dirigir su palabra a todas las Hermanas profesas de Nizza. Entre los varios avisos de orden general, el tema prevalente es el del espíritu de pobreza y de mortificación:

«Año nuevo, vida nueva —dice el proverbio— pero no debe ser letra muerta para nosotras. Mirad, mis queridas Hermanas, cómo la muerte viene con frecuencia a visitarnos; podría venir también para mí, para cualquiera de vosotras. Pongámonos, pues, en serio a renovar nuestra vida.

¹¹² Relación de las Madres Petronila Mazzarello, Enriqueta Sorbone, Teresa Penatore, Sor Francisca Gamba y Sor Elisa Marocchino.

¡Por favor! no seamos Hermanas adocenadas, como dice Don Bosco, sino que nuestro porte sea siempre cual conviene a una buena religiosa. No busquemos las satisfacciones. Hemos dejado el mundo, y, por consiguiente, no hemos de vivir para el mundo, sino para el Señor. No vivamos en la vida religiosa como si fuéramos del mundo que hemos abandonado. Estemos atentas a no trasladar el mundo a la vida religiosa, con nuestras palabras y con nuestra falta de mortificación. Dejemos que los mundanos gocen; será por poco tiempo; compadezcámoslos. Para nosotras, nuestro gozo debe ser el padecer y el sacrificarnos cada vez más por amor de Dios.

Estemos atentas a las cosas pequeñas, a los pequeños defectos y no hagamos paz con ellos. Pensemos que tendremos que dar cuenta a Dios de todo, bueno o malo. Pidamos siempre al Señor que nos haga sentir vivamente el remordimiento por nuestras faltas; de este modo nos las confesaremos mejor, nos arrepentiremos y cumpliremos con gusto nuestra penitencia en este mundo.

Mantengámonos siempre humildes delante de Dios y de los hombres; no creamos que sólo es bueno y hermoso lo que hacemos nosotras.

Recemos y portémonos en todo como si la Virgen estuviera delante; y lo está, aunque no la veamos.

Hagamos también bien nuestros recreos; aquí es donde se ve si una ha rezado bien por la mañana y si ha hecho bien sus prácticas de piedad.

Ahora quiero haceros partícipes de mi gran temor: mirad, mis queridas Hermanas, ahora nos podemos considerar señoras, en comparación con lo que éramos al principio de la Congregación. Ahora entra un buen número de postulantes, algunas con su pequeña dote; tenemos un buen número de educandas, y casi todas pagan algo. Para muchas de vosotras, que en el pasado sufrieron hambre, este es un tiempo de bienestar. De hecho, ahora tenemos todas, además del pan y de la sopa, nuestro segundo plato y también un poco de fruta; tenemos una buena casa y una hermosa iglesia; se abren casas en buen número y casi todas sin gran preocupación por lo necesario para la vida. ¿Pero de qué nos serviría esto si tuviéramos, precisamente por esto, que perder el buen espíritu y disminuir en el fervor? Temo que la vida confortable debilite el fervor y que el deseo de una vida más cómoda entre en la casa de Nizza, y que cada una se forme después un mundo en su propio corazón, más peligroso que el que ha dejado. Este es mi gran temor. ¡Por favor, Hermanas, por favor!».

Al llegar a este punto la Madre, con las lágrimas en los ojos, con

las manos juntas y en actitud de quien pide y suplica y quiere causar la máxima impresión en quien escucha, continúa: «Amemos y practiquemos con verdadero amor la pobreza religiosa, tan amada y practicada por nuestro amado Jesús, por nuestra madre María y por nuestro *ecónomo* y especial protector San José. No nos dejemos vencer por el peligro de las comodidades y de las riquezas; sigamos unidas en la caridad, en el fervor y en el verdadero espíritu de pobreza, que fue la más bella gloria de los primeros años de Mornese y el medio más expedito de la santidad adquirida ya por tantas de nuestras Hermanas que nos han precedido en la gloria eterna, como nos hace esperar su envidiable muerte.

Esta casa ya es grande; y no obstante se construirá aún en derredor (lo dice también Don Bosco..., y Don Bosco es un santo. ¿Quién lo duda?). Nosotras somos ya un buen número, pero todavía vendrán muchas postulantes y señoritas, incluso ricas. Las casas se multiplicarán mucho... Pero si queremos que el Señor nos bendiga a nosotras y a nuestro Instituto y continúe prestándonos su ayuda, es preciso que conservemos la santa pobreza, que aumentemos el fervor, que no tengamos miedo de la mortificación, incluso voluntaria. Recordemos que hemos hecho voto de pobreza, que todas debemos considerarnos pobres y que cada una debe caminar en espíritu de pobreza, si quiere hacerse santa. Si no lo quiere, peor para ella y ¡qué desgracia para toda la Congregación!

La vida religiosa es, de por sí, una vida de sacrificio, de renuncia y de privaciones; la vida de comunidad y el oficio nos dan ya ocasiones de mortificarnos... ¿y bastará con esto? ¡No, no! Una buena religiosa no se contenta con lo que traen consigo las circunstancias, sino que encuentra el modo de ir más allá por amor del Señor, de las almas y de su pobre alma. Existe la mortificación de la mente, de la voluntad, del corazón, de los sentidos; está la obediencia, la humildad, que saben pedirnos mucho, aunque ninguna mirada ni ningún oído humano se dé cuenta de ello. Hermanas e hijas mías: pobreza y mortificación, obediencia y humildad, observancia de las Constituciones y castidad son virtudes tan unidas entre sí que forman como una sola. Mientras seamos pobres de espíritu y no busquemos la satisfacción de la gula y de otras cosas, tendremos muchas otras virtudes y la Congregación subsistirá y florecerá cada vez con más esplendor y fuerza. Si nosotras somos santas, la Providencia no nos faltará, antes por el contrario, se mostrará más generosa para que podamos hacer mucho bien.

Si queremos hacernos santas... (¿quién habrá que no lo quiera...?: ¡que se ponga de pie la que no quiera...!) debemos practicar todas estas virtudes; lo hemos prometido delante del altar, y nuestros ángeles custodios lo han escrito con caracteres de oro, para recordárnoslo a menudo y ponérselo delante a la hora de la muerte.

Seamos religiosas de verdad, y que el año nuevo sea realmente para todas vida nueva» ¹¹³.

Ninguna de las presentes sabe expresar el efecto de semejante conferencia, pero cada cual siente que la Madre ha hablado como inspirada, como una santa, y muchas lloran de emoción.

Confidencias de la Madre

Sor Josefina Pacotto, terminada la conferencia, va detrás de la Madre y sabe siempre encontrar el tiempo y la forma oportuna de hacerle decir alguna cosa. A sus preguntas, la Madre responde con toda sencillez: «Ah, sí, el pensamiento de tener que dar cuenta a Dios de todo, lo tengo siempre presente en la mente, y es este pensamiento el que me hace pedir la gracia de sentir vivamente el remordimiento por mis faltas, para temerlas y evitarlas.

Tú dices que me ves rezar con fervor. Pero yo tengo que decir, en cambio, que no siento nunca el gusto de la oración, y por tanto no sé qué fervor puede ser el mío.

Lo que puedo decir es que cuando en casa se siente más la falta de esto o aquello, o se sufre alguna pena más fuerte, me encuentro más inclinada a la oración y más desprendida de la tierra, y me gusta mucho encontrarme en la iglesia sola. Entonces me parece que estoy más cerca de Jesús y soy más totalmente suya, y le digo: "Oh Jesús, ahora estoy aquí sola contigo, déjate ver, aunque sólo sea un momento, para que pueda contemplar tu adorable rostro". ¿Verdad que sería muy hermoso que pudiéramos ver a Jesús?! ¡Qué hermoso debe ser! ¿Qué sentiremos cuando lo veamos?».

Y la valiente y candorosa Sor Pacotto, le pregunta:

—Madre, ¿usted no ha visto a Jesús?

—No. ¡No lo he visto nunca! ¿Pero quién soy yo para que Jesús me conceda la gracia de verlo? ¡No, no! ¡No tengo tanta virtud como para merecer esta gracia!

¹¹³ Relación de Sor María Genta, Sor Luisa Boccasatte, Sor María Viotti y Sor Lucía Vescovi.

Las últimas «buenas noches» de 1880

Una cartita de Sor Inés Ricci da motivo para terminar el año con un acto más vivo de agradecimiento al Señor.

Llamada por la Madre para un traslado de Biella a Este, Sor Inés ha pasado la Navidad en Turín, presentándose a Don Bosco el día de San Esteban para recibir una bendición suya.

Le había descubierto todo su interior, menos lo que no había sabido explicar; pero el buen Padre, leyendo en su corazón, le expresó también lo que no le había manifestado, añadiendo: «Despreciad estas cosas, decid también a vuestras Hermanas que las desprecien».

«Así pues, Madre, yo le digo que estas cosas que se han de despreciar son todas las extravagancias de la vanidad, las cuales, según Don Bosco, son moscas y mosquitos molestos, a los que no hay que hacer caso, sino espantarlos a medida que vienen. ¡Don Bosco me ha dicho que se lo diga a mis Hermanas! ¿Pero cómo lo voy a hacer, si estoy aquí en Este? ¡Madre, dígaselo usted, por favor!

Don Bosco me ha dicho que él aprende la geografía sin estudiarla; esto no lo he entendido demasiado y no lo entiendo todavía; pero luego, en tono profético y cambiando de aspecto, acabó diciéndome: "El Señor te concede muchas gracias, está atenta a corresponder". Y al pronunciar estas últimas palabras "está atenta a corresponder" me he sentido helada, tal era la fuerza de aquella expresión. Madre, dígales también esto a las Hermanas, para que recen por mí y yo rezaré por ellas, porque también ellas han recibido mucho del Señor y están obligadas como yo a corresponder bien a los favores del Cielo».

Es el tema de las últimas *buenas noches* del año 1880, cuando ya la plática del Director, seguida del canto solemne del *tedéum* y de la bendición eucarística, ha sintonizado los corazones con la nota dominante del amoroso agradecimiento y cada alma se dispone a un renovado compromiso de santidad.

«Hacer mucho bien y hacerlo pronto»

Hasta el *Bollettino Salesiano* de enero viene a caldear nuevos entusiasmos en la ya fervorosa comunidad de Nizza.

—¿Habéis oído, Hermanas, lo que ha dicho el Santo Padre a los Cooperadores Salesianos, «hacer mucho bien y hacerlo pronto, porque la necesidad es grande»? Estas palabras son también para nosotras. Por consiguiente... ¡adelante con auténtico valor!

A la Madre no le falta el valor, y es una fuerza que arrastra.

Con el frío intenso que hace, y con las incomodidades de su salud, cada vez peores, continúa sin hacer uso del colchón por la noche y apoyando su dolorida cabeza sobre un cajoncito de madera, en lugar de la almohada cien veces ofrecida por sus solícitas hijas¹.

Sigue siendo la primera en quitar la nieve por donde deben pasar las Hermanas para ir a lavar y en meter las manos en el agua helada de la pila, así como es casi siempre la última en acostarse para dejar todo en orden, incluso lo que no es de incumbencia suya.

Para dar la sensación de un poco de calor en el taller se usa una estufa, que se enciende unas veces sí y otras no, pero que ella no la usa. Está habituada a todo, dice. En cambio, las de constitución más delicada y las que todavía no están habituadas a tanto frío... que vean al menos un poco de fuego y se alegren.

Para la colonia agrícola de Saint Cyr

El *Bollettino Salesiano*, entre las obras salesianas del pasado año, destaca también la colonia agrícola femenina de Saint Cyr, diciendo

¹ Relación de Sor Elisa Marocchino.

que las Hijas de María Auxiliadora educan allí a las huérfanas «en la enseñanza primaria, en los trabajos domésticos y también en el cultivo del jardín y del campo, según la edad y las fuerzas»² de las alumnas.

—¿Veis cómo hace falta saber un poco de todo? —comenta la Madre—. Animo, Hermanas, procuremos hacer de todo; así, cuando el Señor se digne llamarnos a trabajar entre las niñas, especialmente entre las hijas del pueblo y las más necesitadas, estaremos preparadas para ser maestras no sólo de virtud, sino también para las labores de casa y de fuera de casa. Sabremos asegurar así a nuestras jóvenes el paraíso, el pan y la alegría del corazón.

Nueva visita a Lu Monferrato

Al oír la hermosa relación sobre la fiesta de la Inmaculada celebrada en Lu Monferrato, la Madre no duda en decir: «¡Iremos a asegurarnos si realmente es como está escrito!».

En seguida hay quien quiere disuadirla de tal propósito: hace mucho frío, hay mucha nieve; los dolores de oído, en vez de cesar, la molestan más que nunca... ¡Hay que esperar a más adelante!

—No, no. Si no voy ahora, ya no tendré tiempo.

Y encontrándose con la novicia Boccalatte le pregunta: «¿Tienes algún encargo que darme para tu pueblo?».

Ninguna, pues, la detiene, y entre el 5 y el 6, acompañada por Sor Elisa Roncallo, parte para Alessandria-Quargnento, y de Quargnento se llega a Lu³, para ver de nuevo a aquellas hijas y quitarles alguna espina; tiene ocasión de orientar a cada una en la vida de apostolado y de perfección religiosa, perdonando ciertas faltas personales y alegrándose del gran bien realizado en todo el pueblo.

Revelaciones de la Madre

De regreso a Nizza debe resignarse a guardar cama un día o dos; y lo aprovecha para hablar familiarmente con Sor Josefina Pacotto.

La llama junto a sí y sin preámbulos entra en argumento:

—Escucha, ¿querrías hacerme un favor?

—¡Sí Madre, y dos si quiere, y tres...!

² *Bollettino Salesiano*, enero de 1881, año V, n.º 1, pág. 1.

El programa del orfanato se conserva en el Arch. Gen. FMA.

³ Relación de Sor Mayorina Poggi y Sor Luisa Boccalatte.

—Pues bien, mira: la Madre Enriqueta se ha ofrecido para ir a América con la intención de sacrificarse por mi pobre persona, pero no irá por ahora..., será para más tarde, en todo caso, y hará mucho bien. Pero entretanto tendrá que dejarme igualmente.

—¿Qué dice, Madre?

—Digo... que si tú fueras en su lugar... me harías un gran favor... Acompañarías allí a tus novicias... Sé muy bien el gran sacrificio que te pido, pero... permaneciendo aquí, tendrías que dejarme igualmente..., porque... no terminaré este año, ¿sabes...? ¿Quieres que te diga una cosa, no tanto... para consolarte cuanto para decirte toda la verdad...?

No hace muchos días, vino a hablar conmigo un Padre Superior totalmente desconocido para mí. Se me quedó mirando y luego me preguntó: «¿Usted es Superiora General?». Respondí que sí, y él continuó: «También yo soy un Superior General, pero sepa usted que este es el año en que varios Generales, o ya se han ido o se irán al otro mundo, entre ellos nosotros dos. ¿Conocía usted a la Madre Irene, la Superiora General de las Hermanas Josefinas de Turín...? También ella ha muerto hace poco⁴. ¡Preparémonos, pues!».

Se levantó, me dio su bendición y se marchó.

¿No te parece que tengo un motivo más para decirte que en Italia tendrías que dejarme?

Sor Pacotto no habla de su impresión en aquel momento, aunque es fácil suponerla, así como de la prontitud con que se dispuso a partir para América se deduce su generosa adhesión a la propuesta de la Madre.

Toda para sus hijas

La Madre, restablecida y en pie, se da sobre todo a las futuras misioneras y a las novicias; aún las sigue y les pregunta según su amable sistema: «¿Qué hora es? ¿Sabrías decirme un punto de la meditación, de la lectura, del sermón? ¿Estás alegre...?». Si la respuesta es pronta, y tal como ella esperaba, un «¡Brava!» le sale del corazón. Si la confusión, en cambio, o la memoria no son capaces de hacer decir una palabra, manda a leer un punto de la meditación hecha, repitiendo a cada ocasión el pensamiento que ha hecho suyo: «Como el sol ilumina todo el mundo, así la palabra de Dios ilumina la mente,

⁴ Murió el 25 de noviembre de 1880. La Madre María Josefa (en el mundo Benedicta) Rosello —Fundadora de las Hermanas de la Misericordia de Savona— murió el 7 de diciembre del mismo año, y fue canonizada el 12 de junio de 1949 por Pío XII.

inspira al corazón buenos sentimientos y da fruto de obras buenas para el cielo».

Si descubre alguna sombra en la frente de alguna, sabe tocar en seguida la tecla desafinada, para ponerla a tono con la serena alegría de espíritu. Al anochecer se retira para recibir a quien desea hablarle confidencialmente, o bien escribe a las hijas lejanas, o algún *recuerdo* especial para las que se lo piden insistentemente antes de partir para las misiones.

Alguno de estos escritos ha llegado hasta nosotras; los transcribimos para común edificación.

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi buena Sor Sampietro:

¿Estás serena y alegre? No quiero que pienses más que me has dado disgustos; yo no estoy descontenta de tí. Por tanto, no pienses más en esto. Piensa en hacerte santa dando buen ejemplo a todas las Hermanas y niñas y teniendo confianza con tu Directora.

No te fijas nunca en los defectos de las demás, sino en los tuyos, ¿de acuerdo, Sor Sampietro? No te desanimes nunca y, con toda humildad, recurre siempre a Jesús; El te consolará y te ayudará a vencerte, dándote la gracia y la fuerza para luchar y te consolará. Así es que procura estar alegre y reza por mí, que yo no te olvido en mis oraciones. En el mes de marzo, si Dios me da vida, iré a hacerte una visita, ¿estás contenta? Sí, Madre, pero el tiempo se me hace largo.

Es verdad, mi querida Sor Sampietro, pero haz lo que yo te digo y verás cómo el tiempo se te hará corto. Ponte con todo empeño a adquirir las virtudes y a hacerte pronto santa; el tiempo se te hará corto. Animo, reza mucho por mí y está alegre de veras. Que Dios te bendiga junto con tu

Afina. Madre
SOR MARÍA MAZZARELLO

Nizza, enero de 1881

¡Viva Jesús y María!

Mi buena Sor Lorenzale:

He recibido tu carta y veo que continuas estando alegre. Esto me consuela; no hace falta llorar para demostrar que se tiene buen corazón; el Señor no lleva cuenta de las lágrimas, sino de los sacrificios

que hacemos de corazón. Así es que está alegre, aunque no puedas llorar cuando tienes algún contratiempo, que es aún mejor.

Me dices que tu huerto y tus campos necesitan muchas cosas que por ahora es imposible tener, pero está tranquila, que poco a poco todo se arreglará. Entretanto haz lo que puedas y ya verás cómo todo irá bien. Lo más importante es que procures tener bien arreglado el jardín de tu corazón. De vez en cuando échale una mirada para que no crezcan las malas hierbas que sofoquen las plantas buenas; ya me entiendes...

Espero que poco a poco entenderás también el francés y también al confesor. Lo más importante es que conserves la buena voluntad, el fervor, la humildad y la caridad. Verás cómo si no te faltan estas virtudes te defenderás y lo entenderás todo. Animo, mi buena Sor Mariana, reza por mí, está siempre alegre y procura que estén alegres las demás, Hermanas y niñas, a las que dirás muchas cosas de mi parte. Dile a Sor Pestarino, a Sor Sampietro y a Sor Alejandrina que no os olvido a ninguna en particular en mis oraciones. Estad todas alegres y mandadme buenas noticias; obediencia a la Directora. Que Dios te bendiga junto con tu

Afma. Madre en el Señor
Sor MARÍA MAZZARELLO

Nizza, enero de 1881

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi buena Sor Jacinta (Olivieri):

¿Estás viva o muerta? No me escribes ni una letra; todas dan señales de vida, o por escrito o por otro medio, que recuerdan que aún están vivas y que se acuerdan de mi pobre y miserable persona, pero tú nada.

Esperaba ir a haceros una visita y en cambio tengo que contentarme con mandaros una carta, ¡paciencia!; cúmplase la voluntad de Dios. Nos veremos con más seguridad en el cielo. Entretanto preparémonos allí un buen sitio, practicando todas las virtudes que requiere nuestra santa Regla; seamos exactas en su observancia. Tengamos la valentía de romper los cuernos al amor propio, pensando que a cada golpe que damos añadimos una flor a nuestra corona.

Dichosa tú, que puedes hacer mucho bien y ganar muchas almas a Dios. Trabaja mucho en el campo que el Señor te ha confiado; no te canses nunca, trabaja siempre con la recta intención de hacerlo

todo por el Señor y El te dará un hermoso tesoro de méritos para el cielo. Animo, mi buena Sor Jacinta, reza por mí y por nuestra amada Congregación.

No te escribo más, porque estoy segura de que las Hermanas que han llegado os darán muchas noticias. Te mando una estampa y desearía que no la perdieras. Te dejo en los Corazones de Jesús y de María. Te saluda tu

Afma.

Sor MARÍA MAZZARELLO
la Madre

¡Viva Jesús y María!

Mi buena Sor Rita (Barilatti):

Con mucho gusto te complacería con una visita mía (aunque pobre), pero tenemos que resignarnos a la voluntad de Dios, porque si El lo quiere así... Tanto mejor, ¿no es cierto? Cuántas cosas me gustaría decirte, mi buena y querida Rita. No nos conocemos personalmente, pero aunque sólo sea en el Corazón de Jesús nos conocemos espiritualmente, ¿no es verdad?

Animo, y a perseverar en tu vocación: que sepas corresponder a la gran suerte de que el Señor te haya elegido entre sus hijas predilectas. Me parece oírte decir: «¡Madre, tengo muchas ganas, pero ¿cómo tengo que hacer?!».

Escucha: el camino más seguro es el de una obediencia verdadera y exacta a tus Superiores, es decir, a la santa Regla; ejercitarse en la verdadera humildad y en una gran caridad. Si lo hacemos así nos haremos pronto santas.

Para esto hemos venido a la vida religiosa; por lo tanto, ánimo, y siempre con una gran alegría; esta es la señal de un corazón que ama mucho al Señor. Pide mucho por mí; yo no te olvido en mis oraciones. Te mando esta estampa, consévala como recuerdo mío. Que Jesús te bendiga y créeme tu

Afma. en el Señor

Sor MARÍA MAZZARELLO, la Madre

Nizza, enero de 1881

¡Viva Jesús y María!

Mi muy querida Sor Mercedes (Stabler):

Dos palabras también para ti; también yo desearía conocerte, pero ¿cómo hacer? El Señor quiere que nos contentemos con conocernos sólo espiritualmente. Así es que, resignémonos: llegará el día en que nos conoceremos plenamente.

Entretanto, procuremos observar bien la santa Regla y ejercitarnos en la verdadera humildad y en una gran caridad con todos. Ten confianza con el confesor y con tu Directora; respeta siempre a todos y tú considérate la última. Si así lo haces de corazón, y no sólo de palabra, serás pronto santa. Animo, mi buena Sor Mercedes, y reza por mí. Yo te aseguro que, aunque no tenga la suerte de conocerte personalmente, te tengo siempre junto a mi corazón y no pasa día que no te introduzca en el Corazón de Jesús y de María. Tú reza siempre por mí. Ama mucho al Señor, como lo desee también tu

Afma. Madre en Jesús
Sor MARÍA MAZZARELLO

Nizza, enero de 1881

¡Viva Jesús!

Mi querida Sor Teresina Mazzarello:

Ya te ha llegado la ayuda de las Hermanas, ¿estás contenta? Procura que estén alegres y animadas con palabras de aliento.

Ahora ya no tendrás tantas preocupaciones teniendo a la Directora, ¿no es así? Te recomiendo que le des confianza y que infundas también en las demás la confianza con la nueva Directora.

No me detengo a contarte cosas de aquí, pues las Hermanas te lo dirán todo. Sólo te diré que seas siempre humilde y caritativa con todas y que te conserves alegre y contenta de todo, como desea el Señor.

No te olvides nunca de rezar por mí, que tanto te amo en el Señor. Que Dios te bendiga y te haga pronto santa. En el Corazón de Jesús y María, créeme

tu afma. Madre en Jesús
Sor MARÍA MAZZARELLO

(Nizza, 17 de enero de 1881)

¡Viva Jesús y María!

Mi siempre amada Sor Victoria (Cantù):

Finalmente la ayuda llegó y se habrán acabado las preocupaciones. No, mi buena Sor Victoria, mientras estemos en este valle de lágrimas, siempre habrá algo; considerémonos dichosas mientras el Señor nos dé algo que sufrir por su amor.

Te recomiendo que consuelas a las nuevas americanas, ¡pobrecitas! Estarán algo tristes al encontrarse en lugares tan *foresti*⁵, pero tú y las demás Hermanas les haréis estar alegres, ¿no es verdad?

No sé si la Madre Maestra, es decir, Sor Josefina Pacotto, está destinada como Directora a la casa de Montevideo o de Las Piedras; de todos modos, donde crean mejor ponerla, estará bien puesta.

Lo más importante es que vayáis de acuerdo entre vosotras; sea en una casa sea en otra ayudaos siempre como verdaderas Hermanas. Manteneos en relación por escrito con las Directoras, la una con la otra. Haciéndolo así las cosas irán bien. Procurad siempre ir adelante con el buen ejemplo, viviendo desprendidas de vosotras mismas, sin buscar halagos ni preferencias, antes bien, despreciad esas tonterías; debemos ser nosotras las primeras en demostrar que nuestro corazón está hecho sólo para amar al Señor y no atribuir el amor a nosotras mismas. Animo, mi buena Sor Victoria, no te olvides nunca de rezar por mí y por todas nuestras Hermanas difuntas.

No me extiende en daros noticias de todas nosotras, porque estoy más que segura de que las Hermanas que han llegado ahí os lo habrán contado todo. No me queda más que recomendaros la caridad, la paciencia y la unión entre todas vosotras. Te recomiendo que me escribas y me des buenas noticias. Que Jesús os conserve en su santa gracia y os haga pronto santas. Rezad por vuestra afectísima Madre, que tanto os ama en el Señor

Sor MARÍA MAZZARELLO
la Madre

(Nizza, enero de 1881)

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi siempre amada Sor Josefina (Pacotto):

Escuchad el primer recuerdo que os doy, y es que no debéis nunca acobardaros ni desanimaros por vuestros defectos; gran humildad y

⁵ *Foresti*, forma dialectal para decir: lugares ajenos a la propia experiencia, diversos.

gran confianza en Jesús y María y creed que sin El no seréis capaces de hacer más que el mal.

Segundo: obrad siempre en la presencia de Jesús y de María, manteniéndoos siempre unidas a la voluntad de vuestros Superiores. Al obrar, pensad siempre: ¿Si estuviesen presentes mis Superiores, obraría y hablaría de este modo?

Procurad que vuestra humildad esté siempre libre del propio interés en vuestras intenciones; estad atenta a observar bien nuestra santa Regla y vigilad para que todas la observen con exactitud. No permitáis que se introduzca el más mínimo abuso o relajación por ningún motivo.

Tened siempre una gran caridad con todas y nunca particularidades, ¿entendido?; si hubiese, por ejemplo, de esas que os manifestasen cierto aprecio con el pretexto de que os quieren, porque tienen confianza y por esto pueden deciros las cosas, —pero que en realidad son tonterías— y quisieran siempre estar a vuestro lado para adularos, por amor de Dios, despreciad esas tonterías y venced el respeto humano: cumplid con vuestro deber y advertirlas siempre. Si tenéis presentes estas cosas, reinará un espíritu que agradecerá al Señor y El os bendecirá e iluminará siempre, y os dará a conocer su voluntad. Animo, hagámonos santas y recemos siempre una por otra; no olvidemos nunca nuestro único fin, que es el de perfeccionarnos y hacernos santas por Jesús.

El último recuerdo que os doy es este: cuando la cruz os parezca pesada, dad una mirada a la cruz que llevamos al cuello y decid: ¡Oh Jesús, Vos sois toda mi fuerza y con Vos las cargas se hacen ligeras, las fatigas suaves y las espinas se convierten en dulzura! Pero, querida mía, debéis venceros, de lo contrario todo se hace pesado e insoportable.

Esto es, mi querida Sor Josefina, todo lo que puedo daros como recuerdo. Rezad siempre por vuestra

Afma. Madre en Jesús
SOR MARÍA MAZZARELLO

Nizza, 17 de enero de 1881

¡Viva Jesús!

Mi buena y queridísima Sor Octavia (Bussolino):

Mi recuerdo es este: observa siempre con exactitud la santa Regla. Segundo: no te desanimes ante ninguna adversidad: recíbelo todo de las manos de Jesús; pon toda tu confianza en El y espéralo todo de El.

Te recomiendo la pureza de intención y la humildad de corazón en todas tus obras. Que tu humildad esté libre de intereses propios. Haz de modo que Jesús pueda decirte: Hija mía, estoy contento de tu modo de obrar.

Animo, cuando estés cansada y apenada ve a deponer tus preocupaciones en el Corazón de Jesús y allí encontrarás alivio y consuelo. Ama a todos y a todas tus Hermanas, ámalas siempre en el Señor, pero que tu corazón no lo dividas con nadie; que sea todo para Jesús.

Reza siempre por mí según mis intenciones. Está tranquila, que no me olvidaré nunca de ti.

Que Dios te bendiga, junto con tu

Afma. en el Señor
la Madre Sor MARÍA MAZZARELLO ⁶

Nizza, 18 de enero de 1881

«Quisiera acompañaros hasta América»

Sor Josefina Pacotto, a pesar de toda su buena voluntad, no consigue disimular la gran pena del desprendimiento de la amadísima Madre, y ésta le repite con frecuencia: «Escuchad, Sor Josefina, haced con valentía el sacrificio de ir a América; a su tiempo tendréis una gran recompensa. ¿Queréis que os diga una cosa? Iré a acompañaros a Turín y a Génova... y si el Señor me lo permite, hasta Marsella. De allí iré también a Saint Cyr. Quisiera acompañaros hasta América, pero estoy resignada a la voluntad de Dios. Como ya os he dicho, este año tengo que irme, ¡lo presiento! El Señor, que es tan bueno, se ha dignado escuchar mis súplicas, aceptándome para el mayor bien de todas» ⁷.

Habla la Madre

Las palabras que la amada Madre dirige a la comunidad en las *buenas noches*, siempre sustanciosas y prácticas, en estos días, más que nunca, tienen el don de conmover hasta las naturalezas menos propen-

⁶ De todos estos escritos el original autógrafo se conserva en el Arch. Gen. FMA.

⁷ No es de extrañar que con Sor Pacotto la Madre emplee el *tú* hablando, y el *vos* escribiendo: era un sistema usado por ella también con otras profesas, especialmente si estaban investidas de alguna autoridad, de tratarlas con mayor confianza cuando las hablaba de tú a tú.

sas a enternecerse. En su deseo de mandar a las misioneras preparadas contra cualquier imprevisto capaz de debilitar el espíritu, parece que se repita remachando las advertencias, añadiendo siempre algo nuevo y mejor.

«Yo no sé —dice la Madre— si en América os encontraréis con mayor abundancia que en esta casa, pero lo mismo que recomiendo siempre, especialmente a las de las otras casas, vuelvo a decir: Sed mortificadas. A Jesús, el Hijo de Dios, se le vio aplacar su hambre con unas pocas espigas cuando atravesaba los campos con sus discípulos, como si quisiera decirnos con su ejemplo lo que nos ha recomendado Don Bosco: Contentémonos con lo que nos ofrece la comunidad. Dios bendice el alimento de la comunidad; no tomemos nada fuera de hora. Don Bosco nos lo ha dicho claro: Si en algún caso os encontrarais con lo superfluo y no hubiera pobres o enfermos a quien dárselo, es mejor dejar estropear la fruta, los dulces u otras cosas, antes que tomarlo fuera de la comida.

Estemos, pues, atentas, Hermanas, y no demos a Jesús el disgusto de no mortificarnos como debemos; de este modo podremos ofrecerle cada mañana alguna mortificación interna y externa. El nos dará en cambio almas y también gracias especiales ⁸.»

«Pasando por las casas es fácil encontrar el gatito, el perrito, el pajarito con los cuales entretenerse algún momento en el recreo, y también fuera de él. Os lo he dicho y no me cansaré de decíroslo: no os perdáis en estas niñerías; no son dignas de una esposa de Jesús y de quien se ha consagrado totalmente a la Virgen Santísima. Nuestras ternuras no debemos dárselas a un gatito, a un perro, a un pájaro...; da vergüenza hasta decirlo, ¡cuánto más hacerlo! ¿Qué pensaría de nosotras nuestro buen Padre Don Bosco, si nos sorprendiera en estas miserias...?

Y vosotras, alejaos de esto, estad muy atentas a no permitir os nunca estas tonterías, que no pueden agradar a Jesús y a María.

Por tanto repitamos todas, pensando bien en lo que decimos: Os doy el corazón y el alma mía, Madre de mi Jesús, Virgen María.»

«Quizá muchas de vosotras habréis oído decir cuando erais niñas: el orden exterior es reflejo del interior. También aquí, en esta misma casa, no sé cuántas veces se nos habrá repetido. En cambio, mis queridas

⁸ Relación de Sor Luisa Boccalatte.

Hermanas, no siempre y no todas procuramos estar ordenadas y dejar las cosas en orden. Mirad, hagamos como nos enseñaron las buenas Religiosas de Santa Ana: cada vez que debamos incomodarnos para poner una silla en su sitio, un banco..., recoger del suelo un papel o las hojas de maíz de nuestro jergón..., digamos una jaculatoria, o hagamos un acto de amor de Dios, o recemos un *requiem* por las almas del purgatorio, o pidamos un alma al Señor; ¡cuántos méritos para el cielo y cuánto provecho para nosotras y para los demás! No hace falta ir a las misiones para ser misioneras; y vosotras, misioneras, si no vivís continuamente con el pensamiento de ganar almas y méritos, de servirlos de todos los medios para ser verdaderamente todas del Señor y de las almas, ¿qué misioneras seréis? Por eso, prometamos servirnos también de estas pequeñas cosas para hacernos cada vez hijas más auténticas de la Virgen y de nuestro Padre Don Bosco. ¿Estamos todas de acuerdo, mis queridas Hermanas...? Muy bien: pobres, pero siempre ordenadas, como Don Bosco ⁹.»

Las *buenas noches* del día 19 y los *buenos días* del 20 son para el saludo de despedida y para las promesas recíprocas de oración y de fraterno recuerdo, ya que las neo-misioneras deben hallarse presentes en la función de la tarde en la iglesia de María Auxiliadora de Turín. La Madre ya ha dicho que irá, acompañada por la Madre Emilia Mosca y Sor Elisa Roncallo, para proseguir, con una u otra hasta Marsella, si Don Bosco se lo permite, para decir su último *Viva Jesús* a las queridas Hermanas misioneras.

Con las misioneras, a Turín

¡Sólo Dios sabe cuánto le cuesta esta salida! Sor Luisa Arecco, desgraciadamente, durará muy poco, aunque no esté continuamente en la cama. El doctor ya ha advertido que no se la pierda de vista, porque podría morir de un momento a otro; esto ha impresionado de tal forma a las Superiores que, antes de mandar a la Hermana a acostarse, la Madre Petronila se ha presentado al Director para decirle: «No quisiéramos que se muriera sin recibir los últimos sacramentos y, por otra parte, tampoco quisiéramos asustar a la pobrecilla diciéndole con claridad el peligro que corre».

—Traédmela al coro —dijo en seguida Don Lemoyne—, le daré la comunión.

⁹ Relación de Sor Enriqueta Sorbone, Sor Juliana Prevosto y Sor Lorenza Natale.

—¡Pero acaba de cenar...!

—No importa; si el médico la ha declarado grave, puede muy bien recibir la comunión por viático.

La Madre Petronila, sorprendida, pero obedientísima, acompaña sin más a Sor Luisa a la parte posterior del altar, donde la espera el Director para decirle dos palabras como él sabe decirlas; y Sor Arcoco, que pensaba prepararse un poco, oye cómo el Director le dice: «¡Haz un acto de caridad...! Jesús no quiere de ti nada más en este momento».

Así recibió al Señor por viático, y se fue a la cama con gran serenidad.

La Madre, por consiguiente, tiene que dejar a Sor Luisa en ese estado, cuando ella misma se resiente en su salud más de lo habitual y se persuade cada vez más de que no está lejos su última hora ¹⁰. Además, tiene sus temores por la marcha de una de las misioneras que ha arrancado el permiso a Don Cagliero, a pesar de la oposición de la Madre ¹¹.

Sor Pacotto se muestra más enternecida que ninguna al despedirse de la comunidad de Nizza. Deja allí a sus novicias... a las queridas postulantes, particularmente unidas a ella por gratitud y afecto; y logra salir de casa sin que lo adviertan.

Cuando la tiene a su lado, la Madre le dice en tono de reproche: «¡No has obrado bien! Debemos mortificarnos nosotras, pero a los demás, nunca».

Durante el viaje, es la Madre la que derrama sonrisas en los corazones; de la acogida entre las Hermanas e hijas de Valdocco, narra la buena Sor Elisa Marocchino:

«Me encontraba desde hacía poco en la casa de Turín, esperando la ocasión para ir a Nizza Monferrato con las postulantes, cuando oigo decir que va a llegar la Madre Superiora. Había tanta alegría entre las Hermanas, que me parecía estar en vísperas de una gran fiesta. Entonces también yo comencé a desear ver a la Madre, de la que todas hablaban con gran afecto: no me podía imaginar cómo era.

A su llegada hay un alegre y prolongado repique de campana y de campanillas; y todas las Hermanas corren hacia la portería, gritando: "¡Viva la Madre!". Viéndola rodeada con tanta confianza y espontaneidad por sus hijas, sólo entonces comprendí que aquélla

¹⁰ Relación de Sor Petronila Mazzarello.

¹¹ Es evidente la alusión a Sor Catalina Lucca (cfr. pág. 19).

debía ser una verdadera madre; y también yo, aunque con un poco de timidez, me acerqué a ella, pareciéndome estar junto a una santa, y por la emoción me puse a llorar. Entonces ella me dijo: "¡Ah..., tú eres aquella postulante que viene de... ¡Animo!, ¡pronto nos conoceremos!". Le besé la mano y me sentí feliz».

La despedida en el santuario de María Auxiliadora

La solemne ceremonia de la bendición y de la despedida a los misioneros tuvo lugar en la iglesia de María Auxiliadora el 20 de enero, primer día de la novena de San Francisco de Sales.

Estaban presentes en gran número los Cooperadores Salesianos, y fieles de toda edad y condición.

Don Bosco mismo hizo el discurso de ocasión anunciando la bendición especial del Santo Padre para todos los Cooperadores de la obra salesiana y los misioneros allí reunidos; y desarrolló el tema hablando del bien realizado y del que se esperaba realizar en la Pampa, en la Patagonia, en la Tierra del Fuego... confiado a sus hijos y a sus hijas en el Señor y gracias a la generosidad de sus bienhechores.

Aludió al sacrificio de los padres, al deber de cooperar con ellos en la redención de las almas, y al premio eterno reservado a los que dejan todo por Cristo y a los que dan parte de sus bienes para la extensión de su reino en la tierra.

Por espacio de media hora aproximadamente entretuvo al auditorio con la eficacia de su palabra sencilla y calurosa; y cuando impartió la bendición eucarística y dio el abrazo paterno a sus hijos, todos los presentes participaron con viva y fraterna conmoción.

También las Hermanas, mientras pasaban de la iglesia a la plaza, recibieron demostraciones de estima y afecto de las señoras de Turín, que se encomendaban a sus oraciones ¹².

Aunque algunas carrozas ofrecidas por familias distinguidas den la impresión de conducir también a las misioneras a la estación para tomar el tren para Génova, no obstante, la salida definitiva de Turín se retrasa algunos días.

Hasta esto resulta oportuno para la Madre, que sabe sacar provecho de todos los retazos de tiempo.

¹² De ello habla ampliamente el *Bollettino Salesiano* de febrero de 1881, año V, n.º 2, págs. 3-4.

Don Bosco, a las que parten

En primer lugar obtiene que las Hermanas misioneras sean recibidas por Don Bosco para que les diga unas palabras y les dé una bendición especialísima.

He aquí el resumen de las palabras de recuerdo, conservadas por una de las misioneras:

«Nuestro buen Padre, después de animarnos a emprender el largo viaje, concluyó: "Como los apóstoles, después de haber obrado muchos prodigios y hacer grandes cosas por la gloria de Dios, se consideraban humildes servidores, así, después de todas las obras que el Señor se complace en realizar por medio de nosotros, debemos protestar que somos humildes servidores de Dios, teniendo por seguro que todo lo que hacemos es obra suya. Y vosotras, Hijas de María Auxiliadora, llamadas por Dios a las misiones, debéis armaros de fuerza y de virtud, para que vuestra obra tenga el efecto deseado. Con este fin es preciso hacer tesoro de los santos principios y de las sabias instrucciones recibidas en la Casa Madre. Por consiguiente es necesario que hagáis como los soldados los cuales, mientras están en el cuartel, no hacen más que adiestrarse en los ejercicios militares, manejando las armas, ora para acudir en auxilio de una ciudad asediada, ora para dispersar una tropa de salteadores y así por el estilo. Vosotras debéis poner en práctica las virtudes que os enseñaron en la Casa Madre, y superar con fortaleza de ánimo las dificultades que son inevitables en la gran obra de la salvación de las almas. ¿Y cuál será el medio seguro con el que las Hijas de María Auxiliadora podrán asegurarse de que su vida es conforme al espíritu recibido en la Casa Madre y según el deseo de la Superiora General? El medio más eficaz y seguro es el de atenerse rigurosamente a la santa Regla en todo y por todo. Imitad en esto a los hebreos, los cuales llevaban dos cintas en las cuales estaba escrita la ley: una sobre la frente y la otra en el pecho, para recordar en todas partes la obligación de observar fielmente los mandamientos de Dios. Así debéis llevar vosotras en la mente y en el corazón la santa Regla, y no separaros nunca de ella, ni siquiera en las cosas más pequeñas".

Nuestro santo Padre Don Bosco puso fin a sus palabras con el regalo de un rosario con una cruz en vez de medalla, y esto —dijo el amado Padre— "para que nos acordemos que la cruz debe ser en todas partes nuestra invisible compañera".

Dichas estas palabras, nos deseó nuevamente un buen viaje, nos

aseguró la protección del cielo y finalmente nos impartió, emocionado, su paternal bendición»¹³.

La Madre, en Chieri

El mismo día 21 la Madre acompaña a Chieri a la buena Sor Francisca Roggero, que no sabe persuadirse de que ha de estar lejos de ella, y llora sin cesar. «¡Procura estar alegre! —concluye la Madre, después de ponerle delante los más confortadores pensamientos de fe—, el Señor está también en la casa que dentro de poco llamarás tuya; tú irás a visitarlo con frecuencia, y El te consolará.»

En Chieri escucha a las Hermanas; da alguna disposición más prudente y conveniente, y antes de dejar a la comunidad les da una conferencia sobre el espíritu de fe, de oración y de unión con Dios; sobre el silencio y el recogimiento, como medios para adquirirlo y conservarlo; sobre el modo de tratar a las alumnas y sobre el deber de hablar bien de todos y de todas¹⁴.

De regreso a Turín

El día 24 la Madre está ya de regreso en Turín, donde aún encuentra el tiempo y el modo de contentar a las neo-misioneras Sor Ernesta Farina y Sor Lorenza Natale, para las cuales escribe algún recuerdo como ha hecho con las otras.

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi queridísima Sor Farina:

1.º Te recomiendo ante todo que observes con esmero la santa Regla y, por lo que dependa de ti, que la hagas observar también por las demás.

2.º Piensa siempre que no eres capaz de nada y que lo que te parece saber es porque la mano de Dios actúa en ti. Sin ella no somos capaces más que de hacer el mal.

¹³ Las pocas páginas conservadas, relativas a esta relación, no llevan firma, sino sólo la fecha de los dos encuentros con Don Bosco: 21 de enero y 2 de febrero de 1881.

¹⁴ Relación de Sor Francisca Roggero.

3.º Hazte amiga de la humildad y aprende de ella la lección. No escuches nunca a la maestra soberbia, que es enemiga de la humildad.

4.º No te desanimes cuando te veas llena de defectos; recurre con confianza a Jesús y a María y humíllate sin desanimarte y después, con valor y sin miedo, sigue adelante.

5.º Reza siempre. La oración es el arma que debes tener en la mano, la que te defenderá de todos los enemigos y te ayudará en todas tus necesidades.

Está siempre alegre y no te olvides nunca de quien tanto te ama en el Señor, y yo te aseguro que te acompañaré siempre con mis oraciones. Que Dios te bendiga y te haga toda suya. Tu

Afma. Madre, en Jesucristo
Sor MARÍA MAZZARELLO ¹⁵

Turín, 24 de enero de 1881

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi queridísima Sor Lorenza:

1.º Estudia siempre la manera de hacerte muy humilde.

2.º Que la humildad sea la virtud más amada por ti, y que vaya acompañada de la piedad y la modestia. Sí, debes hacer que resplandezca delante de cualquiera.

3.º Que la obediencia sea también tu amiga y no la abandones nunca para obrar a tu antojo.

4.º Sé amante del sacrificio y de la mortificación de la propia voluntad.

5.º No te hagas amiga del amor propio, sino estudia la manera de aplastarlo.

6.º Piensa a menudo que nuestras santas Reglas son el camino seguro para conducirnos al cielo; por consiguiente, obsérvalas todas con exactitud.

7.º Ten siempre gran caridad con todos, especialmente con tus Hermanas.

¹⁵ Original autógrafo en el Arch. Gen. FMA.

8.º No descuides nunca la oración; en ella encontrarás siempre consuelo y ayuda.

Afma. Madre, que tanto te ama en el Señor
Sor MARÍA MAZZARELLO ¹⁶

Turín, 24 de enero de 1881

«¡Sor Arecco ha muerto!»

Por la noche, se despierta de repente y con una sensación de angustia la Madre llama a Sor Pacotto, que duerme a su lado:

«¡Ha muerto Sor Luisa Arecco...! ¡Nos hemos visto y nos hemos entendido...! ¡Qué impresión!»

Después, recuperado el dominio de sí..., ¡silencio perfecto!

A la mañana siguiente, hacia las nueve, llega la noticia de la muerte serena de Sor Arecco. La noticia ya no es nueva, pero sí muy sentida.

El mismo Don Cagliero, siguiendo el impulso del corazón y seguro de la aprobación de Don Bosco, deja a Sor Elisa en Turín para atender a las misioneras, y se dirige a Nizza en compañía de la Madre, Sor Emilia Mosca y las cuatro jóvenes: María Brigatti, Alfonsa Cavalli, Brígida Prandi y Elisa Marocchino, que esperan ir a Nizza para comenzar su prueba del postulante.

Llegan allá como un rayo de sol en un día nublado ¹⁷.

A la mañana siguiente, oprimida por un cansancio fuera de lo ordinario, la Madre pide permiso a Sor Emilia para levantarse un poco más tarde, pero entre dormida y despierta, durante la meditación de la comunidad, oye un gemido tan doloroso que en seguida aparta la cortina de su cama para asegurarse de que la Madre Asistente no se ha quedado también en la cama, quizá afectada de algún mal.

La Madre Asistente no está; entonces el pensamiento corre a Sor Arecco, necesitada de sufragios; y viéndosela delante... «no de carne —dice la Madre— pero ella...», le dice en alta voz:

—¡Dime lo que quieres, Sor Luisa, pero no me des miedo!

Y se entabla el diálogo:

—¿Estás salvada?

—¡Sí, por la gracia de Dios!

¹⁶ Copia en el Arch. Gen. FMA.

¹⁷ Relación de Sor Elisa Marocchino.

—¿Estarás mucho en el purgatorio?

—Por los sufragios de la comunidad y por mi recta intención en el obrar estaré sólo hasta Pascua.

—Ahora puedes decírmelo con toda libertad: ¿qué es lo que impide en mí la gloria de Dios?

(Se lo dijo.)

—¿Hay alguna cosa en la comunidad que no va bien?

—Mire, Madre... (le hace ver a las Hermanas en el patio), los grupos en el patio no van bien nunca. Por ahora no hay grandes cosas, pero ¹⁸...

Bajo la fuerte impresión del hecho, la Madre se levanta para ir a la iglesia y ofrecer sus prácticas de piedad en sufragio de la difunta; después va, por así decir, a la caza de comuniones, de *vía crucis*, de rosarios por aquella su querida hija, contando con sencillez lo que le había sucedido.

Añade, en efecto, Sor Luisa Boccalatte: «¡Cuántas oraciones de toda la comunidad por Sor Arecco!».

La Madre, con el frío que hace, entra en la iglesia en acto de ardor suplicante y, si cree estar sola, se pone en seguida a orar, de rodillas, sobre el frío pavimento y reza sin cesar...

No causa admiración todo este cúmulo de circunstancias y de dolor no común en la comunidad, cuando se descubran las breves y claras páginas de una vida tronchada tan pronto.

Huérfana de madre desde la niñez y abandonada a sí misma, Luisa pasaba la mayor parte del día al aire libre en el campo, cantando más que trabajando, y sus canciones no eran ciertamente canciones sagradas. Los que pasaban se detenían a escuchar y confesaban que tenía una voz angelical.

La Madre tuvo compasión de ella, y para impedir que algún ladrón del camino hiciera de ella una infeliz, se la ganó hasta el punto de tenerla junto a sí como una hija, permitiéndole después vestir el santo hábito religioso a la edad de dieciséis años.

¡Y cómo la cultivó en la humildad, en el espíritu de sacrificio y en el ardor del apostolado!

Lo que para Sor Luisa era canto, para quien la escuchaba era un sentido de tierna conmoción: su voz elevaba el pensamiento a Dios y a la Virgen Santísima. Precisamente por esto la Madre quería man-

¹⁸ Relación de Sor Josefina Pacotto.

tenerla humilde, para que no se ensoberbeciera y no perdiera el fruto más precioso de ese don del cielo.

Antes de desplegar el vuelo para la eternidad, cuentan las Hermanas, deseó mucho que la Madre recogiera su último suspiro; después, en actitud de quien habla y escucha, tuvo expresiones como si realmente conversara con la Madre. Finalmente, invitada a cantar el dulcísimo *Recordare, Iesu pie* de Don Cagliero, lo entonó con su hilo de voz agonizante... apagándose poco a poco con una envidiable sonrisa.

Es la primera de las cuatro sobre las que Don Bosco, el pasado mes de agosto, en Nizza, puso significativamente la mirada diciendo: «¡Preparaos a cantar mejor en el cielo!». Sor Luisa no ha cumplido aún los veintidós años de edad.

En el recuerdo de Sor Arecco

La Madre, en estos días, no puede apartar de su mente a la pobre Sor Arecco.

En la mesa se procura presentarle algo más conforme a su estado de salud, incluso porque está afectada de un fuerte resfriado, pero ella lo rechaza diciendo: «¡Ah, sí! Ahora me decís: Madre, tome esto y aquello. Pero después, ninguna irá a sufrir por mí el purgatorio».

Intentau calentarle un poco la cama, pero cuando lo advierte, interviene diciendo: «Hoy no he sufrido nada por el Señor, que al menos sepa gozar del frío, que es un regalo del cielo». Y, aunque tiritando, se une a la comunidad para las oraciones de la noche en la capilla ¹⁹.

El médico le ha sugerido que use una franela preparada con aceite especial, para atenuar el reumatismo que le produce bastante molestia; Don Cagliero se la ha permitido, pero... «Si la uso yo, que soy Superiora —objeta la Madre...—, pero si una Hermana la necesitara, sería la primera en ordenársela. Para mí, ahora, es mejor que prescindiera de ella; ¡tengo tantas deudas con el Señor ²⁰...!»

En sus breves y calurosas palabras de *buenas noches* insiste sobre el desprendimiento del mundo y de las vanidades; sobre la pureza de conciencia, simbolizada por ella en el cuidado del orden interno, por respeto al Señor a quien se va a recibir cada día en la comunión; final-

¹⁹ Relación de Sor Josefina Bolzoni.

²⁰ Relación de Sor Josefina Pacotto.

mente sobre la guerra a los enredos, a las simulaciones, a las adulaciones, que tienen por fin ganar a los Superiores y Superiores para obtener lo que se quiere.

Al hablar de esto hay quien baja los ojos; algunas se cambian miradas significativas. Parece que quieran decir: «¡Pobre Madre! y tendrá que verla partir igualmente...», aludiendo a aquella entre las nuevas misioneras de la cual se conocen por desgracia detalles desagradables, pero que en Turín ha sabido llevar el agua a su molino hasta el punto de hacerse creer digna de pertenecer al grupo de las elegidas. La Madre ha dado su parecer desfavorable, pero esta vez la balanza se ha inclinado en favor de la Hermana. Las más informadas sufren, naturalmente, pensando también en la pena que debe sentir la Madre; sufren, callan y rezan esperando, quién sabe... en algún repentino cambio de decisión.

Una mano sospechosa

En estos días se rumorca también que en casa debe haber alguna mano experta en apropiarse de algún objeto ajeno: y la sospecha parece que recaiga sobre alguna de las últimas postulantes. La Madre no puede ni quiere pasar por alto un defecto de este género, y antes de salir de Nizza dirige a las postulantes su palabra clara y fuerte: «Mis queridas postulantes, entre vosotras debe haber quien, no segura de continuar, tiene su propia ropa bien guardada y hace libre uso de lo que no le pertenece. Todo lo que habéis traído debe ser entregado a la ropera, para que provea a las necesidades de cada una conforme a la justicia y a la caridad. Estamos en la época del frío, pero añado: la que tiene con qué cubrirse, que se abrigue; pero la que no tiene y no pide, ¡que pase frío!».

Las que ya conocen el estilo y el corazón de la Madre saben lo que quiere decir y sonríen, pero entre las nuevas hay alguna que está consternada. La Madre se da cuenta y al pasar para ir a la capilla a rezar las oraciones de la noche, sabe adivinar los pensamientos de las frentes pensativas y se apresura a preguntar a una de ellas:

—¿Qué quieres decirme?

—Madre, yo he traído dinero en vez del equipo; ¡tendré que... pasar frío porque aún no tengo con qué abrigarme!

—¡Está bien!, no llores más por eso, antes de ir a la cama tendrás lo necesario para esta noche, y mañana verás cómo te encontrarás bien para todo.

Efectivamente, al entrar en el dormitorio, sobre la cama de la postulante hay lo necesario y más todavía ²¹.

Ultima conferencia de enero

En la breve conferencia del último domingo del mes a la comunidad reunida, la Madre da pinceladas maestras:

- Con este frío, cuesta por la mañana levantarse de la cama. Pero si cuando suena el primer toque de la campana, os imagináis que la cama empieza a arder, en seguida os daríais prisa a levantaros para no quemaros. Recordad que los minutos de la pereza se deben descontar en el purgatorio.
- No ir nunca a la cama sin haber pedido perdón a quien hayáis disgustado de algún modo durante el día; haréis la comunión más tranquilas y Jesús estará mucho más contento de vosotras.
- Caridad, Hermanas; caridad sobre todo, siempre y con todos.
- No puedo deciros cuándo volveré de Francia, pero vosotras vivid en la presencia de Dios y de Don Bosco; estaréis contentas vosotras y estará contenta la Madre cuando vuelva.
- Pidamos a Jesús que nos conceda docilidad, sumisión, buena voluntad para cumplir con prontitud y alegría todas sus órdenes y deseos, y saberlos interpretar bien.
- No olvidemos nunca distinguir los días de la Virgen y cada sábado con algún acto de piedad y de mortificación en honor de nuestra queridísima Madre y enseñemos esto mismo a las niñas.
- Dejad que os repita por centésima vez: después de Dios y de María Auxiliadora, debemos a Don Bosco todos los bienes de nuestra vocación y todas las posibilidades de hacer un gran bien en medio del mundo. Debemos sentir, por tanto, la obligación de la gratitud y debemos cooperar a todas las obras de Don Bosco y de sus hijos con todas nuestras fuerzas, porque son las obras de un santo, son las obras de Dios, de la Virgen y de nuestro querido Instituto.

También esta vez, como siempre cuando nombra a Don Bosco, la Madre junta las manos con una expresión de viva ternura que conmueve a las hijas que la escuchan ²².

²¹ Relación de Sor Elisa Marocchino.

²² Relación de Sor Luisa Boccalatte, Sor Elisa Marocchino y otras.

El primer pensamiento, siempre para las demás

Después de asegurarse acerca del día y de la hora precisa en que las neo-misioneras de Turín subirán al tren con dirección a Génova, la Madre hace su programa para continuar con ellas desde Alessandria hasta Sampierdarena.

Entretanto pasa de un lugar a otro de la casa con su ladrillo caliente al costado donde siente punzadas cada vez más agudas, que le impiden respirar libremente y no le permiten sufrir sin hacerlo notar. Es inútil decirle que tenga consigo misma alguna consideración, si quiere volver a ver las casas de Francia; la única satisfacción que se permite es la de ceder aquel providencial ladrillo, puesto de vez en cuando en el horno de la cocina, a quien ve o encuentra aquejada por el rigor del clima, o por un poco de fiebre.

«Tuve que quedarme en el dormitorio —cuenta la novicia Sor Enriqueta Gamba— porque me sentía con fiebre, y vino la Madre a verme:

—¿Necesitas algo?

—Tengo mucho frío —respondí yo.

—Toma este ladrillo —me dijo ella—, lo mismo que me alivia a mí te hará bien a ti.

Pero no bastó esto. Notando que tenía la garganta reseca, se fue toda presurosa y volvió con una naranja: "Toma, es la única que hay en casa, pero es tuya, tómala con fe y te curará". ¡Oh qué Madre! ¿Dónde encontrar otra igual?»

La Madre se reúne con las neo-misioneras

El 1.º de febrero la Madre va con Sor Emilia Mosca a Alessandria para reunirse con las misioneras procedentes de Turín que van hacia Génova. La fiesta del encuentro atenúa la tristeza que trae de Nizza al dejar a aquellas hijas que sufren por ella, tan debilitada de salud, pero no le pasa inadvertida su pena a la atenta Sor Pacotto, que en seguida se pone a su lado para hacerla hablar y servirle casi de tentación.

—Madre, ¿por qué no viene sólo hasta Sampierdarena?

—Ya, tú hablas por afecto, pero yo haré lo posible por acompañaros hasta donde pueda.

—¿Y por qué quiere ir precisamente hasta Saint Cyr?

—Está allí la querida Sor Sampietro, con muchas ganas de verme y de hablar conmigo; si no voy ahora, ¡quién sabe si me volverá a ver!

—Pero usted, Madre, sufre mucho, se le nota...

—Sí, pero no tanto como las almas del purgatorio.

—¿Qué siente, Madre, en esos benditos oídos que le hacen estremecerse de dolor?

—Siento como un cuchillo que penetra con la punta hasta lo más profundo del oído.

—¿Pero dónde ha ido a pillar semejante mal?

—Pienso que lo adquirí siendo niña. Por equivocación me levantaba muy temprano y tenía que esperar a la puerta de la iglesia para no despertar a Don Pestarino y al párroco. A veces estaba toda mojada por la lluvia; otra vez había bastante nieve y la humedad de entonces se deja sentir ahora.

Aprensiones de las hijas por la Madre

En Sampiardarena lo encontraron todo preparado para festejar a Don Bosco y a los misioneros; no obstante su buena voluntad de participar en la velada de ocasión, la Madre tuvo que acostarse a causa de la fiebre y de algún malestar de carácter más bien grave.

Se avisa a Don Bosco, que le regala una de sus bendiciones especialísimas, le propone hacer emitir los votos a las tres novicias que están a punto de partir para las misiones y de recibirlos él mismo en la capilla privada del colegio, admitiendo también a los hermanos misioneros.

El alivio moral y la paternal bendición hacen esperar la deseada mejoría de la Madre; en cambio, ninguna novedad, y la Madre Emilia sugiere con la natural fuerza de su alma: «Madre, deseche el pensamiento de ir hasta Marsella. Vuelva a Nizza conmigo, Madre; estarán todas más contentas y yo no tendré que viajar tan sola».

Al día siguiente la visita del doctor da esperanza de que la continuación del viaje y una estancia, aunque breve, en un clima más suave, favorecería en vez de perjudicar a la enferma; por eso nadie piensa que debe oponerse.

Función íntima presidida por Don Bosco

Entretanto, de forma realmente íntima, Don Bosco reúne a sus misioneros y misioneras junto al altar de la iglesia semipública, con

las puertas cerradas. Se desarrolla la ceremonia para la primera profesión de Sor Lorenza Natale, Sor Juliana Prevosto y Sor Teresa Rinaldi y para los votos perpetuos de Sor Angela Gualfredo; después Don Bosco, desde el pequeño púlpito, dirige de nuevo a todos los que parten unas palabras como auspicio de buen éxito del apostolado en el nuevo campo espiritual que les espera al otro lado del mar.

«Una vez más la Virgen nos ha reunido aquí, en una de sus fiestas, para un nuevo acto de consagración y de reafirmación. La fiesta de la Presentación de Jesús en el templo y de la Purificación de la Virgen es la fiesta de la humildad y de la generosidad. Nosotros procuraremos aplicarnos sus frutos en los siguientes puntos.

- Respetar y honrar a los Superiores. Haced todo lo posible para ser su alivio y consuelo, obedeced exactamente y de buena gana; si tienen defectos, cubridlos con el manto de la más delicada reverencia y caridad, imitando en esto no el mal ejemplo de Cam, sino el de los dos buenos hijos de Noé, que se apresuraron a cubrir con el propio manto a su padre, vencido por el sueño por efecto de inexperiencia, por consiguiente totalmente involuntario. Defectos los tenemos todos, ¿es, pues, de extrañar que los tengan también los Superiores? El buen corazón y el espíritu de reverencia ponga todo el remedio posible.

- Ayudad, amad a los iguales. Os lo recomiendo vivamente: cumplad cada cual su deber; que no suceda que uno tenga que trabajar por tres, por haber en casa quien no trabaja quizá por medio. Amaos como verdaderos hermanos y hermanas y como cada uno se ama a sí mismo; que vuestro afecto sea cordial y expansivo, pero que no degenera en amistades particulares, que no sirven sino para destruir el espíritu de piedad y de fraternidad. Corregíos mutuamente con bondad y sencillez y haced que sea conocida de todos vuestra unión verdaderamente religiosa y salesiana.

- Sostener y confortar a los inferiores. Acercaos particularmente a quien se muestra más defectuoso y tiene mayor necesidad de una buena palabra de ánimo y de formación espiritual. Vosotros tendréis que trabajar, quizá, en un campo árido; especialmente al principio, os las tendréis que ver con caracteres inconstantes, indisciplinados, malos..., quizá también con gente de malas costumbres. Es precisamente en este caso cuando deberéis practicar la caridad y repetiros a vosotros mismos: ¡Caridad, caridad, caridad!

- Finalmente: allá donde vayáis u os encontréis, acordaos siempre que tenéis la misma Regla que observar, un alma que salvar y un mismo

Señor a quien servir y del cual recibir el gran premio que os tiene reservado en el cielo. Pensad también que nuestra santa Regla, habiendo sido aprobada por la Iglesia que es infalible, es para todos nosotros una señal de salvación eterna, si la observamos fielmente. Por lo tanto, antes de salir de aquí, que cada uno prometa a Jesús y a María practicar la humildad y la generosidad en la forma indicada, y que está todo comprendido en la exacta observancia de nuestra santa Regla.»

«¡Estaré, como Don Bosco, siempre con vosotras...!»

La Madre, si bien con sus achaques, no cesa de prodigarse por sus hijas, ora escuchando a unas, ora reuniéndolas en torno suyo.

A quien le pregunta si podrán abrigar la esperanza de volverla a ver un día en América, le responde: «Os digo a vosotras lo que Don Bosco dijo a Don Cagliero en la primera expedición de Salesianos: "¡Claro que me veréis en América, voy con vosotros y con vosotros me quedaré!"».

Después, mostrándoles el libro de las santas Reglas, añadió: "Cuando os entre el deseo de ver y de oír a Don Bosco, tomad este librito, leedlo... y veréis y sentiréis a Don Bosco!"

Yo os digo lo mismo —añade la Madre—, me habéis oído hablar de nuestras santas Reglas; recordad lo que os he dicho, practicadlo y me tendréis entre vosotras; y yo estaré realmente entre vosotras con el pensamiento, con el afecto y con la oración»²³.

De las palabras del Padre al grupo misionero, la Madre saca argumento para insistir sobre el deber de ayudarse, de excusarse, de sacrificarse por las almas y de santificarse a sí mismas mediante la observancia de las santas Reglas; y cuando se le pide moderación, dice en seguida que sí, para comenzar poco a poco a dar consejos y a hacer recomendaciones. «Es verdad, siento que me faltan las fuerzas, pero tengo muchas cosas que deciros para que conservéis el espíritu de Don Bosco y del Instituto... allá... tan lejos... ¡pobres hijas!»

Por la noche, la Madre vuelve a tener nuevamente fiebre alta, y hasta parece que delire, porque no hace más que repetir: «¡Pobres hijas, sólo cuatro, sólo cuatro...!», refiriéndose ciertamente a las cuatro Hermanas que, desde el primer embarque, deben separarse de

²³ Relación de Sor Lorenza Natale, Sor Juliana Prevosto y otras.

las otras seis. También este es un sacrificio imprevisto, pero Don Bosco ya ha dicho que procurará no mandarlas solas y obtener que uno de sus sacerdotes misioneros las acompañe.

Don Bosco precede y la Madre acompaña

El mismo día 2, por la tarde, después de dar una nueva bendición a las que parten, a las cuales ha distribuido la propia fotografía, Don Bosco parte en tren para Niza Marítima, pensando proseguir hasta Marsella, donde volverá a ver una vez más a sus misioneros.

A la mañana siguiente la Madre no se encuentra en condiciones mejores; en efecto, continúan las protestas de sus hijas: «¡Háganos caso, Madre, no se vaya! ¿No quiere faltar a su palabra respecto a las de Saint Cyr...? ¡Les escribiremos nosotras y les diremos que no ha podido!».

A lo que la Madre responde: «Pensarán que es una excusa para no llegar hasta allá. Dejadme que vaya a verlas, pobres hijas. Yo estaré más tranquila y ellas más satisfechas».

A la hora establecida la comitiva se dirige al puerto. Don Cagliero, como buen papá, sigue a la Madre y a Madre Emilia en el *Sud América*, para ver en su puesto a las cuatro primeras que parten, recomendándolas una vez más al Comisario del barco, al buen Don De Valle y al clérigo Pestarino, ambos Salesianos.

Serenas, aunque llorosas, se quedan allí Sor Octavia Bussolino al frente, Sor Ana Brunetti, Sor Luisa Vallese y Sor Ernesta Farina. Esta última dice con noble orgullo: «Estamos en primera clase y tenemos el viaje pagado por una bienhechora argentina. Don Bosco me ha enjugado las lágrimas diciéndome que vaya contenta a América, que no tenga miedo al agua, que aunque fuera a parar a la boca de algún pez, llegaría así más pronto al paraíso. Y la Madre se ha desprendido de su reloj para dármelo a mí!».

En cuanto parte el *Sud América*, los diecisiete Salesianos y Hermanas —además de la Madre y Sor Elisa Roncallo— se apresuran a tomar sitio en el *Umberto I* de donde, entre el prolongado y agudo silbido de la sirena, llega el aviso: «¡Pasajeros, adelante! ¡Pronto, pronto!».

Hasta Gibraltar será Don Cagliero quien dará ánimo y brío; después bajará con un grupo de siete para la fundación de Utrera (España) y entonces..., entonces, adiós; ¡otro desgarró y otro mérito!

La Madre Emilia, entre algunas bienhechoras salesianas de Sampierdarena, en el andén del puerto, anima y saluda nuevamente a las via-

jas: Sor Josefina Pacotto, Sor Angela Gualfredo, Sor Catalina Lucca, Sor Lorenza Natale, Sor Juliana Prevosto y Sor Teresa Rinaldi; y vuelve a recomendar a la Madre a las que se quedan, alejándose después con el corazón oprimido y en oración.

De este desprendimiento al precedente no han pasado más que dos horas.

La Madre Emilia, de regreso a Nizza

En Nizza toda la comunidad rodea a la Madre Emilia apenas llega: «¿Qué hay, qué hay?! ¿Y nuestra Madre...?, ¿y Don Bosco?, ¿y Don Cagliero...? ¿y las pobrecillas que quizá no volveremos a ver más?». Durante el recreo, en el patio, escucha el reiterado y alegre grito: «¡O Patagonia o muerte!» no sólo de las Hermanas, sino también de las educandas, y en la clase tiene la sorpresa de oír declamar los versos que el *Bollettino Salesiano* ha publicado con esta ocasión ²⁴.

Es un eco de la lectura que se hace en el refectorio, en el taller, en los recreos, que ha entusiasmado a la juventud reunida en el ex-convento de la *Madonna*.

La Madre Emilia disfruta, porque en su misión educativa sabe descubrir y cultivar eficazmente los primeros gérmenes de vocación religiosa y misionera entre las queridas niñas que, en la clase y fuera de ella, penden de sus labios; y éstas, a su vez, están contentas de dejarse escrutar por su mirada inteligente y de dejarse guiar por su mano fuerte.

Primeras noticias desde Marsella

Llegan finalmente de Marsella las primeras noticias; todas han escrito algo y, en el conjunto, dan cuanto basta para satisfacer las ansias de la comunidad.

Mar tranquilo; nadie ha sufrido, a excepción de la Madre, ¡y mucho! Le hubiera venido muy bien acostarse en seguida en una tumbona, pero el temor de dar mal ejemplo la retuvo, hasta que Don Cagliero —ahora lo llamamos Padre Cagliero— no le dijo en voz alta: «¡Pero si está ahí para servir precisamente en estos casos!».

Contra toda previsión deberán estar anclados en el puerto, quizá

²⁴ *Bollettino Salesiano*, febrero de 1881, año V, n.º 2, págs. 4-5.

uno o dos días, a causa de alguna reparación en el buque; este contratiempo alegra a las Hermanas, que podrán estar más tiempo con la Madre, algo mejorada y siempre dispuesta a escuchar, a conversar con ellas, para prepararlas a muchas cosas... *incluso futuras* —añade Sor Pacotto.

Esperando ver llegar pronto a Don Bosco, se encomiendan a las oraciones de todas, prometen las suyas y mandan miles de saludos.

Estos detalles, leídos y comentados, dejan los corazones en relativa calma; relativa solamente, porque la Madre Emilia no consigue apartar el pensamiento de la Madre, aquejada quizá de una grave enfermedad; ¡¿y si tuviera que guardar cama... tan lejos..., en aquellas dichosas pero tan pobres casas de Francia...?!

Presentimiento confirmado

El doloroso presentimiento viene confirmado al cabo de unos días por la carta de Sor Elisa Roncallo. Informa que ha acompañado a la Madre a Saint Cyr, inmediatamente después de partir el *Umberto I*, confortada por la bendición del amado Padre Don Bosco, que se ha quedado en Marsella. Describe la acogida filial de las Hermanas y de las huerfanitas, y dice que se ha consultado en seguida al doctor por la Madre, sorprendida de nuevo por fiebre alta y dolores de pleura. El médico ha prestado sus solícitos cuidados a la enferma, que él considera grave. Es preciso, por consiguiente, rezar y hacer rezar para obtener la difícil curación. Sor Elisa termina transmitiendo los saludos afectuosísimos de la Madre, muy fuerte, serena y paciente... y con el pensamiento en Nizza.

En todas partes se llora y se reza

Cuando llegan estas noticias la consternación es general y las oraciones privadas y comunes se suceden sin interrupción. Se espera en Don Bosco que, ciertamente, para consolar a sus hijas, no querrá hacer menos de lo que realiza prodigiosamente por los extraños necesitados de consuelo y de salud; ni faltan las que ofrecen su vida para conseguir la salud de la Madre. Pero las noticias no mejoran. Se transmiten a todas las casas de Italia, y en todas partes se llora, se teme y se espera, invocando al Cielo. Incluso las difuntas entran en juego: «Querida Sor Virginia, tú que estás ya en las páginas del *Bollettino*

Salesiano como una verdadera santa, dile a María Auxiliadora que nos deje a la Madre!».

«Oh Hermanas que estáis en el cielo, en situación de rezar por nosotras, tened compasión de nuestro dolor y obtenednos la curación de nuestra querida Madre.»

Tercer aniversario de la elección del Papa

Don Lemoyne, siempre el primero en proponer a la comunidad lo que es posible para seguir las indicaciones de Don Bosco, participe esta vez de la aflicción general, se limita a muy poco para señalar la fiesta del Papa.

En efecto, el domingo día 20, tercer aniversario de la elección de León XIII al solio pontificio, no se hace nada distinto de lo acostumbrado en los días festivos: no obstante, no falta un motete de ocasión durante la misa, la comunión general y las frecuentes visitas a la iglesia, con la doble intención de obtener gracias para el Papa y para la Madre enferma. Además, desde el altar se habló del Santo Padre, pero nada de velada y de celebración particular, como hace un mes se pensaba hacer.

Pero la hermosa fecha no pasa sin dejar huella. Ha bastado, en efecto, una simple sugerencia del Director para que más de una se haya empeñado en transcribir, para recordarlas, algunas expresiones más significativas que el *Bollettino Salesiano* dedica al Papa, catalogando sus atributos: «El Papa es el gran sacerdote, el sumo Pontífice, el príncipe de los obispos, el sucesor de Pedro.

El es el que posee sobre la tierra el principado de Abel, el dominio de Noé, la dignidad de Aarón, la autoridad de Moisés, la jurisdicción de Samuel, el poder de Pedro, la unción de Cristo. Es aquel a quien fueron entregadas las llaves del reino de los cielos, y sin él nadie lo puede abrir o cerrar. El es el pastor de todo el rebaño. El es el maestro de los maestros y a él sólo le ha sido concedido el privilegio de no equivocarse nunca, cuando habla al mundo en nombre de Dios (...).

León XIII es regla viviente de la justicia, espejo de santidad, modelo de piedad, conservador de la verdad, defensor de la fe, doctor de las naciones (...)»²⁵.

²⁵ Del *Bollettino Salesiano* de febrero de 1881, año V, n.º 2, págs. 1-2.

Viaje borrascoso

De las misioneras, a quienes se cree ya próximas a la meta, han llegado sólo lacónicas noticias: sufrimientos para el corazón y para los estómagos. Es natural que lleven en el corazón el pensamiento de la Madre querida, a quien han dejado en penosas condiciones de salud, y el viento y el mar no hacen más que amenazar la seguridad de la nave. Pero —tal como escribieron ya— tienen las palabras de Don Bosco que las tranquilizan.

Rayo de consuelo

El día 22, «¡alleluia!», se exclama en toda la casa de Nizza: vuelve a brillar el sol de la alegría porque el tono de las cartas procedentes de Saint Cyr y las noticias más detalladas dan a entender que la mejoría de la Madre no es solamente un rayo de luz, puesto que el médico la llama portentosa y el humor de las hijas lo revela.

Por algo dijo Don Bosco: «Ahora que se han ido las misioneras, id a curaros bien entre aquellas buenas hijas de Saint Cyr; allí nos veremos». Y Don Bosco —se piensa— la volverá a ver dentro de poco, le dará una bendición de esas que hacen pasar de la muerte a la vida, y nuestra Madre cantará victoria, y nosotras con ella.

Son los razonamientos del corazón, inclinado hacia una alegre esperanza.

El 1.º de marzo llega otra carta, aún más consoladora: Don Bosco está ya de viaje hacia Saint Cyr; todos cuentan los milagros de sus bendiciones por donde pasa y donde está; y la Madre prueba a levantarse para ver si podrá recibirlo fuera de la cama.

Los tres días de Marsella

Entretanto Sor Elisa Roncallo, excusándose de no haberlo hecho antes, escribe acerca de los tres días pasados en Marsella, con el tinte poético que le es propio, y que demuestra la alegría de poder hacer gozar a sus Hermanas con las noticias hasta ahora inútilmente esperadas. Resumimos.

Guiados por Don Cagliero, los misioneros del *Umberto I* acudieron al oratorio de *San León* para pasar allí el tiempo necesario para la reparación del barco. No se olvidaron de las Hermanas que, invitadas

a bajar, fueron encaminadas a una casita de gente sencilla, junto a la parroquia de San José: también aquí se encuentra a San José por el camino.

Se les ofreció una sala bastante grande, sin amueblar, pero suficiente para colocar ocho sacos de paja —que hizo preparar improvisadamente la Madre acosada por la fiebre—, alineados en el suelo húmedo y bastante oscuro; y tenemos a la comunidad arreglada.

A la mañana siguiente la Madre intenta levantarse con las demás, pero no puede; tiene que resignarse a quedarse acostada. Don Cagliero, a hora discreta, va a ver a las Hermanas, para asegurarse sobre todo del estado de la pobre Madre. La encuentra contenta de probar las dulces punzadas de las pajas, como Jesús en la cueva de Belén, pero postrada por la fiebre un poco atenuada, y confiesa que tiene cada vez más clavada en el corazón la pena de ver marchar tan lejos a *aquella* hija que será la primera en dar preocupaciones, allí...

Las buenas palabras de Don Cagliero le producen mayor aflicción, porque se da cuenta de cómo aquella pobrecilla ha podido engañar a los Superiores, pero termina con un acto de abandono: «¡María Auxiliadora, acordaos de que antes de ser mía es hija vuestra!».

Don Cagliero no se va sin decir con voz serena, ora a una ora a otra de las neo-misioneras: «Tenéis que aprender de vuestra Madre, de su espíritu de fortaleza, de sacrificio y de celo por las almas. Mirad e imitad».

El último día van a ver nuevamente a Don Bosco, y también de él tienen mucho que aprender. ¡Qué bondad la del Padre al acompañar a sus hijos al barco con el mal tiempo que hace! ¡Cuánta ternura en la despedida...! ¡No se puede recordar aquel momento para no llorar de nuevo como niñas!

También la Madre aprovecha aquellos últimos instantes: «No temáis, hermanas e hijas mías, los peligros del viaje; os acompaña la bendición de María Auxiliadora y de Don Bosco. Partid con el propósito de hacer guerra sin tregua al amor propio, a la soberbia; cultivad el espíritu de humildad y de piedad; conservaos en el espíritu y en el afecto de nuestro amado Fundador Don Bosco, y haréis un gran bien».

Después de partir la nave se dirigen a Saint Cyr, donde han probado lo que significa la lucha por la vida. Las demás comunicaciones vendrán después de la visita de Don Bosco, que es inminente.

La «Hermana del silencio»

El día 3 de marzo muere en la casa de Turín la que fue reconocida por todas como «la Hermana del silencio», Sor Catalina Nasi. Había pasado sus seis años aproximadamente de vida religiosa en una continua unión con Dios, irradiando la paz y la serenidad de los santos, y al salir de la tierra de los vivos entre los veintiocho y los veintinueve años, ha podido dejarnos su retrato moral en su último recuerdo: «Tened el corazón desprendido de todo lo que no os conduzca a Dios y estaréis contentas en vida y os será dulce la muerte».

Fundación de San Isidro en la Argentina

Las noticias sobre la fundación de San Isidro, en la Argentina, apartan un poco el pensamiento del nuevo luto de familia y, mientras el corazón permanece en Saint Cyr, continuando en la férvida oración y en la dulce esperanza, se alimenta el amor a la propia vocación, participando en las alegrías y en los triunfos de las Hermanas misioneras.

Comunican, pues, que la Inspectora, la Madre Magdalena Martini con Sor Emilia Borgna, Sor María Magdaleine y Sor Natividad Rodríguez, hicieron su entrada en aquel pintoresco país —a una hora de distancia de Buenos Aires— el 6 de enero, primer miércoles del mes, en medio de un alegre repique de campanas, acompañadas por un selecto grupo de señoras y señoritas protectoras y honradas por la presencia del arzobispo monseñor Aneyros, seguido por sacerdotes y señores de alto rango y aclamado por una muchedumbre alborozada.

La primera visita fue a la parroquia, donde el arzobispo, con verdadero gozo del corazón, hizo a todo el pueblo la presentación de sus «pobres Hijas de María Auxiliadora y de Don Bosco», impartiendo después la solemne bendición eucarística a todos los reunidos.

A mediodía, toda la comitiva —incluidas ellas cuatro, naturalmente,— fue huésped de los beneméritos fundadores de la obra —los señores Belanstegui— y hacia las tres de la tarde conocieron su casa, santificada en seguida por la bendición y la oración litúrgica de monseñor Aneyros.

Al día siguiente Jesús estaba ya en casa. El Inspector Don Costamagna, lleno de celo, hizo sentir la grandeza de este privilegio.

Después... al trabajo: escuelas gratuitas, visitas de caridad a domicilio, distribución de alimentos y vestido a los pobres del pueblo y de los alrededores. Todas están contentas, y más felices aún si las Her-

manas que llegan, y otras más, van pronto a unírseles en aquel nuevo y vasto campo de apostolado.

Una nota de Don José Vespignani: «Desgraciadamente no hemos estado presentes en una entrada tan gloriosa. El Inspector, que se hallaba fuera de la ciudad, no pensó en dejar órdenes a este respecto, y yo no creí conveniente moverme, pero nuestro buenísimo monseñor Aneyros nos lo ha hecho notar en seguida, de modo que, al presentarle yo nuestras excusas, he tenido que prometerle no faltar nunca más, tratándose de nuestras Hermanas...!».

Se reaviva el espíritu misionero

Estas noticias, llegadas a conocimiento de la comunidad, generalmente son acogidas por fragorosos aplausos, porque todas sienten que, a pesar de las distancias, el espíritu del Padre vive y triunfa en esa unidad de familia, característica de la obra salesiana.

A ello contribuye también el *Bollettino Salesiano*: allí se habla de Sor Virginia Magone, que anima al largo y no siempre agradable viaje marítimo, invita a Superiores y Hermanas a ir a sembrar y a recoger buen trigo en América y, mientras bromea con su propia enfermedad, reaviva el amor a la ya gran familia de María Auxiliadora y de Don Bosco.

Don Bosco, en Saint Cyr

¿Y qué decir cuando llegan las cartas de Saint Cyr después de la visita de Don Bosco? Son una compensación al silencio de las misioneras, las cuales, quién sabe si estarán llegando ya a la meta.

Saint Cyr está rebosante de filial devoción y de gratitud hacia Don Bosco, pero hace falta todavía espigar para recoger los distintos pensamientos de una y otra.

Sin determinar el día y la hora de la llegada de Don Bosco a casa —probablemente al anochecer del 28 de febrero— dice que quiso ver enseguida a la Madre, con la cual se entretuvo largo rato, volviendo de nuevo al día siguiente por la mañana y por la tarde. Aunque en vías de recuperación, la Madre no puede levantarse todavía, y a pesar de mostrarse contenta por haber podido hablar largo rato con Don Bosco se la ve bastante preocupada.

Sor Roncallo, que se ha atrevido a preguntar a Don Bosco sobre

las probabilidades de una total curación de la Madre, no ha obtenido más que una respuesta evasiva, mientras que sobre el regreso de la Madre a Nizza la respuesta ha sido en seguida afirmativa.

Cada Hermana de la casa ha podido hablar con Don Bosco, aunque solicitado por los de dentro y fuera de casa, y en los ánimos queda la inefable dicha de sentirse hijas de un santo.

Don Bosco, en La Navarre

De Saint Cyr pasó a La Navarre.

De este modo, también la comunidad de La Navarre tiene su alegría que comunicar y escribe que Don Bosco les ha hecho sentir un poco de paraíso, ha prometido que pronto tendrán a la Madre entre ellas y ha dejado algunas providenciales ayudas.

Todo esto no alegra demasiado a las Hermanas de Nizza, que conocen algo de lo que la virtud de las Hermanas trata de ocultar, al menos en parte; más bien piensan y dicen: «¡Con tal de que la Madre no experimente ninguna recaída en aquella bendita colonia, sumida aún en la mayor miseria!». Pero después prevalece la fe en las palabras de Don Bosco y se sigue adelante con discreta serenidad.

Segura mejoría de la Madre

Las noticias del 19 de marzo confirman la esperanza de las hijas. La Madre está bastante bien; el 17 pudo llegar hasta *La Madraque*, y en el cercano bosquecillo presencié la fiestecita que hicieron en su honor las huerfanitas y las Hermanas. Dio las gracias a todas por haberla cuidado tan bien y, recordando las palabras de Don Bosco sobre el porvenir de aquella casa ²⁶, exhortó a las niñas a escuchar la voz de Dios y, si sienten la llamada, a seguir fiel y valientemente la vocación religiosa.

Visto que el breve paseo no le ha cansado mucho, piensa en La Navarre, pero sin el permiso del médico no se le permitirá tomar el tren.

²⁶ Cuando el 29 de enero de 1879 Don Bosco, en visita a Saint Cyr, confirmó la idea de la Madre de tener allí sólo la sección femenina del orfanato, delante de las pocas asiladas entonces presentes, dijo con acento profético: «De entre éstas saldrán los primeros anillos de una hermosa cadena de Hijas de María Auxiliadora y aquí tendremos un hermoso vivero de religiosas, que no disminuirá, sino que crecerá siempre; y sobre estas colinas, ¡cuántas Hermanas!».

Escritos confidenciales desde Saint Cyr

No han pasado tres o cuatro días y ya la Madre Daghero recibe en Nizza muchas y gratas confidencias de las Hermanas de Saint Cyr. Escribe Sor Hugues: «Nuestra querida Madre nos ha dejado con pena el día de San José, para irse con sus hijas de La Navarre. El médico no la da por curada, dice que sin un milagro puede recaer en la misma enfermedad y, en dos meses, irse al premio eterno. ¡Nosotras nos hemos quedado como es de suponer!

Pero cuánto bien nos ha proporcionado a nosotras esta enfermedad de la amadísima Madre.

En primer lugar, la Madre y Sor Elisa se han podido dar perfecta cuenta de las dificultades de nuestra vida diaria. La Directora es ciertamente muy buena, pero con un espíritu tan elevado que muchas veces no somos capaces de alcanzarla en nuestra pequeñez...; y entre esto y la falta de lo indispensable, nuestra poca virtud nos hace muy difícil la vida...

Pero pasemos al segundo punto. No hace falta escribir un cuaderno para decir todos los actos de virtud de que hemos sido objeto y testigos en estos últimos cuarenta días, que no sé si llamar dolorosos o afortunados. Pero algunos quiero ponerlos por escrito.

Habíamos esperado mucho a nuestra Madre, por eso se había preparado también una fiestecita. Pero cuando llegó de Marsella estaba tan cansada y enferma, que nos rogó que la dejáramos un poco tranquila. Así lo hicimos, pero... ¡qué clase de tranquilidad! Al cabo de algunos minutos, empezó a venir donde había más trabajo y a invitar a una y a otra a decirle lo que más le preocupaba. Entonces creímos acertar eligiendo el primer cuarto de hora más libre para hacer declamar a las niñas las pocas cositas que sabían. La Madre aceptó, pero casi en seguida dijo: "No me siento con fuerzas para estar más tiempo de pie, permitidme que me acueste". Aquí comenzó su enfermedad y nuestra angustia.

En nuestras estrecheces nos hicimos todas industriosas para ofrecerle lo mejor que había y que no le faltara la asistencia: las mismas niñas mayores de la casa se alternaban con las Hermanas para prestar cualquier servicio de día y de noche, y ella tenía una buena palabra para todas, y todas iban a porfía para recibir una mirada suya, una sonrisa, experimentando la felicidad que puede sentir una hija al cuidar a una ternísima y amadísima madre.

Cuando la Madre se dio cuenta de que una Hermana sufría por no poderla velar también ella, preguntó el motivo y al saber que se

le negaba esta satisfacción por su inexperiencia como enfermera, le dijo: "¡Bueno, bueno! Di que yo te enseñaré, vez por vez, ¿estás contenta?". Sumamente feliz fue y obtuvo el deseado permiso; aquella misma noche veló a la enferma, y fue tal la bondad de la Madre que ella ni siquiera se dio cuenta de su poca destreza. Antes bien, le decía la Madre con frecuencia: "¿Ves qué bien lo haces? Hasta esta sopita que me has preparado está tan buena que no he comido nunca otra igual".

Sor Roncallo dormía en la habitación contigua a la de nuestra Madre, y nosotras acudíamos con frecuencia a ella, especialmente cuando sentíamos más las estrecheces de la casa y el rigor de la pobreza a que hubiera querido llegar nuestra Directora. Y pensar que hubiéramos querido estar en un palacio para conseguir hasta lo imposible para nuestra amada enferma. ¿Un ejemplo?

Al puchero del caldo le faltaba la tapadera; para no dar a la Madre una sopa ahumada, se hizo uso de un plato. Pero éste, empleado de este modo, se podía romper, y entonces... "¡Atentamos contra la pobreza religiosa...! ¡No contra el espíritu de pobreza, se entiende...!"

¿Le digo otra, puesto que tengo vena?

Me había guardado algunos pañitos que habían servido a nuestra Madre. Al saberlo mi Directora empezó a decirme que mi corazón estaba un poco apegado a todas esas cositas, que el Señor no estaba ciertamente contento, que había que estar desprendida de todo para agradar a Jesús; hasta el punto de que, enseguida que se fue la Madre, quiso que se los enseñara para quemarlos. ¿Qué sucedió? Que junto con los pañitos que yo conservaba como reliquia, quemó también un sobre igual al que contenía «mi tesoro», en el cual había doscientas liras ofrecidas por el Inspector Don Cerruti, cuando estuvo aquí para acompañar a Don Bosco hasta Alassio.

¿Quién puede explicar su pena? Humilde como es la Directora se apresuró a llamarme y a decírmelo, y yo, en vez de consolarla, le dije: "Una prueba: nuestra Madre es una santa y el Señor no está contento de que usted lo haya quemado todo de ese modo".

Pero enseguida sentí remordimientos y añadí: "Verdaderamente su fin era bueno y Jesús habrá querido darnos una lección. Quién sabe si diciéndoselo al Inspector...".

La Directora le escribió ese mismo día, y hoy tenemos de nuevo las doscientas liras para alegrar a nuestra pobre Saint Cyr y darnos una prueba de que el Señor no nos mide según nuestra debilidad, sino que premia nuestra humildad. Qué verdad es que de todo y de todos

hay para aprender. Queridísima Madre Catalina, perdóneme si a mis otras astucias añado también ésta; qué verdad es que "la desmesura todo lo estropea" también en cuestiones de santidad...».

La Vicaria General sonríe ante estas conclusiones tan espontáneas, aunque no de consumada perfección, pero no deja de sacar su moraleja para bien de todas.

Sor Sampietro pone un apéndice al escrito de Sor Hugues: «Aun en la enfermedad, nuestra Madre continuó animándonos y enfervorizándonos en el amor de Dios y de nuestra celestial Madre María Auxiliadora, en la observancia de la santa Regla y en la estima al Instituto, que calificaba de inspirado por la Virgen para las necesidades de aquel tiempo. No pasaba día sin exhortarnos a adquirir el espíritu de Don Bosco, a ejercitarnos en la humildad y en el sacrificio, sin dar importancia a las miserias de cada momento y confiando cada vez más en la Divina Providencia.

¡Cuánto ha sufrido en este tiempo con todas aquellas cataplasmas que le aplicaban a la espalda y con aquella abundante transpiración que le hacía estar en un continuo baño caliente y frío! Pero siempre paciente y sin una queja: su único deseo era ir a morir entre sus hijas de Nizza.

Cuando ella estaba tan grave, también yo me encontré mal; y ella se preocupaba más de mí que de sí misma, y me decía: "Cúidate, Sor María, obedece al médico y toma lo que te ordena; no pienses que vas a morir, porque —te lo digo yo— llegarás a vieja"²⁷. Y se interesaba ante la Directora para que me prodigara todos los cuidados posibles. Ahora nos ha dejado, pero sigue estando presente igualmente ante nuestros ojos y nuestro corazón, y queremos consolarla poniendo en práctica sus maternas recomendaciones.

Los pormenores de La Navarre

Casi al mismo tiempo que las de Saint Cyr, llegan las noticias de La Navarre.

«La entrada de la Madre en la colonia San José está señalada enseguida por un acto de humildad: "Siento mucho haber venido hoy, porque el viaje en día festivo no es de buen ejemplo para nadie, pero

²⁷ Sor Sampietro murió a la edad de 70 años.

no he podido hacer de otro modo. Perdonádmelo, como siento que me lo perdona el Señor”.

Aquí se ha detenido poco, pero, aun adaptándose a las horas de descanso que le han sido prescritas, se ha puesto a disposición de sus hijas, encargando a Sor Elisa visitar todas las partes de aquella más que humilde casa, de preguntar sobre la visita de Don Bosco el año pasado y de interesarse finalmente por los detalles menudos que dicen mucho más que ciertas cosas que se consideran importantes.»

Una Hermana, profesa de hace poco, está tan afectada por la timidez que no levanta la mirada ante la Madre; ésta, encontrándose con ella, le pregunta: «¿Si tuviera necesidad de un favor tuyo, me lo harías...? Mira, ven a peinarme y yo te lo agradeceré mucho». Aquella, confusa, la sigue, cumple lo mejor que puede aquel pequeño servicio personal y la Madre le da entretanto ocasión de hablar y de reír; ha ganado totalmente el corazón y la confianza de la hija.

La Madre, después de haber visto y experimentado —no obstante las atenciones filiales— las estrecheces de la casa de La Navarre, dirige a aquellas hijas suyas su palabra de exhortación conclusiva, recordando la casa de Nazaret y el espíritu que allí reinaba. Anima a sus queridas hijas a imitar a Jesús, María y José, para estimar y amar aquel estado de miseria, que es su martirio de cada momento y que, libre del amor propio y de la vanidad, las consume enteramente por Dios y por las almas.

Los ojos de la Madre están velados por el llanto, porque entre las presentes ve con el pensamiento a la dulce Sor María Gariglio, primera víctima de aquella colonia agrícola: había sido una joya de humildad y de caridad y de sus labios, hasta el último día, no había salido otra expresión que ésta: «¡Oh, La Navarre, La Navarre!».

Es para preguntarse qué sería entonces *La Navarre*, tanto para los Salesianos como para nuestras Hermanas, cuando la página de la visita de Don Bosco con Don Cagliero en febrero del pasado año lleva las siguientes impresiones:

«Nuestro buen Padre, que parece que goce al saber que la pobreza es la reina de sus casas, aquí, entre nosotros, se ha conmovido y ha dejado una cantidad al buen Director, para aliviarnos de las comunes y urgentes necesidades.

Del techo continúan cayendo cascotes; por las grietas de las paredes entra el viento y la lluvia a placer; los suelos no se sabe de que

estén cubiertos; los insectos, que de día están ocultos en las rendijas de las paredes, de noche se pasean como dueños y señores.

Los niños están tan desnutridos que dan compasión; se cambian varias veces por semana, y algunos todos los días, y lo que se consigue con esto es aumentar los trapos rotos, que nosotras lavamos y relavamos hasta que los empleamos para llenar los jergones casi vacíos en lugar de las hojas de maíz que faltan sólo porque no hay dinero para comprarlas.

El panadero no quiere darnos más pan, y cuando se consigue, no siempre basta para todos. Nosotras nos lo quitamos de la boca para pasarlo a los Superiores.

Tenemos bueyes y vacas en buen número, una veintena de ovejas, seis cabras y dos mulas para tirar del arado. Podríamos tener leche, pero, según dicen, hasta ahora nunca se ha utilizado; nosotras no sabemos, ni nos arriesgamos a sacarla, de modo que va a regar los campos, mientras a nosotras nos queda la pena de verla inútilmente desperdiciada con el sacrificio de tener que ir a buscarla a otra parte, cuando se puede; y la debilidad que nos entra en medio del trabajo y la escasez de alimentos, nos hace llorar incluso cuando no se querría ni se debería.

El Director Don Perrot es un santo, pero el único consuelo que sabe darnos es éste: "¡Oración y sacrificio! ¡Dios lo ve y lo sabe todo! Sigamos adelante; los que vengan detrás recogerán".

Un día le preguntamos si, precisamente para los que vengan después de nosotras, no convendría que escribiera alguna memoria de lo que se está probando, y él, con un encogimiento de hombros, nos respondió: "¡Pero si ésta es la historia de todas las fundaciones de obras de caridad! Y además, ya está todo escrito en el corazón de Dios: ¿No basta esto?".

Con semejante modelo ante la vista ¿qué podemos hacer nosotras? Callar y seguir adelante hasta que se pueda y mientras Dios quiera».

Esta página es demasiado elocuente, para que la comunidad de Nizza, a la cual llega resumida, no deba decirse: «¡Quién sabe cuánto habrá sufrido nuestra querida Madre con estas noticias y cuánto habrá gozado también al pensar que tiene hijas tan generosas y heroicas! Es inútil: sin espíritu de sacrificio no se puede ser como se debe, para hacer el bien a la juventud y hacernos santas. ¡Animo, pues, y... cada vez más ánimo!».

La Madre, en Niza Marítima

De La Navarre la Madre pasa a Niza, para otra breve estancia y se encuentra, como era su deseo, con el Padre Don Bosco.

Le da cuenta de sus últimos días, de sus impresiones y de sus temores y, con toda sencillez, le habla también de su estado de salud, y termina preguntándole: «Padre, ¿me curaré del todo?».

El, divagando un poco, empezó a contar en tono afable:

«Un día la muerte se presentó en un convento diciendo a la portera que la siguiera.

—¡No puedo! —respondió ésta—, pues no tengo a nadie que me supla.

Entonces la muerte penetró en el convento, invitando a seguirla a cuantas encontraba a su paso: maestras, estudiantes... e incluso a la cocinera, pero de todas recibió la misma respuesta:

—Tenemos todavía muchas cosas que hacer.

—¡Está bien! —dijo para sí la muerte— jiré a la Superiora!

También la Superiora alegó sus excusas para evitar seguirla, pero la muerte se mostró firme e insistió:

—La Superiora debe preceder a todas con el buen ejemplo, aun cuando se trate del viaje a la eternidad. ¡Vamos, pues!

Y la Superiora, bajando la cabeza, la siguió».

El apólogo no podía ser más claro para la pronta intuición de la Madre que, con sonrisa significativa e inteligente, se arrodilla para que la bendiga, le da las gracias de su parte y en nombre de todo el Instituto, y una vez más encierra en su corazón la espina ya advertida por la predicción de aquel Superior General²⁸.

Con las Hermanas sigue sonriendo y, de cuando en cuando, con su habitual gesto de amor tierno y fuerte, estrecha el crucifijo que pende de su cuello. Cada una puede ser recibida en coloquio privado, y en las breves palabras de despedida a la pequeña comunidad, la Madre habla de nuevo de la aparición de Sor Luisa Arecco, para obtenerle sufragios, como en las dos anteriores casas de Francia. Después de manifestar nuevamente su pena por haberse visto obligada a viajar en día festivo, recomienda: «No nos maravillemos de nada ni de nadie aunque fuéramos testigos de grandes ofensas al Señor, antes bien, recemos y estemos atentas por lo que toca a nosotras, porque, si Dios no tiene su santa mano sobre nuestra cabeza, quizá y sin quizá seremos

²⁸ Cfr. pág. 253.

capaces de caer aún más abajo que los que ahora estamos para condenar. No lo olvidemos nunca, queridas Hermanas; la caridad y la humildad tienen siempre un amplio manto para cubrir las miserias de los demás»²⁹.

Ultima etapa en Alassio

En Niza toma el tren para Alassio, donde pasará la fiesta de la Anunciación. A la alegre acogida de las Hermanas responde más con la sonrisa que con las palabras: «¡Tengo tanto cansancio encima!».

—Madre, descansen algunos días con nosotras —se apresuran a decirle—.

—¡Sí, sí —responde ella—, me quedará aquí un poco, aunque de Nizza no hacen más que escribirme: «¡Venga, venga pronto!».

Este año la fiesta de la Anunciación es día de abstinencia y, aun siendo fiesta de precepto, no se está dispensado; la Madre no quiere tomar carne delante de una joven aspirante que se sienta en la misma mesa. Las Hermanas, entonces, le explican: «¡La ley de la abstinencia no es para los convalecientes como usted, Madre! ¡La joven está ya avisada, tiene buen criterio y no se escandaliza!».

Pero la Madre se resiste hasta que, llegada la orden del buen Director salesiano, se somete al instante, diciendo en alta voz: «¡También esta es una obediencia! Los preceptos de la Iglesia deben respetarse siempre, pero si el que habla en nombre de la Iglesia, por sus buenos motivos, dice que obremos diversamente, no queda más que obedecer y el mérito es el mismo, si no mayor»³⁰.

Entre el sábado y el domingo recibe en coloquio privado a todas las Hermanas, terminando con dos palabras a la comunidad: «Después de haber estado con las Hermanas de La Navarre, ciertamente me parecéis reinas. Por amor de Dios, no os permitáis ningún abuso en esta abundancia; atentas a la gula, atentas a la mortificación. Atentas al orden externo y más todavía al del alma. Jesús debe estar siempre contento de entrar en vuestro corazón, y quien os ve u os sorprende en el trabajo debe poder decir: "¡Cómo se ve que se mantienen en la presencia de Dios!"».

No nos olvidemos de Sor Luisa Arecco, para que vaya al paraíso lo más pronto posible».

²⁹ Relación de Sor Carlota Pestarino y de Sor Dominga Barbero.

³⁰ Relación de Sor Luisa Desirello.

Su voz debilitada conmueve; sus palabras son acogidas como perlas preciosas, y cuando la Madre parte para la suspirada Nizza, los ojos de las hijas y de la Madre están llenos de lágrimas: ¿Se volverán a ver?

El lunes la acompañan a la estación varias Hermanas de la casa, y, al observar el continuo apretar entre las manos el crucifijo, se dicen con la mirada: «¡Cuánto sufre, pobre Madre! Está contenta de volver a Nizza y, no obstante, tiene los ojos llenos de lágrimas»³¹.

Durante el viaje, además de Sor Elisa, va también otra Hermana que, en alguna estación intermedia, indiferentemente se pone de pie para mirar por la ventanilla del tren. Al principio la Madre hace como que no se da cuenta; después, sin decir una palabra y con mucha desenvoltura, baja la cortina y sonríe. «No me olvidaré tan pronto de la lección», dice la Hermana.

¡El suspirado regreso!

No hablemos de la espera en la *Madonna* de Nizza Monferrato, tanto más después de las cartas de Sor Elisa recibidas el 19 y el 25, asegurando el retorno cada vez más cercano. ¡Grandes y hermosas fiestas las de San José y de la Anunciación: fiestas dobles, del espíritu y del corazón! Podemos imaginar, pues, las ansias y los preparativos del recibimiento.

Aquel 28 de marzo permanece en el corazón de todas como una fecha indeleble. Esparcidas a lo largo del camino que desde el ex-convento lleva al primer cruce de calles de la ciudad, están las doscientas hijas, Hermanas y alumnas, con el cuello estirado y con los brazos abiertos aplaudiendo y exclamando: «¡Viva, viva la Madre!» y la rodean jubilosas acompañándola hasta la puerta de casa, para desfilar después, sumamente conmovidas, a cantar en la iglesia el *tedéum* de acción de gracias.

Sí, la Madre ha vuelto, ¡pero qué cansada está! Ha vuelto la Madre, por la que tanto se ha rezado y llorado, ¡pero qué cansada y desmejorada está!

Después del canto y de la solemne bendición con el Santísimo, se espera volverla a ver, para expresarle con nuevos cantos y música la común alegría y el unánime voto augural; y hay un alegre repiqueteo

³¹ Relación de Sor Dominga Barbero.

por toda la casa, pero la Madre no puede más y pide que le permitan acostarse.

—Sí, pobre Madre, dejémosla descansar. Estará más dispuesta otro día; por de pronto, la tenemos entre nosotras, bendigamos al Señor.

Así razonan todas y la voz pasa de un corredor a otro como una ola de tristeza y de esperanza, mientras desciende la noche con el silencio de la paz que invita a una hora más de trabajo y de estudio recogido; después, la cena rápida, el recreo abreviado, la oración ferviente y el sueño más o menos restaurador.

Al día siguiente la Madre se queda en cama; así lo quieren las hijas y así le parece bien también a ella. El miércoles, en vez de fiesta grande, se pasa el día en la iglesia y fuera de ella, en expresión de gratitud común a María Auxiliadora y a San José por la curación de la Madre y en homenaje filial a ella que, al volver a casa, le devolvía de nuevo la alegría.

Entre las postulantes que han entrado durante la ausencia de la Madre, está Antonia Baratti que, después de enjugarse las lágrimas, cuenta sus impresiones de estos días: «Toda la casa estaba en fiesta; todas hablaban de la Madre y se afanaban por prepararle un extraordinario recibimiento. Yo no sabía explicarme todo este afecto, mientras mi corazón permanecía indiferente y frío. Pensaba en mi madre, a quien había dejado, escapándome, para hacerme religiosa; pensaba en las dificultades que tenía por superar; no esperaba más que el momento de volver con los míos, disgustada casi de que la bondad de la Vicaria, la Madre Catalina Daghero, me hubiese retenido para esperar a la Madre. No sé explicar lo que sentí cuando la maestra de las postulantes, la Madre Petronila, me presentó a la Madre, en el momento mismo de su llegada, diciendo simplemente: "Madre, ésta se quiere ir". ¡Oh, la mirada de la Madre! Y sus palabras: "¡Anímate, que después nos veremos!"».

Ahora casi tengo pena de sentir de nuevo ganas de quedarme.

Y si luego la Madre, como ha dicho, habla con las postulantes de tú a tú... y me aconseja que me quede en serio... ¡Pobre Antoñita!».

Sí, la Madre ha dado a entender que descansará, y durante el día procurará hablar con las nuevas, pero está ocupada más de lo que se puede imaginar con las noticias de familia, con las correspondientes preocupaciones³², de modo que las postulantes ven retrasarse la alegría de este encuentro.

³² Véase Anexo n.º 10.

De las Hermanas de allende el océano

Las queridas Hermanas que partieron en el *Sud América* llegaron a Buenos Aires la tarde del 27 de febrero. Entre las del *Umberto I*, las que debían quedarse en Montevideo llegaron el primero de marzo, mientras las restantes prosiguieron al día siguiente para la Argentina.

Tanto unas como otras no recibieron del mar muchas *delicadezas*, antes bien, pasaron días de verdadero peligro por la descortesía del viento y la agitación del Atlántico, pero todas tuvieron la suerte de asistir cada día a la Santa Misa y recibir la Comunión, como si el cielo quisiera darles una prueba de su especial protección.

Se habían propuesto estudiar un poco de castellano y seguir el horario de la comunidad, pero entre las cuatro primeras sólo Sor Octavia Bussolino podría hacer de maestra en ciernes, habiendo recibido en Turín algunas lecciones de Don Cagliero. Y además, con tanto mareo... libros, cuadernos y ejercicios prácticos se quedaron en el aire. Entre las seis del *Umberto I* no había ni una que supiese y tuviese ganas de español, tan zarandeadas estaban por las olas y afectadas por un cierto desánimo, que combatían a fuerza de repetir: *¡Maria Auxilium christianorum, ora pro nobis!*

Respecto a las prácticas de piedad y al silencio hicieron lo que pudieron, pero respecto al refectorio y al retiro en el camarote tuvieron que adaptarse a las situaciones del momento ³³.

Se delinea la «cruz» prevista

La nota más triste procede de las informaciones de la buena Sor Pacotto, refiriéndose a la pobre Hermana por quien la Madre había expresado sus reservas y aprensiones.

Su ligereza había sido causa de mucha preocupación durante el viaje. En la isla San Vicente empezó a verse rodeada de personas poco bien intencionadas y resultaron vanos los avisos y cautelas de las Hermanas.

Es verdaderamente penoso tener que constatar que después de tantas promesas de querer ser el consuelo de Don Bosco y de la Madre, para serlo de Jesús y de la Santísima Virgen, se encuentren en el caso de ver comprometido el honor de la Congregación por actitudes de superficialidad. Sor Pacotto, responsable de sus cinco compañeras

³³ *Bollettino Salesiano*, mayo de 1881, año V, n.º 5, págs. 8-10.

de viaje, no obstante la festiva acogida de las Hermanas del Uruguay, no puede contener las lágrimas, y ruega que se recé para que no suceda nada peor. Pide perdón por la dolorosa noticia y promete la máxima perfección en la observancia de la santa Regla, para reparar todas las faltas de la pobre Hermana, que entretanto ha llegado a Buenos Aires.

Sor Pacotto comprende ahora las palabras de la Madre que en el *Umberto I* le decía: «Animo, Sor Josefina, llegará el momento en que la cruz se te hará pesada, muy pesada, pero entonces será el momento de estrecharla contra el corazón y de prometer fidelidad al buen Dios». Ha comenzado pronto para ella el momento del sufrimiento. Al recordar esta precisa alusión, Sor Josefina no olvida las palabras de materna exhortación: «Recuerda que las espinas soportadas por amor de Dios se trocarán en rosas. Díselo todo a la Virgen: penas y consuelos, ¡y hallarás una Madre infinitamente más buena que la que ahora dejas en Italia!».

Las cartas de Buenos Aires, con las noticias breves de la travesía y las alegrías del encuentro con las Hermanas de la capital argentina, llevan a Nizza el gracias de la Inspectora por el refuerzo enviado, y no dejan de hacer alusión a la *cruz* que se va presentando dura y angustiosa.

Era de esperar. La Madre vuelve sobre la idea de que si se dieron y se darán escándalos, la culpa es toda suya: si hubiera sido más resuelta en oponerse a aquella marcha, o mejor, si hubiese hablado más claramente con Don Bosco..., quizá se hubieran evitado estas consecuencias. Siempre más y mejor se le pone delante, como ya ha dicho otras veces, la necesidad de que la Congregación esté en manos más aptas que las suyas.

La Madre se prepara y prepara

No es la primera vez que la Madre expone estos sentimientos. En su humildad y sencillez, ha dicho no sólo a Sor Pacotto, sino también a otras, que por su *ignorancia* no está en condiciones de ir adelante; que ofrece a gusto su vida por el Instituto y por alguna Hermana que no camina por el recto camino. Las Superiores le dirigen palabras de aliento afectuoso, pero ella permanece en su clarividencia de espíritu: no triste, sino fuerte y segura.

En las primeras buenas noches a la comunidad después de su regreso de Francia, responde a la alegría de sus hijas contándoles inge-

nuamente el apólogo que Don Bosco mismo le contó a ella en Niza, y repite como conclusión: «No hay que alegrarse demasiado ni apenarse excesivamente por las cosas de este mundo».

Mientras declina, continúa dándose

Sus días de *convaleciente* quedan pronto descritos: para la santa misa está en su puesto en la iglesia, y lo mismo para las demás prácticas de piedad durante el día. Al refectorio va con todas las demás, puntualísima como una novicia; para el recreo hace como puede o como le permiten hacer. Si participa en el de la noche, está en medio de las Hermanas y de las postulantes, se interesa por todas y por cada una, y las tiene a todas alegres probando las voces y los cantos y animando a las desentonadas a acompañar el coro, con voz moderada y queda³⁴.

Durante el día se la encuentra aquí y allá, donde sabe que hay alguna Hermana y algún trabajo; atiende a quien desea hablarle y, cuando puede, elude la amorosa vigilancia de la Madre Emilia para intentar colaborar en algún trabajo que ya no es para ella.

La novicia Sor Luisa Bardina recuerda todavía muy bien, cuando en el pasado diciembre, en un día de mucha nieve, la Madre se puso a ayudarla a lavar la ropa y le oyó exclamar: «¡Oh si pudiese hacer todo esto yo sola para evitaros este frío!». Ahora cuenta: «También hoy la Madre ha intentado ponerse a lavar, pero ha venido la Madre Emilia para que fuera un momento al locutorio, y ella, con un bonachón "vete tú por mí", ha dirigido sus pasos a otra parte; ¡dichosa quien se haya encontrado con ella!».

La ya conocida Antonia Baratti fue una de las primeras llamadas por la Madre. Pasada la dulce impresión de la fiesta de la llegada, fue presa de abatimiento y, recogidas sus cosas, se disponía a marcharse. Pero sorprendida en aquel momento por la Madre misma, la introdujo en el círculo de las postulantes y allí, con su paquetito al hombro, tuvo que arrodillarse a rezar tres *avemarías*...

Una razón más para que la llamara a hablar con ella, tal como se temía.

«El Señor te ha llamado aquí —le dice la Madre muy seria— y aquí debes estar. Tendrás que sufrir y hacer penitencia, pero te salva-

³⁴ Relación de Sor Elisa Marocchino.

rás, mientras que, si vuelves a tu casa, te perderás. ¡Ahora haz como quieras!»

Y la buena Sor Antonia continúa entre nosotras, porque no puede borrar de su pensamiento las fuertes palabras que le fueron dichas, y reza con un fervor que le hace derramar lágrimas.

«Las Hermanas me habían hablado ya de la bondad de la Madre —dice a sus compañeras la postulante Carolina Masoero—, pero todo lo que se diga es poco. Parece que sea a mí sola a la que tiene que hacer el bien en esta casa, cuando debe ser para todas y cada una lo mismo, porque todas, por darle gusto, se arrojarían al fuego.

¡Ya lo creo! ¡Saber que tiene los brazos llagados por las *moscas de Milán*³⁵ que le están aplicando; verla tan débil que apenas se tiene de pie y encontrársela de vez en cuando al lado para el pesado trabajo del lavadero! ¡Hacen muy bien las que, en estos casos, utilizan todos los medios para apartarla! Debería y querría hacerlo también yo, pero realmente no me atrevo».

Sentada en una banqueta del taller, para dar menos apuro, la Madre atrac una vez más a la tímida y cándida novicia Sor Luisa Bardina. Tiene en sus manos un corpiño para una huérfana de la casa y, mientras cose, le hace alguna pregunta, con el fin de comprender a aquella hija que raya en los diecisiete años. En un determinado momento le dice: «Estoy cosiendo el último botón, pero no me siento con fuerzas para escuchar a ninguna Hermana más: ¿Qué me aconsejarías tú?».

Y aquélla le responde: «¡Madre, vaya al huerto a tomar un poco de aire!». La Madre fue efectivamente al huerto a hacer sonreír a otros corazones.

«Os lo vuelvo a decir»

En las buenas noches repite: Os lo vuelvo a decir, ¿estáis contentas? No os fiéis de las que os hacen monerías y os demuestran gran afecto con adulaciones, cumplimientos e historias: éstas no son las más cumplidoras de su deber y generalmente son las más egoístas y las menos sinceras, porque no buscan más que la satisfacción de su corazón y ganar el corazón de los demás, especialmente de las Superiores, para obtener lo que desean. ¿Sabéis quiénes son las que aman más y mejor? Las más dóciles, las más obedientes, las más observantes de la santa Regla».

³⁵ *Moscas de Milán*: preparados farmacéuticos aplicados como cataplasmas vesicantes.

A las Hermanas de la Patagonia

Ante la mesita que le sirve de escritorio no se la ve casi nunca, y mucho menos con la pluma en la mano. A las Hermanas de la Patagonia les dice el porqué.

¡Viva Jesús!

Queridísimas Hermanas de la Patagonia:

He recibido con alegría vuestras noticias y he tardado en contestaros esperando restablecerme de la enfermedad que he sufrido y poder escribiros por mí misma, como deseáis. Pero, viendo que aún tengo para tiempo, os escribo por mano de otros y vosotras os contentaréis con ello, ¿no es verdad?

¿Así es que Sor Catalina está enferma? ¡Pobrecilla! Dadle ánimos de mi parte; decidle que esté resignada a la voluntad de Dios y que sufra siempre con paciencia y resignación. ¡Cuántos méritos ganará! Yo creo que se curará pronto: sois muy pocas para dejarla marchar al ciclo; además, aún no ha trabajado bastante, así es que tiene que curarse, hacerse una gran santa y ganar muchas almas para el Señor. No os recomiendo que la cuidéis, porque estoy segura de que ya lo hacéis.

Quisiera deciros algo en particular a cada Hermana, pero a falta de espacio suficiente os diré a todas que os recuerdo siempre y rezo por vosotras de manera especial cada día al buen Jesús. Os recomiendo mucho la humildad y la caridad; si practicáis estas virtudes, el Señor os bendecirá a vosotras y a vuestras obras, de manera que podréis hacer un gran bien.

Vuestras Hermanas de Europa os saludan de corazón y os recuerdan siempre. Pedid por todas; rezad especialmente por las enfermas, entre las cuales está la reverenda Ecónoma, Sor Catalina Massa y Sor Tersila.

Las noticias particulares os las habrán dado las Hermanas de Buenos Aires; por esto yo termino encomendándome mucho a vuestras oraciones; os dejo en el Sacratísimo Corazón de Jesús, en el cual seré siempre

vuestra afma. Madre
Sor MARÍA MAZZARELLO ³⁶

Nizza, 10 de abril de 1881

³⁶ Copia en el Arch. Gen. FMA.

Toda y siempre para las demás

En su andar por la casa, donde se está haciendo la llamada «limpieza de Pascua», no olvida los dormitorios donde puede que haya alguna enferma. Encuentra, en efecto, a Sor Rosa Bertone, a la cual pregunta:

—¿Te han traído alguna cosa?

—No, Madre, responde aquella un poco confusa. Después de la medicina que tomé hacia la hora del desayuno, no he visto a nadie más.

—¡Pobrecita, y es casi anochecido! —exclama la Madre llena de bondad—. Voy en seguida a que te preparen una sopita.

Poco después la Hermana recibió la sopa caliente y sabrosa.

Una Hermana debe cambiar de casa y expone que tiene la camiseta muy vieja, con necesidad de ser sustituida por otra. La Madre le dice prontamente:

—Dadle la que me habéis comprado a mí estos días.

—¡Pero Madre..., se la hemos comprado porque la necesita!

—Bien, pero ahora la primera necesidad es para quien tiene que irse.

Por la misma circunstancia se le presenta otra que necesita zapatos.

—Ten los míos, están casi nuevos y me parece que no te irán mal.

Para mí, ahora, me hacen más avío los zuecos³⁷.

Habitualmente la Madre prefiere proveer por medio de otras; así el gracias va directamente arriba, al buen Dios.

Don Costamagna da el tema para la última conferencia

Con las últimas noticias de América ha llegado también una carta de Don Costamagna, y para que todas gocen de ella y se aprovechen, la Madre la lee a la comunidad. Al hermoso final: «Madre, le pido perdón si en Mornese le he causado disgustos», las Hermanas dicen: «¡Cuánta humildad en él y qué estima hacia nuestra santa de carne y hueso!»³⁸.

En la habitual conferencia semanal a la comunidad, la Madre saca tema de la misma carta de Don Costamagna para hacer renovar a todas un propósito de esas virtudes que en ella se han hecho conaturales.

¿Quién nos ha dado, Hermanas, un Don Costamagna, un Don

³⁷ Relación de Sor Elisa Marocchino.

³⁸ Relación de Sor Luisa Boccalatte.

Cagliero, un Don Rúa, y los demás santos sacerdotes a cual más fervorosos, para hacernos el bien, consolarnos, y dirigirnos en el camino de la perfección? ¡Nuestro buen Padre Don Bosco! ¿Y quién nos ha dado a Don Bosco por Padre? El Señor y la Virgen, los cuales, por medio de Don Bosco, nos dicen lo que quieren de nosotras.

Pero lo que ellos quieren de nosotras está escrito en las Reglas que Don Bosco nos ha dado, después de haber pensado y rezado mucho. ¿Creéis vosotras todo esto? Si lo creemos, nuestra misma conciencia nos dice que no hacemos lo que el Señor y la Virgen quieren de nosotras cuando no observamos nuestras santas Reglas.

Don Bosco sabe lo que, vez por vez, quiere la Virgen de sus hijas —que somos nosotras—, de modo que, no contento con habernos dado la santa Regla, vez por vez, nos dice o nos manda decir cómo tenemos que obrar en todas las cosas. Si creemos esto, hemos de creer también que, por obediencia y por gratitud, no debemos poner por delante dificultades y demoras en ejecutar lo que se nos indica. La sencillez que Don Bosco quiere de nosotras es precisamente la sencillez de la fe, pero la fe de los niños, no de quien piensa obrar por su cuenta. Mirad, un niño inocente cree en seguida lo que su padre le dice, y, si tiene buen carácter y buen corazón, no espera que se lo manden para hacer esto o aquello sino que, conocido el deseo de su papá, lo hace en seguida tal como le ha dicho.

Así nos quiere Don Bosco, y así nos quiere la Virgen, para ser como nos quiere el Señor.

Puede suceder que alguna, o por experiencia propia o por las dificultades de la vida diaria, o por otras cosas, se sienta como en el deber de razonar sobre una orden o un consejo recibido de Don Bosco o de quien lo representa. Yo pienso, en cambio, que este deseo de razonar debe rechazarse como una verdadera tentación contra la fe, y lo único que se debe decir es esto: «¡Si así lo quiere Don Bosco, así debemos hacer!».

¿No se ha visto hasta ahora que practicando en seguida lo que nos ha sugerido Don Bosco todo nos ha ido bien, y que cuando no se hacen tantos razonamientos sobre lo que nos dicen que hagamos, la obediencia es más fácil y hasta nos deja alegría en el corazón?

La conclusión, pues, se deduce fácilmente: mantengámonos sencillas también en la obediencia; mostrémonos agradecidas y no nos arrepentiremos nunca de haber hecho u obrado según Don Bosco, nuestro amado Padre ³⁹.

³⁹ Relación de Sor Elisa Roncallo, Sor Luisa Boccaltte y otras.

La Madre, en el recuerdo de las «hijitas»

También las educandas querrían tener a la Madre algún ratito con ellas, pero sabiendo que han de tener miramientos con ella para que pueda restablecerse lo más pronto posible y bien, se contentan con hablar de ella y de las gratas impresiones que conservan en su corazón.

Angelina Sorbone, que podría calificarse como el más fiel *noticiero mornesino*, da el tema:

«A los siete años, más o menos, la Madre quería que fuera juiciosa, como si tuviera quince. Un día, me encuentro con ella después de la confesión y me pregunta: "¿Qué penitencia te ha dado el confesor?". Hago ademán de decírselo, pero ella, con el dedo en los labios, me interrumpe: "¡Callada, Angelina! Las cosas de confesión se guardan en secreto, recuérdalo bien".

Otro día se trata de otra lección:

—¿Qué os han servido hoy a la mesa?

—¡Patatas fritas, Madre!

—¡Golosa! No conviene hablar de lo que se ha comido, así como no conviene tampoco pensar en lo que nos darán en la próxima comida.

Una vez estaba haciendo de devanadera y sostenía la madeja de lana que la Madre iba devanando. Como movía aprisa los brazos de acá para allá, para terminar antes, la Madre me dijo: "¿Con siete años y tienes tan poco juicio?"».

«Os acordáis —dice Anunciación Vespignani— de aquel jueves cuando la Madre vino al recreo y nosotras, como todos los jueves, haciendo práctica de francés, la saludamos en francés? ¡Qué hermosa sonrisa nos hizo!, y después... ¡qué bello acto de humildad! Me parece aún oírle decir: "Venís a mí para que os diga una buena palabra, pero yo sé menos que vosotras, porque no he ido nunca a la escuela. ¿Queréis que os hable igualmente? Pues bien, sabed, mis queridas niñas, que sin ser muy instruidas se puede amar también mucho al Señor, el cual no nos pide instrucción, sino que se contenta con el corazón y la buena voluntad y esto es lo que quiere. He ahí, pues, lo que debéis hacer: amar al Señor con el corazón y la buena voluntad y visitarlo a menudo en el Santísimo Sacramento, para decirle que le amáis y que le amaréis más con el corazón y con la voluntad. ¿Lo haréis? ¡Muy bien, *hijitas!*"»

«¡Y no hablemos de la bondad de la Madre hacia nuestros padres! ¡Dejadme que os cuente esto, que es realmente hermoso y de los tiempos de Mornese!

Mi padre vino a vernos un día de nieve y llegó todo empapado. La Madre, al verlo, mandó encender en seguida un buen fuego para que pudiera secarse un poco, lo invitó a cambiarse los calcetines y los zapatos, después de pedirlos prestados, creo yo, a los Salesianos. Ella misma le lavó los calcetines y se los puso a secar; tuvo con él todas aquellas atenciones que no hubiera podido tener la hija o la hermana más querida. Mi padre, maravillado y emocionado, no cesaba de repetir: "¡Dichosas Hermanas y niñas, que tenéis por Superiora a una santa!".

No soy la única en decirlo: nuestra Madre considera como personas de familia a todos los padres no sólo de las Hermanas, sino también de las niñas.»

«¡Sí, es verdad! Ciertos actos de caridad de la Madre, ¡no se olvidan nunca! —exclama Sofía Cairo—. Era el *día de los premios*: yo había cantado en el escenario el mérito de las demás, pero no el mío, porque, desgraciadamente, no estaba entre las premiadas. De modo que, mientras, en medio del aplauso general, casi todas mis compañeras iban a recibir lo que se habían merecido, yo estaba arrinconada comiéndome toda mi pena. Pero me sentí llamar en voz baja por la Madre, que me entregaba un hermoso libro con canto dorado. ¡Entonces sí que lloré de emoción, besando aquella mano y bendiciendo aquel corazón de madre!»

Lo mismo, más o menos, hizo el año pasado con las dos huérfanas ⁴⁰ que llegaron al final del año escolar y que, por lo tanto, no podían contarse entre las premiadas. Las llamó y les dio a cada una un libro, con una de esas palabras que son como los confites: parecen duros y son dulces.

«Podemos decir bien fuerte —añade otra— que la Madre tiene predilección por las niñas. Basta verla cuando puede venir a vernos y a anunciarnos una excursión o una buena merienda porque hemos sido buenas. Y cuando vuelve de viaje, ni una vez se olvida de traernos una estampa o un caramelo para animarnos a portarnos cada vez mejor, y repite que quiere que seamos buenas para que la Virgen esté realmente contenta de tenernos en su casa.»

⁴⁰ Las hermanas Rosa y Catalina Tavella.

Rosina Gilardi la recuerda en el ejercicio de la humildad: «Con mucha naturalidad, sencillez y desenvoltura la Madre se aconseja también con nosotras, las niñas. La he visto yo llamar a una, para preguntarle cómo hubiera hecho ella un determinado trabajo y, recibida la respuesta, marcharse dando las gracias. ¡Ya me gustaría a mí hacer los actos de humildad que ella hace, y hacerlos como ella los hace!».

También Francisca Gamba quiere intervenir: «Yo no sé cómo alguna puede decir que la Madre es de corteza áspera; sé que cuando murió casi repentinamente mi hermana Sor Inocencia, la Madre, desafiando el frío de noviembre, partió a toda prisa de Nizza para ir a Chieri, a donde llegó con el tiempo justo para consolarla en su última agonía. Me entran ganas de llorar ahora. Cuando volví aquí, con una delicadeza llena de afecto, me preparó a recibir la noticia de aquella muerte, para mí sentidísima, y llorando conmigo me dijo: "Sor Inocencia, antes de irse al cielo, te ha confiado a mí; de ahora en adelante, pues, yo seré tu hermana. ¿Aceptas?". Las suyas no fueron palabras únicamente, porque a partir de aquel día, no sé decir las veces que se ha interesado por mi salud, por mis estudios, por mi conducta, como una verdadera madre. Ahora pienso yo: aunque sea de corteza un poco áspera, como dicen, tiene un corazón sumamente tierno. ¿No os parece así a vosotras?».

«¡Sí, sí, muy bien dicho!» —responden a coro las *hijitas*—. Interviene después la voz robusta de Angelina Cairo: «Será, quizá, algo seria con las Hermanas, porque se comprende que las quiere como deben ser, pero ¿cuándo ha venido a nosotras para hacernos un reproche seco y hacernos sentir su voz de mando? Ha venido para repartirnos pequeños premios cuando nos los hemos merecido, para darnos noticias que nos hacen sentir que estamos en una familia, para aumentar en nosotras el odio al pecado y el amor a las más bellas virtudes, pero para nada más. Decidlo vosotras, que la habéis visto aparecer en el taller, en el estudio y en el recreo como un ángel de serenidad para todas».

La aprobación es general, y las Hermanas asistentes están contentas con las niñas, al recoger las impresiones que ya están impresas en sus mismos corazones.

El espíritu es siempre fuerte

Entre las reiteradas veladas de oración ante la Virgen Dolorosa el viernes de Pasión, y las más encendidas aún del jueves santo —14 de abril— la Madre no ha hecho caso de las protestas de sus hijas, y se ha unido a las Hermanas del lavadero para hacer algo también ella con ocasión de la *gran limpieza* de Pascua. El viernes santo ha sacrificado con ellas el recreo, permitiendo retrasar incluso la visita habitual de la comunidad al Santísimo Sacramento. Pero, sintiendo que le fallan las fuerzas, se ve obligada a ceder y a retirarse.

Al pasar junto al refectorio, oye las voces de las dos novicias que lo están ordenando y que, no habiendo oído la señal de la visita, continúan sus conversaciones de recreo. «¡Ah... hijitas, ¿estáis todavía aquí?! Yo vengo del lavadero, donde creía poder echar una mano, ¿pero creéis que me lo han permitido? ¡No, señor! Y así, me he contentado con poner leña debajo de la caldera. Ahora estoy un poco cansada, será mejor que obre juiciosamente yendo a acostarme un poco.»

Va, en efecto, y se queda algunos días, probando después a levantarse, sobre todo para las prácticas de piedad en común, casi siempre acompañada de su ladrillo caliente, que aplica allí donde los primeros y renovados ataques pleuríticos se tornan más agudos.

—¡Miradla allí a nuestra bendita Madre! —dice con acento cariñoso la novicia Sor Luisa Bardina—, sabemos que sigue atormentada por los sinapismos, y no obstante se queda arrodillada durante toda la misa, sin apoyar siquiera las manos en el banco, como una sana, como no soy capaz de hacer yo, que soy joven y robusta.

—El médico le ha ordenado comer carne —hace resaltar la postulante Elisa Marocchino, siempre con los ojos abiertos de par en par ante las virtudes de la Madre—, pero para quitarse el escrúpulo del mal ejemplo, se apresura a decirnos: «Estoy obligada por la obediencia a comer carne, aunque es día de abstinencia; ¡no os escandalicéis, queridas postulantes!».

La misma postulante continúa: «¿Sabéis dónde encontraron después a nuestra Madre, cuando la buscaban por una parte y por otra...? ¡En la enfermería...! acostada y sonriente como quien dice: "¡Os la he hecho buena esta vez!"».

La enfermera no ha podido por menos de mostrarse contraria a esto, pero ella ha expuesto sencillamente: "¡Ya!, ¿por qué tanta repugnancia para venir aquí, incluso a morir, si Dios lo quiere? ¿Quién

soy yo para hacer distinto de las demás? Yo debo dar buen ejemplo, y basta”.

Por suerte intervino la orden de quien lo podía hacer, y entonces se resignó a volver a su habitación».

«Pero se diría que la Madre tiene el presentimiento de que debe ceder del todo al mal que la aflige, porque ha llamado con premura junto a sí a la educanda Angelina Cairo para hablarle de la vocación religiosa, con tal fervor que la ha impresionado vivamente y ha vuelto con las lágrimas en los ojos y con un nudo en la garganta. Lo mismo hizo con nosotras hace pocos días, cuando terminó diciéndonos: "Algunas de vosotras estáis pensando en volveros a vuestra casa, pero escuchad bien lo que os digo, mis queridas postulantes: Ahora el pobre *bargnif*, o *ciapín* ⁴¹, está envidioso de vosotras, porque le habéis dado un puntapié, pero no hay que olvidar que él conoce vuestro lado débil, y si no le declaráis la guerra, os lanzará algún disparo. ¡Alerta! ¡Hombre avisado, medio salvado!"»

«Sin un milagro, es cuestión perdida»

Sí, el presentimiento al que alude la postulante Marocchino lo tiene la Madre, cada vez más reforzado por la agudeza de los dolores, por la dificultad para respirar y por la fiebre persistente, hasta que el retorno manifiesto de la violenta pleuresía la postra definitivamente en cama.

El doctor que la asiste y las Superiores de la casa quieren una consulta y por esto se llama al profesor Grillo, de Acqui, el cual confirma la sentencia: «¡Sin un milagro, es cosa perdida!».

¡Cuántas oraciones y cuántos actos de virtud para conseguir la gracia de la mejoría! Tanto más que la enferma, aun conservándose fuerte y resignada, dice: «Don Bosco, en Roma, Don Cagliero, en España: y no poder expresar ni al uno ni al otro ciertos temores y preocupación por el bien de alguna Hermana y del Instituto entero... ¡Hágase la voluntad de Dios!».

Perdida toda esperanza humana, mientras el mal avanza de forma insidiosa y alarmante, pide ella misma los últimos sacramentos que le son administrados en seguida, con el consuelo de la bendición papal.

⁴¹ *Bargnif*, *ciapín*: Expresiones dialectales usadas en el lenguaje familiar con tono de desprecio para indicar el diablo.

Tranquila y confiada, muestra después la completa serenidad de su espíritu: «Ahora que tengo todos los papeles firmados —dice— puedo irme en cualquier momento, ¿no es verdad?».

A quien trata de animarla con la esperanza de una mejoría, responde con seguridad: «¡Pero si no sabéis nada vosotras! ¿No os he dicho ya que, si yo no me voy, ciertas cosas no se arreglan...? ¡No os engañéis a vosotras mismas, pobres hijas! Tendré que sufrir mucho, y lo deseo: durante largas o breves semanas, el Señor lo sabe. Pero no me cnraré, no».

A su habitual confianza en Dios suceden momentos de perplejidad:

—¡Tengo miedo de perder el valor!

—No tiene motivo —se le sugiere—, confíe en el Señor, Madre querida.

—Lo decís muy bien, vosotras..., pero el dichoso amor propio ¿dónde no se mete...? No obstante, sí, mi confianza está puesta en el Señor y en la Virgen. Pero no me dejéis sola; me da miedo mi fantasía, mientras que si os tengo a alguna a mi lado, me siento más serena.

Levantando sus descarnadas manos, estrecha con religioso afecto las de esta o aquella hija suya que se prodiga en cuidados y ternura conmovedoras.

De cuando en cuando se esfuerza por entonar un canto religioso invitando a acompañarla a quien tiene a su lado.

¿Noche decisiva?

La tarde del 27 —miércoles— preanuncia una noche de extremos sufrimientos: pulsación máxima, perfil y mirada indicadores de la cercana agonía, afán y estertor de muerte. Rodeada por las Superiores, asistida por el buen Director de la casa Don Lemoyne, la enferma espera el supremo momento, cuando, con increíble esfuerzo de voluntad, se pone a cantar: «*Io voglio amar Maria - voglio donarle il cuore - voglio morir d'amore - o Madre mia per te...! Chi ama Maria, contento sarà...!*»*. Después repite con visible alegría: «Es tan grande el bien que espero, que toda pena me produce alegría».

Invitada a calmarse y descansar, obedece, pero después, tomando un extremo de la estola del sacerdote le recomienda: «Si cuando llegue

* A María quiero amar — quiero darle el corazón — quiero morir de amor — Madre mía, por ti. Quien ama a María — dichoso será...

a los últimos momentos no puedo hablar y le toco la estola, como ahora, señor Director, deme la última bendición. Y si no puedo moverme y le miro, entienda lo que le quiero decir: ¡deme otra bendición...! y tenga la caridad de asistirme hasta el final».

Tranquilizada a este respecto, se mantiene en silencio durante algunos minutos, después pregunta: «¿Dónde está el señor Director...? ¡Cuando vaya al paraíso, se dará cuenta de que estoy allí!».

Hasta después de medianoche es un continuo repetir: «¡Jesús, Jesús! Nombre santísimo, tú me bastas, eres fuente de todo consuelo... ¡Oh amado Jesús! ¡Amable Jesús, soy toda vuestra y quiero ser para siempre vuestra, en la vida y en la muerte...! ¡María, soy tu hija...!».

Hacia las dos de la mañana del jueves, recibe la santa comunión por viático, y continúa entreteniéndose silenciosamente con Dios. Pero poco después renueva en alta voz sus amorosos coloquios: «Oh Señor, hacedme pasar aquí el purgatorio... dadme mucho que sufrir, porque no quiero ir a aquella cárcel. Pero cúmplase vuestra santa voluntad. Me someto gustosa a vuestra justicia, pero... si tengo que ir, que sirva mi presente tribulación en sufragio de las queridas almas que me han precedido a la eternidad...».

Le fue presentado el santo crucifijo y con ardor y sencillez infantil exclamó: «Oh amado Jesús, en el mundo parecía que yo no os amara, porque en el mundo era un *farfuiùn* ⁴².

También ahora soy un *farfuiùn*, pero os amo inmensamente, Jesús mío. Si me hubiera encontrado en el camino del Calvario, no hubiera permitido que llevaseis esta cruz, estas espinas, no hubiera querido estar entre aquellos que os golpeaban y os escarnecían, sino que hubiera cargado sobre mí todas vuestras penas y os hubiera abrazado con amor... ¡Ya lo creo que lo hubiera hecho...! Pero ahora que puedo imitaros un poco, enviadme sufrimientos sin dejarme faltar vuestra gracia y vuestra fortaleza. ¡Ah Jesús mío, Jesús mío!, ¿por qué no sabré amaros como merecéis?».

Finalmente calló, fatigada, y este precioso tiempo de calma es respetado por el sagrado silencio de los presentes.

⁴² *Farfuiùn* (de *farfui*): voz dialectal piamontesa para indicar vivacidad de temperamento y movilidad. En italiano, poco más o menos: «como un duende».

Preciosos recuerdos

Los días y las noches se suceden en este clima de trepidación y de oración, mientras las hijas velan con afectuosa solicitud junto al lecho de la Madre.

En un momento en que la Madre Emilia la ve más aliviada, se acerca y le pregunta:

—Madre, ¿tiene algún consejo que darnos?

—Mis queridas hijas, procurad amaros siempre. No os alegréis ni os aflijáis demasiado por las cosas que puedan sucederos. Hace un mes os alegrasteis demasiado por mi regreso de Francia, y ahora ya veis a dónde van a terminar vuestras fiestas. Alegraos siempre en el Señor, pongamos sólo en Él nuestra confianza.

Sigue después un espacio de silencio, durante el cual parece que la enferma delire, y el Director, como queriendo distraerla, le dice: «Madre, si tiene alguna recomendación que hacer a sus hijas, están aquí para escucharla».

Ella dirige una mirada a su alrededor:

—¿Estrán sólo las Superiores... o también las más antiguas?

—Sí, Madre, estamos también nosotras —responden las Hermanas más antiguas de la casa allí presentes.

—Pues bien: os recomiendo en primer lugar a las hijas de las demás casas, especialmente a las más lejanas..., las de América y también las de Sicilia. Saludadlas a todas de mi parte, cuando yo ya no esté aquí, y aseguradles que rezaré siempre por ellas. Os recomiendo también a mi sobrinita..., que no salga de esta casa... Y a vosotras... tengo tres avisos que daros y os ruego que no los olvidéis.

Primero: temo que cuando yo me haya ido, surjan entre vosotras celos... envidillas... tristezas y miserias por motivos de superioridad, por ver antepuesta a vosotras a otra Hermana más joven... ¡o qué sé yo! Y que, por tanto, disminuya en la casa el espíritu de caridad y de santa unión.

Mientras estaba este pobre guiñapo en la casa, este peligro no existía, pero ahora podría darse. Sé que nuestra Congregación es de la Virgen y que la Virgen os ayudará siempre, pero vosotras haced lo que está de vuestra parte: obedeced de buen grado a quien digan los Superiores, y desterrad el deseo de mandar.

Segundo: Procurad ayudaros todas en la práctica de la virtud, pero dejad la dirección espiritual a quien tiene el deber de darla. ¡Nada, pues, de conferencias particulares!

Las conferencias propiamente dichas, que las dé la encargada de darlas.

¡Que la catequesis sea catequesis!

Instruíos también bien en esto, pero déjese que cada una haga su parte, si no vendrán divisiones de espíritu, con daño general.

Tendría aún que deciros la tercera cosa, pero me faltan las fuerzas... no sé explicarme... ¡Si pudiese decir lo que siento aquí dentro...! si pudiese exponer un pensamiento que tengo muy vivo en la mente... Pero estoy muy cansada... no puedo explicarme...

Don Lemoyne interviene para sugerirle: «Descanse un momento, el resto déjelo para más tarde».

—Quisiera decir... quisiera decir..., pero soy una ignorante... ¡no puedo!

Se queda algunos minutos como adormecida, y al despertarse el Director le recuerda:

—Tiene todavía el tercer aviso que dar. Diga únicamente de qué se trata, yo ya la entiendo... y se lo explicaré a la comunidad.

—Ah, sí, quisiera decir... si fuera capaz... Recuerden las hijas que abandonando el mundo para entrar aquí dentro, no se fabriquen después otro mundo semejante al que han dejado. No son cosas graves las que impiden la perfección; ciertas envidias y desobediencias pequeñas... ciertos actos de soberbia y de apego también pequeños... No piensan en el fin por el que han venido a la Congregación... por esto...

Volviéndose al crucifijo añade: «¡Mi amado esposo celeste...!, ¡y después dicen que no quieren nada fuera de Vos...! ¡Ah si os conocieran como os conozco yo ahora!».

Después de reposar un poco, reemprende el hilo de sus pensamientos: «Vosotras —dice— que debéis formar a las postulantes y educandas, no os canséis de recomendarles la sinceridad, especialmente en la confesión, porque tendrán un gran consuelo a la hora de la muerte».

Los deseos de la enferma

Una mañana, al alborar el día, la Madre pregunta a la que le está velando:

—¿Qué día es hoy?

—Jueves, Madre.

—Muerdo contenta, pero si el Señor me dejase en este mundo hasta el lunes, me daría un gran placer... El lunes cumpliré los cuarenta y cuatro años..., y además, tengo que sufrir aún mucho antes de morir... Pero... entonces, a Don Cagliero ¿no lo veré realmente más?

Al Director General, que desde hacía tres meses se hallaba en España para la fundación de Utrera, se le habían enviado varios telegramas, con la esperanza de apresurar su regreso, pero ocupado en las visitas de una a otra casa de aquella Inspectoría, y las de Portugal, no tenía quizá la posibilidad de recibir las reiteradas llamadas de Nizza. Por eso se consuella a la amadísima enferma diciéndole que se le espera de un momento a otro, a lo que ella responde: «Está bien».

Pero la Madre tiene otro desecho: morir en sábado, ¿no se lo concederá el Señor?

Llega entretanto de Turín, donde ha estado estos primeros días de mayo, Don Cerruti, con la intención de ayudar a Don Lemoyne en la asistencia ininterrumpida que éste se ha propuesto no dejar faltar a la Madre.

Exhortaciones individuales

A Sor Mcana, que se acerca al lecho de la Madre, le dice con afecto:

—¿Estás aquí, Sor Amalia? No te detengas a dudar más de la vocación. El señor te quiere aquí, precisamente aquí y no en otra parte.

—Y a mí, ¿qué me dice, Madre? —le pregunta la Madre Enriqueta Sorbone, que ya estaba a su lado y revela ahora en la mirada y en la voz el gran dolor que le aflige.

—¡Ánimo, Enriqueta, pronto estarás conmigo en el cielo! —y mirándola con ternura repite—: Pronto, ¿sabes?

Sor Filomena Bologna, de buen carácter, pero siempre en lucha consigo misma por el pensamiento de ir en busca de salud junto a los suyos, alarga tímidamente la cabeza desde la puerta, y la Madre le dice: «Sor Filomena, haz bien este mes de mayo, ¿sabes?, ¡porque no harás otro así!».

Se suceden unas a otras, como en una conmovedora procesión de despedida, y la Madre, al verlas, dice: «¡Oh si pudiera ver a todas mis queridas hijas! Telegrafiad a las dos Directoras de Turín y de Chieri que vengan en seguida. Quisiera decir una palabra a las novicias Sor Victoria, Sor Enriqueta y Sor Teresa. Pero de una en una»⁴³.

⁴³ Sor Victoria Monti, Sor Enriqueta Gamba y Sor Teresa Rigalzi.

Es inmediatamente satisfecha, y a medida que ve a su lado a ésta y aquélla, dirige a cada una su palabra:

«Sor Victoria, ¿vas a cambiar realmente? ¿Quieres cambiar tu corazón? Piensa que no has venido a la vida religiosa para apegarte a las criaturas. Ahora prometes, pero ¿serás fiel a tu promesa? Deja las compañías de tu agrado y busca la compañía de las mejores.

Mantén tu corazón abierto con las Superiores y sé sincera en la confesión.»

«Y tú, Sor Enriqueta, ¿quieres ser buena de veras? Yo te perdono, sí, pero recuerda que las palabras no bastan: se necesitan los hechos. Animo, y a no alejarte de los consejos de las Superiores.»

«Ah, Sor Teresita, ¿ves cómo me encuentro? ¡También tú llegarás a este momento! Perdón, perdón: es una hermosa palabra, pero necesitas hablar más con las Superiores, y especialmente con el confesor, ¡para poder estar contenta en punto de muerte!»

A la Madre Economa, que se acababa de levantar de la cama al comunicarle la gravedad de la Madre, le dirige una mirada casi apagada, y se esfuerza por mostrarle su corazón: ¿Cómo estamos de salud? ¡Pero es necesario que yo parta la primera! Perdonémonos nuestras discusiones de Mornese, y prepárate también tú a la muerte, olvidando un poco los afanes materiales y dejando los asuntos más graves a las demás. No te digo con esto que no hagas nada, sino que pienses un poco más en tu alma, con santa paz y tranquilidad».

Para Sor Pampuro, que está arrodillada a los pies de su cama, tiene unas palabras de confiado interés: «No te olvidaré en el paraíso, pero tú, sin hablar mucho con las cocineras, pide lo que necesitas, y si tienes que advertirles, hazlo en buena hora, pero siempre con gran caridad».

Delante de la amiga de la infancia, la fidelísima compañera de la primera hora, la actual Maestra de novicias, la Madre Petronila Mazzarello, que le pide perdón por los disgustos ocasionados, rompe a llorar, pero se domina al instante con su habitual fuerza moral, para dirigirse a las otras Hermanas, que le hacen corona, arrodilladas y llorosas: «No lloréis así, mis queridas hijas; procurad únicamente no recaer en los mismos caprichos y ligerezas. En el paraíso, a donde espero ir por la misericordia de Dios, rezaré por vosotras».

Al llevarle junto al lecho a su sobrina, le dice: «¿Rezarás por tu tía? Sé siempre buena y obediente, y así te harán la caridad de tenerte siempre en esta casa. Y tú no salgas nunca de aquí. ¿Me prometes que permanecerás aquí para siempre y contenta...? ¿Sí...? ¡Muy bien! Ahora vete, ¡pobrecilla!».

Con la sobrina son invitadas todas a salir de la habitación, para dar ocasión a la enferma de respirar mejor y descansar unos minutos. Pero las postulantes no se resignan a no entrar; desfilan entonces en silencio y casi sin detenerse, mientras la Madre encuentra todavía el aliento para decirles: «Franqueza, sinceridad con todos, especialmente con el confesor».

«¡Estoy curada...!»

El viernes por la mañana, cuando toca la campana para el comienzo de las oraciones, no quedan en la habitación más que las encargadas de asistir a la enferma, la cual cae en un ligero sopor.

Está presente también Don Lemoyne, que se pregunta si no será el momento de entonar el *Proficiscere* viendo en el rostro de la Madre los signos de una inminente agonía.

Pero de improviso la Madre, recuperándose del sopor, extiende los brazos hacia la imagen de la Virgen y exclama: «¡No, no, Madre mía! ¡Curar, no! Ahora estoy preparada... tengo todos los papeles en regla... ¡no quiero volver atrás, no!».

—Madre —le sugiere el confesor— ¡la voluntad de Dios también en esto!

—¡Sí, sí... pero sentiría no morir ahora! No tengo nada que me inquiete... estoy tranquila.

—Y si el Señor quiere que siga trabajando por su gloria, ¿acaso no es dueño de hacerlo?

La moribunda, en un ímpetu de fuerza sorprendente, de inmóvil como estaba, se sienta en la cama y mueve los brazos, se coloca las almohadas y la ropa y repite:

—¡Estoy curada, señor Director, Hermanas, estoy curada! No tengo ningún mal... Salid todos, dejadme... dadme la ropa... ¡quiero ir a la iglesia a ver a nuestra Virgen!

—¡No, Madre...!, ¿qué hace...? Descanse... —le dicen las presentes.

—¡Estoy curada, estoy curada de verdad...! Muy débil, sí... pero curada... sin ningún dolor... ¡Dadme algo para reforzarme!

Si poco antes no podía sostener el crucifijo, ni acercárselo a los labios, ahora, con mano firme, y como una sana, sostiene por sí misma el vaso y habla con voz firme y segura.

¿Verdadera curación...?

A la noticia de esta mejoría, ¿quién es capaz de expresar la alegría y el entusiasmo de toda la casa?

Las Hermanas y las educandas acaban de salir de la iglesia hace sólo unos minutos, pero vuelven al instante, para cantar espontáneamente y con gran fervor el *Te Deum* y, una vez fuera, hay quien llora, quien ríe, quien aplaude entre vivas generales y quien se dirige a la habitación para asegurarse de que verdaderamente la amadísima Madre está curada.

Llegado el Director, juzga él mismo que el hecho singular puede atribuirse a una gracia especialísima del cielo y, aunque no declare la curación definitiva, deja la esperanza de una posible recuperación de la salud.

Las noticias vuelan desde Nizza a Turín, y en todos hay un nuevo florecer de alegres esperanzas.

Pero no piensa así la Madre, la cual, después de los primeros días de sensible y visible mejoría, continúa diciendo: «Sí, estaré todavía un poco, quizá, para sufrir algo más, como deseo, pero ya veréis cómo para mí esto se acaba».

Jornadas preciosas...

La Madre Emilia se ha responsabilizado de hacer observar las prescripciones del médico y de regular la frecuencia de las visitas a la habitación. Pero cuando la Madre Emilia está ausente, para las necesarias horas de clase, la Madre manda llamar a ésta o aquélla, elegidas entre las más humildes, las más fatigadas y las más delicadas de salud.

Con las dos Directoras de Turín y de Chieri, invitadas expresamente, se ha entretenido bastante, recomendándoles de modo especial el oratorio festivo y renovando las exhortaciones a la prudencia, a la caridad con las Hermanas, a la filial y devota sumisión a Don Bosco y a quien lo representa por cualquier título.

La Madre no escatima, ni siquiera ahora, las salidas ocurrentes que le eran propias cuando se encontraba bien.

La joven profesora Sor Felicina Ravazza se ha dejado oír con su saludo ¡Viva Jesús, Madre! «Y la Madre —cuenta la Hermana— me pidió que le llevara un panecillo y que escondiera detrás de él una llave que la cocinera había dejado allí por distracción y que le haría ir de cabeza. Pero después, pensando en la preocupación de quien la necesitara, me indicó dónde ponerla, para continuar la broma sin pérdida de tiempo y de paciencia para nadie.»

La postulante Elisa Marocchino ha visto la puerta semiabierta y ha asomado la cabeza para ver a la Madre; al oír que le dice: «Ah, ¿eres Elisa? Reza por mí y yo rezaré por ti, para que puedas hacer pronto la vestición», se anima y entra en la habitación.

Y la Madre la invita: «¡Animo, cantemos! "Un bel pensier mi dice, ch'io pur sarò felice..."» *.

Igual que Elisa, también otras postulantes, llamadas o no, han tenido la suerte de acercarse en esta última semana a la Madre, la cual ha dado seguridad a alguna de poder ir adelante y verse pronto con el hábito de novicia; a alguna otra, en cambio, le ha dicho: «Mira, es mejor para ti que vuelvas con tu familia. Mejor ahora que más tarde. Jesús te llama por otro camino».

Delante del Director Don Lemoyne y de alguna Superiora de la casa ha hecho entrar en la habitación a la novicia Sor Rosina Rota, para decirle: «Te encomiendo al señor Director aquí presente, pero, si quieres perseverar en la vocación religiosa, combate la inclinación que te lleva a amar a las criaturas por simpatía y conserva el corazón abieto con las Superiores y con el confesor».

Cuando se la deja algún momento sola, expresa o canta en voz baja su amor a Jesús y a María y su deseo de padecer.

El primer deseo satisfecho

Llega el alba del lunes 9 de mayo, su cumpleaños. La Madre puede recibir el homenaje de las educandas, que en nombre de sus compañeras le ofrecen flores y felicitaciones. Entretanto la comunidad está toda en el jardín, en el lugar desde donde se puede ver no sólo la habitación, sino hasta la cama de la Madre. Gritan todas a coro: «¡Viva!, ¡Viva! ¡Viva!». La Madre responde con un gesto de la mano, como para dar a entender que su corazón las oye y las ve más que sus ojos y sus pupilas.

* Un hermoso pensamiento me dice — que también yo seré feliz.

Pero entonces, ¿la Madre mejora o no...? No se puede dar por seguro; se diría, más bien, que está en estado estacionario, por eso los ánimos quedan perplejos y crece el deseo de que Don Cagliero venga, y venga pronto, como si con él tuviera que recobrarse la completa confianza en la suspirada curación.

¿Presentimiento...? ¿Profecía...?

Un alegre presentimiento, quizá, dice al corazón de la Madre que después del primer deseo satisfecho —el de cumplir los cuarenta y cuatro años en la tierra— está a punto de ver satisfecho el segundo... y quizá también el tercero... El hecho es que ella, tan hábil en el cálculo, parece determinar ya un día, fijándolo en una fecha que tiene carácter de profecía.

Sor Marieta Rossi, a causa de un fuerte golpe recibido, se encuentra tan mal que ha de someterse a una intervención quirúrgica. La Madre le manda a decir que se levante y vaya a verla, y después de hacerle explicar detalladamente las molestias que siente, levanta los ojos al cielo y dice: «¡Hágase la voluntad de Dios...! Irás a Turín para que te hagan lo que hay que hacer, así te sentirás aliviada más pronto y, una vez curada, podrás trabajar mucho por el Señor y hacer el bien».

Pasados unos instantes, continúa diciendo: «Irás a Turín el día 17, con Don Cagliero».

Se cumple también el segundo deseo

El día 10, sin preaviso alguno, se siente resonar en el patio y por los corredores el querido nombre: «¡Don Cagliero! ¡Padre Cagliero! ¡Está aquí Don Cagliero...!».

Grande es la alegría de las Hermanas, de las educandas, de las Superiores, de Don Lemoyne y de la Madre.

Pero las que están más próximas a la Madre, y conocen sus deseos, no pueden ocultar un sentimiento nuevo de temor. Si también el segundo deseo de la Madre se ha cumplido... ¿no estarán en vísperas del cumplimiento del tercero?

Sor Catalina, la Vicaria, mientras siente alivio después de la angustia de los días pasados, es la primera que goza y sufre por esta llegada providencial, preparándose y preparando a las demás para lo que el buen Dios quiera.

Don Cagliero está, pues, en casa. Con su corazón grande y fuerte está ya junto a la enferma que, con las manos juntas, ciertamente, y los ojos llenos de lágrimas habrá pronunciado su *¡Deo gratias...*, finalmente!

La visita es breve, de consuelo, de promesa de otra, y de otras más, si hace falta, y antes de que Don Cagliero se retire, la Madre Petronila le pregunta en voz baja:

—¿Don Bosco no vendrá?

—¡Pero, hija!, a Don Bosco lo tenéis ya aquí —como queriendo decir: ¿No os basto yo? ¿No soy yo para vosotras otro Don Bosco? ¿No estoy aquí para representarlo?

El Director General, en la previsión de no poder volver a Nizza para la fiesta de María Auxiliadora, establece para el jueves, día 12, la recepción de las nuevas Hijas de María, aconseja una reunión de las Superiores para la elección de las postulantes que han de ser admitidas a una próxima toma de hábito, y se propone partir para Turín el sábado en el primer tren.

La Madre recibe a las nuevas Hijas de María

La recepción de las Hijas de María tiene lugar en la forma y hora determinada, con un fervor más de cielo que de la tierra, y cuatro de las nuevas inscritas a la Pía Unión de la Inmaculada, con el velo blanco y el uniforme, se presentan a la Madre, para comunicarle su alegría y escuchar de ella palabras que son un programa de vida.

La Madre está más acostada que sentada en la cama, y en sus pupilas hay una luz de amados recuerdos, quizá también de serenas previsiones. A aquellas primicias de jóvenes consagradas a la Virgen Santísima, les seguirán legiones innumerables en todas las casas de las Hijas de María Auxiliadora, a una y otra parte del océano. ¿No ha dicho Don Bosco que el Instituto se extenderá muchísimo...?

Rosina Gilardi, una de las cuatro que se presentan a la Madre, al salir de la habitación, manifiesta la impresión del momento: «A mí no me ha producido la sensación de una convaleciente próxima a una recaída, sino de una alma hermosa y muy agradable al Señor, a la cual ya le ha sido comunicado el día de su entrada feliz en el cielo».

Sí, la Madre, por mucho que quiera disimularlo, va declinando nuevamente, y a las *hijitas*, llenas de un sentimiento de devoto afecto, no sabe decirles más que esto: «Conservaos buenas como lo sois ahora,

y sed sinceras en la confesión. Siento no poder deciros más cosas, pero si hacéis lo que os he dicho, os basta. Rezad por mí».

El Director General, a pesar de todo, no juzga que la Madre esté tan grave al verla seguir tan bien el hilo de las noticias recibidas de América y comunicadas a grandes rasgos a las Superiores.

Ultimo día

La Vicaria, en cambio, siente que el desenlace es inminente y, sin hablar de ello, sus ojos revelan un profundo dolor.

«Sor Catalina —le dice la Madre el viernes por la mañana—, ¿quieres que hablemos otro poco de nuestras cosas...? A tal Directora... hay que cambiarla, porque no gobierna con bastante caridad. Esta otra, en cambio, puede seguir donde está, pero... mira un poco lo que pasa en aquella casa y, si es preciso, haced algún cambio de personal».

Al oír que en todas las demás comunidades las Hermanas se encuentran bien y están alegres, exclama: «Demos gracias a Dios y pidamos que continúe asistiéndonos».

—Madre, ¿y en nosotras no piensa? —añade la Vicaria—. ¿No siente dejarnos?

—Yo no pienso en nada ahora, más que en prepararme para la eternidad y en presentarme al Señor.

—Pero a mí, ¿no tiene que decirme nada en particular?

—Sí, te digo también a ti que tengas valor, que desde el cielo yo rezaré por ti para que estés siempre alegre.

Después la Madre se recoge en sí misma, y para consuelo propio y de la Vicaria, recuerda: «¡Qué Padre tan bueno tenemos en Don Bosco! ¡El lo es todo para el Instituto, yo no soy nada! Su obra es de Dios y de la Virgen, y en su virtud y en su consejo, como me ha asegurado Don Cagliero, el Instituto tendrá siempre su apoyo⁴⁴.

Por la tarde vuelve el Director General, y la Madre lo entretiene durante unos tres cuartos de hora, hablándole de los intereses de su alma, sobre algunos defectos que parece que vayan abriéndose camino en algunas de sus hijas, y respecto a las cuales ruega que se provea cuanto antes, a fin de que, con el tiempo, no quede comprometido

⁴⁴ Declaración verbal de la Madre Daghero, y escrito del cardenal Cagliero (mayo de 1918).

el buen espíritu del Instituto. Y termina con un acto de profunda gratitud y de oración: «¡Qué gracia tan grande me ha concedido el Señor de ser y morir esposa de Jesús e hija de María y de Don Bosco! ¡Que esta gracia se la conceda también a todas mis Hermanas, a las que tanto he amado y a las que espero amar por siempre en el cielo!».

Cuando Don Cagliero vuelve a darle su bendición, también en nombre de Don Bosco, el rostro de la enferma se enciende y exclama: «Esta bendición del amado Padre, después de la de Dios, es para mí el máximo consuelo».

Al salir de la habitación, Don Cagliero deja escapar de sus labios apretados: «¡Ya, ahora comprendo...! ¡si la hubiera escuchado antes...!».

La Madre Petronila, que lo sigue como un corderito, se anima y vuelve a la carga: «¿No vendrá Don Bosco a ver a nuestra Madre?». Y el buen Director, con sequedad y bondad a un tiempo, le responde: «Pero hijas benditas, ¿no os he dicho ya que Don Bosco no puede moverse de donde está... y que cuando ya hay un Superior en casa no se pide otro? ¿Estoy o no estoy yo aquí para representar a Don Bosco?».

Sigue un pequeño silencio, que revela a Don Cagliero la punzada ocasionada por sus palabras, y bueno como es, procura remediar asegurando: «Creo que durará aún... para dar tiempo a Don Bosco... Conserva tal lucidez de mente...».

Al anochecer, en la misma habitación de la enferma, en presencia del Director General, tiene lugar la reunión de las Superiores para decidir acerca de las doce candidatas a la próxima vestición. La Madre parece adormecida, pero cuando no acude a la memoria de las demás una fecha, el nombre de un pueblo, algún detalle de importancia, o siente alguna inexactitud que puede dar lugar a un cambio de decisión, ella se despierta... sugiere, corrige y da la seguridad de que está muy presente en aquel momento importante y decisivo.

Terminada la breve reunión, Don Cagliero renueva su paterno saludo de despedida y su bendición a la Madre, la cual, aunque sorprendida por un sueño que podría parecer restaurador, no tarda en abrir los ojos y decir con acento seguro: «Don Cagliero no se irá hasta que no me haya ido yo».

La última noche

A primeras horas de la noche hay algún relevo en la asistencia. Se oye el lento y silencioso paso de esta o aquella Hermana que no puede conciliar el sueño, por el triste presentimiento del corazón. Entre ellas está Sor Ravazza.

—Felicina —llama la Madre con un hilo de voz—, ven aquí. ¿Por qué lloras? Reza, más bien, para que salve mi alma, y después de mi muerte reza para que el Señor libre mi alma del purgatorio, si tengo que ir; yo rezaré por ti. Hazte santa, trabaja mucho, procura estar siempre unida a las Superiores y a las más mayores y santas, ama siempre mucho a la Congregación. Harás mucho bien.

Al verla llorar, la Madre le estrecha las manos con afecto y añade: «¡Animo, no llores más!, que la Virgen te bendiga».

Hacia las nueve y media Sor María Besucco se adelanta de puntillas para entregar a la Madre Emilia una medicina para la Madre.

—¡Oh, Sor María!, ¿cómo vas? —le pregunta la Madre, mientras la Hermana, sencilla y buena, a la señal imperativa de la Madre Emilia, hace ademán de irse—. ¡Ven aquí, Sor María, ven! —continúa la Madre—. Hace dos días que no nos vemos. ¿Estás bien tú?

—¡Por mí... Madre... gracias...! ¡Es usted la que está muy mal! —y explota en un sollozo.

—No llores, Sor María. Yo estoy como el Señor quiere... y me preparo para ir al cielo. Pero tú tienes que cuidarte..., procura cuidarte.

—Ahora basta, Madre, que se cansa —interrumpe la Madre Emilia, renovando a la Hermana la señal de salir de la habitación.

—No, no, quédate un poco más —insiste la enferma—, porque me gustaría saber lo que iría bien para tu salud... Mira, Madre Emilia, vosotras, que estáis siempre conmigo, no sabéis comprender el bien que puede hacer una palabra de la Superiora a estas pobrecitas que no la ven, se puede decir, más que de paso. ¡Acércate, Sor María!

Y después de sugerir algún remedio para combatir el mal de la Hermana, añade: «¿Quieres que cantemos juntas?» y con voz nítida entona: «Load a María», cantando toda la primera estrofa.

La que duerme en la habitación contigua la oye repetir, de cuando en cuando, con voz clara: «Sufrir, Señor, hasta que vos queráis, pero apenas expire, haced que vaya a unirme a vos en el paraíso, pero hágase vuestra santa voluntad».

Se adormenta un poco, después vuelve a sus queridos cantos, que le suben del corazón a los labios semiabiertos como un dulce gorjeo y

que despierta una impresión casi sobrenatural en el silencio general de la casa.

Hacia la media noche la Madre está serena; al cambio de asistencia entran Sor Morano y Sor Meana; la Madre Emilia y la compañera se retiran a reposar un poco.

Las Superiores pueden quedar tranquilas con Sor Morano y Sor Meana junto a la enferma, porque son las dos más aptas para este delicado encargo; ninguna otra como ellas tiene mano, ojo, pericia y fuerza para responder en seguida y con prontitud a cualquier eventual necesidad.

La Madre se diría que está ahora confortada por un sueño reparador, pero al poco tiempo empieza a mirar fijamente a quien está a su lado y a entreabrir los párpados de un modo extraño. ¿No será una señal de que se renueva la crisis de hace quince días...? El pulso no lo denota, y las dos valientes enfermeras permanecen vigilantes, pero serenas.

Hacia las dos, la Madre levanta rápidamente la cabeza, se incorpora con energía sobre las almohadas, y vuelve a dejarse caer, dirigiendo la mirada en torno suyo, para reconocer a las que están a su lado.

—¡Oh, Sor Morano, ¿estás tú aquí?! —Y estrechándole fuertemente las manos la invita: ¿Cantamos? ¡Animo, cantemos! —le dice alegremente—, y entona con voz fuerte: «*Maria, che dolce nome, tu sei per chi t'intende...*»*, llegando hasta el final de la estrofa, con un timbre tan sonoro que llega a despertar a algunas que duermen en los otros pisos de la casa.

—¡No se canse, Madre, no se canse tanto...! —le sugiere con amorosa autoridad de enfermera-jefe Sor Morano—, pero el férvido canto: «*Lodate Maria...!, O Gesù, d'amore acceso!, Chi ama Maria contento sarà...!*»**, continúa dulce, firme y conmovedor.

¡Y cuántas otras aspiraciones amorosas brotan de su piadosa alma, desbordante de ternura hacia el Esposo divino y hacia la Madre del cielo...!

Una tras otra aparecen las Superiores, alarmadas, pero el rostro sonrosado de la enferma y los latidos del corazón y el ritmo de las pulsaciones no despiertan grave alarma.

Puede que sea la reiteración de la crisis, que se resuelve en una mejoría repentina y consoladora; ¿por qué molestar a Don Cagliero y a Don Lemoyne?

* María, qué nombre tan dulce para quien te entiende.

** Load a María. Oh Jesús, inflamado de amor. Quien ama a María, dichoso será.

Sigue realmente un cuarto de hora de silencio; después... se incorpora de nuevo sobre las almohadas increpando con mirada autoritaria:

—¡Fuera de aquí! ¡Qué vergüenza!

—¿A quién le dice esto, Madre? —le pregunta filialmente Sor Morano.

—¡Sé muy bien a quién se lo digo! —y dirige la mirada a los pies de la cama, al cuadro de la Virgen.

—¿Y por qué temer? —añade concediéndose a continuación algunos instantes de pausa, para proseguir después con voz potentísima:

—¡Animo...! ¡Animo!

—No se esfuerce tanto, Madre —le repiten—, ya sabe que el médico no quiere que se canse de este modo.

—El médico... el médico. ¡Yo tengo que pensar en mí, y basta! Pero, ¿por qué tanto temor? ¿Qué es esto...? ¿Quién ha confiado en vano en la Virgen...? ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza...! ¡Animo, María, ánimo...! Mañana comienza la novena de María Auxiliadora...; canta las alabanzas de tu Madre en la pasión del Señor.

En un supremo esfuerzo de voluntad, entona la alabanza: «*Chiamando Maria*», repitiendo con énfasis: «*Chi ama Maria, contento sarà*».

Lágrimas de amor adornan como perlas sus vivas pupilas; respira fuerte y profundo...; sonríe, se abandona dulcemente sobre las almohadas... y, terminada la lucha, saborea el triunfo en una calma que es reposo y paz. Pero el pulso alcanza ahora las ciento cuarenta pulsaciones por minuto.

La hora extrema

Son casi las tres y media. Aunque en la esperanza de que también esta vez se trate de una crisis pasajera, prevalece el desco de ofrecer a la venerada enferma el consuelo de la presencia del sacerdote, sobre todo la santa comunión, anhelo, fuerza y delicia de su vida, especialmente de estos días. Se llama, por tanto, al Director Don Cagliero.

Este se halla ya en la sacristía preparándose para la misa, se quita en un instante los ornamentos y vuela junto a la enferma, que lo acoge con un vivo gesto de saludo y le dice muy claro: «¡Ah, Padre!, no siento morir, antes bien, muero con gusto. Sólo me da pena pensar en el dolor que sentirá el Director cuando me haya muerto».

¡Madre querida! Tierna de corazón y de tan rápida intuición,

comprendió al instante la exquisita sensibilidad de Don Lemoyne, y Don Lemoyne, por su parte, no tardó en reconocer en ella el alma fuerte y delicada, generosa y prudente que, mientras le procuraba la consoladora correspondencia espiritual de toda la casa, era para él un estímulo continuo al fervor y al bien. Por eso, al terminar su jornada terrenal, la Madre mide todo el dolor del Padre de su alma, y lo expresa con tan natural sencillez.

Don Cagliero, así como las Superiores y Hermanas presentes, hace suyo el exquisito sentir de la Madre y, viendo casi providencial que Don Lemoyne no esté presente, hace uno de sus gestos característicos, con los que expresa su pensamiento: «Id a decirle que no se afane en venir: ¡por ahora basto yo!». Y alza su mano, para una última absolución sacramental: no hay tiempo que perder.

En efecto, se empalidecen las mejillas, se apagan las pupilas, se afila el rostro demacrado de la moribunda, y Don Cagliero le dice: «En este momento, Madre, Don Bosco reza por usted, y yo la bendigo en su nombre...».

Al oír aquel nombre querido y al recibir aquella bendición, la Madre esboza todavía una sonrisa, después hace señal de que le arreglen las almohadas, se acomoda bien, se despidе con un gesto de la mano y clava los ojos en el crucifijo. Es el momento del *Proficiscere*, y la agonizante, serena, pronuncia un lento y apagado «Jesús, José y María, os doy el alma mía». Los santísimos nombres de «Jesús, María...» son repetidos tres veces en breve espacio. Después, la Madre cierra los ojos a la vida de este destierro para abrirlos a la patria del cielo.

Su corazón ya no palpita, pero la sonrisa de los justos está en su frente y en sus labios lívidos y entrecabiertos ⁴⁵.

Son apenas las tres cuarenta y cinco: es casi el alba de un sábado, es la víspera de la novena de María Auxiliadora y del aniversario de la imprevista muerte de Don Domingo Pestarino.

Las Hermanas, privadas ya de su Madre, reflexionan sobre estas coincidencias y deducen de ello esperanza de particulares consuelos del cielo.

Pero... ¿y Don Bosco...? Don Bosco, todavía en Roma o en Florencia, ¿no habrá previsto este profundísimo luto de sus hijas...? ¿No lo sentirá en su tierno corazón de Padre?

⁴⁵ De las memorias de Don Cagliero y de Superiores y Hermanas contemporáneas. Cfr. *Bollettino Salesiano*, junio de 1882, año VI, n.º 6, págs. 106-107.

Llanto en la comunidad

Don Cagliero, aunque quiera mantenerse fuerte, no puede ocultar el golpe que esta muerte ha causado en su corazón. Reza junto con sus desoladas hijas el primer *De profundis* por la venerada extinta y después les asegura: «Me quedaré aquí hasta que sea preciso, y celebraré yo la misa de la comunidad». Después de haber pasado un momento con Don Lemoyne, vuelve a bajar a la iglesia para confesar hasta el comienzo de la misa: sabe bien que Hermanas y novicias de las más madrugadoras y necesitadas de consejo y de guía se encuentran allí prontas para aprovechar su caridad apostólica.

Entretanto, hay un ir y venir por el corredor que conduce a la habitación de la Madre.

La Vicaria y la Madre Petronila no se dejan ver; la Madre Emilia continúa su misión de vigilar a la puerta del cuarto de la Madre. Sor Morano y Sor Mcana no salen ya de aquella estancia cerrada, de donde sólo llega un leve susurro.

La Madre Enriqueta, en cambio, pasa presurosa de una escalera a otra, sin dejarse detener por nadie, y se presenta en el dormitorio del piso superior, destinado a enfermería, donde se encuentra Sor Teresa Pampuro.

«¡Ya no tenemos Madre!», dice la Madre Enriqueta a media voz. Y Sor Pampuro, en una explosión de llanto, exclama: «¡Dios nos la dio, y Dios nos la ha quitado, hágase su santa voluntad!».

Sor Marieta Rossi, que duerme a su lado, pregunta angustiada: «¿Y ahora?, ¿nos mandarán a todas a casa?».

La Madre Enriqueta prosigue solícita su camino, a donde el corazón la lleva, a fin de que, aun conservando como siempre el religioso silencio de las primeras horas de la mañana, a ser posible, ninguna retrase ni un cuarto de hora siquiera el tributo del filial sufragio al alma de la incomparable Madre.

Ni deja de hacer otro tanto con sus queridas educandas, cuando toca la señal para levantarse.

Entre las mayores y las más juiciosas hay alguna que, con el corazón en suspenso, la está esperando desde que la vio salir a toda prisa del dormitorio, llamada con urgencia, y entre una oración y otra detiene el pensamiento: La Madre Superiora, después de haber cantado tanto, ¿se encontrará peor? Este ir y venir por los corredores, y este hablar a media voz... ¿no significará que ha muerto, quizá...?

Al primer toque de campana, dice la Madre Enriqueta: «¡Niñas,

nuestra Madre ha muerto! Recemos por ella y hagamos una santa comunión». Después, la palabra se ve truncada por un sollozo.

A pesar de la solicitud de la Madre Enriqueta, aún queda alguna a la que no ha llegado todavía la noticia, y ni siquiera sospecha recibirla, como las encargadas de la cocina, de la viña, de la huerta, del lavadero, que son las fidelísimas a la primera misa; y las otras que de buena mañana han ido a asegurarse un sitio delante del confesionario de Don Cagliero. Entre estas está la novicia Luisa Boccalatte.

Sencilla por naturaleza, desde su dormitorio ha seguido los cantos de la venerada enferma, diciendo para sí: «En cuanto esté abierta la iglesia, allá me voy, y después que me haya confesado y comulgado, subiré la escalera que conduce desde el coro al pasillo de su habitación para asegurarme por mí misma de cómo está la querida Madre. Después de tanto cantar, quizá se haya dormido».

Y así lo hace, consiguiendo realmente hallar el buen momento, porque encuentra a su querida Madre completamente sola, bien compuesta sobre la cama, vestida con el santo hábito y como en dulce duermela.

No le pasa por la mente que está delante de un cadáver, porque no ha visto nunca ninguno, pero le parece estar con su querida Madre, que estará preparándose, quizá, para hacer una comunión de fuego y hasta le parece verla sonreír; se inclina para darle un cariñoso abrazo filial, depositando primero un beso en su mano que no tiene nada de frío ni de rígido.

Entretanto le brotan del corazón breves palabras de impulso afectuoso, pero ¡Ay!, es sorprendida al instante por la Madre Emilia que, sin más, la saca al corredor.

«¿Por qué?, ¿he hecho mal...?», dice con un nudo en la garganta, y la respuesta se la dan las Hermanas que, al salir de la iglesia y subir también ellas a la habitación del dolor, no terminan de repetirse unas a otras: «¡Está muerta!, ¡nuestra Madre está muerta!, ¡está muerta!».

«¡Ah, ahora comprendo! —exclama entonces la pobre novicia—, sólo ahora comprendo por qué el Padre Cagliero, esta mañana precisamente me ha contestado: "¡Sí, hija, sí!, si el Señor te inspira hacer algo más por las almas del purgatorio, haz *el acto heroico* en la comunión de esta mañana!". Y lo he hecho como me ha enseñado a hacerlo, ¡y lo he hecho por mi querida y santa Madre!».

«Sed fuertes en vuestro dolor»

La misa de la comunidad la celebra el mismo Don Cagliero, visiblemente conmovido entre tantas hijas que rezan sin poder contener las lágrimas, y reciben la santa comunión con los ojos hinchados de llorar.

Terminada la misa, siguen unos minutos de silencio; después aparece de nuevo Don Cagliero para dirigir su palabra a toda la comunidad, y a las educandas. Permanece también él algunos minutos en silencio, y después dice: «¡Lloráis! Llorad, porque tenéis motivo. Habéis perdido a una Madre, sabia, amorosa, ejemplar, pero consolaos, ella está ya en el cielo pidiendo por vosotras y desde allí continuará asistiéndoos y amándoos más aún de lo que hizo aquí abajo.

Ha faltado cuando menos lo esperábamos, pero era una santa, y ha ido a Dios como van los santos.

Ahora sed fuertes en vuestro dolor, para imitar la fortaleza de vuestra Madre, y para que también ella pueda complacerse de vosotras delante de Dios.

Más tarde se os dirá lo que deberá hacerse hoy y mañana; entretanto, ánimo y gran confianza en Dios, en vuestra Madre María Auxiliadora y en nuestro querido Padre Don Bosco».

La conmoción lo vence y Don Cagliero se retira, para compartir la pena y el consuelo con los hermanos de la casa, y determinar con las Superiores cómo y a quién dar comunicación telegráfica de la dolorosa pérdida.

Al toque de la campana para el desayuno, todas, con los ojos bajos y en perfecto silencio, pasan al refectorio, pero en cuanto a servirse de lo que se pone delante, cada una hace como puede, porque las lágrimas se hacen cada vez más abundantes e incontenibles. Las postulantes, incluso las últimas en llegar, aún no decididas a quedarse, vuelven tímidamente los ojos a esos rostros cabizbajos y dolientes, y sacan la conclusión de que «no se llora tan cordialmente por cualquier muerte. Y si por ésta de hoy hay un dolor tan general, es señal de que era una verdadera Madre y una Superiora muy amada y muy santa».

Del dolor común se hace partícipe también María *la mora*, a la que encuentran en un rincón de la casa llorando a lágrima viva y gritando: «¡Muerta Madre! ¡Muerta Madre!».

Al salir del refectorio, las Hermanas se encuentran con el Padre Cagliero, que les dice paternalmente: «¿Os dirigís ya a vuestros tra-

bajos, no? Pero hoy —le estaba diciendo ahora a la Superiora que me ha acompañado aquí—, hoy es preciso adaptarse a la exigencia de nuestra penosa circunstancia... Sí, sí: parece un desentono, pero... estamos en los momentos del amor fuerte; vuestra santa Madre os ha dado ejemplo, ¿no es verdad? Así pues... mientras las que no tienen buena voz para el canto pueden ir a donde el deber las llama, las otras vengan conmigo, para ensayar la misa de *requiem*. Mañana es domingo, y vendrá mucha gente de Nizza para el funeral; por lo tanto..., sea trabajando, sea cantando, podemos sufragar igualmente el alma de vuestra Madre, si lo necesitara... La obediencia es el mejor obsequio que podemos hacer a Dios por nuestros queridos difuntos... ¡Animo, ánimo, hijas...!

Silenciosas y con una inclinación de cabeza, las Hermanas hacen señal de asentimiento. De clase hoy no se habla, naturalmente, y las que lo descan —a excepción de las educandas—, pueden visitar el venerado cadáver y, en aquella habitación, testigo de tan maternas virtudes, volver a escuchar la palabra de aquel corazón que no amó más que a Dios sólo y, en Dios, a todas y cada una de sus amadas hijas.

Entre las Hermanas del coro está Sor Luisa Boccalatte, que después reevocará estos momentos: «Don Cagliero cumplía maravillosamente su parte, pero la voz no podía salir como él quería. Especialmente en el canto del *requiem* nos venía tal especie de hipo que rompíamos a llorar... El intervenía: "¡Animo, hijas, ánimo! Será mejor que os traiga un poco de vino, para animaros; ¡ánimo, adelante!"».

Nosotras nos animábamos unas a otras, pero a un nuevo *requiem*, vuelta a las mismas. "Pero bueno, ¿vamos a terminar, sí o no...?" ¡Pobrecillo, se conmovía también él y quería hacerse el severo! "Si no acabáis, os tiro el bonete, ¿sabéis...?" Pero el bonete seguía sobre el armonio, mientras los pies y las manos del Padre Cagliero no estaban quietos un momento, tan difíciles resultaban aquellos asaltos de natural conmoción.

Nos despachó después diciéndonos: "¡Fuera, fuera!, esperemos que mañana vaya todo mejor, y que vuestra Madre os dé un poco de su valor. Rezadle, rezadle, y veréis cómo os concederá la gracia".

Recordando a la Madre

El tiempo del recreo se podría llamar de *conmemoración* y de oración.

Quien no está ocupada en el fregado de la vajilla y en la preparación del refectorio, acompañada de una u otra, pasea por el patio o

por los corredores, mientras con voz moderada hablan los labios de la abundancia del corazón, y los pasos se dirigen hacia la iglesia, donde la mayor parte de las Hermanas, o se entretiene con Dios y con la Madre de los dolores, o recorre devotamente las estaciones del *viacrucis*.

Entre las educandas, la Madre Enriqueta ocupa el centro del grupo y habla de la Madre buena, sabia, prudente, heroica y santa, y las niñas le preguntan: «¿No nos la dejarán ver después? Una Hermana nos ha dicho que parece realmente una santa, vestida con el hábito religioso, con un lirio entre las manos entrecruzadas y el libro de la santa Regla. ¡Déjenosla ver, Madre Enriqueta, déjenosla ver!».

No se cree oportuno concederles este favor, y la Asistente les dice: «Tenéis un sacrificio para ofrecer en sufragio del alma de nuestra Madre; vamos a depositarlo a los pies de la Virgen, para que lo ofrezca a Jesús, como prueba de nuestro amor y gratitud a quien nos ha hecho tanto bien y tanto nos ha amado aquí en la tierra».

Don Cagliero pasa casi toda la tarde con las Superiores, hablando en primer lugar con la querida Madre Petronila que, en la profundidad de su dolor, ya casi no le quedan lágrimas que derramar.

Y en privado con cada una de ellas, y después a todas juntas reunidas, comenta algunas confidencias últimas recibidas por carta de Sor Josefina Pacotto.

Confidencias proféticas de la Madre

Con las primeras noticias del viaje, como se ha visto, Sor Josefina escribía que la Madre había ido preparándola también para *cosas futuras*. Más adelante, como ya se ha recordado, transcribía las maternas palabras de calurosa exhortación a confiárselo todo a la Virgen. Pero al Padre Cagliero no le oculta nada, porque siente dentro de su corazón que la Madre debe haberle hablado como un profeta y como quien sabe que está cerca de su ocaso.

Empieza, pues, pidiendo excusa si se toma la libertad de poner por escrito ciertas cosas a las que él podrá dar la importancia que crea, y añade: «... Nuestra querida Madre, después de haberme repetido: "Yo rezaré siempre por ti en este mundo y en el otro", y de haberme contestado: "Sí, te lo prometo; después de mi muerte iré a hacerte una visita, y entonces podré ayudarte y protegerte más que ahora", me dijo con gran afecto: "Recuerda que Sor Catalina será tan Madre para ti como yo, y estará siempre pronta a ayudarte. Prométeme que

le escribirás siempre todo, no importa que lo hagas mal, las Superiores entienden lo mismo”.

Después, tomando otro tono de voz, me recomendó que dijera a Sor Magdalena Martini que había recibido sus cartas: que estuviera tranquila, que fuese adelante sin temor, porque los Superiores y las Hermanas están contentos de ella.

A esta afirmación me asaltó la duda de que, quizá, Sor Magdalena Martini pudiera ceder a un acto de soberbia, y la Madre, leyéndolo en mi mirada me dijo: “Está tranquila, Sor Magdalena es humilde, y esto le sirve únicamente para un estímulo mayor a corregirse de aquellos defectos que sabe que tiene. Sor Magdalena está más que dispuesta a destruir su amor propio y a moderar su temperamento un poco serio, para atraerse mayormente la confianza de las Hermanas, como desean los Superiores, y dar mayor gloria a Dios.

Pero, entretanto, no te olvides de decir a Don Costamagna que le mando a Sor Octavia Bussolino, novicia de pocos meses todavía, para que se la prepare para Superiora. No en seguida, no, sino para cuando el Señor llame a la eternidad a la presente Inspectora Sor Magdalena Martini”».

De tales noticias surge espontáneo el comentario del buen Director General:

«Vuestra Madre veía claro y veía lejos. Vuestra Madre, con lo que escribe Sor Pacotto, os recuerda su última exhortación: “Estad unidas de mente y corazón a la que en este momento deberá llevar el peso del gobierno general de la Congregación, o sea, a la Vicaria, Madre Catalina Daghero; y esto hasta el próximo Capítulo, en el cual se verá decididamente sobre quién recaerá semejante cruz.

La actual Vicaria, además, no debe asustarse de esta responsabilidad; Don Bosco y sus hijos la ayudarán mucho siempre; vosotras, que sois sus Asistentes y Consejeras, haréis todo lo posible por aligerarle el peso de la cruz y lo demás lo hará ciertamente la Virgen, vuestra verdadera Madre y Auxiliadora.»

Los lentos y gruesos lagrimones, que caen de los ojos hinchados de la humilde y tímida Sor Catalina Daghero, conmueven el corazón del Director, que termina diciendo con gracioso donaire: «Sí, verdaderamente sois un grupo de *masnà*, pero precisamente por esto, la ayuda del cielo —y también de la tierra— no os faltará».

Los sagrados restos en la iglesia

La reunión termina precisando las disposiciones precedentemente impartidas para el traslado del venerado cadáver a la iglesia, y el orden a seguir para el funeral.

Media hora antes de la cena, junto a las gradas de la escalerilla que del corredor de la planta baja conduce al patio, está toda la comunidad, incluidas las educandas, en espera del Director General.

El viene para repetir su alentadora palabra: «Vuestra Madre era una santa, y ahora en el paraíso está rezando por vosotras, para que os conservéis verdaderas hijas suyas, imitando sus virtudes. Pero a pesar de esta persuasión mía y vuestra, debemos ofrecer oraciones de sufragio por su alma, porque... no se sabe nunca... delante de la infinita justicia de Dios...».

Hace después una alusión al funeral del día siguiente, augura que toda Nizza pueda comprobar mañana cómo la religión santifica el dolor, y deja a una de las Superiores el encargo de dar a conocer bien cuanto ha quedado dispuesto para la *Misa de requiem* y el acompañamiento al cementerio.

Todas sienten a Don Bosco presente en el Padre Cagliero, y hasta las más dudosas rechazan el temor de que la muerte de la primera Superiora General signifique la muerte del Instituto.

La santa Regla establece que en la casa donde una Hermana pase a la eternidad se celebre la misa de *cuerpo presente*, y se rece el *Oficio* de difuntos o el rosario entero.

Por eso, el venerado cadáver, encerrado en la caja desde la tarde anterior, es llevado a la iglesia y colocado en un sencillo catafalco.

Entre las Hermanas más mayores y valientes hay quien propone hacer turnos para una vela nocturna: pero los Superiores no lo creen oportuno, y lo suple el sacrificio de la obediencia religiosa.

El solemne funeral

El domingo por la mañana, ya antes de la misa, el catafalco aparece adornado con ramilletes de candidas flores, frescas y perfumadas, recogidas en la cercana colinita de los condes Meana. ¡Feliz ilusión! Al trémulo reflejo de las velas en la débil luz matutina que penetra por las altas vidrieras, cada pequeña corola de la guirnalda semeja una perla cristalina sobre la caja recubierta de un gran velo blanco. «Son nuestras lágrimas», dicen las Hermanas.

Después de la misa de la comunidad —con la comunión general— se nos prepara para el funeral, establecido para las nueve, con intervención de muchos nicenses. La iglesia está llena de fieles. No están presentes los miembros de la familia Mazzarello, porque Mornese no tenía en aquel tiempo el servicio telegráfico, y la correspondencia epistolar llegaba con notable retraso. A los dos hermanos, Nicolás y José, llegados a pie desde Mornese para visitar a su queridísima hermana después de la peligrosa crisis de últimos de abril, la enferma les recomendó que volvieran pronto a casa, para consolar a su madre con la noticia de su mejoría.

Las Hermanas se colocan en el coro, donde ya está sentado al armonio el Padre Cagliero, rodeado del grupo de profesas, novicias y postulantes que sostienen el canto.

Celebra la misa Don Bisio, Vicario foráneo de la parroquia de San Juan de Nizza, asistido por el Director Don Lemoyne y por el fidelísimo Don José Campi.

Del servicio del altar se encarga el salesiano coadjutor Miguel Vigna.

Después de la elevación, se canta magistralmente el *Recordare, Iesu pie*, puesto en música por el mismo Don Cagliero. La dulce voz de Sor Teresa Baioni hace pensar en la fe que eleva a Dios el grito de la esperanza y de la caridad, en nombre del alma elegida que todos los presentes aman y veneran como santa.

Al final de las exequias se dirigen todos al cementerio.

El cadáver, llevado a hombros por las novicias y postulantes, en turnos, es precedido por la cruz, por las filas de las oratorianas, por las educandas uniformadas y por la comunidad, que se alterna con el clero en el canto y en la oración, en una sucesión de *De profundis*, *Miserere*, rosarios y *requiem*.

Acompañan el cadáver seis educandas, tres a cada lado, elegidas de entre las mayores, con cirios encendidos.

Siguen las Superiores, las señoras más beneméritas de la ciudad y todos los atraídos por la estima y la gratitud hacia la difunta y el Instituto; todos en oración de cordial sufragio y consuelo.

Quienes no van en el cortejo, forman un ala devota y compacta a su paso. El sol está más bien velado, el aire es verdaderamente de un mayo florido, el día festivo permite asistir a aquel fúnebre acompañamiento, totalmente nuevo para Nizza, y no hay quien no recuerde la caridad benévola de la difunta hacia los damnificados por la última inundación del Belbo.

En el cementerio, el amado cadáver es depositado en la fosa, y la

última absolución, el último *De profundis*, el último *Amen* son el adiós de los corazones que, alejándose poco a poco de aquella pobre tumba, van repitiendo: «¡Sí!, has vuelto a Dios, Madre; ¡ruega por nosotros, que no te olvidaremos nunca!».

El regreso a la casa de la *Madonna* se hace con más gusto por las fáciles y solitarias sendas del campo; el *Angelus* del mediodía recoge a todas a los pies de Aquel que es la resurrección y la vida; y desde la imagen de la querida Auxiliadora desciende la suave palabra del divino consuelo: «¡He aquí a tu Madre!».

Consuelos paternos

El Padre Cagliero no deja pasar el resto del domingo sin volver a ver a las Superiores y Hermanas, explicando a todas juntas el valor del «Acto heroico por las almas del purgatorio», dado que hubiera entre ellas quien —con el debido permiso— se sintiera con ánimos de hacerlo en sufragio de la amadísima difunta. Y animando cada vez más a la confianza en Don Bosco, repite: «¡También yo seré siempre para vosotras un padre!».

Da prueba de ello interesándose realmente por todas y cada una.

Don Bosco no ha vuelto todavía a Valdocco: por consiguiente Don Cagliero piensa quedarse un día más en Nizza, aumentando de este modo el alivio de los corazones.

No pierde un instante del lunes: confiesa, escucha pacientemente a quien quiere hablarle; a la hora de la lectura espiritual reúne a la comunidad para una instrucción particular y conferencia.

El encuentro con la comunidad tiene el doble fin de reunir a todas las Hermanas en torno a la Vicaria, la Madre Catalina Daghero, y convencerlas de que la Madre Mazzarello y Don Bosco están con ellas para asegurar los frutos de la santa perseverancia y, a su tiempo, el cielo entre las muchas almas salvadas por la obra del común Padre y Fundador Don Bosco.

«Vuestra Madre —resume— no ha muerto, sino que ha ido al cielo para ayudaros y asistirlos mejor desde allí; con su espíritu sigue viviendo en medio de vosotras, más que antes: vosotras la sentís, ¿no es verdad? Entretanto desde allí os recomienda que reconozcáis en su Vicaria a quien debe guiaros por ahora y haceros de Superiora y de Madre; y no sólo obedecerla, sino mostrarle también vuestro religioso afecto. Ella, en el paraíso, hablará de vosotras a la Virgen y os preparará un hermoso lugar para la eternidad.

De nuestro querido Padre Don Bosco, ¿qué os voy a decir que ya no os haya dicho?

Don Bosco un día pensaba adquirir un lugar en el cielo para diez mil almas, pero la Virgen le dijo que era muy mezquino, que pensara en otra cifra.

Figuraos que en el cielo haya muchas montañas y que cada una esté ocupada por una familia religiosa: la de los Franciscanos, la de los Carmelitas... de los Dominicos... de los Jesuitas, etc. Don Bosco, en su humildad, prefirió asegurarse una llanura, en vez de una montaña, ¿y qué sucedió? ¡Que en aquella llanura vio congregada gente de todo el mundo!

Ahora bien, en aquella llanura os vio también a vosotras, y cada una de vosotras debe ayudar a Don Bosco y a María Auxiliadora a ganar muchas, muchas almas..., todas las almas que os manda el Señor, almas de todo el mundo, las más pobres, las más expuestas a los peligros, las más necesitadas de una buena palabra y de un buen acto de caridad, de una oración, de un sacrificio.

Animo, pues, y a no pensar en otra cosa que en haceros cada día más santas, para ganar cada vez más almas para el reino de Jesucristo. Por esto Don Bosco os ha acogido bajo su bandera, sólo por esto María Auxiliadora os ha confiado a Don Bosco ⁴⁶.

La postulante Antonia Baratti, siempre indecisa entre quedarse o marcharse con los suyos, viene a saber que los vestidos y los objetos de devoción de la llorada Madre se los han repartido entre las Superiores y Hermanas. Al volver ayer del cementerio, vio cómo las compañeras de postulantado se repartían los pétalos y las corolas de la corona depositada sobre los sagrados restos.

Tanto llanto y tanta estima hacia la difunta —dice para sí— muestra a las claras que aquí no se trata de un alma corriente; y yo, en cambio, ¿por qué estar en esta lucha para quedarme con personas tan santas?

Se hace al ánimo, se presenta también ella al Padre Cagliero abriéndole de par en par las puertas de su corazón y, aconsejada a comenzar una novena a la querida Madre, acepta. Siente que la calma se abre camino en seguida en su espíritu y, por la serenidad de su sonrisa, se puede considerar ganada la victoria.

⁴⁶ De las memorias verbales recogidas entre las Superiores del Consejo General, especialmente de las Madres Daghero y Enriqueta Sorbone, y de posteriores memorias orales y escritas de la Madre Teresa Pentore, Sor Carolina Rota, Sor Francisca Gamba, Sor Clelia Armelenghi, las dos Hermanas Cairo, Sor Rosina Gilardi, Sor Marieta Rossi, Sor Luisa Boccalatte, Sor Amalia Meana y otras.

Don Cagliero se va

El día 17 —tal como predijo la Madre— Don Cagliero emprende el camino de Turín, acompañando a Sor Marieta Rossi, para la necesaria visita médica.

Va a ver a Don Bosco y, naturalmente, le habla del rápido desenlace y del gran luto en la familia, aunque todavía debe dar relación de su viaje a España al amadísimo Padre.

Nizza, sin el Padre Cagliero, parece ahora la casa de la tristeza; Don Lemoyne, como le recomendó el Director General, está a disposición de las Superiores para lo que pueda serles útil; a la comunidad le repite la exhortación a la serenidad y a la confianza, desde el momento que la Madre se deja ya sentir como poderosa intercesora ante Dios. «Yo la he considerado siempre como un alma santa —dice él con voz fuerte y con el ánimo consolado— pero ahora puedo añadirlos que ya he tenido señales seguras de que se encuentra en el paraíso. Quedamos de acuerdo que, cuando llegara al cielo, me conseguiría una gracia anheladísima. La gracia ya está conseguida, de modo que ⁴⁷...»

Las primeras cartas de las casas próximas

Llegan entretanto las primeras cartas de las casas próximas, después de la imprevista y dolorosa noticia. Son cartas de filial condolencia; noticias que elevan los corazones, súplica de información más detallada sobre la santa muerte de la Madre, con sinceras y religiosas promesas.

Desde Chieri: «... Fue el Director quien nos preparó para esta inesperada pérdida. ¡Cuántas lágrimas! Tanto lloramos que él —Don Notario— no nos quiso ver abriendo o cerrando la puerta de casa, sino que se constituyó él en nuestro portero, disponiendo en seguida vacación para todo el día, y reuniendo en torno a sí a las alumnas que no querían ir a su casa, para que se quedaran con nosotras rezando y consolándonos.

¡Pero, por favor, explíquennos cómo sucedió; nosotras, desde ahora, prometemos ser cada vez más observantes de la santa Regla,

⁴⁷ Relación de la Madre Enriqueta Sorbone, Sor María Pasquale y otras.

para consolar a nuestras Superiores y hacer que esté contenta de nosotras nuestra santa Madre en el cielo ⁴⁸...!»

Desde Alassio: «... El Director nos dejó tranquilas hasta casi las tres de la tarde; después vino al taller donde, por orden suya, nos habíamos reunido todas; con mucha prudencia y caridad nos comunicó la triste noticia, llegada aquella misma mañana. Fue un momento de conmoción general. También Don Cerruti se enjugaba las lágrimas.

Pasada la primera dolorosa impresión, el Director que, habiendo llegado de Nizza nos había dicho que pondría también él intenciones particulares en sus prácticas de piedad por la curación de nuestra amada Madre, nos consoló en seguida diciéndonos: "Vuestra Madre era realmente una santa y desde este momento la tomo como mi protectora. Haced también vosotras lo mismo y veréis cómo os ayudará desde el cielo mucho más de lo que hizo en la tierra".

¡Cuánto nos amaba nuestra santa Madre y cuánto la amábamos nosotras, sus hijas! Ahora es el momento de demostrarlo con los hechos, practicando sus recomendaciones, y es esto lo que queremos hacer para consuelo de las Superiores que nos ha dado y querrá darnos el Señor.

¿Nos mandarán después alguna noticia de cómo voló al cielo nuestra amada Madre? Las esperamos con verdadero deseo...» ⁴⁹.

De Turín, después de haber recibido las noticias por medio del Director General, escriben: «... Quien vino a darnos la verdaderamente inesperada y dolorosa noticia fue Don Bonetti, la misma mañana que llegó el telegrama. No sabía cómo empezar..., y nosotras no sabíamos a dónde iba a parar. Pero después... ¡cuántas lágrimas...! caían a raudales; él nos dejó desahogarnos dirigiéndonos después unas palabras de consuelo.

El domingo por la mañana, muchas de nuestras oratorianas lo sabían ya, y la misa se celebró en sufragio de nuestra querida y santa Madre. No fueron pocas las comuniones que se ofrecieron por su bendita alma. Las oratorianas mayores nos consolaban como verdaderas hijas, y las pequeñas preguntaban: "¿Qué les han hecho a nuestras Hermanas que lloran tanto?".

Don Bonetti animaba después a todas, y al recomendarnos que rogáramos por nuestra Madre y Superiora amadísima, añadía que la

⁴⁸ Relación de Sor Angelina Sorbone.

⁴⁹ Relación de Sor Enriqueta Telesio y Sor Luisa Desirello.

invocáramos también porque nos espera a todas en el paraíso ⁵⁰.

Mientras nosotras nos hallábamos sumidas en nuestro dolor, en el Oratorio estaban todos de fiesta por la llegada de Don Bosco. Se puede imaginar, después de cuatro meses de ausencia, ¡cómo no lo iban a esperar con música, cantos y bullicio!

Llegó, en cambio, cuando menos se pensaba y todos estaban en la iglesia para la novena de María Auxiliadora ⁵¹. Fue en seguida a la sacristía, se puso el roquete, la estola y la capa pluvial, y se presentó en el altar para dar la bendición.

Dicen que la impresión que causó al aparecer fue grandísima; nosotras, entretanto, nos decíamos: "¡Amado Padre!, quizá ha querido presentarse primero ante su Virgen, para decirle: "Tú que te has llevado de esta tierra a la Madre Mazzarello, piensa ahora cómo suplírla, y consueta a tus queridas hijas y tuyas!"

Terminado todo, ¡ni que decir tiene...! alegría, aplausos, banda, declamaciones; y nosotras, en nuestra casa, arrinconadas, llorosas y silenciosas... pensábamos: "Entre tanto ruido y tanta fiesta, es imposible que Don Bosco no piense en sus hijas que están de luto".

Leyendo estas expresiones, la Vicaria, Madre Catalina Daghero, confirma: «Hay que conocer el corazón de nuestro buen Padre, para poder pensar de él lo que escriben aquí. ¡Cuántas veces los pobres Superiores tienen que multiplicarse, sonriendo por fuera y llorando por dentro!

Entretanto, mirad cómo se interesan por nuestras cosas los buenos Directores Salesianos! Realmente como padres y hermanos. ¡Qué gracia tan grande!» ⁵².

La primera necrología

La *Unità Cattolica* de Turín, el 21 de mayo (N. 120), publica, para conocimiento de todos, la gran pérdida de la segunda familia religiosa de Don Bosco. Este recurre a su buen amigo y bienhechor el teólogo Santiago Margotti, Director del periódico, para no dejar pasar más tiempo.

El artículo, que se titula: «La Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora», se desarrolla como sigue:

⁵⁰ Relación de Sor Alejandrina Cane y de las ex-oratorianas de Turín, Sor Margarita Garetto, Sor Anita Rigazzi y Sor Marina Mesman.

⁵¹ Confirmado también por el *Bollettino Salesiano*, julio de 1881, año V, n.º 7, pág. 2.

⁵² Memorias verbales de las Madres Catalina Daghero y Enriqueta Sorbonc.

«El Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, fundado por Don Bosco, ha sufrido hace poco una pérdida sensibilísima. El 14 del corriente mes de mayo, en Nizza Monferrato, Sor María Mazzarello, Superiora General, más aún, la piedra angular y el instrumento habilitísimo que la Divina Providencia puso en manos de Don Bosco para la naciente Congregación, en medio del llanto de sus numerosas Hijas, expiraba en el ósculo del Señor, víctima de su ardiente celo.

El pasado invierno quiso realizar la visita a sus casas de Francia, a fin de mantener siempre vivo el espíritu de piedad entre sus hijas y el deseo de la perfección religiosa. En esta visita contrajo la enfermedad fatal que la debía conducir lentamente a la tumba a la edad de sólo cuarenta y cuatro años.

Era una mujer dotada de especiales dones para el gobierno de las almas, de modo que en poco tiempo supo dar tal desarrollo al nuevo Instituto, que asombró al mismo Fundador.

En el espacio de nueve años apenas de su generalato, las Hijas de María Auxiliadora llegaron a doscientas, se esparcieron por varios lugares del Piamonte, de Liguria, de Lombardía, del Véneto y de Francia: más aún, emulando el celo y arrojo de los Salesianos, salvaron con ellos el océano, se trasladaron a América y penetraron en la bárbara Patagonia para hacer conocer y amar a su celestial Esposo.

Hijas dignas de tal Madre, a quien sea paz en el cielo y nombre imperecedero también en la tierra.»

Recopilación de memorias filiales

Por esta primera publicación acerca de los grandes méritos de la amadísima Madre, la Vicaria Madre Catalina Daghero se consuela más que por ninguna otra, porque encuentra reflejado también allí el pensamiento de Don Bosco y de Don Cagliero. Para seguir también el consejo de Don Lemoyne, y su sentimiento fraterno, dispone que se satisfaga a todas las Hermanas de las casas, enviándoles las últimas y principales memorias de la amadísima Superiora y Madre.

Por eso hay una premurosa recopilación de hechos y dichos preciosos y santos, y hay quien escribe el recuerdo, quien lo coordina con otros no menos gratos, y quien transcribe en cuadernos lo que se ha puesto en común, para mandarlo a su destino lo más pronto posible.

A medida que el trabajo avanza, las Hermanas de Nizza experimentan el alivio de quien sabe que ha saldado una deuda de gratitud filial, y la humilde Vicaria corresponde a todas con su benévolo «¡Bien,

muy bien!», poniéndolas al corriente de las noticias que siguen llegando como respuesta a la triste noticia.

El sentimiento general

También los Directores Salesianos de Borgo San Martino, Lanzo, Bordighera, Penango y Este, a los cuales les fue recomendado que transmitieran oportunamente a las Hermanas la primera y dolorosa comunicación, no podían ser más espontáneos y cordiales al manifestar su condolencia, uniendo a su sentido pésame el ofrecimiento de misas, comuniones y rosarios de toda la casa.

Y no menos hicieron los párrocos de Lu Monferrato, Cascinette, Borgomasino, Melazzo, Quargnento, donde nuestras Hermanas dirigen jardines de infancia y escuelas elementales, y han invitado a los fieles para que participen en el funeral de circunstancia.

También en el seminario de Biella, con su obispo, monseñor Leto, no se podía hacer más para consolar a sus queridas «hermanitas de Don Bosco».

Y se multiplican las autorizadas expresiones de estima y de sumo aprecio por las dotes verdaderamente superiores de la queridísima Madre.

Desde Mornese

También desde el inolvidable Mornese se reciben gratas noticias que llegan al corazón.

El venerado párroco Don Valle recibió de las Superiores la inesperada noticia de la desaparición de la amadísima Madre, con el ruego de transmitirla a la familia Mazzarello. Considerando que en Nizza los funerales ya se habrían celebrado, pensó ir despacio en dar tal comunicación.

La buena madre de *Main*, ¿cómo la recibiría? Ella, que en su corazón había conservado siempre un lugar de preferencia para aquella hija de la que todos hablaban tan bien, y que no había vuelto a ver desde que se fue de la Valponasca después de la muerte de su padre...

Desahogado todo su dolor, la querida madre no le dejó faltar el mayor de los sufragios, la santa misa, y, en medio de parientes y conocidos, se dirigió a la parroquia, que tantos recuerdos sagrados conservaba de aquella querida hija. Por el camino se le iban asociando

antiguas alumnas y compañeras de su *Main*, las cuales le repetían: «¡No tiene necesidad de sufragios! ¡Era tan buena y tan santa!». Aunque esto la consolaba mucho, no le quitaba la gran pena de no haberla visto expirar en sus brazos; aunque estaba segura de que, tal como le habían escrito las Superiores, había muerto cantando su amor a Jesús y a María, y ellos la habrían acogido con infinito amor.

Desde Sicilia

La Vicaria, después de esta relación, fija todavía más el pensamiento en la Madre Felicina, la hermana amadísima de la Madre, confinada en Bronte. Si tanto le había costado la última separación, no libre de la esperanza de volver a ver el Piamonte y de pasar después alguna temporada al lado de su querida *Main*, ¿qué no sentirá ahora su corazón? ¡Y de allí, todavía ni una letra...!

Finalmente llega la respuesta. El 14 de mayo por la tarde, el sacerdote Don José Prestianni, Presidente del Consejo de Administración de la casa y confesor de la comunidad, había recibido un telegrama de Nizza con la noticia de la muerte de la Madre Mazzarello. ¿Cómo comunicarla a las Hermanas y, sobre todo, cómo dar esta noticia a la buena Directora?

Reza y hace rezar; a la mañana siguiente acude a la iglesia del Rosario para celebrar la santa misa y comunicar a continuación la dolorosa noticia.

Terminado el santo sacrificio y hecha la acción de gracias, se dirige al colegio para los habituales *buenos días* a «sus queridas Hermanas» —como amablemente solía llamarlas—, pero esta vez espera ante la puerta, retenido por comprensible perplejidad. Viene a sacarle de apuros la Madre misma.

En efecto, la Directora sale a su paso y le dice: «Padre, esta noche he soñado con mi hermana..., ¿Pero qué digo?. no he soñado, la he visto... estaba despierta. ¡Qué hermosa estaba!, envuelta en una luz imposible de describir; radiante de alegría me ha sonreído y me ha saludado diciéndome: "¡Adiós, Felicina, adiós...!" y después desapareció. ¿Qué querrá decir esto?

El buen sacerdote, como liberado de un enorme peso, levanta los ojos al cielo, dando gracias a la Madre Mazzarello por haberle ayudado tan prodigiosamente, y luego, dirigiéndose a la Madre Felicina, le dice: «Es una señal evidente de que su hermana ha ido ya a recibir el premio y ha venido a despedirse de usted». Y diciendo esto le en-

trega el telegrama, leído después a toda la comunidad reunida por la Vicaria Sor Angelina Buzzetti ⁵³.

Sor Carolina Sorbone añade: «Nuestra Directora no derramó ni una lágrima; en actitud de moderado dolor recibió a los sacerdotes del lugar, que acudían todos para un triduo de visitas silenciosas, como aquí se usa, en señal de profunda condolencia.

Ahora, tanto nosotras como las de Catania, que se dirigen ya acá, estamos esperando noticias detalladas sobre los últimos momentos de nuestra santa Madre; mánden-noslas pronto, ya que el corazón nos dice que serán tales que nos consolarán un poco al menos».

Un solo corazón y un alma sola

Generalmente estas comunicaciones de familia son transmitidas en el momento de las *buenas noches*. Si algún extraño, sin ser visto, pudiese fijar en esos momentos la mirada y el pensamiento en los rostros y en los gestos de las Hermanas de Nizza, no tardaría en confesar: ¡aquí no hay más que un corazón y un alma sola!

Así es realmente. Casi todas han crecido juntas, se puede decir; se conocen, pues, y no sólo de nombre. Amándose como hermanas, las penas y alegrías de una son penas y alegrías de todas; por esto, aunque no estén todas bajo un mismo techo, se conservan el afecto unas a otras. Y cada noticia de las ausentes es para todas un afianzamiento del precioso vínculo que Don Bosco ha dado como especial distintivo de sus hijos: el espíritu de familia.

Nuestra incomparable Madre, ¿qué no hizo y dijo para asegurarlo también entre nosotras? Ahora la Vicaria sigue fielmente esta práctica, sacando aliento del interés de las mismas Hermanas, que la rodean con edificante docilidad y salesiana confianza.

Pero... ¿y las Hermanas de Francia, pobrecillas, lo sabrán ya? ¿Y aquellas, todavía más lejanas, de América, no barruntarán que no la tienen ya en esta tierra?

Se espera una palabra de Turín

Los recuerdos se han recogido, y ya están casi preparados para su envío a nuestras casas de Italia. Antes de enviarlos, juntamente con la

⁵³ De una memoria de Sor Catalina Prestianni (de Nunzio), que oyó contar el hecho en familia a su padre, hermano del mismo Don José.

correspondiente carta de presentación, la Vicaria espera una palabra de Turín, como su espíritu de humildad y de filial dependencia le sugiere.

Y la respuesta de Turín tarda en llegar. Don Bosco, después de tan larga ausencia del Oratorio, tendrá muchos asuntos urgentes a que atender y habrá de ir, quién sabe, con pies de plomo, para no dar lugar a nuevas insinuaciones sobre la adormecida cuestión de la inmediata dependencia de las Hijas de María Auxiliadora del Superior General de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, en menoscabo de la legítima jurisdicción episcopal ⁵⁴.

Y sin una palabra explícita del Fundador, ni siquiera Don Cagliero, en su calidad de Director General, dirá la suya; mucho más tratándose de deber, contemporáneamente o no, dar a conocer a las Hermanas la fecha del próximo Capítulo para la elección de la Superiora General; esto, según las Constituciones, no debería retrasarse más allá de quince días.

Las disposiciones del Fundador y la comunicación de la Vicaria

Don Bosco quiere que cada una de sus hijas, como las Superiores de Nizza, sepa al menos a través de su representante Don Cagliero cuánto ha participado él en nuestro dolor y cómo desea estar presente personalmente en el Capítulo General de las elecciones.

Por eso confía esta comunicación al mismo Don Cagliero que, aun asignándole la amada fecha de la fiesta de María Auxiliadora —24 de mayo— la hace llegar a Nizza hacia finales de mes. Así la Vicaria Madre Catalina puede enviar a las casas la siguiente carta:

¡Viva el Corazón de Jesús!

Amadas Hermanas en Jesucristo:

Con el corazón apenado, pero con el ánimo totalmente conforme con la santa Voluntad del Señor, os envío los detalles de los últimos preciosos momentos de nuestra buena Madre Superiora, que Dios tenga en el eterno descanso de la gloria.

⁵⁴ Anexo n.º 7 a) y b) (ya citado en la pág. 116).

Son los de un alma santa y llena del verdadero espíritu de Dios. ¡Oh sí!, que su vida, sus ejemplos y sus consejos nos estén siempre presentes y nos sirvan de guía, especialmente en este tiempo en que nuestra Congregación se ve privada del verdadero timón que le guíe, dirija y gobierne en la virtud y en el camino de la perfección religiosa a la cual nos llama Jesús, nuestro celestial Esposo.

Al mismo tiempo os comunico las disposiciones de nuestros Superiores, y especialmente de nuestro reverendo Padre y Fundador Don Bosco, referentes al tiempo de la elección de la nueva Superiora.

A Sor Catalina Daghero, Vicaria.

Reverenda Hermana e Hija en Jesucristo:

El Rvdo. señor Don Bosco, nuestro y vuestro amadísimo Padre y Superior, ha tomado viva parte en vuestro justo dolor por la sensibílísima pérdida que todas habéis sufrido con la muerte de la Rvda. Madre Superiora.

El encomienda a Dios la bella alma de la difunta Madre, y al mismo tiempo no olvida a las hijas huérfanas.

Quiere que viváis todas resignadas a la santa voluntad de Dios y os ruega que permanezcáis todas unidas en el hermoso vínculo de la caridad y en la perfecta observancia de la santa Regla de vuestro Instituto. No pudiéndose cumplir por varias circunstancias lo prescrito en el artículo 3.º —Capítulo IV— de vuestras Constituciones, referente a la elección de la Madre General, la traslada al próximo mes de agosto, en ocasión de los santos Ejercicios Espirituales.

Os anima a todas a confiar en la Divina Providencia y en la materna protección de María Auxiliadora, y desea que cada día, en todas las casas del Instituto, se rece un *Pater*, *Ave* y *Gloria* al Espíritu Santo, para que os conceda una Madre como la anterior, y os guíe a todas al paraíso.

Encomendadme a Dios en vuestras fervorosas oraciones.

Soy en Jesucristo vuestro

Director y Padre
JUAN CAGLIERO, Pbro.

Turín, 24 mayo 1881

Aquí tenéis, mis buenas Hermanas, las disposiciones tomadas por el Superior a nuestro respecto. No me queda sino recomendaros que recéis por mí y por la Congregación. Os saluda

vuestra afma. Madre Vicaria
SOR CATALINA DAGHERO

Turín, 4 junio 1881

Este es, por así decir, el primer acto oficial de gobierno de la Vicaria, mientras el Instituto —según la exhortación de Don Bosco—, confiando en la Divina Providencia y en la materna protección de María Auxiliadora, espera en oración la aparición de una nueva página de su historia.

Anexos

ANEXO N.º 1

Síntesis de las noticias sobre la cuestión de Chieri¹ abril 1879-mayo 1881

a) Las quejas del canónigo Oddenino acerca del funcionamiento del oratorio femenino de Chieri no terminan con la carta aclaratoria de Don Rúa —13 de enero de 1879— dirigida al Arzobispo de Turín, sino que aumentan, dando lugar a una serie de rumores nada edificantes y con grave perjuicio para las almas.

Por ello, Don Bonetti escribe al párroco de la catedral pidiéndole desista de tan hostil actitud, pero éste, sintiéndose ofendido, remite la carta al Arzobispo que, sin atenerse a las formalidades del caso y con el pretexto de falta de respeto al canónigo Oddenino, suspende a Don Bonetti de la facultad de confesar (12 de febrero de 1879).

A partir de este momento el asunto va agravándose de tal forma que Don Bonetti, a pesar de sus justificaciones —algunas no exentas de verdaderos actos de humildad—, queda suspendido en forma absoluta e indefinida de la facultad de confesar no sólo en la ciudad de Chieri, sino en toda la archidiócesis.

Esta disposición sobrepasa los límites de la licitud y de la justicia; no obstante, debiendo considerarla por el momento como válida, Don Leveratto, Prefecto salesiano de Valdocco, ocupa el cargo de Don Bonetti en Chieri y este, para disimular el verdadero motivo de su ausencia en aquel fecundo campo de apostolado, comunica que tiene que acompañar a Don Bosco a Roma para resolver unos asuntos, algunos relativos también al oratorio femenino.

Entretanto, el 16 de febrero, cinco canónigos de Chieri testifican por escrito los méritos no comunes de Don Bonetti, como «la persona más apta para educar a tantas jóvenes ignorantes y corregir sus malas costumbres y deplorable conducta».

Don Bosco, con una pena inmensa, siente el deber de referirlo todo en última instancia al Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, declarando que, «el sacerdote al que había confiado la dirección de un

¹ Véase *Cronohistoria* II, Anexo n.º 22 c-i.

oratorio festivo en la ciudad de Chieri, donde realizaba una gran labor..., y que predicaba con tanto celo en aquella ciudad..., había tenido que dejar el confesonario frecuentado por una multitud de penitentes y alejarse de la archidiócesis para no dar lugar a torcidas interpretaciones» (febrero 1879).

Entretanto, el canónigo Sona, desde Chieri, escribe a Don Bonetti: «El Oratorio de Chieri quedará injustamente difamado y la misma Congregación salesiana sufrirá en su dignidad si no se le restituye a usted su honor y la libertad de ejercer el sagrado ministerio». Don Bonetti, en Roma desde el 2 de marzo, dirige al Santo Padre su humilde súplica de «ser liberado de aquel castigo que le hacía aparecer culpable de quién sabe qué falta» (6 de marzo).

Esta petición, que da lugar a preguntas y respuestas entre Turín y Roma, mueve al Arzobispo a devolver a Don Bonetti la facultad de confesar. No obstante, después de afirmar: «Don Bonetti es un buen sacerdote», añade: «... pero no conviene que vaya a Chieri». La condición es demasiado dura, y ¿en qué se apoya...?

Sigue un alternarse de situaciones más o menos desagradables, dejando, empero, abierta la esperanza de que vaya a terminar la prueba para Don Bonetti².

b) *El 2 de mayo* se le devuelve la facultad de confesar, conservando la cláusula de no ir a Chieri sin una especial autorización del Arzobispo. Don Bonetti, que ya llevaba dos días predicando el mes de María, suplica al Arzobispo que le permita terminarlo, para no dar lugar a indebidas sospechas y recoger los abundantes frutos de gracia que iban madurando. Al no ser escuchado, apela por segunda vez al Papa (4 de mayo).

Se suceden los intercambios de cartas entre Roma y Turín y viene un nuevo rayo de luz para Don Bonetti al permitírsele confesar en cualquier lugar. Pero lo que el 26 de mayo se le concede verbalmente, el 27 le es denegado por escrito, quedando como irrevocable que no puede ejercer su ministerio sacerdotal en Chieri.

Reunidos en capítulo los Superiores salesianos, se enteran el 29 de mayo de que hace ya dos meses que circula un reprochable libelo anónimo titulado: «*El Arzobispo de Turín, Don Bosco y Don Oddenino, o sea: extraños, serios y dolorosos sucesos contados por un vecino de Chieri*». En la forma más enérgica los mismos superiores expresan su disgusto por ese poner en ridículo a la autoridad eclesiástica... previniéndose rápidamente graves consecuencias.

Don Bonetti vuelve a escribir al Papa en estos términos: «... el que suscribe, recurre humildemente por tercera vez a Vuestra Santidad y suplica con todo respeto, pero insistentemente, que usando de su suprema autoridad se digne liberarlo de su dolorosa situación, tanto para él como para la Congregación Salesiana, además de ser perjudicial para las almas y menoscabo de la gloria de Dios, siendo todo esto motivo de escándalo y descontento para el pueblo (últimos de mayo-primeros de junio).

² Cfr. MB XIV 66. 233-237.

Roma, para resolver la cuestión, espera las declaraciones y respuestas que el Arzobispo de Turín no manda, y Don Bonetti se desahoga con el secretario de la Sagrada Congregación del Concilio, a fin de que se digne promover una solución definitiva al asunto (16 de julio).

No recibiendo tampoco por esta parte respuesta alguna, consulta a Leonori, abogado de las Congregaciones Vaticanas: «Mi estado de castigo —escribe— ha dado motivo a la grave sospecha de que yo haya cometido verdaderas infamias, tratándose especialmente de un instituto femenino...

Si se me cree culpable, dígaseme en qué..., de lo contrario, ¿por qué haréme sufrir este largo e injusto castigo, afrentoso para mi carácter sacerdotal y para mi Congregación y de escándalo para los fieles?» (27 de julio).

Habiendo recibido palabras de consuelo y promesas de defensa por parte del buen abogado, Don Bonetti insiste de nuevo ante el secretario del Concilio, monseñor Verga, diciéndole: «El Arzobispo no responde ni me levanta la suspensión. Entretanto, ¿qué sucede? Que ante mis hermanos en religión, ante el Instituto que gobierna y ante las almas por mí dirigidas en la ciudad de Chieri, en Turín, en mi pueblo natal y en toda la archidiócesis soy tenido como un sacerdote escandaloso... Las voces siniestras toman tanta más fuerza, cuanto que se conoce mi apelación a Roma, y que, después de siete meses, no se ve ningún resultado» (20 de agosto)³.

c) Transcurridos los meses de agosto, septiembre y mitad de octubre en el *statu quo*, y sin haber sido admitido a la suplicada audiencia del Arzobispo, Don Bonetti prepara un cuarto recurso, esperando que el Santo Padre se digne revocar a sí la causa; y acompaña el certificado de los cinco canónigos de Chieri antes mencionados, más el siguiente de Don Bosco: «El sacerdote Juan Bosco, Superior de la Pía Sociedad Salesiana, certifica que el sacerdote Juan Bonetti, miembro de dicha Congregación, ha tenido siempre una conducta honesta y ejemplar, como corresponde a un buen religioso. Es más, con varios escritos dados a la imprenta, con la dirección por doce años del pequeño seminario de Borgo San Martino —diócesis de Casale— se ha hecho digno de elogio por su labor en la educación de la juventud. Ha ejercido con óptimos resultados el ministerio de la predicación con motivo de Ejercicios Espirituales, misiones, triduos, novenas, etc.

En su cargo de Director del oratorio festivo de Santa Teresa en Chieri ha trabajado con celo y extraordinario sacrificio en la catequesis, confesión e instrucción de aquellas pobres jóvenes, llegando a recoger en el mencionado oratorio a más de cuatrocientas, gracias a la ayuda, asistencia y dirección material de las Hijas de María Auxiliadora.

Todo esto se declara a fin de que el mencionado sacerdote Bonetti pueda ejercer su ministerio donde sea necesario.

JUAN BOSCO, Pbro.»

Turín, 28 de octubre de 1879

³ Cfr. MB XIV 239-241. 245-246.

Lo remite al abogado Leonori para entregarlo al cardenal Nina, con la súplica de que lo haga llegar al Papa. Le pide también que se interese eficazmente, de manera que esté todo solucionado antes de comenzar la novena de la Inmaculada, fiesta principal del oratorio de Santa Teresa (24 de octubre) ⁴.

d) Termina el año sin ninguna esperanza y aún con mayor pena para Don Bonetti, tanto que el 2 de enero de 1880 escribe, entre otros, al abogado Leonori en estos términos: «Sufro muchísimo..., no faltan quienes, con sus palabras, me aconsejan no aguantarme y armar escándalo. Pero con la ayuda de Dios no haré jamás tal cosa, aunque tuviese que morir suspendido *a divinis* y con fama de religioso indigno. Lo soportaré con resignación para no aumentar los disgustos del Santo Padre y de mi Superior Don Bosco, contento de manifestar mi inocencia en el día del juicio. No obstante, no puedo dejar de desear que se me levante este estado de castigo, ya sea para poder trabajar libremente en la Iglesia según el desco de mis Superiores, ya sea por el decoro de la Congregación Salesiana a la que pertenezco, por el honor de mi familia y por la injustísima, humillante y envilecedora suspensión que pesa sobre mí» (2 de enero de 1880).

Don Francisco Dalnazzo, nuevo Procurador salesiano residente en Roma, realiza las diligencias ante personas influyentes en favor de Don Bonetti, pero todos le aconsejan dar tiempo al tiempo, hasta que puede comunicar a Turín que la Congregación del Concilio ha expedido su *ultimatum* al Arzobispo (23 de marzo).

En Roma, Don Bosco, con motivo de la «cuestión Bonetti», es considerado por el Cardenal Prefecto de Obispos y Regulares y por algún otro prelado de la Curia romana como un sujeto de cuidado, capaz de comprometer los derechos de la jurisdicción episcopal y las leyes de la Iglesia y, como tal, un obstinado rebelde contra la autoridad diocesana, hasta el extremo de no ser admitido a las suplicadas audiencias, tan justas y necesarias (última semana de marzo y primeros días de abril).

El Arzobispo no responde al *ultimatum* de Roma hasta tres meses más tarde y lo hace con una excusa insatisfactoria (28 de junio) ⁵.

e) Pasadas las vacaciones de verano se entra en pleno otoño, y Don Bonetti, más que cansado de permanecer veintidós meses en semejante estado de litigios e injusticias, envía directa y humildemente al Papa la súplica del 24 y 28 de octubre de 1879. Esta, no transmitida a Su Santidad por razón de prudencia, queda en poder del secretario del Concilio, monseñor Verga (17 de noviembre).

Cinco días después el cardenal Caterini, Prefecto del Concilio, ordena a monseñor Verga que escriba a Don Bonetti, diciéndole que su causa será tratada en sesión plenaria *Eminentissimorum Patrum consensu* en el término de

⁴ Cfr. MB XIV 246-248.

⁵ Cfr. MB XIV 248-249. 448. 451. 460.

un mes; y encarga al abogado Leonori que mande la comunicación oficial a Don Bosco y al Arzobispo de Turín (29 de noviembre).

El Arzobispo —el 5 de diciembre— busca una salida para explicarse a su manera con los cardenales del Concilio, sacando a luz un nuevo motivo de acusación surgido en Chieri por la muerte de una Hija de María Auxiliadora, Sor Inocencia Gamba, acaecida el 21 de noviembre.

Se trataba —según las noticias que habían llegado a la Curia— de una solemne violación de los derechos parroquiales y de las leyes canónicas, al haberle sido administrados los últimos sacramentos a la enferma por dos salesianos que llevaron la sagrada comunión de la capilla del colegio y los santos óleos de la iglesia de los jesuitas y, además, por haber presidido ellos mismos el cortejo fúnebre por la ciudad hasta el cementerio.

Todos estos datos eran falsos, ya que los últimos sacramentos le fueron administrados a la Hermana por el canónigo de Chieri, Sona, y el féretro había sido acompañado al cementerio, según la costumbre de la gente pobre, por un grupo de jóvenes (declaraciones del canónigo Sona, Cf. MB XV 720).

Pocos días después, los enemigos de Chieri aumentan las amarguras al presentar al Arzobispo otra seria acusación contra Don Bonetti, atribuyéndole la redacción del difamatorio libelo *Los hechos de Chieri* (8 y 13 de diciembre).

Con todo esto, el Arzobispo prepara una detallada relación que envía al cardinal Prefecto, el eminentísimo Caterini (29 de diciembre); y Don Bonetti por su parte hace la propia exposición (8 de enero de 1881).

A este punto, el cardinal Nina, sólo por satisfacer el deseo del Arzobispo —expresado por medio de su abogado fiscal, el canónigo Colomiatti— propone que la cuestión sea resuelta *de bono et de aequo* entre las partes (10 de febrero 1881).

Esto es lo que Don Bosco quiso desde el primer momento sin conseguirlo. Pero si hoy las disposiciones son mejores —dice él— deben examinarse las dos posibilidades: y si se comprueba la culpabilidad de Don Bonetti en la cuestión de Chieri, será expulsado de la Congregación; pero si no existe culpabilidad, désele el honor que injustamente le fue quitado, tanto a él como, por causa de él, a su superior, dejando a Don Bonetti en completa libertad para ejercer su ministerio donde quiera que sea, retirando toda injusta reclamación presentada a Roma...

Siguen aclaraciones y acuerdos orales y escritos entre Roma y Turín, pero la cuestión sólo queda resuelta en el deseo (27 de mayo 1881) ⁶.

ANEXO N.º 2

El Cardenal Protector de la Congregación Salesiana

Nuestro Santo Padre León XIII, que ya el año pasado se dignaba querer ser no sólo cooperador salesiano, según él mismo se expresaba, siuo primer

⁶ Cfr. MB XIV 249-250. 252-253; XV 189-190. 192-193.

operador, el 20 de marzo de este año, mientras Don Bonetti se encontraba a sus pies en audiencia particular, se complacía benignamente en conceder una especial bendición a todos los Salesianos y a sus Cooperadores y Cooperadoras.

No satisfecho con esto Su Santidad, queriendo dar a la Congregación Salesiana un cardenal protector fijo, el 26 del mismo mes se dignaba conferir este cargo al cardenal Lorenzo Nina, su Secretario de Estado, persona de grandes méritos, reconocidos por todo el mundo.

Antes de transcribir el valioso documento con el que se efectuaba esta elección, creemos conveniente anticipar algunas noticias acerca del origen de las varias clases de protectores.

Entre los hombres de todo tiempo y lugar se sintió la necesidad de tener un protector, ya que siempre y en todas partes, el débil buscó la ayuda del más fuerte, el pobre la del rico, el pequeño la del grande, etc. Pero la institución propiamente dicha de los protectores, se remonta a los primeros tiempos del poder romano.

Rómulo, fundador de Roma y su primer rey, dividió a los ciudadanos en dos clases principales: patricios y plebeyos. Queriendo que estuvieran unidos con vínculos recíprocos, ordenó que cada plebeyo eligiese como patrono y protector a un patricio, del que se consideraba cliente.

El protector debía defender y proteger a su cliente, preocuparse de su bienestar y hacer por él todo lo que un padre hace por su hijo. Deber del cliente y de sus sucesores era prestar obediencia al protector y ayudarlo en cuanto necesitase. Entre uno y otro y entre sus respectivas familias existían unas perfectas e inviolables relaciones que servían para mantener la ciudad en paz y armonía.

De los protectores privados se derivaron los públicos, que representaron y defendieron en Roma los intereses de las ciudades y de las repúblicas extranjeras. El interés principal de cada colonia y ciudad confederada, era escogerse en Roma un patrono o protector que le resolviese sus problemas; por ejemplo, Marsella eligió a Pompeyo y César, Siracusa a M. Marcelo, Bolonia a los Antonios, los Alóbroges o Saboyanos a A. Fabio Durazzo y Capua a Cicerón, y lo mismo otras muchas ciudades.

También la Iglesia tuvo sus protectores. En efecto, desde los primeros siglos, los Sumos Pontífices eligieron personas dignas de confianza a las que daban el cargo y título de Protectores o Defensores de la Iglesia y de la fe. El Papa San Cayo, elegido el año 283, daba este cargo a San Sebastián, oficial de la guardia imperial de Diocleciano. Este santo y valiente soldado defendió fielmente los intereses de la Iglesia romana y de la fe católica hasta el extremo de dar por ella la propia vida. Al terminar las persecuciones, los Pontífices romanos eligieron como protectores y defensores de la Iglesia y de la fe, bien a los emperadores, bien a los soberanos más piadosos y adictos a la Sede Apostólica. Se dieron también protectores a las distintas iglesias, parroquias, hospitales, colegios, universidades, academias, etc.

La práctica de asignar cardenales protectores a las Ordenes y Congrega-

ciones religiosas, comenzó a principios del siglo XIII. La primera que obtuvo este beneficio fue la Orden de los Menores de San Francisco de Asís. Este Santo tuvo una vez la siguiente visión: Le pareció ver en sueños una gallina que intentaba recoger bajo sus alas innumerables pollitos para defenderlos de las aves rapaces que intentaban devorarlos. Por más que hizo, no pudo proteger a todos, y muchos fueron víctimas de sus enemigos. Entretanto vio otro pájaro grande que, extendiendo sus alas, les servía de protección. Al despertar pidió al Señor que le diese la interpretación del sueño. El Señor le hizo saber que la gallina era él mismo, los pollitos sus religiosos y el pájaro de grandes alas representaba a un cardenal que él mismo debería elegir como protector de su Orden⁷.

Bercastel refiere en su *Historia Eclesiástica* que al conocer San Francisco que sus discípulos tenían enemigos que los perseguían por todas partes, se presentó al Papa Inocencio III, que le recibió con toda afabilidad. Animado por esta acogida, le dijo: «Santo Padre, estoy confundido de vuestra bondad para conmigo y mis pobres hermanos, pero me consideraría culpable de privar a la Iglesia de los momentos preciosos que nosotros robaríamos a su Jefe supremo, agobiado por asuntos tan importantes. Por ello, concedednos un cardenal que, sometido a vuestra autoridad, se ocupe de nuestros intereses».

El Papa acoge de buen grado la petición y le da como protector a su propio sobrino el Cardenal Hugolino Conti.

A imitación de la Orden Franciscana, los otros Institutos y Congregaciones, con el correr de los tiempos, se buscaron también sus cardenales protectores, como se hace todavía. El Papa Inocencio XII, el año 1694, con una especial Constitución que comienza con las palabras *Christi Fidelium*, determinó cuál debía ser la autoridad de los protectores para con sus protegidos.

Su misión, según escribe el cardenal De Luca en su libro *Cardinal Práctico*, cap. 15, consiste principalmente en defender ante el Papa, o en las Sagradas Congregaciones cardenalicias y donde y con quien sea necesario, las prerrogativas y privilegios de la Orden o Instituto del cual son protectores, preocuparse por sus intereses e impedir que sea vejado, oprimido o cosas semejantes.

El Papa confiere este protectorado mediante un documento de la Secretaría de Estado, seguido de la expedición del *Breve apostólico* después de la aceptación del cardenal elegido. El Pontífice lo da a los cardenales, bien a instancia de quien pide la protección o de *motu proprio*, esto es, de su propia voluntad. Esto es lo que últimamente hizo el Papa reinante León XIII, al designar como protector de la Congregación Salesiana a su Eminentísimo Secretario.

Después de estas nociones, he aquí el documento citado:

De la Secretaría de Estado

Su Santidad el Papa, queriendo que la Congregación Salesiana, la cual va adquiriendo cada día nuevos títulos a la especial benevolencia de la Santa

⁷ Véase Bourx, *de Jure Regul.*, pág. 5, cap. 4.

Sede a causa de las obras de caridad y de fe implantadas por todo el mundo, tenga un protector especial, se ha dignado benignamente conferir este cargo al señor Cardenal Lorenzo Nina, su Secretario de Estado.

Se le comunica al Superior de dicha Congregación, Don Juan Bosco, la Pontificia disposición para su oportuno conocimiento y norma.

El pro-Sustituto
de la Secretaría de Estado
SERAFFÍN CRETONI⁸

ANEXO N.º 3

La imagen de la Santa Faz de Luca

... el 26 de febrero de 1879, el reverendísimo Cabildo catedralicio de Luca quiere dar una prueba de estima y veneración a Don Bosco a su paso por aquella ciudad, invitándolo a visitar la *Santa Faz*. El Cabildo lo recibe solemnemente a la puerta de la Catedral dedicada a San Martín. Lo conduce a la magnífica capilla que guarda la venerada imagen y, descubierta ésta, se la ofrece para besarla, cosa que no se concede a los particulares, sino raras veces, como sería a los príncipes y primeras dignidades eclesiásticas.

(...)

La Santa Faz es una escultura de tamaño natural, que representa al Divino Salvador crucificado, vestido con una larga túnica, según la costumbre palestina, y tallada en madera. La cabeza, a semejanza de las más antiguas imágenes, carece de la ordinaria corona de espinas, pero está cubierta de una abundante cabellera que, según la costumbre de los nazarenos, cae ondulada sobre la espalda y los brazos.

La tradición más acertada y digna de crédito se encuentra en innumerables documentos que nos dicen que la estatua perteneció a San Nicodemo, el cual, juntamente con San José de Arimatea, bajó de la cruz a Jesús. El hacendado discípulo, por su amor a Jesucristo, fue destituido por los hebreos de su dignidad de Príncipe y expulsado del Sanedrín, del que era uno de los principales miembros. Se refugió en casa de su pariente, también fervoroso cristiano, Gamaliel, donde, con toda comodidad, como gratísima ocupación, fue esculpida, con sus propias manos, o al menos bajo su diseño y dirección, la imagen de Jesús Crucificado que le había quedado siempre viva en la mente y en el corazón. El mismo colocó en una ampolla unas gotas de la preciosa sangre de Jesús, una parte de la corona de espinas, un clavo, unos cabellos y otros preciosos objetos, junto con un trozo del velo de la Santísima Virgen María.

⁸ Del *Bollettino Salesiano*, mayo de 1879, año III, n.º 5, pág. 3.

Cuando murió Nicodemo, confió este tesoro a un tal Isacar, buen cristiano temeroso de Dios. Este, por miedo a los hebreos y gentiles, lo guardó en lo más recóndito de su casa, tributándole la debida veneración y respeto. Continuó siendo venerada por los cristianos de Jerusalén, de generación en generación, hasta finales del siglo VIII, cuando el año 782, de modo maravilloso, llegó a manos de la piadosa familia Lucchesi (véase *Datos históricos, etc.*, recopilados por el señor Don Luis Larini, arcipreste de la Metropolitana. Luca, tip. Landi, 1866) ⁹.

ANEXO N.º 4

Reglas o Constituciones para el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora agregadas a la Sociedad Salesiana

*Laudabit usque ad mortem anima
mea Dominum.*

Mi alma alabará al Señor hasta
la muerte.

Ecl. LI, 8

(Turín - Tipografía y librería salesiana - 1878)

A las Hijas de María Auxiliadora

Debido a la bondad de nuestro Padre Celestial, el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, al cual afortunadamente pertenecéis, ha tomado desde algún tiempo grande incremento. En el transcurso de pocos años hemos podido inaugurar un buen número de casas en el Piamonte, en Liguria, en Francia y aun en las más lejanas regiones de América.

Mientras el Instituto estuvo concentrado en la Casa Madre de Mornese, algunas copias manuscritas de las Reglas pudieron bastar para que cada Hermana tuviese conocimiento de ellas, pero ahora que, gracias a la Divina Providencia, se han multiplicado las casas y las Hermanas se han repartido, aquéllas ya no son suficientes.

Por esto he juzgado ser de la mayor gloria de Dios y bien de vuestras almas, hacerlas imprimir y ahora os las presento. Ya han sido aprobadas por varios Obispos, los cuales las encontraron completamente aptas para santificar a un alma que aspira a ser toda de Jesús y que, al mismo tiempo, quiera emplear su vida en el servicio del prójimo, especialmente en la educación de las niñas

⁹ Del *Bollettino Salesiano*, mayo de 1879, año III, n.º 5, pág. 5.

pobres. Y aún más, el mismo Instituto fue, con decreto especial, elogiado y aprobado por el señor Obispo de Acqui, en cuya diócesis nació en 1872 y prospera actualmente.

Amad, pues, mucho las Reglas que lo gobiernan, meditadlas, pero, sobre todo, no os olvidéis nunca que de nada serviría saberlas aun de memoria, si después no las pusierais en práctica. Por este motivo cada una ponga la más viva solicitud en observarlas puntualmente. A esto se dirija la vigilancia y el celo de las Superiores; a esto la diligencia y el empeño de las súbditas. Haciéndolo así, encontraréis en vuestra Congregación la paz del corazón, caminaréis por la senda del cielo y os haréis santas.

Entretanto aprovecho gozoso esta propicia ocasión para recomendaros que, en vuestras oraciones, tengáis siempre presente el alma del muy reverendo Don Domingo Pestarino, primer Director de las Hermanas de María Auxiliadora, y del cual se sirvió el Señor para echar los cimientos de este Instituto. El, con su caridad y celo, merece de veras vuestra más viva gratitud.

Rogad también unas por otras, a fin de que el Señor os conceda la gracia de ser fieles en vuestra vocación y os haga dignas de trabajar mucho a su mayor gloria. Rogad de una manera especial por las Hermanas que ya fueron, y por aquellas que irán aún a las partes más lejanas de la tierra para extender el nombre de Cristo y hacerlo conocer y amar. Rogad, sobre todo, por la Iglesia Católica, por su Cabeza visible, por los Obispos y pastores locales; rogad también por la Sociedad Salesiana a la cual estáis agregadas y no os olvidéis de mí, que os deseo toda suerte de felicidad.

La Virgen Auxiliadora nos proteja y defienda en la vida y en la muerte, y con su poderosa intercesión nos obtenga de su Divino Hijo la hermosa gracia de encontrarnos todos un día reunidos bajo su manto en la bienaventuranza eterna.

JUAN BOSCO, Pbro.

Turín, Fiesta de la Inmaculada Concepción, año 1878.

REGLAS O CONSTITUCIONES DEL INSTITUTO DE LAS HIJAS DE MARIA AUXILIADORA

Capítulo I

Fin del Instituto

1. El Instituto de las Hijas de María Auxiliadora tiene por fin atender a la propia perfección y colaborar en la salvación del prójimo, especialmente dando a las jóvenes del pueblo una educación cristiana.

2. Las Hijas de María Auxiliadora, por lo tanto, procurarán, ante todo, ejercitarse en las virtudes cristianas y luego se dedicarán al bien del prójimo.

Atenderán especialmente la dirección de escuelas, internados, jardines de infancia, oratorios festivos y talleres en beneficio de las jóvenes más pobres en las ciudades y pueblos. Donde fuera necesario se prestarán también a la asistencia a los enfermos pobres y a otras obras semejantes de caridad.

3. Asimismo, podrán recibir en sus casas a jóvenes de humilde condición, a las cuales no les enseñarán nunca aquellas ciencias y artes propias de familias ricas y nobles. Todo su empeño será formarlas en la piedad, hacerlas buenas cristianas y capaces de ganarse honradamente, a su debido tiempo, el pan de la vida.

4. El Instituto se compone de núbiles, las cuales profesan en toda vida común y hacen votos cada tres años. Renovados estos, una o dos veces, el Superior Mayor, de acuerdo con el Consejo Superior, puede admitir a la religiosa a los votos perpetuos, si lo juzga útil para ella y para el Instituto.

Capítulo II

Estructura general del Instituto

1. El Instituto está bajo la inmediata dependencia del Superior General de la Sociedad de San Francisco de Sales, a quien se da el nombre de Superior Mayor. En cada una de las casas podrá ser representado por un sacerdote con el título de Director de las Hermanas. El Director General será un miembro del Consejo Superior de la Congregación Salesiana.

El Superior Mayor confiará al Director General la vigilancia y cuidado de todo lo relacionado con el buen funcionamiento espiritual y material del Instituto.

2. Todas las casas del Instituto dependen de la jurisdicción del Ordinario en lo que concierne a la administración de los santos sacramentos y al ejercicio del culto religioso. Las Hermanas de cada una de las casas tendrán por confesor al Director particular propuesto por el Superior Mayor y aprobado para confesar en la diócesis.

3. Este, por regla general, no intervendrá en el gobierno y disciplina de la casa, excepto en los casos en los cuales el Superior Mayor le hubiere dado determinadas incumbencias.

4. Las Hermanas y las jóvenes de la casa, estarán sometidas a la jurisdicción del párroco en lo que respecta a los derechos parroquiales.

5. Las Hermanas que entran en el Instituto conservan sus derechos civiles aun después de emitir los votos, pero no podrán administrar sus bienes sino en los límites y forma que disponga el Superior Mayor.

6. Los frutos de los bienes muebles e inmuebles traídos a la Congregación deberán cederse a la misma.

7. El Instituto proveerá a cada Hermana de cuanto necesite para el alimento, vestido y cuanto le haga falta, tanto en estado de salud como en caso de enfermedad.

8. Si alguna muriera sin hacer testamento, sus herederos serán los que establecen las leyes civiles.

9. Los votos obligan mientras se vive en la Congregación. Si alguna, por motivos razonables o por el prudente juicio de los Superiores, tuviese que salir del Instituto, puede obtener del Romano Pontífice, o bien del Superior Mayor, la dispensa de los votos. Con todo, procuren todas perseverar en la vocación hasta la muerte, teniendo bien presente estas palabras del divino Salvador: «Nadie que pone la mano en el arado y mira atrás, es apto para el Reino de Dios».

10. La Hermana que sale del Instituto no podrá pretender compensación alguna, sea cual fuere el oficio desempeñado en el tiempo que permaneció en la Congregación. Recobrará, no obstante, el dominio de todos sus bienes muebles e inmuebles, en el estado en que se encuentren, cuya propiedad se hubiera reservado al entrar en el Instituto. Pero no tendrá ningún derecho de pedir cuentas a los Superiores de los frutos ni de la administración de los mismos durante el tiempo que vivió en la Congregación.

Capítulo III

Régimen interno del Instituto

1. El Instituto de las Hijas de María Auxiliadora está gobernado y dirigido por un Consejo Superior, formado por la Superiora General, una Vicaria, una Economa y dos Asistentes, dependientes del Rector Mayor de la Congregación Salesiana.

2. El Consejo Superior será presidido por el Superior Mayor, o por el Director General, o por el Director local delegado para ello.

El Consejo Superior se reunirá cuando se trate de abrir una nueva casa o centro, o por cualquier otro asunto de interés general para el Instituto.

3. No se podrá abrir casa alguna, ni asumir la dirección de un colegio, jardín de infancia, etc., sin que el Superior Mayor haya tratado antes con el Obispo o esté de pleno acuerdo con él en lo que se refiere a la autoridad eclesiástica.

4. La dirección de todo el Instituto corresponde a la Superiora General, subordinada al Superior Mayor. De ella dependerá el estado material y moral de las casas de las Hijas de María Auxiliadora. A ella le incumbe asignar las ocupaciones a las Hermanas y cambiarlas de casa según la necesidad. Deberá ponerse de acuerdo con el Director General y obtener el consentimiento del Superior Mayor para comprar y vender bienes inmuebles y para demoler edificios o emprender nuevas construcciones.

5. La Vicaria suplirá a la Superiora General y centralizará las entradas y salidas de toda la Congregación; cuidará asimismo de registrar los legados y donaciones referentes a las casas del Instituto. También está confiada a su cuidado y responsabilidad la administración de los bienes muebles e inmuebles y sus frutos. La Vicaria actuará siempre bajo la dependencia de la Superiora General, a quien deberá rendir cuenta de su gestión cada tres meses.

6. Corresponde, además, a la Vicaria el cuidado de amonestar secretamente a la Superiora General, pero no le hará advertencia alguna si no es por motivos graves y después de haber orado y consultado con el Señor para conocer si tal advertencia es conveniente, así como el modo, lugar y tiempo que pueda hacerla más eficaz. La misma Superiora le preguntará de vez en cuando si tiene alguna observación que hacerle, para darle oportunidad de prestarle más fácilmente este caritativo servicio.

7. La Economa tendrá el cuidado de todo lo referente al estado material de la casa, tal como la reparación de los edificios, las nuevas construcciones, las compras y ventas, los testamentos y el modo de hacerlos; las provisiones al por mayor para el vestido, alimentos y cuanto haga falta; todo lo relativo a estas operaciones está confiado de modo particular a la Economa, pero siempre bajo la dependencia de la Superiora.

8. La primera Asistente tendrá a su cargo la relación del Consejo Superior con todas las casas del Instituto y con las personas externas, siempre por encargo de la Superiora General. Se ocupará también de los decretos, cartas y demás documentos que digan relación con las autoridades eclesiásticas, municipales y civiles.

9. A la segunda Asistente le está asignado todo lo referente a la enseñanza en las distintas casas del Instituto.

Capítulo IV

Elección de la Superiora General, de la Vicaria, de la Economa y de las dos Asistentes

1. La Superiora General y demás miembros del Consejo durarán en su cargo seis años y pueden ser reelegidas.

2. Las elecciones podrán hacerse, según el parecer del Superior Mayor, en cualquier época, pero, de no haber impedimentos, se efectuarán durante la octava de la fiesta de María Auxiliadora. Por lo tanto, la Superiora General, tres meses antes, notificará a todas las casas que termina su mandato y el de sus Consejeras. Al mismo tiempo, el Superior Mayor determinará las oraciones que habrán de hacerse para obtener las luces del cielo, y advertirá a las que deben participar en las nuevas elecciones la obligación de dar su voto a las que juzguen más capaces para el gobierno del Instituto y más aptas para buscar la gloria de Dios y el bien de las almas.

3. La elección de la Superiora General no deberá retardarse más de quince días después de finalizar su mandato. Durante este período, la misma Superiora General hará las veces de Vicaria en todo lo que se refiere a la dirección y administración del Instituto.

4. En la elección de la Superiora General tomarán parte el Consejo Superior y las Directoras de todas las casas. Aun cuando alguna de las votantes no pueda hallarse presente para dar el voto, la elección será igualmente válida.

5. La forma de la elección será la siguiente: Delante de una imagen de Jesús Crucificado colocado sobre una mesa o altarcito entre dos velas encendidas, el Superior Mayor, o su Delegado, entonará el *Veni Creator* con la oración conclusiva. A continuación, el Superior hará una breve alocución al respecto y luego todas las electoras, por orden, irán a depositar su voto, doblado, en una urna preparada al efecto. Debe hacerse todo con absoluto secreto, de modo que ni antes ni después de la votación conozcan unas el voto de las otras.

La que haya obtenido la mayoría absoluta de votos será elegida Superiora General. Se entiende por mayoría absoluta más de la mitad de los sufragios.

6. Si no se resolviese la elección en la primera votación, podrá procederse de nuevo por dos veces en el mismo día o en los siguientes.

Si por la división de los sufragios no se resolviese a la tercera vez, es facultad del Superior Mayor elegir a aquélla que tuvo mayoría relativa.

7. Si dos Hermanas obtuvieran igual número de votos, el Presidente dará su voto a aquélla que, ante Dios, juzgue más apta para tal servicio. Fuera de este caso, el Presidente nunca dará su voto.

8. El Superior Mayor confirmará con su autoridad la elección hecha.

9. La elección de la Vicaria, de la Economa y de las dos Asistentes se hará del mismo modo, pero la elección será válida con la mayoría relativa, es decir, se considerará elegida la que hubicra obtenido mayor número de sufragios.

10. El escrutinio será hecho por el Presidente y por dos Hermanas elegidas al efecto por el Capítulo. Después se cantará el *Te Deum*.

11. Para que una Hermana sea Superiora General, Vicaria, Economa o Asistente es necesario: 1.º Que tenga 35 años de edad y 10 de profesión, pero el Superior Mayor, en caso de necesidad, puede modificar estas condiciones. 2.º Haber dado siempre pruebas de vida ejemplar. 3.º Poseer dotes de prudencia, caridad y celo en la observancia regular. 4.º Ser profesa perpetua.

12. Si se diera el caso de que alguna religiosa del Consejo Superior cesase en sus funciones antes de los seis años, la Superiora General, con el consentimiento del Superior Mayor, elegirá una suplente, la que a la luz del Señor juzgue conveniente. Pero esta ejercerá el cargo hasta terminar el sexenio comenzado por su predecesora.

13. Si durante el sexenio sucediere la muerte de la Superiora General, o por motivos razonables tuviera que abandonar su cargo, se procederá a la elección de una nueva Superiora en la forma expresada.

14. En este caso, la Vicaria asumirá temporalmente el gobierno del Instituto, lo comunicará a todas las casas y, de acuerdo con el Consejo Superior, y con el Superior Mayor, fijará el tiempo oportuno para la elección de la nueva Superiora.

15. La Superiora General visitará todas las casas al menos una vez al año; donde no le sea posible hacerlo personalmente a causa de la distancia o del gran número de casas, elegirá, con el consentimiento del Consejo Superior, algunas visitadoras, a quienes les encargará que hagan sus veces. Las Visitadoras harán las veces de la Superiora General en los casos y asuntos a ellas confiados.

Capítulo V

Elección de la Directora de cada casa y de su respectivo Consejo. Capítulo General

1. Cada casa del Instituto será regida por una Directora, a la que obedecerán todas las Hermanas de la casa. Esta, a su vez, dependerá de la Superiora General, la cual, actualmente, reside en Mornese, pero podrá fijar su sede en cualquier casa del Instituto. A ser posible residirá con ella el Consejo Superior.

2. El Consejo Superior elegirá la Directora de cada una de las casas y un Consejo local proporcionado al número de Hermanas de la comunidad. Las primeras elegidas serán la Vicaria y las Asistentes, según la necesidad. En la elección de estas participará, además del Consejo Superior, la nueva Directora.

3. La Directora podrá administrar los bienes traídos a la Congregación y donados a la casa que regenta en particular, pero siempre en los límites fijados por la Superiora General. No podrá comprar ni vender inmuebles, ni construir nuevos edificios, ni hacer modificaciones de importancia sin el consentimiento de la Superiora General. En la administración debe cuidar del bien moral y material y de la disciplina escolar, si hay escuelas, y en las cosas de mayor importancia reunirá su Consejo, y no tomará resolución alguna sin su consentimiento. Cada año dará cuenta exacta de su administración a la Superiora General.

4. La Vicaria hará las veces de la Directora cuando ésta esté ausente, y administrará también las cosas temporales. Atenderá con solicitud a la economía doméstica; procurará que no falte nada, que nada se pierda o desperdicie, y hará las provisiones necesarias para la casa. La Vicaria deberá rendir cuenta de su actuación a la Directora cuando se lo pidiere.

5. Las Asistentes intervendrán en todas las decisiones de alguna importancia y ayudarán a la Directora en la parte escolar, doméstica y en todo lo que les esté confiado.

6. Cada seis años se celebrará un Capítulo General, en el que tomarán parte el Superior Mayor, el Consejo Superior y las Directoras de las casas, si la distancia y otras circunstancias lo permiten. En él se tratarán los asuntos de interés general y se podrán modificar, incluso, los artículos de las Constituciones, pero según el espíritu del Instituto.

Capítulo VI

La Maestra de novicias

1. En la elección de la Maestra de novicias intervendrá el Consejo Superior y las Directoras de las casas, como se indica en el capítulo IV número 9.

2. La Maestra de novicias deberá ser una Hermana de probada virtud y prudencia; que posea un profundo y claro conocimiento de las Reglas y se distinga por su espíritu de piedad, de humildad y de paciencia a toda prueba. Tendrá al menos treinta años de edad y cinco de profesión. Durará en su cargo seis años.

3. La Maestra de novicias se esmerará en ser afable y bondadosa, para que sus hijas espirituales se le abran en todo lo que pueda ser útil a su progreso en la perfección. Las dirigirá e instruirá en la observancia de las Constituciones, especialmente en lo que respecta a los votos de castidad, pobreza y obediencia. Les servirá de modelo en todo, para que sean cumplidas todas las prescripciones de las Reglas. Asimismo se le recomienda que inspire en las novicias el espíritu de mortificación, pero con una gran discreción, a fin de que no se debiliten sus fuerzas hasta el punto de incapacitarse para cumplir las obligaciones del Instituto.

Capítulo VII

Condiciones de aceptación

1. Las jóvenes que descan ingresar en el Instituto de María Auxiliadora harán su petición a la Superiora General, la cual, por sí misma, o por medio de su Vicaria, las examinará o pedirá los informes necesarios acerca de su condición, conducta, etc., y, comprobado que poseen las cualidades necesarias, las admitirá al postulanado.

2. Condiciones personales: nacimiento legítimo, buenas costumbres, índole buena, sincera disposición a las virtudes propias del Instituto; certificado de buena conducta de la postulante y de su familia, expedido por el párroco; salud suficiente y certificado de haber sido vacunada o de haber pasado la viruela; edad entre los quince y los veinticinco años.

3. Las postulantes pagarán 30 francos mensuales de pensión durante el tiempo de prueba. Llevarán ajuar suficiente, según las indicaciones dadas. La dote no será inferior a mil liras. La Superiora General, con el consentimiento de su Superior, podrá modificar este artículo, cuando lo juzgue conveniente para mayor gloria de Dios.

4. Si durante este tiempo de prueba una joven se fuera a su casa o muriera, la dote y el ajuar se restituirá a la familia, pero correrán por cuenta de los padres los gastos de la pensión, de la enfermedad y de los funerales.

5. Cuando sale o muere una novicia, se le devolverá a la familia el ajuar en el estado en que se encuentre, pero con la condición de que se puedan descontar de la dote quince liras mensuales por el tiempo que pasó en el noviciado.

6. La dote y el ajuar pasarán por entero al Instituto si la Hermana sale o muere profesa.

7. De los bienes que una Hermana posee, excepto de la dote y el ajuar, podrá disponer por testamento.

Capítulo VIII

Vestición y profesión

1. El postulante durará seis meses durante el cual, la joven admitida al mismo, se ejercitará en la práctica de las virtudes propias del Instituto, en conocer su espíritu y en capacitarse en todo lo que podrá serle útil para desempeñar los distintos oficios, especialmente para dar clase y enseñar el catecismo.

2. Terminada esta primera prueba, la Superiora General solicitará del Superior Mayor la facultad para que el Director local pueda examinar la vocación de la candidata. Luego se procederá a la votación del Consejo de la casa donde reside la postulante; si esta obtuviera la mayoría de votos, se dará cuenta exacta al Consejo Superior, quien decidirá de su admisión a la vestición del hábito religioso, según las ceremonias prescritas. En caso contrario, se avisará a la familia para que la joven vuelva a su casa.

3. Después de la vestición, se harán dos años de noviciado. Un mes antes de concluir el noviciado se examinará nuevamente la conducta y las virtudes de la novicia, y si en el escrutinio se obtiene mayoría de votos favorables, será admitida a la profesión, según el formulario prescrito. En caso de no ser admitida, se devolverá a la familia, a no ser que el Consejo juzgue conveniente prolongar por seis meses el tiempo de prueba, después de lo cual se efectuará la votación definitiva.

4. Precederán a la vestición algunos días de retiro y, antes de la profesión, se harán los Ejercicios Espirituales.

5. En cada casa del Instituto habrá un libro en el que se anotará la edad, el pueblo, el nombre y apellidos de las Hermanas de la comunidad y de sus

respectivos padres. En otro libro al efecto serán registrados asimismo el día de la profesión, con la firma de la profesas y de dos Hermanas testigos.

6. En caso de graves motivos de moralidad y conducta, las novicias pueden ser despedidas del Instituto por la Superiora General, y las Profesas, por el Consejo Superior con el consentimiento del Superior Mayor, que por este solo hecho las dispensa de los votos.

Capítulo IX

Virtudes esenciales propuestas al estudio de las novicias y a la práctica de las profesas

1. Caridad paciente y llena de celo, no sólo con las niñas, sino también con las jóvenes.

2. Sencillez y modestia; espíritu de mortificación interna y externa; exacta observancia de la pobreza.

3. Obediencia de voluntad y de juicio, y humildad en aceptar de buen grado y sin réplica los avisos y correcciones y aquellas ocupaciones que les fueren confiadas.

4. Espíritu de oración, merced al cual las Hermanas puedan dedicarse de buen grado a las obras de piedad, se mantengan en la presencia de Dios y vivan abandonadas a su dulce providencia.

5. Las Hijas de María Auxiliadora procurarán que estas virtudes estén bien arraigadas en ellas, puesto que han de armonizar en su vida la acción y la contemplación, imitando a Marta y María.

Capítulo X

Distribución del tiempo

1. Como las ocupaciones de las Hijas de María Auxiliadora son muchas y variadas, se necesita una gran diligencia para cumplirlas todas con orden y exactitud. Por lo cual será de suma utilidad una justa y adecuada distribución de las horas del día.

2. La hora de levantarse, desde el primero de abril hasta el mes de agosto, será a las cinco; y desde el primero de septiembre hasta finales de marzo, a las cinco y media. Se concederá media hora para el aseo. Al toque de la campana, las Hermanas irán a la capilla para hacer en común las prácticas de piedad, según el formulario prescrito. A las oraciones de la mañana seguirá media hora de meditación, cuyo rema se leerá en voz alta. A continuación se oirá la santa misa. El tiempo que sigue hasta el mediodía, a excepción de una media hora para el desayuno, lo ocuparán en los trabajos que les haya encomendado la obediencia.

3. Un cuarto de hora antes del mediodía, irán a la iglesia para hacer el examen particular de conciencia, que durará alrededor de diez minutos. Después, en riguroso silencio, se dirigirán al comedor. Durante toda la comida se leerá algún libro espiritual, de lectura más bien amena, que instruya y eleve el espíritu.

4. Antes y después de las comidas se rezarán las oraciones de costumbre. Después de la comida se dará cerca de una hora de recreo. Durante este tiempo, las Hermanas se entretendrán fraternalmente en común, animándose mutuamente en el divino servicio, contentas de estar en la casa de Dios, lejos del peligro de ofenderle. Para solaz del cuerpo y del espíritu no se excluyen los pasatiempos inocentes. Ninguna Hermana se ausentará del recreo sin permiso. Al terminar, irán todas a la capilla para hacer una breve visita al Santísimo Sacramento.

5. Luego, en silencio, se dirigirán a sus respectivas ocupaciones. No obstante, se permite hablar en voz baja durante el trabajo, cuando la necesidad o el deber lo exijan, como sería la dirección de los trabajos, hacer encargos y dar recados de parte de personas externas.

6. A las cuatro harán en común quince minutos de lectura espiritual. Una media hora antes de la cena, se dirigirán a la capilla para rezar la tercera parte del rosario. Si alguna Hermana no pudiera hacer en común estas prácticas de piedad, procurará hacerlas privadamente, cuando le venga mejor.

7. Durante la cena se hará lectura, como en la comida. Seguirá media hora de recreo y a continuación irán a la capilla para rezar las oraciones en común; después de haber leído el argumento de la meditación de la mañana siguiente, se retirarán a descansar en riguroso silencio.

8. A excepción del recreo después de la comida, desayuno y cena, se observará siempre silencio, como se indica en el número 5. En los talleres comunes, sin embargo, se podrá interrumpir este silencio durante media hora, después de las diez de la mañana y de las cuatro de la tarde, pero se hablará con voz moderada y se entonarán cánticos religiosos.

Capítulo XI

Prácticas de piedad

1. Todos los domingos y fiestas de precepto, las Hermanas rezarán el Oficio de la Santísima Virgen, a no ser que tomen parte en las funciones parroquiales o asistan a alguna reunión piadosa. El Oficio de la Santísima Virgen se rezará con la máxima devoción, lentamente, con voz unísona y haciendo pausa en los asteriscos.

2. Al sacramento de la Penitencia se acercarán, regularmente, cada ocho días. En la acusación de sus faltas eviten las circunstancias inútiles; sean breves

y digan con sencillez y humildad sus culpas como si se las confesaran a Jesucristo. Tengan gran respeto y confianza al confesor, como corresponde a quien está destinado por Dios para ser padre, maestro y guía de sus almas. Pero no hablen nunca entre ellas de cosas de confesión y mucho menos del confesor.

3. Cada seis meses tendrán un confesor extraordinario, nombrado por el Superior Mayor y aprobado para las confesiones en la diócesis. Si alguna lo necesitara, fuera del tiempo establecido, lo pedirá a la Superiora.

4. Por regla ordinaria, se recibirá la santa comunión todos los domingos y fiestas de precepto, el jueves y sábado de cada semana y los días aniversarios de la vestición y profesión. Pero cada una puede acercarse diariamente a la santa comunión con permiso del confesor.

5. Se celebrarán con particular devoción y solemnidad las fiestas de San José, San Francisco de Sales, Santa Teresa y Santa Angela Merici, que son los patronos principales del Instituto.

6. Los domingos y días festivos asistirán a las funciones sagradas en la propia capilla, o bien en la iglesia parroquial.

7. Las fiestas principales del Instituto son: la Inmaculada Concepción y María Auxiliadora, que serán precedidas de una devota novena. Las Hermanas se prepararán a ellas con sentimientos de profunda piedad, acercándose a los santos sacramentos y agradeciendo al Señor y a la Santísima Virgen el haberles concedido la gracia de la vocación religiosa.

8. Ninguna regla prescribe a las Hermanas ayunos y abstinencias especiales además de los establecidos por la Iglesia, y en estos no se guiarán por el propio arbitrio, sino que obedecerán al confesor y a la Superiora. Tampoco podrán hacer penitencias corporales sin pedir antes el debido permiso.

No obstante secundarán la buena costumbre de ayunar todos los sábados en honor de María Santísima, pero cuando durante la semana hubiera algún ayuno prescrito por la Iglesia, o bien el sábado cayere en día festivo, el ayuno queda dispensado.

Capítulo XII

La clausura

Las Hermanas, no pudiendo profesar estricta clausura por los servicios de caridad que ejercen con el prójimo, observarán, no obstante, las siguientes reglas:

1. No introducirán personas externas sino en la parte de la casa destinada a las visitas de seglares o, en caso de necesidad, en las habitaciones reservadas a las educandas. En la parte destinada a las Hermanas no será lícito introducir otras personas fuera de las que el deber o la necesidad exigen, o en casos extraordinarios, en los que la Superiora juzgue oportuno hacer excepción.

En la enfermería podrán entrar el médico, el Director y los parientes más próximos de la enferma, pero siempre acompañados por una Hermana.

2. Ninguna Hermana podrá salir de casa, ni para ir de paseo, ni para hacer visitas, ni para resolver ningún asunto sin el permiso de la Superiora, la cual, vez por vez, la hará acompañar por otra Hermana o por alguna piadosa señora.

3. Excepto en caso de viaje o de alguna obra de caridad, las Hermanas procurarán hallarse en casa antes de la puesta del sol.

4. No se detendrán por la calle hablando con cualquiera que sea, de no ser por una grave necesidad, que las justifique a los ojos de los demás.

5. No se hospedarán ni tomarán alimento ni bebida en casa de seglares, a no ser en caso de viaje o por otra necesidad.

6. Si durante un viaje debieran pasar la noche en un lugar donde hubiera Hermanas del propio Instituto, se alojarán en dicha casa, aun cuando tuvieran familiares o conocidos en aquel lugar.

Las Hermanas las acogerán siempre con caridad y benevolencia, sin recibir ninguna compensación por la hospitalidad ofrecida.

7. Las Hermanas no frecuentarán tampoco las casas de los señores párrocos o de otros sacerdotes, ni en ellas prestarán servicios, ni se quedarán allí a comer o a reuniones de recreo o de devoción.

Capítulo XIII

Voto de castidad

1. El ejercicio continuo de la caridad con el prójimo y el trato edificante con las jóvenes pobres, requieren un esfuerzo perseverante en todas las virtudes, cultivadas en grado no común. Pero la virtud angélica, la virtud más querida que ninguna otra al Hijo de Dios, la virtud de la castidad, debe ser cultivada en grado eminente por las Hijas de María Auxiliadora. En primer lugar, porque la misión que tienen de instruir y encaminar al prójimo por la vía de la salvación es semejante a la de los santos ángeles; por eso es necesario que vivan también ellas con el corazón puro y en un estado angélico, puesto que las vírgenes son llamadas ángeles de la tierra; y en segundo lugar, porque el ejercicio de su vocación requiere un total desprendimiento interior y exterior de todo lo que no es Dios.

2. Para la observancia de este voto es necesaria la más vigilante custodia de los sentidos, que son como las puertas por donde entra el enemigo en el alma. No deben vivir ni respirar más que para su celestial Esposo, con toda pureza y santidad de espíritu, de palabras, de porte y de obras, a través de una conversación limpia y angelical, recordando las palabras del Señor que dice: *Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios.*

3. Para custodiar tan gran tesoro ayudará mucho el pensamiento de la presencia de Dios, dirigiéndose frecuentemente a El con actos de viva fe, de firme esperanza y de ardiente amor; ayudará también mucho la fuga del ocio y la mortificación interna y externa: la primera sin límites, y la segunda, en la medida que lo permita la obediencia.

4. Son también medios eficacísimos para conservar la bella virtud la devoción a María Santísima Inmaculada, al glorioso San José y al Angel Custodio, así como el tener siempre presente que las fieles esposas de Jesucristo que hayan vivido y muerto en estado virginal tendrán una especial gloria en el cielo y cantarán con María un himno al Cordero Divino que a los demás bienaventurados no les será concedido cantar.

Capítulo XIV

Voto de obediencia

1. Como la vida de las Hijas de María Auxiliadora debe ser un continuo holocausto, le faltaría lo mejor al sacrificio si no entrara en juego la propia voluntad, que, precisamente con el voto de obediencia, se ofrece a la Majestad Divina. Sabemos, además, que el Divino Salvador dijo de sí mismo que no había venido a nosotros para hacer su voluntad, sino la del Padre celestial. Precisamente, las Hijas de María Auxiliadora hacen voto de obediencia para asegurarse de que en todo cumplen la voluntad de Dios.

2. Este voto obliga a no ocuparse más que en aquellas cosas que la Superiora juzgue de la mayor gloria de Dios y bien de las almas, según las Reglas del Instituto.

3. Las Hermanas obedecerán con espíritu de fe, mirando a Dios en la Superiora, y persuadiéndose de que todo cuanto dispone la obediencia les será de gran ventaja espiritual.

4. Su obediencia será alegre y gozosa, es decir, sin réplicas, penas o melancolía.

5. Finalmente, será pronta, sin querer examinar y criticar las razones ocultas de lo mandado.

6. Ninguna Hermana pida o rehúse cosa alguna con excesivo afán. Quien conociera que algo le es nocivo o necesario, expóngalo a la Superiora, la cual proveerá con solicitud lo que le haga falta.

7. Tengan todas gran confianza con la Superiora y considérenla como madre afectuosa. Recurran a ella en sus dudas y manifiéstেনle sus penas y dificultades.

Capítulo XV

Voto de pobreza

1. La observancia del voto de pobreza en el Instituto de María Auxiliadora consiste esencialmente en el desprendimiento de todos los bienes terrenos, lo cual se practicará mediante la vida común en la comida y en el vestido, no reservando nada para el propio uso sin permiso especial de la Superiora.

2. Forma parte de este voto conservar las habitaciones en la máxima sencillez, procurando adornar el corazón de virtudes, y no la persona o las paredes de la propia habitación.

3. Ninguna podrá conservar, en el Instituto o fuera de él, dinero en propiedad o en depósito por ningún motivo, sin permiso expreso de la Superiora.

4. La pobreza voluntaria hace verdaderos secuaces del Divino Salvador, el cual, para darnos ejemplo, la practicó desde su nacimiento hasta la muerte.

Capítulo XVI

Normas generales

1. Las Hermanas conmemorarán todos los días, en siete veces distintas, los dolores de María Santísima, añadiendo al final de los mismos un *Ave María* con la oración: «Eterno Padre, os ofrecemos...», que repetirán con frecuencia durante el día.

Desde las vísperas del sábado santo hasta todo el domingo *in Albis*, y durante la octava de la Asunción de la Santísima Virgen al cielo, rezarán a las mismas horas los siete gozos de María Santísima, distribuidos de uno en uno.

2. Para el cuarto de hora de lectura espiritual se utilizarán los libros indicados por la Superiora. Se recomiendan especialmente: la *Imitación de Cristo*, la *Monja Santa*, y la *Práctica del amor a Jesucristo*, de San Alfonso, la *Filotea* de San Francisco de Sales adaptada para la juventud, *Ejercicio de perfección*, del Padre Rodríguez, y las vidas de los santos y santas que más se han dedicado en la educación de la juventud.

3. Todas las Hermanas del Instituto deberán ir una vez al año a la casa central, o si lo impide la distancia, a la casa de la cual dependen, para hacer los Ejercicios Espirituales. Si debido a las actividades que tienen no fuera posible hacerlos todas juntas, los harán repartidas en dos o tres tandas, según disponga la Superiora.

4. Las cartas que escriben las Hermanas o las que estas reciben podrán ser abiertas y leídas por la Superiora, si lo cree conveniente, y podrá darles curso o retenerlas.

5. Podrán escribir, sin pedir permiso, al Sumo Pontífice, al Superior Mayor y a la Superiora General, y recibir las que éstos les envíen, sin que nadie pueda abrirlas.

6. Cuando reciban visitas de los parientes u otras personas irán al laboratorio acompañadas por una Hermana designada por la Superiora. En semejantes ocasiones de visitas indispensables se recomienda a las Hermanas que empleen gran prudencia y modestia cristiana, y a las Superiores que tomen todas las cautelas necesarias para evitar todo inconveniente. Como las Hijas de María Auxiliadora tienen muchas ocupaciones, cuando no se trate de asuntos de importancia, no se permitirá a las mismas personas visitarlas más que una vez al mes.

7. Las Hermanas se amarán todas en el Señor, pero procurarán no cultivar entre ellas o con otras personas amistades particulares, que alejen del perfecto amor de Dios y acaban siendo la peste de las comunidades.

8. A ninguna le está permitido dar comisiones ni a las niñas de las clases, ni a sus parientes, ni a otras personas sin previa licencia de la Superiora, a la cual deberá referirse todo encargo que se haga o reciba.

9. Cada una debe considerarse la última de todas; por lo tanto, ninguna rehusará los trabajos humildes, ni se eximirá de prestar los servicios más ordinarios de la casa, en los que la Superiora la ejercitará en la medida de sus fuerzas y según lo juzgue oportuno en el Señor.

10. Las Hijas de María Auxiliadora estarán siempre alegres con sus Hermanas, reirán, jugarán, etc., pero siempre como parece que deben hacerlo los ángeles entre sí; pero en presencia de personas de otro sexo conservarán en todo momento un porte digno y serio. Yendo por la calle, caminarán con la mayor compostura y modestia, no fijándose nunca ni en las personas ni en los objetos que encuentren, saludando con una inclinación de cabeza a quien las saludara y a las personas eclesiásticas que pasen por su lado.

11. En casa y fuera de ella su hablar será siempre humilde, no sosteniendo nunca el propio parecer, evitando toda palabra áspera, ofensiva, de reproche, de vanidad, relativa a sí mismas o al bien que el Señor se dignase sacar de sus obras, haciendo todas sus acciones privadas y comunes sólo para dar gusto a Dios. No hablarán nunca de nacimiento, de edad o de riquezas, si en el mundo las hubieran tenido. No levantarán nunca la voz hablando con cualquiera que sea, aunque sea en tiempo de recreo. En presencia de personas de otro sexo, su conversación será seria y grave, porque si son de condición superior a la suya, por ejemplo, eclesiásticos, así lo requiere el respeto debido a su estado, y si son laicos, así lo pide el decoro y el buen ejemplo.

12. Todo su empeño será mostrarse en el trato y en el porte, tanto de la mirada como de toda la persona, tal como deben ser, esto es, imitadoras de Jesucristo Crucificado y servidoras de los pobres. En la iglesia estarán con

la mayor compostura, con el cuerpo derecho y harán la genuflexión hasta el suelo al pasar delante del altar donde se conserva el Santísimo Sacramento.

13. Tomarán juntas en el comedor el alimento que les sea suministrado. No se quejarán nunca ni hablarán entre ellas de la comida; en caso de necesidad lo manifestarán con toda confianza a la Superiora. Ninguna podrá entrar en la cocina sin permiso.

14. Si el local lo permite, cada Hermana dormirá en una habitación independiente, pero no podrá cerrarla con llave, ni entrar en el dormitorio fuera de hora sin permiso. No harán uso del colchón de no ser en caso de enfermedad u otra incomodidad.

15. Tendrán junto a la cama una pilita de agua bendita, un crucifijo con cruz de madera y un cuadrado de María Auxiliadora o de la Inmaculada, con marco negro.

16. Toda la ropa será uniforme, modesta y sencilla, como corresponde a religiosas pobres. El hábito será negro, las mangas llegarán hasta los nudillos de los dedos y tendrán 46 centímetros de anchura. La esclavina llegará hasta la cintura. Los zapatos serán de piel negra, como corresponde a pobres. No llevarán nunca guantes, y cuando tuvieran que hacer uso de ellos, no serán nunca de seda, ni de piel fina, ni de color claro. Las profesas llevarán pendiente del cuello el crucifijo y las novicias, la medalla de María Auxiliadora.

17. La ropa blanca será también cual corresponde al uso de los pobres y después de la profesión será puesta en común. Cada Hermana cuidará de conservar su hábito y las cosas de su uso con el máximo orden: por lo tanto, estará atenta a doblar el velo, el delantal, etc., cada vez que se los quite.

18. Los vasos y cubiertos, a ser posible, serán de material resistente, pero no de lujo.

19. La ropa de la comunidad se guardará en la ropería común. Cada sábado, la Hermana responsable depositará sobre la cama de cada una todo lo necesario para cambiarse. Después cada Hermana se encargará de llevar su ropa usada al lugar convenido.

20. Todos los regalos que las Hermanas reciban serán entregados a la Superiora. Esta podrá disponer de ellos como mejor le parezca, y no está obligada a dar cuenta de su actuación al respecto. Las Hermanas, sin permiso expreso, no regalarán cosa alguna ni a las Hermanas ni a las personas externas; tampoco les está permitido cambiar o pedir nada prestado sin permiso de la Superiora.

21. Cada una tendrá cuidado de su salud; por esto, cuando una Hermana se encuentre enferma, sin ocultar ni exagerar su mal, lo manifestará a la Superiora para que provea lo que haga falta. Durante la enfermedad obedecerá a la enferma y al médico para que atienda a su salud como mejor juzgue ante Dios. Procurará dar ejemplo de paciencia y resignación a la voluntad de

Dios, soportando las privaciones inseparables de la pobreza y observando siempre una imperturbable tranquilidad de espíritu en manos de quien es Padre amoroso, lo mismo cuando nos conserva la salud como cuando nos prueba con enfermedades y dolores. Para mayor consuelo y fortaleza de su espíritu se llevará a las enfermas la santa comunión por lo menos una vez a la semana, cuando la enfermedad y el lugar lo permita.

22. Las Hermanas procurarán mantenerse siempre estrechamente unidas con el dulce vínculo de la caridad, puesto que sería muy deplorable que las que tomaron por fin la imitación de Jesucristo descuidaran la observancia de aquel mandamiento que fue el más recomendado por El hasta el punto de llamarlo su precepto.

Por consiguiente, además de la recíproca tolerancia e imparcial afecto, queda prescrito que si una Hermana faltare a la caridad hacia otra, debe pedirle perdón tan pronto como, con calma de espíritu, haya reconocido su falta, o al menos antes de acostarse.

23. Para mayor perfección de la caridad, cada una preferirá con placer la comodidad de las Hermanas a la suya propia, y en toda ocasión se ayudarán y alentarán con demostraciones de benevolencia y de santa amistad, y no se dejarán vencer nunca de algún sentimiento de envidia las unas contra las otras.

24. Cada una desee y procure eficazmente hacer al prójimo todo el bien que les sea posible, entendiendo siempre ayudar y servir a nuestro Señor Jesucristo en la persona de sus pobres, especialmente asistiendo, sirviendo y consolando a las Hermanas enfermas y afligidas, y promoviendo el bien espiritual de las niñas del lugar donde moran.

25. Para progresar en la perfección religiosa ayudará mucho tener el corazón abierto con la Superiora, como quien, después del confesor, está destinada por Dios para dirigirles en el camino de la virtud. Por tanto, una vez al mes, o incluso más a menudo si es necesario, le manifestarán con toda sencillez y franqueza su forma exterior de obrar, y recibirán avisos y consejos para la práctica de la mortificación y la observancia de las Reglas del Instituto. Sin embargo, exclúyanse de este coloquio las cosas interiores y aun las exteriores que formen materia de confesión, a menos que por espíritu de humildad y voluntariamente quisieran manifestarse para recibir consejo y orientación.

26. Todas las Hermanas asistirán a la conferencia que dará la Superiora todos los domingos para instruirles en sus deberes y corregirlas de aquellos defectos que podrían disminuir el fervor y la observancia en la comunidad.

27. Pongan todas la máxima diligencia en los ejercicios de piedad, de cuya observancia se deriva aquel fervor interior que mueve dulcemente a uniformarnos en todo a Jesucristo, nuestro Divino ejemplar y Esposo de las almas fieles.

28. Finalmente, la caridad que unió en vida a las Hijas de María Auxiliadora no debe cesar con la muerte. Por consiguiente, cuando una Hermana fuere llamada a la eternidad, su muerte será comunicada a todas las casas para que ofrezcan en sufragio suyo la santa comunión y recen el santo rosario. En la casa donde falleció, se celebrará además la misa de cuerpo presente y el Oficio de Difuntos o el rosario entero. Se vestirá el cadáver con el hábito religioso y se le acompañará reverentemente al cementerio.

29. A la muerte del Superior Mayor y de la Superiora General, además de los sufragios ya indicados, se celebrará un funeral en todas las casas del Instituto.

30. Descienda copiosa la paz y la misericordia de Dios sobre cuantas observen estas Reglas.

FORMULARIO PARA LA VESTICION DE LAS HIJAS DE MARIA AUXILIADORA

Reunidas en la iglesia todas las Hermanas de la casa, en la cual residen las postulantes, el Superior u otro sacerdote delegado por él, revestido de roquete y estola, se arrodilla en la última grada del altar.

Se entona el

HIMNO

Veni Creator Spiritus

Sigue el versículo y el respectivo oramus.

Después se rezan las

LETANIAS DE LA SANTISIMA VIRGEN

Al terminar:

℣ Ora pro nobis, sancta Dei Genitrix.

℟ Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

℣ Maria Auxilium Christianorum.

℟ Ora pro nobis.

℣ Regina sine labe originali concepta.

℟ Ora pro nobis.

℣ Domine, exaudi orationem meam.

℟ Et clamor meus ad te veniat.

℣ Dominus vobiscum.

℟ Et cum spiritu tuo.

Oremus

Omnipotens et misericors Deus, qui ad defensionem populi Christiani, in beatissima Virgine Maria perpetuum auxilium mirabiliter constituisti, concede propitius, ut tali praesidio muniti certantes in vita, victoriam de hoste maligno consequi valeamus in morte.

Per Dominum nostrum etc.

El sacerdote se dirige a las postulantes y les pregunta:

(Si hubiera una sola postulante, las preguntas y respuestas se hacen en singular.)

Sup. Hijas mías, ¿qué pedís?

Post. Pedimos ser admitidas en el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora y vestir el hábito de esta Congregación.

Sup. ¿Conocéis las Reglas de esta Congregación?

Post. Sí, las conocemos, y con la ayuda de Dios esperamos cumplirlas.

Sup. ¿Sabéis qué quiere decir vestir el hábito de esta Congregación?

Post. Vestir el hábito de la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora, quiere decir renunciar a todas las vanidades y máximas del mundo, revestirse de un hábito nuevo, esto es, practicar el retiro, la mortificación y especialmente la castidad, la obediencia y la pobreza, consagrarse a Jesús y tener como modelo a María, su Madre Inmaculada.

Sup. ¿Podréis practicar las virtudes que habéis indicado?

Post. Por nosotras solas no somos capaces de nada; pero con la ayuda de Dios y la protección de la Santísima Virgen esperamos practicar estas virtudes y mostrar con nuestras obras ser dignas Hijas de María.

Sup. El Señor esté con vosotras; su ayuda divina no os faltará y María os protegerá. Con ánimo decidido id, pues, a despojaros de las galas del mundo y a poneros el hábito religioso.

BENDICION DEL HABITO RELIGIOSO

✠ Adiutorium nostrum in nomine Domini.

R7 Qui fecit coelum et terram.

✠ Dominus vobiscum.

R7 Et cum spiritu tuo.

Oremus

Domine Deus, bonarum virtutum dator et omnium benedictionum largus infusor, Te obnixis precibus deprecamur, ut has vestes, quas famulae tuae pro indicio cognoscendae religionis indui se volunt, bene✠dicere, et santi✠

ficare digneris, ut omnes cognoscant tua benedictione tibi esse dicatas. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

*Después el sacerdote rocía los hábitos con el agua bendita.
Siguen las*

LETANIAS DE LOS SANTOS

Hasta el Agnus Dei inclusive.

Mientras se rezan las letanías de los santos, las postulantes salen a ponerse el hábito religioso. Al volver se arrodillan en el mismo lugar de antes hasta el final de las letanías; terminadas las cuales se bendecirán las medallas de María Auxiliadora como sigue:

BENDICION DE LAS MEDALLAS

(sirve también para bendecir los crucifijos)

℣ Adiutorium nostrum in nomine Domini.

℞ Qui fecit coelum et terram.

℣ Dominus vobiscum.

℞ Et cum spiritu tuo.

Oremus

Omnipotens, sempiterna Deus, qui Sanctorum tuorum effigies sculpi non reprobas, ut quoties illas oculis intuemur, toties eorum actus et sanctitatem ad imitandum memoriae oculis meditemur: has, quaesumus, sculpturas in honorem et memoriam (si son sólo crucifijos) Unigeniti Filii tui Domini nostri Jesu Christi, (si son sólo medallas) Virginis Mariae Matris Domini nostri Jesu Christi, adaptatas, bene✠dicere, et santi✠ficare digneris: et praesta, ut quicumque coram illis (si crucifijos) Unigenitum Filium, tuum, (o bien) Beatissimam Virginem suppliciter colere et honorare studuerit, illius meritis et obtentu a te gratiam in praesenti, et aeternam gloriam obtineat in futurum. Per Dominum nostrum etc.

Amén.

Finalmente se rocían con agua bendita.

Bendecidas las medallas, el sacerdote dará una a cada postulante y después dirá:

Sup. He aquí, hijas mías, la imagen de Aquella a quien hoy tomáis por modelo. La Santa Iglesia Católica proclama a esta Madre Celestial Auxilio

de los cristianos. Amadla, imitadla, acudid a Ella con frecuencia, porque nadie la invocó sin ser prontamente escuchado.

Las novicias besan la medalla y después dirán todas juntas:

Nov. Virgen Santísima, Madre de mi Jesús, poderoso Auxilio de los cristianos, consuelo de mi alma; en este momento me pongo en tus santas manos. Protégeme, defiéndeme y ayúdame a perseverar en el divino servicio. Amén.

Si la vestición no va seguida de otra función, en este momento el Superior o Director, si lo cree oportuno, hará una breve plática a las novicias, y al final entonará el Salmo:

Laudate Dominum, omnes gentes: laudate eum, omnes populi.

Quoniam confirmata est super nos misericordia eius: et veritas Domini manet in aeternum.

Gloria Patri, etc.

FORMULA PARA LA PROFESION DE LAS HIJAS DE MARIA AUXILIADORA

Se observarán las ceremonias que preceden a la Vestición; seguidamente el Superior entonará el himno

Veni Creator Spiritus

Ÿ Emitte Spiritum tuum et creabuntur.

R7 Et renovabis faciem terrae.

Oremus

Deus, qui corda fidelium etc.

Después se rezarán las

LETANIAS DE LA SANTISIMA VIRGEN

Ÿ Ora pro nobis, sancta Dei Genitrix.

R7 Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

✠ Maria Auxilium Christianorum.
R7 Ora pro nobis.
✠ Domine, exaudi orationem mean.
R7 Et clamor meus ad te veniat.
✠ Dominus vobiscum.
R7 Et cum spiritu tuo.

Oremus

Omnipotens et misericors Deus, qui ad defensionem populi Christiani, in Beatissima Virgine Maria perpetuum auxilium mirabiliter constituisti, concede propitius; ut tali praesidio muniti certantes in vita, victoriam de hoste maligno consequi valeamus in morte. Per Dominum nostrum etc.

El Superior se dirige a las novicias y les pregunta:

Sup. Hijas mías, ¿qué pedís?

Nov. Pedimos profesar las Reglas de la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora.

Sup. ¿Habéis practicado ya estas Reglas?

Nov. Hemos hecho lo posible para practicarlas durante nuestro noviciado, y aunque es muy grande nuestra debilidad, con la ayuda de Dios, esperamos practicarlas con mayor celo, edificación de nuestras Hermanas y provecho de nuestras almas en lo porvenir.

Sup. ¿Habéis reflexionado sobre lo que significa profesar las Reglas de esta Congregación?

Nov. Lo hemos reflexionado y creemos haberlo comprendido. Profesando estas Reglas debemos prometer aspirar particularmente a la santificación de nuestra alma, huyendo de todo pecado advertido, viviendo en perfecta castidad, humilde obediencia y pobreza de espíritu, ofreciendo al Señor todos nuestros pensamientos, palabras y obras. Sabemos también que al profesar estas Reglas nos obligamos a promover el bien espiritual y temporal de nuestro prójimo, en especial de las niñas pobres, en cuanto lo permitan nuestro estado y condición, y según la oportunidad que para ello nos ofrezca el Señor.

Sup. ¿Por cuánto tiempo queréis emitir los santos votos?

Nov. Aunque tenemos firme voluntad de pasar toda nuestra vida en esta Congregación, sin embargo, para secundar cuanto prescriben nuestras Reglas, queremos hacer los Votos por tres años, con la confianza de que más adelante podremos hacerlos perpetuos.

(Si se emiten los votos perpetuos se dirá):

Siendo nuestra firme voluntad consagrarnos para siempre a Dios en el Instituto de María Auxiliadora, queremos hacer votos perpetuos.

Sup. Dios bendiga vuestra santa resolución y os conceda la gracia de inantencros fielmente en ella. Ahora poneos en la presencia de Dios y pronunciad la fórmula de los votos de castidad, pobreza y obediencia, según las Reglas de vuestra Congregación.

Una por una se pondrá de rodillas en lugar señalado y, con voz clara e inteligible, dirá la siguiente

FORMULA DE LOS VOTOS

Conociendo mi debilidad y temiendo por la inestabilidad de mi voluntad, me pongo en vuestra presencia, omnipotente y sempiterno Dios, e implorando las luces del Espíritu Santo, la asistencia de la Bienaventurada Virgen María y de mi Ángel de la Guarda, prometo a Dios y a vos, mi reverendo Padre, (*Si es persona delegada se dirá*: A vos que hacéis las veces de mi Superior), y hago voto de pobreza, castidad y obediencia por tres años (*si se hacen votos perpetuos se dirá*: por toda mi vida).

Vos, oh misericordioso Jesús, me habéis inspirado hacer estos votos, vos, pues, ayudadme con vuestra santa gracia para cumplirlos.

Virgen Inmaculada, poderoso Auxilio de los Cristianos, sed mi guía y mi defensa en todos los peligros de mi vida. Glorioso San José, Ángel de mi Guarda, San Francisco de Sales, Santos y Santas del Cielo, rogad a Dios por mí.

Todas responderán:

Así sea.

Terminada la emisión de los votos, y vuelta cada una a su puesto, el Sacerdote dirá:

Recordad la promesa solemne que acabáis de hacer al Señor; El, con su santa gracia, os ayude a mantenerla hasta el día en que os presentéis a recibir la recompensa de vuestra fidelidad ante el trono del celestial Esposo, nuestro Salvador Jesús.

Ahora se canta:

Ecce Dominus vocat nos. Veni Sponsa Christi, accipe coronam, quam tibi Dominus praeparavit in aeternum.

Terminado el canto, si los Crucifijos no estaban ya bendecidos, los bendice el Sacerdote y antes de distribuirlos a las nuevas Profesas, dirá:

He aquí, hijas mías, el estandarte de nuestra redención. La imagen de Jesús crucificado os recordará cada día al celestial Esposo que desde ahora tomáis por modelo. Es verdad que deberéis llevar la cruz en su compañía, pero

alentaos con las palabras de San Pablo que dice: «Quien padezca con Jesucristo en la tierra, gozará eternamente con El, coronado de gloria, en el Cielo».

La nueva Profesa besa el Crucifijo y dice:

Oh buen Jesús, amado Salvador de mi alma, muerto por mí; abrazo vuestra cruz que de hoy en adelante será mi más precioso adorno y consuelo. Haced, con vuestra santa gracia, que mis resoluciones sean eficaces e irrevocables.

Después, dirá el sacerdote:

℣ Kyrie, eleison.

℞ Christe, eleison.

℣ Kyrie, eleison.

Pater noster.

℣ Et ne nos inducas in tentationem.

℞ Sed libera nos a malo.

℣ Salvas fac ancillas tuas, Domine.

℞ Deus meus, sperantes in te.

℣ Mitte eis, Domine, auxilium de sancto.

℞ Et de Sion tuere eas.

℣ Nihil proficiat inimicus in eis.

℞ Et filius iniquitatis non apponat nocere eis.

℣ Benedicamus Patrem et Filium cum Sancto Spiritu.

℞ Laudemus et superexaltemus eum in saecula.

℣ Domine, exaudi orationem meam.

℞ Et clamor meus ad te veniat.

℣ Dominus vobiscum.

℞ Et cum spiritu tuo.

Oremus

Deus, cnius misericordiae non est numerus, et bonitatis infinitus est thesaurus, piissimae maiestati tuae pro collatis donis gratias agimus, tuam semper clementiam exorantes, ut qui petentibus postulata concedis, eosdem non deserens ad praemia futura disponas. Per Dominum etc.

Amen.

℣ Nos cum prole pia.

℞ Benedicat Virgo Maria.

℣ Divinum auxilium maneat semper nobiscum.

℞ Amen.

El Superior, si lo cree oportuno, dirigirá unas palabras a las Profesas. Si la emisión de votos se hace a continuación de la primera función, estas palabras irán también dirigidas a las Novicias.

Visto, imprímase

ZAPPATA Vic. Gen.

Turín, 15 de noviembre, 1878

ANEXO N.º 5

Normas didácticas.

Recomendaciones a las Hermanas maestras

1. Vigilancia continua.
2. Tratad a las niñas como desearíais ser tratadas vosotras mismas.
3. Corregidlas con la dulzura de la Santísima Virgen.
4. Cuando recéis, acordaos siempre de ellas.
5. Amad a todas sin parcialidad alguna.
6. Conformaos con pocas virtudes, con tal que no cometan pecados.
7. No exijáis de todas el mismo aprovechamiento.
8. Imponed pocas obediencias; basta hacer que las observen con prontitud, sin preguntar el porqué.
9. La edad, la capacidad y la manera de ser de cada una os sirvan de norma para dirigir las a todas.
10. Enteraos de todo lo que hacen o dejan de hacer las alumnas.
11. Disimlad sus fallos.
12. Premiadlas y castigadlas con oportuna discreción.
13. No las abandonéis nunca a sus propios caprichos, ni desconfiéis de su posible enmienda.
14. Tratadlas con gran caridad, jovialidad y educaci6n.

Sor JOSEFINA ROSA DE LOVERE ¹⁰

¹⁰ Hermana de la Caridad de Santa Bartolomea Capitanio, fallecida en olor de santidad el 24 de mayo de 1864.

HORARIO ESCOLAR

2.ª clase elemental

	<i>Explicación</i>	<i>Ejercicio escrito</i>	<i>Lección</i>
Lunes	= Gramática	Gramática	Gramática
Martes	= Vocabulario	Redacción	Vocabulario
Miércoles	= Historia Sagrada	Dictado	Historia Sagrada
Jueves	= —	Composición	Catecismo
Viernes	= Matemáticas	Matemáticas	Matemáticas

1.ª clase superior

	<i>Explicación</i>	<i>Ejercicio escrito</i>	<i>Lección</i>
Lunes	= Gramática	Gramática	Gramática
Martes	= Vocabulario	Copiado	Vocabulario
Miércoles	= Historia Sagrada	Dictado	Historia Sagrada
Jueves	= Preguntas y respuestas		Catecismo
Viernes	= Matemáticas	Matemáticas	Matemáticas

2.ª clase superior

	<i>Explicación</i>	<i>Ejercicio escrito</i>	<i>Lección</i>
Lunes	= Gramática	Gramática	Gramática
Martes	= Vocabulario	Cartas	Vocabulario
Miércoles	= Dictado y Lectura		Trozos literarios
Jueves	= Historia Sagrada	Composición	Historia y Catecismo
Viernes	= Matemáticas	Matemáticas	Matemáticas

ANEXO N.º 6

Pío IX y la Inmaculada

Pío IX se encontraba en Imola en 1857, visitando el orfanato que él mismo había fundado allí, confiándolo a las Hermanas del Buen Pastor de Angers. Para satisfacer su deseo, el Papa se dignó referirles la impresión de su espíritu en el momento solemne en que su voz proclamaba Inmaculada a la Santísima Virgen María el 8 de diciembre de 1854. La Superiora pensó que sería muy oportuno recoger por escrito las palabras de Pío IX, y escribió conforme él les hablaba.

Los cardenales y prelados de su séquito se quedaron detrás. El Papa, prosiguiendo la visita al asilo, llegó al segundo piso y, al entrar en una sala sin destino especial alguno, quiso que nos quedáramos allí, dando a entender a las Hermanas que quería descansar un poco y que deseaba hablar con nosotras algo más íntima y afectuosamente; y nos refirió los acontecimientos sucedidos desde su salida de Imola para la elección del Pontífice, a través de los grandes sucesos que habían hecho célebre su Pontificado, hasta aquel día.

Cuando llegó a la definición del dogma de la Inmaculada Concepción de María, al ver su actitud y sonrisa, me animé a decirle: «Santo Padre, ¿sería indiscreción preguntar cuáles fueron los sentimientos de vuestra alma al proclamar a María concebida sin pecado original?».

La mirada de Pío IX, siempre dulce y penetrante, se volvió aún más bondadosa y dijo: «¿Creéis, hija mía, que el Papa haya sido arrebatado en éxtasis y que María se le haya aparecido en aquel momento?».

A lo cual añadí yo: «Nada de extraordinario, Padre Santo, que la Virgen María se hubiera manifestado a Vuestra Santidad en el momento en que la glorificabais del modo más solemne que pueda hacerse; esto es, cuando ordenabais a todo el mundo y a todas las futuras generaciones creer que la pureza de María no tuvo jamás mancha alguna».

Pues bien, dice el Papa: «Yo no tuve entonces visión ni éxtasis alguno, pero lo que sentí y experimenté al definir ese dogma fue tal, que ninguna lengua humana sería capaz de expresarlo. Cuando empecé a proclamar el decreto dogmático sentí que mi voz era impotente para hacerse oír por la inmensa multitud (50.000 personas) que se apiñaba en la Basílica Vaticana; pero, al llegar a la fórmula de la definición, el Señor dio a la voz de su Vicario tal potencia y tanta fuerza sobrenatural, que resonó en toda la Basílica; y yo quedé tan impresionado por este auxilio divino que me vi obligado a suspender por un instante la palabra para dar rienda suelta a mis lágrimas».

Por otra parte, mientras Dios proclamaba el dogma por boca de su Vicario, Dios mismo iluminó mi mente con un conocimiento tan claro y profundo de la incomparable pureza de la Santísima Virgen que, abismado en la profundidad de este conocimiento, que ningún lenguaje humano podría describir, mi alma quedó inundada de delicias no terrenas, que sólo en el cielo podrán encontrarse.

Ningún bienestar ni alegría de este mundo podría dar la menor idea de estas delicias; y yo no dudo en afirmar que el Vicario de Cristo necesitó de una gracia especial para no morir de dulzura bajo la impresión de esta experiencia y sentimiento de la incomparable belleza de María Inmaculada».

Finalmente, queriendo como descender a nuestra inteligencia —concluye la Hermana— Pío IX dijo: «Vos fuisteis feliz, hija mía, felicísima, el día de vuestra primera Comunión y más todavía el día de vuestra profesión religiosa. Yo también supe lo que significa ser feliz el día de mi Ordenación sacerdotal. Pues bien, reunid esta felicidad con otras más, multiplicadlas hasta el infinito para hacer de todas ellas una sola, y tendréis así una pequeña idea de lo que experimentó el Papa el día 8 de diciembre de 1854».

A medida que el Santo Padre hablaba, su persona aparecía como transfigurada, y nosotras, —concluye la Hermana— maravilladas, llorando de emoción, con el corazón rebosante de alegría sobrenatural, nos decíamos unas a otras como los Apóstoles en el Tabor: «¡Qué bueno es estar aquí!». ¹¹

ANEXO N.º 7

Situación jurídica del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora

- a) *Observaciones de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares sobre las aclaraciones de Don Bosco* (3 de octubre de 1879).
- b) *Respuestas aclaratorias de Don Bosco* (12 de enero de 1880).

a) En la explicación que V. S. da a la observación N.º 3 se expresa así: Al abrir Institutos femeninos y asumir la dirección espiritual de los mismos, se siguieron todas las normas del Capítulo X de las Constituciones. En este Capítulo se habla de la apertura de casas para clérigos, para jóvenes y para niños que han de educarse con los Salesianos; no se habla en ningún modo de la apertura de casas de mujeres para ser dirigidas por ellos, ni puede decirse que esté en la mente de la Santa Sede permitir la apertura y dirección de tales casas a los Salesianos al aprobar las Constituciones, porque esto es contrario a sus miras, fundadas sobre motivos muy razonables. Los Salesianos podrán llevar la dirección espiritual en casas de mujeres cuando les sean confiadas por los respectivos Obispos, y esta dirección espiritual debe consistir en la administración de los Sacramentos y en la predicación de la Palabra de Dios, tal y como les sea concedido por dichos Obispos.

(...)

A la observación N.º 5, V. S. responde así: Cuando se aprobaron las Constituciones Salesianas, se trató y se decidió todo lo referente al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Este Instituto depende del Superior General de la Pía Sociedad Salesiana. Confrontados los voluminosos escritos de los Salesianos, y especialmente la parte que se refiere a la aprobación de las Constituciones, se ha observado que jamás se trató, y mucho menos se discutió, lo relativo a las Hijas de María Auxiliadora. Si ello fuese verdad, ciertamente esta Sagrada Congregación habría ordenado la separación de ambos Institutos. No fue nunca norma suya aprobar, y menos en nuestros tiempos, que los Institutos femeninos dependan de los Institutos masculinos. Y si se ha dado algún

¹¹ De *La voix de N. D. De Chartres*, XXXVI année, décembre 1892.

El hecho publicado a su tiempo por la *Unità Cattolica* fue referido por monseñor Vicente SARDI en *La solenne definizione del Dogma dell'Immacolato Concepimento di Maria Santissima*, Atti e Documenti, Roma Tip. Vaticana 1904-1905, II vol., p. 428-430 (en nota).

caso de dependencia, ha ordenado en seguida su cese inmediato. Usted quiere introducir una norma contraria, que esta Congregación no puede por menos de reprob¹².

b) Eminencia Reverendísima:

Estoy afligido porque, a pesar de mi buena voluntad, no he conseguido dar a la Santa Sede la deseada aclaración sobre la relación trienal a la Santa Sede sobre nuestra humilde Congregación. A fin de que éste y otros asuntos puedan ser explicados en forma compatible con esta Congregación, y al mismo tiempo de la forma exigida por los Sagrados Cánones, mando al Sacerdote Doctor Francisco Dalmazzo en calidad de Procurador nuestro, con el encargo de ponerse a las órdenes de V. E. o de quien juzgue conveniente indicarle.

Entretanto expongo aquí algunas de mis ideas como respetuosa contestación a la carta que V. S. se dignó dirigirme el 3 de octubre de 1879.

El mencionado Sacerdote Dalmazzo puede dar explicaciones al respeto donde sea necesario.

(...)

En lo que se refiere a las Hijas de María Auxiliadora, los Salesianos no tienen en sus casas otra ingerencia más que la espiritual, en los límites y el modo que permiten o prescriben los Obispos en cuya Diócesis existe alguna casa de las mismas.

(...)

En lo referente al Instituto de María Auxiliadora, de si ha sido o no propuesta la aprobación de las Constituciones, puedo responder que en el Sumario publicado por encargo de esa Sagrada Congregación, en el examen para la aprobación definitiva de nuestras Constituciones, al enumerar las casas ya abiertas en aquel tiempo, en la pág. 10, n.º 16, se lee cuanto sigue: «Como apéndice y dependiente de la Congregación Salesiana, existe la casa de María Auxiliadora fundada, con la aprobación de la autoridad eclesiástica, en Mornese, diócesis de Acqui. Tiene como fin hacer por las niñas pobres lo mismo que los Salesianos hacen por los muchachos. Las religiosas son ya cuarenta y tienen a su cuidado doscientas niñas».

Los Emms. Cardenales (antes mencionados) hicieron algunas preguntas sobre la índole y el fin de esta Institución y, mostrándose satisfechos de mis declaraciones verbales, concluyeron que después sería tratado el asunto con mayor detención, cuando sus Constituciones fueran presentadas a la Santa Sede para su oportuna aprobación.

(...)

¹² Cfr. MB XIV 226-227.

En las aclaraciones pedidas el 5 de abril de 1879 se preguntaba: «Si este Instituto de las Hijas de María Auxiliadora tenía un Superior General del cual dependen las Hermanas y si es, como debe ser, totalmente independiente del Instituto de los Salesianos». Se respondió afirmativamente, añadiendo cuál era esa autoridad en conformidad con las Constituciones de las religiosas. Ahora V. E. pregunta si las mencionadas Hermanas tienen una Superiora General. Respondo afirmativamente, que tienen una Superiora General y su propio Capítulo Superior, conforme al Capítulo III de sus Constituciones ¹³.

Después de estas últimas aclaraciones, no llegan de Roma más observaciones al respecto. Pero estando aún pendiente el asunto de Don Bonetti, surgido por la cuestión del oratorio femenino de Chieri y siempre ligado a la misma por el hecho de los supuestos derechos parroquiales y episcopales no respetados, se comprende que el problema de la inmediata dependencia de las Hijas de María Auxiliadora del Superior de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, esté a punto de aparecer en el momento menos pensado, aun cuando el espinoso asunto de Don Bonetti parece estar ya en fase de resolución.

ANEXO N.º 8

**Decreto para la erección del vía crucis
en la iglesia de Nizza Monferrato**

IOSEPHUS MARIA SCIANDRA

**Dei et Apostolicae Sedis Gratia Episcopus
Aquensis et Comes. etc.**

Visis precibus sub die vigesima quinta januarii nuper evoluti, quibus adm. Rev.dus Dom.nus Sacerdos Lemoyne Superior localis Instituti Beatissimae Mariae Virginis Auxiliatricis consensum et licentiam nostram expostulavit pro erectione Stationum Viae Crucis in Ecclesia B. M. Virginis Gratiarum, quam Congregatio Salesiana suam habet in Civitate Niciae Montisferrati, nostrae dioecesis.

Viso consensu ad id scriptis dato die 24 januarii 1880 ab adm. Rev.do Dom.no Petro Bisio Vicario Parochiali S.ti Ioannis Laneri, intra cuius Paroeciae limites exstat praefata Ecclesia.

Nos consensum et licentiam nostram damus ut Stationes Viae Crucis erigi possint ac valeant in Ecclesia B. Virginis Mariae Gratiarum supradicta, deputantes adm. Rev.dum Dom.num Sacerdotem Eugenium Ricci —speciali facultate gaudentem— ad peragendam erectionem Stationum Viae Crucis:

¹³ Cfr. MB XIV 224. 227-228.

vetamus autem ne quovis tempore publicum Viae Crucis exercitium fiat quando Parochiales functiones locum habebunt.

Praesens decretum servetur in tabulario Congregationis Salesianae.

† IOSEPHUS MARIA Episcopus

P. PRATO Pro-Cancellarius

Datum Aquis die 3 februarii 1880

Copia literal del vol. 18 p. 549 de los Decretos.

El Canciller Episcopal
Fdo.: JUAN GALLIANO, Pbro.¹⁴

Acqui, 28 de junio de 1940

ANEXO N.º 9

Acta de la elección de la Superiora General y del Capítulo Superior de las Hijas de María Auxiliadora

Nizza Monferrato, 29 de agosto de 1880

El año del Señor 1880, el día 29 de agosto, fiesta diocesana del Corazón de María, en la iglesia salesiana de Nuestra Señora de las Gracias, en Nizza Monferrato, se reunía el Capítulo General de las Hijas de María Auxiliadora junto con todas las Directoras de las distintas casas dependientes de este Instituto, para proceder a la elección del nuevo Capítulo Superior y de la Superiora General, que cesaban en sus cargos al cumplirse los seis años prescritos por el Reglamento. Con la autorización del Superior Mayor, sacerdote Juan Bosco, después de invocar las luces del Espíritu Santo, el Rvdo. Don Juan Cagliero, Director del Instituto y Catequista de la Congregación Salesiana, asistido por el Rvdo. Don Juan Lemoyne, Director local, con un discurso de ocasión, declaraba abierta la sesión en nombre de Dios y con el consentimiento del Superior Mayor.

Desde la primera votación fueron destinadas para el escrutinio de las papeletas: Sor Rosalía Pestarino, Directora del Colegio de Chieri y Sor Catalina Daghero, Directora de la Casa de Saint Cyr, cerca de Tolón, en Francia.

Las Hermanas presentes, con derecho a emitir su voto, eran dieciocho. Según prescriben las Reglas, se procedió a dos votaciones sucesivas, la primera

¹⁴ En Arch. Gen. FMA, Roma.

para elegir a la Superiora General y la segunda para nombrar los miembros del Capítulo Superior.

Los resultados fueron los siguientes:

Con el pleno de los votos fue reelegida Superiora General

Sor MARIA MAZZARELLO

Con mayoría de votos fueron elegidas las Hermanas siguientes:

Vicaria Sor Catalina Daghero

Ecónoma Sor Juana Ferrettino

1.ª Asistente Sor Emilia Mosca

2.ª Asistente Sor Enriqueta Sorbone

Proclamadas las elegidas en presencia de toda la Comunidad, que había asistido al solemne acto, y quemadas las papeletas, se entonó el *Te Deum* y se levantó la sesión.

Para que esta elección tenga pleno efecto, y los cargos elegidos para el Instituto puedan entrar en vigor y cumplir su cometido, se presenta humilde petición al Superior Mayor Sac. Juan Bosco, a fin de que, hechas las observaciones que crea oportunas, se digne aprobar y confirmar la elección efectuada por las Hijas de María Auxiliadora.

Revisada el acta anteriormente descrita, apruebo cuanto en ella se contiene y confirmo la elección de la Madre Superiora y de las Hermanas que forman el Capítulo Superior del Instituto de María Auxiliadora, y pido a Dios que infunda en todas el espíritu de caridad y de fervor, a fin de que esta nuestra humilde Congregación crezca en número, se extienda hasta los últimos confines de la tierra, donde las Hijas de María Auxiliadora, ganando muchas almas para Dios, se salven a sí mismas y puedan un día, con las almas por ellas salvadas, reunirse todas en el Reino de los Cielos para alabar y bendecir a Dios por todos los siglos.

JUAN BOSCO, Pbro. Rector ¹⁵

Turín, 1.º de septiembre de 1880

¹⁵ Original en el Arch. Gen. FMA, Roma.

ANEXO N.º 10

Apelación y declaraciones referentes a la ex-novicia Teresa Josefina Persoglio

Del Juzgado de 1.ª instancia de Turín llega, dirigido a Don Bosco y a Don Cagliero, un injustificable recurso de los parientes de la ex novicia Teresa J. Persoglio, que volvió a la familia por motivos de salud, donde falleció.

Comunicación de la apelación

Juzgado de 1.ª instancia - Sección Borgo Dora
TURIN

7 de marzo de 1881

Rvdo. Sr. Don Juan Bosco y Don Cagliero:

Por encargo del Señor Ponente de la Comisión de Beneficencia, debo comunicarle que un tal Esteban Persoglio, hijo del difunto Francisco Antonio, sastre y portero, ha presentado a la mencionada Comisión una instancia para ser admitido entre los beneficiados pidiendo obtener de la S.S. L.L. la cantidad de 1.010,15 liras por los perjuicios sufridos a causa de la estancia forzada de su hija Josefa Margarita Persoglio en el convento dirigido por ustedes.

Si tuviesen que hacer alguna objeción, podrán dirigirla, en el plazo de cuatro días, bien directamente a la citada Comisión, por medio de la cancillería del Tribunal, o bien a esta oficina en papel corriente.

En caso de que prefieran exponer de palabra sus razones en contra de dicha demanda, podrán presentarse ante la citada Comisión en sesión que se celebrará el 16 de los corrientes a las 2 de la tarde en el palacio del Tribunal civil y correccional de esta ciudad, calle Sto. Domingo, N.º 13.

Con respeto.

El Juez
G. BORGOGNO

Don Rúa, en ausencia de Don Bosco y de Don Cagliero, y en calidad de Prefecto General de la Pía Sociedad Salesiana, pone por escrito las siguientes declaraciones:

Respuesta declaratoria de Don Rúa

1. Vivía la joven Persoglio en la calle de Santo Domingo y no tenía necesidad de ir a la iglesia de María Auxiliadora, que está muy distante del camino que tenía que recorrer para ir al Parque Real.

2. Ninguno de los Misioneros o Sacerdotes de Don Bosco va a animar y mucho menos a obligar a las jóvenes a entrar en la Compañía de Jesús, que está formada únicamente por hombres. Si con tal título entiende referirse a otra Compañía, sepa que tampoco se aconseja y tanto menos se obliga a nadie a entrar, si bien a quien pide consejo o pregunta, se le responde, según las circunstancias, lo que parece más conveniente para la persona solicitante, pero observando siempre las reglas que la prudencia aconseja, e inculcando la dependencia y el respeto que los hijos deben a sus padres, como aparece en el recurso.

3. Si la señorita Persoglio comunicó el estado económico tan poco halagüeño de sus padres, se comprende mejor que quien la hubiera aconsejado entrar en un Instituto lo habría hecho únicamente por el bien de la joven. Por otra parte es de notar que esta no tenía ninguna obligación de confesarse con el sacerdote Cagliero, ni de manifestarle el estado económico de su familia, y si lo hizo sería sólo para satisfacer el impulso de su corazón.

4. Por cuanto se asegura en el recurso se deduce que Don Cagliero, lejos de animar ni obligar a la joven a entrar en el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, se opuso a su admisión mientras no tuviera el permiso de sus padres, y que se decidió a aceptarla sólo cuando, finalmente, obtuvo tal consentimiento.

Respecto a éste hay que hacer notar que la madre se lo concedió a la primera petición, más aún, habiendo oído que alguna de sus compañeras había advertido a las Hijas de María Auxiliadora que la joven Persoglio estaba empleada en una fábrica de tabaco, a donde iba a trabajar toda clase de personas, y que no parecía apta para un Instituto religioso, su madre se mostró indignada contra quien había planteado tal dificultad.

En cuanto al padre, si al principio puso dificultades, después cedió y le dio su consentimiento, sin el cual no hubiera sido admitida en el Instituto. Este permiso lo renovó en presencia de varias personas cuando vino a ver a su hija antes de que marchase a Mornese, donde estaba la casa de formación. Además, si verdaderamente no hubiera estado el padre de acuerdo, le hubiera sido facilísimo hacerla volver a su casa con sólo pedirlo a las Hermanas.

Digo esto, por no hacer alusión a la autoridad civil, que, con toda seguridad, le habría apoyado a la primera insinuación.

5. Después que el padre dio su consentimiento, lo que pudo decir, si es que habló, podría considerarse únicamente como expresión de la pena que experimentaba por la separación de su hija, a lo cual, como es natural, se le respondió con palabras que sirvieran para consolarlo y reafirmarlo en el consentimiento ya explícitamente dado.

6. Debió ser un suplicio muy dulce, ya que la hija deseó permanecer siempre en el Instituto, e incluso, cuando estuvo enferma en su casa, le afligía un solo temor, esto es, que a causa de la enfermedad no pudiese volver a ser

admitida. De aquí las reiteradas instancias que, con este fin, hacía a las Hermanas cuando iban a visitarla.

7. El padre no fue nunca a visitar a la hija; si lo hubiera hecho, se le habría permitido hablar y entretenerse con ella.

En cuanto a la correspondencia, se hacía con ella como se suele hacer en todos los Institutos; que tanto las cartas que se remiten como las que se reciben, son revisadas por las Superiores. Su enfermedad fue la tuberculosis, pero no tan larga como ordinariamente suele ser. Se le manifestó la tos en agosto y se procuró combatirla con los remedios indicados por el doctor. Como después de unas semanas continuaba la tos cada vez más pertinaz, se hizo la prueba de llevarla algún tiempo a Turín, para ver si se mejoraba con los aires nativos. Al no presentar la enfermedad caracteres alarmantes, no se avisó a los padres para no causarles disgusto sin necesidad. Cuando después pareció agravarse la enfermedad, y se decidió mandarla de nuevo a Turín, se comunicó a los padres unos días antes, dejándoles en libertad de elegir entre llevársela con ellos o dejarla en la Casa de las Hermanas, donde tendría todos los cuidados necesarios, tanto de médicos como de medicinas y asistencia.

Los padres prefirieron tenerla con ellos, y el mismo día de su llegada se la llevaron a casa.

8. No tiene nada de particular que, no en pocos meses, sino en un año y pico que estuvo fuera de casa pudiera enfermarse, y más sabiendo a cuántas enfermedades está propensa la juventud en esta edad y más especialmente a la tuberculosis. Lo mismo que enfermó en el Instituto, hubiera podido enfermar permaneciendo en su familia.

9. En lo referente a los gastos de la enfermedad, se hace notar que, habiendo querido los padres, por propia iniciativa llevársela a casa, parece natural que no tengan derecho a exigir que se le abonen los gastos, ya que el padre, en su oficio de portero y de sastre, podía trabajar también con la hija, la cual en todo el tiempo que estuvo ausente, no ocasionó a los padres el más mínimo gasto.

Finalmente se hace notar que la joven no fue raptada, sino que fue retirada por propia voluntad y con el consentimiento de sus padres. Aunque hubiera sobrevivido, no habría podido pedir indemnización por el sueldo no aportado a la familia con motivo de su ausencia.

Se advierte también que durante todo el tiempo que estuvo en casa enferma, las Hermanas y Don Cagliero fueron muchas veces a visitarla, no sólo para consolarla, sino también para llevarle ayuda en alimentos y dinero, aunque no estuvieran obligados en modo alguno, sino sólo para secundar los impulsos de la caridad fraterna ¹⁶.

¹⁶ Copia auténtica conservada en el Arch. Centr. Sales., Roma.

PREAMBULO	5
---------------------	---

AÑO 1879	7
--------------------	---

Traslado de la casa generalicia, 7 — Breve retorno a Mornese, 8 — Primer aniversario de la muerte de Pío IX, 8 — La segunda postulante de Nizza, 9 — Intolerancia de Satanás por el Oratorio de Chieri, 10 — Una visita a Lu, 10 — Primer aniversario de la elección de León XIII, 10 — El pensamiento de la Madre acerca de la educación en las labores de aguja, 11 — Piedad y alegría salesiana, 11 — Primeras noticias de Buenos Aires, 12 — Noticias de Alassio, 14 — Visita de la Madre a Mornese, 16 — A Alassio y a Bordighera, 17 — La muerte de Sor Becchio, 18 — El recuerdo de las Hermanas de La Navarre, 18 — Retenida en Alassio, 18 — Cara de la Madre a Don Lemoyne, 19 — Fiesta de San José y profesiones en Alassio, 20 — Conferencia de la Madre, 20 — La Madre en Biella y en Turín, 21 — Noticias de muertes y noticias alegres, 22 — Otra carta de la Madre a Don Lemoyne, 25 — Semana Santa. El jubileo, 26 — Impresiones de los ciudadanos, 27 — Frutos consoladores, 27 — Sor Cappelletti deja este destierro, 27 — La Madre visita al Fundador, 28 — Sor Magdalena Martini escribe a Don Bosco, 29 — Las Hermanas de Turín a la Madre, 30 — La Madre en Lanzo, Turín y Nizza, 32 — Noticias para las Hermanas de Villa Colón, 32 — Los últimos sufrimientos de Sor Ricci, 35 — Sor Vergniaud, desde Buenos Aires, 36 — La Madre a las Hermanas de la nueva casa de Las Piedras, 37 — El primer mes de mayo en la «Madonna», 39 — La Madre regresa de Mornese. El Cardenal Protector para la Congregación Salesiana, 40 — Novena a María Auxiliadora. Anita Bedarida, 40 — La Madre consuela a Sor Pacotto, 41 — La inundación del Belbo, 43 — Segunda borrasca, 44 — Primera vestición religiosa en la «Madonna», 45 — La segunda carta de Sor Magone, 46 — Comentario de la Madre, 48 — La Madre en Mornese y en Turín, 49 — Las maestras, a Génova, 50 — Nuevo entusiasmo misionero, 50 — Fiesta onomástica de la Madre. Voces diversas, 51 — Noticias interesantes, 53 — La Madre escribe a Sor Vallese acerca de la casa de Las Piedras, 53 — Sor María Mazzarello, de Turín al cielo, 55 — Ejercicios en Turín, 56 — Anuncio en el Bollettino Salesiano, 57 — Para el onomástico de León XIII, 57 — Para los

Ejercicios de las señoras, 58 — Fundación de Cascinette, 59 — Don Bosco, en Nizza, 59 — Exhortaciones de santo: exhortaciones de padre, 59 — Santas efusiones de la Madre, 60 — Salidas y llegadas, 61 — Relatos de familia, 61 — Empiezan los Ejercicios, 63 — Más noticias sobre el caso Bedarida, 64 — Don Cagliero presenta las primeras Reglas impresas, 64 — Las ejercitantes, en el recreo, 66 — Clausura de los Ejercicios, 70 — Unas «buenas noches» inolvidables, 72 — Don Lemoyne se queda en Nizza, 73 — Anita Bedarida publica su historia, 73 — Otra merienda en la viña. La Madre escribe a las misioneras, 77 — La Madre asiste a su padre moribundo, 79 — Del dolor al aprovechamiento espiritual, 80 — Muerte de monseñor Galletti, 81 — «No perdamos el tiempo: hagámonos santas», 81 — La Madre, a las hijas del Uruguay, 82 — En Asti, en vez de compras, méritos, 86 — Sor Albina Frascarolo vuela al cielo, 89 — ¡Pobre Bedarida!, 89 — También Sor Adelaida Carena se va al cielo, 90 — Recomendaciones de la Madre, 90 — Mortificación y pobreza para sí y para sus hijas, 91 — Una carta de Sor Virginia Magone, 92 — Viaje de la Madre a Turín, 94 — Noticias agradables y útiles, 94 — Las «Hijas del Sagrado Corazón» se hacen conocer y apreciar, 95 — Otras dos cartas a América, 96 — Corazón de Madre para las Hermanas lejanas, 101 — De pasco a la «Madonnina», 102 — «Queridas hijas, rezad a la Providencia», 103 — «¿Y luego dices que quieres ir a América?», 103 — Una novena como un jubileo, 104 — La Madre, a las Hermanas de Borgo San Martino, 104 — Frío intenso y casos de viruela, 105 — Llegada de Don Cagliero, 106 — Fiesta jubilar de la Inmaculada, 106 — Anita Bedarida viene a llorar su desventura, 107 — Noticias y florecillas para Navidad, 107 — Filiales felicitaciones, 108 — A la señora Pastore, 110 — Delicadezas de corazón materno, 110 — La Natividad de Jesús, alegría de los corazones, 111 — A las Hermanas de Bordighera, 111 — Último día del año, 113.

AÑO 1880 115

Sor Ferrettino, en Biella, 115 — La Madre hace suyas las recomendaciones de Don Bosco, 115 — Nuevas preocupaciones, 116 — Don Bosco, a Niza pasando por la Liguria, 116 — La Madre, a Quargnento, 116 — La Madre, junto a la postulante atacada de viruela, 117 — Sor Agustina Calcagno, a la eternidad, 117 — La Madre, al lavadero, 118 — Cosas hermosas en Lu, 118 — Solemne erección del «via crucis», 119 — Protección de San José, 120 — Hacia Sicilia, 120 — Para el segundo aniversario de León XIII, 121 — Don Bosco en Francia, 122 — Primeras noticias de la Patagonia, 122 — Ejercicio práctico y común de humildad, 123 — Una visita de Don Cagliero, 128 — Primeros datos biográficos de las Hermanas difuntas, 128 — Últimos ardores eucarísticos de Sor Emma Ferrero, 129 — Doble caridad de la Madre, 130 — Don Bosco, en Bordighera para la colocación de la primera piedra de la iglesia de María Auxiliadora, 130 — La Madre, a Turín, Chieri, Cascinette y Biella, 130 — La Madre no admite excepciones, 132 — La Madre, a Sor Piccono, 132 — Sor Catalina Daghero será Directora en Saint Cyr, 133 — Sor Daghero, de Turín a Nizza, 134 — La Madre, a Sor Marassi, 134 — Sor Catalina Daghero, de Nizza a Saint Cyr, 136 — Baúl abastecido, 136 — ¿Profecía?, 137 —

La Madre va a cerrar la casa de Mornese, 138 — El llanto del corazón, 138 — Confianza en San José. Trabajos de ampliación en el colegio de Nizza, 140 — Primeras noticias de Saint Cyr, 141 — La Madre, en Turín: noticias agradables, 142 — Muerte de Sor Massola, 142 — La Madre, en Liguria, 143 — El secreto de Sor Elisa Roncallo, 143 — Retorno a Nizza. Carta a Sor Sampietro, 143 — Mes de la Virgen. Carta a las Hermanas de la Patagonia, 144 — Florecer de vocaciones en Nizza, 146 — Encuentro de la Madre con Don Bosco en Turín, 147 — Noticias de Sor Magone y de las casas del Uruguay, 148 — La Madre de regreso a Nizza. Muerte de Sor Negrini, 150 — Novena de María Auxiliadora, 150 — Don Cagliero refiere en Nizza la conferencia de Don Bosco sobre las Hijas de María Auxiliadora, 151 — La joven africana, 152 — Fiesta de María Auxiliadora en Nizza, 152 — Don Cagliero, entusiasta de Nizza, 153 — Cómo hablan las novicias, 153 — Confidencias fraternas, 155 — La voz de las educandas, 157 — Un programa para el mes de junio, 158 — Porfía de humildad, 159 — La Madre comenta la lectura del «Bollettino Salesiano», 160 — Primeras noticias de la primera guerra civil en Buenos Aires, 161 — La Madre, a las Hermanas de Catania, 161 — Don Lemoyne trae noticias de Valdocco, 163 — Carta de Sor Magdalena Martini a Don Bosco, 163 — Sor Elisa Roncallo, en Alassio para reponer su salud, 165 — Borgo San Martino celebra el tercer centenario de la primera comunión de San Luis Gonzaga, 166 — Rasgos de comprensión materna, 167 — A las Hermanas del Uruguay, 167 — Noticias de la Argentina, 172 — El día de la gratitud, 172 — Carta de la Madre a la novicia Sor Octavia Bussolino, 173 — Clausura del año escolar, 173 — Llegada de las ejercitantes a Turín, 174 — Los recreos con la Madre, 175 — El «Jardincito de María» en Chieri, 176 — Las «Hijas del Sagrado Corazón» en Turín, 176 — Las «Hijas de María» en Bordighera y en Nizza, 177 — Los Ejercicios Espirituales. Recomendaciones de la Madre, 178 — Informaciones sobre la vida en Saint Cyr, 179 — Nueva vocación asegurada por Don Bosco, 181 — Muerte de Don Bodrato, 182 — Los «recuerdos» de Don Cagliero, 182 — Muere la novicia Sor Ana Mora, 183 — Preparativos para los Ejercicios de las señoras, 183 — «Una cosa muy hermosa», 184 — Noticias de Quarngento, 184 — Señoritas y señoras ejercitantes en casa, 185 — «Jesús, abridme los oídos», 185 — Fiesta por la llegada de Don Bosco, 186 — El Padre, entre las hijas, 186 — ¡Cuatro de vosotras irán al cielo!, 187 — La fiesta del Papa, 188 — También Don Rúa, en Nizza, 188 — Un recreo con Don Bosco, 189 — La bendición de Don Bosco a Sor Laureri, 189 — También Sor Bonora, al Paraíso, 190 — Calma y caridad de Don Bosco, 191 — La Madre en Lu con las cuatro educandas, 192 — Ejercicios Espirituales para las Hermanas, 193 — «Haz como yo te digo», 193 — Rayos de luz sobre Borgo San Martino, 194 — Elección de la Superiora General y de su Consejo, 196 — Tema preferido de Don Cagliero, 197 — La Madre remacha la misma idea, 198 — Clausura de los Ejercicios. Vesticiones y profesiones, 198 — Aprobación paterma, 199 — Traslados y nuevas fundaciones, 200 — Sor Gusmaroli y Sor Cagliero, a la eternidad, 201 — Sor Elisa Roncallo, siempre industriosa, 202 — Las proezas de María «la mora», 203 — Con las postulantes en la vida cotidiana, 204 — Consejos formativos de la Madre, 206 — Lección de sencillez, 207 — Muerte de Sor Allara, 207 — Vesticiones y nuevas fundaciones, 208 — La Vicaria, a Saint

Cyr, 209 — La Madre, a Don Bosco, 209 — La Madre, a las hijas de la Patagonia, 211 — Conferencia materna sobre la «recta intención», 213 — La Vicaria, reclamada de Saint Cyr a Nizza, 214 — Los avisos de la Madre a la comunidad, 217 — Conferencia de la Madre sobre la pobreza, 218 — Lectura del «Bollettino Salesiano», 219 — Sor Virginia Magone: la primera en ir de América al cielo, 220 — La Vicaria regresa de Saint Cyr. La Madre, nuevamente de viaje, 222 — Prudencia y bondad de la Madre, 223 — De nuevo en Nizza, 225 — La Madre en Chieri por la muerte de Sor Gamba, 225 — Carta de la Madre a Sor Josefina Torta, 226 — Temor y consuelo, 228 — La Madre descansa consolando a las hijas, 230 — Preparación para la Inmaculada y Navidad, 231 — Otra Hermana, a la eternidad, 232 — Encuentros personales con la Madre, 232 — «Las verdaderas visiones son sólo para los humildes», 233 — La Madre se fía del «buen paño», 235 — Veintidós vesticiones y bautismo de María «la mora», 235 — Recuerdo espiritual y palabras de buenas noches, 235 — Una palabra más para la elección de las neo-misioneras, 236 — Las novicias y la Madre, 236 — La Madre habla de Sor Magone, 237 — Carta a la señora Viarengo, 238 — La Madre, a las hijas de la Patagonia y de Las Piedras, 239 — Navidad y primera comunión de la neófito María, 243 — «¡Hasta que nos veamos pronto en Turín!», 243 — Los milagros de la obediencia, 243 — La Madre «descansa», 244 — La Madre entre las educandas, 245 — Conferencia de fin de año de la Madre, 245 — Confidencias de la Madre, 248 — Las últimas «buenas noches» de 1880, 249.

AÑO 1881 251

«Hacer mucho bien y hacerlo pronto», 251 — Para la colonia agrícola de Saint Cyr, 251 — Nueva visita a Lu Monferrato, 252 — Revelaciones de la Madre, 252 — Toda para sus hijas, 253 — «Quisiera acompañaros hasta América», 260 — Habla la Madre, 260 — Con las misioneras, a Turín, 262 — La despedida en el santuario de María Auxiliadora, 264 — Don Bosco, a las que parten, 265 — La Madre, en Chieri, 266 — De regreso a Turín, 266 — «¡Sor Arecco ha muerto!», 268 — En el recuerdo de Sor Arecco, 270 — Una mano sospechosa, 271 — Última conferencia de enero, 272 — El primer pensamiento, siempre para las demás, 273 — La Madre se reúne con las neo-misioneras, 273 — Aprensiones de las hijas por la Madre, 274 — Función íntima presidida por Don Bosco, 274 — «¡Estaré, como Don Bosco, siempre con vosotras...!», 276 — Don Bosco precede y la Madre acompaña, 277 — La Madre Emilia, de regreso en Nizza, 278 — Primeras noticias desde Marsella, 278 — Presentimiento confirmado, 279 — En todas partes se llora y se reza, 279 — Tercer aniversario de la elección del Papa, 280 — Viaje borrascoso, 281 — Rayo de consuelo, 281 — Los tres días de Marsella, 281 — La «Hermana del silencio», 283 — Fundación de San Isidro en la Argentina, 283 — Se reaviva el espíritu misionero, 284 — Don Bosco, en Saint Cyr, 284 — Don Bosco, en La Navarre, 285 — Segura mejoría de la Madre, 285 — Escriros confidenciales desde Saint Cyr, 286 — Los pormenores de La Navarre, 288 — La Madre, en Niza Marítima, 291 — Última etapa en Alassio, 292 — «¡El suspirado regreso!», 293 — De las Hermanas de allende el océano, 295 — Se delinea la «cruz»

prevista, 295 — La Madre se prepara y prepara, 296 — Mientras declina, continúa dándose, 297 — «Os lo vuelvo a decir», 298 — A las Hermanas de la Patagonia, 299 — Toda y siempre para las demás, 300 — Don Costamagna da el tema para la última conferencia, 300 — La Madre, en el recuerdo de las «hijitas», 302 — El espíritu es siempre fuerte, 305 — «Sin un milagro, es cuestión perdida», 306 — ¿Noche decisiva?, 307 — Preciosos recuerdos, 309 — Los deseos de la enferma, 310 — Exhortaciones individuales, 311 — «Estoy curada...!», 313 — ¿Verdadera curación?, 314 — Jornadas preciosas..., 314 — El primer deseo satisfecho, 315 — ¿Presentimiento...? ¿Profecía...?, 316 — Se cumple también el segundo deseo, 316 — La Madre recibe a las nuevas Hijas de María, 317 — Último día, 318 — La última noche, 320 — La hora extrema, 322 — Llanto en la comunidad, 324 — «Sed fuertes en vuestro dolor», 326 — Recordando a la Madre, 327 — Confidencias proféticas de la Madre, 328 — Los sagrados restos en la iglesia, 330 — El solemne funeral, 330 — Consuelos paternos, 332 — Don Cagliero se va, 334 — Las primeras cartas de las casas próximas, 334 — La primera necrología, 336 — Recopilación de memorias filiales, 337 — El sentimiento general, 338 — Desde Mornese, 338 — Desde Sicilia, 339 — Un solo corazón y un alma sola, 340 — Las disposiciones del Fundador y la comunicación de la Vicaria, 341.

ANEXOS. 345

1. Síntesis de las noticias sobre la cuestión de Chiuri (abril 1879-mayo 1881)	347
2. El Cardenal Protector de la Congregación Salesiana (1879).	351
3. La imagen de la Santa Faz de Luca (1879).	354
4. Reglas o Constituciones para el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora agregadas a la Sociedad Salesiana (1878)	355
5. Normas didácticas. Recomendaciones a las Hermanas maestras	380
6. Pío IX y la Inmaculada	381
7. Situación jurídica del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. a) Observaciones de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares sobre las aclaraciones de Don Bosco (3 de octubre de 1879) b) Respuestas aclaratorias de Don Bosco (12 de enero de 1880)	383
8. Decreto para la erección del vía crucis en la iglesia de Nizza Monferrato (1880)	385
9. Acta de la elección de la Superiora General y del Capítulo Superior de las Hijas de María Auxiliadora (1880).	386
10. Apelación y declaraciones referentes a la ex-novicia Teresa Josefina Persoglio (1881)	388